

Teología Sistemática
Tomo 1 Vol 1
Lewis Sperry Chafer



editorial clie

Aprender • Educar • Inspirar

ISBN 978-84-8267-567-1



9 788482 675671

www.clie.es



Lewis Sperry Chapin

VOLUMEN I
PROLEGOMENOS

PROLEGOMENOS

CAPITULO I

P R E A M B U L O

I. LA PALABRA TEOLOGIA

La palabra *teología*, conforme a su etimología, está compuesta de dos palabras griegas — *θεός*, “Dios” y *λόγος*, “discurso” o “expresión.” De manera que Cristo como la Palabra Viviente, y la Biblia como la Palabra Escrita, son LOGOS de Dios. Ambos son a Dios lo que la expresión es al pensamiento y lo que el discurso es a la razón. La teología es, por lo tanto, una *θεο-λογία* (Teo-logía) o discurso acerca de un asunto específico, es decir, Dios. Sin embargo, ya que no puede haber una consideración completa tocante a Dios si no se contemplan Sus obras y sus planes en el universo que El ha creado, así como Su Persona, la teología puede extenderse apropiadamente hasta incluir todas las realidades materiales e inmateriales que existen y las verdades concernientes a ellos y contenidas en ellos. Aunque es excesivamente impráctico sobrecargar la ciencia de la teología con extensos discursos abarcando todas las “ologías” del universo, no es menos cierto, sin embargo, que la verdad básica que distingue a toda ciencia es su relación al Creador de todas las cosas y a Su propósito en la creación. Aunque comunmente no se incluye en la ciencia de la teología las otras ciencias que tratan las ideas de los hombres, éstas serían tanto santificadas como ennoblecidas si fuesen tratadas, como debían serlo, con ese temor y reverencia que reconoce el poder y el propósito del Creador. Un gran daño ha resultado, obviamente, de la tendencia moderna de divorciar todos los asuntos que colindan con lo natural de toda relación divina cuando, en realidad, no hay base sobre la cual esas “ologías” pueden descansar a no ser sobre propósito original del Creador.

Aunque no se encuentra en el texto Sagrado, la palabra *teología*, estando compuesta por dos vocablos bíblicos comunes, es bíblica en su carácter. En Romanos 3:2 las palabras *τὰ λόγια τοῦ Θεοῦ*, (“las palabras de Dios”) ocurre; en 1 Pedro 4:11 las palabras *λόγια Θεῶ* (“las palabras de Dios”) también aparece; y en Lucas 8:21 ocurre también la frase *τὸν λόγον τοῦ θεοῦ* (“la palabra de Dios”).

II. USOS GENERALES DE LA PALABRA TEOLOGIA

Dentro del su significado enciclopédico, la palabra *teología* es usada con varios significados especiales. Cuando se desea reconocer al primer exponente de un sistema teológico, el nombre del personaje es combinado con el término, como por ejemplos, *teología agustiniana*, *teología calvinista*, *teología luterana*, *teología arminiana*. Cuando se tiene a la vista la fuente de su material se emplean términos específicos tales como *teología revelada*, *teología natural*, *teología católica*, y *teología evangélica*. Así, de la misma manera, la teología puede ser clasificada por su lugar de origen como *teología ginebrina*, *teología de Mécersburgo*, *teología de Oxford*, *teología de Nueva Inglaterra* o *teología de Oberlin*. Cuando se trata del contenido particular de una teología dada puede llamarse *teología bíblica*, *teología fundamental*, *teología histórica*, *teología homilética*, *teología ética*, *teología práctica*, o *teología pastoral*. De igual manera, varias teologías pueden clasificarse por el método que emplean como la *teología dogmática*, *teología exegetica*, *teología nueva*, *teología polémica*, *teología racional* o *teología sistemática*.

Entre estas clasificaciones generales hay varias formas de teologías que requieren una definición particular:

1. **TEOLOGIA NATURAL.** La teología natural es la ciencia que está basada solamente en aquellas verdades acerca de Dios y su universo que están reveladas en la naturaleza.

2. **TEOLOGIA REVELADA.** Esta expresión se refiere a la ciencia que está basada en aquellas verdades acerca de Dios y su universo que están reveladas en las Sagradas Escrituras.

3. **TEOLOGIA BIBLICA.** La teología bíblica se refiere a la ciencia que tiene por objeto investigar la verdad acerca de Dios y su universo en su desarrollo divinamente ordenado y su medio ambiente histórico como se presenta en los distintos libros de la Biblia. La teología bíblica es la exposición del contenido *doctrinal* y *ético* de la Biblia. Esta no es un sustituto para la teología doctrinal o la ética, sino que es su complemento histórico. Es la consideración de la verdad bíblica como fue originalmente dada en su proclamación profética.¹

¹"El siguiente comentario es tomado de la *International Standard Bible Encyclopaedia*, Vol. I. pp469-70: 'La Teología Bíblica parece definirse mejor como la doctrina de la religión bíblica. Como tal se ocupa del material contenido en el Antiguo y el Nuevo Testamento como el producto del estudio exegetico. Este es el sentido técnico moderno de ese término, por el cual significa una representación sistemática de la religión bíblica en su forma primitiva . . . Esto no es confundir la ciencia de la teología bíblica con la de la dogmática, ya que sus características son claramente distintas. La ciencia de la dogmática es

4. LA TEOLOGIA PROPIA. Así se designa una ciencia limitada que solamente contempla la Persona de Dios-Padre, Hijo y Espíritu Santo, pero sin hacer referencia a las obras de cada uno de ellos.

5. LA TEOLOGIA HISTORICA. Es una ciencia que traza el desarrollo de la doctrina y se ocupa, además, de las distintas variaciones sectarias y el abandono de la verdad bíblica por parte de grupos herejes que han aparecido durante la era cristiana.

6. LA TEOLOGIA DOGMATICA. Estudia aquellas verdades sostenidas con certeza.

7. LA TEOLOGIA ESPECULATIVA. Estudia verdades teológicas sostenidas en lo abstracto y aparte de su importancia práctica.

8. TEOLOGIA DEL ANTIGUO TESTAMENTO. Así designada porque se limita a esa porción de las Escrituras.

9. TEOLOGIA DEL NUEVO TESTAMENTO. Así designada porque se limita a los libros del Nuevo Testamento.

10. PAULINA, JUANINA Y PETRINA. Estudia los escritos de los apóstoles así designados.

11. TEOLOGIA PRACTICA. Se ocupa de la aplicación de la verdad al corazón de los hombres.

12. TEOLOGIA TEISTA O SISTEMATICA. Es una ciencia que sigue un plan humanamente trazado o un orden de desarrollo doctrinal y que se propone incorporar en su sistema toda verdad acerca de Dios y su universo de todas y cada una de las fuentes existentes. La Teología Sistemática puede distinguirse de la Teología Natural en que la Teología Natural obtiene su información únicamente de la naturaleza; de la Teología Bíblica en que ésta obtiene su información solamente de la Biblia; y de la Teología Propia en que ésta está limitada a la consideración de la Persona de Dios, excluyendo sus obras.

Al definir la Teología Sistemática o Teísta, cierta terminología

histórico-filosófica; la de la teología bíblica es puramente histórica. La dogmática declara lo que, para la fe religiosa, tiene que ser considerado como verdad; la teología bíblica solamente descubre lo que los escritores del Antiguo y el Nuevo Testamento aducen como verdad. Esta última solamente considera el contenido de las ideas expuestas por los Escritores Sagrados, pero no se ocupa en investigar su corrección o verificación. Es el *qué* de la verdad, en estas autoridades documentarias, lo que la *teología* bíblica busca obtener. El *por qué*, o *con qué derecho*, es de esa manera expuesto como verdad, pertenece a la otra ciencia, la dogmática. La teología bíblica es por ello la más objetiva de esas ciencias; no tiene necesidad de la dogmática; la dogmática, por otra parte no puede existir sin la ayuda de la teología bíblica... La importancia de la teología bíblica radica en la manera en que dirige, corrige y completa toda la teología dogmática y moral al traerlas a las fuentes originales de la verdad. Su espíritu es de la investigación histórica imparcial."

errónea ha sido usada. Se ha dicho que es “la ciencia de la religión”; pero la palabra *religión* no es en ningún sentido un sinónimo de la Persona de Dios y de todas sus obras. De igual manera, se ha declarado que es “el estudio científico de las verdades que se encuentran en la Biblia,” pero esta ciencia, aunque obtiene la mayor parte de su información de las Escrituras, sin embargo, también usa material de cualquier otra fuente. También se ha definido la Teología Sistemática como el estudio ordenado de la doctrina cristiana; pero ya que el cristianismo solamente representa una porción del campo total de la verdad relacionada a la Persona de Dios y a su universo, esta definición es inadecuada.

III. VARIAS DEFINICIONES

El Dr. W. Lindsay Alexander define la Teología Sistemática como “la ciencia de Dios...un sumario de la verdad religiosa científicamente ordenada, o como un condensación filosófica de toda la sabiduría religiosa” (*Teología Bíblica*, I.1).

El Dr. A.H. Strong define la Teología Sistemática como la “ciencia de Dios y de las relaciones entre Dios y el universo” (*Teología Sistemática*, p.1).

El Dr. Carlos Hodge declara que la Teología Sistemática tiene como objeto “sistematizar los hechos de la Biblia, y examinar los principios o verdades generales que esos hechos encierran” (*Teología Sistemática*, I. 18).

El Dr. W.H. Griffith Thomas declara: “La ciencia es la expresión técnica de las leyes de la naturaleza; la teología es la expresión técnica de la revelación de Dios. Está dentro del campo de la teología el examinar todos los hechos de la revelación, estimar sus valores, y ordenarlos de manera que formen un sistema de doctrina. La doctrina, pues, corresponde a las generalizaciones de la ciencia” (*Principios de Teología* p. XXI).

El Dr. W.G.T. Shedd define la Teología Sistemática como “una ciencia que se ocupa tanto del estudio de lo infinito como de lo finito de Dios como del universo. Lo material, por lo tanto, que está incluido en la teología es más amplio que lo de cualquier otra ciencia. La teología también es la más necesaria de todas las ciencias” (*Teología Dogmática* I, 16).

Agustín considera la Teología como “una discusión racional acerca de la deidad” (*Shedd, ibid.*, p. 18).

La siguiente definición es ofrecida por el autor; La Teología Sistemática puede definirse como el coleccionar, ordenar científicamente, comparar, exhibir y defender todas las verdades

procedentes de cualquier fuente tocante a Dios y sus obras. Esta es teísta ya que sigue una tesis de diseño humano y presenta y verifica la verdad como la *verdad*.

IV. LOS ESTUDIANTES DE TEOLOGIA

La persona que se ocupa en el estudio de la ciencia de la Teología Sistemática es propiamente dicho un *θεολόγος* ó teólogo. Si el vocablo griego *θεολόγος* fuese usado activamente como lo indica su acentuación, indicaría uno que habla por Dios, pero el uso pasivo de dicha palabra se referiría a aquel a quien Dios habla. Es obvio que ambos conceptos están inherentes en el uso aceptado de la palabra *Teólogo*. Sin embargo, por necesidad, el teólogo tiene que llenar ciertos requisitos y es necesario que posea ciertos dotes si es que va a progresar dignamente en la tarea que se le ha encomendado.

V. REQUISITOS ESENCIALES

1. EL ASUMIR DE ANTEMANO LA INSPIRACION Y AUTORIDAD DE LAS ESCRITURAS. Aunque como apologista el teólogo puede ser llamado, si el momento así lo requiere, a defender verdades específicas que pertenecen a su campo de estudio, y aunque entre las doctrinas que él defiende está la de la autoridad y la veracidad de las Escrituras, el teólogo no se ocupa primordialmente en la tarea crítica de probar la inspiración y el carácter divino de la Biblia, sino más bien en ordenar y exhibir la verdad positiva que las Sagradas Escrituras dejan por sentado. Ya que la Biblia es una principal fuente de información, el teólogo es llamado a ordenar el material dado por Dios en un orden lógico y científico. El teólogo es un *biblicista*, es decir uno que no tan solamente considera la Biblia como la única regla de fe y práctica, sino que tiene además la única fuente de información fidedigna en las esferas donde la revelación divina habla. Así como el químico no podrá avanzar en su ciencia si dudase o rechazase el carácter esencial de los elementos con los que trabaja, de igual manera el teólogo que no acepta la fidelidad de la Palabra de Dios también fracasará. Es la tarea del crítico reverente el descubrir y defender el carácter esencial de la revelación divina; pero al teólogo le ha sido encomendada la tarea de sistematizar y declarar la revelación divina tal y como ha sido dada.

Debido al hecho de que la ciencia de la Teología Sistemática debe de seguir la verdad de las Escrituras como la Palabra de Dios, este siglo moderno y racionalista con sus dudas hacia la inspiración verbal, la revelación, y la autoridad bíblica no tiene interés hacia la ciencia

de la Teología Sistemática, y aún más, se está alejando con desdén de dicho estudio. Dada la aceptación de la verdad de la revelación divina, la ciencia de la Teología Sistemática es posible y a la vez requerida, y de inmediato se descubre que excede a todas las otras ciencias, así como el Creador excede a Su creación.

2. LAS LEYES DE METODOLOGIA SON ESENCIALES EN LA CIENCIA DE LA TEOLOGIA SISTEMATICA COMO LO SON EN CUALQUIER OTRA CIENCIA. El teólogo no crea ninguno de sus materiales como tampoco el botánico crea las flores ni el astrónomo controla las estrellas. Al igual que otros científicos, al teólogo le es dado el reconocer el carácter de su materia y el arreglarla adecuadamente. El no debe malinterpretar ni cambiar la verdad que le ha sido encomendada, ni aún dándole un énfasis desproporcionado. Para poder existir, la ciencia, por necesidad, tiene que repeler lo falso, lo parcialmente falso, y toda forma de prejuicio sin fundamento y de noción preconcebida. La importancia de hallar y sostener la verdad en su absoluta pureza y en proporciones correctas no puede sobrestimarse. A este fin puede llegarse solamente por un método sistemático, una actitud científica, y una labor extensa. Debido a que las verdades de las Escrituras puede expresarse mejor en los idiomas originales, es esencial que el teólogo sea un exégeta en dichos idiomas y que esté tan bien informado como sea posible respecto al carácter preciso del mensaje de Dios con el cual el está tratando. Es absurdo pensar que algún científico ignore o menosprecie el valor esencial de alguna porción de la materia con que su ciencia tiene relación. De igual manera la ciencia de la Teología Sistemática estaría incompleta y conduciría a error hasta el punto en que se omita y mal interprete cualquier porción de la revelación divina. El estudiante digno de la Teología Sistemática, si no calificase para el elevado y más inclusivo título de *teólogo*, tendría derecho a ser reconocido como un *supercientífico*, lo cual es.

De los dos métodos usados en el estudio de la Palabra de Dios —el deductivo, por medio del cual un tema es ampliado con lujo de detalles, un método que pertenece por lo general al campo de la predicación, y el *inductivo*, por medio del cual varias declaraciones tocante a un asunto son reducidas a una declaración armoniosa y todo inclusiva— la inducción es de manera distintiva el método teológico. Las inducciones pueden ser *imperfectas* o *perfectas*. Las inducciones imperfectas resultan cuando algunas, pero no todas las enseñanzas de las Escrituras se toman como base para una declaración doctrinal. Una inducción perfecta se forma cuando todas las enseñanzas de las Escrituras, de acuerdo a su significado preciso, son hechas la base de una declaración doctrinal. Es evidente que para

las mentes finitas la inducción perfecta es más o menos un ideal, y el hecho de que diferentes e imperfectas inducciones son hechas explica, hasta cierto punto, la amplia divergencia de creencia doctrinal aún entre hombres de igual sinceridad.

3. LA NECESIDAD DE RECONOCER LAS LIMITACIONES. Si no fuese por que Dios ha dado al hombre una revelación adecuada de Sí mismo y que El espera que los hombres le presten atención, parecería una presunción infundada que la mente finita buscara el comprender aquello que es infinito. El teólogo no debería jamás perder de vista, el hecho de que él, como ningún otro científico, está llamado a tratar con cosas supernaturales, con cosas que trascienden los límites del tiempo y el espacio donde ninguna mente humana por sí sola puede penetrar y con seres invisibles, incluyendo las tres Personas de la Deidad y los ángeles. Al ser confrontado con asuntos tales, el teólogo debe siempre estar en quietud y santa reverencia, como estuvo Moisés delante de la zarza ardiente, y siempre impresionado con la futilidad de depender sólo de la opinión humana, así como las desastrosas consecuencias a que tal dependencia puede llevar. De la manera más simple, Dios ha hablado tocante a Sí mismo, y de cosas infinitas y eternas, la Biblia es ese mensaje y, aunque el hombre no puede originar ninguna verdad similar, aún siendo finito, le ha sido dado el privilegio por la iluminación del Espíritu Santo de recibir, con cierto grado de entendimiento, la revelación concerniente a cosas que son infinitas.

4. LA ILUMINACION ESPIRITUAL ES NECESARIA Y HA SIDO PROVISTA. Aunque, como se ha dicho, la Biblia está expresada en el lenguaje más simple, su mensaje, en muchos aspectos, trasciende la esfera del entendimiento humano; pero Dios ha provisto la manera de vencer estas limitaciones humanas. El Espíritu de Dios es dado a toda persona salvada como el *Paracleto* que habita en el creyente, proveyendo así una fuente inagotable tanto para el entendimiento como para la enseñanza. Eso fué lo que Cristo obró en el corazón de los discípulos que anduvieron con El por el camino de Emaús. El texto declara que Jesús no tan solamente les abrió las Escrituras sino que también les abrió el entendimiento como para que comprendiesen las Escrituras (Lc. 24:27-32, 45). De igual manera, el segundo *Paracleto* oficiaría en beneficio de todos aquellos en quienes él habita. Una condición vital, sin embargo, es impuesta la cual envuelve el tema de la piedad y la dedicación del creyente a la voluntad de Dios. Es solamente en aquellos que “no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” en quienes la Voluntad de Dios es hecha (Ro. 8:4), y es el cristiano espiritual quien discierne todas las cosas (1 Co. 2:15). De esta manera se introduce en el campo de la

Teología Sistemática una ley pedagógica que es extraña a otras leyes de investigación, es a saber, que la iluminación divina, por medio de la cual únicamente la revelación puede ser comprendida, tiene que depender de una condición del corazón que no tan solamente está rendida a Dios, sino que también está siempre listo para conformarse a la Palabra que El ha hablado. Aunque las porciones históricas y exhortativas de la Biblia son comprensibles al hombre inconverso y al cristiano frío, las doctrinas, por lo general, están selladas para ellos, y como la Teología Sistemática tiene tanto que ver con la doctrina, esa vasta ciencia está cerrada a las multitudes que no están faltos de educación o de cultura; pero que sí están faltos de ese ajuste personal e interno con Dios que es lo único que asegura un discernimiento espiritual. La iglesia siempre está en peligro, y nunca tanto como ahora, del desastre que necesariamente sigue cuando permite que hombres de distinción en las esferas de reconocimientos humanos, pero que son inconversos o fríos espiritualmente, dicten lo que ella debe creer. Por lo tanto, necesariamente sigue que, además de la disciplina mental como requisito previo, todo estudiante de Teología Sistemática, antes de adentrarse en este ilimitado y supernatural campo de investigación, debe dar evidencia indiscutible de que ha nacido de nuevo, y por medio de ese nacimiento ha venido a poseer el Espíritu de Dios, el Maestro Divino, y que está rendido a la voluntad de Dios, no tan sólo tocante a la verdad misma sino también tocante a la piedad. Sin esa preparación, el estudio de esta ciencia ha de ser de muy poco o de ningún provecho. Sin embargo, si a un estudiante desposeído de esta preparación esencial se le permite graduarse e ir con una autoridad impuesta por los hombres a predicar, los resultados no serían sino calamitosos en un plano infinito y él mismo caería en el peligro de recibir el irrevocable anatema de Dios (Gá. 1:7-9).

5. SE REQUIERE UN ESTUDIO PACIENTE E INCANSABLE.

Como uno que se aventura más y más en las profundidades del mar sin esperanza alguna de alcanzar sus playas, así el teólogo está siempre enfrentándose con materias ilimitadas en el campo de la doctrina bíblica. Se ha tenido por costumbre que el teólogo emplee por lo menos tres años en estudios introductorios a la ciencia de la Teología Sistemática y bajo la instrucción de aquellos que a través de un estudio paciente y de experiencia pueden guiarse en esa investigación introductoria. Sin embargo, el estudio de la doctrina bíblica es una tarea de por vida y siempre demanda tiempo y fortaleza. Feliz es en verdad el estudiante que obtiene una introducción completa y bien balanceada del vasto campo de la Teología Sistemática, pero tres veces feliz es aquel que con

persistencia y propósito continúa su estudio hasta el final de sus días en la tierra. No es necesario decir más aquí tocante a la tragedia por la que ha de atravesar el estudiante de Teología Sistemática que, por una razón u otra, no fué introducido a este campo de estudio, y quien por lo tanto continúa predicando solamente en el plano inferior de la conducta humana y nunca, por falta del conocimiento necesario, expone la doctrina transformadora de la Palabra de Dios.

Han transcurrido muchas generaciones hasta que hemos llegado al día en que el púlpito cristiano ha alcanzado su nivel más bajo en lo tocante a la predicación doctrinal. No obstante, el corazón humano no ha cambiado y el remedio divino para el alma pecaminosa y perdida es el mismo, y el siervo de Dios que ministra a esas necesidades con verdadera eficacia descubrirá la importancia del estudio constante de modo que pueda probarse a sí mismo ser para Dios un obrero que no tiene de qué avergonzarse, que traza bién la Palabra de Verdad (2 Ti. 2:15).

6. FE. Como se ha dicho, el estudiante de Teología Sistemática ha sido llamado para entrar en el campo de las cosas sobrenaturales. Su investigación está casi totalmente limitada al único Libro que posee el soplo de Dios y el poder para comprender el mensaje que ese Libro presenta se obtiene solamente por la intervención directa del Espíritu de Dios. No tan solamente son estas cosas ciertas; sino que el elevado y santo servicio de aquel que expone este Libro ya sea oralmente o por una digna incorporación de esas verdades en su vida cotidiana, será ventajoso y efectivo solamente cuando se administra la Palabra en el poder de Dios. La Biblia no es entendida ni recibida por el hombre inconverso (1 Co. 2:14), ni tampoco los cristianos carnales pueden asimilar sus profundas revelaciones (1 Co. 3:1-3). Esta gran verdad no podría expresarse de manera más decisiva que como se expresa en Hebreos 11:3, "por fe entendemos." Debe darse la debida importancia al valor del poder mental innato y a la virtud de la diligencia constante, pero éstos por sí solos poco aprovechan en una ciencia que es sobrenatural en todas sus partes. Ninguna otra ciencia tiene sobre su puerta de entrada un rótulo escrito semejante al de la Teología Sistemática, "Solamente hombres de la fe que han efectuado su regeneración y les ha guiado a una completa dedicación a Dios deben tratar de entrar por aquí." Ninguna ley pedagógica es más infructuosa que la expresada en estas palabras, "Si alguno hace Su voluntad, conocerá la doctrina" (Jn.7:17), y "El que es espiritual juzga (discierne) todas las cosas" (1 Co. 2:15). Otra vez, "La misma unción os enseña todas las cosas" (1 Jn. 2:27).

7. LA TEOLOGIA SISTEMATICA NO DEBE SER ABREVIADA. Como toda ciencia verdadera la Teología Sistemática es

interdependiente y está interrelacionada en todas sus partes. Ni el astrónomo ni el químico tratarían de organizar sus materias o de alcanzar conclusiones correctas dejando fuera una tercera parte de los elementos o verdades relacionadas con dichas ciencias. Tampoco debe el teólogo tratar de alcanzar ninguna evaluación verdadera de sus varias doctrinas cuando vastos campos de la revelación divina han sido eliminados de su consideración. Los teólogos, más que todos los científicos, corren el riesgo de ser atados por la tradición o el simple prejuicio sectario. El campo de la investigación del teólogo no es sino la totalidad de la Biblia, y este campo se extiende más allá de los límites de los credos y ese limitado conjunto de verdades que fué recuperado por la Reforma del siglo XVI. Los sistemas de teología publicados frecuentemente omiten el programa dispensacional de Dios; la revelación paulina tocante a la Iglesia que es el cuerpo de Cristo; todo lo tocante a la verdad de la vida; la angeleología con la satanalogía y la demonología; la profecía, que por sí sola ocupa más de la quinta parte del texto de las Escrituras; lo tipológico; y el ministerio presente de Cristo en el cielo. Considerando el carácter de interdependencia e interrelación de la doctrina teológica, el teólogo, habiendo eliminado todo o parte de este gran campo de revelación, no puede esperar mantener la verdad en su perspectiva correcta y darle su verdadero énfasis. La meta de todo teólogo debe ser sostener la totalidad de la revelación divina en un equilibrio correcto de todas sus partes y libre de cosas pasajeras e inexactitudes.

VI. ALGUNAS ACTITUDES HACIA LAS ESCRITURAS

Aunque hay muchas actitudes por parte de los hombres hacia la Biblia, éstas pueden ser presentadas en cuatro divisiones generales.

1. RACIONALISMO. La actitud racionalista hacia la Biblia está sujeta a una doble división:

a) POSICION EXTREMA. El racionalismo extremista niega toda revelación divina y representa la creencia o la incredulidad de los infieles, ateos y agnósticos. Aunque los racionalistas extremistas ya eran numerosos en generaciones pasadas el número de ellos se ha incrementado grandemente hoy día y está destinado a aumentar hasta el final de la edad (Lc. 18:8; 2 Tí. 3:13).

b) LA POSICION MODERNA. El racionalismo moderno admite una revelación, pero solamente acepta las partes de la Biblia que son aprobadas por razones personales. Las razones por las que el racionalismo moderno rechaza partes del texto de las Escrituras puede estar basado en los supuestos descubrimientos de la alta crítica o en simples prejuicios personales. Para estos hombres la Biblia se

convierte nada más que en un libro de errores teniendo cada cual la libertad de eliminar cualquier porción que decida rechazar, u honrar como divinamente autoritativa cualquier porción que se escoja recibir. La actitud del racionalismo moderno hacia las Escrituras es sostenida por los llamados *modernistas* de hoy e incluye todas clases de liberales desde los que simplemente niegan la inspiración plenaria y verbal hasta aquellos que rechazan todo el texto de las Escrituras como algo divinamente inspirado.

2. EL MISTICISMO. El Misticismo está sujeto a una doble clasificación:

a) EL MISTICISMO FALSO. Es la teoría que afirma que la revelación divina no está limitada a la Palabra de Dios escrita, sino que Dios revela verdad adicional a las almas que son suficientemente vivificadas por el Espíritu de Dios para recibirla. Los místicos de este grupo arguyen que, por medio de la negación propia y la devoción a Dios, los hombres pueden obtener la inmediata, directa y consciente realización de la Persona y la presencia de Dios y así de toda la verdad sobre El. El Misticismo falso incluye todos esos sistemas que enseñan la identidad entre Dios y el ser: humano-Panteísmo, Teosofía y filosofía griega. En éste se incluyen prácticamente todos los movimientos de santidad de hoy día; también, el Esprritismo, los Adventistas del Séptimo Día, el Nuevo Pensamiento, Ciencia Cristiana, los Swidenborgianos, los Mormones, y los Testigos de Jehová. Los fundadores y promotores de muchos de estos cultos dicen haber recibido una revelación especial de Dios sobre la cual basan su sistema. Con mucho menos complicación con el error y la falsedad un misticismo falso puede discernirse en las creencias y prácticas de los Amigos o Quákeros. Al presentar su doctrina de la *luz interna* dicen que, teniendo la morada del Espíritu, el cristiano está en contacto con Aquel que inspiró y dió las Escrituras y que el Espíritu no tan solamente puede impartir verdad adicional a la que ya ha sido dada en la Biblia, sino que además el Espíritu fué designado por Cristo para hacer esa labor según Juan 16:12, 13: "Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad." La Iglesia por lo general ha creído que esa promesa fué cumplida en dos formas: (a) por la habilidad dada a los hombres, a quienes Cristo habló y por la cual ellos pudieron escribir el Nuevo Testamento; y (b) por el ministerio del Espíritu al enseñar a los apóstoles y a todos aquellos que en cualquier época están rendidos a El, la verdad ahora contenida en la Biblia.

Ninguna voz puede hablar con mayor autoridad para los Quákeros que la de Roberto Barclay cuya *Apología* fué publicada 1867. El

dice: “Además, estas internas revelaciones divinas, que fueron hechas absolutamente necesarias para la edificación de la verdadera fe, ni contradice ni puede contradecir el testimonio exterior de las Escrituras, o la razón sana y correcta. Pero de aquí no se desprende, que esas revelaciones divinas han de estar sujetas a la examinación, ya sea del testimonio externo de las Escrituras, o de la razón natural del hombre, en cuanto a una más noble o cierta regla o criterio; porque esta revelación divina e iluminación interna, es lo que es evidente y claro en sí mismo” (Barclay, *Apología* ps. 13-14). En épocas anteriores esta forma de misticismo fué proclamada en las enseñanzas de Francisco de Sales, Tomás á Kempis, Madam Guyau, Arzobispo Fénelon, y Upham. Montano propagó esos conceptos por el siglo segundo. Posteriormente fueron mantenidos por Tertuliano y se convirtieron en un tema vital entre los reformadores. El misticismo espiritual extremado es conocido con el nombre *Quietismo*, que propone la muerte al yo, ignora las atracciones del cielo y las penas del infierno, y cesa de las peticiones en la oración o de la acción de gracias para que el yo no sea estimulado. De la misma manera se incluyen esas formas de enseñanza de la vida espiritual que imponen sobre el cristiano la responsabilidad de la crucifixión en lugar de reconocer el hecho de que el yo fue crucificado con Cristo, y que los beneficios de Su muerte han de ser recibidos ahora por la fe en la obra expiatoria realizada ya en la cruz y no por medio de méritos humanos. La Palabra de Dios nos enseña que la vida espiritual es producto de la obra del Espíritu Santo en el corazón del creyente que se ha rendido a El, y el Espíritu tiene todo el derecho divino para anular las obras de la carne en base del hecho de la muerte de Cristo en relación a la naturaleza de pecado, y no en base de obras humanas tales como la negación propia o la crucifixión del ego.

b) **EL MISTICISMO VERDADERO.** El Misticismo verdadero expresa que todos los creyentes son habitados por el Espíritu y por lo tanto están en la posición de ser iluminados por El; pero que hay una revelación completa que ha sido dada, y que la obra iluminadora del Espíritu se circunscribe a revelar las Escrituras en la mente del creyente. El Misticismo falso ignora la declaración de Judas 3 diciendo que hay una fe o sistema de fe “dado una vez a los santos”, y que cuando el Espíritu fué prometido para “guiar a toda verdad” (Jn. 16:13), ésta es solamente la verdad contenida en las Escrituras (comp. I Co. 2:9, 10). Hay un conocimiento especial de los misterios o secretos de Dios dado a aquellos que son enseñados por el Espíritu de Dios, pero esos secretos sagrados ya están contenidos en el texto de la Biblia.

3. **ROMANISMO.** Uno de los más grandes errores de la Iglesia de

Roma es el de hacer de la iglesia, y no de la Biblia, la autoridad inmediata y final en todo lo referente a la revelación divina. Su opinión es que la autoridad de la iglesia se circunscribe a asuntos de fe y conducta moral y no en los campos de ciencia, el arte y la historia. Se arguye que hubo muchas cosas que Cristo y los apóstoles enseñaron que no están escritos en la Biblia (Jn. 20:30, 31 y 21:25); pero éstas, se dice, han sido preservadas por la iglesia y tienen tanta autoridad como esos preceptos que están escritos. También se asume por la iglesia de Roma que la voz del Papa es la voz de Dios y a su declaración debe dársele la misma obediencia que a la de Dios mismo. Esas comunicaciones a través del llamado vicario de Cristo se convierten así para el católico romano, tan autoritativas como lo son las palabras de Cristo y los apóstoles que no fueron escritas y que la Iglesia Romana dice haber conservado, o tan autoritativas como la misma Palabra de Dios escrita. Que la iglesia de Roma considera las decisiones y las leyes de la iglesia como infalibles y autoritativas por sobre la Palabra de Dios escrita se comprueba por las muchas decisiones y juicios efectuados por dicha iglesia.

En respuesta a esas infundadas aserciones, puede observarse que la iglesia no ha preservado nada de valor espiritual, ni tampoco sus tradiciones han añadido nada vital a lo que ya ha sido preservado por Dios en las Sagradas Escrituras. La verdad tuvo su poder salvador y santificador en la iglesia primitiva antes del comienzo del Nuevo Testamento; pero la verdad salvadora y santificadora fue incorporada en la Biblia y, más allá de esto, las bendiciones de Roma, no efectuaron nada sino la multiplicación de errores y contradicciones lamentables.

El teólogo es confrontado aquí con el hecho y el alcance de la *tradición*. Por lo tanto debe examinar las Escrituras en relación a esto con cuidado (2 Ts. 2:15, 3:6; Gá. 1:14), y recordar que Cristo vino al mundo en un tiempo cuando la Palabra de Dios estaba saturada de las "tradiciones de los hombres" al punto que la autoridad de Dios estaba, hasta cierto punto, anulada.

Cristo descartó las tradiciones de los hombres y por eso fué condenado por los líderes religiosos de su día.

4. LA FE DEL PROTESTANTISMO ORTODOXO. Los protestantes ortodoxos mantienen ciertos artículos de fe bien definidos tocante a las Sagradas Escrituras.

- a) La Biblia es la Palabra de Dios infalible.
- b) La Biblia es la única regla de fe y práctica.
- c) El razonamiento humano y el conocimiento deben estar totalmente sujetos a las Escrituras.
- d) No hay luz interior o revelación añadida más allá de lo que está

contenido en la Biblia. La doctrina sin control y la revelación divina individual, no teniendo reglas por las cuales probar sus diferentes pretensiones, constituyen un peligro obvio; y su suceptibilidad a grandes errores está demostrada por todas partes por las afirmaciones hechas por aquellos que sostienen esos puntos de vista. El Espíritu guía al individuo en lo concerniente a conducta y servicio, pero no en la formulación de doctrinas que puedan ser superimpuestas a la Palabra de Dios.

e) Ninguna autoridad relacionada con la formación de la verdad ha sido encomendada a la Iglesia o a los hombres más allá de aquella dada a los escritores del Nuevo Testamento.

VII. LAS PRINCIPALES DIVISIONES DE LA TEOLOGIA SISTEMATICA

1. BIBLIOLOGIA. Un estudio de las verdades esenciales concernientes a la Biblia.

2. TEOLOGIA PROPIA. Una consideración de las verdades tocante a Dios-Padre, Hijo y Espíritu Santo, aparte de sus obras.

3. ANGELEOLOGIA. Una consideración de las verdades tocante a los ángeles no caídos y caídos.

4. ANTROPOLOGIA. Una consideración de las verdades concernientes al hombre.

5. SOTERIOLOGIA. Una consideración de las verdades concernientes a la salvación.

6. ECLESIOLOGIA. Una consideración de las verdades concernientes a la iglesia.

7. ESCATOLOGIA. Una consideración a la de todo lo que está en la Biblia y fué profético cuando fué escrito.

8. CRISTOLOGIA. Una consideración de todo lo que la Biblia dice acerca del Señor Jesucristo.

9. PNEUMATOLOGIA. Una consideración de lo que la Biblia contiene acerca del Espíritu Santo.

CONCLUSION

El estudio de la Teología Sistemática tiene sus limitaciones debido a las incapacidades de la mente finita; aún así su estudio es tanto provechoso como necesario para todos los que han de estar llenos del conocimiento de Dios y de Su voluntad, y quienes, debido a ese conocimiento han de andar como es digno del Señor. El pensamiento humano no tiene objetivo comparable a la Persona de Dios. Como ha escrito Juan Dick (*Discursos sobre Teología*, p. 6): “Conocer este Ser

poderoso, tanto como puede ser conocido, es la meta más noble del entendimiento humano; amarle, el ejercicio más digno de nuestros afectos; y servirle el más honroso y delicioso propósito al cual podemos dedicar nuestros talentos.” En su discurso a estudiantes de Teología, el Dr. Dick declara (*ibid.*, p. 7): “La teología no es uno de esos recónditos asuntos que es relegado a los curiosos para que los investiguen, y en la contemplación del cual, hombres especuladores y pensadores puedan emplear sus horas de ocio y soledad. Su demanda de atención universal se manifiesta en el breve recuento que ahora ha sido dado tocante a su naturaleza. Sus instrucciones están dirigidas a personas de todas las clases: a los educados y a los no educados, al estudiante retirado y a aquél que está ocupado en las faenas de la vida. Es interesante a todos ya que proporciona el conocimiento de Dios, y su Hijo, quien es la fuente de la vida eterna. Pero en nuestro caso, hay una razón en particular, además de una consideración a nuestro bienestar personal, del por qué no debiese solamente ocupar una parte de nuestros pensamientos, sino constituir el principal objeto de nuestras investigaciones. La Teología es vuestra profesión, como la medicina es la del médico y leyes es la del abogado. Debe ser nuestra ambición sobresalir en ella, no, sin embargo, por los mismos motivos que estimula la diligencia de los hombres de otras profesiones, el deseo de la forma, o las posibilidades de ganancia, sino teniendo la mirada en el fiel y honorable desempeño de las responsabilidades del oficio que esperáis un día os sea encomendado. “Estos hombres son los siervos del Dios Altísimo, quienes nos muestran el camino de la salvación.”

La solemne responsabilidad puesta sobre el estudiante de Teología Sistemática es triple para poder conocer lo que se pueda del vasto campo de la revelación divina: (a) Es el deseo de Dios que todos vengan a conocerle a El. (b) Este conocimiento es esencial si la manera de vida que ha de adornar la doctrina que profesamos ha de ser creída. (c) Este conocimiento es esencial, siendo, como es, el mensaje distintivo encomendado a aquellos que desean *predicar la palabra*.

BIBLIOLOGIA

BIBLIOLOGIA

CAPITULO II

INTRODUCCION A LA BIBLIOLOGIA

Ya que la teología sistemática o teísta, es el coleccionar, ordenar científicamente comparar, exhibir, y defender todas las verdades de todas y cada una de las fuentes tocante a Dios y sus obras, y ya que la Biblia en sus escritos originales es, por su propia digna declaración y por todas las pruebas que mentes devotas le han aplicado, la inerrante palabra de Dios, se deduce que, si ha de haber algún tipo de progreso en esta ciencia, el teólogo tiene que ser un Biblicista —uno que no solamente es un erudito de la Biblia, sino que también es un creyente en el carácter divino de todas y cada una de las partes del Texto Sagrado. Primordialmente, el teólogo es designado para sistematizar la verdad contenida en la Biblia y verla como la Palabra divinamente inspirada que Dios ha dirigido al hombre. Por lo tanto, tales investigaciones conducidas por los hombres en lo relacionado a probar o refutar que la Biblia es el mensaje inerrante de Dios a los hombres son, en gran parte, extra-teológicas y han de ser clasificadas como pertenecientes al criticismo bíblico y no a la Teología Sistemática. El estudiante, que a pesar de la afirmación de la Biblia ha de ser la Palabra de Dios, aún anda a tientas en busca de luz adicional concerniente a esa verdad, no está capacitado para comenzar el estudio de la Teología Sistemática. La llamada ciencia cristiana en un razonamiento infundado, aparte de que tergiversa y abandona todo aquello que es distintamente cristiano, no puede promover ninguna ciencia, ni tampoco puede tener parte en lo que la verdadera ciencia ha realizado. ¿Cómo sería posible mejorar la cirugía por medio de un sistema que proclama una noción fantástica que aun niega la existencia del cuerpo humano? La Teología Sistemática se propone construir una ciencia o un orden, producto de la revelación bíblica y en la base de que ésta es *ὁ λόγος τοῦ θεοῦ* (la Palabra de Dios) y así como la cirugía tiene que continuar en base de la creencia de la existencia del cuerpo humano, de la misma manera, la Teología Sistemática tiene que proceder en base de la creencia de que la Biblia es, en todas sus partes, la propia Palabra de Dios para el hombre.

Aunque la palabra *Biblia* significa “libro”, las palabras *La Biblia* distingue a ese supremo e incomparable Libro. Este sobrepasa a todos los otros libros en cuanto a autoridad, antigüedad, literatura, y popularidad; pero aún así su supremacía singular es vista en el hecho de que revela la verdad tocante al Dios infinito, la santidad infinita, el pecado infinito, y la redención infinita. Es, por lo tanto, razonable concluir que la Biblia es en sí infinita, y como tal se confirma a sí misma, ya que ninguna mente humana ha podido comprender en su totalidad su mensaje o medido sus valores. *πᾶσα γραφὴ θεόπνευστος* (*Toda la escritura es soplada por Dios, 2 Ti. 3:16*) es la afirmación de la Biblia por sí misma y esa proclamación no puede ponerse en tela de duda como tampoco la expresión *πνεῦμα ὁ θεός* (*Dios es Espíritu, Jn. 4:24*), *ὁ θεὸς ἡ ἀγάπη ἐστίν* (*Dios es Amor, 1 Jn. 4:8*) *ὁ θεὸς φῶς ἐστίν* (*Dios es Luz, 1 Jn. 1:5*). Aquí se declara que el testimonio de la Biblia nos asegura que en los manuscritos originales cada oración, palabra, línea, marca, punto, jota o tilde fue colocada allí en completo acuerdo con el propósito y la voluntad divina. De esa manera el Dios omnipotente y omnisciente causó la formación del mensaje en cuanto a la precisa reproducción de su Palabra. El texto original era no tan solamente divino en cuanto a su origen, pero era infinitamente perfecto en cuanto a su forma. Es tan necesario como razonable que el libro de Dios — el libro del cual El es el Autor, y que trae la revelación y la disciplina del cielo a la tierra— fuese, en su forma original, inerrante en todas sus partes. Se le llama las Sagradas Escrituras debido a su eminencia (Jn. 7:42, 5:39, 2 Ti. 3:15).

La Teología Sistemática no es un fin en sí misma; su propósito es clasificar y clarificar la verdad expuesta en las Escrituras. Este debe convertirse en una gran contribución al entendimiento que el teólogo tenga de la Biblia misma.

Considerámos aquí en esta introducción lo siguiente: (1) el origen sobrenatural de las Escrituras, y (2) su estructura en general.

I. EL ORIGEN SOBRENATURAL DE LA BIBLIA

La Biblia es un fenómeno que puede explicarse de una sola manera —es la Palabra de Dios. No es la clase de libro que el hombre escribiría si *pudiese*, o que podría escribir si *quisiese*. Otros sistemas religiosos también tienen sus desviaciones excéntricas del curso normal de los procedimientos humanos, dichas desviaciones no son muchas, ni de poca importancia y éstas en verdad, han de esperarse ya que el hombre siempre ha tenido la determinación de creer en un Dios, o dioses, ya sea que su creencia esté basada en la verdad o no. El Obispo Hampden, escribiendo de lo bueno que pudiese

reconocerse en las falsas religiones, dice: "Así que encontramos, aún en esas supersticiones que son más repulsivas al sentido común, ciertos elementos de verdades contrapesantes que han admitido y a la vez promovido una conglomeración de errores, que de otra manera resultarían tan enormemente repulsivos que no serían admitidos por el corazón humano" (*Ensayo Sobre la Evidencia Filosófica del Cristianismo*, ps. 132, 133, citado por Rogers, *El Origen Sobrehumano de la Biblia*, p. 4). Pero esos esfuerzos de la naturaleza humana y sus débiles aspiraciones son incompatibles con el vasto atavío de las características sobrenaturales que la Biblia exhibe.

El estudiante de la verdad está siempre llamado a reconocer afirmaciones contrarias que son tanto extra-bíblicas como intra-bíblicas. Aquello que es extra-bíblico comprende el campo vasto de las religiones, producto de la ingenuidad humana y las especulaciones filosóficas. Lo que es intra-bíblico comprende todos aquellos cultos y declaraciones parciales de la verdad divina que, aunque profesando basar sus sistemas en la Biblia, sin embargo, ya sea debido a un énfasis falso o a un abandono de la verdad, establecen a una confusión de la doctrina que es semejante a y tal vez más engañosa que el error mismo.

El conjunto de las pruebas del carácter sobrenatural de la Biblia presenta una exhibición casi inagotable de consideraciones que, si se observan con objetividad, nos obligan a concluir que este Libro no puede ser producto del hombre.

Aunque no se puede hacer una relación exhaustiva, algunas de las muchas características sobrenaturales de la Biblia son aquí enumeradas.

1. EL LIBRO DE DIOS. El uso de este título tiene como propósito llamar la atención a la afirmación presentada a través de la Biblia, que éste es el Mensaje de Dios para el hombre y no el mensaje de hombres a otros hombres, y mucho menos el mensaje del hombre para Dios. Declarar que la Biblia es *teocéntrica*, lo cual la Biblia revela en sus páginas, es afirmar que ésta es *antropoexcéntrica*. En este Libro, Dios es presentado como el Creador y Señor de todo. Esta es la revelación de Dios mismo, el testimonio de lo que El ha hecho y hará, y, al mismo tiempo, es revelación de la verdad que toda cosa creada está sujeta a El y manifiesta su bien más elevado así como su destino solamente estando en conformidad a Su voluntad. Toda palabra de la Biblia encierra declaraciones tan sublimes como, "No hay otro Dios como tú, arriba en el cielo, o abajo en la tierra" (1 R. 8:23) y, otra vez, "Tuya, oh Jehová, es la grandeza, y el poder, y la gloria, y la victoria, y la majestad; porque todo lo que está en el cielo y en la tierra es tuyo, tuyo es el reino, oh Jehová, y tú eres exaltado

como cabeza sobre todo" (1 Cr. 29:11). "Jehová, Jehová, fuerte, misericordioso y piadoso, tardo para la ira y grande en misericordia y verdad" (Ex. 34:6). "Sus misericordias sobre todas sus obras" (Sal. 145:9). De modo que Dios es presentado como ejercitando una autoridad todo inclusiva y absoluta sobre el ramo físico, moral y espiritual dirigiendo las cosas con el fin de que redunden para Su gloria. Este propósito divino está siendo ejecutado por agentes humanos y sus actividades constituyen la historia de la humanidad; pero cuando su obra sea completada, la historia del mundo será la historia de aquel plan original de Dios. Contrario a la naturaleza humana, la Biblia se proyecta totalmente hacia la gloria de Dios y no tiene otro propósito que honrarle. De acuerdo con la Palabra de Dios y comprobado por la experiencia humana, el hombre, sin la iluminación divina, es totalmente incapaz de recibir o entender la verdad acerca de Dios. ¿Quién entre la ciega humanidad es el escritor de obras de ficción capaz de producir los conceptos que aparecen a través de toda la Biblia? ¿Quién de los hombres ha diseñado la armonía peculiar y perfecta de las partes que cada una de las Personas de la Deidad realiza en la recensión, o el carácter divino de la constante e inalterable exhibición de la santidad y el amor infinitos —los juicios divinos, la estimación divina de todas las cosas incluyendo el ejército angelical y los espíritus malos? ¿Quién entre los hombres ha sido no tan solamente capaz de concebir una fabricación tal de nociones interdependientes, sino que ha sido capaz de hacer que estas se expresen perfectamente en una historia continua la cual, siendo fortuita, es, después de todo solamente una farsa —una hipócrita falsificación de la verdad? ¿Qué absurda es la suposición que el hombre solo pudiese haber escrito la Biblia si hubiese querido hacerlo! Pero si el hombre no originó la Biblia, Dios lo hizo, y debido a esa verdad la autoridad de ésta debe ser reconocida.

2. LA BIBLIA Y EL MONOTEISMO. Estrechamente relacionado, en verdad, está este tema con el que hemos analizado anteriormente. El hecho de que Dios es supremo implica que no hay ningún otro comparable a El; aún así casi universalmente la humanidad ha practicado las abominaciones de la idolatría con una obstinación que está lejos de ser accidental. El pueblo judío, del cual proceden las Escrituras humanamente hablando, no era inmune a esta tendencia. Desde los días del becerro de oro y a través de los siglos los israelitas siempre estuvieron retrocediendo a la idolatría y eso a pesar de la abundante revelación y del castigo. La historia de la iglesia está manchada por la adoración de imágenes tomadas del paganismo. ¡Qué tan encarecidamente el Nuevo Testamento previene a los

creyentes tocante al apartarse de la idolatría y la adoración de ángeles! A la luz de estas verdades, ¿Cómo podría suponerse que hombres —y aun Israel— sin la dirección divina pudiesen originar un tratado en el cual, con la mirada puesta en la gloria de Dios, clasifica la idolatría como una de las mayores y más repugnantes ofensas e insultos contra Dios? La Biblia no es el libro que el hombre hubiese escrito aun si hubiese podido.

3. LA DOCTRINA TRINITARIA. Aunque la Biblia claramente enseña el monoteísmo, también presenta el hecho de que Dios subsiste en tres Personas o Personalidades divinas. Esta distinción se encuentra entre dos extremos. Por un lado, la creencia que existen tres Personas separadas y distintas que están simplemente asociadas en cuanto a propósito y realización; y, por otro lado, que existe una sola Persona operando en tres esferas diferentes en cuanto a sus actividades. Sin embargo, la doctrina bíblica de la Trinidad sostiene que Dios es *uno* en esencia, pero que ha existido eternamente en tres Personas distintas. Indudablemente este es uno de los más grandes misterios. La doctrina alcanza más allá del límite del entendimiento humano, aunque es algo fundamental en la revelación divina.

Cuando el asunto es considerado separadamente, las Personas de la Deidad presentan la misma indiscutible evidencia en cuanto al origen sobrenatural de la Biblia.

a. DIOS EL PADRE: Vasto es en verdad, el material bíblico que declara las actividades distintivas y las responsabilidades adjudicadas a la Primera Persona. Se dice que El es el Padre de toda la creación, el Padre del Hijo Eterno —la Segunda Persona— y el Padre de todos los que creen para la salvación de sus almas. Esta revelación se extiende a todos los detalles de la relación paternal e incluye el enviar al Hijo para que la gracia de Dios fuese revelada. Ninguna mente humana puede producir la idea de Dios el Padre como ha sido revelado en la Biblia.

b. DIOS EL HIJO. El testimonio tocante a la Segunda Persona quien, de acuerdo con la Palabra de Dios, es el Hijo desde la eternidad, quien es por siempre la manifestación del Padre, y quien, aunque ahora está sujeto al Padre, es el Creador de todo lo material, el Redentor y el Juez último de toda la humanidad; ofrece la más extensa e ilimitada evidencia del origen divino de las Escrituras. La Persona y obra del Hijo de Dios con Su humillación y gloria es el tema predominante de la Biblia. Pero el Hijo, a su vez, se dedica a Sí mismo la gloria del Padre. Las perfecciones del Hijo no podrían compararse jamás a, ni aun ser comprendidas por el más sabio de los hombres. Si, después de todo, esta manifestación sin límites respecto al Hijo es simplemente ficción, ¿No es esto un reto razonable —aun a

la mente del inconverso— que este supuesto autor sea descubierto, y, en la base de la perogrullada de que la cosa creada no puede ser mayor que el que la creó; ser adorado y reverenciado sobre todo lo que se llama Dios?

c. DIOS EL ESPIRITU SANTO. El Espíritu Santo quien es presentado en la revelación como igual en todo particular al Padre y al Hijo, es sin embargo, y para el avance de las presentes realizaciones divinas, presentado como Sujeto tanto al Padre como al Hijo. De igual manera, Sus servicios son vistos como el complemento y la administración de la obra del Padre y el Hijo. Así que el Dios Trino se ha manifestado a Sí mismo al hombre en términos que el hombre aún cuando asistido por el Espíritu, puede sólo débilmente comprender, ¡y qué pueril es la sugerencia que esas revelaciones son el producto de hombres que sin excepción desde los días de Adán son depravados, degenerados, e incapaces de recibir o conocer las cosas de Dios sin la iluminación divina!

Tal concepto propone nada menos la creencia que el hombre origina la idea de Dios, y que el Creador es producto de la criatura.

4. LA CREACION. Sin la habilidad de recibir las cosas de Dios o de conocerlas el hombre es incapaz de dar asentimiento inteligente a la afirmación que todas las cosas que existen fueron creadas de la nada por el inmediato acto de Dios (He.11:3). Reconociendo, sin embargo, que todas las cosas en existencia deben tener un principio, el hombre procede a fabricar su propia solución al problema del origen. Lo mejor que ha podido producir está representado en las teorías de la evolución, las cuales, debido a sus inconsistencias e hipótesis infundadas, son algo peor que la carencia de solución. ¿Debe acaso el hombre, quien es incapaz de descubrir alguna solución razonable a este problema, al mismo tiempo ser acreditado como Autor del testimonio del Génesis sobre la creación, el cual es la base única sobre la cual continúa toda la revelación subsiguiente?

5. EL PECADO. Entre los muchos tópicos sobre los que el hombre no podrá tener una información sin prejuicios, la verdad del pecado y su carácter maligno es sin duda uno de los más prominentes. Pero si se pone en tela de duda que la Biblia —la única fuente de información fidedigna sobre este tema— es de origen divino, no hay entonces otra alternativa sino que el hombre, como supuesto autor de las Escrituras, se ha sentado en juicio sobre sí mismo y es capaz de comprender lo que por todas partes se demuestra que el ser humano es incapaz de comprender, es a saber, lo horrendo del pecado. Y este problema no abarca solamente a un autor humano, sino por lo menos a cuarenta autores que tomaron parte en escribir la Palabra de Dios.

La totalidad de esos cuarenta hombres está en completo acuerdo

en este vasto tema tocante al cual el hombre no podrá saber nada sin la revelación.

6. LA CURA DE LA MALDAD SEGUN LA BIBLIA. Si el hombre pecador no conoce naturalmente su pecaminosidad, mucho menos tiene la capacidad innata por la cual pueda conocer el remedio divino que no sólo es revelado al hombre en la Palabra de Dios, sino que ha demostrado su eficacia en cada caso en que el hombre ha cumplido los requisitos y se ha acogido a sus beneficios. Esta redención no solamente provee una solución perfecta para el creyente sino que se extiende hasta el nuevo cielo y la nueva tierra donde el pecado estará ausente por siempre. Es concebible que el hombre pueda soñar una utopía; pero ¿qué ser humano podría inventar un plan de salvación y hacer que tuviese éxito en todos los casos sin excepción? ¿Cómo podría el hombre inventar un plan que desacredita los méritos humanos, que obtiene el poder salvador de Dios, y que siempre da la gloria a Dios y desilusiona la vanidad humana? Por qué razón el hombre, en su utopía ficticia debiera preocuparse de que esa salvación se efectuase solamente de manera que preserve la infinita santidad de Aquel que redime? Es solamente después de haber sido redimido que el hombre puede, y eso debidamente, comprender el obrar poderoso de la gracia divina en la salvación de los perdidos. Pero si uno vacila en recibir la Biblia como la Palabra de Dios, es dejado sin ninguna otra alternativa que la de creer que el hombre es el autor de la redención y que esa salvación no tiene más valor redentor que el que el hombre pecaminoso pudiera impartirle.

7. LA EXTENSION DE LA REVELACION BIBLICA. Como un telescopio, la Biblia alcanza más allá de las estrellas y penetra las alturas de los cielos y las profundidades del infierno. Como un microscopio, la Biblia descubre los detalles más pequeños del plan y del propósito de Dios, así como los secretos escondidos en el corazón del hombre. Como un estereoscopio, tiene la capacidad de poner las cosas en su debida relación unas con otras, manifestando la verdadera perspectiva del propósito divino en el universo. En cuanto a lo que al conocimiento humano se refiere, la Biblia trata con la misma libertad acerca de las cosas conocidas como acerca de las desconocidas. La Biblia habla con la mayor libertad y seguridad acerca de las cosas completamente fuera del círculo de la vida y la experiencia humanas —de las cosas eternas así como de las cosas temporales. Hay un límite más allá del cual la mente humana, basando sus conclusiones en la experiencia, no puede avanzar, aun así los escritores de la Biblia vacilan cuando llegan a esa frontera, pero se mueven majestuosamente hacia lo desconocido con intrepidez. ¿Por cuáles otros medios, excepto a través de la Biblia puede uno contemplar la

eternidad pasada o futura? Pero la teoría que la Biblia no se origina en Dios solamente, impone la necesidad de creer que criaturas terrenas, limitadas y temporales se han levantado por sí mismas a las vistas sublimes de la eternidad y del cielo así como también el Ser Eterno que es Dios, y son capaces de sentarse en juicio sobre el destino eterno de las cosas. El hombre no podría escribir tal Libro, aun si quisiese.

8. LA ETICA DE LA BIBLIA. Las religiones de los paganos se ocupan muy poco de los asuntos morales. Sus sacerdotes no hablan casi nada de una vida pura y verdadera. Por el contrario, esas religiones son frecuentemente promotoras de los vicios más bajos. Es cierto que ellos no saben nada de la ética que resulta de la doctrina y está subordinada a ella. La Biblia ha introducido algo que es paralelo a todos los diseños morales y sistemas que el mundo ha podido producir. Ya sea la Ley Mosaica, la exhortación cristiana, o las reglas de conducta del reino, cada una se convierte en una obligación que descansa sobre aquellos a quienes es dirigida, debido al estado en el cual cada grupo de personas es colocado en la soberana bondad de Dios. En la Biblia, la ética está basada en la doctrina y se convierte en su resultado legítimo. En ningún otro caso es ese principio tan operante como en el caso del cristiano, el cual, debido a su posición *en Cristo* es llamado a andar como es digno de la alta vocación. La ética de la Biblia es tan sobrenatural en su origen y santo carácter como es el estado dentro del cual los elegidos de Dios son traídos.

La Biblia presenta una exposición categórica del fracaso ético del hombre así como también los juicios que pesan sobre él. La naturaleza depravada del hombre y su inevitable alejamiento de aquello que es recto enfáticamente excluye la teoría que sugiere que el hombre es el originador de una moralidad tan elevada como la que se encuentra en la Biblia, y como desde el ángulo humano las Escrituras son el producto de autores judíos, es pertinente observar que los hombres de esa nación, aun a la faz de todos sus privilegios, eran en muy poco mejor en su rectitud moral que los hombres de otras naciones. A esto hay que añadir el hecho que la medida bíblica de la vida santa es evidenciada por el testimonio de los muchos autores humanos de la Biblia que fueron producto de distintas culturas y vivieron en distintos siglos. ¿Cómo —pudiera preguntarse— hubiese podido la naturaleza humana espontáneamente ofrecer tan deprimente y desesperada descripción de sí misma como la que aparece en la declaración dogmática de la Biblia? En dicha declaración toda alma humana es descrita como completo fracaso. La Palabra de Dios declara: “Jehová miró desde los cielos sobre los hijos de los hombres para ver si había algún entendido, que buscara a Dios.

Todos se desviaron a una se han corrompido, no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno" (Sal.14:2,3). Ellos son "por naturaleza hijos de ira, así como los demás" (Ef.2:3). ¿Cómo podría el fanatismo y la depravación encarnados convertirse en autores y campeones de esos principios de santidad residentes solamente en el cielo?

Otro asunto de relación a este tema general, el cual, como quiera que está sólo remotamente relacionado con el problema de la moral, pregunta cómo los judíos que estaban adentrados en el judaísmo hubiese podido originar un Libro tal como el Nuevo Testamento. No existe siquiera un aspecto del Cristianismo que no sea resistido naturalmente por los judíos. ¿Qué podría ser más repulsivo a un judío que el sentimiento que expresa, "No hay diferencia entre judío y griego, porque el mismo Señor es rico para con todos los que le invocan"? (Ro.10:12). ¿No era acaso el judaísmo producto de Dios y no fue éste practicado durante mil quinientos años bajo el favor divino? Debido a estas verdades indiscutibles, el judío incrustó los elementos del judaísmo en su corazón de ese monopolio religioso y su resultante aislamiento. No tan solamente los escritores judíos del Antiguo Testamento habían registrado todas las infamias de su propia nación y habían reconocido el castigo divino tan justamente traído sobre ellos, sino que también ahora escritores tan dignos como cualquiera de los del Antiguo Testamento son vistos abandonando el judaísmo completamente para sumarse a un sistema que contradice o reemplaza al judaísmo en casi cada uno de los puntos vitales. Estos son problemas que no deben ser tomados livianamente por aquellos que dudan del origen divino de las Escrituras y se ven obligados, por lo tanto, a explicar esas declaraciones diciendo que son producto humano.

9. LA CONTINUIDAD DE LA BIBLIA. La continuidad del mensaje de la Biblia es absoluta en cuanto a su consumación. Está atado por la sucesión de la historia, tipo y antitipo, la profecía y su cumplimiento y por la anticipación, presentación, realización y exaltación de la Persona más perfecta que ha caminado sobre la faz de la tierra y cuyas glorias son la efulgencia del cielo. Pero la perfección de esa continuidad es sostenida contra lo que para el hombre serían impedimentos insuperables; porque la Biblia es una colección de sesenta y seis libros que fueron escritos por más de cuarenta escritores diferentes —reyes, labradores, filósofos, pescadores, médicos, estadistas, eruditos, poetas, hombres del campo— que vivieron en diferentes países, sin oportunidad de reunirse y firmar acuerdos el uno con el otro, y durante un período de tiempo de no menos de mil seiscientos años de historia. Debido a

esos obstáculos de continuidad, la Biblia por fuerza natural debía ser la más heterogénea, inconmensurable, discordante y contradictoria colección de opiniones humanas que el mundo jamás haya visto; pero, por el contrario, la Biblia es exactamente lo que ha sido diseñada, es decir, un homogéneo, ininterrumpido, armonioso y ordenado relato de la historia completa de los tratos de Dios con el hombre.

Tampoco debe pasarse por alto que otros libros sagrados son el producto de un solo hombre y por lo tanto no envuelve el problema de continuidad que se produce cuando los escritos de cuarenta hombres desasociados el uno del otro son entretreídos en un todo perfecto. Cada una de las tres grandes religiones monoteístas tiene sus propios escritos sagrados. Sin embargo, el judaísmo y el cristianismo comparten el hecho que sus escritos son una compilación de los escritos de varios hombres. El libro que sostiene los postulados del islamismo es la obra del fundador de esa religión. Este proclama ser las palabras de Dios, sin embargo, no está escrito por la mano de un profeta, sino que tomado por medio de un dictado oral de una supuesta revelación. Comienza y termina en la persona de su primer maestro. De esos escritos ninguno de sus seguidores se atreve a quitar o añadir. El hombre aun en su estado mejor es una criatura efímera. Su vida está circunscrita a su propio día y generación y sus puntos de vista son comunmente provincialistas. Por medio de tales hombres, igualmente limitados en ellos mismos, Dios causó que una biblioteca se formase en un solo libro con su incomparable continuidad. Este Libro, conteniendo muchos libros, no ha adquirido las impresiones idiosincráticas de muchas mentes. Su armonía no es la producida por un conjunto de trompetas tocadas al unísono, sino la de una orquesta donde, aunque absolutamente a tono los instrumentos son perfectamente distinguibles. ¿Sobre qué base pudiese esta continuidad plena ser explicada si se declarase que la Biblia es algo menos que la Palabra de Dios?

10. LA PROFECIA Y SU CUMPLIMIENTO. Siempre ha complacido a Dios anunciar de antemano lo que va a hacer y la historia ha recogido la realización de la predicción. Un número elevado de profecías fueron anunciadas por los escritores del Antiguo Testamento acerca de la venida del Mesías y éstas fueron declaradas cientos y, en algunos casos, miles de años antes de la venida de Cristo. Esas predicciones que en el propósito divino habían de ser cumplidas en la primera venida de Cristo fueron cumplidas literalmente en ese tiempo. Muchas más están por cumplirse cuando Cristo venga por segunda vez, y es razonable creer, que éstas se cumplirán con la misma precisión. Si hubiese sido el caso que sólo

dos vaticinios hubiesen sido hechos y cumplidos, tales como el nacimiento virginal de Cristo y el ocurrir de éste en Belén de Judea, el carácter sobrenatural de las Escrituras sería probado por la historia que ha recogido su cumplimiento. Pero cuando esas predicciones abundan hasta ser miles en relación a las Personas de la Deidad, los ángeles, las naciones, las familias, individuos y los destinos y cada una de ellas es cumplida con exactitud en cuanto a tiempo y lugar, la evidencia del carácter divino de la Biblia se manifiesta en forma indiscutible. Un escritor de ficción pudiese presentar una situación imaginaria acerca de un supuesto tiempo y lugar y en ese tiempo y lugar hacer que sus personajes ficticios formulen una predicción simulada. Esta, entonces, ha de ser seguida por un capítulo aparentando ser un tiempo posterior y registrando el cumplimiento de una predicción fingida. Tal caso, en verdad, agotaría los poderes predictivos del hombre. Las profecías de la Biblia son cumplidas en caso por hechos verdaderamente históricos. La Biblia misma indica que la prueba final de toda profecía es su cumplimiento literal. Tampoco es el tiempo intermedio de poca importancia. Basado en condiciones obvias, un hombre pudiese realizar una conjetura afortunada en cuanto a sucesos que ocurrirían el día siguiente; pero la profecía bíblica deja a un lado el elemento de tiempo. No puede refutarse que el Salmo veintidós es un avance descriptivo de la muerte de Cristo, y nadie puede contradecir la Biblia en cuanto a la verdad de que hay un espacio de mil años entre la profecía de dicho evento y su cumplimiento. ¿Quién está preparado para creer que cientos de profecías que se han cumplido en las páginas de la historia y que cubren miles de años son el solo producto de la mente humana? Pero no existe ninguna otra alternativa para aquel que duda del origen divino de las Escrituras.

11. TIPOS Y ANTITIPOS. He aquí otra prueba de la continuidad.

Un tipo es un diseño divinamente trazado que representa su antitipo. Es una ilustración trazada por la propia mano de Dios acerca de Su verdad. El tipo y el antitipo están estrechamente relacionados el uno con el otro a través del hecho que la verdad o principio que los une es evidente en ambos. No es la prerrogativa del tipo el establecer la verdad de una doctrina; el tipo aumenta la fuerza de la verdad expuesta en el antitipo. Por otro lado, el antitipo sirve para alzar al tipo fuera del lugar común y lo pone en el lugar trascendental y lo reviste de riquezas y tesoros hasta entonces desconocidos. El cordero de la pascua adorna la gracia redentora de Cristo de rico significado, mientras que la redención reviste al típico cordero de la pascua con todo su maravilloso significado. La continuidad de las Escrituras, la profecía y su cumplimiento, y los

tipos con sus antitipos, son los tres factores principales que no tan solamente sirven para exhibir la unidad de los dos Testamentos y como hilos entrelazados a través de un Testamento al otro, los unen en una estructura, sino también sirven para trazar el diseño que por su carácter maravilloso glorifica al Diseñador. Un verdadero tipo es la imagen de su antitipo, y siendo específicamente diseñado por Dios, es una parte vital de la revelación y la inspiración. Aun si la mente humana pudiese concebir las maravillas del antitipo (lo que no puede hacer), no podría trazar el patrón que se halla en el tipo ni inventar sus muchos detalles —frecuentemente incorporando muchos particulares y circunstancias que forman parte de la historia antigua. De esa manera la tipología como aparece en la Biblia demuestra que la Biblia es la clase de libro que el hombre no podría escribir si quisiese. Este Libro es divino en su origen y suprahumano en su carácter.

12. LA BIBLIA COMO LITERATURA. Como un medio para transmitir ideas, el reducir un idioma a la escritura, la Biblia es una obra de importancia inigualable. Es razonable y de esperarse que Dios, al comunicarse con el hombre, pusiese Su mensaje en forma escrita. ¿De qué otra manera pudiese éste ser meditado y preservado? Igualmente es de esperarse que la literatura así producida, sin importar las cosas secundarias y los medios usados, fuese digna de Su divino Autor. Este aspecto de la prioridad de la Biblia puede ser considerado provechosamente aun por el inconverso. Como pudiese anticiparse, las observaciones de todos los eruditos del mundo en general, ya sean a favor o en contra han estado de acuerdo en que, como literatura, la Biblia es sin igual. Es evidente, sin embargo —y esto no es suficientemente considerado— que esta superioridad de la literatura de la Biblia no pueda ser atribuida a sus autores humanos. Con pocas excepciones, éstos eran hombres comunes producto de épocas que no habían recibido ninguna preparación secular para la tarea que asumieron. En relación a esto es de notar que (con notables excepciones que son necesarias para aclarar la verdad; comp. Ro.7:15-25) el pronombre de primera persona está ausente de sus escritos. Las opiniones personales de los autores humanos acerca del material que ellos presentan son de poca importancia. Si el excepcional valor literario de sus escritos se hubiese debido a sus propias habilidades es inconcebible que el total de esos cuarenta autores hubiese olvidado dejar otros mensajes perdurables que los que están en la Biblia. En verdad que la nación judía, de cuya fuente esos autores humanos de las Escrituras casi en su totalidad proceden, no tiene ninguna otra literatura antigua de importancia fuera de este Libro Sagrado. Las cualidades intelectuales

y morales del judío de épocas tempranas para dicha producción puede medirse por el Talmud y los escritos talmúdicos. Con el mismo fin, los escritos posteriores de los judíos pueden también estimarse a través de una comparación de los Evangelios canónicos con los evangelios apócrifos, estos últimos tienen la tendencia de obstruir en lugar de ayudar en el conocimiento de Cristo. Un contraste similar puede extenderse a los escritos de los Padres de la iglesia primitiva o a hombres tales como los escritores del período de la Reforma, o los Puritanos en contraste con las Espístolas del Nuevo Testamento. Ningún otro mensaje escrito por el hombre sino sólo la Biblia ha conseguido un reconocimiento razonable de ser algo más que normalmente humano, o que pudiese mantener su pretensión de ocupar un lugar en una Biblioteca Divina. Cada época ha sido testigo de que gran parte de su literatura ha sido relegada al olvido, pero la Biblia permanece. Es literalmente verdad que libros van y vienen, pero la Biblia continúa por siempre. Fuera del marco de la literatura judía y cristiana, el Corán probablemente recibiría la primera consideración, aún así “sentimos la justicia”, dice Castenove, de la declaración de Mohler, “que sin Moisés, los profetas y Cristo, Mahoma es simplemente inconcebible porque la substancia esencial del Corán se deriva del Antiguo y el Nuevo Testamentos” (Mahometanismo) *Enciclopedia Británica* citado por Enrique Rogers, *El Origen Sobrenatural de la Biblia*, 5a. ed. p. 266. El individuo devoto es, hasta cierto grado, incapaz de juzgar la Biblia en el campo limitado de las afirmaciones literarias de ésta. Para él, las palabras están revestidas de deleitosas y significativas verdades espirituales que de inmediato transportan el efecto del mensaje sobre el corazón más allá del alcance de una mera reacción a un estilo literario fuera de lo común. ¿Qué persona dotada de entendimiento espiritual no ha sentido con un alto grado de justificación, que las palabras comunes, cuando son usadas en la Biblia, frecuentemente se convierten en algo incomparablemente vital? ¡Entre el pueblo culto, qué generalizada es una apreciación limitada del Texto Sagrado! ¿Qué escritor u orador público desde el demagogo hasta el religioso no ha aprendido a depender de la misteriosa e infalible impresión causada por una nueva referencia a la Palabra de Dios?

Ningún escritor por sí solo ha sido capaz de imitar la simplicidad del lenguaje bíblico. Las más grandes verdades que Dios ha hablado al hombre están expresadas en lenguaje de niños. Para ilustrar: Siete monosílabas, ni una de ellas pasa de tres letras (en inglés), se usan para expresar las dos relaciones más vitales de los creyentes con el Cristo resucitado. Estas son: “Vosotros en mí y yo en vosotros” (Jn.14:20). Así mismo, ninguna expresión de origen humano jamás

podría compararse a las declaraciones que se encuentran en las Escrituras. Ningún escritor de historias cortas ha producido jamás una narración comparable a la que se encuentra en Lucas 15:11-32. Los cuatro Evangelios, como todos los otros libros del Nuevo Testamento, son inagotables en las verdades que constantemente convergen; aun el texto está restringido a una brevedad inimitable. Por otro lado, el mensaje de la Biblia nunca es presionado, forzado, o imposible de leer. Lo cierto es que la narración a veces parece ser innecesariamente explícita (comp. Mt.25:34-45).

A diferencia de los escritores ordinarios, la Biblia emplea una forma puramente dramática. La Biblia afirma ciertos hechos e incidentes sin hacer comentario prejuicioso de clase alguna. Autores humanos parecen ser completamente incapaces de dejar que los hechos hablen por sí solos, ni tampoco están dispuestos a acreditar al lector con la requerida sagacidad para sacar sus propias conclusiones. ¿Qué novelista ha sido capaz de refrenarse de esas prolongadas introducciones de sus personajes que pretenden analizar cada motivo y hasta ese punto, prejuicia de antemano las conclusiones del lector? ¿Cuándo se ha escrito una biografía en que el lector retiene latitud alguna para hacer una evaluación basada en el personaje de la acción? La *opinión* del biógrafo y no la vida del personaje es frecuentemente exhibida. En la Biblia sin embargo, los esfuerzos analizadores y moralizadores del autor humano son excluidos y el intrincado campo de la aplicación de la verdad por el Espíritu de Dios no es desarreglado.

No pocos lectores de la Biblia resienten toda inscripción humana añadida al Texto Sagrado solamente debido a ese deseo razonable de permitírseles sacar sus propias conclusiones directamente de las Escrituras por el poder iluminador provisto por Su Autor —el Espíritu de Dios. Sin ofrecer las barreras literarias comunmente halladas en las producciones literarias de los hombres, la Biblia fascina al niño y proporciona sabiduría. Esta, como ningún otro libro ha hecho o podría hacer, ha apelado a todas las razas o pueblos sin importar la nacionalidad del individuo; como prueba de esto está el hecho que la Biblia, en porciones de la misma, y para llenar una urgente necesidad, ha sido traducida a más de mil idiomas y dialectos y la producción y distribución de éstas ha alcanzado la cantidad aproximada de cuarenta millones de copias por año. Esto es notablemente contrario a lo predicho por Voltair hace cerca de dos siglos cuando dijo que cien años después de su muerte la Biblia sería obsoleta. El deseo de traducir la Biblia a otros idiomas es comprensible. Este impulso ha servido para extender el conocimiento de la Palabra de Dios y ha ido lejos en mover el débil incentivo por

parte de los hombres para traducir otros escritos antiguos. ¿Y qué, en verdad, puede decirse del volumen prodigioso y del carácter elevado de la literatura, la música y el arte que la Biblia ha provocado? La Biblia representa apenas tres centésimas del total existente de la literatura griega y romana; sin embargo ha atraído y concentrado sobre sí más pensamiento y ha producido más obras —explicativas, ilustrativas, apologéticas tocante a su texto, exégesis, doctrinas, historia, geografía, etnología, cronología y evidencias— que toda la literatura griega y romana combinada. De la misma manera, que pudiera decirse de las citas tomadas de la Biblia por casi toda clase de escritura en el mundo, ¿qué otro libro ha servido para desarrollar, fijar y preservar los idiomas en los cuales es traducido o retardar cambios y corrupción del lenguaje, como lo ha hecho la Biblia?

Desde cualquier punto que se enfoquen sus valores literarios puede verse que la Biblia no es el libro que el hombre pudo haber escrito si hubiese querido. La Biblia es, por lo tanto, la Palabra de Dios.

13. LA BIBLIA Y LA CIENCIA. Se confronta un problema no pequeño cuando se hace el esfuerzo de expresar verdades científicas de acuerdo al entendimiento de una edad de manera que al mismo tiempo fuese aceptable a todas las épocas subsiguientes. La ciencia está siempre cambiando y está sujeta a sus propias revisiones, por no decir a completas revoluciones. La ciencia refleja con un buen grado de corrección el progreso del conocimiento humano de generación en generación. En el campo de la ciencia, ningún autor ha podido evadir el ver sus obras caer en desuso de modo inevitable. Pero los Escritos Sagrados han sido constituidos en forma tal que no están en conflicto con la verdadera ciencia ni en ésta ni en cualquier otra época de la historia. Es imposible que los hombres escriban algo semejante a la Biblia en materia de ciencia. No es argumento contradictorio a la Biblia que ésta use expresiones comunes tales como “los fines de la tierra” “los cuatro ángulos de la tierra” o “la puesta del sol”. No sería más comprensible decir “el levantarse de la tierra” que decir “la caída del sol.” Esto último es lo que ocurre ante los ojos del hombre. En verdad ¿qué expresión podría usarse diferente a la que describe lo que el hombre ve con sus propios ojos? La Biblia está justificada en el uso de expresiones generales, especialmente debido a que ningún otro vocablo jamás ha sido propuesto, ni podrían descubrirse otros mejores. Solamente Dios podría ejecutar la tarea sobrehumana de escribir un libro que, aunque dispensando verdades tocante a la naturaleza aún desde su creación hasta sus glorias finales, no obstante evita un conflicto con la ignorancia y el fanatismo como los que han existido en variedad sin fin desde los anales de la historia del hombre.

14. LA BIBLIA Y EL PODER TEMPORAL. El sistema de

gobierno judío era una teocracia. Dios era el monarca sobre todos. No era una alianza de las fuerzas espirituales y los intereses del estado. Era una completa incorporación de los dos dentro del propósito divino. Aunque en el Nuevo Testamento a los creyentes se les ordena someterse a, y orar por, aquellos que hallándose en autoridad civil están sobre ellos, el gobierno está, por ordenación divina en el período presente, conocido como “el tiempo de los gentiles”, en las manos de los hombres; y no hay unidad inherente posible entre la Iglesia que es de Dios y el estado que está en las manos de los hombres. Las instrucciones dadas son claras que los cristianos no deben aspirar al poder temporal ni depender de la autoridad civil para avanzar fines espirituales. La iglesia primitiva era fiel al Nuevo Testamento y su fenomenal progreso se debió a la persuasión y al amor. Es natural y normal para con los hombres el apelar a los poderes coactivos que le están disponibles para alcanzar sus fines. La historia testifica que no ha habido ningún otro movimiento, sino el cristianismo, que haya conseguido realizar sus propósitos apelando al corazón y a la mente. En verdad, uno de los desvíos de la iglesia de Roma es el haberse apartado de ese ideal espiritual. La intención de superar la oposición humana y derrotar las fuerzas del mal por medio de la confianza en el poder divino nunca pudo haberse originado en el corazón humano. Así que puede verse que la Biblia es supernatural en su carácter y no pudo haber sido el producto de los hombres.

15. LA PERDURABLE FRESCURA DE LA BIBLIA. Como ninguna otra literatura en el mundo, la Biblia invita y estimula a una constante repetición de su lectura. Sus páginas están siempre descubriendo nuevas joyas de la verdad aún para aquellos que están más familiarizados con ésta y su elevada apelación moral, así como su sentimiento conmovedor nunca deja de tocar el alma sensible. De ningún otro libro sino de la Biblia puede decirse verdaderamente que su mensaje es perennemente fresco y efectivo, y esto, a la vez demuestra el carácter y el origen divino de la Biblia.

Grandes hombres de todas las generaciones, devotos y no devotos, han tratado de dar expresión a sus convicciones tocante al carácter extraordinario de la Biblia. Cuando se contempla así la Biblia, una elocuencia sin par ha sido estimulada por la eminencia del tema. Entre esas declaraciones, la siguiente pertenece a Teodoro Parker:

“Esta colección de libros ha tenido una aceptación en el mundo como ninguna otra. La literatura de Grecia que asciende como el incienso de esa tierra de templos y actos heroicos, no ha tenido ni la mitad de la influencia que ha tenido este libro producido por nación menospreciada tanto en tiempos antiguos como modernos . . . Esta va igualmente a la cabaña del hombre sencillo como al

palacio del rey. Está entrelazada en la literatura del erudito y colorea el hablar callejero. Entra en el gabinete de los hombres, se mezcla en todas las tristezas y alegrías de la vida. La Biblia atiende a los hombres en la enfermedad, cuando la fiebre del mundo está en ellos... Es la mejor parte de nuestros sermones; levanta al hombre por sobre sí mismo. Nuestras mejores oraciones están basadas en sus historias con las cuales nuestros padres y los patriarcas oraron. El hombre tímido, a punto de despertarse del sueño de su vida, mira a través del cristal de las Escrituras y su ojo se vuelve más brillante: no tiene miedo de estar solo, andar el camino desconocido y distante, tomar la mano del ángel de la muerte y decir adiós a la esposa e hijos... Unos mil famosos escritores surgen en este siglo para ser olvidados en el próximo. Pero el hilo de plata de la Biblia no está flojo, ni la taza de oro rota, como una crónica del tiempo sus decenas de siglos han pasado. (Citado por Enrique Rogers, *El Origen Sobrehumano de la Biblia*, p. 338).

El origen divino de la Biblia en todas sus partes está atestado por un sinnúmero de hechos y características, pero aquí se ha presentado lo suficiente para refutar toda afirmación de que el fenómeno que la Biblia presenta puede, con cualquier muestra de razón, ser atribuido a los hombres. La conclusión es que, habiéndose descubierto por todas partes que es un mensaje verdadero, la Biblia es lo que clama ser, la Palabra de Dios.

II. DIVISIONES GENERALES DE LA BIBLIA

1. LA ESTRUCTURA DE LA BIBLIA. El mensaje de la Biblia es completo. Incorpora todos sus capítulos y versículos en una unidad perfecta, y todas sus partes son interdependientes. El dominio de cualquier parte hace necesario el dominio del todo. Si se tolera un énfasis desproporcionado o se tiene indulgencia con novedades en doctrina, muy poco progreso puede hacerse en el correcto entendimiento de ésta. Los sesenta y seis libros, que por obra divina componen ese todo maravilloso, están divididos en dos partes principales —el Antiguo Testamento y el Nuevo Testamento— y estos Testamentos se prestan a la consideración de dos propósitos supremos en la revelación divina— uno terreno y otro celestial. Los libros del Antiguo Testamento están clasificados en *históricos* —desde Génesis a Ester— *poéticos* —desde Job hasta Cantares de Salomón— y *proféticos* —desde Isaías hasta Malaquías. Los libros del Nuevo Testamento están clasificados en *históricos* —desde Mateo hasta Hechos— *epistolarios* —desde Romanos hasta Judas— y *profético* —el Apocalipsis. En relación a la persona de Cristo —quien es el tema central de las Escrituras— el Antiguo Testamento es considerado como la *Preparación*, los cuatro Evangelios como la *manifestación*; los Hechos como la *propagación*; las Epístolas como la *explicación*; y

el Apocalipsis como *consumación*. El análisis esencial de cada libro, cada capítulo, y cada verso, pertenecen a otras disciplinas en el entrenamiento del estudiante en la Teología Sistemática.

2. LOS SERES CREADOS Y SUS RELACIONES. La Biblia es el único Libro de Dios. Contiene toda Su revelación al hombre y a través de todas las épocas de la historia. La Biblia exhibe el origen, el estado presente, y el destino de cuatro clases de seres racionales en el universo, es a saber: ángeles, gentiles, judíos y cristianos. Es pertinente en toda interpretación bíblica el observar que estos seres racionales continúan siendo lo que son a través de su historia.

a. LOS ANGELES. Los ángeles son seres creados (Sal. 148:2-5; Col. 1:16), su habitación es en el cielo (Mt. 24:36), sus actividades son tanto en la tierra como en el cielo (Sal. 103:20; Lc. 15:10; He. 1:14), y su destino es en la ciudad celestial (He. 12:22; Ap. 21:12). Estos continúan siendo ángeles a través de su existencia, ni se propagan, ni mueren. No hay razón alguna para confundir a los ángeles con alguna otra criatura de Dios. Aunque ellos caen, como en el caso de Satanás y los demonios, aún así continúan siendo clasificados como ángeles (Mt. 25:41).

b. LOS GENTILES. En cuanto a su procedencia, los gentiles tienen su origen en Adán y su cabeza natural está en él. Ellos son participantes de la caída de Adán, y aunque son objeto de profecías que declaran que ellos han de participar, como pueblo subordinado, con Israel en la gloria del reino venidero (Is. 2:4; 60:3, 5, 12; 62:1; Hch. 15:12), ellos en cuanto a su estado en el período desde Adán hasta Cristo, están bajo la múltiple acusación de estar “sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Ef. 2:12). Con la muerte, la resurrección, y la ascensión de Cristo, y con la venida del Espíritu Santo, la puerta del privilegio del evangelio fué abierta a los gentiles (Hch. 10:48, 11:17, 13:47, 48), y de entre ellos Dios está llamando ahora una compañía elegida (Hch. 15:14). En el período de tiempo comprendido entre la cautividad de los judíos en Babilonia, por un lado y la aún futura restauración de la Palestina y Jerusalén a los judíos, por el otro lado, la dispensación del gobierno mundial le ha sido encomendada a los gentiles (Lc. 21:24). Este pueblo, también conocido como “las naciones” avanza en su historia y es visto tanto en el cuadro profético del milenio (Is. 60:3, 5, 12; 62:2; Hch. 15:17) como en la nueva tierra y como teniendo el derecho de entrar en la ciudad que ha de ser edificada (Ap. 21:24, 26).

c. LOS JUDIOS. Por medio del llamamiento a Abraham y todo lo que Jehová obró en él, una nueva raza o pueblo fué comenzado el cual, bajo pactos y promesas divinas inalterables, continúa para

siempre. Tan diferente es esa raza en cuanto a sus características distintivas que todos los demás pueblos son antípodas de éste, es decir, ellos son clasificados como “los gentiles” o “las naciones”, a diferencia de la nación judía. Tal preferencia dada a los judíos no puede ser entendida fuera del testimonio dado en la Biblia en cuanto al propósito eterno de Jehová para con ellos. La importancia que tiene delante de Dios el pueblo terrenal y todo lo que le está relacionado, se indica por el hecho de que más del ochenta por ciento de la Biblia se trata directa o indirectamente con ellos. A pesar de todos sus pecados y faltas, el propósito de Dios para con ellos no puede ser quebrantado (comp. Jer. 31:31-37). Su destino puede ser trazado hasta incluir el milenio y la nueva tierra que le ha de seguir. Sin embargo, en la presente edad, unida como está por los dos advenimientos de Cristo, todo el progreso en el programa nacional y terreno de Israel está suspendido temporalmente y el judío tiene el mismo privilegio que el gentil de ejercitar fe personal en Cristo como Salvador y de esos así redimidos, tanto judíos como gentiles, el pueblo celestial está siendo llamado. Claramente se indica a través de las profecías que cuando el presente propósito sea cumplido, Dios se volverá, y con toda fidelidad, llevará a efecto la completa realización de Sus promesas terrenales con Israel (Hch. 15:14-18; Ro. 11:24-27).

d. LOS CRISTIANOS. Una gran cantidad de pasajes bíblicos declaran directa o indirectamente que la edad presente no es prevista y es de carácter intercalar, y en ella una nueva humanidad aparece en la tierra con un nuevo e incomparable Guía y Jefe en el Cristo resucitado y que dicha Compañía está siendo formada por el poder regenerador del Espíritu Santo. De igual manera se revela que ahora no hay diferencia entre judíos y gentiles ya sea en cuanto a su necesidad de salvación (Ro. 3:9) o en cuanto al mensaje específico que les ha de ser predicado (Ro. 10:12). Puede verse, también, que en este nuevo Cuerpo en el que judíos y gentiles están unidos en una común salvación, la pared intermedia de separación — la larga enemistad entre judíos y gentiles— ha sido rota, habiendo sido “matada” dicha enemistad por la misma muerte de Cristo en la Cruz, haciendo la paz (Ef. 2:14-18). En verdad todas las antiguas distinciones se pierden y los que son salvados vienen a estar sobre una base donde no hay ni judío ni gentil sino que Cristo es todo en todos (Gá. 3:28; Col. 3:11). El Nuevo Testamento también dice que el cristiano, estando habitado por Cristo, ahora posee vida eterna y la esperanza de gloria (Col.1:27) y, estando en Cristo, está en una posición perfecta en Cristo, ya que todo lo que Cristo es —aún la justicia de Dios— ha sido imputado al creyente. Es así como el

creyente ha sido ya constituido en un ciudadano del cielo (Fil. 3:20) y, habiendo sido resucitado con Cristo (Col. 3:1-3), y estando sentado con Cristo (Ef. 2:6), pertenece a otra esfera —tan definidamente, en verdad, que Cristo puede decir del tal: “No son del mundo como tampoco yo soy del mundo” (Jn. 17:14, 16; comp. 15:18, 19). Debe observarse también que debido a que ese nacimiento espiritual y esa posición celestial *en Cristo* son sobrenaturales, éstas son, por necesidad realizadas solamente por Dios, y con la exclusión de la cooperación humana la única responsabilidad impuesta al hombre es la de poner *fe* en el Único que tiene poder para salvar a este pueblo celestial, que es la Nueva Creación de Dios (2 Co. 5:17; Gá. 6:15), ha sido encomendada, no en un sentido corporal sino solamente como individuos, una doble responsabilidad, es a saber, (a) adornar con una vida cristiana la doctrina que representan por la propia naturaleza de su salvación, y (b) ser testigos de Cristo hasta lo último de la tierra. También creemos que las Escrituras que dirigen al cristiano en su andar santo y en su servicio están adaptadas al hecho de que el creyente no está haciendo esfuerzo humano para conseguir una posición delante de Dios, sino que él ya ha sido “aceptado en el amado” (Ef. 1:6), y ya ha sido bendecido con toda bendición espiritual (Ef. 1:3; Col. 2:10). Es evidente que ningún esfuerzo humano podría hacer que persona alguna se elevase a cumplir estas altas responsabilidades y que Dios, anticipando la incapacidad del creyente para andar dignamente de la vocación con que ha sido llamado, ha derramado libremente Su Espíritu de poder para que more en cada uno de los salvados. También se ha dicho de esta compañía celestial que ellos, cuando el número de sus elegidos sea completado, serán quitados de este mundo. Los cuerpos de aquellos que han muerto serán resucitados y los santos que estén vivos serán arrebatados (1 Co. 15:20-57; 1 Ts. 4:13-18). En la gloria las personas que componen esta compañía serán juzgadas con relación a sus galardones por el servicio rendido a Dios (1 Co. 3:9-15; 9:18-27; 2 Co. 5:10, 11), la Iglesia corporal será unida a Cristo en matrimonio (Ap. 19:2-9), y entonces regresará con El para compartir como su compañera en Su reino (Lc. 12:35-36; Jud. 14, 15; Ap. 19:11-16). Esta Nueva Creación, como los ángeles, Israel y los gentiles puede ser trazada hasta la eternidad futura (He. 12:22-24; Ap. 21:1, 22:5). Pero, se recordará, el cristiano no posee ninguna tierra (Ef. 20:12; Mt. 5:5), ni casa (Mt. 23:38; Hch. 15:16), aunque es de la familia de Dios; ni capital terrena o ciudad (Is. 2:1-4; Sal. 137:5, 6) ni trono terrenal (Lc. 1:31-33), ni reino terrenal (Hch. 1:6, 7), ni rey a quien estar sujeto (Mt. 2:2), aunque los cristianos pueden hablar de Cristo como “el Rey” (1 Ti. 1:17; 6:15), ni altar

aparte de la Cruz de Cristo (He. 13:10-14).

3. LOS PERIODOS DE TIEMPO DE LA BIBLIA. Unas cuantas de las divisiones de la Biblia pueden observarse cuando se traza el tiempo desde el principio hasta el fin a través de las Escrituras. Algunas de esas divisiones son:

a. DIVISIONES RELACIONADAS CON LA HUMANIDAD:

(1) *El Primer Período* de la historia humana, o desde Adán hasta Abraham, es caracterizado por la presencia en la tierra de una sola clase de personas: los gentiles.

(2) *El Segundo Período* cubre 2,000 años de la historia humana, o desde Abraham hasta Cristo, y está caracterizado por la presencia en la tierra de dos grupos de personas: los gentiles y los judíos.

(3) *El Tercer Período* de la historia humana, o desde el primer advenimiento de Cristo hasta Su segunda venida, está caracterizado por la presencia en la tierra de tres grupos de individuos: los gentiles, los judíos y los cristianos.

(4) *El Cuarto Período* se declara que será de mil años (Ap. 20:1-9), o desde la segunda venida de Cristo hasta el juicio del gran trono blanco y la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra, está caracterizado por la presencia de dos clases de personas en la tierra: el judío y el gentil.

b. LAS DISPENSACIONES: Como una medida de tiempo, una dispensación es un período identificado por su relación a algún propósito particular de Dios —propósito para ser cumplido dentro de ese período. Las primeras dispensaciones, estando tan remotas en cuanto a tiempo, de la presente, no están tan claramente definidas como lo están las dispensaciones posteriores. Por esta razón, los expositores bíblicos no siempre están de acuerdo tocante a las características precisas de los períodos más remotos. Algunas obvias divisiones dispensacionales son:

(1) *La Dispensación de la Inocencia*, que se extiende desde la creación hasta la caída de Adán. El tiempo de su duración no es revelado, la comisión divina dada a Adán en ese período y su caída indica el curso y el fin de la intención divina dentro de esa era.

(2) *La Dispensación de la Conciencia*, que se extiende desde la caída de Adán hasta el diluvio, en cuya época la conciencia era, aparentemente, la característica distintiva de la vida humana en la tierra y la base de la relación del hombre con Dios.

(3) *La Dispensación de Gobierno Humano*, que se extiende desde el diluvio hasta el llamamiento a Abraham, está caracterizada por la delegación al hombre del gobierno propio, y es terminada por la introducción de un nuevo propósito divino.

(4) *La Dispensación de la Promesa*, que comprende desde el

llamamiento de Abraham hasta la promulgación y aceptación de la Ley de Moisés en el Monte Sinaí. Durante esta era solamente la promesa divina sostiene a Abraham y a su posteridad. Mientras que Hebreos 11:13, 39 se refiere a los santos del Antiguo Testamento generalmente, ya que ninguna de las principales promesas del Antiguo Testamento tuvieron su relación durante su propio período, esos pasajes son específicamente verdad en relación a aquellos que vivieron dentro de la era de la promesa. Que Abraham vivió por la promesa divina es el tema de ambos Testamentos.

(5) *La Dispensación de la Ley*, la cual se extiende desde la promulgación de la Ley de Jehová a través de Moisés y su aceptación por Israel en el Sinaí (Ex. 19:3-31:18). Esta continuó como el gobierno autoritativo de Dios sobre el Pueblo de Israel y de esa manera caracterizó esa edad hasta que terminó con la muerte de Cristo. Una breve porción de esa edad (probablemente de siete años que Cristo declaró que serían acortados, Mt. 24:21-22) que corresponde a la semana Setenta de Daniel (Dn. 9:24-27), aún está por cumplirse.

(6) *La Dispensación de la Gracia*, que se extiende desde la muerte de Cristo hasta Su regreso para recibir a Su novia. Esta es una edad caracterizada por la gracia en el sentido de que en esta edad Dios, quien siempre ha actuado en gracia hacia todos y cada uno de los seres humanos a quienes El ha bendecido, está haciendo una específica demostración celestial de Su gracia por medio y a través de la completa compañía de judíos y gentiles que han sido salvados por gracia y a través de la fe en Cristo. Estos son un pueblo celestial quienes, debido a que su ciudadanía está en los cielos, serán removidos de la tierra tanto por la resurrección como por el arrebatamiento cuando el número de sus elegidos sea completado. Como ya se ha dicho, un breve período seguirá al arrebatamiento de la Iglesia de la tierra; pero ese período no está relacionado con la edad presente y no está caracterizado por una demostración de la gracia divina, sino por los juicios de Dios sobre un mundo que ha rechazado a Cristo. Esta edad también es un período durante el cual el hombre es probado bajo la gracia.

(7) *La Dispensación del Reino*, la cual se extiende desde la segunda venida de Cristo y a través de mil años hasta terminar con la creación de un nuevo cielo y una nueva tierra. Esta dispensación está caracterizada por el hecho de que Satanás estará atado, los pactos de Israel serán cumplidos, la creación será librada de su presente esclavitud y el Señor mismo reinará sobre la tierra y sobre el trono de David, Su Padre.

c. LOS PACTOS: Dios ha entrado en varios pactos. Estos,

también, están bien definidos:

(1) *El Pacto de Redención* (Tit. 1:2; He. 13:20), en el cual, según piensan los teólogos, las Personas de la Deidad entraron antes que el tiempo fuese y en el cual cada uno asumió la parte en ese gran plan de redención que al presente le corresponde como lo revela la Palabra de Dios. En este pacto el Padre da al Hijo, el Hijo se ofrece a sí mismo sin mancha al Padre como un sacrificio eficaz, y el Espíritu administra y da poder para la ejecución de dicho pacto en todas sus partes. Este pacto descansa sobre muy poca revelación. Es más bien apoyado por el hecho de que es tanto razonable como inevitable.

(2) *El Pacto de las Obras*. Este es el nombre dado por los teólogos a esas bendiciones que Dios ha prometido a los hombres y que dependen del mérito humano. Antes de la caída, Adán estaba relacionado con Dios por medio de un Pacto de obras. Hasta que es salvo, el hombre está bajo la inherente obligación de ser en carácter como Su Creador y hacer Su voluntad.

(3) *El Pacto de la Gracia*, es la manera en que los teólogos designan todos los aspectos de la gracia divina hacia el hombre en todo tiempo. La administración de la gracia de Dios para el hombre es posibilitada en base de la satisfacción a los juicios divinos que es provista por la muerte de Cristo. La frase *Pacto de la Gracia* no se encuentra en la Biblia y, como es frecuentemente presentado por los hombres, está lejos de ser un concepto bíblico.

(4) *El Pacto Edénico* (Gn. 1:28-30, 2:16, 17), que es la declaración hecha por Jehová, incluyendo siete aspectos que condicionaron la vida del hombre en la tierra antes de la caída.

(5) *El Pacto Adámico* (Gn. 3:14-19), el cual también consta de siete partes y regula la vida del hombre en la tierra después de la caída. Gran parte de lo que está en este pacto es perpetuo a través de todas las generaciones y hasta que la maldición sea quitada de la creación (Ro. 8:19-23).

(6) *El Pacto con Noé* (Gn. 8:20-9:22), el cual, una vez más, contiene siete partes y presenta el intento divino tocante al gobierno y a la posteridad humana en todas las generaciones subsiguientes comenzando con Noé.

(7) *El Pacto Abrahámico* (Gn. 12:1-3; 13:14-17; 15:1-18; 17:1-8), el cual, de igual manera, está dividido en siete partes u objetivos divinos. Este pacto garantiza bendiciones eternas sobre Abraham, su simiente y todas las familias de la tierra.

(8) *El Pacto Mosaico* (Ex. 20:1-31:18), el cual contiene tres partes, es a saber, los mandamientos, los juicios y las ordenanzas, las cuales a su vez, dirigían la vida moral, social y religiosa de Israel e imponía castigo por los errores. El Pacto Mosaico es un pacto de

obras. Sus bendiciones dependían de la fidelidad humana. Este también proveía los sacrificios restaurados por los cuales el pecado y las faltas de aquellos que estaban bajo el pacto podían ser remediados y éstos restaurados a una relación correcta con Dios.

(9) *El Pacto Palestino (Dt. 30:1-9)*, el cual está dividido en siete partes y declara lo que Jehová hará aún al recoger, bendecir y restaurar a Israel y a su tierra.

(10) *El Pacto Davidico (1 S. 7:5-19)*, el cual asegura tres importantísimas ventajas para Israel a través de la Casa de David, es a saber, un trono eterno, un reino y un Rey eterno que ha de sentarse sobre el trono de David.

(11) *El Nuevo Pacto con la Iglesia (Lc. 22:20)*, el cual incluye toda promesa de la gracia salvadora y guardadora para aquellos que dentro de la presente edad han creído. Sus muchas bendiciones son posesiones o posiciones en Cristo.

(12) *El Nuevo Pacto con Israel (Jer. 31:31-34; He. 8:7-12)*, este pacto es “nuevo” en el sentido de que reemplaza como regla de vida el Pacto Mosaico que Israel quebrantó pero éste no altera ni está en conflicto con el Pacto Palestino, el Pacto Abrahámico o el Pacto Davidico. Sus bendiciones son cuádruples y todas aún futuras, aunque incondicionalmente asegurado por la inquebrantable fidelidad de Dios.

d) LOS PERIODOS PROFETICOS:

(1) *Desde Adán hasta Abraham*, en el cual Enoc profetizó acerca de la segunda venida de Cristo (Jud. 1:14, 15), y Noé profetizó tocante a sus hijos (Gn. 9:24-27).

(2) *Desde Abraham hasta Moisés*. Durante ese tiempo la mayor parte la profecía del Antiguo Testamento fué escrita y gran parte de ella, cumplida. Se debe prestar atención a Deuteronomio 28:1-33:29 como la parte central de la predicción tocante a todas las bendiciones futuras de Israel.

(3) *Desde Moisés hasta Daniel*. Durante este tiempo la mayor parte de la profecía del Antiguo Testamento fue escrita y gran parte de ella, cumplida. Se debe prestar atención a Deuteronomio 28:1-33:29 como la parte central de la predicción tocante a todas las bendiciones futuras de Israel.

(4) *Desde Daniel hasta Cristo*. Una división de tiempo en la cual Jehová revela a través de Daniel el principio, el desarrollo, y el fin del gobierno gentil al igual que los propósitos divinos con Israel. Esa época específica incluye los escritos de Daniel, Ezequiel, Hageo, Zacarías y Malaquías. A esta edad, y como parte importante de la misma, debe añadirse todas las predicciones concernientes a la gran tribulación ya que ese tiempo de tan gran agonía es la semana setenta

de Daniel y, por lo tanto una muy vital e inseparable parte de dicha profecía sin importar el hecho de que siglos que son de naturaleza parentética son colocados dentro de dicho período.

(5) *Desde el Primer hasta el Segundo Advenimiento de Cristo*. Este período recoge toda la profecía del Nuevo Testamento tocante de Cristo como de los apóstoles.

(6) *Desde el Principio hasta el Final del Reino Milenial*, en cuya dispensación se revela que “vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán” (Jl. 2:28).

(7) *El Estado Eterno*, que será el cumplimiento de gran parte de las predicciones, aunque no hay anticipación registrada de que alguien profetizará entonces: en verdad, se declara que la profecía entonces “Se acabará” (1 Co. 13:8).

e) LOS VARIOS ASPECTOS DEL REINO TERRENAL:

(1) *La Teocracia*, en la cual el gobierno divino sobre Israel es provisto en y a través de los jueces (Jue. 2:16, 18; 1 S. 8:7; Hch. 13:19, 20).

(2) *El Reino Prometido*, en el cual Dios entra en un pacto incondicional con David tocante a la inalterable perpetuidad de su casa, su reino, y su trono (2 S. 7:5-19; Sal. 89:20-37).

(3) *El Reino Anticipado por los Profetas*, tema en el que hay un extenso conjunto de pasajes bíblicos comprendiendo la mayor parte de la anticipación del Antiguo Testamento. Aparte del mal inmediato de sus tiempos y la proclamación del juicio sobre las naciones circunvecinas, los profetas del Antiguo Testamento hicieron mucho hincapié en la Persona de su esperado Mesías, la gloria y bendiciones del reino venidero y el lugar que los gentiles han de ocupar en ese reino. En medio de esas predicciones hay un claro reconocimiento de la apostasía de Israel y del castigo que caería sobre la casa de David; pero no sin la seguridad de que el Pacto Davídico no puede ser quebrantado debido a la fidelidad de Jehová (2 S. 7:5-19; Sal. 89:20-37). Ese castigo se manifestaría en la forma de un esparcimiento universal de Israel —donde se hallan hoy— y que ha de ser seguido por el recogimiento de ese pueblo en su propia tierra cuando su Mesías regrese (comp. Dt. 28:63-68; 30:1-10). Estas profecías comenzaron a cumplirse en relación con la última cautividad en Babilonia seiscientos años antes de Cristo y marca el comienzo del período que Cristo designó como “los tiempos de los gentiles” (Lc. 21:24), y que tiene que continuar hasta el recogimiento de Israel cuando Cristo regrese, y lleva la señal inconfundible que Jerusalén es *hollada por los gentiles*. Dentro de esta extensa dispensación gentil hay otros aspectos del gobierno del reino en la tierra que reconoce la presencia y la autoridad de la

administración gentil.

(4) *El Reino Anunciado como "Habiéndose Acercado"*, pero rechazado por Israel. El reino que constituye una parte tan extensa de la expectación del Antiguo Testamento, en su anuncio y rechazamiento ocupa una gran parte de los Evangelios Sinópticos. La mayor parte del ministerio de Cristo anterior a la cruz es descrito abreviadamente en Juan 1:11, *El vino a los suyos y los suyos no le recibieron*. El Rey de Israel vendría a ellos *humilde, sentado sobre un asno* (Zac. 9:9; Mt. 21:5). Esta específica predicción tocante a la manera del ofrecimiento hecho por Cristo de sí mismo como Rey de Israel en su primer advenimiento, no debe ser confundido con Su venida sin oposición como el Mesías en poder y gran gloria en su segundo advenimiento (Mt. 24:29-31; Ap. 19:15, 16). Debido a Su rechazamiento en los días de su primera venida, Israel fue hecho culpable del acto manifiesto de la crucifixión de Su Rey, extendiendo así los siglos de su castigo. Sin embargo, el sacrificio fue provisto en la muerte de Cristo que responde a todas las demandas de la santidad divina contra el pecado y abrió la puerta de bendición a todos los pueblos de la tierra (Ro. 11:25-27).

(5) *La Forma de Misterio del Reino*, como fue bosquejado por Cristo en las siete parábolas de Mateo 13:1-52, continúa a través de esta edad. De acuerdo a su uso en el Nuevo Testamento, la palabra *misterio* se refiere a una verdad que ha permanecido hasta entonces sin revelación. La presente dispensación está caracterizada por la realización de un propósito divino que es correctamente llamado un *misterio*. Todo lo demás está siendo conformado a ese propósito. Efesios 3:1-6 declara este propósito y ahí se ve que es el llamamiento a un Nuevo Cuerpo tanto de judíos como gentiles, quienes todos y cada uno, son hechos nuevas criaturas por el poder regenerador del Espíritu Santo. El reino de los cielos es el gobierno de Dios en la tierra y El está ahora gobernando, en estos "tiempos de los gentiles", solamente en cuanto a la realización que los misterios del Nuevo Testamento puedan requerir. Esta es la extensión del reino en su forma de misterio (Mt. 13:11).

(6) *El Reino que ha de ser Reanunciado por los 144.000 en la Final Anticipación al Regreso del Mesías*. Cuando estaba a punto de partir de este mundo y en relación a los eventos que acompañarían Su segunda venida, Cristo declaró, "y este evangelio del reino será predicado en todo el mundo (*οἰκουμένη*) para testimonio a todas las naciones y entonces vendrá el fin" (Mt. 24:14; Ap. 2:4-9).

(7) *El reino en la manifestación*, o esa edad que sigue al segundo advenimiento de Cristo cuando todas las profecías y pactos concerniente a los judíos y los gentiles en la tierra glorificada serán

cumplidos. Esta era es comunmente llamada el milenio debido a la revelación de que será por mil años (Ap. 20: 1-6).

f) **DIVISIONES DE LA BIBLIA TOCANTE A LA HISTORIA DE ISRAEL EN LA TIERRA.** A la luz del Pacto Palestino que garantiza a Israel una posesión eterna de la tierra prometida a Abraham y a su simiente, es esencial el observar que, conforme a la profecía y como castigos, los israelitas iban a ser tres veces desposeídos de su tierra y tres veces restaurados a ella. Es igualmente importante notar que ellos están ahora en la tercera privación de la tierra y están esperando su restauración a ella cuando su Mesías regrese. Habiendo sido restaurados, los israelitas no saldrán de allí jamás. Ya que la profecía es afectada en gran manera por la posición que Israel ocupa en cualquier tiempo dado en relación a su tierra esta división del mensaje de la Biblia es de vital importancia.

g) **DIVISIONES DE LA BIBLIA TOCANTE A LOS GENTILES.** El significado del largo alcance de la revelación concerniente a las varias posiciones gentiles es segundo solamente al de Israel. Estos son varios:

(1) *Como Estando Fuera de los Pactos Judíos y los Privilegios de la Comunidad*, el cual es su estado desde Adán hasta Cristo (Ef. 2:12).

(2) *Como Recibiendo una Dispensación de Gobierno Mundial al Tiempo de la Ultima Dispensación de Israel (Dn. 2:36-44).*

(3) *Como Teniendo Ahora el Privilegio de Recibir el Evangelio de la Gracia de Dios*, y, como individuos, a ser salvos en la nueva superintendencia natural, en gloria celestial de Cristo (Hch. 10:45, 11:17, 18; 13:42, 48).

(4) *Como Llevados a Juicios al Final de su Dispensación de Gobierno Mundial*, y en relación al trato dado a la nación de Israel (Mt.25:31-46).

(5) *Como Visto en la Profecía*, los que han de participar como pueblo subordinado en el reino de Israel (Is. 2:4; 60:3, 5, 12; 62:2; Hch. 15:17).

(6) *Como Entrando en y Continuando con el Reino de Israel (Mt. 25:34).*

(7) *Como participantes de la Gloria de la Ciudad Celestial*, después de la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra (Ap. 21:24-26).

h) **DIVISIONES DE LA BIBLIA TOCANTE A LA IGLESIA.** Aunque, en cuanto a su historia terrenal, la Iglesia está limitada a esta presente edad, ésta puede ser reconocida:

(1) *Como Vista en los Tipos*, representada por ciertas novias del Antiguo Testamento.

(2) *Como Anticipada Directamente en Profecía (Mt. 16:18).*

(3) *Como siendo llamada del mundo*, y aún residiendo en éste, lo cual es cierto de la Iglesia en la presente dispensación (Hch. 15:14; Ro. 11:25).

(4) *Como Distinta del Judaísmo*. En las correctas divisiones de las Escrituras nada es más fundamental o determinante que la distinción entre el judaísmo y el cristianismo. Juzgado por la cantidad de espacio dado a este, el judaísmo ocupa la mayor parte de la Biblia incluyendo prácticamente todo el Antiguo Testamento y mucho del Nuevo Testamento. La Biblia presenta estos dos grandes sistemas, y es fácilmente uno de los graves errores del teólogo suponer que estos dos son uno solo. Es cierto que hay aspectos comunes a ambos, tales como Dios, el hombre, el pecado, y la redención; pero hay vastas diferencias entre ellos y esas diferencias tienen que ser observadas. Algunas de estas son enumeradas en los capítulos III y XI del volumen IV.

(5) *Como Recibida en el Cielo por la Resurrección y el Arrebatamiento*, y allí premiada y unida en matrimonio con Cristo. (1 Ts. 4:13-18; 2 Co. 5:10; Ap. 19:2-9).

(6) *Como Regresando con Cristo para su Reinado Terrenal* (Jud. 14, 15; Ap. 19:11-16).

(7) *Como Reinando con Cristo en la Tierra* (Ap. 20:6).

(8) *Como Participantes de la Gloria del Nuevo Cielo* y como tal, tan relacionada a la ciudad celestial, como para darle el título caracterizante de *la novia, la esposa del Cordero*.

4. *Las Principales Divisiones de la Bibliología*. La bibliología se divide naturalmente en siete partes, es a saber: 1) Revelación, 2) Inspiración, 3) Autoridad, 4) Iluminación, 5) Interpretación, 6) Vitalización y 7) Preservación.

CAPITULO III

REVELACION

En su uso teológico, la palabra *revelación* está limitada al acto divino de comunicar al hombre lo que de otro modo éste no podría saber. Esta forma extraordinaria de revelación —ya que se origina en Dios— está, por necesidad y en gran manera, subordinada a agentes y medios sobrenaturales. Nada puede ser más ventajoso para el hombre, ni hay nada más cierto, que el hecho mismo de que Dios le haya hablado. La pregunta satánica, “¿Conque Dios os ha dicho . . . ?” (Gn. 3:1), nos lleva la conclusión inequívoca de que siempre, la substancia del racionalismo y la duda tocante a la revelación divina, es engendrada por el *padre de mentira* y es ajena a la intuición natural del hombre.

Habiendo hecho Dios al hombre a su imagen y semejanza y habiéndole dotado de la capacidad de tener comunión con El, es razonable esperar que tal capacidad fuese debidamente ejercitada. Que, a su debido tiempo, Dios revele al hombre verdades tocantes a Sí mismo y a Sus propósitos, es por tanto lógico; como también, que le revele el verdadero lugar que para El ocupa en el plan divino de la creación, es decir: su relación con Dios, con la eternidad, con el tiempo y, al propio tiempo, con la virtud, el pecado y la redención; así como con todos los otros seres del universo en el cual la vida del hombre se desenvuelve. Adán, creado como fue en el punto cero de todo conocimiento y experiencia resultante del proceso de la vida tenía mucho que aprender aún dentro de la esfera de la existencia anterior a la caída. Dios —se nos dice— descendía y hablaba con Adán en el *aire del día*. Pero si el hombre, antes de la caída, necesitaba que se le impartiese conocimiento ¡cuánto más después de ella, cuyo ser ya entenebrecido, necesita ser enseñado por Dios! A este *otro hombre*, tiene que adicionársele, además, el conocimiento de lo que es el pecado y la redención. Dios ha hablado. Con ese fin la Biblia ha sido escrita y el revelar al hombre ese gran conjunto de verdades que en manera alguna podía adquirir por sí sólo y que la Palabra de Dios revela, parece haber sido su propósito sublime y supremo.

I. DIFERENCIA DE TRES IMPORTANTES DOCTRINAS

1) REVELACION Y RAZON. La Teología Sistemática, obtiene su información tanto de la revelación como de la razón, aunque la parte en la que interviene la razón no puede, en modo alguno, considerársela fundamental porque su autoridad es dudosa, limitada y hasta insignificante. Por *la razón*, según la consideramos en el contexto de este estudio, entendemos las facultades morales e intelectuales del hombre, ejercidas en la búsqueda de la verdad y sin la ayuda sobrenatural. Una valoración correcta de la razón no se encuentra frecuentemente. Ciertos hombres han sostenido que, sin dirección ni asistencia divinas, el ser humano no puede llegar a alcanzar toda la verdad que le es esencial para su bienestar aquí y en el más allá. En todas cuantas discusiones se producen en relación con este problema, la razón tiene que ser totalmente divorciada de la revelación, si es que ha de ser vista en sus verdaderas limitaciones. Tal separación, es extremadamente difícil de consumir, ya que la revelación ha penetrado en un grado inconmensurable hasta lo más profundo de la civilización. Debido a esta penetración, algunas naciones son llamadas *cristianas*. El verdadero estado del hombre bajo la razón, y cuando se halla aislado de la revelación, está parcialmente demostrado por las formas tan bajas de paganismo en que vive; pero aún los paganos están universalmente convencidos de la existencia de un Ser Supremo y, debido a esa convicción, están procurando evidencias que, en su estimación, expresan Su favor o Su descontento. Desde que Adán caminó y habló con Dios —cuya revelación él, sin duda, transmitió a su posteridad— ningún hombre en la tierra puede estar completamente vacío de la revelación divina. Aunque poseída en forma leve de tal revelación, la filosofía pagana es una deplorable manifestación de las limitaciones de la razón humana. Nunca esos sistemas han podido perfeccionar un código perfecto de responsabilidades morales ni tampoco podrían inventar una base autorizada en la cual apoyar sus preceptos. De igual manera, la luz de la naturaleza y la ayuda de la razón, han sido demasiado débiles para disipar incertidumbres tocante a la vida que hay más allá del sepulcro. Hablando acerca de los premios y los castigos futuros, Platón dijo: “La verdad debe de terminar o establecer cualquier cosa cierta acerca de estos asuntos, pero en medio de tantas dudas y discusiones, es la obra de Dios solamente.” Y Sócrates hace que uno de sus personajes diga acerca de la vida futura: “Yo tengo la misma opinión que usted que, en esta vida, es, o absolutamente imposible o extremadamente difícil, llegar a un conocimiento claro de este

asunto” (Citado por Dick, *Teología*, pag. 15). No es el filósofo antiguo sino el incrédulo moderno quien argumenta a favor de la suficiencia de la razón humana y quien ridiculiza los postulados de la revelación.

Dentro de los límites de lo humano, la razón es importantísima; pero, comparada con la revelación divina, la razón es tanto falible como finita.

2) REVELACION E INSPIRACION. La revelación y la inspiración son en sí doctrinas cardinales de la Biblia, pero son frecuentemente confundidas. Esta confusión es tal vez debido, en gran parte, al hecho de que la revelación y la inspiración tienen que coincidir o converger en un punto, asegurar esa infalible declaración divina de la Biblia, sin vacilación, asegura ser. Esta es, por derecho propio, no solamente sistema de verdad *revelada*, sino que es el *único* sistema de verdad *revelada*. Es una intervención supranatural en los asuntos del hombre. Tal declaración, por necesidad, implica dos operaciones divinas, a saber, la *revelación*, que es la influencia divina directa que comunica la verdad de Dios al hombre y la *inspiración*, que es la directa influencia divina que garantiza una correcta y fiel transferencia de la verdad en el lenguaje que otros puedan entender.

Aunque estas dos operaciones divinas frecuentemente coinciden, también es verdad que estas a menudo actúan separadamente. Por medio de la más pura revelación, José, fue avisado por Dios en un sueño que debía huir a Egipto con María y el niño Jesús. No se nos dice, sin embargo, que él hubiese sido inspirado a escribir dicha revelación para beneficio de otros. Es más, multitudes de personas oyeron la voz de Dios cuando escucharon las misericordiosas revelaciones que constituyen la substancia de la predicación de Cristo; pero ninguno de ellos, excepto los discípulos escogidos, fueron llamados para ejecutar las funciones de escritores inspirados. Por otra parte, esos hombres inspirados, presentaron verdades con esa certeza que solamente la inspiración podía asegurar, pero esas verdades no eran, estrictamente hablando, revelaciones. Los escritores de la Biblia, frecuentemente registraron cosas que ellos mismos vieron o dijeron, en cuyo caso no había necesidad de revelación directa.

Esta diferencia es más ampliamente demostrada a través del hecho de que, aunque algunos hombres están de acuerdo en que la Biblia si presenta una revelación de Dios, están en desacuerdo en relación a la solución de varios problemas en cuanto a cómo la revelación de Dios pudo ser transmitida sin error a través de hombres falibles y que aún les faltaba mucho en su educación de acuerdo con la cultura de sus tiempos. Estas y otras diferencias entre la revelación y la inspiración

serán estudiadas más adelante al considerar ambas doctrinas más ampliamente.

3) REVELACION, INSPIRACION E ILUMINACION. Una clara diferencia entre revelación e inspiración, por un lado, e iluminación por otro, es también esencial. Esta última siendo la influencia o el ministerio del Espíritu Santo capacitando a todos aquellos que están en relación correcta con Dios para comprender las Escrituras. De Cristo está escrito que él *abrió* el entendimiento de ellos para que comprendiesen las Escrituras (Lc. 24:32, 45). Cristo mismo prometió que cuando el Espíritu Santo viniese, El *guiaría* a toda verdad. De igual manera, Pablo escribe: “Hemos recibido . . . el Espíritu que es de Dios para que sepamos lo que Dios nos ha concedido . . .” (1 Co. 2:12). Y Juan señala del Espíritu que El “os enseña todas las cosas. . .” (1 Jn. 2:27). Sin embargo, es obvio que la Iluminación, siendo la declaración de la Escritura ya dada, no lleva implícita la responsabilidad de *añadir* a esas Escrituras; ni tampoco la iluminación exige que, la transmisión inspirada e infalible de aquello que el Espíritu de Dios enseña, haya de escribirse en un idioma.

Inspiración, por la cual la revelación encuentra una infalible expresión, es confundida, tanto por los católicos romanos como por los racionalistas. Los católicos toman ese camino para poder mantener la creencia de que la iglesia romana, tanto primitiva como contemporánea, posee un dogma extra-bíblico de autoridad que es igual al de la Biblia —y superior a la Biblia, juzgando por sus conclusiones cada vez que se ve en la necesidad de dictaminar entre la Biblia y la Iglesia Católica. Esta es una usurpación palpable ya que las pruebas que establece una Biblia autoritativa e inspirada son más que suficientes mientras que las mismas pruebas a favor de una iglesia autoritativa e inspirada son inexistentes e inadmisibles. El racionalista, en uso de los argumentos de la razón, confunde la iluminación o la influencia general del Espíritu sobre todos los corazones regenerados, con la obra extraordinaria de la revelación y la inspiración. Ellos hacen ésto, aún cuando admiten una revelación divina específica, al atribuirle a los escritores de la Biblia toda la variabilidad, incertidumbre y deficiencia que caracteriza a los mejores hombres, aún cuando actúan bajo el poder capacitador del Espíritu.

La experiencia de Balaam, del Rey Saúl, y de Caifás, al proferir una revelación divina es prueba de que la inspiración no implica necesariamente iluminación espiritual. Y, por otra parte, el hecho de que un sinnúmero de aquellos que han sido bendecidos por la iluminación espiritual no reciben revelación ni ejercen las funciones de la inspiración, es prueba suficiente para desarmar las creencias del racionalismo.

Es significativo que en un pasaje, a saber, 1 Corintios 2:9-13, hay referencia a la *revelación* en el versículo 10, a la *iluminación* en el versículo 12, y a la *inspiración* en el versículo 13.

Finalmente, tanto la revelación como la inspiración, pueden distinguirse de la iluminación y ello en que, la iluminación es prometida a todos los creyentes; en que ésta admite grados, ya que aumenta o disminuye; en que depende no de la elección soberana de Dios, sino en una sincronización personal con el Espíritu de Dios. Y sin esta condición nadie podrá recibir jamás una salvación personal (1 Co.2:14), ni el conocimiento de la verdad de Dios revelada.

II. LA NATURALEZA DE LA REVELACION

Desde la primera revelación de Sí mismo en el Huerto del Edén hasta la consumación celestial cuando los redimidos puedan conocer como son conocidos y cuando lo que es en parte se acabe con el advenimiento de aquello que, en el concepto del entendimiento espiritual, es “perfecto” (1 Co.13:9-12), —aun cuando en los tiempos pasados El ha “dejado a todas las naciones andar en sus propios caminos” (Hch.14:15-17)— Dios nunca se ha dejado a Sí mismo sin testimonio. El ha obrado con fidelidad constante con el fin de que los hombres puedan ver más allá de su horizonte innato y captar, hasta cierto grado, las verdades y los aspectos de una esfera más amplia. Dios ha buscado por todos los medios posibles manifestarse a Sí mismo, Sus obras, Su voluntad y Su propósito. Con ese fin, por medio de Su Espíritu Santo, El ha movido a los hombres a desear este conocimiento. Este actuar divino de mover los corazones es de esta manera expresado por el Apóstol Pablo a los atenienses: “Para que busquen a Dios, si en alguna manera, palpando, puedan hallarle, aunque ciertamente no está lejos de cada uno de vosotros. . .” (Hch.17:27). Mientras que el más elevado y específico aspecto de Su más profundo deseo —en el que todos los redimidos pueden participar— es expresado de esta manera por el mismo Pablo: “A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejantes a El en su muerte. . .” (Fil.3:10). Ya que “el fin supremo del hombre es glorificar a Dios y gozarse en El por siempre”, el hombre no está limitado en la esfera de su propio ser, aquella en la cual fue colocado por la creación. El camino está abierto para que él se mueva hacia esferas celestiales y conozca, aun ahora, algo del privilegio sublime del “compañerismo con el Padre, y con Su Hijo Jesucristo”, poseer la vida eterna y anticipar una semejanza con Cristo. La revelación divina es el hacer saber al hombre todo lo que él debe saber, lo cual se encuentra entre el punto cero en el que comenzó su carrera como criatura y el

carácter final de entendimiento debido al cual él, siendo redimido, puede tener comunión ininterrumpida con Dios en el cielo y responder inteligentemente a las cosas de Dios en las esferas eternas. En general se realiza una revelación divina cuando cualquier manifestación de Dios es discernida o cualquier evidencia de Su presencia, propósito o poder es comunicada. Tales manifestaciones pueden ser descubiertas comenzando desde el gran espectáculo de la creación hasta la más pequeña experiencia del más insignificante de los seres humanos. Tan estupendo, de largo alcance y complejo es este sistema de verdad que cualquier esfuerzo en delinearlo o clasificarlo será necesariamente incompleto.

Es práctica común entre los teólogos el subdividir la revelación en dos partes principales, a saber, la *general* y la *específica*, o la que es *natural* y la que es *supernatural*; y también la que consideran como *original* y la que suponen *soteriológica*. La primera de estas divisiones incorpora aquella revelación que es comunicada a través de la naturaleza y de la historia, mientras que la última incluye todo aquello que viene como una intervención natural de las cosas y que es *supernatural* en cuanto a su origen y a su método.

Para una exposición más completa, la revelación divina es particularizada aquí bajo siete maneras: a) Dios revelado a través de la *naturaleza*, b) Dios revelado a través de la *providencia*, c) Dios revelado a través de la *preservación*, d) Dios revelado por medio de los *milagros*, e) Dios revelado por medio de la *comunicación directa*, f) Dios revelado a través de la *encarnación*, y g) Dios revelado a través de las *Escrituras*.

1. DIOS REVELADO A TRAVES DE LA NATURALEZA. La trascendental gloria terrena que esperaba al hombre sin pecado cuando fue creado pudo haber carecido de significado para él fuera de la realización de que todo lo que contemplaba era la obra de Su Creador y, hasta ese punto, una revelación de la sabiduría del Creador, Su poder y Su gloria. Pero una exhibición tal y como el hombre vio antes que la maldición sobre éste (Gn.3:18,19; Ro.8:19-21), fue aumentada inconmensurablemente por la presencia de, y la comunicación con Dios. La revelación de la naturaleza era en sí misma impresionante, pero necesitaba entonces, al igual que ahora, ser completada por medio de una intimidad personal y estrecha con Dios. Sobre la relación entre los aspectos naturales y sobrenaturales de la revelación en el Edén, el Dr. B.B. Warfield escribe: "La impresión es poderosa que lo que se nos quiere comunicar es que el hombre habitó con Dios en el Edén, y gozó con El inmediata y no meramente mediata comunión. En ese caso, podemos entender que si el hombre no hubiese caído, hubiera continuado gozando ese

inmediato compañerismo con Dios y que, la cesación de esa comunión inmediata se debe al pecado" (*Revelation and Inspiration*, p. 8).

La Biblia señala definitivamente a la naturaleza como una revelación práctica de Dios. Leemos: "Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra al otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría; no hay lenguaje ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol; y éste, cual esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos, y nada hay que se esconda de su calor" (Sal.19:1-6). Así mismo, la revelación de la naturaleza, con su valor limitado, es declarada en Romanos 1:19-23. La razón expresada en esos pasajes tocante al por qué la ira de Dios es revelada desde el cielo contra hombres injustos que retienen, o resisten, la verdad (v. 18) se dice ser "... porque lo que de Dios es manifiesto, o se conoce, Dios se lo manifestó. Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa. Pues habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido. Profesando ser sabios, se hicieron necios, y cambiaron la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles" (Ro.1:19-23). Aquello que puede conocerse de Dios por medio de la naturaleza, ha sido revelado y en glorificarlo, volviéndolo en idolatría es, por parte del hombre, una acción sin excusa y merece la justa recompensa que Dios ha impuesto. Debe observarse, en relación a esto, que la revelación de la naturaleza no presenta nada en cuanto a la gran necesidad y al hecho de la redención. El mundo pagano, fuera de la revelación específica, llega a un débil reconocimiento de un Ser Supremo; pero la naturaleza no revela la verdad que: "De tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna." Hasta que sea informado acerca de la gracia salvadora de Dios en Cristo Jesús, el pagano puede estar poseído de una excusa tocante a la redención; pero no hay indicación alguna de que esa ignorancia le favorezca en relación a la gracia salvadora de Dios.

Todos los argumentos teístico-naturalistas en cuanto a la existencia de Dios, están basados en la revelación concerniente a Dios que la naturaleza provee. Estos (aún por ser considerados bajo

Teología Propia) no son sino un esfuerzo por parte del hombre de razonar partiendo de la naturaleza hacia su Causa, y ya que ese razonamiento está justificado, el hombre está "sin excusa."

2. DIOS REVELADO A TRAVES DE LA PROVIDENCIA. La Providencia es la ejecución, en todos sus detalles, del programa divino de las edades. Que tal programa existe no solamente es razonable en grado sumo, sino que está abundantemente registrado en las Escrituras (Dt. 30:1-10; Dn.2:31-45; 7:1-28; 9:24-27; Os.3:4,5; Mt.23:37-25:46; Hch.15:13-18; Ro.11:13-29; 2 Ts.2:1-12; Ap.2:1-22:21). Los extensísimos propósitos de Dios que cubren las edades desde la eternidad pasada hasta la futura son también perfectos aun en sus ínfimos detalles, abarcando hasta la muerte de los pajarillos y el recuento de los cabellos de la cabeza (Lc.12:6,7). Para discernir la providencia de Dios, solamente sirve la visión espiritual. La percepción limitada del inconverso, quien no tiene a Dios en ninguno de sus pensamientos, está bien expresada en la familiar frase: "El azar y el tiempo siempre están ocupados." Dicha frase, aunque forma parte de un himno cristiano, no tiene lugar alguno en la relación de un cristiano con Dios. Para el hijo de Dios, la inquebrantable providencia de Dios está expresada mejor en la Palabra de Dios de esta manera tan expresiva: "Y sabemos que a los que a Dios aman todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme al propósito son llamados" (Ro.8:28).

La doctrina de la providencia divina no carece de problemas. No puede ser de otra manera mientras haya pecado y sufrimientos en este mundo. Un entendimiento más amplio en cuanto a los propósitos divinos y los medios necesarios que Dios emplea para alcanzar esos fines ofrece mucha base en la trayectoria para encontrar una solución a estas dificultades. La revelación que Dios ha hecho de Sí mismo, a través de la providencia, es ilimitada. La Historia, es Su historia, y en las páginas de la Escritura, de tal manera se ha relacionado El a Sí mismo con los eventos futuros —tanto por medio de pactos como de predicciones— que se nos da la seguridad de que habrá una perfecta consumación de todas las cosas y el fin justificará los medios usados para llegar a éste.

3. DIOS REVELADO A TRAVES DE LA PRESERVACION. El Nuevo Testamento es específico en sus declaraciones concernientes a la relación que la Segunda Persona de la Deidad sostiene con este universo material. Está escrito de El como Creador: "Porque por él fueron creadas todas las cosas que están en los cielos, y que están en la tierra, visibles e invisibles, sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades, todo fue creado por él y para él" (Col.1:16). "Y, tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra; y los

cielos son obra de tus manos” (He.1:10). También está escrito que Ese que por la Palabra de Su poder “efectuó” la creación (Heb.11:3), igualmente por la misma Palabra de poder ha hecho que las cosas tengan consistencia, y que continúen como estaban: “El es antes de todas las cosas, y por él todas las cosas subsisten” (Col.1:17); “. . . y sustentando todas las cosas por la palabra de su potencia (He.1:3), Cristo es también el dador y el sustentador de la vida (Jn.1:4; 5:26; Hch.17:25; 1 Co.15:45). El es el que da vida eterna (Jn.10:10,28), El mismo es esa vida que da (Col.1:27; 1 Jn.5:12). Así como la savia de la vid sostiene las ramas, así la vida divina es siempre la fuerza vital en el cristiano. Es verdad que “en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hch.17:28). Dios es de igual manera revelado en el cuidado que ejerce en la preservación de cada individuo, especialmente en aquellos que confían en El. Esa verdad, es expresada en dos pasajes del Nuevo Testamento: “No os congojéis pues diciendo: ¿qué comeremos o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque los gentiles buscan todas estas cosas; que vuestro Padre Celestial sabe que de todas estas cosas habéis menester. Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mt.6:31-33). “Mi Dios, pues, suplirá todo lo que os falta conforme a sus riquezas en gloria en Cristo Jesús” (Fil.4:19).

En el Antiguo Testamento, el título Dios Todopoderoso (EL SHADDAI) transmite la verdad de que Dios sostiene a Su pueblo. Esa expresión indica más que el hecho de que Dios es un Dios de fortaleza, lo cual es; pero ese título incluye el impartimiento de su fortaleza de la misma manera que un niño extrae alimento del pecho de su madre. La palabra *Shad*, como aparece en '*El Shaddai*', significa *pecho*, y respalda el concepto del alimento que una madre imparte a su hijo.

Así es que puede verse que Dios es revelado a través de Su preservación de todas las cosas en general y de Su pueblo en particular.

4. DIOS REVELADO A TRAVES DE LOS MILAGROS. Todo lo que pudiese ser relevante para un completo entendimiento de cuanto los milagros revelan es cierto, ellos sirven para revelar a Dios ante el hombre. Esto no es menos cierto en un Testamento que en otro. El carácter sobrenatural de un milagro revela el poder divino, así como el propósito de Aquel por quien es realizado. Aparte del bien que fue realizado a través de los milagros de Cristo, sirvieron para probar que El era Dios manifestado en carne (Mt.11:2-6). La persona y el poder de Satanás, también son revelados a través de obras sobrenaturales (2 Co.11:14; Ap.13:1-18).

5. DIOS REVELADO POR MEDIO DE LA COMUNICACION

DIRECTA. Dios ha hablado al hombre. Este hecho presenta dos problemas diferentes, a saber, el del Dios que habla, y el del hombre que escucha. En el lado divino, es evidente que Dios, quien ha creado todas las facultades humanas, es abundantemente capaz de enviar Su mensaje a la mente del hombre. En el lado humano, a los hombres se les hizo saber con certeza que un mensaje de Dios les había sido dado y, debido a esa comunicación, ellos fueron movidos a dar dicho mensaje a otras personas.

La revelación de Dios, a través de una comunicación directa con los hombres, es un aspecto de largo alcance en relación a este tema. Este incluye teofanías, visiones, sueños y la comunicación de boca a boca con la que Jehová honró a Moisés como no honró a ningún otro profeta (Nm.12:8; Dt.34:10). Aunque El habló directamente con Adán, Caín, Enoc, Noé, Abraham, Isaac, Jacob y muchos otros. Ese misterio impenetrable de cómo los escritores de la Biblia recibieron el mensaje de Dios, aunque pertenece a la presente discusión, será considerado más ampliamente bajo la doctrina de la inspiración.

Al contemplar el hecho de la revelación divina directa, casi se confronta una verdad sin límite en cuanto a los detalles, modos y métodos. Esto es razonable. Dios, siendo una Persona y no un autómatas, se adaptará a los individuos y a las situaciones en cuestión. La variedad del modo divino de tratar con los hombres se extiende desde las Teofanías, en las que Jehová, o el Angel de Jehová —quien es la Segunda Persona de la Deidad— aparece y habla a individuos. Y esa manera de comunicación directa continúa desde las primeras Teofanías del Antiguo Testamento hasta la aparición de Nuestro Señor a Pablo en el camino de Damasco, y a Juan en la isla de Patmos, y hasta la más simple y modesta impresión por la cual uno es divinamente influenciado a actuar o a hablar. ¡Qué natural y totalmente dentro del alcance de la experiencia de los santos de Dios está la palabra del siervo de Abraham: "... guiándome Jehová en el camino" (Gn.24:27)! Y, en verdad, tal guianza es la porción de todos los que han sido regenerados. Leemos, "Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son los hijos de Dios" (Ro.8:14).

No siempre exigió Dios a todos los que El habló que escribiesen Su Palabra. Esto es cierto particularmente durante aquellos siglos entre Adán y Moisés, cuando muy poco de la Biblia fue escrita y cuando Dios, de manera inmediata, dirigió los pasos de varios individuos. Qué comunicaciones divinas precedieron a las acciones de Melquisedec (Gn. 14:18-20), a las palabras de Labán (Gn.24:50), o a las de Balaam (Nm.24:3-9), no han sido reveladas. Hombres inspirados eventualmente, escribieron los mensajes que Dios dio a los hombres

de antaño y así el testimonio ha sido preservado (Jud.14,15 presenta la única declaración existente de las palabras de Enoc). En cada caso, un mensaje de Dios es autoritativo y, por lo tanto, no debe ser considerado menos importante debido a que haya venido por medio de un sueño o una visión en lugar de haber sido en una conversación cara a cara con Dios. La revelación divina es sobrenatural y el mensaje dado es la pura Palabra de Dios. Los falsos profetas “profetizan de su propio corazón” (Ez.13:2-17; comp. Jer.14:14; 23:16,26). Evidentemente, había algo en la verdadera revelación que convencía al mensajero de la autoridad divina de su mensaje, y el falso profeta es por todas partes tenido como completamente consciente que sus palabras carecían de autoridad divina.

Estrechamente relacionada con esa forma de revelación que es directa y personal, está la experiencia de todos los que tienen comunión con Dios en oración o que reconocen Su voz hablándoles a través de las Escrituras. Dios se revela a Sí mismo y Su voluntad a los que en El esperan. Está escrito: “Y si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada” (Stg.1:5).

6. DIOS REVELADO A TRAVES DE LA ENCARNACION. Hay muchos pasajes de las Escrituras en relación a este asunto, pero solamente una porción de ellos pueden ser citados aquí. Al hacerse carne y habitar “entre nosotros” (Jn.1:14), el Señor Jesucristo, “quien es. . . Dios” (Ro.9:5), era, es, y por siempre será, “Dios manifestado en carne” (1 Ti.3:16). A Pedro, quien dijo: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios Viviente”, Cristo respondió, “ni carne ni sangre te lo ha revelado, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt.16:16,17). Isaías había declarado, “y la gloria del Señor será revelada” (Is.40:5), y Juan escribió, “y vimos su gloria, gloria como la del Unigénito del Padre” (Jn.1:14). Asimismo se nos dice, “a Dios nadie le vio jamás”, es decir, en Su esencia divina o en Su ser trino, pero, “el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, el le ha dado a conocer” (Jn. 1:18). Esa declaración, contemplaba el poder y la sabiduría de Dios, ya que está escrito: “Cristo, poder de Dios y sabiduría de Dios (1 Co.1:24). Como el *λόγος* (Logos) eterno de Dios, el Señor Jesucristo siempre ha sido la expresión, o la manifestación de Dios, la Palabra de Dios *viviente*, así como la Biblia es la Palabra de Dios *escrita*. Del *λόγος* está escrito: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. . . Y el Verbo fue hecho carne. . . y vimos su gloria” (Jn.1:1,2,14). Así como una palabra es la expresión de un pensamiento, así también el *λόγος* es la expresión de la Deidad. La Palabra *viviente* es siempre el Manifestador. El era el Angel de

Jehová, como era visto en todas las Teofanías, y es el Revelador último de Dios. El dijo: "El que me ha visto, ha visto al Padre." Aunque Dios "en otros tiempos y en diferentes maneras habló a los padres por los profetas", nos ha hablado "en estos últimos tiempos por medio de Su Hijo" (He.1:1,2). Cristo es la voz de Dios hablando con, y a los hombres, y esa es una forma directa y sin complicación de la revelación de Dios. Al contemplar u oír al Hijo, los hombres pueden saber cómo Dios es realmente. Esta revelación es completa, sin faltarle nada; ya que se nos dice que "en él habita toda la plenitud de la Deidad corporalmente" (Col.2:9). Pero hay aspectos específicos en los que el *λόγος* es la expresión de la Deidad a los hombres. El reveló el *poder* de Dios al extremo de que Nicodemo pudo decir: "Ningún hombre puede hacer estas señales que tú haces, si Dios no está con él" (Jn.3:2); y la *sabiduría* de Dios al extremo que aquellos que le oyeron expresaron "nunca hombre alguno ha hablado como este hombre" (Jn.7:46); y la *gloria* de Dios, hasta el punto que Juan pudo decir: "Vimos su gloria" (Jn.1:14); y la *vida* de Dios, a tal extremo que, otra vez Juan dijo: "Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de Vida (porque la Vida fue manifestada y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre y con Su Hijo Jesucristo" (1 Jn.1:1-3). Pero por encima y más allá de todos estos atributos de Dios que el *λόγος* manifestó, está la revelación del *amor* de Dios; amor que aunque conspicuo en cada acto de Cristo, a través de todo su ministerio terrenal, era, no obstante, especial y finalmente revelado por medio de su muerte. "De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo Unigénito." "Dios muestra su amor para con nosotros, en que, siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros" (Ro.5:8), y "en esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros" (1 Jn.3:16).

Dios no pudo haberse acercado más, ni pudo haber revelado más claramente las maravillas de Su persona. Las perfecciones de Su propósito, ni las profundidades de Su amor y Su gracia, que de la manera en que lo hizo en la encarnación, que en la extensión de Su propósito abarca la vida, enseñanzas, ejemplo, muerte y resurrección del Hijo eterno, la Segunda Persona de la Deidad. Las multitudes de su día, oyeron y fueron bendecidas por sus palabras de gracia, y así, aunque no fueron llamados por Dios para escribir bajo inspiración lo que oyeron, no obstante, recibieron una gran parte de la revelación

divina. El valor inestimable de esa revelación, que vino por la encarnación, conjuntamente con otras manifestaciones, ha sido preservado por todas las generaciones en las páginas de las Escrituras inspiradas e inerrantes.

7.DIOS REVELADO A TRAVES DE LAS ESCRITURAS. De todos los modos de revelación citados anteriormente, hay, por necesidad, algunas repeticiones y algunas interdependencias. No podría haber ningún juicio extenso o acertado de esa revelación que la naturaleza provee fuera de la interpretación divina que la Biblia proporciona. No podría haber providencia sin preservación, ni preservación sin providencia y éstas, a su vez, pueden ser vistas en su verdadera luz solamente como son presentadas en las páginas de la Palabra de Dios. Los milagros son una revelación de Dios para aquellos que los presenciaron, pero el testimonio de ellos en la Biblia extiende su valor a todos y en todas las generaciones de los que leen el Libro Sagrado. Lo que Dios ha dicho a los hombres directamente, podría ser fácilmente olvidado y pervertido, pero la substancia y la pureza de aquellos mensajes dados cara a cara, han sido preservados en las Sagradas Escrituras. Igualmente, el valor de la revelación en la encarnación, aunque existe muy separadamente de cualquier escrito, se ha convertido en un mensaje de infinita riqueza, extendiendo a todos el conocimiento de Dios y el camino a, y la seguridad de, la vida eterna. La vida y muerte de Cristo, son verdades indiscutibles de la Historia, pero la divina bendición está asegurada a todos los que creen en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo (1 Jn.5:9-12).

Puede concluirse, entonces, que la Biblia es un aspecto específico y esencial de la revelación divina. Esta, sin embargo, presenta ciertas características importantes:

a. *La revelación divina es variada en sus temas.* Abarca lo doctrinal, devocional, histórico, profético y práctico.

b. *La revelación divina es parcial.* Está escrito: “Las cosas secretas pertenecen al Señor nuestro Dios; más las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos, para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley” (Dt.29:29).

c. *En cuanto a las verdades reveladas, la revelación divina es completa.* Respecto al Hijo, él es el *πλήρωμα* (plenitud) de la Deidad corporalmente (Col.2:9); y tocante a la salvación final de todos los creyentes, ellos están *πεπληρωμένοι* (completos) en El (Col. 2:10). Aunque completos en El ahora, aún serán conformados a Su imagen (Ro.8:29; 1 Jn.3:2).

d. *La revelación divina es progresiva.* Su procedimiento está expresado por las palabras, “primero yerba, luego espiga, después

grano lleno en la espiga” (Mr. 4:28). Cada libro de la Biblia se beneficia de la verdad acumulada anteriormente, y el último es como una gran estación donde convergen y terminan todos los grandes caminos de la revelación y la predicción. Ningún entendimiento adecuado de la verdad revelada puede ser obtenido sin la consumación de ese libro, y ese libro, a su vez, no puede ser entendido sin la comprensión de todo lo que ha sido dado anteriormente. El último libro de la Biblia, es la revelación suprema.

e. *La revelación es, primordialmente, para redención.* El progreso de la doctrina se desarrolla mano a mano con la doctrina de la redención. Dios ha hablado con el fin de que el hombre sea “sabio para salvación” (2 Ti. 3:15). Dios ha hecho que un testimonio tocante a su Hijo, fuese escrito y los hombres que creen ese testimonio son salvos y aquellos que no lo creen están perdidos (1 Jn. 5:9-12).

f. *La revelación divina es final.* Esta revelación incorpora la verdad “que fue dada una vez a los santos” (Jud. 3). De ésta nada se ha de quitar, y nada se ha de añadir.

g. *La revelación divina es correcta hasta en lo más íntimo.* “Toda la Escritura es inspirada por Dios” y es la Palabra de Dios escrita.

CAPITULO IV

INSPIRACION

El uso teológico de la palabra *inspiración* tiene como fin referirse a esa influencia controlante que Dios ejerció sobre los hombres que escribieron la Biblia. Esa expresión tiene que ver con el recibir el mensaje divino y la exactitud con que dicho mensaje es registrado. Todo lo que concierne al origen del mensaje pertenece, como hemos visto, al mucho más extenso campo de la revelación. Por cuanto Dios ha hablado por revelación y el hombre ha ejercitado la capacidad divinamente dada de recibir el mensaje de Dios, todo pensamiento y acción del hombre están ahora sujetos a ese mensaje estabilizador que Dios ha dado. Reemplazando el agnosticismo innato en el hombre, nacido de sus limitaciones como pecador, Dios ha dado al hombre un mensaje permanente en forma escrita el cual no tan solamente ensancha el campo del conocimiento humano hacia lo infinito, sino que también sirve como correctivo a esas nociones falibles o inestables y a esas teorías que son engendradas por la ignorancia humana. Feliz, en verdad, es el hombre regenerado que presta su atención con humildad a la Palabra de Dios. El mensaje divino sirve para dar forma y cuerpo a cada doctrina y a ninguna con mayor efectividad que a la doctrina de la *inspiración*. Cual las discordantes voces de los que edificaron la torre de Babel, los incrédulos de cada generación y en especial en estos últimos siglos, han aunado sus esfuerzos en oposición a la sublime doctrina de la inspiración que la Biblia claramente enseña. Al examinar muchos de los libros escritos durante el siglo pasado y que dan consideración a la doctrina de la inspiración, no puede pasarse por desapercibido el hecho de que ya sea el autor de una generación u otra, cada uno, a su vez, revela que, al momento de escribir su libro, un conflicto irreconciliable estaba teniendo lugar, habiendo alcanzado, según el, un punto de crisis entre aquellos que defendían y aquellos que se oponían a la bien arraigada creencia de la inspiración de las Escrituras. Esto es algo revelador; indicando, como lo hace, la oposición pertinaz que el hombre inconverso —por erudito que sea— ejerce contra todo lo que es sobrenatural.

Sin duda es el factor sobrenatural lo que constituye el corazón mismo de la doctrina bíblica de la inspiración, que no tan solamente

da a ésta su carácter distintivo y elevado sino que también repele el intelecto espiritualmente entenebrecido del hombre inconverso —un entenebrecimiento que en ninguna manera es disipado por el saber humano. El filósofo a quien le resulta más fácil creer que, cuando la materia inorgánica accidentalmente se hizo “suficientemente compleja y en proporción adecuada, organismos vivientes pudieron haber aparecido”, y que esos organismos, a su vez, “se desarrollaron espontáneamente hasta convertirse en seres humanos racionales”, que creer que Dios creó al hombre a Su imagen y semejanza —y solamente debido a que hay una manifestación superficial de un supuesto proceso *natural* en el hombre que manifestó el elemento sobrenatural que es la substancia misma de la intervención divina— dicho filósofo se ofenderá ante la enseñanza de que Dios le ha hablado al hombre y ese mensaje ha sido, bajo la dirección divina, registrado en escritos infalibles.

Hombres devotos —algunos de gran erudición— han estado siempre de acuerdo tocante a las cualidades inerrantes y supernaturales de la Biblia. Esa creencia ha venido a ser conocida como “el punto de vista tradicional”, o “la doctrina de la iglesia.” Esta armonía de fe por parte de hombres devotos no es una concordancia derivada de la ignorancia, ya que la ignorancia es incapaz de concordar con algo. Esta se debe, indudablemente, al hecho de que la norma de la verdad tocante a la inspiración de la Biblia existe y, habiendo descubierto esa norma, los hombres proceden a ser automáticamente de un mismo modo de pensar. Fuera de esa norma solamente se escucharan argumentaciones disonantes. La siguiente declaración del Dr. B. B. Warfield contribuye grandemente a clarificar este asunto:

“Esta doctrina de la inspiración difiere de las teorías que felizmente desean sustituirla, en que ésta no es ni la invención ni la propiedad de un individuo, sino la fe firme de la iglesia de Dios universal; ni tampoco es ésta producto infecundo del ayer, sino que es persuasión segura del pueblo de Dios desde los albores de la iglesia hasta el día de hoy; ni es esta doctrina un sistema fluido que varía sus afirmaciones para adaptarse a todo nuevo cambio en el fluctuante pensar de los hombres, sino que desde el principio ha sido la convicción constante y permanente de la iglesia en cuanto a la divinidad de las Escrituras que le han sido encomendadas. Es en verdad un hecho sumamente impresionante —esta bien definida, primordial y estable doctrina de la iglesia tocante a la naturaleza y la fidelidad de la Palabra de Dios, que confronta con su gentil pero consistente afirmación todas las teorías sobre la doctrina de la inspiración que la energía inquieta del incrédulo y la especulación del medio-creyente han podido inventar en este nuestro siglo. Ciertamente aquel que anda en busca de la verdad en relación a la inspiración de la Biblia haría bien en tomar esta doctrina de la iglesia como su punto de partida”, *Biblioteca Sacra* LI, 615-16, 1894.”

Si se pudiese demostrar que la Biblia no alega ninguna doctrina en cuanto a su propia inspiración, los hombres tendrían justificación para tratar de formular una llamada “teoría de inspiración.” Pero la Biblia es cuidadosamente clara y convincente tocante al carácter de su propia inspiración. Su enseñanza en cuanto a ésta, así como otras doctrinas vitales, reta al estudiante a realizar una meticulosa investigación y un serio estudio de ese Libro Sagrado. Es, sin embargo, una cosa realizar un estudio sincero y analítico de la extensa doctrina de la inspiración como está revelada en la Biblia, siendo responsable a toda palabra que Dios ha hablado sobre este aspecto de la verdad, y algo completamente distinto es ignorar lo que Dios ha hablado con el fin de inventar una *teoría* basada en el racionalismo. Lo cierto es que la Biblia no presenta ninguna teoría tocante a su propia inspiración que —contrariamente a la idea modernista que el cristianismo tiene que tomar su lugar entre las religiones comparadas— sea llamada a competir con sistemas producto de las maquinaciones de los hombres. La falta de relación que se interpone entre la revelación y la razón es tan conspicua en el campo de la inspiración como en cualquier otra parte, y el teólogo debe ser prevenido una vez más que su labor no es la de originar o crear una doctrina sino más bien la de recoger y ordenar científicamente la verdad relevante a este tema que Dios se ha complacido en revelarnos. Recalcamos: la cuestión no es lo que los hombres —aun los grandes eruditos— piensen que sea una teoría factible en cuanto a la manera en que la Biblia fue escrita; sino que es más bien lo que la Biblia declara acerca de sí misma.

Se admitirá que Dios es capaz de producir un libro que es verbalmente correcto, y una declaración precisa en todos sus aspectos de Su propio pensamiento. La Biblia, como fue escrita originalmente, dice ser ese Libro. Sin embargo, a la luz de esa declaración —decididamente dogmática— surgen ciertos problemas.

I. EL HECHO Y LA IMPORTANCIA DE LA INSPIRACION

Existe la necesidad de que comprendamos la contribución exacta que la inspiración aporta a la totalidad del propósito divino en la revelación. Como ya se ha demostrado, inspiración no es revelación. A lo sumo, la inspiración solamente puede recibir el mensaje y añadir el elemento de exactitud a los Escritos Sagrados, los cuales son ese sistema de verdad que Dios ha revelado. En la siguiente sección sobre la Bibliología, que trata de la *canonicidad* y la *autoridad*, se demostrará que la autoridad del mensaje de la Biblia no depende de

la inspiración. Sin embargo, bajo ningún concepto debe concluirse de estas indispensables distinciones que el hecho de la inspiración en su forma plenaria y verbal no es una verdad trascendental. La revelación, la inspiración y la autoridad son doctrinas bíblicas, estrechamente relacionadas pero distintas la una de la otra; cada una de ellas suple una gran necesidad dentro de esa gran realidad que es *el mensaje de Dios al hombre*.

Aunque la preservación de la verdad en los escritos inerrantes es de un valor inestimable para todas las generaciones, gran parte de lo que ha sido incorporado en las Escrituras existía aun antes de haberse escrito, y el haber escrito esas verdades no añade nada a la substancia de las mismas. Si las partes esenciales de la revelación existiesen solamente en forma escrita éstas serían clasificadas algo así como ficción a pesar de que fuesen expresados en una forma literariamente perfecta. Así mismo, la profecía no cumplida aún, aunque al presente depende por completo de su forma escrita, sin embargo, tiene que culminar en un cumplimiento cabal.

Una vez que sea aceptado que Dios tiene un sistema de verdad que declara lo que El exige de los hombres, entonces no es difícil reconocer la importancia de un texto inerrante de dicho sistema de verdad. Ni tampoco es de sorprenderse que una creciente presión sea ejercida, primero por un grupo luego por el otro, tratando de resquebrajar el testimonio que la Biblia da de sí misma tocante a su inspiración. Esa doctrina de la inspiración que la iglesia ha mantenido a través de todas sus generaciones, permanece, no porque sus defensores sean capaces de alzar la voz más alto que sus oponentes, ni como consecuencia de ninguna defensa humana, sino a causa de la realidad intrínseca en las mismas declaraciones divinas. Debido a que esta doctrina está de tal manera fijada en la Palabra de Dios, ningún santo ni apóstol podría hacer otra cosa sino *creer* la palabra que Dios ha hablado. Podrá observarse, por lo tanto, que mantener la creencia tradicional tocante a la inspiración no es necesariamente un fanatismo en favor de una "causa perdida", ni tampoco una retirada a favor de la posición de la iglesia romana de que una cosa es verdad porque la iglesia así lo afirma; creer en la inspiración de la Biblia es un reconocimiento y una aceptación de la enseñanza de la Biblia y esa fe lleva al hombre "al hermoso compañerismo de los apóstoles y profetas."

Se necesita dedicar poco espacio para citar los escritos de los que se oponen a la doctrina de la inspiración plenaria y verbal. En la mayoría de los casos ellos mismos han admitido directa o indirectamente que los hombres que escribieron la Biblia sostenían la creencia tradicional en cuanto a la inspiración. Algunos van aún más

lejos y admiten que Cristo pudo haber tenido también esa creencia. Bajo esas condiciones es necesario que los que se oponen crean que los autores de la Biblia o bien estuvieron engañados o ellos mismos eran engañadores. A continuación introduciremos una breve discusión acerca de esos argumentos:

1. CRISTO VERSUS LOS APOSTOLES: Un concepto que ha sido formulado consiste en distinguir entre la supuesta creencia de Cristo y la de los apóstoles. Se trata por ese medio de presentar a Cristo en oposición a los apóstoles y procurando salvarles de las erróneas tradiciones de los judíos, incluyendo la creencia en la inerrancia de las Escrituras. Se ha declarado abiertamente: "Concluimos que es muy probable que el Redentor no compartiese el concepto de Sus contemporáneos judíos tocante a la inspiración de la Biblia, . . . por el hecho de que El repetidas veces expresa Su desacuerdo con la manera común entre ellos de ver y usar los libros sagrados. El dice a los escribas frente a frente que ellos no entendían las Escrituras (Mt. 22:29; Mr. 12:24), y que era ilusorio por parte de ellos pensar que poseían vida eterna en *ellas*, por lo tanto en un *libro* (Jn. 5:39). Aun como también El (en el mismo lugar) parece hablar con desaprobación tocante a que ellos escudriñasen las Escrituras, porque éstas proceden de un punto de vista tan pervertido" (Ricardo Rothe, *Zur Dogmatic*, p. 177, citado por Warfield, *Revelación e Inspiración* ps. 184-185).

Acerca de esos dos pasajes, puede demostrarse con relativa facilidad, que el primero de ellos fué dirigido no a los apóstoles sino a los escribas y no hay evidencia que esa crítica hubiese sido dirigido a aquellos apóstoles que escribieron el Nuevo Testamento ni tampoco a los que no lo escribieron. Cualquiera que sea la interpretación de la frase en el segundo pasaje ("porque en ellas os parece que tenéis la vida eterna") hay la más absoluta seguridad que las Escrituras del Antiguo Testamento "son las que testifican" de Cristo (comp. Lc. 24:27). De esa manera los apóstoles son desacreditados, pero se pretende hacer un esfuerzo para librar a Cristo de la indefendible tradición a la que los apóstoles supuestamente estaban atados. Por medio de una hipótesis sin fundamento, se presenta a Cristo como dando cabida a un liberalismo y soltura de doctrina en armonía con la que Rothe mismo exhibe, y esto, a su vez, se toma como la ocasión de lanzar el llamado al "¡Regreso a Cristo!", el cual, tanto en éste como en otros instantes, significa: separémonos de los apóstoles tradicionalistas y acerquémonos al Cristo modernizado.

2. ACOMODACION: Una vez más, surge un argumento contra la doctrina sostenida por los apóstoles. Dicho argumento declara que los apóstoles creían que la inerrancia de las tradiciones judías era

una teoría insostenible, pero aún así ellos acomodaron su lenguaje, aunque contrario a sus creencias, a los insuperables prejuicios de sus días. Citamos: "Las Escrituras del Nuevo Testamento estaban completamente dominadas por el espíritu de su época, así que su testimonio concerniente a la inspiración de las Escrituras carece de valor independiente." (Stuart, *The Principles of Christianity* p. 70, citado por Warfield. *ibid.*, p. 191).

3. IGNORANCIA: De igual manera, se dice que los apóstoles eran "hombres ignorantes" (Hch. 4:13) y, por lo tanto, estaban predispuestos a errar, y que Cristo mismo, en su aspecto humano, pudo haber sabido apenas un poco más de lo que se sabía en su día. Se insinúa, además, que El no pudo haber tenido acceso a las verificaciones científicas de estos tiempos modernos y, por lo tanto, no pudo haberse levantado más que al nivel del pensamiento que caracterizaba su época. ¿Qué esperanza de armonía puede existir entre dos escuelas, una que libremente pone en tela de duda aún la autoridad de Cristo en una base sin fundamento de que, debido a su humanidad, El era tan infalible e ignorante como los demás hombres, mientras que otros le atribuyen toda la omnisciencia de la Deidad? En cuanto al apóstol Pablo, sus puntos de vista, aunque muy influenciados por la tradición judía, no fueron proferidos dogmáticamente, se dice, y por lo tanto, no tienen mucho peso.

4. CONTRADICCION: Finalmente, se ha discutido mucho tocante a supuestas "contradicciones" "inexactitudes" e "inconsistencias". Se señala con mucha seguridad que un libro inerrante no puede presentar tales problemas. ¿Pero quién es el juez? Si la Biblia contiene errores como Dios lo ve, el caso sería notorio; si contiene errores como los ve el hombre, la dificultad puede ser completamente explicada en la base de los malos entendimientos humanos. Esta última posibilidad apenas aparece en los escritos de los oponentes de la doctrina de la inspiración de la Biblia. El Espíritu de Dios ha declarado: "Toda palabra de Dios es pura" (Pr. 30:5); "Las palabras de Jehová son palabras limpias: como plata refinada en los hornos de tierra, purificadas siete veces" (Sal. 12:6); "La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma" (Sal. 19:7); y, "En cuanto a Dios, perfecto es su camino; y acrisolada la palabra de Jehová" (Sal. 18:30). Al ser confrontado con declaraciones como éstas, un hombre de razón e imparcialidad, por lo menos dará cierta consideración a la posibilidad de que los supuestos errores de la Biblia son simples apariencias producto de las limitaciones humanas.

Hay dificultades que surgen en relación al estudio del texto de las Escrituras. En el siglo diecinueve la crítica bíblica ha propuesto muchas objeciones a la credibilidad de la Biblia que, según se ha

dicho, investigaciones científicas han producido. La publicación de esas pretensiones estimuló a hombres fieles que se aprestaron a defender la inspiración plenaria de las Escrituras. Conjuntamente con sus investigaciones surgieron los hallazgos de los arqueólogos; todo lo cual ha ido bien lejos tanto en la refutación de los llamados *errores*, como en la demostración de que, con suficiente luz, las supuestas *discrepancias* desaparecen. La participación que la Arqueología ha tenido en tan importante y extensa realización no puede estimarse; y, estamos seguros, esta demostración de la exactitud de la Palabra de Dios continuará hacia una mayor confirmación de la Biblia. Es de interés al menos que la investigación y la arqueología no han fortalecido en ningún punto la creencia de la oposición, sino que han servido en cada caso para confirmar las enseñanzas de las Escrituras. Muchos tratados sobresalientes han sido escritos que dejan por sentadas las recientes investigaciones. Estos deben ser leídos con sumo cuidado por todo estudiante. En relación a esos supuestos errores, el Dr. Carlos Hodge escribió, hace sólo tres generaciones, que “en su gran mayoría son insignificantes”, y muy pocos de ellos en verdad son “de alguna importancia” (*Teología Sistemática*, I, 169).

Debe notarse la diferencia entre *objeciones* y *dificultades*. Las objeciones, si existen, pueden servir como obstáculo para que se exponga la doctrina en cuestión. No sucede lo mismo con las dificultades. Aquel que alberga objeciones contra la doctrina de la redención, con toda probabilidad se apartará por completo de dicha doctrina; mientras que, aunque hay dificultades tales en esa doctrina que la mente finita jamás ha podido resolver, puede entrarse en el camino de la vida y sus valores eternos pueden ser apropiados a pesar de las dificultades. En tal caso, el hombre humildemente declara que aunque no puede comprender todas las implicaciones del caso, reconoce que todas las verdades acerca de la doctrina pueden sin duda ser armonizadas y comprendidas donde existe suficiente entendimiento. Es alentador, especialmente, poder creer una doctrina cuando se ve que ésta soporta todas las pruebas a que se le someta. En relación a la doctrina de la inspiración plenaria y verbal, es igualmente razonable y ventajoso afirmarse donde lo han hecho los hombres devotos de todas las generaciones, incluyendo a Cristo y los apóstoles, y desde esa posición enfrentarse a esas dificultades y procurar solucionarlas.

Aparte de la indiscutible aseveración que la Biblia hace de su inspiración plenaria y verbal, existen dos consideraciones importantes, es a saber, (a) las Escrituras son en sí mismas un fenómeno de carácter tal —presentando verdades de tan vastas proporciones y tan maravillosas que la afirmación adicional de su

exactitud divina aparece, *a fortiori*, como corolario necesario al todo. Una revelación tan trascendental difícilmente pudiese presentarse en forma perfecta fuera de la inspiración divina. Y (b) los hombres que sirvieron como escritores de los libros de la Biblia eran en sus propios méritos dignos testigos de confianza. Como tales, hay que acreditarlos, ya fuese hablando bajo inspiración o no. Esos hombres no fueron engañados ni eran engañadores. Aparte de la aserción bíblica de la inspiración, la base de la fe permanece, establecida, como está, por medio de testigos fidedignos. Esa aserción de inspiración no puede ser desacreditada mientras que los testigos no sean desacreditados. Así mismo, no es una evidencia pequeña siendo que los autores humanos —y hubo más de cuarenta de ellos, extendiéndose a más de 1600 años— inspirados o no, están de perfecto acuerdo tocante a las cosas que enseñan; ni nunca jamás uno de ellos escribió algo que sugiriese que la Biblia *no* es la Palabra inspirada de Dios.

El asunto que se trata no es nuevo. Ha aparecido ya en generaciones pasadas y de igual manera aparecerá en generaciones venideras mientras que exista en el mundo la incredulidad. La raíz del asunto está en qué es lo que ha de aceptarse: Las enseñanzas de la Biblia o las enseñanzas de los hombres.

II. TEORIAS SOBRE LA INSPIRACION

Las llamadas *teorías* de la inspiración son el producto de los esfuerzos realizados por los hombres que han tratado de explicar las relaciones existentes entre dos fuentes de origen. A continuación presentamos algunas de esas teorías.

1. DICTADO VERBAL O TEORIA MECANISTA: Si Dios hubiese dictado la Biblia a los hombres, el estilo de ésta sería uniforme. Esta tendría la dicción y el vocabulario del Autor divino, y estaría libre de las idiosincrasias de los hombres (comp. 2 P. 3:15, 16). Toda evidencia de intereses por parte de los autores humanos estaría ausente (comp. Ro. 9:1-3). Es verdad que no siempre los autores humanos comprendieron el alcance de sus escritos. Moisés pudo haber sabido muy poco tocante al significado simbólico latente en la historia de Adán, Enoc, Abraham, Isaac y José, o acerca de la tipología de Cristo escondida en sus descripciones del tabernáculo el cual escribió de acuerdo al modelo que le fue mostrado en el monte Sinaí. Moisés no pudo haber entendido por qué no se debía de hacer referencia ni a los padres ni al principio o final de días de Melquisedec (He. 7:1-3). Cuando un mensaje es dictado indiscutiblemente es el producto del que lo dictó; pero si uno es libre

de escribir a favor de otro y entonces se descubre que, aunque escribiendo conforme a sus propios sentimientos, estilo y vocabulario, ha escrito el mensaje exacto de aquel por quien escribía y tan perfectamente como si hubiese sido dictado por él, se engendra la convicción de que se ha realizado una obra sobrenatural. Bajo este arreglo, recibe completo crédito por su labor, pero el mensaje divino es protegido. El resultado es tan completo como si hubiese sido verbalmente dictado; pero el método, aunque no le falta ese aire misterioso que siempre acompaña lo sobrenatural, está más en armonía con la manera en que Dios trata a los hombres, en la cual El *usa*, en lugar de *anular*, sus voluntades. No hay ninguna indicación de que Dios hubiese dictado algún mensaje al hombre a no ser aquel que Moisés escribió cuando estaba en la presencia de Jehová en el Monte Santo. Esta teoría del dictado verbal puede muy fácilmente clasificarse como una en la que el autor divino se enfatiza, casi hasta el extremo de excluir al autor humano.

2. INSPIRACION PARCIAL. De acuerdo con este concepto, la inspiración se extiende solamente a las enseñanzas y preceptos doctrinales, a las verdades desconocidas por los autores humanos. Así que el objetivo principal de la inspiración —el producir escritos inerrantes— es negado a ciertas partes de la Biblia. No importa en lo más mínimo en cuanto a lo que los autores humanos pudiesen haber sabido con anterioridad; la inspiración asegura la exactitud de todo lo que él escribió. Esta teoría de la inspiración parcial asume algo que no encuentra ningún apoyo bíblico. Es obvio que ésta trata de separar a los dos autores.

3. GRADOS DE INSPIRACION. El postulado de que hay grados de inspiración es una teoría que ha conseguido muchos adeptos. Los que se adhieren a dicha teoría tratan de clasificar los grados que proponen por medio de palabras como “insinuación, dirección, elevación, superintendencia, guianza y revelación directa.” Aunque las Escrituras ofrecen poco aliciente a tales distinciones, no hay duda que esa clasificación se presta al rejuego de la imaginación y la especulación, cuyo valor, a lo sumo, es extremadamente dudoso. Esta teoría está clasificada como una en la que algunas partes de la Biblia se consideran inspiradas en mayor grado que otras, dando lugar a la contención de que la Biblia está infestada de errores. Se reconocen las dos fuentes de origen, pero no siempre se las concibe obrando en conjunción en ningún pasaje.

4. LA INSPIRACION DE CONCEPTOS Y NO DE PALABRAS. Esta hipótesis se esfuerza en concebir los pensamientos aparte de las palabras, siendo la teoría que Dios impartió ideas pero dejó en completa libertad al autor humano para expresar dichas ideas en sus

propias palabras. Completamente aparte del hecho de que las ideas no pueden transferirse por ningún otro medio sino a través de palabras, este concepto ignora la importancia inconmensurable de las *palabras* en todo mensaje. Aún aquellos documentos legales ejecutados por los hombres en relación a cosas pasajeras, pueden depender completamente de una de sus palabras. Puede decirse que casi todo pacto y toda promesa contenida en la Biblia depende en cuanto a su fuerza y valor de una de las palabras usadas. El estudio exegético de las Escrituras en los idiomas originales es un estudio de *palabras*. Esto se hace con el fin específico de que se obtenga el concepto de las palabras en lugar de que palabras sin importancia representen un concepto. Aparte del hecho que la inspiración verbal se extiende hasta las *palabras*, el estudio exegético está a un extremo. La Biblia, al referirse a su mensaje, nunca llama la atención a un simple concepto; sino que por el contrario habla su mensaje tal como ha sido encomendado a los hombres en las *palabras* que el Espíritu Santo enseña (1 Co. 2:13). Cristo dijo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (Jn. 6:63) y “yo les he dado las palabras que me diste” (Jn. 17:8), “y habló Dios todas estas palabras, diciendo” (Ex. 20:1). Enseñanzas bíblicas tan claras como éstas tocante a la importancia de las palabras que son específicamente usadas en la Biblia tienen el apoyo de cientos de pasajes de las Escrituras.

5. INSPIRACION NATURAL. Así como ha habido artistas excepcionales, músicos y poetas que han producido obras maestras que no han sido sobrepasadas, según dicen los que promueven esta teoría, también ha habido hombres con una percepción espiritual tan excepcional que, debido a sus dones innatos, pudieron haber escrito la Biblia. Esta es la noción más baja de la inspiración y enfatiza el origen humano excluyendo por completo el divino. Un escritor dice: “La inspiración es solamente una manifestación más elevada de lo que cada hombre posee hasta cierto punto.” A esto alguien ha respondido: “La inspiración de todos equivale a la inspiración de ninguno.” El objetivo esencial en toda la inspiración de la Biblia —el asegurar la exactitud divina para todas sus partes— está totalmente ausente de acuerdo con esta opinión.

6. INSPIRACION MISTICA. Ya que los cristianos han sido capacitados por Dios para varias tareas —Dios obrando en ellos “así el querer como el hacer de su buena voluntad” (Fil. 2:13)— algunos sostienen que, de igual manera, los autores humanos fueron capacitados para escribir la Biblia. Si esta teoría fuese verdad, cualquier creyente podría en cualquier tiempo por medio de una energía divina especial, escribir un libro sagrado. Los defensores de

esta hipótesis evidentemente no están interesados en la base sobre la cual descansa la autoridad de la Biblia. Schleiermacher, quien fué un genio de gran envergadura, probablemente ha sido el responsable de la diseminación general de esta teoría de la inspiración. El ha declarado que la inspiración es “un despertar y una sensación de la conciencia religiosa, diferente en grado pero no en clase a la inspiración piadosa o a los sentimientos intuitivos de los hombres santos.” El Dr. B. B. Warfield, escribiendo acerca de la teoría de la inspiración mística, declara lo siguiente tocante a la influencia que Schleiermacher ha ejercido en la creencia general de la doctrina:

“Formas muy variadas han sido tomadas por medio de este concepto; y más o menos se le ha dado expresión, en una forma u otra, en cada época. En sus manifestaciones más extremas, en el pasado ha tendido la tendencia de separarse a sí misma de la corriente central del pensamiento cristiano y aún ha tendido a formar nuevas sectas. Pero en nuestro propio siglo (el diecinueve), a través del gran genio de Schleiermacher se ha introducido en la iglesia como una avalancha y ha inundado cada rincón del mundo protestante. Como consecuencia, encontramos por todas partes hombres que quieren reconocer como de Dios solamente tales Escrituras que ‘les afectan’ —quienes vuelcan la clara y objetiva enunciación de la voluntad de Dios a la merced de las corrientes de pensamiento que inundan de un extremo a otro sus propias almas, —quienes ‘persisten’ algunas veces, en usar una cortante, pero desdichadamente cierta frase de Roberto Alfredo Vaughan, ‘en su caprichosa repulsa de la luz exterior hasta que han convertido en tinieblas su luz interior’ . . . A pesar de estos esfuerzos por introducir conceptos erróneos, la doctrina de la inspiración plenaria de las Escrituras, que ve la Biblia como un libro Autoritativo, en todas sus partes y elementos, por igual, dado por Dios, digno de confianza en todas sus afirmaciones, permanece hoy, como siempre ha sido, la fe vital del pueblo de Dios, y la enseñanza formal de la iglesia organizada.” *Biblioteca Sacra* LI, 623-24, 1894.

Bajo la fuerza de la teoría de la inspiración mística, el origen divino es sepultado en los escombros del énfasis puesto en el origen humano. Esta teoría se muestra solamente como la normal y general percepción espiritual común a todo creyente en grados que varían en proporción a la relación personal de éste con Dios.

7. INSPIRACION PLENARIA Y VERBAL. Inspiración verbal significa que, en sus documentos originales, el Espíritu Santo dirigió en la selección de las palabras usadas. Sin embargo, la personalidad del autor humano fue respetada al extremo que sus características como escritor son preservadas y su estilo y vocabularios empleados, pero sin intromisión de errores.

Inspiración *plenaria* significa que la exactitud que la inspiración verbal asegura, se extiende a la totalidad de la Biblia, de manera que ésta es en todas sus partes tanto *infalibles* en cuanto a la verdad como

final en cuanto a su autoridad divina. Esto, como hemos dicho, es la doctrina tradicional de la Iglesia y la que enseñaron tanto Cristo como los apóstoles. Esta enseñanza preserva el doble origen en un equilibrio perfecto, otorgando a ambos la exacta atribución que le es dada en la Biblia.

Ciertas referencias en las que se reconoce el doble origen, serán mencionadas a continuación: El mandamiento “Honra a tu padre y a tu madre” muestra la autoridad de ser “un mandamiento de Dios” en Mateo 15:4; pero en Marcos 7:10 Cristo introduce la misma enseñanza diciendo: “Moisés dijo.” De igual manera el Salmo 110:1 puede ser comparado con Marcos 12:36, 37; Exodo 3:6, 15 con Mateo 22:31; Lucas 20:37, con Marcos 12:26; Isaías 6:9, 10 con Hechos 28:25; Juan 12:39-41; Hechos 1:16 con Hechos 4:25. Ciertos pasajes, y hay muchos de ellos, combinan una referencia a ambos orígenes en el mismo texto: Hechos 1:16; 4:25; Mateo 1:22, 2:15 (V. M.) Se declara que el Espíritu Santo es la voz que habla a través de los Salmos como aparece en Hebreos 3:7-11, a través de la Ley –Hebreos 9:8, y los Profetas –Hebreos 10:15.

Refiriéndose a la epístola a los Hebreos, Olshausen escribe: “En esta estupenda epístola, Dios, o el Espíritu Santo, es continuamente nombrado como el vocero en los pasajes citados del Antiguo Testamento; y esto no solamente en aquellos de los cuales se dice en el contexto del Antiguo Testamento, “Dijo Dios”, sino también en aquellos en los que algún ser humano habla, v. g. David, como autor de un Salmo. En este aspecto, el punto de vista del autor se expresa claramente a sí mismo en lo referente al Antiguo Testamento y sus autores. El consideraba a Dios como el Principio que vivía, y obraba y hablaba en ellos por medio del Espíritu Santo; y por consiguiente la Escritura Sagrada era para él puramente la obra de Dios, aunque anunciada al mundo por medio de hombres” (*Die Echtheit des N. T.*, p. 170, citado por Manly, *Bible Doctrine of Inspiration*, p. 172).

III. DUALIDAD DE AUTOR

Mediante la expresión *dualidad de autor* se señalan dos verdades, a saber, que, en el lado divino, las Escrituras son la Palabra de Dios en cuanto a que éstas se originan con El y son la expresión de Su mente en lo absoluto; y, en el lado humano, ciertos hombres han sido escogidos por Dios para el alto honor y la responsabilidad de recibir la Palabra de Dios y presentarla en forma escrita. Admitiendo que es el propósito de Dios poner su Palabra en forma escrita en manos de los hombres, el método que ha empleado para hacerlo ha sido la manera en que normalmente se hacía. Sin embargo, el uso de

escritores humanos ha creado muchos problemas. Parece razonable el concluir que el producto del combinado de dos autores no pudiese ser la inerrante Palabra de Dios si escritores humanos tienen algo que ver con esto. Debido a que Dios ha combinado en una unión hipostática tanto la naturaleza divina como la humana, la misma pregunta es formulada tocante a la Persona teantrópica de Nuestro Señor. ¿No es cierto que la unión de la naturaleza humana con Su Ser único introduce todas las limitaciones y restricciones propias de la humanidad en dicho ser? Muy pocos, en verdad, están dispuestos a acariciar la idea de que alguna de las Personas de la Deidad no es perfecta, o que cualquier Palabra que Dios habla no es tan pura como El mismo. El germen de duda surge cuando y donde el elemento humano es combinado con el divino.

La palabra *λόγος* (Verbo), es usada en el Nuevo Testamento cerca de doscientas veces para indicar la Palabra de Dios escrita y siete veces para indicar al Hijo de Dios —la Palabra de Dios Encarnada (Jn. 1:1, 14; 1 Jn. 1:1, 5:7; Ap. 19:13); y es importante reconocer que en ambas formas del Logos tanto el elemento humano como el divino aparece en unión sobrenatural. Estas dos formas del Logos están sujetas a varias comparaciones: Ambas son la *Verdad* (Jn. 14:6; 17:17); *eternas* (Sal. 119:89; Mt. 24:34, 35; 1 P. 1:25); *vida* (Jn. 11:25, 14:6; 1 P. 1:23; 1 Jn. 1:1), *salvadoras* (Hch. 16:31; 1 Co. 15:2); *purificadoras* (Tit. 2:14; 1 P. 1:22); *santificadoras* (Jn. 10:12; He. 10:14); *engendran vida* (1 P. 1:23; Stg. 1:18); *juzgadoras* (Jn. 5:26, 27; 12:48); *glorificadas* (Ro. 15:9; Hch. 13:48). Mientras que la *teología* es la “Logía de Dios”, el *λόγος* de Dios es la expresión de Dios —ya sea ésta en su forma Viviente (Encarnada) o Escrita.

Basando su confianza en pasajes bíblicos tales como Lucas 1:35, que registra las palabras del ángel a María —“Lo santo que nacerá de tí será llamado Hijo de Dios”— y Hebreos 4:15, donde dice que Cristo, el Perfecto Sumo Sacerdote, fué tentado en todo según nuestra semejanza pero sin pecado, es decir, separado de las tentaciones que resultan de una naturaleza pecaminosa; la iglesia ha creído con plena justificación que Jesucristo, la Palabra Viviente, no tan solamente era exento de la *práctica* del pecado, sino que también fué exento de la naturaleza pecaminosa, y que la perfección de Su deidad no fué en ninguna manera afectada por la unión de ésta con su humanidad. De igual manera y con la misma justificación, la iglesia ha creído que la perfección de la Palabra de Dios ha sido preservada aunque fué escrita por hombres. El paralelismo entre el Verbo Encarnado y la Palabra Escrita es mantenido solamente hasta un grado limitado. Hay también diferencias importantes. Un Libro inerrante, aunque producido por el Espíritu Santo y aún siendo vivo

y activo y usado por El, está a gran distancia de la encarnación del Hijo Eterno de Dios. No existe unión hipostática o conjunción de naturalezas en la Palabra Escrita; y hay, en verdad, una gran diferencia que debe ser notada; mientras que la humanidad de Cristo era sin pecado y en ningún modo ahuyenta a la naturaleza adámica, los autores humanos de la Biblia eran pecadores cuyos pecados son registrados en la Biblia sin vacilaciones. En el caso de la Palabra Viviente (Cristo), la naturaleza humana jamás pudo haber pecado, ya que nunca pudo haber actuado fuera de su relación con la naturaleza divina. En el caso de la Palabra Escrita, el elemento humano estaba confinado a la sola y única tarea de una escritura inspirada, la cual en ninguna manera trataba de gobernar la conducta personal del escritor, ni tampoco dicha tarea continuó más allá del tiempo requerido para completarla. Al escribir la Biblia, los autores humanos escribieron con tal libertad que han dejado evidencias de sus características humanas personales; aún así esos autores no cayeron en errores siendo que, como ocurrió durante el tiempo en que escribieron, no se les permitió actuar aparte de, o contrario a, el preciso pensamiento de Dios, cuya Palabra ellos escribían. Esos escritores fueron literalmente “movidos”, o llevados, por el Espíritu Santo (2 P. 1:21).

Si ha de dársele el merecido reconocimiento a la doctrina de la inspiración, tanto el origen divino como el humano, tiene que ser visto y aceptado con toda plenitud. Dios fue el solo Autor del Decálogo cuando éste fue escrito por Su dedo en las tablas de piedra. El elemento de inspiración y el doble origen apareció cuando Moisés, con la exactitud que la inspiración garantiza, transcribió el Decálogo en el manuscrito del Libro de Exodo. Por otra parte, cada palabra de la Biblia es de origen humano. Esta es una composición humana lo que constituye una de las grandes características de la doctrina de la inspiración. Tal vez sea una de las debilidades humanas producto de la caída que el hombre encuentre dificultad en mantener un equilibrio de la verdad y siempre tienda a inclinarse a un extremo u otro. Esta tendencia es puesta de manifiesto tocante a la Persona teantrópica de Cristo. Algunos van al extremo de la derecha y enfatizan Su deidad e ignoran Su humanidad, mientras que otros van al otro extremo y enfatizan Su humanidad al punto de ignorar Su deidad. La verdad en relación a la Persona teantrópica de Cristo es puesta de manifiesto cuando, muy aparte de la habilidad o falta de ella por parte del hombre para entender todo lo relacionado con dicha verdad, cada una de las naturalezas de Cristo es reconocida en su totalidad. Así, también, la verdad tocante a la doctrina de la inspiración es puesta de manifiesto cuando, muy aparte de la

habilidad o falta de ella por parte del hombre para entender todo lo relacionado con dicha verdad, ambos orígenes (el divino y el humano) son reconocidos en sus características intrínsecas e inalterables. La Biblia no procede del hombre, ni tampoco el hombre contribuye en nada en cuanto a la infalibilidad y autoridad de ésta. Pero, sin embargo, la Biblia es dada *a través* del hombre como medio o instrumento. Este medio o instrumento es un factor vivo, voluntario e inteligente en la producción de las Escrituras. Indudablemente los hombres podrían comprender mejor la idea del origen de la Biblia si ésta viniese a ellos, ya fuese sólo como una obra humana —una colección de conceptos, deseos y conjeturas humanas, producto tal vez del más sabio de los hombres— o como un edicto de Dios —escrito sola y directamente por el Dedo de Dios. De igual manera, la dificultad sería eliminada si la Biblia fuese declarada ser la obra de dos autores independientes, en el sentido de atribuir parte de ésta sólo a Dios y la otra parte sólo al hombre, solamente concibiendo en el hecho de que ambos mensajes están unidos en un mismo volumen. Prácticamente todas las teorías sobre la inspiración están representadas por estas tendencias naturales que hemos expuesto anteriormente. Pero es pertinente en cuanto a la verdad, aunque algo más difícil, el observar y respetar el hecho que la Biblia es el producto de una dualidad de autor, y que es necesario dar a cada cual su importancia completa, inherente e indiscutible. Habiendo probado el origen divino de las Escrituras, es natural que, al tratar de proteger la pureza del mismo, concluir que los autores humanos eran simples *plumas* en las manos de Dios en vez de *escritores*; que éstos sin voluntad y como autómatas escribieron solamente las palabras que les eran dictadas. Tal concepto empequeñece el aspecto humano de la Biblia al extremo que lo elimina por completo. Por otra parte, habiendo probado el aspecto humano, es natural, que el tratar de conservar la importancia del mismo, se concluya que las Escrituras están propensas a limitaciones y a errores como por fuerza lo está todo lo que es producto humano. Esta última línea de razonamiento puede ser ampliada de esta manera: Si existe algún elemento humano en esos escritos, éstos tienen que ser falibles, y si éstos son falibles pueden ser, en cualquier grado, inexactos y erróneos.

Aunque existen sugerencias secundarias y variaciones, hay sólo cuatro clasificaciones primarias en cuanto a la doctrina de la inspiración. Estas son: a) La Biblia es de origen divino casi exclusivamente; b) la Biblia es de origen humano casi exclusivamente; c) La Biblia es en algunas partes casi exclusivamente divina y en otras casi exclusivamente humana y d) El origen divino y el humano

existen sin peligro para ninguno, totalmente presente en cada palabra desde la primera hasta la última. La última de estas cuatro clasificaciones es declarada ser aquí la verdadera representación de la verdad tocante a la doctrina de la inspiración. Esta solución es, sin duda, considerada por el hombre natural como más llena de dificultades que las otras tres puestas juntas, y solamente basada en la preponderancia del elemento sobrenatural que hay en ésta. Manifiestamente, la Persona de Cristo sería más fácilmente comprendida bajo la hipótesis apolinaria de que El es casi totalmente divino, o bajo el concepto arriano de que El es casi completamente humano. Pero, a pesar de estas dificultades que para el hombre natural el elemento sobrenatural introduce, las Escrituras presentan una Persona teantrópica en quien tanto la naturaleza divina como la humana subsisten cada una en su plenitud inconfundible. De la misma manera sucede en el doble origen de la Palabra de Dios escrita.

Si la conjunción de dos autores envuelve contradicciones lógicas o la conglomeración de principios opuestos, cierto que esto pudiese objetarse. Pero en el caso de la Biblia y su dualidad de autor los elementos que se combinan son los mismos en naturaleza, y por arreglo divino son hechos converger en nada menos que la Palabra de Dios escrita. Si esta combinación de origen no puede ser entendida, al menos puede ser creída. En todo cuanto es sobrenatural, los hombres son incapaces de comprender, pero son capaces de creer. "El hombre que rehusa creer aquello que no entiende ha de tener un credo bastante reducido" (Manly, *Bible Doctrine of Inspiration*, p. 31). No podemos explicar la manera de la unión de la dualidad de autor de la Biblia, ni tampoco podemos resolver el problema negando las evidencias. Felipe Schaff ha escrito: "La Biblia es totalmente humana (aunque sin error) en contenido y forma, en la manera en que comienza, en su compilación, su preservación y su transmisión; pero al mismo tiempo totalmente divina tanto en sus pensamientos y palabras como en su origen, vitalidad, energía, y efecto" (*History of the Christian Church*, I, 93, citado por Manly, *ibid.*, p. 32).

El lado humano de la dualidad de autor de las Escrituras se hace extremadamente compleja por el hecho de que más de cuarenta hombres participaron en este incomparable servicio. En otros libros con excepción de la Biblia, el origen humano resalta, pero Dios ha ejercido Su propio poder al obrar a través de muchos autores; aún así El ha preservado la unidad de su revelación, y, al mismo tiempo, ha demostrado Su control sobre hombres con diferentes grados de proficiencia como escritores. La mente humana apenas puede vislumbrar qué sería la Biblia si hubiese sido el producto de un sólo hombre. Todos los hombres no son por naturaleza historiadores o

poetas, o filósofos. Para producir un Libro que incorpore una variedad tal de aspectos literarios, Dios evidentemente emplea los talentos personales de cada uno de los escritores humanos, seleccionándolos conforme a su habilidad natural para la tarea que El les ha encomendado. Moisés, el historiador, David el poeta y dulce cantor, Pablo el filósofo de la lógica, son ejemplos. Cuando —después de la muerte y resurrección de Cristo y el Día de Pentecostés— el nuevo sistema de verdad que se conoce como el *cristianismo* iba a ser desarrollado e introducido, Dios no seleccionó a uno de los doce quien, debido a haber estado relacionado con Cristo por tres años y medio, debió haber sido seleccionado de manera natural, sino que, habiéndole llamado de su estado pecaminoso y habiéndole salvado, El preparó y usó el intelecto más grande de su época, si no de todas. Pero ya sea Moisés, Isaías, Daniel, Juan o Pablo, el hecho normal permanece que, aparte de la literatura que ellos produjeron y de sus cualidades personales para las mismas, cada autor humano escribió en su pureza el mensaje sublime que le fue encomendado, y la totalidad de esos escritos —siendo *sui géneris* debido a la dualidad de autor— constituyen la Palabra de Dios.

Una triple declaración del Dr. Basil Manly resume esta verdad de la dualidad de autor de las Escrituras:

“1. La Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios, teniendo tanto la verdad infalible como la autoridad divina en todo lo que afirma y manda.

2. La Biblia es verdaderamente una producción humana. Esto es comprobado por todas las evidencias del origen humano que muestra tan clara y ciertamente como cualquier otro libro que haya sido escrito por hombres.

3. Esta dualidad de autor se extiende a cada parte de las Escrituras y al lenguaje así como a las ideas generales que son expresadas.

Podría resumirse en una sola frase: Toda la Biblia es verdaderamente la Palabra de Dios escrita por hombres” *ibid.*, p. 90.

IV. LO QUE LA PALABRA DE DIOS DICE

ACERCA DE LA PALABRA DE DIOS

Las evidencias internas en cuanto al hecho de que la Biblia es la Palabra de Dios son tan numerosas como manifiestas. Como el Obispo Butler ha dicho en relación a la evidencia del cristianismo, así mismo puede decirse tocante a las evidencias de la inspiración, éstas son “de gran variedad y alcance . . . constituyendo en conjunto, un argumento; procediéndose a la convicción que surge de la clase de

prueba que puede ser comparada a lo que ellos llaman *el efecto* en arquitectura u otras obras de arte, algo que es el resultado de un gran número de cosas organizadas de cierta manera específica, y tomadas para formar un punto de vista” (*Analogy*, parte II c. 7, citado por Manly, *ibid.*, p. 174). En verdad la evidencia interna es tan extensa que tabularla requeriría un estudio cuidadoso de, y referencia a, casi cada una de las páginas de las Escrituras —una tarea que pocos, acaso ninguno, han ensayado alguna vez. Esta abundantísima cantidad de material cuando es recogido y clasificado, para emplear la ilustración del Obsipo Butler, incluiría toda forma de afirmación desde las piedras fundamentales de declaraciones directas hasta las últimas implicaciones decorativas. Un extenso argumento de carácter polémico pudiese surgir en relación al uso de una palabra o un texto de las Escrituras referente a algún aspecto de la inspiración, pero la *doctrina* de la inspiración en sí misma lo abarca todo, incluyéndolo todo y representando la inducción de todo lo que la Biblia declara o sugiere a favor de sí misma.

Pudiera deducirse, a causa de la gran cantidad de literatura que pudiera usarse, que, de los pasajes principales que apoyan lo que la Biblia misma dice acerca de su inspiración, dos de ellos son de importancia vital —2 Ti.3:16 y 2 P.1:21— no tan solamente porque estos pasajes de manera directa e indiscutible proclaman la doctrina de la inspiración, sino que también debido a que esos versículos incluyen tanto sobre esta doctrina han atraído los ataques vigorosos de aquellos que no simpatizan con la doctrina de la inspiración plenaria y verbal. Esos oponentes a la doctrina han tratado de manipular la exégesis de dichos pasajes para hacer que la fuerza de la evidencia favorezca sus creencias. Es dudoso que exista alguna otra palabra del Nuevo Testamento que haya sido más cuidadosamente estudiada y escudriñada bajo los rayos analizadores de la erudición que la palabra *θεόπνευστος* (Teopneustos —“soplado por Dios”, una palabra que evidentemente está formada por las palabras *θεός* —“Dios” y *πνέω* —“aliento”, vea la traducción de Job 32:8 —“el soplo del Omnipotente”); esta palabra, cualquiera que sea su significado específico, envuelve la idea central o fundamental del primero de estos dos pasajes tan significativos.

Es razonable creer que así como esas lenguas en las que la Palabra de Dios fue escrita, por supervisión divina, estaban siendo desarrolladas a través del proceso natural por el cual surgen los idiomas, ciertas palabras fueron divinamente introducidas y su significado determinado y preservado con vista al importantísimo servicio que irían a prestar y la verdad exacta que transmitirían en la Palabra de Dios escrita. Es igualmente concebible que ciertas palabras

necesitasen ser de inmediato selladas ya que indicarían aspectos de relaciones sobrenaturales y tareas que pudieron haber tenido muy poca o casi ninguna ocasión de expresión antes y en tales tiempos cuando el lenguaje en cuestión estaba sirviendo solamente como medio para enunciar cosas mundanas y aquello que solamente es producto de la especulación de los hombres. La palabra *θεόπνευτος* aparece una sola vez en el Nuevo Testamento y probablemente está ausente por completo de toda la literatura secular griega. Mirando a la superficie del problema, es de presumir que nada exactamente similar a la idea de Palabra escrita “soplada por Dios” hubiese surgido entre el pueblo helénico que demandase el uso de esa expresión. Es justo asumir que esta palabra crucial es de origen divino habiendo sido producida por Dios con el propósito de dilucidar un concepto que no solamente era extraño dentro de las posibilidades humanas, sino que era y es supremo en el campo de lo divino. Así que los escritores del Nuevo Testamento encontraron un buen número de palabras divinamente preparadas e introducidas que eran capaces de ser ampliadas en su significado para transmitir verdades que hasta ese entonces habían permanecido sin revelar. El lector hará bien en notar a esta altura las muchas palabras compuestas formadas con *θεός*, *Χριστός* y *πνεῦμα* que pudieran entrar en su vocabulario.

El único texto donde *θεόπνευτος* aparece —2 Ti.3:16,17— dice lo siguiente: “Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” La frase *toda la Escritura*, como es usada aquí es naturalmente idéntica en el alcance de su significado con la declaración del versículo anterior, en la que el Apóstol Pablo le recuerda a Timoteo que “desde la niñez” él ha conocido las Sagradas Escrituras” y éstas, declara él, pueden hacer a Timoteo sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús. Muy variadas y maravillosas son las cosas, enumeradas en el contexto, que la Escritura puede hacer y debido a ello es útil al “hombre de Dios.” Esos valores que se detallan reciben poca oposición; la controversia tiene su centro más bien en las dos frases —*toda la Escritura y es inspirada por Dios*.

Cuando se hace el esfuerzo por determinar exactamente qué es lo que está incluido en la frase *toda la Escritura*, haremos bien recordando que 2 Timoteo es la última de las epístolas de Pablo, escrita, al parecer, muy cerca al tiempo de su martirio. Por ese tiempo casi todo el Nuevo Testamento había sido escrito ya —exceptuando solamente los últimos escritos del Apóstol Juan. Segunda de Pedro 3:16 claramente designa los escritos de Pablo como “escritura” y Pablo mismo, como está escrito en 1 Timoteo

5:18, al citar Deuteronomio 25:4 —“No pondrás bozal al buey que trilla”— como “escritura”, añade a ésta Lucas 10:7 —“Porque el obrero es digno de su salario”— como Escritura igualmente inspirada y con la misma autoridad. Así que, en una época tan temprana, el Evangelio según Lucas —escrito por uno que no era de los doce— es aceptado por el Apóstol como Escritura autoritativa. En cuanto a los apóstoles mismos, Pedro escribe: “Para que tengáis memoria de las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles” (2 P.3:2). Yendo más allá de esta clara evidencia de que la frase *toda la Escritura* ya incluía la mayor parte del Nuevo Testamento, es idóneo a una simple fe el creer que Aquel que “llama las cosas que no son, como si fuesen” (Ro.4:17), al componer el pasaje en cuestión, incluyó en ese pasaje todo lo que, en su propósito soberano, debía ser escrito, con la Escritura que hasta ese entonces había sido escrita. Así es que puede concluirse que las palabras *toda la Escritura* no son ni nada más ni nada menos que aquellas comprendidas en la Biblia.

Con respecto a la segunda frase —*inspirada por Dios*— hay mucha más disensión. La palabra castellana *inspiración* procede del latín *spiro* y el pasaje en cuestión es traducido en la Vulgata: *Omnis scriptura divinitus inspirata*, mientras que en el griego dice: *πᾶσα γραφή θεόπνευστος* (*pasa grafe teopneustos* |—“toda la Escritura es soplada por Dios”). Podemos recoger mucho de interés al ver cómo esa frase ha sido traducida en otros idiomas:

El etiópico dice: “y cada escritura es en el (por el) Espíritu del Señor”.

Wycliff traduce: “Toda escritura de Dios inspirada.”

Tyndale expresa: “Toda escritura es dada por inspiración de Dios.”

Cremer (*Biblico-Theological Lexicon of N. T. Greek*, ed. 2): “promovida por Dios, divinamente inspirada.”

Thayer-Grimm (*Greek and English Lexicon of N. T., nueva ed.*): “Soplada por Dios, sopro interior de Dios.”

Warfield: “Toda Escritura viendo que es soplada por Dios.”

La Versión Moderna: “Toda la Escritura es inspirada por Dios.”

Aparte de la Versión Revisada (en inglés) que parece dejar lugar a la idea de que *alguna* Escritura puede no ser inspirada, todas estas versiones expresan de manera enfática que la Biblia es soplada por Dios (*teopneustos*, inspirada). La cuestión a discutir aquí es si la expresión “soplada por Dios” ha de ser tomada en la forma *activa* que implicaría a la Escritura estar permeada y preñada con el sopro de Dios —siendo su característica distintiva el hecho que ésta ha recibido por impartición o inspiración el sopro de Dios. El pasaje

prosigue diciendo que la Escritura es potente; porque es bastante el afirmar de ellas que pueden hacer a un hombre “sabio para la salvación”. Que éstas son útiles para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia,” para que por medio de ellas “el hombre de Dios sea perfecto, enteramente preparado para toda buena obra.” Hay, al parecer, dos declaraciones: (a) toda Escritura es soplada por Dios y (b) toda Escritura es útil. Sin duda ésta es útil porque es soplada por Dios; pero la palabra *θεόπνευστος* no se refiere a la idea de inspirar en los hombres un mensaje, sino a la realidad de que ese mensaje es soplado (procede de) Dios. El mensaje es diferente y su efecto incomparable porque es la obra de Dios soplando y no porque haya sido fielmente transmitido por hombres. De esa manera fue transmitido y el poder determinante de Dios operaba sobre los autores humanos; pero la declaración de 2 Timoteo 3:16 solamente enfatiza el sopro de Dios en operación. Citamos nuevamente al Dr. Warfield:

“Lo que es *θεόπνευστος* es “soplado por Dios”, producido por el sopro creador del Todopoderoso. Y la Escritura es llamada *θεόπνευστος* para designarla como lo que es “soplado por Dios”, producto de la inspiración divina, la creación de ese Espíritu que está en todas las esferas de la actividad Divina, el ejecutivo de la Deidad... Esta palabra no describe a Dios soplando en (dentro de) las Escrituras, sino que se le ha dado el concepto ordinario tanto por los Padres de la Iglesia como por los Dogmáticos. Lo que esa palabra afirma es que las Escrituras deben su origen a una actividad del Espíritu Santo y son, en el sentido más elevado y verdadero, Su creación. Es sobre esta base del fundamento divino que todos los elevados atributos de la Escritura están asentados” (*Revelation and Inspiration*, p. 280).

El resultado de tanta discusión parece ser tanto explícito como inequívoco. Las Escrituras en su totalidad son efectivas ya que son de Dios, sopladas por Dios, dadas por Dios, y determinadas por Dios.

El segundo pasaje de gran importancia, 2 Pedro 1:21 —“Santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados (llevados) por el Espíritu Santo”— enfoca el problema de la inspiración desde otro ángulo. Como *θεόπνευστος* ha indicado que la Biblia se originó con, y es por lo tanto la Palabra de, Dios, *φέρω* (*fero*, llevar o cargar) indica el hecho de que el Espíritu de tal manera obró en los santos hombres de Dios para garantizar a través de ellos un testimonio inerrante de la mente de Dios. Los dos pasajes son suplementarios y juntos forman la entera revelación, es decir, que (a) la Palabra vino de Dios como Su propio “soplo” o *spiro* y (b) que bajo el sopro *inspiro* de Dios la Palabra fue fielmente transcrita por hombres santos escogidos para ese elevado servicio.

El contexto de este segundo pasaje es igualmente importante. Pedro ha declarado que el gran tema de la profecía —“el poder y la

venida de Nuestro Señor Jesucristo” (como fue anticipado y prefigurado en la transfiguración)— está certificado por “testigos presenciales” que estuvieron con Cristo en el santo monte; pero esa verdad es hecha “más segura” por la palabra profética; y la referencia hecha es a la Palabra inspirada en su totalidad y no solamente a una porción que señala el elemento excepcional de la predicación. Todos los escritores de la Biblia eran profetas en el sentido amplio de la palabra y sus escritos eran proféticos (comp. Hch. 3:21; 10:43), en los que la predicación es la característica esencial en vez de la profecía.

La referencia a los “santos hombres” debe ser recibida conforme al significado de la raíz de la palabra *santo*, o *santificado* que es *separar* para un servicio o propósito específico. Esos hombres fueron elegidos por Dios para ese ministerio y no hay referencia hecha tocante a la santidad de sus vidas. Sin embargo, la experiencia de Isaías en la que sus labios fueron purificados con carbón encendido tomado del altar es un ejemplo claro (Is.6:1-8).

La palabra *φῆρω*, como es usada en este pasaje, contiene el secreto respecto a la influencia particularizada del Espíritu Santo en estos hombres escogidos, lo cual aseguró la inspiración de las Escrituras. Esa palabra es muy expresiva sugiriendo el efecto del viento en las velas de un bote por medio del cual el bote es impulsado. Aunque *φῆρω* indica el control divino sobre los autores humanos, dicha palabra permite en su amplitud de significado una variedad indefinida de maneras en el que el fin será conseguido.

Ahora introduciremos las llamadas *teorías* de la inspiración. Muy frecuentemente estas *teorías* constituyen un esfuerzo inquisitivo de investigar de cerca el misterio oculto en cuanto a *cómo* Dios movió a los hombres escogidos para que escribiesen como lo hicieron. En relación a este asunto la Biblia permanece en silencio. Leemos: “Jehová dijo a Moisés” (Ex.4:19; comp. Dt.34:10); la “visión” que Isaías “vio” (Is.1:1; comp. Ha.1:1; Mal.1:1); “La palabra de Jehová que vino” a Jeremías (Jer.1:2; comp. Os.1:1; Jon.1:1; Miq. 1:1; Hag.1:1; Zac.1:1). Dios apareció a Daniel en “visiones” y en “sueños”. Juan declara que su testimonio es “verdadero” (Jn.19:35; 1 Jn.1:1-3). El Apóstol Pablo escribe: “Si alguno se cree profeta, o espiritual reconozca que lo que os escribo son mandamientos del Señor” (1 Co.14:32). En relación a *cómo* fue dada la revelación divina a los autores humanos, nadie mejor que Dios o los propios escritores escogidos pueden saber. Esta operación se encuentra completamente dentro de esas relaciones sagradas y personales en las cuales ningún otro puede inmiscuirse. Es aquí donde el alma devota vacilará y el prudente por lo menos respetará el silencio de Dios. Es

posible que, como el testimonio de esos escritores sugiere, no tan solo había variedad en la manera en que Dios habló a los diferentes hombres, sino que también había variedad en la manera en que El habló a un mismo hombre en tiempos diferentes. La Biblia provee abundantes enseñanzas en cuanto al *hecho* de la inspiración; pero no ofrece ninguna explicación tocante a este fenómeno. El *cómo* de cada milagro está ausente, y la inspiración es un milagro. En cuanto a éste y a todos los milagros, el hombre es llamado a *creer* y no a *dilucidar*. Cristo señaló las limitaciones del hombre cuando dijo: “El viento de donde quiere sopla, y oyes su sonido; más ni sabes de dónde viene ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu” (Jn.3:8). Si habiendo *experimentado* el milagro de la regeneración, aún así los hombres son incapaces de comprender su misterio, ¿cómo, entonces, podrían ellos discernir la obra del Espíritu en áreas en las cuales el hombre jamás ha penetrado?

En relación a esas *teorías*, o suposiciones, algunas verdades dañinas pueden notarse: (a) A aquellos que en su celo por la autoridad de Dios han sugerido que los autores humanos eran autómatas, puede decirse que la evidencia es lo suficientemente completa para demostrar el hecho de que estos hombres ejercitaron todos los aspectos de su voluntad y sus características individuales; pero fueron equipados para escribir solamente lo determinado por el Espíritu Santo. Fuera de este concepto de la inspiración no puede haber una dualidad de autor. (b) Para aquellos que proclaman que estos hombres elegidos escribieron bajo la influencia de facultades humanas superiores y el ejercicio de un genio poético también superior, puede decirse que el carácter de la verdad revelada demuestra que ésta es la Palabra de Dios, siendo digna de Dios, y esto nunca hubiera podido ser bajo las provisiones que esta teoría sugiere. (c) Para los que persisten en la noción que la inspiración hizo a los hombres elegidos infalibles y omniscientes, puede decirse que la evidencia prueba que esos hombres solamente fueron capacitados en transcribir la verdad y frecuentemente ellos mismos no entendían la importancia total de aquello que ellos escribían. (d) Para aquellos que imaginan que la inspiración en lo referente a los autores humanos tiende a elevar cada pasaje al mismo nivel de importancia espiritual, puede decirse que en este aspecto de la inspiración su meta y propósito son el garantizar una transcripción correcta del mensaje dado por Dios. La filosofía de Bildad, registrada en el libro de Job, no tiene la misma utilidad al hombre perdido que el evangelio de la gracia; pero ambos son exactamente lo que Dios quiso incluir en Su Palabra —cada uno en su lugar y para su propósito. Jehová ha dicho: “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino

que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para lo que la envié" (Is.55:11). De igual manera la inspiración puede registrar la mentira de Satanás, pero no vindica ni santifica dicha mentira. Esta garantiza el testimonio exacto de lo que fue dicho —bueno o malo. Muchas acciones indignas están registradas, pero no son aprobadas por Dios.

Tocante a la libertad general de los autores humanos, Alejandro Carson ha dicho: "La inspiración. . . dejó a los historiadores inspirados bajo el poder y la regulación de las mismas leyes e influencias que guiaron a otros autores en sus composiciones, con la sola excepción de preservarlas sobrenaturalmente del error" (citado por Manly, *Bible Doctrine of Inspiration*, p. 87). Esta declaración no deja lugar para la recepción del mensaje. Ellos pudieron haber sido exactos en declarar sus propios pensamientos. Ellos fueron, sin embargo, correctos en declarar los pensamientos de Dios que recibieron de El.

Puede verse de esta manera que la importancia específica de 2 Pedro 1:21 y su contexto radica en la palabra *φῆρω* ya que ésta distingue los escritos de ciertos hombres escogidos que hablaron al ser *impulsados* por el Espíritu Santo. Su mensaje era la Palabra de Dios, y así la dualidad de origen es preservada.

Otro pasaje de gran importancia es Juan 10:34,35, donde se declara que Cristo, hablando con los judíos tocante a atesoradas Escrituras, dijo: "¿No está escrito en vuestra ley?" y "la Escritura no puede ser quebrantada." Las tres palabras, *Escritura*, *Ley*, y *Profecía* son intercambiables cuando se refiere, como cada una frecuentemente lo hace, al completo conjunto de la verdad revelada. En este contexto Cristo declara que una cosa escrita en la Ley no es sino *Escritura* que no puede ser quebrantada. Este pasaje es un ejemplo del invariable e incondicional honor que Cristo dio a las Escrituras como la autoritativa Palabra de Dios. De acuerdo con las Escrituras, las primeras palabras de Cristo después de su Bautismo fueron un triple reto a Satanás, y la derrota de éste fue obtenida por medio de las palabras "Está escrito." A través de su ministerio, Cristo constantemente declaró que las Escrituras tienen que cumplirse, dando así honor a ellas (Mr.14:49; Jn. 13:18; 17:12; comp., además, Jn.12:14; Mr.9:12,13). Asimismo, en el camino a Emaús El "comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas. . . les declaraba en todas las Escrituras lo que de El decían" (Lc.24:27). También El dijo, la Escritura (continuamente) "da testimonio de mí" (Jn.5:39). Cristo de esa manera dio a las Escrituras la palabra de autoridad final. Volviéndonos solamente al Evangelio según San Mateo, esta verdad es hecha aún más clara (4:4; 7:10; 11:10; 19:4;

21:13,42; 22:29; 26:31,56). Lo mismo pudiera hacerse fácilmente con los pasajes que muestran la autoridad que todos los autores del Nuevo Testamento atribuyen a la Palabra de Dios.

El testimonio que la Biblia presenta tocante a su propia inspiración está difundido a través de todas sus partes. Cada escritor testifica acerca del carácter sobrenatural de sus escritos. Pero sin lugar a duda, la evidencia más concluyente de que la Biblia es inspirada está en esta doble verdad: (a) que Cristo aceptó de esa manera todo el Antiguo Testamento así como cada una de sus partes, y (b) que el Nuevo Testamento fue escrito bajo Su dirección y los instrumentos humanos tuvieron la promesa de una habilidad sobrehumana para escribir conforme a la mente de Dios.

Cuando se contempla lo que la Biblia dice acerca de su inspiración, de gran importancia, en verdad, son esos pasajes donde Dios y Su Palabra son tratados como uno solo. Está escrito en Gálatas 3:8 “y la Escritura, previendo que Dios había de justificar por la fe a los gentiles, dio de antemano la buena nueva a Abraham.” De seguro que las Escrituras como tales, que aún no habían sido escritas, no predicaron a Abraham, pero Dios lo hizo. Así en Romanos 9:17 —“Porque la Escritura dice a Faraón: Para esto mismo te he levantado.” Pero Exodo 9:16, que es el texto aquí citado, dice que ésta es la Palabra de Jehová a Faraón a través de Moisés. El hecho es manifiesto que la Escritura que aún no había sido escrita no podía ser responsable por el levantamiento de Faraón para un propósito específico; pero la Palabra de Dios, ya fuese hablada o escrita es la identificación de Dios mismo. Debe observarse especialmente que frases tales como “El dice”, “El habló” y “El da testimonio”, etc. indican la voz de Dios hablando lo que sea dicho. Las repetidas expresiones “La Palabra de Jehová”, “La ley del Señor,” “La Palabra de Dios”, certifican sin excepción el origen divino de la Palabra. Debido a que es Su Palabra, ésta ha de permanecer para siempre (Is.40:8). Los hombres son designados a predicarla como la Palabra de Dios (Ro.10:17; 1 Co. 14:36); y así ésta vino primero a Israel (Hch.10:36,37), y entonces a los gentiles (1 Ts. 2:13).

Al declarar su propia inspiración, la Biblia pone un gran énfasis en el hecho de que hombres fueron dotados de poder para escribir la Palabra de Dios. “David en espíritu (literalmente, en el Espíritu) le llama Señor” (Sal.110:1 comparado con Mt.22:43). Que (el Espíritu Santo) por boca de David tu siervo dijiste” (Hch.4:25). “Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el Señor por medio del profeta (Mt.1:22; 2:15). “Por lo tanto (como el Espíritu Santo ha dicho. . .)” (He.3:7; Sal.95:7). “Y nos atestigua lo mismo el Espíritu Santo” (He.10:15; Jer.31:33,34). Jehová dijo a Moisés: “Ve, y yo

estará con tu boca y te enseñaré lo que hayas de hablar” (Ex.4:10-12). “Yo. . . pondré mis palabras en su boca” (Dt.18:18,19). “El Espíritu mío que está sobre tí, y mis palabras que puse en tu boca” (Is.59:21). “La Palabra de Jehová vino a mí, diciendo. . . te di por profeta a las naciones. . . He aquí he puesto mis palabras en tu boca” (Jer.1:4-9).

Los escritores del Nuevo Testamento no fueron en menos escala la voz de Dios. Cuando Cristo estaba para partir de este mundo, no solamente asignó la tarea de evangelizar a todos los que componen Su Iglesia, sino que también dio la seguridad a hombres escogidos que ellos serían llamados para escribir lo que El había dicho. El Espíritu Santo, les dijo, “os enseñará todas las cosas”, “os recordará todo lo que os he dicho”, “os guiará a toda la verdad” y “os hará saber las cosas que habrán de venir” (Jn.14:25,26; 15:26,27; 16:12-15). Aunque hay una aplicación general de estas palabras a todos los creyentes en cuanto a que el Espíritu Santo es el maestro de ellos, es evidente que la obra específica del Espíritu de *recordar todas las cosas* sólo podía ser experimentada por aquellos a quienes Cristo habló. El Apóstol Pablo no era uno de los doce y, por lo tanto, nunca pretendió tener sus instrucciones. Sin embargo, él testifica acerca del poder energizador del Espíritu. El escribió: “Lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana, sino con las que enseña el Espíritu” (1 Co.2:13; 14:37; 2 Co.13:2,3; Gá.1:8-12; Ef.3:1-7; 1 Ts.2:13; 4:2,8,15; 2 Ts.2:13-15. Otros pasajes del Nuevo Testamento que deben notarse: 1 P.1:10-12; 2 P.3:1,2; Ap.1:3,10,11,19; 22:6,7,18,19).

En este estudio inductivo parcial de todo lo que la Biblia dice acerca de su propia inspiración, se ha dicho lo suficiente para demostrar que solamente la inspiración plenaria y verbal da una respuesta satisfactoria tocante al significado de esta doctrina.

V. OBJECIONES GENERALES A LA INSPIRACION PLENARIA Y VERBAL

Si se tiene en mente, ciertas verdades importantes tienden a disolver casi toda la existente objeción a la doctrina de la inspiración plenaria y verbal, es a saber:

(a) El progreso de la doctrina que se observa desde el Génesis hasta el Apocalipsis no implica que revelaciones más tempranas o parciales eran erróneas. Al concluir sus tres años y medio de instrucción a sus discípulos, Cristo les dijo: “Aún tengo muchas cosas que deciros” (Jn.16:12), pero eso no significaba que lo que El les había enseñado al principio era mentira. Nuevamente, y algo similar a esto, una idea

falaz ha prevalecido en nuestro tiempo que deshonra la Palabra de Dios. Esta falsedad consiste en enseñar que hacia el final de su ministerio, el Apóstol Pablo se apartó del énfasis tocante a la venida del Señor que había exhibido en sus primeras epístolas, de manera notable 1ª a los Tesalonicenses; y no se ofrece ninguna otra razón a esa afirmación que el hecho que el Apóstol no menciona ese tema en sus epístolas posteriores. Las últimas epístolas de Pablo, obviamente, trataban un tema diferente; pero muy distinto a lo que algunos creen, el último capítulo de su última epístola presenta uno de los testimonios más enfáticos dados por el Apóstol en relación a la esperanza de la Segunda venida de Cristo (2 Ti. 4:6-8). Ese concepto sugiere que el Apóstol estaba errado en sus primeras epístolas y que corrigió su error en las epístolas escritas posteriormente. Pero, ¿quién podría decir que, si hubiese vivido más tiempo, él no hubiese, según este concepto, desacreditado al final de su vida *todo* lo que hubo escrito? Dudar sus primeros escritos equivale a degradar *todos* sus escritos, y solamente debido a que el elemento esencial de la inspiración está aquí relacionado, y no únicamente los errores de un hombre sincero. Esta situación bien puede servir para ilustrar las vicisitudes a las que es sometido un hombre cuando duda la fidelidad de las Escrituras, ya sea que su duda se origina sobre la cuestión del progreso de la doctrina o sobre el *supuesto* progreso de los instrumentos humanos.

(b) El hecho de que pueden existir diferencias en la traducción debido a la intervención de diferentes idiomas en la escritura de la Biblia. La inscripción puesta sobre la cruz estaba escrita en hebreo, latín y griego. El Apóstol Pablo normalmente citaba la Septuaginta, que es la versión griega del Antiguo Testamento. En cada caso en que se cite el Antiguo Testamento en el Nuevo Testamento debe recordarse que el Espíritu Santo es el autor de ambos Testamentos y que es completamente de la competencia del autor cuando cita sus propios escritos, cambiar o reestructurar cualquier cosa que haya dicho o escrito con anterioridad. Esto no implica necesariamente una corrección de lo que se ha escrito anteriormente. Puede ser, como sucede en el caso del Espíritu Santo, que ocurra una adaptación de una verdad que es aplicada a una nueva situación.

Todo estudiante devoto creará que, en un grado considerable, el cuidado preservador de Dios ha estado sobre toda traducción meritoria de las Escrituras y que en esas traducciones ningún valor doctrinal esencial ha sido sacrificado.

(c) Aun en su forma más excelente, el entendimiento humano es imperfecto. Lo que parece ser una dificultad al presente —como se ha demostrado repetidas veces— queda completamente resuelto cuando

se conocen todas las evidencias. En relación a esto, la arqueología ha contribuido bastante y sin duda continuará contribuyendo hasta el fin.

(d) El derecho a la inspiración verbal y plenaria es reclamado a favor de los documentos originales y no se extiende a ninguna transcripción o traducción. También es verdad que no existe ningún manuscrito original. Naturalmente, estos hechos dan lugar a la pregunta de si las traducciones presentes —en particular el texto con el cual estamos familiarizados— es en verdad digno de confianza. Este problema es digno de que reciba seria consideración y ha recibido la atención de los más grandes expertos en el campo de la crítica textual a través de todas las generaciones de la Iglesia. Pero dos pasajes especialmente han sido tópicos de disputa —Marcos 16:9-20 y Juan 7:53-8:11. De estos dos pasajes, el último está mejor acreditado que el primero. En cuanto a las dificultades textuales generalmente, las siguientes citas son importantes.

De Westcott y Hort:

“En relación a la gran cantidad de palabras en el Nuevo Testamento, como sucede en la mayoría de la literatura antigua, no hay variación u otra base para la duda, y por lo tanto no hay lugar para la crítica textual; y aquí, por lo tanto, un editor es simplemente un copista. Lo mismo puede decirse con substancial verdad respecto a esas variaciones que nunca han sido recibidas, y que probablemente nunca lo serán, en un texto impreso. La proporción de palabras virtualmente recibidas y aceptadas por todos sin ser puestas en tela de duda, es muy grande, no menos, haciendo un estimado, de siete octavos del total. El octavo restante, por lo tanto, formado en gran parte por problemas de sintaxis y otras trivialidades, constituyen el área completa de la crítica. Si los principios seguidos en la presente edición son correctos, esta área puede ser grandemente reducida. Reconociendo por completo la responsabilidad de abstenernos de decisiones dogmáticas en casos donde la evidencia deja el juicio en suspenso entre dos o más interpretaciones textuales, encontramos que, poniendo a un lado las diferencias ortográficas, las palabras que en nuestra opinión aún están sujetas a duda solamente forman un dieciseisavo de la totalidad del Nuevo Testamento. En este segundo estimado la proporción de variaciones comparativamente triviales es decididamente mayor que en la anterior; de manera que la cantidad de lo que pudiese ser llamado *variación substancial* no es sino una fracción pequeña de la variación residuaria total, y puede, a duras penas, formar más que una *milésima parte* del texto completo.” —*The New Testament in Greek*, II . 2, citado por Manly, *Bible Doctrine of Inspiration*, p. 223.

El Dr. Felipe Schaff, director del Comité de Revisores Americanos, escribe:

“Esta multitud de significados textuales en el texto griego no deben confundir ni alarmar al cristiano. Esto es el resultado natural de la gran riqueza de nuestra fuente documentaria; es un testimonio de la inmensa importancia del Nuevo Testamento; esto no afecta, sino más bien asegura, la integridad del texto;

y es un estímulo eficaz al estudio.

“Solamente cerca de 400 de las 100.000 o 150.000 variaciones afectan materialmente el sentido. De éstas, una vez más, no más de cincuenta son realmente importantes por alguna razón u otra; y aún de éstas cincuenta, ni una sola afecta un solo artículo de fe o un precepto de responsabilidad que no esté abundantemente apoyado por otro pasaje o por el tenor general de las Escrituras. El *Textus Receptus* de Stephens, Beza y Elzevir, y de nuestras versiones en inglés, enseñan precisamente la misma clase de Cristianismo que el texto uncial de los Manuscritos Sinaítico y Vaticano, las más antiguas versiones, y la revisión anglo-americana” (*Companion to the New Testament*, p. 177, citado por Manly, *ibid*, p. 224).

CONCLUSION

Del casi ilimitado campo de discusión provisto por la doctrina de la inspiración, se ha presentado lo suficiente para demostrar que la inspiración plenaria y verbal es la enseñanza inequívoca de la Biblia en relación a sí misma, la enseñanza de Cristo y los apóstoles, y la creencia de la Iglesia desde su comienzo. De igual manera se ha señalado que la Palabra de Dios como ha sido escrita, ha venido de Dios como Su aliento y que hombres escogidos fueron equipados para recibir y registrar ese mensaje. En relación a *cómo* Dios transmitió a ellos esa Palabra y ha garantizado de sus manos un producto inerrante, las Escrituras guardan silencio. Un doble origen es preservado —Dios usó la voluntad y las facultades de los instrumentos humanos sin coerción y los escritores hicieron uso de sus voluntades y sus facultades sin hacer daño al mensaje divino. Aquellos que se inclinan a diferir de estas conclusiones tienen que enfrentarse a Cristo, los apóstoles, y los profetas sobre los cuales, después de todo, tenemos que depender para cualquier conocimiento de cualquier verdad. Si el testimonio de ellos es quebrantado en relación a la fidelidad de las Escrituras, se quebranta en relación a todo lo demás.

Las doctrinas de la revelación, inspiración, canonicidad y autoridad estando tan estrechamente relacionadas, la discusión que sigue es requisito para completar lo que hemos dicho anteriormente.

CAPITULO V

CANONICIDAD Y AUTORIDAD

La investigación del canon de la Biblia es un esfuerzo por descubrir la verdadera base de su autoridad. Las Escrituras del Antiguo y el Nuevo Testamento forman un canon debido a que estos son Palabras (oráculos) autoritativas. Por medio de la expresión *autoritativa* se sugiere que la Biblia en todas sus partes es la voz de Dios hablando al hombre. Su autoridad es inherente, siendo como es, nada menos que un edicto imperial: "Así dice Jehová." Cuando las Escrituras son consideradas como autoritativas debido a decretos de concilios eclesiásticos o leyes promulgadas por gobiernos humanos, éstas pueden ser consideradas como obligatorias solamente hasta donde se extiende la influencia humana. Pero, en contraste con tal concepto, las Escrituras van hasta el punto de declarar la voluntad de Dios a los concilios eclesiásticos y a los gobiernos de los hombres. Igualmente, así como una autoridad digna presupone la habilidad de ejecutar decretos, la Palabra de Dios no solamente proclama Sus propósitos firmes, sino que también establece el castigo que debe seguir cuando y donde los hombres no estén de acuerdo con ésta.

Siendo que las Escrituras están saturadas de la legítima y completamente justificable autoridad de Dios, y ya que éstas fueron escritas por hombres, y ya que el canon fue, hasta cierto punto, determinado por hombres, es pertinente investigar acerca de la naturaleza de esa autoridad divina y cómo es que reside en esos Oráculos. Así como ha surgido la duda tocante a la completa inspiración de las Escrituras a causa de la participación del hombre en su producción, de igual manera ha surgido la duda tocante a la autoridad de las Escrituras a causa de la participación que el hombre ha tenido en determinar cuáles escritos deben entrar en el canon. Se ha demostrado en relación al estudio de la doctrina de la inspiración que Dios ha usado instrumentos humanos para escribir la Biblia de tal modo que ha preservado esos escritos de las imperfecciones impuestas por las limitaciones humanas. Ahora nos falta exponer la verdad que Dios, aunque se ha valido de hombres en la formación del canon, los ha usado de tal modo que solamente esos escritos que componen los Oráculos divinamente constituidos con sus perfecciones de unidad, equilibrio y consumación de sus partes han

sido escogidos.

Los problemas relacionados con la formación del canon son grandemente simplificados por medio de una gran realidad, a saber, que la Biblia está presente, y presenta en evidencia su exhibición de la perfección divina. Así que el problema es solamente el de trazar retroactivamente, partiendo desde el punto provisto por la infalibilidad de las Escrituras. No hay ocasión para teorizar acerca de si es o no posible reunir una colección de escritos —de muchos autores cuyas vidas fueron vividas en diferentes países y a través de muchos siglos— en un libro que sea digno de Dios. Un fenómeno tan estupendo ha sido realizado y su realidad no puede ser descartada. Una atención razonable a los hechos en cuestión mostrarán la verdad que el método empleado en la formación del canon de la Biblia es a la vez natural y sobrenatural. En esta obra hay una demostración de la coordinación de la determinación divina con la cooperación humana. Sin embargo, el elemento de la determinación divina es prominente en la formación del canon así como lo es en la dualidad de origen. La razón nos obliga a concluir que así como Dios ha producido el génesis de ciertos escritos incomparables, El también guiará, con igual fidelidad, no tan solamente en juntar esos escritos en una unidad, y sin ningún error en su selección, sino que determinará su orden final en esta relación con el fin de que su singular continuidad pueda ser manifestada.

Condiciones importantísimas y de largo alcance existieron al mismo tiempo en que se escribía la Biblia y se formaba su canon, que no existen ahora. Es necesario dar reconocimiento completo a esas condiciones si es que hemos de llegar a una verdadera evaluación del problema de la canonicidad. Las Escrituras de ambos Testamentos fueron compuestas cuando habían muy pocas obras literarias en producción. No era entonces como es ahora en que todos los individuos escriben cartas con relativa facilidad, cuando un gran número de personas se esfuerzan en producir libros y cuando la producción de obras religiosas ha alcanzado proporciones sorprendentes. Había en aquellos tiempos muy poca competencia y comparativamente poca necesidad de eliminación. De aquellos pocos que podían escribir, solamente aquellos que fueron movidos por Dios experimentarían el motivo imperioso que la inspiración imparte.

En el caso del Antiguo Testamento, los escritos fueron producidos, principalmente, por hombres que estaban en autoridad sobre la vida religiosa y hasta cierto punto, sobre la vida civil del pueblo. Moisés fue reconocido como el representante de Jehová y el dador de la Ley. Sus escritos, como los de los profetas reconocidos, no eran nada más que la preservación en forma escrita de lo que había sido proclamado

oralmente y con autoridad indiscutible. Fueron muy pocos los que resistieron el mensaje de los voceros reconocidos por Jehová.

En cuanto al Nuevo Testamento, la escritura fue realizada, en su mayor parte, por hombres escogidos por Cristo. El Apóstol Pablo no constituye una excepción en esta clasificación ya que el Señor le apareció y lo llamó cuando iba en camino de Damasco. Estos hombres, es cierto, no ejercieron influencia alguna en el mundo de su tiempo y el mundo no tuvo nada que ver con la formación del canon del Nuevo Testamento. El Nuevo Testamento fue dirigido a un grupo insignificante y despreciado de creyentes (1 Co.1:26-29), pero la reacción espiritual respecto a estos escritos por parte de aquellos que constituían la “manada pequeña” era esencial para la determinación de lo que eventualmente entraría a formar parte del contenido final del canon del Nuevo Testamento. La comunicación estaba limitada, y por muchos años los escritos que eran comunes y efectivos en una comunidad no alcanzaban a todas las comunidades. Es muy posible que ninguna congregación llegó a poseer una copia completa de todo lo que está en el canon del Nuevo Testamento, sino hasta los primeros años del siglo segundo. Todas las copias de las diferentes porciones de las Escrituras eran hechas a mano y pocos, en verdad, podían poseer esos tesoros. La porción que pertenecía a una iglesia local era preservada con el mayor de los cuidados y su lectura formaba gran parte del compañerismo de los creyentes cuando se reunían. A ellos no les preocupaba el asunto del canon ni lo que pertenecía a éste. Ellos sabían que al leer esos escritos sus necesidades espirituales eran suplidas y de esa manera dichas porciones vinieron a ser apreciadas por todas partes, y esa fue la base para la formación del canon. Sin diseño ni esfuerzo, el canon vino a ser aprobado sobre la base del mérito particular de cada porción. Sin estar conscientes de la relevancia de lo que hacían, sin contiendas e independientemente del diseño humano fue realizada la gran prueba final en cuanto a cuáles escritos eran de la inspiración de Dios. La perfección del plan y la integridad de los resultados son una evidencia indiscutible del proceder soberano de Dios obrando a través de los agentes humanos.

Era natural que la iglesia latina tomase su tiempo antes de reconocer el valor sobrenatural de la epístola anónima a los Hebreos, y otros prejuicios existentes fueron sin duda reflejados en otras localidades. A su debido tiempo y bajo la dirección del Espíritu Santo, todas las dificultades fueron vencidas y el último libro —Apocalipsis— fue añadido para completar el todo. Sería imposible determinar exactamente cuándo el Nuevo Testamento fue reconocido como tal. Aceptando la fecha del Apocalipsis por el año

96 de la era cristiana, puede observarse que los escritos de Ignacio, en el año 115 datan solamente de veinte años después. De estos y otros de los primeros padres de la iglesia es evidente que, aparte del prejuicio natural entre los judíos creyentes hacia la Biblia antigua, el Nuevo Testamento, como existe en el presente, fue distinguido como tal y obedecido como Escritura tan temprano como en el siglo segundo. No hay evidencias en relación a cuál fue la iglesia que primero obtuvo una Biblia completa, ni en cuanto a la fecha precisa en que tal hecho haya ocurrido. No hay manera de saber todo lo relacionado al proceso mediante el cual cualquier iglesia recibiese una nueva porción de las Escrituras para ser añadida a aquella que ya poseían. Sin duda, el hecho de que una nueva porción era aceptada sin controversia por alguna otra asamblea iría muy en su favor. La manera en que el canon del Nuevo Testamento fue formado es algo totalmente natural, sin embargo lo que se realizó fue completamente sobrenatural.

No hay razón alguna para creer que hubo algo que correspondiese a una formación consciente de la Biblia entre estos cristianos primitivos. Ellos estaban muy agradecidos por cualquier mensaje que viniese de quien, por su asociación con Cristo o con los apóstoles, pudiese escribir o hablar con autoridad. Es evidente que no todos los mensajes así recibidos, aunque fieles a la verdad, fueron diseñados por Dios para ser parte de la Biblia. Ese elemento viviente que la inspiración imparte estaba —y probablemente sin identificación específica de éste por cualquiera que leyese sus páginas— con una determinación irresistible santificando (al apartar como algo infinitamente sagrado e infaliblemente verdad) aquellas determinadas porciones que eran divinamente separadas para constituir el canon del Nuevo Testamento.

En los días del ministerio terrenal de Cristo, el canon del Antiguo Testamento era ostensiblemente como es ahora; pero, como en el caso del Nuevo Testamento, ninguna persona o grupo de personas habían actuado con autoridad en la selección de los libros del Antiguo Testamento. El mismo carácter divino inherente que la inspiración garantiza había hecho de aquellos libros selectos la Palabra de Dios a diferencia de todos los otros libros escritos por hombres. Es inconcebible que ese elemento inefable que pertenece a la inspiración no impresionase entonces, como ahora a todos los interesados para que cualquier disensión que hubiese fuese mínima. Otros escritos, tal y como estaban, quedaron atrás, faltándoles esa específica cualidad divina. Sin embargo el canon del Antiguo Testamento no había sido cerrado porque no había ninguna autoridad humana para hacerlo. La iglesia primitiva había recibido el

Antiguo Testamento con validez suprema. Esto es evidente por la abundancia y la manera en que es citado en el Nuevo Testamento. Nuevos libros eran añadidos como una acumulación de algo que crecía sobre de, y estaba estrechamente relacionado a, el Antiguo Testamento. Los apóstoles y profetas que sirvieron como escritores del Nuevo Testamento estaban tan íntegramente equipados y eran tan dignos de escribir por medio de la inspiración del Espíritu como lo estuvieron los profetas del Antiguo Testamento. En realidad, la preparación del instrumento humano aunque de valor en el uso general de sus escritos no era el criterio final por el cual evaluar el texto Sagrado. La prueba de esto es la inclusión en el canon de ambos Testamentos de porciones anónimas.

El cierre formal del canon del Nuevo Testamento es por lo menos sugerido en Apocalipsis 22:18. La manera diferente en que ambos Testamentos concluyen es significativa. Toda la expectación de lo que está aún por cumplirse del Antiguo Testamento es articulada al cierre de dicho Testamento y los últimos versículos aseguran la venida de otro profeta. Pero no se vislumbra ninguna revelación continuada a la terminación del Nuevo Testamento, en su lugar se anuncia que El Señor mismo pronto regresará y la conclusión natural es que no ha de haber ninguna otra voz hablando desde el cielo antes de que la trompeta anuncie el regreso del Señor.

No es de poca importancia el hecho que desde que el canon de la Biblia fue divinamente cerrado no se ha hecho ningún esfuerzo por añadir algo. Finalmente, aunque llevado a efecto a través de la intervención y con la cooperación del hombre, Dios obró en la formación del canon —como lo hizo en el origen del texto de las Escrituras— un milagro estupendo. Su propia Palabra inerrante no solamente fue recibida y escrita de manera incomparable, sino que también fue inerrantemente coleccionada en un volumen y preservada de esa confusión, detrimento y desvío del propósito divino que, ya sea por substracción o por adición al canon, pudiese haber ocurrido. El cuidado directo de Dios sobre la formación del canon de las Escrituras es tan evidenciado y, de tal modo, para su gloria como lo es el cuidado que El ha tenido sobre la transmisión exacta de Su verdad a través de instrumentos humanos.

Ya que cualquier porción de la Biblia es canónica debido a que es un documento autoritativo, siendo como es la Palabra de Dios escrita, es altamente recomendable investigar de la manera más cuidadosa la fuente precisa y la naturaleza de su autoridad. El objeto de tal investigación no es necesariamente el deseo de sembrar la duda en cuanto a la constitución divina de las Escrituras. Bien puede ser el simple deseo de llegar a una concepción más digna de su importancia trascendental.

Sin tener en cuenta la infinidad de pruebas que demuestran que la Biblia es la Palabra de Dios escrita y por lo tanto está saturada de la misma autoridad que el Creador ejerce sobre su creación y que el cielo ejerce sobre la tierra, los seres humanos no se han sometido a la supremacía y a la autoridad de la Biblia. Los hombres inconversos que “no tienen a Dios en sus pensamientos”, ignoran las Escrituras.

El mundo moderno que se encuentra vacilante entre la influencia desmoralizadora de los ideales satánicos y las filosofías de los hombres, no aprecia ni admira la Biblia, y tal vez no debemos esperar que lo haga; podemos decir, por otra parte, que el mismo desprecio del mundo hacia la Biblia es una prueba más del carácter celestial de ésta.

La autoridad de las Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamentos que le dan su prominencia canónica es atribuida, por lo menos, a siete causas diferentes. De éstas las tres primeras que nombraremos ya han sido consideradas con alguna amplitud y, por lo tanto, sólo es necesario enumerarlas ahora.

I. LAS ESCRITURAS SON AUTORITATIVAS PORQUE HAN SIDO INSPIRADAS POR DIOS

Declarar de las Escrituras, como ellas lo hacen de sí mismas, que son inspiradas por Dios, es otorgarles la autoridad suprema que sólo pertenece a Dios y que procede directamente de El sin reducciones ni complicaciones que pudiesen ser impuestas por factores contribuyentes. Esto significa que en su carácter plenario las Escrituras son, en su totalidad, la Palabra de Dios escrita. Estas poseen la peculiaridad indiscutible de ser nada menos que el edicto imperial —“Así dice Jehová.”

II. LAS ESCRITURAS SON AUTORITATIVAS PORQUE FUERON ESCRITAS POR HOMBRES ESCOGIDOS QUE FUERON LLEVADOS POR EL ESPIRITU SANTO

Este aspecto de la autoridad Bíblica está estrechamente relacionado con el hecho de que el mensaje que esos hombres escogidos recibieron y predicaron era inspirado por Dios. La contribución específica que esto hace al campo de la autoridad es que garantiza, como se ha demostrado, que la participación humana en la dualidad de origen no produce ninguna imperfección en el valor infinito ni en la santa excelencia de que el mensaje divino sea conservado en los escritos inerrantes. El reducir el mensaje

autoritativo a la forma escrita no añade ninguna supremacía suplementaria ni dominio a éste, pero es un medio efectivo por el cual el edicto divino puede alcanzar a aquellos que están sujetos a éste. Que la autoridad de las Escrituras no se deriva de los hombres inspirados ni de la inspiración propiamente atribuida a ellos es evidente por el hecho de que esos libros de la Biblia que son anónimos son considerados tan autoritativos como cualquier otro libro del canon.

III. LAS ESCRITURAS SON AUTORITATIVAS EN CUANTO A QUE ESTAN ACREDITADAS POR LOS QUE

PRIMERO LAS RECIBIERON

En el caso del Antiguo Testamento, la congregación de Israel bajo la dirección de sus ancianos, reyes, profetas y sacerdotes, dieron su sanción a aquellos escritos que formaron el primer canon. En el caso del Nuevo Testamento, la iglesia primitiva, incluyendo a sus oficiales y ministros dio sanción al segundo canon. Sin ser ellos conscientes, tanto en un caso como el otro, de que estaban siendo usados por Dios para realizar un objetivo tan importante, ellos, sin embargo, bajo la dirección del Espíritu Santo, determinaron lo que no pudo haber sido pospuesto para generaciones venideras, ni abandonado a otros pueblos, es a saber, el decidir la inclusividad y la exclusividad del canon de la Biblia. La inclusión de una página o una palabra que no había sido inspirada y diseñada por Dios para que sirviese como Escritura de cierto habría obrado nada menos que un daño inconmensurable a lo que tenía como propósito manifestar una perfección infinita. En la misma medida, el haber dejado fuera una página o una palabra que hubiese sido inspirada y diseñada por Dios con el fin de que ocupase un lugar en el canon habría manchado de manera desastrosa la impecable Palabra de Dios. Si se hubiese permitido cualquiera de los dos defectos hipotéticos mencionados, la Biblia hubiera sido reducida a una obra indigna de su Autor divino. Así es que puede verse que la aceptación y la acreditación del material preciso que fue preparado por inspiración y diseñado por Dios para que formase parte de Su Santa Palabra, aunque realizado por instrumentos humanos y sin tener en cuenta el conocimiento de ellos en relación a lo que hacían, fue realizado en su totalidad a través de la superintendencia y la determinación divina.

IV. LAS ESCRITURAS SON AUTORITATIVAS YA QUE SON AUTENTICADAS POR EL SEÑOR JESUCRISTO LA SEGUNDA PERSONA DE LA DEIDAD

El término legal, “La Ley de Dios”, es una de las designaciones propias y legítimas que se dan a la Biblia, y debido a que sugiere la idea del imperio o dominio divino, es una expresión adecuada y pertinente cuando se desea subrayar la autoridad de las Escrituras.

En cualquier gobierno que establece sus leyes teniendo en cuenta la libertad y el bienestar de sus súbditos, hay dos procedimientos ampliamente diferentes representados en el diseño de dichas leyes, es a saber, (a) el precepto, o ley, es escrito y acordado por legisladores y (b) dicho precepto o ley es mandatorio y operante cuando ha sido firmado por el jefe de estado —el presidente o rey de una nación. Este proceso es especialmente usado en gobiernos monárquicos como el de Inglaterra donde existen relaciones establecidas entre el parlamento y la corona. Estos dos aspectos imperativos —la creación y ejecución de leyes por un lado, el asentimiento real por el otro— no son en ninguna manera intercambiables ni deben ser confundidos. Estos hechos en relación al proceso mediante el cual las leyes civiles son ejercitadas, pueden servir como ilustraciones para poner en perspectiva una de las características importantes de la base sobre la cual descansa la autoridad canónica de las Escrituras.

Continuando con la misma analogía, se observará que el origen de las Escrituras como el aliento de Dios, la determinante influencia sobrenatural de los instrumentos humanos, y el control divino ejercido sobre un gran número de personas en armonía esencial que ha servido para separar y sellar los Escritos Canónicos, ha garantizado el edicto o ley perfecta, pero su carácter mandatorio es grandemente favorecido por la autenticación certificación y la aprobación real del Rey de reyes.

Ninguna consideración es dada en este momento a esas funciones y actividades que pertenecen específicamente a la humanidad de Cristo.

Fué del lado divino de Su Ser que El confirmó la Palabra de Dios; en el lado humano El estaba sujeto a ella. Como el auténtico corroborador de las Escrituras, Cristo no solamente era uno de los muchos que hablaban bien de los Oráculos de Dios. De igual manera, El no estaba ofreciendo la opinión de un profeta, sacerdote o rey humano, aunque El era todo eso por siempre. Su confirmación de las Sagradas Escrituras era nada menos que la de la Deidad, la Segunda Persona de la Santísima Trinidad. Esta sanción real por parte del Hijo de Dios no añade nada a la inspiración o al carácter sobrenatural

inherente en la Biblia y que ya estaba en ésta con anterioridad, lo que la aprobación de Cristo proporciona a la totalidad perfecta de la Biblia es la incommensurable *autoridad* que proporciona la firma del rey sobre el edicto. Constituye un concepto equivocado el suponer que la *autoridad* de la Biblia se encuentra primordialmente ya sea en el hecho de la inspiración de los instrumentos humanos o en alguna acción por parte de Israel o de la Iglesia. La voz de Dios, verificada a través del Hijo, y (un tema aún por considerar) el uso de las Escrituras por el Espíritu, forman la base de la autoridad canónica. La inspiración de los escritores Sagrados tiene una parte que se relaciona con el campo de las letras, que tiene sus aspectos humanos. Por otra parte aquello que constituye la Biblia como *La Ley de Dios* no es una cuestión literaria de clase alguna; sino algo que ha de ser clasificado como *teológico, moral, y vital*. Es algo más que un asunto de vida o muerte en cuanto a la referencia de esas expresiones a esta esfera; ésta abarca nada menos que las cuestiones de la *vida eterna* y la *muerte eterna*. Naturalmente, pertenece a la sabiduría y está en armonía con la verdad el descubrir esa autoridad trascendental dentro de la Deidad misma y no en ninguna cooperación humana, no importa qué tan excelente sea ésta.

Los cuatro Evangelios contienen más de treinta y cinco referencias directas y citas de las Escrituras por parte del Hijo de Dios. Estas, como se podrá ver, no solamente registran su testimonio tocante al carácter divino de la inspiración plenaria y verbal de las Escrituras, sino que, tomadas como un todo, éstas contemplan el Antiguo Testamento y por ello sirven para certificar los aspectos plenarios de su perfección. Ya que es en, y a través de, esas citas hechas por Cristo que El ha dado su aprobación real a la *Ley de Dios*, un examen cuidadoso de éstas —tal y como nos es posible realizar aquí— es obligatorio.¹

Cuando Cristo declaró: “Yo soy . . . la verdad” (Jn. 14:6), El estaba declarando algo más que la verdad incontrovertible de que El mismo era

¹ Mt. 4:4, 7, 10; Lc. 4:4, 8, 12; Lc. 4:16-27; Mt. 5:17, 18, 21-43; Mt. 6:29; Mt. 8:4; Mr. 1:44; Lc. 5:14; Mt. 8:11; Lc. 13:28; Mt. 9:13; Lc. 16:29-31; Mt. 10:15; Mr. 6:11; Mt. 11:10; Lc. 7:26, 27; Mt. 12:3-8; Mr. 2:24-28; Lc. 6:3-5; Mt. 12:40-42; Lc. 11:29-32; Mt. 13:14, 15; Mt. 15:1-9; Mr. 7:6-12; Mt. 16:4; Mt. 17:11; Mr. 9:11-13; Mt. 19:3-9; Mr. 10:2-12; Mt. 19:18, 19; Mr. 10:19; Lc. 10:26, 27; 18:20; Lc. 18:31; Mt. 21:13-16; Mr. 11:17; Lc. 19:46; Mt. 21:42; Mr. 12:10-11; Lc. 20:17; Mt. 22:28-33; Mr. 12:24-31; Lc. 20:37-39; Mt. 22:36-40; Mt. 22:34, 44, 45; Mr. 12:35-37; Lc. 20:41-44; Mt. 23:1-3, 23, 35; Lc. 11:51; Mt. 24:15, 16; Mr. 13:14; Lc. 17:26-31; Mt. 24:24, 31; Mr. 14:21, 27; Lc. 22:37; Mt. 26:53-56; Mr. 14:49; Mt. 27:46; Mr. 15:34; Lc. 23:46; Lc. 24:25-32, 44-47; Jn. 1:51; 3:14; 5:39, 45-47; 6:32, 45; 7:19-23, 38, 39; 8:39, 40, 44, 56-58; 10:33-36; 13:18, 26; 17:12, 17; 19:28.

verdadero. El se declaró a sí mismo como *la verdad* y en el sentido que El es el tema central de la Palabra de Verdad, El es el Amén, el Testigo Fiel y Verdadero (Ap. 1:5; 3:14; Is. 55:4). El dijo acerca de sí mismo: “Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad” (Jn. 18:37) —no solamente como testigo al valor moral de la verdad, sino como testigo de la Palabra de Dios. “Tu palabra es verdad” (Jn. 17:17). La frase “para esto he venido al mundo”, eleva Su ministerio de autorización al nivel más alto de ser uno de los propósitos primarios de la encarnación. Con el mismo fin, el apóstol declara: “Pues os digo que Cristo Jesús vino a ser siervo de la incircuncisión para mostrar la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los padres” (Ro. 15:8). El es, en verdad el Confirmador divino de esos escritos que fueron entonces identificados como “Las Escrituras”, de las cuales también él afirmó que “no podían ser quebrantadas.” Así la Segunda Persona de la Deidad añade su aprobación real a la *Ley de Dios*. Si este testimonio real parece comprender nada más que el Antiguo Testamento, podrá recordarse que Cristo designó y comisionó a los escritores del Nuevo Testamento y que El Habló desde el cielo diciendo “El que da testimonio de estas cosas” (Ap.22:20), y eso fue dicho tocante al canon del Nuevo Testamento (vs.18-19).

V. LAS ESCRITURAS SON AUTORITATIVAS POR HABER SIDO RECIBIDAS, TRANSMITIDAS Y ATESTIGUADAS POR LOS PROFETAS

Los profetas del viejo orden fueron divinamente designados como voceros de Dios, y lo mismo es cierto de los profetas del Nuevo Testamento. Cuando hablaba con el apóstol Juan el ángel dijo: “Yo soy consiervo tuyo, y de tus hermanos los profetas” (Ap. 22:9). Los profetas están entre los líderes sobresalientes del nuevo orden (Ef. 2:20); y ellos hablan para la edificación, la exhortación y el consuelo de los santos (1 Co. 14:3).

La ley mosaica designó responsabilidades específicas a varios grupos y oficiales del Antiguo Testamento con respecto a las Escrituras.

1. LA RELACION DE LA CONGREGACION CON LAS ESCRITURAS. La congregación de Israel fue amonestada, “No añadiréis a la palabra que yo os mando, ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová que yo os ordeno” (Dt. 4:2). Así que el pueblo no tenía autoridad para originar ni comunicar, pero sí fueron mandados a guardar los mandamientos del Señor, que incluyen la habilidad de identificar esos Oráculos a los

cuales ellos debían de ser obedientes.

2. LA RELACION DEL REY CON LAS ESCRITURAS. La relación del rey con las Escrituras es como sigue: “y cuando se siente sobre el trono de su reino, entonces escribirá para sí en un libro una copia de esta ley, del original que está al cuidado de los sacerdotes Levitas, y lo tendrá consigo, y leerá en él todos los días de su vida, para que aprenda a temer a Jehová su Dios, para guardar todas las palabras de esta ley y estos estatutos, para ponerlos por obra” (Dt. 17:18, 19). Aunque ningún rey gobernó a Israel hasta después del período de los jueces —un período de cerca de quinientos años— el sistema mosaico anticipaba el oficio de rey y proveía la amonestación divina que gobernaba la actitud del rey hacia las Escrituras. El rey recibió su autoridad gubernamental por la cual él podía dar muerte a profetas y sacerdotes; pero en su relación a la Palabra de Dios escrita, el rey no era diferente al más humilde de sus súbditos.

3. LA RELACION DE LOS OFICIALES CON LAS ESCRITURAS. Los Jueces eran mediadores en asuntos comunes; pero si venía ante ellos algún asunto muy difícil para el juez se apelaba a los sacerdotes, quienes servían como una corte suprema sobre los jueces. El juez era instruido de esta manera: “Cuando alguna cosa te fuera difícil en el juicio, entre una clase de homicidio y otra (civil), entre una clase de derecho legal y otra (ceremonial), entre una clase de herida y otra (lepra), en negocios de litigio en tus ciudades; entonces te levantarás y recurrirás al lugar que Jehová tu Dios escogiere; y vendrás a los sacerdotes y levitas, y al juez que hubiere en aquellos días, y preguntarás, y ellos te enseñarán la sentencia del juicio. Y harás según la sentencia que te indiquen los del lugar que Jehová escogiere, y cuidarás de hacer según todo lo que te manifiesten” (Dt. 17:8-10). Los versículos que siguen a los ya mencionados, prescriben la pena de muerte para aquellos que rehusen hacer conforme a la decisión de la corte suprema de Israel. El servicio del juez, el rey, o el sacerdote tocante a la ley de Dios escrita era el de interpretación y administración y nunca el de la elevada responsabilidad de escribir u originar las leyes. Ellos estaban para mostrar la sentencia del juicio “conforme a la Ley” (Dt. 31:9-13).

4. RELACION DE LOS LEVITAS CON LAS ESCRITURAS. A los levitas les fue conferida la custodia de las Escrituras. De modo que ellos fueron instruidos: “Tomad este libro de la ley, y ponedlo al lado del arca del pacto de Jehová nuestro Dios, y esté allí por testigo contra tí” (Dt. 31:26).

5. LOS PROFETAS EN RELACION A LAS ESCRITURAS. Al profeta le fue dada la alta responsabilidad de recibir y comunicar la Palabra de Dios. No todos los escritos de los profetas, aunque eran la

Palabra de Dios para aquel tiempo, se convirtieron en Escrituras,¹ ni pudieron todos los que clamaron ser profeta pudieron ser oídos.

La prueba entre el verdadero y el falso profeta era tanto razonable como natural. Las instrucciones eran “y si dijeres en tu corazón ¿cómo conoceremos la palabra que Jehová nos ha hablado? Si el profeta hablase en nombre de Jehová, y no se cumpliese lo que dijo, ni aconteciere, es palabra que Jehová no ha hablado; con presunción la habló tal profeta; no tengas temor de él” (Dt. 18:21-11).

La responsabilidad del profeta de hablar por Dios y la estipulación de que el pueblo oyese está registrado en el mismo centro de la Ley establecida para Israel. Sin duda el pasaje, como muchos otros, tiene

¹El Rev. C. H. Walker, M. A., Rector del Colegio de Divinidad de Londres, ha dicho: “Todo lo que un profeta o un apóstol escribe no es necesariamente Escritura, a menos que él u otro profeta lo comunique como tal . . . El escritor de Crónicas, el libro que ocupa el último lugar en el canon del Antiguo Testamento, ha notado la exclusión del canon de un número de obras que fueron escritas por profetas, que aparentemente fueron antes que él en tiempo. Si reconocemos que “el libro de las crónicas de Samuel vidente, las crónicas del profeta Natán, y las crónicas de Gad vidente (1 Cr. 29:29) sobrevivieron entre los sobresalientes libros de Samuel y los dos primeros capítulos del primer libro de Reyes, no obstante ¿qué ha sucedido con la profecía de Ahías el silonita y la profecía del vidente Iddo contra Jeroboam, hijo de Nabat” (2 Cr. 9:29)? ¿Dónde están las palabras de Semaías el profeta, y de Iddo el vidente tocante a las familias (o lo que significa propiamente la palabra *l'hithyaches* en 2 Cr. 12:15)? ¿Qué era el *Midrash* del profeta Iddo (2 Cr. 13:22) en las que los caminos y dichos de Abías fueron escritos? Suponiendo que “el libro de Jehú, el hijo de Hanani”, fue “hecho ascender en el libro de los Reyes de Israel” en el sentido de ser realmente incorporado en el libro de Reyes tal y como lo tenemos (2 Cr. 20:34, y esto es más dudoso), aún así los “hijos de Joás, y la multiplicación que hizo de las rentas” que estuvieron escritas en el *Midrash* del libro de los Reyes, ciertamente no han pasado a nosotros, y este *Midrash* tiene que ponerse entre los libros perdidos (2 Cr. 24:27). “Los demás de los hechos de Uzías, primeros y posteriores, fueron escritos por el profeta Isaías, hijos de Amóz” (2 Cr. 26:22). ¿Pero dónde están ellos? La historia de ese rey es más corta aun en Reyes que en Crónicas. Uzías es nombrado dos veces en la “visión de Isaías”, y en cada una de las veces en relación a la fecha de la profecía solamente (Is. 1:1 y 6:1). La oración de Manasés y muchos otros asuntos históricos fueron “escritos entre los dichos de los videntes” u Hosai (2 Cr. 33:19). Pero éstos no pueden ser leídos hoy. Estos por lo menos, y muy posiblemente otros trabajos mencionados en el mismo libro de la Sagrada Escritura, fueron casi ciertamente el trabajo de profetas. *Pero aun así éstos no son Escritura*. El escritor del libro canónico de Crónicas (o posiblemente sus antecesores) deliberadamente los pusieron a un lado, en vez de poner en ellos el sello de la autoridad divina. De aquí que es claro que *el origen profético en sí no constituye que algo sea Escritura*. La historia de la quema del rollo por Joaquín (Jer. 36) es suficiente para mostrar lo que sucede cuando se destruye algo que estaba determinado a ser Escritura. ¿Se hubiese atrevido el autor de Crónicas a destruir algo que había sido dado como Escritura por alguien con la autoridad de Jeremías?” (*La Inspiración Autoritativa de la Sagrada Escritura* ps. 168-170).

su cumplimiento final en el ministerio profético de Cristo. Cristo es el último de todos los profetas; el último Sacerdote entre todos; el último Rey entre los reyes. Esta instrucción es una autorización inmediata a los profetas que bajo el poder de Dios sucedieron a Moisés. El pasaje dice "Profeta de en medio de tí, de tus hermanos como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis . . . Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que Yo le mandaré. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta" (Dt. 18:15, 18, 19). El verdadero mensaje del profeta tenía que ser recibido y obedecido por toda la casa de Israel desde el rey en su trono hasta el menor en el reino. De esos pasajes, sin embargo, esas porciones determinadas por el Espíritu de Dios fueron hechas canónicas. El verdadero profeta atestiguaba su propio mensaje y demostraba su autoridad por medio de evidencia sobrenatural. Esto no presuponía que un profeta atestiguase el mensaje recibido por otro profeta y transmitido con autoridad. Tal corroboración puede observarse especialmente tocante a los escritos que tienen su lugar en el canon del Nuevo Testamento.

En el sentido amplio del vocablo, como ya hemos indicado, el profeta era uno que anunciaba o proclamaba al igual que uno que profetizaba o predecía el futuro. El profeta siempre era lo primero y solamente asumía la segunda responsabilidad cuando una necesidad específica lo demandaba. El título de profeta connota el recibir y proclamar el mensaje de Dios sobre cualquier asunto sin restricción en lo que concierne al tiempo de su aplicación. Los profetas del Antiguo Testamento continuarían hasta la llegada de Juan (Mt. 11:13) y la abrupta terminación de éstos revela el plan divino tocante a un nuevo canon cuyos escritores proféticos debían de recibir su comisión de Aquel que Juan anunciaría. Malaquías concluye con una mirada hacia el ministerio profético que Juan había de cumplir en parte. "He aquí yo os envío al profeta Elías antes que venga el día de Jehová, grande y terrible" (Mal. 4:5), y hablando acerca de Juan, Cristo dijo: "Y si queréis recibirlo, él es aquel Elías que había de venir" (Mt. 11:14). Así es que el canon del Antiguo Testamento permaneció abierto hasta Juan, pero el del Nuevo Testamento fue cerrado con el último escrito del último apostól. El Antiguo Testamento en cuanto a su esperanza, estaba centrado en el primer advenimiento de Cristo. La esperanza del Nuevo Testamento está centrada en la segunda venida de Cristo; sus palabras finales provienen del mismo Señor Glorificado, "He aquí yo vengo pronto." Y el escritor inspirado añade: "Amén, sí, ven, Señor Jesús."

La Iglesia, o aquellos a quienes fue dado el Nuevo Testamento, se

dice estar edificado en el fundamento de los apóstoles y profetas (Ef. 2:20), en lugar de decir que los apóstoles y profetas están edificados en ésta. La Iglesia no es la que ha derramado sobre los hombres autoridad apostólica y profética, sino por el contrario, hombres escogidos, movidos por el Espíritu Santo, recibieron y proclamaron la verdad y la doctrina por medio de la cual la iglesia ha venido a existir y en la cual tiene que continuar hasta el fin de su peregrinaje terrenal. Una cosa es autorizar y ordenar un profeta, y otra muy diferente es solamente reconocer lo que Dios ha constituido con autoridad soberana. Ni la congregación de Israel ni la Iglesia, jamás ha funcionado fuera de esta última realidad mencionada.

Puede concluirse, entonces, que el servicio más elevado que Dios ha puesto en manos de los hombres es el de profeta, y trascendiendo el ministerio normal de un profeta estaba ese servicio, encomendado a unos pocos profetas, por el cual ellos recibían y proclamaban aquellas porciones que por autorización divina iban a constituir el canon de las Escrituras. Debido a que un ministerio profético general de anunciar la verdad de Dios ha de continuar a través de toda esta edad (1 Co. 14:3; Ef. 4:11), es posible que la afirmación anunciando que las profecías “se acabarán” (1 Co.13:8) anticipase el cierre del canon del Nuevo Testamento; porque donde no hay un profeta divinamente designado y debidamente comprobado no hay Escritura para ser recibida y promulgada.

VI. LAS ESCRITURAS SON AUTORITATIVAS YA QUE ES LA PALABRA EMPLEADA POR DIOS, EL ESPÍRITU SANTO

Habiendo originado y transmitido las Escrituras por medio de profetas escogidos, la autoridad de esos escritos es revelada aún por el hecho que el Espíritu emplea las Escrituras como Su propio lenguaje al hablar a los hombres. La Biblia, por ser la Palabra de Dios, es adecuada para expresar perfectamente en cada ocasión en que el Espíritu funciona para ejecutar su soberanía y propósito divino. La Escritura es la “espada del Espíritu” (Ef. 6:17), y “Así dice Jehová” es siempre el equivalente de “Así dice el Espíritu Santo.” La frase, “El Espíritu dice claramente” (1 Ti. 4:1), puede ser aplicada con entera justificación a toda la Palabra de Dios. Esta es Su voz, hablando —no solamente en el sentido de que procede de El, pero también en el sentido de que es empleada por El como su propio vocabulario y fraseología. Es esta palabra a la que el Espíritu, en sumo grado, se limita a Sí mismo al hablar a los hombres.

VII. LA AUTORIDAD DE LA BIBLIA PUEDE VERSE EN EL HECHO DE QUE SIN EL MAS LEVE DESVIO ESTA VERIFICA Y SATISFACE TODO LO QUE DICE SER

Este tema, aunque ya ha sido considerado en su lugar lógico en relación a la apologética, bien podría tratarse brevemente ahora y dentro de una más o menos comprensiva clasificación de sus partes:

1. PODER PERDURABLE. Los escritores bíblicos declararon que las Escrituras perdurarían, siendo como son las palabras de Dios para los hombres, la cual ya ha sido comprobada como verdad a través de la preservación sobrenatural de dichos oráculos. Más adelante daremos consideración al tema de la preservación de dichos escritos.

2. PODER IMPERIAL. La Biblia, por incorporar el evangelio, es el "poder de Dios para salvación" (Ro. 1:16), y, como muchas veces se ignora, el evangelio es dirigido al hombre en forma de un edicto imperial. Es algo que debe ser obedecido (Hch. 5:32; Ro. 2:8; 10:16; 2 Ti. 1:8; He. 5:9; 1 P. 4:17). Este no tan solamente contiene la oferta divina para la salvación de los hombres sino que también penetra en el mismo corazón con poder iluminador y transformador. "Así que la fe es por el oír, y el oír por la Palabra de Dios" (Ro. 10:17). "Porque la Palabra de Dios es viva y eficaz y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón" (He. 4:12). La Palabra de Dios debe de ser predicada y no la palabra de los hombres y donde quiera que se predica la Palabra de Dios ésta justifica su propia proclamación de ser "el poder de Dios para salvación."

3. PODER SANTIFICADOR. La autoridad de la Biblia es afirmada y demostrada en el hecho de que esta tiene poder santificador. El Señor oró así: "Santifícalos en tu verdad: tu Palabra es verdad" (Jn. 17:17). La nación de Israel aún ha de ser santificada por la Palabra de verdad. El pacto de Jehová declara: "Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios; y ellos me serán por pueblo" (Jer. 31:33); Bendiciones inconmensurables son provistas para aquellos en quienes la Palabra de Dios habita "abundantemente en toda sabiduría" (Col. 3:16); y al tomar "la espada del Espíritu, que es la Palabra de Dios" (Ef. 6:17), la armadura de Dios, por la cual el enemigo puede ser derrotado, es completada. Las vidas de un sinnúmero de santos de Dios han probado que la Biblia es un poder santificador.

4. PODER REVELADOR. La Biblia testifica y prueba su

autoridad de ser una revelación dada a los hombres. Toda información autoritativa de cosas celestiales y mundanas, de tiempo y eternidad, de lo bueno o lo malo, es derivada de la Palabra de Dios. En todos sus puntos y por todas las pruebas a que el hombre ha podido someter esta vasta revelación de erudición ésta ha probado ser nada menos que “la sabiduría de Dios” revelada a los hombres.

5. EXACTITUD. La autoridad de la Biblia también es demostrada por el hecho de su corrección hasta el grado infinito en asuntos de historia y de profecía. La información histórica registrada en los escritos originales es inerrante, y la profecía no solamente revela los eventos que han de ocurrir en el futuro, sino que también provee la seguridad absoluta que todo lo que ha sido predicho será ejecutado por la soberana y, por lo tanto, irresistible autoridad de Dios. De ese modo ha sido demostrada la autoridad divina de las Escrituras en el gran despliegue de profecías que ya han sido cumplidas, y así se demostrará en la completa realización de todo lo que aún está por cumplirse. “El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.”

6. PODER EFICAZ. La Biblia prueba su autoridad por la manera en que prevalece por encima de las actividades humanas. Su dominio comenzó con un puñado de personas despreciadas que vivían en una pequeña comunidad. Esta no ha compartido su tarea con ninguna otra agencia. Como el rompimiento de un dique ha brotado como un torrente sumergiendo al mundo. Al hacer esto, ha conquistado imperios aun sin esperarlo, siendo odiada y ridiculizada. Sus defensores han sido condenados a muerte atroz pero sin devolver los ataques. La depravación imperante no ha podido detener su avance victorioso. Como la edificación del templo donde no se oía el golpe del martillo, así también ha crecido este maravilloso edificio de Dios. No queremos decir con esto que la Biblia ha transformado al mundo; pero la Palabra de Jehová ha sido y será cumplida cuando dice: “Así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:11). Los hombres, en verdad, no han estado ciegos al hecho de que éste libro autoritativo atribuye todas sus cualidades y efectividad solamente a Dios. Ninguna teoría inventada por los hombres puede explicar la autoridad irresistible de la Biblia. Hablando acerca de su propia Palabra, Jehová dice, “Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos son mis caminos, dijo Jehová” (Is. 55:8).

7. PROFECIA. La Biblia demuestra su autoridad al proponer un programa divino que solamente Dios puede completar. Hasta un punto considerable este programa ya ha sido ejecutado. Fuera de ese plan tan amplio ¿cómo podrían interpretarse los grandes pactos

eternos de Jehová con Abraham, David, Israel, y la Iglesia? Fuera de un propósito divino irresistible ¿cómo podría entenderse la declaración “dice el Señor, que hace conocer todo esto desde los tiempos antiguos?” (Hch. 15:18). La autoridad inimitable por la que Jehová completará su obra es igualada en todo respecto por la autoridad de su Palabra que revela su propósito.

CONCLUSION

De estas siete manifestaciones de la autoridad de las Escrituras, tres son primordiales. (a) El hecho que la Biblia es el aliento de Dios es consumado en la transmisión de ese mensaje a los profetas escogidos y en el reconocimiento y la identificación del canon sagrado por aquellos a quienes primeramente fue dado. Ni la parte realizada por los instrumentos humanos ni la realización por aquellos **que**, bajo la dirección divina determinan el canon, constituye la autoridad de la Biblia, aunque algunos han declarado que tal autoridad puede observarse en la inspiración de los hombres o de dogmas de la iglesia como producto de sus asambleas y concilios. (b) El sello real que la Segunda Persona de la Trinidad ha dado a la Biblia está estrechamente relacionado al asentimiento de los profetas, pero éstas dos fuentes de autoridad no pueden ser libremente comparadas. Y (c) el uso de las Escrituras como Su propia Palabra por parte del Espíritu Santo está estrechamente relacionado al poder manifiesto de las Escrituras y demuestra su autoridad final. Así que, resumiendo, la autoridad de la Palabra de Dios puede ser trazada a tres realidades, a saber, (a) las Escrituras son el aliento o soplo de Dios —Su propia Palabra dada a los hombres; (b) las Escrituras poseen la verificación y aprobación o sello real del Hijo de Dios; y (c) éstas se originan con, y son empleadas por, el Espíritu de Dios.

CAPITULO VI

ILUMINACION

El propósito de Dios al proporcionar la Biblia es que el hombre, a quien la Biblia ha sido dirigida, puede poseer una información confiable tocante a cosas tangibles e intangibles, temporales y eternas, visibles e invisibles, terrenales y celestiales. Debido a las limitaciones innatas del hombre, este tesoro es de valor inconmensurable para él. El hombre en el huerto del Edén, antes de su caída, dependía de la comunicación directa de Dios en cuanto a todas las cosas físicas y espirituales. Indudablemente que el hombre aprendió mucho antes de la caída, pero una nueva y drástica incompetencia apareció en su mente y corazón como resultado del cambio calamitoso impuesto por la caída. Desde aquel momento en adelante, Dios ha contemplado al hombre en un estado de “densas tinieblas”, y en el “valle de sombra de muerte.” Densa, en verdad, es la tiniebla, y profunda, en verdad, es la sombra de muerte. La frase descriptiva, *la sombra de muerte*, que se repite cerca de dieciocho veces en la Biblia, es usada siempre en las Escrituras como una vívida descripción del estado del ser humano.

I. FORMAS ESPECIFICAS DE OBSCURIDAD ESPIRITUAL

Además de la obscuridad original causada por la caída, hay por lo menos cuatro formas específicas de ceguera espiritual que, de acuerdo a la Biblia, son experimentadas por ciertos miembros de la raza humana y que incrementan sin medida las tinieblas naturales del hombre. Se requiere dar alguna consideración a la necesidad de la iluminación como antecedente para una comprensión adecuada de todo lo que ésta proporciona.

1. LA CEGUERA DE ISRAEL. Conjuntamente con la ceguera natural, una ceguera judicial ha caído sobre Israel como la anunciada por Jehová por medio del profeta Isaías con estas palabras: “Anda, y dí a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis, ved por cierto más no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni en su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad”

(Is. 6:9, 10; comp. también Mt. 13:14, 15; Mr. 4:12; Lc. 8:10; Jn. 12:40; Hch. 28:26, 27; 2 Co. 3:14, 15). Se predijo que esta ceguera vendría sobre Israel al tiempo de la venida del Mesías. Dicha ceguera vino sobre ellos como había sido anticipada y causó esa incredulidad nacional que no solamente rechazó a su Mesías (Hch. 2:22-24), sino que fue también la ocasión del rompimiento de las ramas naturales del olivo (Ro. 11:13-25); solamente, sin embargo, por el tiempo de la duración de esta edad. Isaías también dice: "Porque Jehová derramó sobre vosotros espíritu de sueño, y cerró los ojos de vuestros profetas, y puso velo sobre las cabezas de vuestros videntes. Y os será toda visión como palabras de libro sellado, el cual si dieren al que sabe leer, y le dijeren "Lee ahora esto"; él dirá: No puedo porque está sellado. Y si se diere el libro al que no sabe leer, diciéndole: Lee ahora esto; él dirá: No sé leer" (Is. 29:10-12). La ceguera espiritual, aunque nacional no es universal. En Romanos 11:25 está escrito: "Porque no quiero, hermanos, que ignoréis este misterio, para que no seáis arrogantes en cuanto a vosotros mismos: que ha acontecido a Israel endurecimiento en parte, hasta que haya entrado la plenitud de los gentiles." En Efesios 1:22, 23 se nos muestra que la frase *plenitud de los gentiles* se refiere al propósito presente de Dios al llamar a la iglesia tanto de entre los judíos como de los gentiles. Aquellos de entre los judíos que, siendo iluminados por el Espíritu de Dios, obedecen el evangelio, son salvos para la gloria eterna y no permanecen en la ceguera en que estaban.

Pero viene el día en que el velo que ahora cubre los ojos de la nación de Israel será quitado. El "velo será quitado por Cristo." Pero Israel como nación aún no ha creído en Cristo como su Mesías. "Pero cuando se conviertan al Señor el velo se quitará" (2 Co. 3:14-16). Esta iluminación nacional que, sin duda, será manifestada en ellos a través de un nuevo y correcto conocimiento de las Escrituras, fue profetizado por Isaías: "Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre tí. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre tí amanecerá Jehová, y sobre tí será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento" (Is. 60:1-3).

Así que, según se revela, para los israelitas hay dos posibles iluminaciones: una para el judío individual que cree para la salvación de su alma, esta iluminación disipa toda previa tiniebla; y la otra para toda la nación, que será la porción de ellos cuando el "Sol de Justicia" nazca trayendo salvación en sus alas (Mal. 2:4), y cuando el Libertador venga a Sión para apartar la impiedad de la casa de Jacob (Ro. 11:26). Ya que la Palabra de Dios entonces estará escrita "en

sus corazones", es evidente que el agente que el Espíritu Santo usará para iluminar esa nación será las Sagradas Escrituras.

2. **TINIEBLAS DE LOS GENTILES.** Las tinieblas que ahora experimentan las naciones gentiles, aparte de la ceguera satánica, no es otra cosa que el producto de la caída. El inconverso, que no ha conocido ningún otro estado, está inconsciente de su condición y por lo tanto casi de manera universal niega esos pasajes de las Escrituras que describen su condición. Hay varias descripciones de esa ceguera gentil presentada en la Biblia. Aun cuando la luz, que es Cristo, brilló en las tinieblas, "Las tinieblas no la comprendieron" (Jn. 1:4; comp. Ef. 5:11; 1 Jn. 2:11). Pero las siguientes palabras de Jesús declaran la iluminación que llegará a ellos cuando Cristo regrese: "El pueblo que andaba en tinieblas vió gran luz; los que moraban en tierra de sombra de muerte, luz resplandeció sobre ellos" (Is. 9:2). Es cuando la gloriosa LUZ de Dios, el Mesías que regresa, venga a Sión que las bendiciones prometidas hace siglos alcanzarán a los gentiles también.

3. **TINIEBLAS SATANICAS.** Una revelación extraordinaria es hecha en 2 Co. 4:3, 4 en cuanto al hecho que los inconversos, tanto judíos como gentiles, están ciegos al evangelio y que esa ceguera es como un velo sobre sus mentes. Esta incapacidad de responder al evangelio ha sido impuesta sobre el hombre por Satanás con el propósito de impedir una recepción normal del mensaje de la gracia salvadora de Dios. Esta obstrucción no es evidenciada en cuanto a otros aspectos de la verdad diferentes al evangelio. El pasaje dice: "Pero si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales el dios de este siglo cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios." Dos declaraciones hechas por Cristo que son de extrema importancia en cuanto a la incapacidad del hombre inconverso. A Nicodemo le dijo, "El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3); y tocante a las relaciones presentes del Espíritu, Cristo dijo, "... el Espíritu de verdad, el cual no puede recibir el mundo, porque no le ve ni le conoce" (Jn. 14:17). De la misma manera, también el Apóstol señala que el conocimiento que el mundo posee, forjado como está en un entendimiento pervertido de Dios y Su verdad a la luz de falsas filosofías y conceptos humanos, es el mismo instrumento que Satanás usa para descarriar al hombre. Pablo dice, "El mundo mediante la sabiduría no conoció a Dios" (1 Co. 1:21). De igual manera, después de haber señalado que los hombres se han apartado deliberadamente de la verdad acerca de Dios mostrada por la naturaleza el mismo Apóstol escribe, "Profesando ser sabios, se hicieron necios"; y debido a la insensatez de ellos Dios los entregó a

la “inmundicia”, a “pasiones vergonzosas” y a “una mente depravada” (Ro. 1:19-32). Todo esto es una revelación adicional del estado pecaminoso del inconverso. Pero estas restricciones —tanto naturales como satánicas— pueden ser vencidas por el poder iluminador del Espíritu Santo. Con esto en mente, el Espíritu reprinde, o ilumina, al mundo tocante a los aspectos cardinales del evangelio, es decir, “pecado, justicia y juicio” (Jn. 16:7-11). Las Escrituras son evidentemente el agente primordial usado por el Espíritu Santo con ese fin, porque “la fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Ro. 10:17).

4. CEGUERA CARNAL. Habiendo descrito las restricciones del ψυχικός (el hombre natural) en cuanto a su incapacidad para recibir las cosas del Espíritu de Dios (1 Co. 2:14) y habiendo evaluado la capacidad del πνευματικός (el hombre espiritual) (1 Co. 2:15), el Apóstol describe el limitado conocimiento espiritual del σαρκικός (el hombre carnal) y asigna la causa de la carnalidad al grupo específico a quien él le está escribiendo. El pasaje dice: “De manera que yo, hermanos, no puedo hablarlos como a espirituales (πνευματικός), sino como a carnales (σαρκικός) como a niños en Cristo. Os dí a beber leche, y no vianda; porque aún no érais capaces, ni sois capaces todavía” (1 Co. 3:1-2). El hombre aquí es considerado como un *hermano* y como *un niño en Cristo*, todo lo cual demuestra que es un hombre *salvado*. Sin embargo, su aceptación de la Palabra de Dios está limitada a sus más simples mensajes —comparados a la *leche* en contraste con la *vianda* —y esto, se dice, es debido a su vida falta de espiritualidad. La misma falta de espiritualidad en los creyentes se presenta en Hebreos 5:12-14: “Porque debiendo ser ya maestros, después de tanto tiempo, tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido. Y todo aquel que participa de la leche es inexperto en la palabra de Justicia, porque es niño; pero el alimento sólido es para los que han alcanzado madurez, para los que por el uso tienen los sentidos ejercitados en el discernimiento del bien y del mal.”

II. LA OBRA ILUMINADORA DEL ESPIRITU SANTO

El período de tiempo entre los dos advenimientos de Cristo es frecuentemente designado como la Era del Espíritu Santo, y es propio que así sea, ya que estos tiempos se caracterizan por la actividad y la administración del Espíritu. En estos días específicos también, el Hijo de Dios es bendecido en grado no pequeño por el

hecho de que el Espíritu Santo habita en El, y el Espíritu reside en el cristiano con el fin de que ese poder sobrenatural pueda siempre estar a su disposición. Si no fuese por esta reserva y suficiencia divinas, la manera de vida sobrehumana que ahora se espera de cada creyente sería algo imposible y, por lo tanto, un requisito inconsistente. Entre las operaciones efectuadas por el Espíritu en esta era están las de iluminar y enseñar a la persona en quien El habita. Esta recepción de la verdad no está limitada a las cuestiones comunes, sino que también se extiende a las “cosas profundas de Dios”, y la experiencia del creyente cuando es enseñado por el Espíritu Santo es algo muy peculiar en este respecto, que el divino Maestro está dentro de su corazón y por lo tanto el creyente no oye una voz hablando desde fuera y a intervalos, como sucede con maestros humanos, pero la mente y corazón son despertados sobrenaturalmente desde adentro para comprender lo que de otra manera sería desconocido. Solamente necesitamos observar aquí que, por necesidad, este ministerio despertador del Espíritu puede ser grandemente obstruido por el pecado o por falta de espiritualidad por parte del hijo de Dios. Esta sola verdad explica la diferencia existente entre el cristiano espiritual que “discierne todas las cosas” y el cristiano carnal que no puede recibir las verdades más profundas y vitales que son comparadas a la vianda o alimento sólido (1 Co. 2:15; 3:1-3).

En el día de Su resurrección, Cristo anduvo junto a dos de sus discípulos en el camino a Emaús (Lc. 24:13-35) y se nos dice que El declaró y abrió las Escrituras a aquellos discípulos. Igualmente, la noche que Jesús apareció al grupo completo de los discípulos El les abrió el entendimiento para que comprendiesen las Escrituras (Lc. 24:45). Hasta la crucifixión, aquellos hombres no habían creído que Cristo iba a morir (Mt. 16:21-25), y fue con la finalidad de que ellos conocieran algo acerca del significado de Su muerte y Su resurrección que El abrió los ojos del entendimiento de ellos (Lc. 24:46). Así que un campo ilimitado de verdad apareció ante ellos, a saber, el evangelio que ellos iban a proclamar (Lc. 24:47, 48); pero no sin el Poder que el Espíritu, que vendría sobre ellos, proporcionaría (Lc. 24:49). El día de Pentecostés, Pedro, quien tan recientemente había rechazado la predicción tocante a la muerte de Cristo (Mt. 16:21-23), predicó el valor de esa muerte con un poder tan convincente que tres mil personas fueron salvadas. Es evidente que el entendimiento de Pedro había sido abierto tocante a la muerte de Cristo; esto, sin embargo, no era la primera experiencia de Pedro con el poder penetrante de la revelación divina. En respuesta a la pregunta de Cristo, “y vosotros ¿quién decís que soy yo?” Pedro respondió, “Tú eres el Cristo el hijo de Dios viviente” a lo que Cristo respondió:

“Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos” (Mt. 16:15-17). Aunque en las Escrituras, antes citadas, el Padre y el Hijo se dicen haber revelado aspectos definidos de la verdad a varios hombres, el Espíritu de Dios es el Maestro divino desde su advenimiento el día de Pentecostés, y una cantidad grande de pasajes bíblicos atestiguan ese ministerio específico del Espíritu.

Después de haber anunciado de antemano el poder iluminador del Espíritu sobre los inconversos por medio del cual el velo satánico en cuanto al evangelio es quitado y sin el cual nadie jamás podría recibir a Cristo como Salvador (Jn. 16:7-11), el Señor continuó, “Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis sobrellevar. Pero cuando venga el Espíritu de Verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (Jn. 16:12-13). La parte principal en este pasaje es que Cristo, quien había estado enseñando sus discípulos por espacio de tres años y medio, va a continuar enseñándoles pero por medio de un nuevo sistema. La frase, “Cuando venga el Espíritu de verdad” sin duda anticipa la venida del Espíritu el día de Pentecostés y las nuevas realizaciones que serían posible por Su permanencia en el corazón de los discípulos —no siendo el menor de dichos ministerios el servir como Maestro. Pero tiene que reconocerse que el Espíritu deliberadamente no origina nada. Lo cierto es que “hablará todo lo que oyere”, y “recibirá de lo mío”, dijo Cristo, “y os lo hará saber” y, nuevamente, “tomará de lo mío (incluyendo *todas las cosas* del Padre), y os lo hará saber.” Es así cómo al presentar el mensaje del Cristo excelso que el Espíritu glorificará a Cristo. Sin esta manera tan definida y sin precedente de impartir la verdad, los discípulos —como es igualmente verdad de todos los creyentes desde aquel día hasta hoy— no podían *sobrellevar* las *muchas cosas* que, evidentemente, aún no habían sido comprendidas después de tres años y medio de enseñanza ininterrumpida. El lenguaje no podía expresar de manera más explícita el hecho de que ciertos aspectos de la verdad —de importancia extrema— no pueden obtenerse por medios didácticos normales. Esas revelaciones sobrenaturales tienen que ser expuestas por el Cristo glorificado por mediación del Espíritu y solamente cuando el Espíritu habla desde Su incomparable posición de cercanía, dentro del mismo corazón.

El sermón del Aposento Alto, en el que se encuentra el pasaje antes referido es el germen que origina esa forma de doctrina que posteriormente sería desarrollada en las Epístolas. No es de extrañar, por lo tanto, que el Apóstol Pablo expone este asunto con mayor

amplitud. Esto lo encontramos en 1 Co. 2:9-3:4, y dice:

“Antes bien como esta escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aún lo profundo de Dios. Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios, para que sepamos lo que Dios nos ha concedido, lo cual también hablamos, no con palabras enseñadas por sabiduría humana sino con las que enseña el Espíritu, acomodando lo espiritual a lo espiritual. Pero el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura y no las puede entender porque se han de discernir espiritualmente. En cambio el espiritual juzga todas las cosas; pero él no es juzgado de nadie. Porque ¿quién conoció la mente del Señor? ¿Quién le instruirá? Mas nosotros tenemos la mente de Cristo. De manera que yo, hermanos, no pude hablarlos como a espirituales, sino como a carnales, como a niños en Cristo. Os dí a beber leche, y no vianda porque aún no érais capaces ni sois capaces todavía, porque aún sois carnales; pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y divisiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? Porque diciendo el uno: yo ciertamente soy de Pablo; y el otro; yo soy de Apolos. ¿no sois carnales?”

La verdad central en este contexto es presentada en el primer versículo citado donde se nos dice que Dios ha preparado ciertas “cosas” para los que le aman —cosas que no se aprenden por la vista, el oído, o el corazón (poder de razonamiento; comp. Is. 52:15; 64:4; 6:9, 10; Mt. 13:15). Esta declaración negativa tocante al ojo, el oído y el corazón es abundantemente apoyada por el versículo siguiente donde dice que estas “cosas” específicas son reveladas a nosotros por el Espíritu. Estas “cosas” son una realidad presente, y no, como a veces se supone, una colección de glorias futuras que han de experimentarse en el cielo. El Espíritu que revela estas “cosas” es Aquel que “todo lo escudriña aún lo profundo de Dios.” No es difícil creer que la Tercera Persona de la Deidad está en posesión de toda la verdad; lo maravilloso es que esa Tercera Persona habita en el más insignificante de los cristianos, y de esa manera pone a ese cristiano en la posición de recibir y comprender esa verdad trascendental que el Espíritu conoce. Dentro de su propia capacidad, el hijo de Dios no puede saber mas que “las cosas del hombre” que están dentro del alcance del “espíritu del hombre que está en el hombre.” Estupenda, en verdad, es la revelación de que “el Espíritu que es de Dios” ha sido recibido y con el propósito específico de que los hijos de Dios “sepamos lo que Dios nos ha concedido.” Y como está escrito: “Pero la unción que vosotros recibisteis de él permanece en vosotros, y no tenéis necesidad de que nadie os enseñe; así como la unción misma os

enseña todas las cosas y es verdadera, y no es mentira, según ella os ha enseñado, permaneced en él" (1 Jn. 2:27).

Después de declarar la estupenda realidad que el cristiano está habitado por el Maestro Supremo y por lo tanto ya ha sido admitido en un Seminario incomparable donde la instrucción es *concedida* en forma gratuita, es decir, sin limitación, el Apóstol procede a señalar, como ya hemos notado, una triple división de la humanidad, y a mostrar la prueba tocante a esa clasificación en la base de la actitud de cada uno hacia la Palabra de Dios. (a) El hombre natural o inconverso no puede recibir las Escrituras, ya que éstas se han de discernir por el Espíritu, y el hombre natural, aunque educado con todo lo que el ojo, el oído y el poder de razonamiento puede impartir, no ha recibido el Espíritu (comp. Jd. 19, donde la palabra *sensuales* es la misma que aquí se traduce *natural*; también 1 Co. 15:46; Stg. 3:15), y por lo tanto toda revelación es *locura* para él.

Si este hombre natural, debido a sus éxitos humanos y a su autoridad eclesiástica, fuese puesto en una posición de poder moldear y dirigir los asuntos de la Iglesia de Cristo en la tierra, su influencia sería siempre un grave peligro para las cosas de Dios. Tal vez no le falten ni la reverencia ni la sinceridad; pero éstas no son substitutos de la revelación que solamente proviene del Espíritu Santo. (b) El hombre espiritual está en una posición de recibir toda la verdad (no se sugiere que ya la ha obtenido). El está habitado por el Espíritu no sea obstruccionado en Su ministerio de enseñanza dentro de su corazón, y (c) el cristiano carnal demuestra su carnalidad por medio de su incapacidad de recibir las verdades profundas que son comparadas al *alimento sólido* en contraste con la *leche*. La necesidad del hombre carnal es la santificación no la regeneración.

Para que no se piense que lo que el Espíritu enseña es un aspecto pequeño en el vasto campo del conocimiento humano, haremos bien en repasar lo que se incluye en la categoría de las "cosas" que son enseñadas por el Espíritu. Estas son: "cosas" relacionadas con el Padre, "cosas" relacionadas con el Hijo, "cosas" relacionadas con el Espíritu, "cosas" que están por venir y "cosas" relacionadas con el reino de Dios; porque "el que no naciere de nuevo (de arriba) no puede ver el reino de Dios" (Jn. 3:3). Así que, en comparación, la suma total del conocimiento humano queda reducido hasta lo insignificante.

No hay disciplina didáctica en el mundo que pueda compararse a las enseñanzas de Cristo por medio del Espíritu Santo, tanto debido a que los temas tratados se caracterizan por su infinidad, como también por el método usado por el Maestro por medio del cual El, por el Espíritu, entra en los más profundos rincones del corazón

donde se originan las impresiones y allí no solamente habla de verdades de magnitud trascendental, sino que también hace que el discípulo reciba las cosas que son reveladas. "Por la fe entendemos" (He.11:3). Que Cristo continuará la enseñanza que comenzó mientras estaba en la tierra es claramente prometido (Jn.16:12-15), y sugerido en Hechos 1:1, donde se hace referencia a "todo lo que Jesús comenzó a hacer y a enseñar." Teniendo en cuenta que la característica del ministerio y su mensaje esencial se encuentran en el ramo de la verdad espiritual que solamente puede ser discernida por el Espíritu Santo y quien de hecho requiere una entrega a El por parte de aquel a quien enseña, el ministro o el estudiante de Teología harían bien en buscar por medio de un estudio de sí mismo y de la confesión el estar en relación correcta con Aquel de quien depende todo el progreso en el conocimiento de la verdad de Dios.

El requisito de una vida en conformidad con la voluntad de Dios, por parte del estudiante, no es incidental ni opcional; es arbitrario, determinante y crucial. No hay la más leve posibilidad de que la mente más brillante y educada pueda dar un paso hacia adelante en el conocimiento de la verdad espiritual sin la enseñanza directa y sobrenatural del Espíritu Santo habitando en el corazón. De aquí que sea imperativo el acto del nuevo nacimiento. De igual manera, no puede haber una comprensión digna y cabal de la verdad revelada por Dios de parte de un cristiano carnal y falto de espiritualidad. De hecho que sea imperativo el aspecto de la entrega de la vida a Dios.

CAPITULO VII

INTERPRETACION

Es propio requerir del teólogo que entienda cómo exponer las Escrituras. Esta es la especialidad en la cual él sirve. Sin embargo, él se enfrenta a un amplio aspecto de interpretaciones que aparece cuando se consideran todas las escuelas de pensamiento teológico. No obstante ya sea que una o muchas personas lo hayan obtenido o no, hay solamente un sistema de revelación correlativo y recíproco establecido en la Palabra de Dios. Aunque ellos edifican sus estructuras sobre textos de prueba seleccionados (los cuales con frecuencia reciben interpretaciones prejuiciosas) la Biblia no se presta a sí misma igualmente en apoyo del calvinismo, arminianismo, formas variadas de creencias lapsarianas, postmilenialismo, premilenialismo y amilenialismo. Las amplias divergencias y contradicciones entre éstos y otros sistemas de interpretación sirven para demostrar la falibilidad de hombres sinceros. Se ha dicho a veces que cualquiera cosa buena o mala, puede probarse o defenderse por medio de las Escrituras. Tal concepto solamente tiene validez cuando se tolera el mal uso o el abuso del Texto Sagrado. Es perceptible que todos los sistemas teológicos y aun los cultos o sectas modernas hacen uso de la Biblia.

Es probable que, debido a las limitaciones humanas, ningún sistema teológico ha alcanzado ese estado que lo hace exento de todo error y que incorpora en sí mismo toda la verdad en un equilibrio feliz. Hombres sinceros se han esforzado por alcanzar este objetivo, mientras que otros, aparentemente con frecuencia se han quedado cortos en ese santo respeto hacia la Palabra divina que conduce a un escudriñamiento de todas las cosas y a una retención de lo que es bueno. El *anatema* irrevocable que descansa sobre todos los que pervierten el evangelio de la gracia divina (Gá.1:8,9) puede ser considerado, hasta cierto grado, como verdad tocante a la falsificación de toda revelación divina. Debido a todas estas consideraciones, el estudiante fiel hará bien en darse infatigablemente al estudio del Texto Sagrado y demandar de sí mismo esa relación correcta con Dios que asegura la inestimable dirección divina a toda la verdad. Las conclusiones de otros hombres deben recibir el debido respeto. Es la tarea del estudiante, habiendo considerado y pesado la contribución

hecha por los hombres al entendimiento general de las Escrituras, elevar esos resultados indubitables de erudición más allá de las realizaciones de las generaciones pasadas, procurando ser tan humilde y veraz como lo han sido los padres. Entre otras cosas, 2 Timoteo 2:15 manda a “estudiar” lo cual es la aplicación y la investigación del texto de la Escritura en sí y no solamente la lectura de los escritos de otros hombres acerca del texto.

La ciencia de la interpretación —naturalmente llamada *Hermenéutica* la cual es una expresión que denota el arte de interpretación literaria, especialmente las Sagradas Escrituras— incluye el reconocimiento de los principios sobre los cuales debe conducirse un verdadero análisis. Esta ciencia debe diferenciarse de la *Exégesis*, que es la aplicación de las leyes de la interpretación. Estas dos disciplinas merecen un extenso estudio como asignaturas apartes en todo plan de estudios teológicos.

Entre todas las principales divisiones de la Bibliología, la Hermenéutica, o ciencia de interpretación, mantiene un lugar único, siendo, como es, completamente la obra del hombre. Sus resultados, por lo tanto, cuando más, son caracterizados por imperfecciones debido a las limitaciones humanas, y está sujeto a reglas y a principios de procedimiento tan generales como obviamente son de esperarse. Cuando se asume la tarea de interpretar las Escrituras debe darse la debida consideración a los siguientes asuntos:

I. EL PROPOSITO GENERAL DE LA BIBLIA

Al escudriñar las Escrituras,¹ debe tenerse en mente el hecho que más allá de la esfera que limita el objetivo primordial por el cual la Biblia fue dada como revelación de Dios, aparecen aspectos incompletos. La Biblia no es un libro de texto sobre ciencia o historia. La Biblia es una declaración plenaria procedente de Dios acerca de Sí mismo y de Sus obras —especialmente cuando esas obras conciernen al bienestar eterno de los hombres. Los escritores sagrados escribieron acerca de otros temas ocasionalmente, y lo que ellos escribieron es correcto hasta donde llega. Esto, como ya se ha

¹ La palabra *ἐρευνᾶω* (ereunao, ‘escudriñar’), usada seis veces en el Nuevo Testamento y siempre de manera significativa (Jn.5:39; 7:52; Ro.8:27; 1 Co.2:10; 1 P.1:11; Ap.1:23), es usada tres veces en relación a un ejercicio efectuado por los hombres por medio del cual ellos examinan la Biblia con sumo cuidado. Los profetas de antaño de esa manera “escudriñaron” las Escrituras (1 P.1:11), y si el modo imperativo es aceptado, Cristo mandó a sus oyentes que hiciesen lo mismo (Jn.5:39).

subrayado, es algo notable. Con referencia a las cosas mundanas, a esos escritores no se les permitió ir más allá de la inteligencia de sus contemporáneos haciendo referencias a descubrimientos científicos que tendrían lugar posteriormente, ni tampoco expresarse dentro de esas restricciones en forma tal que produjese cosas absurdas cuando sus escritos fuesen comparados con conocimientos científicos futuros, tales como los profetizados por Daniel en 12:4.

II. EL CARACTER DISTINTIVO Y EL MENSAJE DE CADA LIBRO DE LA BIBLIA

Aunque requiere bastante trabajo, es esencial apuntar las características de cada libro de la Biblia, ya que el factor vital de cualquier revelación es el lugar que ésta ocupa en el libro y a la luz del mensaje específico de dicho libro. Los cuatro Evangelios ofrecen una ilustración de esta verdad. La verdad registrada en el evangelio según San Mateo está relacionada con el carácter *real* de Cristo. El evangelio según San Marcos presenta a Cristo como *siervo*. En el evangelio según San Lucas encontramos la verdad acerca de la humanidad de Cristo; mientras que la verdad registrada en el evangelio según San Juan está relacionada de manera especial con el tema de la Deidad de Cristo.

Cada libro de la Biblia no solamente mantiene un propósito específico, sino que también es necesario observar la contribución que dicho libro hace a la estructura total de la Biblia.

III. ¿A QUIEN FUE DIRIGIDA CIERTA PORCION DE LA BIBLIA?

Una interpretación correcta de cualquier parte de la Biblia depende mucho de la diferencia que pueda existir entre la aplicación *primaria* y la *secundaria* del pasaje que se estudia. Como ya se ha indicado, “Toda la Escritura” es *para* el creyente en el sentido de que es útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia (2 Ti.3:16); pero no toda la Escritura es *acerca* de él. Esto es obvio ya que toda la Escritura no está dirigida a los ángeles o a los gentiles. De igual manera, toda la Escritura no está dirigida al judío o al cristiano. Las Escrituras son “útil” porque están saturadas de valores morales y espirituales; esto es verdad aun cuando éstas ejercen solamente la influencia de una aplicación secundaria.

Una aplicación primaria es hecha cuando un pasaje de la Escritura es reconocido como que tiene relación directa con aquellos a quienes

ha sido dirigido. Una aplicación secundaria es hecha cuando se reconoce que un pasaje de la Escritura no es directamente aplicable a cierta persona o clase de personas, pero sus enseñanzas morales y espirituales son, sin embargo, propias para ellos. Para ilustrar esto diremos lo siguiente: El cristiano puede obtener mucha preciosa verdad de la gran cantidad de pasajes tocante al sábado judío, pero si se le diese a dichos pasajes una aplicación primaria para el cristiano, a quien nunca fue dirigida, él no tendría ningún fundamento bíblico para guardar el primer día de la semana (lo cual sí tiene) y no podría ofrecer ninguna excusa en cuanto al por qué no guarda los aspectos específicos de la ley del sábado. El, al igual que todos los quebrantadores del sábado, debía ser condenado a morir apedreado (Nm.15:32-36). De igual manera si toda la Escritura fuese de aplicación primaria para los cristianos de esta edad, entonces ellos están en peligro del infierno de fuego (Mt.5:29,30), de plagas indescriptibles, enfermedades y otros males y debido a éstas disminuirían en número (Dt.28:58-62), y ser responsables de la sangre de las almas perdidas (Ez.3:17,18). Se ha dicho del cristiano que “no vendrá a condenación” (Jn.5:24) y “ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Ro.8:1). Los falsos sistemas teológicos no han encontrado mejor punto de apoyo que el de la confusión de la aplicación primaria y secundaria de la Palabra de Dios.

Es evidente, también, que ningún otro aspecto de la interpretación requiere mayor discernimiento nacido de un estudio profundo como éste. La aplicación exacta de algunos pasajes especialmente en los Evangelios Sinópticos, es extremadamente difícil. La exhortación del Apóstol a “estudiar” es también un aviso; porque la Escritura no será “usada bien” sin un “estudio” constante y arduo. Sin embargo, esta es la tarea primordial del teólogo y su valor puede ser medido, en alto grado, por su conocimiento analítico y su habilidad en aplicar, el texto completo de la Palabra de Dios.

IV. CONSIDERACION DEL CONTEXTO

La naturaleza y el alcance de la verdad bajo consideración en cualquier lugar ha de ser descubierta, casi invariablemente, por el contexto inmediato. El estudiante necesita aprender a establecer los límites del contexto sin preocuparse de las divisiones mecánicas en capítulos y versículos. No se podría encontrar una ilustración mejor tocante a un contexto que se extiende más allá del límite de un capítulo que el que aparece en el relato de Mateo acerca de la Transfiguración de Cristo. Este contexto comienza con el último

verso del capítulo 16 y continúa hasta el capítulo 17. Para el lector promedio, Mateo 16:28 no tiene relación alguna con 17:1-8 debido a la intromisión artificial de la división en capítulos. Mateo 16:28 por sí solo, parece ser una distorsión de la verdad; pero cuando es visto como una parte del relato de la transfiguración, su anuncio no tan solamente es explicado, sino que también proporciona una contribución muy importante al propósito de la transfiguración (comp. 2 P.1:16-21). De la misma manera, la promesa de 1 Corintios 2:9 se ve cumplida, no en un tiempo futuro en el cielo sino *ahora*, si el lector continuara leyendo hasta el versículo 10. Nuevamente, *ᾄδόκιμος* (*adókimos*, ‘desaprobado’ o ‘eliminado’) de 1 Corintios 9:27 no puede significar la pérdida de la salvación en un contexto que solamente trata de los galardones del servicio cristiano.

V. CONSIDERAR TODOS LOS PASAJES RELACIONADOS CON EL ASUNTO QUE SE ESTUDIA

Una interpretación correcta ha de depender bastante de un estudio inductivo de todo lo que la Biblia dice sobre un asunto determinado. La conclusión no debe ser nada menos que el consenso de ese testimonio completo. Aunque no hay una completa unanimidad en cuanto al significado de 2 Pedro 1:20, la mayoría de los comentaristas favorecen la interpretación que sugiere que ningún pasaje de la Biblia en relación a un tema debe ser considerado separadamente de otros pasajes bíblicos sobre el mismo tema. El pasaje dice: “Entendiendo primero esto, que ninguna profecía de la Escritura es de interpretación privada”. No puede haber referencia aquí tocante a la privacidad del que interpreta, porque, después de todo, toda interpretación es personal y por lo tanto privada. Del versículo que sigue hay cierta base que nos permite concluir que la falta de privacidad perteneció a los profetas que no revelaron sus opiniones privadas, sino que fueron movidos por el Espíritu Santo. Sin embargo, parece estar más en armonía con las condiciones básicas que todos deben reconocer, que la declaración de una doctrina o tema de la Palabra de Dios será fiel al pensamiento de Dios únicamente cuando todo lo que El ha dicho sobre ese tema es traído a consideración. La *profecía*, como es vista en este pasaje y como ya se ha subrayado, es ese amplio mensaje que incluye todo lo que los escritores del Antiguo Testamento han escrito.

La necesidad de una completa inducción es indicada cuando se reconoce el progreso de la doctrina. Las primeras relaciones tocante a la redención por la sangre no han de verse aisladamente, aunque se observará que esas primeras revelaciones fue todo lo que Dios había

revelado por cierto tiempo. La redención por sangre es consumada en la muerte de Cristo y definida en la estructura doctrinal, construida sobre esa muerte, por los apóstoles. Por lo tanto una interpretación de la redención basada en un pasaje privado o aislado de las primeras Escrituras sería engañoso; aun los pasajes primeros hacen una gran contribución a la revelación total.

VI. DESCUBRIR EL SIGNIFICADO EXACTO DE LAS PALABRAS CLAVES EN EL TEXTO

Sin el conocimiento de los idiomas originales en que la Biblia fue escrita, no puede haber conclusiones muy acertadas referente a lo que enseña un pasaje difícil. Es por eso que el estudio del hebreo y el griego hasta el punto de poder realizar por uno mismo una exégesis correcta es algo muy esencial y pertenece a la preparación del exponente de la Biblia. La historia de los grandes predicadores y maestros del pasado en cuanto al uso que hicieron de los idiomas originales es muy estimulante. Aquellos que no han obtenido un conocimiento práctico de los idiomas originales no están en posesión de saber la riqueza de información que dicha habilidad imparte. El depender por completo de las investigaciones de otros, aunque esto no cohiba al predicador de tener un ministerio fructífero, es desalentador ya que la autoridad vital al hablar (que debe de estar revestida de humildad) está ausente.

VII. LA NECESIDAD DE EVITAR PREJUICIOS PERSONALES

Es extremadamente fácil torcer o moldear la Palabra de Dios para hacerla conformarse a nociones personales preconcebidas. El hacer esto no es nada menos que “adulterar la Palabra de Dios” (2 Co.4:2), y es digno del juicio de Aquel cuya Palabra es así pervertida. En ningún otro momento debe ejercitarse más la conciencia y buscarse más la mente de Dios que cuando se está investigando el significado exacto de las Escrituras y cuando se transfieren los resultados a otros.

Estas y otras instrucciones con relación al procedimiento lógico y el método científico son presentados en cualquier curso completo de hermenéutica, y cuando todos éstos son tomados en conjunto proporcionan el mejor resguardo que los hombres hayan inventado contra las incorrecciones y el énfasis desproporcionado de las doctrinas de la Biblia.

CAPITULO VIII

VITALIDAD

La palabra *vitalidad* se refiere a la vida o poder vivificante que, como ningún otro libro, la Biblia posee. La Palabra de Dios posee varios atributos. En el Antiguo Testamento estos aparecen en dos de los Salmos. Siete de ellos aparecen en el Salmo 19: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos (vs. 7-9). Así mismo, siete atributos de la Biblia son mencionados en el Salmo 119. Estos son: *fiel* (v. 86), *amplio* (v. 96), *recto* (v.128), *maravilloso* (v.129), *puro* (v.140), *eterno* (v. 160), *justicia* (v. 172). El Nuevo Testamento añade que La Palabra de Dios es *verdad* (Jn.17:17), *útil* (2 Ti.3:16), *viva* y *eficaz* (He.4:12).

Muy significativo es, sin duda, el uso de las palabras ζῶν (*zon*, *viva*) y ἐνεργής (*energes*, ‘eficaz’ o ‘poderosa’) en relación a las Escrituras. La palabra ζῶή, usada cerca de 140 veces en el Nuevo Testamento, significa *vida* ya sea como una realidad o como una forma de conducta. La raíz de dicha palabra aparece en cada una de las trece veces que se repite la frase, “el Dios viviente.” Dos veces aparece dicha raíz como parte integral de la Palabra Escrita. Está escrito: (a) Porque la palabra de Dios es viva y eficaz (activa), y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones (ideas) del corazón (He.4:12). La referencia en este pasaje a “La palabra de Dios,” ha sido tomada por los Padres apostólicos y en general por muchos otros en épocas posteriores como una referencia al *Logos* o Verbo Viviente, dando a dicha palabra el mismo uso dado por el Apóstol Juan; pero el contexto no favorece la idea del Logos en este caso y sí la de la Palabra escrita. En la epístola a los Hebreos la Segunda Persona es presentada como el Hijo de Dios y en 6:5 y 11:3 no se usa la palabra *Logos*, sino otra completamente diferente (ῥῆμα, *rema*), la cual se usa siempre para designar una forma de expresión oral y nunca para referirse a la Persona de Cristo. Concerniente a la interpretación que

atribuye esta referencia a la Palabra de Dios hablada como tal, debe señalarse que prácticamente no existe ninguna diferencia entre la Palabra hablada y la Palabra escrita, debido a que la una no es más que una forma en que la otra aparece. Ambas son igualmente el aliento de Dios. El elemento de *vida*, que aquí se dice estar inherente en la Palabra de Dios, es aún más que aquello que ahora está en autoridad en contraste con aquello que se ha convertido en una letra muerta; es más que algo que suple alimento, aunque en verdad la Escritura suple tal cosa. La Escritura es *viva* en el mismo sentido en que Dios es el *Dios viviente* (comp. He.10:31). Los predicados usados aquí no tan solamente son reveladores, sino que están ordenados de tal manera que forman un clímax.

La Palabra de Dios es *viva*, es *eficaz*, es *cortante*, es *penetrante*, y es *discerniente*. (b) “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 P.1:23). Aquí aparece nuevamente la palabra ζάω (*zao*), con el pensamiento adicional de la duración eterna. Tampoco se debe pasar por alto aquí las palabras de Cristo cuando dijo: “Las palabras que yo os he hablado son espíritu y son vida” (ζωή – *zoe*, Jn.6:63).

La segunda palabra, que ya ha sido subrayada en Hebreos 4:12, es ἐνεργής, que atribuye a las Escrituras la calidad de poseer *energía* o *eficacia*. Esta es la energía que es producida por la esencia de la vida. Este elemento de poder, o energía, no está carente de pruebas. La verdad siempre es poderosa, y las Escrituras, siendo *verdad* (Jn. 17:17; 8:32), siempre prevalecen donde se afirman la conciencia y la sinceridad; pero el poder de la Palabra de Dios es la “espada del Espíritu” (Ef.6:17); pero aun esa fuerza vital librada por el Espíritu al blandir Su espada no explica por completo la *energía* (eficacia) de la Biblia. La Palabra de Dios escrita es el soplo de Dios. Y, por lo tanto, tiene vida inherente. Esta verdad no significa que la Biblia posea personalidad, o sea, que la Biblia sea semejante a un ser humano. Lo que sí es verdad es que la vida divina reside en la Biblia. Y debido a esa realidad, ciertas estupendas tareas se dicen ser efectuadas por la Palabra de Dios:

I. EL PODER DE LA PALABRA DE DIOS SOBRE LOS INCONVERSOS

La Palabra de Dios es el agente que genera la fe. Como está escrito: “La fe viene por el oír, y el oír por la palabra de Dios” (Ro.10:17). También el Apóstol declara que las Escrituras “te pueden hacer sabio para la salvación” (2 Ti.3:15). Y Pedro dice que es a través de

“grandes y preciosísimas promesas” que los hombres pueden “ser participantes de la naturaleza divina” (2 P.1:4). El Salmista declara: “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma” (Sal.19:7). Así, como el “agua”, la Palabra de Dios coopera con el Espíritu en la realización del nuevo nacimiento (Jn.3:5; Tit.3:5). “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la Palabra de Dios” (1 P.1:23).

II. EL PODER DE LA PALABRA DE DIOS SOBRE LOS CREYENTES

En Su oración sacerdotal, Cristo pidió al Padre que aquellos que Le había dado fuesen santificados por medio de la verdad, añadiendo, “Tu palabra es verdad. . . Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad” (Jn. 17:17-19). La Palabra de Dios es un alimento que imparte fortaleza: “Desead, como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” (1 P.2:2). Las Escrituras tienen un valor especial para los creyentes. “Por lo cual también nosotros sin cesar damos gracias a Dios, de que cuando recibisteis la palabra de Dios que oísteis de nosotros, la recibisteis no como palabra de hombres, sino según es en verdad, la palabra de Dios, la cual actúa (*ἐνεργεῖται*, ‘genera energía’) en vosotros los creyentes” (1 Ts.2:13). “Y ahora, hermanos, os encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, la cual es poderosa para sobreedificaros y daros herencia con todos los santificados” (Hch.20:32). Y, por último, la Palabra de Dios es un agente purificador. Escribiendo acerca del cuidado de Cristo por su Iglesia, el Apóstol dijo: “. . . para santificarla, habiéndola purificado en el lavamiento del agua por la palabra” (Ef.5:26; comp. Sal.37:31; 119:11).

A la luz de la evidencia que tan definidamente señala que la Palabra de Dios es viva, y que además es un agente vital con poder sobrenatural, el predicador carece de excusas para presentar un mensaje diferente. La promesa divina hecha a través de Isaías es: “Porque como descende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, así será mi palabra que sale de mi boca; no volverá a mí vacía, sino que hará lo que yo quiero, y será prosperada en aquello para que la envié” (Is. 55:10, 11). Y con el mismo propósito, Jeremías escribió: “¿No es mi palabra como fuego, dice Jehová, y como martillo que quebranta la piedra?” (Jer. 23:29). Dios usa Su Palabra. Esta es eficaz en las manos del Espíritu Santo para producir resultados sobrenaturales. Es

por esa razón que el Apóstol, con la sabiduría que Dios le dió, exhorta a su discípulo, Timoteo, a “predicar la Palabra.”

CAPITULO IX

PRESERVACION

El pacto de Jehová, es decir, que Su Palabra permanecerá para siempre, ha sido proclamado hasta el presente. Los hombres han realizado sus mejores esfuerzos para destruir la influencia de las Escrituras. Muchos han testificado en contra de la Biblia y también han predicho su desaparición; pero hoy, como en ningún otro tiempo de la historia del mundo, la Biblia se distingue como una influencia positiva para el bien, y dicha influencia continúa creciendo. La preservación de la Biblia, al igual que el cuidado divino en guiar a los instrumentos humanos que la escribieron como también en la formación del canon, no ha sido incidental, ni accidental, ni fortuita. Las Escrituras representan el cumplimiento de la promesa divina. Lo que Dios ha realizado en Su fidelidad, continuará hasta que Su propósito sea realizado. En realidad, los hombres pueden hacer muy poco en su intento por frustrar la efectividad de la Palabra de Dios, pues está escrito de dicha Palabra: “Hace mucho que he entendido sus testimonios, que para siempre los has establecido”, y, “Para siempre, oh Jehová, permanece (está establecida) tu palabra en los cielos” (Sal. 119:152, 89). Y Cristo afirmó: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán” (Mt. 24:35); y el Apóstol Pedro declara que “la Palabra de Dios” es aquella “que vive y permanece para siempre” (1 P. 1:23).

No es una pequeña distinción conferida sobre la Biblia que ésta haya sido clasificada entre las pocas realidades que permanecen para siempre. El escritor de la epístola a los Hebreos predice el tiempo en que serán removidas todas aquellas cosas que pueden ser conmovidas y la continuación de aquellas cosas que no pueden ser conmovidas. El escritor se refiere específicamente al reino de Dios y contempla, naturalmente, todo lo que está incluido en dicho reino (He. 12:25-29). La permanencia eterna de la Biblia es predicha; no quiere decir esto que su mensaje en todas sus partes necesita ser predicado como lo es ahora, sino que ésta es indestructible, siendo, como lo es, la Palabra de Dios eterno. No es que se haya escogido un libro de manera arbitraria de entre los innumerables volúmenes escritos por los hombres y luego darle el más alto honor. La Biblia es eterna en su propio derecho. La Biblia permanece para siempre debido a que nada

de lo que Jehová ha hablado puede ser quebrantado o destruido. En verdad, es por medio de Su Palabra escrita que Dios anuncia Sus mandamientos acerca de “todas las cosas” que no pueden ser conmovidas. Las Escrituras son el instrumento legal por medio del cual Dios se obliga a Sí mismo a ejecutar todos los detalles de Sus pactos eternos y a cumplir todas las predicciones hechas por Sus profetas. El instrumento legal que garantiza toda esta vasta consumación tiene que continuar, y continuará, hasta que la última promesa, por la que permanece como garantía, haya sido cumplida. Ni una jota ni una tilde del testimonio divino puede pasar hasta que todo se haya cumplido.

TEOLOGIA PROPIA

TEOLOGIA PROPIA

CAPITULO X

INTRODUCCION A LA TEOLOGIA PROPIA

La expresión *TEOLOGIA PROPIA* es una designación más o menos moderna que representa el punto lógico para el comienzo del estudio de la Teología Sistemática, siendo como es, un tema primordial, a saber, una investigación científica de lo que puede conocerse de la existencia, las Personas, y las características del Dios Trino —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y muy aparte de sus obras. Debido a que el campo de la Teología Sistemática es tan vasto, es sabio reservar la consideración de las obras del Dios Trino, tal y como son reveladas en la Arqueología, la Antropología, la Soteriología, la Ecclesiología y la Escatología, para su tiempo oportuno. Una investigación completa de la verdad tocante a la Segunda y la Tercera Personas, incluyendo sus obras ha de efectuarse bajo los temas denominados Cristología y Neumatología

Siguiendo el período de tiempo —de duración desconocida— cuando el hombre antes de pecar estaba en una normal e ininterrumpida relación con Dios, y que terminó con la expulsión del hombre de la presencia de Dios, hombres sinceros y pensadores capacitados han estado ocupados en un esfuerzo efímero por penetrar en el vasto campo que representa el conocimiento de Dios. La desventaja del hombre ha sido, en verdad, dramática, pues como está escrito: “El hombre natural no recibe las cosas que son del Espíritu de Dios, porque para él son locura y no las puede entender, porque se han de discernir espiritualmente (1 Co. 2:14) y otra vez, “No hay Dios en ninguno de sus pensamientos” (Sal. 10:4). Sin duda cada generación ha añadido algo a la totalidad de la especulación finita en relación a Dios. En medio de todas las conjeturas del hombre respecto al conocimiento de Dios, el Señor ha hablado a través de una revelación específica de Sí mismo, y para aquellos que han sido iluminados dicha revelación es final y de largo alcance. Pero para los que aún están en tinieblas muy poco es añadido a través de la revelación, y como prueba de ello está su indiferencia hacia las Escrituras y su inhabilidad natural en recibirlas. Las fuentes del

conocimiento de Dios, las cuales están algo inter-relacionadas, son cuatro:

I. INTUICION

Intuición es esa confianza o creencia que se desprende directamente de la constitución de la mente. Tiene que ser siempre así; de ahí que la intuición es una función humana necesaria. Por lo tanto puede decirse que el conocimiento intuitivo es aquel que la mente normal y natural asume ser verdad. Esta incluye temas como el *tiempo* y la *eternidad*; *espacio*, *causa* y *efecto*; el *bien* y el *mal*; *demostración matemática*; *existencia propia*, la *existencia* de la *materia* y la persona de Dios. Estas y otras verdades vitales, habiendo sido ya aceptadas por la mente racional, son poco mejoradas por demostración adicional, ni son estas grandemente disminuidas por medio de contra argumentos. El conocimiento intuitivo es poco mas que una predisposición en relación a ciertas verdades. Cada tema de la intuición ofrece un campo de interminable investigación y alberga depósitos ilimitados de realidad. Esto es especialmente verdad en relación al conocimiento de Dios. La propia creencia universal en Dios prueba que este conocimiento es intuitivo. Tal conocimiento general no es producto de la superstición de mentes pervertidas ya que esta es evidentemente más positiva donde la cultura y la educación están más arraigadas. En medio de un universo de trascendentes maravillas, ya sea que se observen en sus grandezas telescópicas o en su perfección microscópica, la mente racional ofrece una sola explicación para el fenómeno que se observa, a saber, un Dios de sabiduría y poder infinitos. Es verdad que algunos hombres han procurado alejarse de esta concepción intuitiva de Dios a favor del *agnosticismo*. La Biblia reconoce este estado de mentalidad anormal cuando dice: "Dijo el necio en su corazón, no hay Dios (Sal. 14:1; 53:1).

Si se entiende por una definición una declaración completa de todo lo concerniente a un asunto, entonces es imposible para el hombre definir a Dios. Lo más que el hombre puede hacer es reconocer la posición incomparable que Dios ocupa por sobre todos los demás seres, reconocer Sus atributos y fraguar una declaración general de lo que la mente concibe como verdad. La amplitud del alcance de esta declaración, necesariamente, dependerá del grado de entendimiento a que haya avanzado la mente del autor de dicha declaración. Un campo vasto de visión personal es perceptible hasta este punto, que se extiende desde la intuición mas elemental del converso ignorante hasta la experiencia con Dios más completa que

pertenezca al más espiritual y maduro de todos los santos. Una separación bien clara de dos grupos será vista con claridad cuando se analice este amplio campo del entendimiento humano —el entendimiento del inconverso por un lado y el del creyente por el otro teniendo ambos muy poco en común. Puede decirse de las personas regeneradas que en su conocimiento de Dios han pasado más allá de la mera intuición y han alcanzado esa profunda percepción que es la revelación.

Intuición es conocimiento directo, una percepción racional que por su naturaleza precede todos los procesos de observación y de dirección. Descartes enseñó que el intelecto se encuentra a sí mismo al momento del nacimiento, o cuando la mente se despierta a una acción consciente, para estar en posesión de conceptos que solamente necesitan ser identificados por lo que son. Calvino escribió: “Aquellos que juzgan correctamente siempre estarán de acuerdo en que hay un sentido indeleble de divinidad grabado en la mente de los hombres (*Institutos*, 1:3:3, citado por Strong, *Teología Sistemática*, p. 30).

En la base de su naturaleza esencial, las verdades intuitivas han de ser probadas por ciertos factores, a saber, ya sea o no que (a) éstas sean *universales* —es decir, que sean comunes a todos los hombres, no que todos los hombres las entiendan o que estén de acuerdo con ellas, sino en el sentido de que todos los hombres consciente o inconscientemente se rijan por ellas (b) que éstas sean *necesarias* es decir, éstas operan en la constitución de toda persona normal; y (c) que éstas sean *evidentes por sí solas* y tengan *demostración propia* —es decir, que no estén sujetas a ninguna otra verdad para su reconocimiento.

El siguiente párrafo del Dr. W. H. Griffith Thomas (*Principles of Theology*, ps. 4, 5) servirá para sumarizar este tema:

“¿Cuál es el origen de la idea de Dios? Hay dos explicaciones generales. Algunos consideran la idea de Dios como un Ser Supremo, en un lenguaje técnico como una intuición de la razón moral. San Pablo parece haber reconocido en la mente una percepción innata de Dios (Hch. 17:28). Esto significa que la creencia en un Dios personal es algo natural en cada hombre, no como una idea perfecta ó completa, sino que envuelve una capacidad para creer cuando la idea es presentada. Si eso es así, ésta es una de las instrucciones vitales de la naturaleza humana. Es un verdadero error pensar que nosotros derivamos la idea de Dios de la Biblia, ya que pueblos que jamás han oído acerca de la Biblia poseen una creencia definida en un Ser Supremo. La Biblia revela el carácter de Dios y su propósito para con el hombre, y así nos da una verdadera idea del Ser Divino; pero el énfasis está en la verdad, en vez del simple hecho. De la misma manera, es incorrecto decir que obtenemos la idea de Dios de la razón, ya que la razón en este respecto no es originadora. Por medio de la reflexión podemos obtener una idea más completa de Dios, pero la razón misma no es la fuente de

esa concepción. Aquellos que sostienen que nuestra idea de Dios es intuitiva analizan la concepción de Dios en tres elementos: primero, una conciencia de poder en Dios que conduce a un sentimiento de nuestra dependencia en El; segundo, una conciencia de Su perfección que conduce a una realización de nuestra obligación a El; tercero, una conciencia de Su Personalidad que conduce a un sentido de adoración a El.

Otros objetan a la idea de Dios como intuitiva, y dicen que es el resultado de la razón reconociendo instintivamente la Verdad, la Belleza y la Bondad y que éstas convergen en el pensamiento de una Realidad. En este punto de vista estos tres elementos ofrecen un argumento a favor del teísmo."

La última de estas tres teorías es aquella ofrecida por Everett en su obra *Teísmo y la Fe Cristiana* (la cual es unitaria y hegeliana) y a la que le falta el apoyo a la experiencia humana así como el de las Escrituras.

II. LA TRADICION

La tradición puede considerarse ya sea (1) como aquello que es remoto —las primeras impresiones de la raza— o (2) como aquello que es presente —las enseñanzas impartidas a los niños.

1. LA TRADICION REMOTA. La Biblia nos dice que el hombre antes de la caída comenzó con la forma más elevada del conocimiento de Dios, tal y como existe en todo aquel que ande y hable con Dios. Su memoria y su sentido de la realidad de Dios no fueron perdidos a causa de la caída, pues aun entonces Adán escuchó la voz de Dios en juicio y recibió la provisión divina cuando la misma mano de Dios cubrió su desnudez lo cual implicaba una demostración de la gracia de Dios hacia el pecado. El testimonio de Adán acerca de Dios fue transmitido directamente a las generaciones sucesivas, por cientos de años, con toda la pureza de una expresión original y en una época cuando la tradición como medio de educación era de suma importancia. Puede por lo tanto, concebirse que el comienzo original y autoritativo del conocimiento tradicional acerca de Dios fuese diseminado de generación en generación. Por otra parte, es necesario admitir que la tradición tiene tanto poder para transmitir el error como la verdad, que la naturaleza pecaminosa del hombre está siempre presta para apartarse del conocimiento de Dios (Ro. 1:19-32), que si las ideas tradicionales acerca de Dios permanecen es a pesar de las fuerzas contrarias.

2. LA TRADICION PRESENTE. La influencia presente de la tradición como está representada en las enseñanzas dada a los niños es el aspecto más vital de la educación. A los niños se les enseña la fe (o ninguna fe) de sus padres, y cuando el conocimiento salvador de Dios penetra en un hogar o en una comunidad el efecto de dicha

penetración puede trazarse a las generaciones sucesivas. Lo opuesto a esto también es verdad.

La influencia del maestro o del padre sobre el entendimiento del niño acerca de Dios y su relación con El es de largo alcance, de otra manera la iglesia romana no declararía que es de escasa consecuencia lo que pueda resultar de influencias posteriores siempre y cuando dicha iglesia haya tenido a su cargo el moldear la edad temprana.

Esto, como podrá observarse, está estrechamente relacionado al tema de la *intuición*; ya que un niño no puede ser enseñado en aquello para lo cual no posee una facultad competente para recibir. Toda educación se basa en el principio de que el discípulo tiene la capacidad para recibir la instrucción que se le imparte. Debe de existir una habilidad latente que solamente necesita ser despertada por el reto que los hechos o las verdades presentan. En el conocimiento de Dios, los niños reciben la verdad más fácilmente que los adultos. Esto no es una señal de *inmadurez*. Es más bien producto de la pureza. "... los de limpio corazón verán a Dios."

Sobre la relación general entre la tradición y la intuición, El Dr. Samuel Harris ha declarado:

"¿Por qué es la creencia en la existencia de Dios característica común a toda la humanidad? ¿Por qué ha sido tan espontánea, poderosa y persistente? ¿De qué forma llegan al hombre las ideas de inmensidad y eternidad sin necesidad de ser enseñadas? Algunos dicen que esas ideas proceden del conocimiento que el hombre tiene de sus propias limitaciones. Pero ¿cómo puedo yo tener la idea de lo finito, lo condicionado y lo imperfecto a menos que lo pueda contrastar con las ideas de lo infinito, lo incondicionado y lo perfecto? Y si se dice que estas ideas y la idea del Dios perfecto han sido transmitidas por medio de la tradición, esto solamente nos induce a preguntar nuevamente, ¿cómo se originó dicha tradición, para que los hombres de antaño la tuviesen y así pudiesen transmitirla? Ciertamente, si la creencia en una divinidad no tiene raíz en la constitución humana, si el hombre no posee el elemento de una facultad para conocer a Dios, entonces esa idea graciosa de un Espíritu absoluto, infinito en poder y perfecto en sabiduría y amor, no pudo haberse asignado por el hombre ni aun pudo haberse comunicado por medio de la instrucción o de la revelación externa. Esta idea simplemente le es totalmente imposible"—*La Auto-revelación de Dios*, ps. 357-58.

III. LA RAZON

La expresión *razón* se usa para describir la capacidad más elevada del hombre —aparte de la revelación y la energía divina que le es impartida— en su adquisición del conocimiento de Dios. Es esa cordura por parte del hombre lo que hace posible la búsqueda de las deducciones lógicas basadas en esas realidades que él observa.

El tema general de la *razón* puede ser considerado ya sea (1) en la

base de su propio valor intrínseco, o (2) en la base de aquello que ésta ha realizado.

1. EL VALOR INTRINSECO. El valor intrínseco de la razón debe incorporar el hecho esencial que la razón es una de las características pertenecientes a Dios, y que el universo en su orden, sistema y propósito refleja la perfecta razón que es Dios. Del mismo modo, todas las conclusiones de los seres racionales no son más que el reconocimiento de, y la adaptación a la razón primordial que es Dios. Concerniente al hecho que el hombre puede conocer por medio de la razón solamente hasta donde éste asume que Dios existe y que Dios actúa en perfecta razón el Dr. Samuel Harris ha dicho:

“Si las matemáticas a través de las que los astrónomos hacen sus cálculos no son las matemáticas de todo el espacio y el tiempo, toda nuestra astronomía carece de valor. Si la ley de la casualidad y el principio de la uniformidad de la naturaleza que las mismas causas complejas siempre producen los mismos efectos, no son verdad, universalmente, toda nuestra ciencia es anulada. Si la ley del amor no es la ley de todos los seres racionales todo el conocimiento ético es aniquilado. Que los principios de la razón están por todas partes y son siempre los mismos es la base de la posibilidad del conocimiento racional. Pero esto solamente indica que la Razón suprema y Universal, que está en todas partes y es siempre la misma, está generando energía en el universo y el fundamento último de su existencia, su constitución y su desarrollo. Y esta Razón Energica clara es Dios. La ciencia asume que el universo es un sistema de cosmos unido y ordenado bajo principios y leyes universales y uniformes, y que por medio de ellas puede determinar el fundamento del universo en su forma más extensa en el espacio y que ha sido y será el pasado más remoto y el futuro más distante. Esto es posible solamente porque estas verdades y leyes son eternas en la única absoluta Razón que las expresa por medio de su poder en la constitución y evaluación del universo. Y el Teísmo añade que la evaluación del universo es la expresión siempre progresiva y la realización, no solamente de verdades y leyes, sino también de ideales y fines racionales; ideales y fines de sabiduría y de amor que son eternas y el prototipo de la Razón Absoluta, es decir, Dios” *La Base Filosófica del Teísmo*, ed. rev. p. 82.

2. LAS REALIZACIONES. El valor de la razón al medirse por sus realizaciones en el caso de Dios puede ser observado en el desarrollo del universo. La razón que descansa en el carácter absoluto de Dios, sus resultados son infinitamente perfectos. La consumación de todas las cosas como las Escrituras predicen será una demostración de esto. El valor de la razón al ser medido por sus resultados como es ejercitada por los hombres es algo completamente distinto. Todas las limitaciones e imperfecciones humanas son reflejadas en el ejercicio de la razón humana. El hombre, siendo finito, es confrontado con el hecho de que sus premisas y sus deducciones frecuentemente son distorsionadas por el error. Sin embargo, en ningún otro campo esta facultad elevada del hombre ha sido más ejercitada que en su

esfuerzo en probar, por medio de la deducción natural y sin la revelación, la existencia de Dios. Nadie ha sobresalido más en este esfuerzo que Samuel Clarke (1675-1729). Los argumentos naturalistas que han sido expuestos por los grandes metafísicos han tenido su origen, mayormente, en los antiguos, pero cuando se permite, fuera de la revelación, estos argumentos han conducido a nada más real que “a los ídolos mudos de la filosofía desestimada por el mismo filósofo e ignorada por la multitud; reconocida en privado pero desconocida y olvidada en el mundo.” No ha habido nada en estos razonamientos que haya revelado la realidad de Dios a algún corazón ni tampoco ha habido lo suficiente para evitar que los hombres gravitasen hacia el politeísmo, el panteísmo, o cualquier otro concepto anti-teísta. El volverse a la idolatría fue hasta cierto punto, el esfuerzo humano por realizar los ideales indignos que ha sido el producto del error de sus razonamientos.

En general y aparte de los argumentos teísticos normales que los hombres han aducido, el proceso del razonamiento en dirección al descubrimiento de la verdad acerca de Dios ha seguido tres métodos generales, a saber por medio de *negativas*, un plan que propone la eliminación de todas las imperfecciones, por medio de la *eminencia*, el cual es un método que atribuye todas las existencias humanas a Dios, y por medio de la *deducción*, cuyo proceso atribuye todas las perfecciones a la Deidad.¹

¹ Dios es un Ser, y no cualquier clase de ser; pero una *Substancia*, que es el fundamento de otros seres. Y no solamente una *substancia*, sino *perfecto*. Aún así muchos seres son perfectos en su clase, pero limitados y finitos. Pero Dios es absoluto, pleno y en todo aspecto infinitamente perfecto, y por lo tanto por sobre todos los espíritus, sobre todos los ángeles quienes son comparativamente perfectos. La infinita perfección de Dios incluye todos los atributos, aún el más excelente. Esta excluye toda dependencia, existencia insuficiente, composición, corrupción, mortalidad, contingencia, ignorancia, injusticia, debilidad, miseria y cualquier otra imperfección. Esta incluye la necesidad de ser, independencia, unidad perfecta, simplicidad, inmensidad, eternidad, inmortalidad, la vida más perfecta, conocimiento, sabiduría, integridad, poder, gloria, felicidad y todos éstos en el más alto grado. No podemos penetrar los secretos de ese Ser eterno. Nuestra razón sólo puede comprender una pequeña parte de él, y cuando ya no puede ir más, entonces viene la fe, y creemos mucho más de lo que podemos comprender: y esa fe nuestra no es contraria a la razón, pero la razón misma nos dicta que debemos creer mucho más de Dios que lo que ésta nos puede informar (Lawson, *Theo, Política*). A estos podemos añadir un párrafo admirable de la pluma de Sir Isaac Newton: “La Palabra de Dios frecuentemente significa *Señor*, pero todo señor no es Dios; es el dominio de un Ser espiritual” o Señor, lo que hace a ese Señor ser Dios; verdadero dominio, verdadero Dios; supremo, el supremo; falso, el falso Dios.

De tal dominio verdadero se deriva que el verdadero Dios es infinitamente perfecto; El es eterno e infinito, omnipotente y omnisciente, es decir, El existe desde la eternidad y hasta la eternidad, y está presente desde la infinidad hasta la infinidad.

El gobierna todas las cosas que existen, y conoce todo lo que puede conocerse: El no es la eternidad o la infinidad, pero es eterno e infinito, El no es el tiempo o el espacio, pero El permanece y está presente; El siempre permanece, y está presente en todas partes; El es omnipresente, no sólo virtualmente, sino también substancialmente; ya que el poder no puede subsistir sin la substancia.

Todas las cosas son sostenidas y se mueven en El; pero sin ningún resentimiento mutuo; El no sufre en lo absoluto a causa del movimiento de los cuerpos; ni tampoco ellos ejercen resistencia alguna a causa de su omnipresencia. Confesamos que Dios tiene que existir necesariamente, y por esa misma necesidad El existe siempre y en todas partes. Por lo cual también El tiene que ser perfectamente similar, todo ojo, todo oído, todo brazo, todo el poder de percepción, entendimiento y actuación; pero en una manera, no corporal, en una manera diferente a los hombres, en una manera completamente desconocida para nosotros. El está desposeído de todo cuerpo y de toda forma corporal, y por lo tanto no puede ser visto, oído, o tocado ni debe ser El adorado bajo la representación de ninguna cosa corporal. Tenemos ideas de los atributos de Dios, pero no conocemos la substancia ni aún de una cosa; solamente vemos las figuras y colores de los cuerpos, sólo oímos sonidos, solamente tocamos superficies extensas, olemos olores y probamos sabores; y no sabemos, ni podemos saber por cualquiera de los sentidos o acto reflejo su substancia íntima y mucho menos podemos tener noción alguna de la substancia de Dios. Le conocemos por medio de sus propiedades y sus atributos (Watson, *Institutos*, I, 268-69).

IV. REVELACION

Dios ha hablado al hombre a través de la naturaleza, a través de la manifestación de Sí mismo en Su Hijo, y a través de las Sagradas Escrituras. Por medio de la Palabra de Dios escrita, el hombre ha venido a poseer la verdad en su forma más absoluta. Las tenues luces de la intuición, la tradición y la razón éstas sumergidas dentro de la irradiación refulgente de la verdad revelada. No puede aplicarse ninguna medida a la ganancia que la Palabra de Dios concede a aquellos que humildemente reciben y se benefician por medio de su mensaje.

De estas cuatro fuentes de conocimiento acerca de Dios, la intuición y la tradición añaden muy poco a la ciencia de la Teología Sistemática. La razón y la revelación son factores vitales; sin embargo, la revelación sobrepasa a la razón así como la Palabra de Dios sobrepasa los pensamientos de los hombres.

La expresión *Teología Propia* es una designación más o menos moderna que representa el punto de partida lógico en el estudio de la Teología Sistemática, siendo como lo es, su tema principal, a saber, una investigación científica sobre lo que puede conocerse de la

existencia, las Personas, y las características del Dios Trino —Padre, Hijo y Espíritu Santo. Muy aparte de las obras de los miembros de la Deidad, la Teología Propia está sujeta a una doble división: (1) *Teísmo*, que se ocupa de la existencia y el carácter de Dios como un Ser trascendental, el Creador, Preservador, y Gobernador del universo; y (2) *Trinitarianismo*, que es el reconocimiento de las tres Personas que componen la Deidad, con referencia específica a sus funciones y características y sus relaciones dentro de la Deidad.

TEISMO

CAPITULO XI

ARGUMENTOS TEISTAS NATURALISTAS

La etimología de la palabra *teísmo* proporciona amplio margen de aplicación, pero en su uso común ha venido a significar una creencia en Dios e incorpora un sistema de fe que constituye una filosofía, limitada, en verdad, de alguna manera a los hallazgos y conclusiones que la razón humana sugiere. Aún en su expresión bíblica, el teísmo no está circunscrito al cristianismo, aunque el cristianismo es un sistema teísta. La palabra teísmo pudiera, con un valor práctico, ser más claramente definida. I. H. Fichte ha escrito: “Una vez más ahora es el tiempo de instalar el teísmo, esa convicción inextinguible y fundamental de la humanidad, como una ciencia en su verdadero significado, pero de la misma manera hay que librarla de tantos impedimentos y obstáculos que por tanto tiempo han opacado su verdadera luz. El teísmo no es ni una hipótesis escarbada de una especulación parcial, como algunos la representan; ni es una invención de origen sacerdotal ni es producto de un temor supersticioso, siendo estas formas antiguas de representarlo que aún prevalecen en nuestros días. Tampoco es el teísmo una simple confesión de fe exclusiva de una escuela o religión. El teísmo es la meta final de toda investigación, silenciosamente efectiva en aquellos que externamente lo niegan” (Theistische Weltansicht; “Volwort” S. IX, citado por Harris, *La Base Filosófica del Teísmo*, ed. rev., p. 314).

Ya que todos los cursos de estudio general están relacionados necesariamente a las cosas creadas, no hay un asunto más importante al cual la mente finita pueda dirigirse que el *teísmo* con su estudio de la Persona y el carácter de Dios. El teísmo, también como el campo de la Teología Propia, sobrepasa todos los demás temas, así como la infinitud se remonta por sobre lo que es finito. Como ha escrito Guillermo Cooke: “En verdad no existe ningún elemento de sublimidad ni en actualidad ni concebible en la naturaleza, sino aquello que es indefinidamente excedido por la idea de Dios. La proposición, por lo tanto, de que hay un Dios, no tiene igual, ni

paralelo; está por sí sola en una grandeza inigualable y sin rival; y si su grandeza no prueba su verdad, al menos la hace digna de ser investigada, e impone una tarea pesada sobre los hombros del incrédulo; ya que si ésta fuese falsa, no tan solamente es el más grande de todos los errores, sino que es un error más magnánimo que la verdad misma —y aún algo más ennoblecedor y digno a la mente que cualquier verdad que la naturaleza pueda presentar a nuestra vista. Si esto resultase ser una paradoja, su solución es una tarea consignada a aquellos que niegan la existencia de un Dios”, (*La Deidad*, 2a. ed., p.3).

La Biblia siempre le recuerda al hombre acerca de sus limitaciones así como de las inescrutables perfecciones de Dios. El agnosticismo antiteísta se ha refugiado en la negación de la posibilidad del conocimiento de Dios, pero lo cierto es que hay un verdadero conocimiento de Dios —verdadero hasta donde es posible llegar— que no alcanza a cubrir todo el asunto. Tal deficiencia, en verdad, puede ser predicada de gran parte si no de todo conocimiento humano. En su defensa del agnosticismo antiteísta, Hamilton ha declarado: “La consagración más elevada y verdadera de toda verdadera religión debe ser un altar —*ἀγνώστῳ θεῷ*— al Dios no conocido o desconocido.” Es probable que esa inscripción haya representado el nivel más elevado que por sí solo el filósofo de Atenas haya podido alcanzar (Hch. 17:23). Sin embargo, ese concepto se ha convertido solamente en un punto de partida al discurso pronunciado por el Apóstol Pablo bajo la inspiración divina. Hay en esta instancia un medio para una atractiva y estrechamente relacionada discusión tocante a la confianza que inspira el pensamiento mismo en relación a la contemplación de lo infinito; pero es suficiente indicar que las limitaciones que el agnosticismo antiteísta admite poseer se deben a su declaración negativa concerniente a Dios, lo cual resulta en un vacío inexorable carente de substancia para el pensamiento racional. La más vaga de todas las impresiones tocante a Dios es aquella que lo titula como *Absoluto*, lo cual es empleado por el panteísmo y el agnosticismo. Careciendo de cualidades o atributos, es algo en blanco en sí mismo e igualmente en blanco como asunto del pensamiento. El fetichismo más bajo tiene más substancia que esto. En oposición a esa ignorancia manifiesta está el hecho que Dios se ha revelado a Sí mismo a los hombres, y esa revelación está apoyada y reforzada por el poder iluminador del Espíritu Santo. Además de esto también está la doble revelación por la cual el Padre revela al Hijo y el Hijo revela al Padre. Está escrito que el Hijo ha declarado: “Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo sino al Padre, ni al Padre conoce alguno sino al Hijo, y aquel a quien el Hijo lo

quiera revelar” (Mat. 11:27). A través de la autoridad del Hijo se nos dice que la vida eterna es dada, con el fin de que el Padre y el Hijo sean conocidos (Jn. 17:3). Cristo oró por aquellos que le crucificaron, diciendo: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23:34), y el Apóstol, al escribir acerca de Cristo como la manifestación de la sabiduría de Dios deja de manifiesto la naturaleza precisa de la ignorancia de los que ejecutaron a Cristo al escribir: “La que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubiesen conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de gloria” (1 Co. 2:8). Más allá del simple conocimiento de Dios que está dentro del círculo del teísmo y es común a las multitudes, es posible *conocer* a Dios en la misma intimidad con que un hijo conoce a su padre. ¿Y qué podrá decirse de aquellos que por mediación del Espíritu dan un paso de avance para conocer “las cosas profundas de Dios”? ¿Cómo, en verdad, puede interpretarse la expresión “Abba, Padre” si Dios no puede ser conocido? El agnosticismo con su confesada ignorancia haría bien en prestar atención a las palabras de Cristo: “Mirad pues, no suceda que la luz que en ti hay, sea tinieblas” (Lc. 11:35). Pasando más allá del bajo nivel del agnosticismo, hay dos campos diferentes de investigación teísta.—(a) aquel que está dentro de esas verdades que pertenecen a la esfera de la creación, o la naturaleza, y está sujeto a la razón humana; y (b) aquel que, aunque incorpora todo lo que está revelado en la naturaleza, se extiende hasta incluir la ilimitada, absoluta y completa revelación afirmada en las Sagradas Escrituras. La primera de estas áreas de investigación mencionadas es correctamente designada *Teísmo Naturalista*, y la otra *Teísmo Bíblico*.

La Teología Propia penetra toda área de la cual cualquier verdad pueda ser derivada relevante a la existencia y al carácter de Dios, o el modo de Su Ser. Sin embargo, teniendo en cuenta la división básica de la humanidad en *salvados* y *perdidos* con sus correspondientes habilidades para comprender la verdad divina hay una ventaja peculiar en una división del tema general del teísmo en aquello que es *naturalista* y aquello que es *bíblico*. El hombre inconverso, aunque incapaz de recibir las cosas de Dios, es confrontado por todas partes sin embargo, con efectos que apuntan a una Causa y con un diseño que revela la presencia de un Diseñador. Para el tal, el teísmo naturalista con su limitación a la Creación y a la razón se adapta en forma peculiar. Para el estudiante devoto quien, siendo salvo, es capaz de recibir “las cosas profundas de Dios”, no hay ninguna satisfacción final y completa en el teísmo naturalista que él no experimente en el teísmo bíblico. Sin embargo, él no debe ignorar ninguna parte de la revelación divina. Todo lo que pertenece al

teísmo naturalista es de vital importancia al estudiante de teología, si se tiene en cuenta que, en un grado limitado, Dios se ha revelado en Su creación (Sal. 19:1-6; Ro. 1:19, 20), y debido a que los inconversos, especialmente los eruditos, andan a ciegas en la esfera de esas verdades que pertenecen al área circunscrita al teísmo naturalista. Descubrir, exhibir y defender todo lo que la razón afirma y que la revelación descubre tocante a lo que puede conocerse acerca de Dios, es una tarea que descansa sobre la Teología Sistemática. Es la función del teísmo naturalista presentar tales argumentos y llegar a tales conclusiones como los que están dentro del área de la razón; mientras que es la función del teísmo bíblico el reconocer, clasificar y exhibir la verdad proclamada por la revelación. Estas dos fuentes fundamentales del saber, aunque completamente diferente en cuanto al método que ambos emplean y al material que utilizan, sin embargo coinciden en cuanto a las partes esenciales de un gran tema —la Teología Propia. En las siguientes discusiones el autor no pretende ninguna originalidad en la presentación del argumento racional o en el descubrimiento de la revelación. Gran parte de lo que es presentado ha sido el producto de las discusiones de escritores desde épocas tempranas. En verdad que tan generales son muchas de éstas formas de pensamiento, como aparecen en el inmenso volumen de literatura heredado por la presente generación, que el citar a un autor original sería en verdad difícil si no imposible. Debido a que la razón es innata en el hombre y la revelación es por lo general algo que se adquiere sin la cual la mayoría de los hombres han tenido que vivir y laborar es propio que los hallazgos de la razón sean examinados y pesados frente a los de la revelación.

El libro de la naturaleza es tanto el libro de Dios como lo es el Libro de la revelación. El universo es Su obra y por lo tanto tiene que atestiguar Su Persona, y hasta donde puede avanzar, manifiesta Sus caminos. La voz de la naturaleza y la voz de la revelación al proceder de la misma fuente tienen que armonizar; ninguna de las dos puede ser despreciada con impunidad. No contendemos que el libro de la naturaleza es comparable en extensión, exactitud y exposición con el Libro de la revelación. Mentees piadosas, completamente satisfechas con las Sagradas Escrituras, no deben permanecer indiferentes al testimonio de la naturaleza, ni tampoco deben los frívolos y profanos desechar o ignorar los argumentos de la razón. El estudiante sincero de la verdad difícilmente haría tal cosa. Tampoco apartaría su mirada de la luz de Dios. Como sus nombres indican, la filosofía es “el amor a la sabiduría” y la ciencia es “la interpretación de la naturaleza”, por lo tanto ningún filósofo de reputación haría por ignorar la Fuente de toda verdad y ningún científico sincero rehuiría la

investigación ni la correcta evaluación de los postulados del teísmo naturalista. La afirmación que *hay un Dios* introduce al momento la causa de todas las causas, la finalidad de toda la filosofía, y el alfa y la omega de toda la ciencia. La consistencia demanda que todo estudiante que está en afinidad con la secuencia que se observa entre las causas secundarias y sus efectos, no debiese discontinuar su investigación de manera abrupta cuando éstos son consumados en el descubrimiento de la Primera Causa, a saber, Dios. Si las verdades y las fuerzas de la naturaleza cautivan la mente seria, ¡Cuánto más cautivadora debía ser la Persona y el poder del Dios que ha creado la naturaleza! ¡Y cuánto más es añadido a la importancia de esta investigación dentro del postulado que afirma que *hay un Dios* cuando se añaden el valor moral y el de la salvación! Fué erróneo por parte de Pilato el apresurar la pregunta: ¿Qué es verdad? pero aún fué mayor su error al volver las espaldas sin esperar por la incomparable respuesta que pudo haber brotado de los labios de Aquel que era la encarnación de la verdad.

Cuando la evidencia de que hay un Dios es investigada a lo largo de la razón, las leyes de la lógica y de la dedicación son tan esenciales como la verdad que se está investigando. Todo lo obviamente contradictorio y absurdo debe ser rechazado, mientras que todo hecho probado debe ser aceptado y examinado con imparcialidad y justicia ¿De qué otra manera pudiese efectuarse progreso alguno digno de confianza?

Los argumentos teístico-naturalista o que están basados en la razón solamente comprenden un campo de demostración limitado. La existencia, la personalidad, la sabiduría y el poder de Dios son considerados; pero ninguna prueba derivada de la naturaleza o la razón puede ser invocada para probar o establecer el hecho del amor y del poder salvador de la gracia de Dios. Todo lo relacionado a la redención pertenece a la revelación y constituye un mensaje imperativo que es tan necesario que creen en un Dios a través de la naturaleza o en razón como lo es para aquellos a quienes no ha llegado ningún conocimiento de Dios.

Los argumentos encaminados a probar la existencia de Dios que están circunscritos a los límites del teísmo naturalista están sujetos a una doble clasificación general, a saber, al argumento *a posteriori* y el argumento *a priori*.

Un argumento *a posteriori* es inductivo en su procedimiento y se adapta más naturalmente al proceso de la razón humana. Este tipo de argumento va del fenómeno a su causa, de los detalles al principio, del consecuente al antecedente y del efecto a la causa. Hay tres argumentos *a posteriori* de carácter primario que normalmente se

ofrecen en discusiones teísta-naturalista —el *cosmológico*, el *teleológico*, y el *antropológico*. El argumento *a posteriori* es empleado cuando desde el mecanismo delicado e intrincado de un instrumento u obra de arte el hecho de la mente creadora es evidenciada con su poder de diseñar y formar. Como declara el Apóstol: “Porque toda cosa es hecha por alguno; pero el que hizo todas las cosas es Dios” (He. 3:4); es decir, así como la casa prueba la existencia de un arquitecto, así prueba el universo la existencia de un Creador.

El argumento *a priori* es deductivo en su procedimiento ya que va de la causa del fenómeno, del principio a los detalles, del antecedente al consecuente, y de la causa al efecto. Este tipo de razonamiento es empleado por el astrónomo cuando basado en las leyes que gobiernan el movimiento del sistema solar él determina el tiempo del regreso de un cometa o un eclipse; o cuando el paleontólogo determina por medio del principio de la anatomía comparativa, el tamaño y la forma de animales prehistóricos de algún fósil geológico. El argumento *a priori* es aquel que está basado en algo que ha tenido lugar con anterioridad como una supuesta realidad, una creencia innata, o una impresión intuitiva. Conjeturar como una premisa que los milagros son imposibles con su conclusión silogística que por lo tanto no hay milagros, es promover una hipótesis *a priori*. El argumento ontológico es el único argumento *a priori* que los maestros han promovido en el campo del teísmo naturalista. El argumento ontológico es extremadamente difícil, siendo muy refinado para ser seguido por el hombre promedio. De hecho que aún grandes metafísicos se han declarado a sí mismos estar inseguros en cuanto a su valor como evidencia. Frente a esto, metafísicos tan renombrados o tal vez más renombrados han subrayado su valor. El argumento cosmológico atribuye el cosmos a su Creador. El argumento teleológico reconoce los fines racionales en la creación, mientras que el argumento antropológico se diferencia del cosmológico y del teleológico en la esfera de sus principios lógicos, trazando de la mente y el espíritu del hombre hacia su Creador. El argumento antropológico es una extensión a un ramo más específico de las características generales de los argumentos cosmológicos y teleológicos. Aunque cada uno de estos argumentos *a posteriori* son diferentes en sus áreas de pruebas, los tres son necesarios para consumir el argumento teísta. Se observará que lo más que puede esperarse de este argumento es un esfuerzo por probar algo de la verdad acerca de Dios. Pero, en verdad, se ha de realizar mucho si por medio de estos métodos racionalistas el hecho de la existencia de Dios es manifestado. A esto, el *teísmo bíblico* tiene mucho que

añadir en cuanto a la Persona, los atributos, el propósito y los caminos de Dios.

Estos argumentos teístico-naturalistas deben de ser pesados ahora separadamente y en el orden ya sugerido.

I. EL ARGUMENTO COSMOLOGICO

El universo es un fenómeno o un efecto que indica una causa adecuada. El argumento cosmológico presenta evidencia de que Dios existe y que es la Primera Causa de todas las cosas. Existen cuatro teorías que han sido propuestas por filósofos y metafísicos en cuanto al origen del universo material: (a) que la constitución de la naturaleza es eterna y que sus formas han existido siempre; (b) que la materia ha existido siempre, pero su constitución presente y su forma han estado sujetos a un auto-desarrollo, lo cual era la creencia de Epicuro, y es también la creencia del ateo moderno; (c) que la materia es eterna, pero su clasificación presente y su orden son la obra de Dios, como enseñaban Platón, Aristóteles y muchos otros; (d) que la materia es una cosa creada, habiendo sido traída a la existencia de la nada por el poder engendrador de Dios, lo cual es la revelación bíblica. La última de estas cuatro filosofías no debe ser confundida con la noción imposible que el universo ha evolucionado por sí solo de la nada. Su declaración es que Dios por su infinito poder ha causado que la materia inexistente exista. Está escrito: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Gn. 1:1), y, “... de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (He. 11:3). Leland ha declarado: “Pocos, si algunos, de los antiguos filósofos paganos reconocieron que Dios es, en el más propio sentido, el Creador del universo. Al llamarlo ... “el Arquitecto del universo”, ellos no querían decir, que El lo trajo de la inexistencia a la existencia, sino solamente que El lo fabricó de materiales preexistentes, y lo dispuso en una forma y orden regular” (*La Necesidad de la Revelación*, citado por Watson, *Insitutos*, I, 274).

El argumento cosmológico depende de la validez de tres verdades contribuyentes: (a) que todo efecto tiene su causa; (b) que el efecto depende de la causa para su existencia, y (c) que la naturaleza no puede producirse a sí misma. El carácter esencial y fundamental de estas verdades constituyen así como la deducción convincente que el universo ha sido originado por la creación directa de una autosuficiente, inteligente y eterna Causa ha de manifestarse a través del desarrollo de este argumento.

Sobre el significado de la palabra *causa*, una cita del Dr. Carlos Hodge es apropiada: “La enseñanza común sobre este asunto incluye

los siguientes puntos: (1) Una causa es algo. Tiene existencia real. No es simplemente un nombre dado a una relación. Es una entidad real, una substancia. Esto es obvio porque algo inexistente no puede actuar. Si aquello que no existe puede ser una causa, entonces la unidad puede producir algo, lo cual es contradictorio, (2) una causa no solamente tiene que ser algo real, sino que además tiene que tener poder o eficiencia. Debe de haber algo en su naturaleza que justifique los efectos que produce. (3) Esta eficiencia tiene que ser adecuada, es decir, suficiente y apropiada para el efecto, que ese es un juicio verdadero de la naturaleza de una causa es algo fácil de observar. “El Dr. Hodge prosigue a ilustrar estos puntos a través de la experiencia. El ha escrito: (1) . . . Somos causas. Podemos producir efectos, y los tres detalles mencionados anteriormente están incluidos en nuestro auto-conocimiento como una causa. Somos existencias verdaderas, tenemos poder; tenemos poder adecuado a los efectos que producimos. (2) Podemos apelar a la percepción humana universal. Todos los hombres otorgan este significado a la palabra causa en su lenguaje ordinario. Todos los hombres asumen que cada efecto tiene un antecedente a cuya eficiencia se debe. Ellos nunca estiman una simple anterioridad, no importa que tan uniforme haya sido en el pasado, o que tan cierta en el futuro, como algo que constituye una relación causal. La sucesión de las estaciones ha sido uniforme en el pasado, y estamos confiados que lo será en el futuro; pero nadie afirma que el invierno es la causa del verano. Todos están conscientes que la causa expresa una relación completamente diferente a la de un simple antecedente. (3) Este concepto de la naturaleza de la causación está incluido en la creencia universal y necesaria, que todo efecto tiene que tener su causa. Esa creencia no es que una cosa tiene siempre que preceder a otra; sino que nada puede ocurrir, que ningún cambio puede producirse, sin el ejercicio de poder o eficiencia en algún lugar, de otra manera algo pudiese surgir de la nada. *Teología Sistemática*, I, 209.

La distinción vital entre causa y efecto reside en la misma naturaleza del lenguaje humano. “El lenguaje de toda nación está formado sobre la unión de causa y efecto. Ya que en todo idioma no tan solamente hay muchas palabras que expresan directamente ideas sobre este asunto, tal como causa, eficiencia, efecto, producción, produce, efectúa, crea, genera, etc.; o palabras equivalentes a estas; pero todo verbo en todo idioma, con excepción de los verbos impersonales intransitivos, envuelve, por supuesto, producción o eficiencia, y siempre se refiere a un agente, o causa, de tal manera, que sin la operación de esta causa o agente, el verbo carecería de significado. Toda la humanidad con excepción de algunos filósofos

ateos y escépticos han estado de acuerdo en reconocer esta concesión, y ellos (los escépticos) lo han reconocido tan completamente como otros en su idioma acostumbrado" (Dwight, *Theology*, I, 5, citado por Watson, *op. cit.*, I, 280,281).

La creencia intuitiva que todo efecto tiene su causa es el principio básico sobre el cual el argumento cosmológico avanza a sus innegables conclusiones. *Ex nihili, nihil fit* — de la nada, nada puede surgir— es un axioma que ha sido reconocido por los filósofos de todas las edades. Aceptar que alguna cosa se ha hecho existir a sí misma es aceptar que dicha cosa actuó antes de existir, lo cual es algo absurdo. La existencia no puede ser engendrada por la inexistencia. Si hubiese sido el caso en la eternidad cuando no había ni materia ni espíritu, ni seres de ninguna clase —inteligentes o sin inteligencia, creados o sin crear. El universo mismo un vacío sin límites, de esa manera hubiese tenido que permanecer por siempre. Pero dos ideas básicas son posibles, a saber, (a) que el universo con todo su sistema organizado y formas complejas ha existido siempre —teoría que, aunque desprovista de cualquier semblante de justificación, ha sido un gran impedimento a la creencia racional en una Primera Causa a través de todas las generaciones; y (b) que el universo ha sido tanto diseñado como creado por Dios y para fines dignos. La primera proposición es sostenida por el ateo, mientras que la última es la mantenida por el teísta.

Razonando desde la supuesta premisa que no hay Dios, el ateo está obligado a proclamar que la materia es eterna y, por lo tanto, auto-suficiente. La materia está compuesta de innumerables partículas que no están relacionadas, o que no dependen la una de la otra. Así que, a cada partícula tiene que atribuírsele el elemento de auto-suficiencia eterna. A la materia inerte hay que añadirle, entonces, todas las fuerzas químicas, las leyes de la naturaleza y el principio de la vida en todas sus formas. El ateo no puede modificar las demandas de su filosofía basada en la supuesta premisa que no hay Dios. Si él recortase en lo más mínimo su postulado de la auto-suficiencia de la materia o permitiese que éste descendiese el rango de hipótesis en vez de una certeza infalible, la estructura total del ateísmo se desplomaría. El ateo se vanagloria en su incredulidad y en su completa sumisión a la razón; pero si la idea que la materia es auto-suficiente y eterna se halla ser solamente una conjetura o una teoría, todo es renunciado. De hecho, si fuese verdad que la materia es auto-suficiente y eterna, entonces sería posible demostrarlo y pudiera proclamarse como una proposición axiomática. Pero esto no es así. La filosofía ateísta descansa en una hipótesis improbable que ha sido debilitada hasta el punto de la extinción a causa de los

últimos descubrimientos científicos. La afirmación que la creación de la materia es imposible está basada en la observación que la creación de la materia resulta para el hombre. Pero ¿quién ha substanciado jamás la afirmación que la creación de la materia es imposible para el Dios infinito? La afirmación que Dios creó todas las cosas no ofrece contradicción de clase alguna, sino que solamente confiere a Dios más habilidad que la que reside en el hombre. Cudworth declara: "Debido a que es completamente innegable, acerca de nosotros, y de todos los seres imperfectos, que ninguno de éstos puede crear ninguna *nueva substancia*, los hombres se apresuran a medir todas las cosas por medio de sus propias limitaciones, y a suponer como algo universalmente imposible para cualquier poder crear alguna cosa. Pero ya que es cierto, que los seres imperfectos pueden por ellos mismos producir *algunas cosas* de lo que no existía antes, tales como *nuevos pensamientos, nuevos gestos, y nuevas modificaciones* de cosas corporales, es ciertamente razonable pensar que un ser absolutamente perfecto puede hacer algo más, a saber, crear *nuevas substancias*, o darles totalmente su ser. Y pudiese pensarse tan fácilmente para Dios, o un ser omnipotente hacer un mundo completo, materia y todo, . . . como lo es para nosotros crear un *pensamiento* o mover un dedo, o enviar los rayos de sol, o una vela de cera, o finalmente, hacer que un cuerpo opaco refleje su imagen en un vaso de agua, o proyectar una sombra; todas estas cosas imperfectas no son sino las *energías*, los *rayos*, las *imágenes* o las *sombras* de la Deidad. Para que una substancia sea hecha de la nada por Dios, o por un Ser infinitamente perfecto, no es para éste el ser hecho de la nada en el sentido imposible, sino que proviene de aquel que es *todo*. . . Pero la nada es en sí misma imposible, lo cual no implica una contradicción: Y aunque fuera una contradicción que una cosa sea y no sea al mismo tiempo, seguramente que no hay contradicción en concebir un ser imperfecto, quien antes no era, pero que después llega a ser."

—Citado por Watson, *ibid.*, I, 325-326.

Como un rechazamiento ciego de la verdad, la declaración del ateo que la materia es auto-suficiente y eterna es igualado por el concepto impropio y absurdo que la naturaleza es capaz de auto-generación, que el azar es una explicación adecuada del origen del universo, o que la necesidad es la base de la existencia de todas las cosas. Sin duda, en el deliberado rechazamiento de Dios por parte de ellos los hombres se han animado a sí mismos al adherirse a esas nociones falsas y que deshonran a Dios. Sin embargo, el argumento cosmológico a favor de la existencia de Dios como la Primera Causa de todas las cosas permanece firme e inafectado en su valor evidencial.

Por medio de la misma lógica o razonamiento que demuestra que

el universo presente no pudo haberse producido a sí mismo pues no pudo haber actuado antes de existir, así la Primera Causa no es auto-creada, sino que es eterna y por lo tanto auto-suficiente, ya que El no depende de nada fuera de Sí mismo, no habiendo sido causado por nada ni nadie. La propuesta de una progresión de causas secundarias, es decir, que toda causa es el efecto de una causa previa, no ofrece ninguna solución al problema de origen de las cosas. Es verdad que la mente puede ser engañada por la extensión indefinida de tal progresión; pero la razón ratifica que hay una Primera Causa Original. Esta idea de la progresión de causas secundarias que resulta de una primera causa es ilustrada por Wollaston: "Supongamos que una cadena colgase desde el cielo de una altura desconocida, y aunque cada uno de los eslabones de ésta gravitase hacia la tierra, y no fuese visible el objeto de donde colgase, aún así no descendiese, pero mantuviese su situación, y de este modo surgiera una pregunta concerniente a qué sujeta o mantiene la cadena, ¿sería suficiente responder que el primer eslabón cuelga del segundo y el segundo, del tercero; y así infinitamente? Porque ¿qué sostiene la totalidad? . . . Y así es, en una cadena de causas y efectos, moviéndose, o (como si fuese) gravitando hacia algún fin. El último, o el más cercano al suelo, o (como pudiera decirse) está suspendido, de la causa sobre éste. Este nuevamente, si no fuese él la primera causa, está suspendido como un efecto de algo sobre sí" (*La Religión y la Naturaleza Delineadas*, citado por William Cooke, *La Deidad*, 2a. ed. p. 40). A esto añade el Dr. Paley lo siguiente: "Una cadena compuesta por un número infinito de eslabones no puede sostenerse a sí misma como tampoco lo puede una cadena con un número finito de eslabones. Si aumentásemos el número de eslabones de diez a cien y de cien a mil, etc., no hemos ayudado en lo más mínimo, no observaremos ni la más pequeña intención hacia la auto-suficiencia" (citado por Watson, *op. cit.*, I, 283). Hay una Primera Causa auto-suficiente y eterna, y esa Primera Causa es lo suficientemente sabia para concebir la creación en toda su maravilla, y suficientemente poderosa para hacer que exista. La declaración de Locke tocante al argumento cosmológico es la siguiente: "Yo existo: y no he existido siempre; todo lo que comienza a existir tiene que tener una causa: la causa tiene que ser adecuada: esta *causa adecuada* es ilimitada: ésta tiene que ser Dios" (citado por Watson, *ibid*, I, XV). Así mismo, la declaración de Howe acerca del argumento es concluyente: "(1) Algo ha existido desde la *eternidad*; de ahí que (2) tiene que haber existido sin causa: de ahí (3) que tiene que ser independiente; y de ahí que (4) tiene que ser necesario; de ahí que (5) tiene que ser auto-generator: y de ahí que (6) tiene que ser

originalmente vital, y la fuente de toda vida" (citado por Watson *ibid*).

De lo que hemos dicho podrá observarse que el argumento cosmológico es enfatizado como prueba de varias cualidades de Dios, a saber, *auto-suficiente, eterno, omnisciente, poderoso, ilimitado, independiente, vital, y la fuente de toda vida*. Aunque puede llegarse a estas conclusiones muy independientemente de la revelación y sólo por medio de la razón, la deducción es completa. No podemos dedicar espacio aquí para cubrir las extensas discusiones que preceden cada uno de estos argumentos. Esto debe ser emprendido por el estudiante como lectura adicional. Una cita de Juan Howe (1630-1705), un teólogo puritano inglés, servirá para formular algunos aspectos del argumento cosmológico y también revelar la manera en que los grandes silogistas del pasado prepararon sus ataques contra el ateísmo:

"Nosotros, por tanto, comenzamos con la existencia de Dios; para cuya prueba, podemos estar bien seguros, *Primero* que ha habido algo o alguien desde toda la eternidad; o que mirando en retrospecto, alguien de existencia real tiene que ser declarado como eterno. Permítase que aquellos que no están acostumbrados a pensar solamente acerca de las cosas que pueden ver con sus propios ojos, y a quienes el razonar solamente parece algo difícil porque no han tratado de comprobar lo que pueden hacer en éste, pero usan sus pensamientos un poquito, y al avanzar unos pocos pasos fáciles, muy pronto se encontrarán a sí mismos tan seguros de esto como de lo que pueden ver, oír o comprender, o ser alguna cosa.

"Porque estando seguro de que algo es ahora, (que usted ve, por ejemplo, o es algo), usted tiene que reconocer, que ciertamente algo siempre era o siempre ha sido o ha existido por toda la eternidad; o de otra manera usted tiene que decir, que, en algún tiempo nada era; o que todo ser una vez no era. Y así, ya que usted encuentra que algo *ahora* es, hubo un tiempo cuando el ser *comenzó* a ser; es decir, que hasta ese tiempo no hubo nada; pero ahora, en ese tiempo algo primero comenzó a ser. Porque qué puede ser más claro que eso si todo ser *alguna vez* no era, y *ahora* algún ser es, todo lo que es tuvo un comienzo. Y de ahí sigue, que algún ser, es decir, el primero que comenzó, tuvo que comenzar por sí mismo y de la nada, o se hizo a sí mismo antes de que nada fuese.

"Pero ahora, ¿no ve usted plenamente que es completamente imposible que alguna cosa hiciese eso, es decir, cuando aún no era nada, y cuando nada aún existía, que se hiciese a sí mismo, o que comenzase a existir por sí sola? Porque ciertamente, hacerse a sí mismo, es hacer algo. Pero, ¿puede acaso aquello que es nada hacer algo? Para que algo sea hecho es necesario alguien que lo haga. Por consiguiente una cosa tiene que ser primero antes de poder hacer algo; y por lo tanto habría que deducir, que algo era antes de ser; o que *era y no era, era algo y no era nada*, al mismo tiempo. Y aún más, que era diferente de sí misma; porque una causa tiene que ser algo diferente de aquello que es causado por ésta. Por consiguiente es muy aparente, que algún ser *siempre* ha sido, o *nunca comenzó* a ser.

"De donde, además, es también evidente, *en segundo lugar*, que algún ser no

fue causado o creado, o siempre fue de sí mismo sin ninguna causa. Porque lo que nunca ha sido debido a otro nunca ha tenido causa, ya que nada puede ser su propia causa. Y algo, como es aparente por lo que ya se ha dicho, nunca ha surgido de otro. O podría claramente argumentarse así; ya sea que algún ser no fue causado, o que todo ser fue causado. Pero si todo ser ha sido creado, entonces por lo menos uno tuvo que ser la causa de sí mismo; lo cual ya ha sido probado ser imposible. Por lo tanto la expresión comunmente usada tocante al primer ser, que fue por sí mismo, debe solamente ser tomado *negativamente*, es decir, que no fue producto de otro, no *positivamente*, como si en un tiempo dado se hubiese creado a sí mismo. O que de ser de tal naturaleza que era absolutamente imposible que pudiese no haber existido; ni que nunca por sí mismo pasó de la no existencia a la existencia.

"Y ahora es aún más evidente, *tercero*, que algún ser es independiente de otro, es decir, mientras que ya es evidenciado que algún ser nunca dependió de algún otro, como causa productiva, y no esperaba de otro para comenzar su existencia, es de hecho igualmente evidente que éste es simplemente independiente, o no puede depender de otro para su continua existencia. Porque lo que nunca necesitó una causa sostenedora o conservadora, y, para hacer esto más claro aún, o algún ser es independiente, o todos los seres son dependientes. Pero no hay nada fuera del círculo de todo ser sobre lo cual pueda depender. Por consiguiente decir, que todo ser depende, es decir, depende de la nada, a saber, que no depende. Porque depender de la nada, es no depender. Es por lo tanto una contradicción manifiesta decir que todo ser depende; contra lo que no es un alivio el estimular, que todos los seres a su vez dependen uno del otro. Porque así, sin embargo todo el círculo o esfera del ser debía depender de la nada; o uno por último depende en sí mismo, que tomado *negativamente*, como antes es cierto, y es lo que tratamos de demostrar —que uno, el sostén común para todos los demás, no depende de nada que esté fuera de sí mismo.

"De donde también se desprende, *cuarto*, que tal Ser es necesario, o que necesariamente existe: es decir, que es de tal naturaleza que no podría ni puede dejar de ser. Porque lo que es en el ser, ni de su propia voluntad, ni la de ningún otro, es necesariamente. Pero lo que no fue hecho por sí mismo (que ha sido probado ser imposible), ni por ningún otro (como se ha probado que algo no es), es manifiesto, éste ni depende de su voluntad, ni de ningún otro en cuanto a ser. Y por lo tanto, si la existencia no se debe en nada al querer serlo, sino a la necesidad de su propia naturaleza. Por consiguiente siempre es por una simple, absoluta y natural necesidad, siendo de una naturaleza a la que es totalmente repugnante e imposible nunca haber sido, o aun dejar de ser y ahora habiendo avanzado hasta aquí, y estando seguro, que hasta aquí creemos que estamos sobre terreno firme; es decir, habiendo obtenido una completa certeza, que hay un Ser eterno, sin causa, independiente y necesario, y por lo tanto existiendo real y eternamente; podemos avanzar un poco más.

"Y con la misma seguridad añadimos, *quinto*, que este Ser eterno, independiente, sin causa, y necesario, es auto-suficiente, es decir (como al presente se entiende), no uno que actúa sobre sí mismo, sino es que tiene poder para actuar sobre otras cosas, en y por sí mismo, sin derivarlo de ningún otro. O que por lo menos que hay tal Ser que es eterno, sin causa, etc. que tiene el poder de acción en y de sí mismo. Porque un Ser como el que ha sido evidenciado es por sí mismo activo o inactivo, o tiene el poder de acción en sí o no lo tiene. Si decimos que no, que se considere lo que decimos, y con qué propósito lo decimos. . . " *El Templo Viviente*, citado por Watson *ibid.* I, 281-284.

Habiendo señalado lo incierto de la declaración del ateo que la materia en todas sus formas es eterna — cuya conjetura el ateo usa para apoyar su creencia que no hay Dios, el argumento *a posteriori* en su forma cosmológica comienza, por lo tanto, con el reconocimiento del universo como un fenómeno o efecto que sugiere una causa, y procede a indicar que la causa es *auto-suficiente, eterna, omnisciente, poderosa, ilimitada, independiente, vital, y la fuente de toda vida*. Si no hubiese un Dios ¿De dónde procede ese fenómeno o efecto llamado el universo? ¿A cuál Primera Causa pudiera decirse que pertenecen todos esos atributos tan evidenciados?

II. EL ARGUMENTO TELEOLOGICO

El argumento teleológico, siendo *a posteriori*, ofrece evidencia que Dios existe desde la base del orden y la adaptación del universo. La palabra *teleología* está compuesta de las palabras *τέλος* y *λόγος* y por lo tanto significa la *doctrina de la finalidad* o del *propósito racional*. El principio relacionado al argumento cosmológico no es abandonado, pero, sobre la base de ese principio el argumento teleológico procede a establecer, por medio de la evidencia racional, la inteligencia y el propósito de Dios como son manifestadas en el diseño la función y la consumación de todas las cosas. Por ese medio se declara la presencia de Dios. El argumento teleológico no podría ser mejor expresado que como aparece en las palabras del salmista: “El que hizo el oído ¿no oírás? El que formó el ojo ¿no verá? El que castiga a las naciones ¿no reprenderá? ¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia?” (Sal.94:9,10). El hecho de la existencia de un diseño, que es demostrado en toda cosa creada, exhibe la inteligencia y el propósito racional del Creador. Esa intención manifiesta que ha caracterizado todas las obras de Dios es ilustrada —tan aproximadamente como lo finito puede ilustrar lo infinito— por el hecho de la existencia de un diseño y un propósito que son exhibidos en las realizaciones de los hombres, cuyas realizaciones, debido a ese diseño, manifiestan la inteligencia y el propósito racional de los hombres.

En esta época caracterizada como ninguna otra por el desarrollo mecánico, los hombres están impresionados, y es justo que así sea, con lo que la ingeniosidad y la diligencia humana han realizado. Pero en verdad el hombre no origina nada, y su más apreciado acto de invención no es sino el descubrimiento y utilización de provisiones y fuerzas que ya estaban en existencia a causa del acto creador de Dios. Cuando el hombre se gloría en su descubrimiento de los secretos de la naturaleza, es pertinente inquirir quién ha creado y constituido la

naturaleza con sus maravillas unidas y sistematizadas, tan extraordinarias, en verdad que ninguna mente humana puede comprender su extensión telescópica, ni comprender su perfección microscópica. De este despliegue incomprensible de maravillas el hombre arrebató ocasionalmente una fracción de algo que a lo sumo ni aun podría ser una débil representación de ese todo del cual dicha fracción forma parte. Puede concluirse, entonces, que es la función del argumento cosmológico indicar la existencia evidente así como el poder del Creador tal, y como esos atributos son exhibidos en el Cosmos que El ha creado; con la misma finalidad, es la función del argumento teleológico mostrar la existencia evidente, el diseño completo y la inteligencia del Creador manifestada en el orden, estructura, y fin de todas las cosas que forman parte del universo.

Probablemente no hay aspecto del teísmo naturalista tan cautivador y que se preste más a un estudio amplio y detallado con el uso de un número casi interminable de ilustraciones que el argumento teleológico. La siguiente cita, tomada de una obra escrita por Bowne, concierne a la estructura y al giro del argumento.

“Si, pues, el conocimiento fuese posible, tenemos que declarar que el globo terráqueo progresa conforme a leyes mentales y principios, que ha establecido todas las cosas sobre relaciones racionales, y que ha equilibrado su intercambio en proporción cuantitativa y cualitativa, y ha medido esta proporción numéricamente. “Dios geometriza”, dijo Platón. “Los números son la esencia de la realidad”, dijo Pitágoras. Y con esto concuerdan todas las conclusiones del pensamiento científico. Los cielos son matemáticas cristalizadas. Todas las leyes de la fuerza son numéricas. Los intercambios entre la energía y las combinaciones químicas son también así. Los cristales son geometría sólida. Muchos productos orgánicos muestran leyes matemáticas similares. En verdad, se dice frecuentemente que la ciencia nunca alcanza su forma final hasta que se convierta en matemática. Pero la mera existencia en el espacio no implica movimiento en relaciones matemáticas o existencia en forma de matemática. El espacio es solamente el estado amorfo de la forma, y es completamente compatible con lo irregular y sin forma. Es de igual manera compatible con la ausencia de la ley numérica. Lo verdaderamente matemático es la obra del espíritu. De ahí la maravilla que los principios matemáticos sean tan extensos, que tantas formas y procesos en dicho sistema representan conceptos matemáticos definidos y que éstos sean correctamente pesados y medidos por medio de números.

Si el universo estuviese en un estado de inercia, pudiésemos posiblemente contentarnos con decir que las cosas existen en relaciones tales de una vez y por todas, y que no hay otra manera de escaparse de ese hecho. Pero el cosmos no tiene esa clase de existencia rígida de monotonía, este es, por el contrario un proceso conforme a reglas inteligibles; y en este proceso el orden racional es perpetuamente mantenido y restaurado. El pasaje y la medida se efectúan continuamente. En cada cambio químico la cantidad exacta de los elementos participantes es combinada. En cada cambio de lugar las intensidades de atracción y repulsa son instantáneamente ajustadas para que se correspondan.

Separadamente de la cuestión del diseño, el simple hecho de los ajustes cualitativos y cuantitativos de las cosas, conforme a las leyes fijas, es una verdad de absoluta importancia. El universo está activo en una multitud de puntos o en una multitud de cosas, a través del sistema, y obra en cada una con referencia exacta a sus actividades en todas las demás. El desplazamiento de un átomo a una distancia ínfima requiere un reajuste correspondiente en todos los demás dentro del control de la gravedad. Pero todos están en movimiento constante y por lo tanto el reajuste es continuo e instantáneo. La sola ley de la gravedad abarca un problema de tal magnitud que nuestras mentes flaquean en el esfuerzo por comprenderla. Pero cuando las otras leyes de fuerza son añadidas la complejidad del problema desafia todo conocimiento. Además podríamos referirnos al proceso de crecimiento en las formas orgánicas, por las que innumerables estructuras son constantemente producidas o mantenidas, y siempre en relación con la forma representativa en cuestión. Pero no hay necesidad de abundar en este tema.

Aquí, pues, tenemos un problema, tenemos solamente los dos principios de inteligencia e irracionalidad de razonamiento propio y de necesidad ciega, para su solución. El primero es adecuado, y no es ni remoto ni violento. Este asimila los hechos dentro de nuestra experiencia, y ofrece la única base de orden del cual esa experiencia proporciona alguna sugerencia. Si adaptamos este concepto todas las evidencias se convierten en espléndidas y de consecuencia.

Si seguimos el otro punto de vista, entonces tenemos que asumir la existencia de un poder que produce lo inteligente y racional, sin ser él mismo inteligente y racional. Obra en todas las cosas, y en cada una con referencia exacta a todas, pero sin conocer nada por sí mismo ni de las leyes que sigue, ni del orden que ha establecido, ni de los millones de partículas aparentemente consolidadas en su propósito que incesantemente produce y mantiene. Si preguntásemos por qué hace tal cosa tenemos que contestar, porque así, la respuesta tiene que ser, por hipótesis. Pero esto se reduce a decir que las cosas son porque tienen que ser. Es decir, que el problema es totalmente abandonado. Los hechos son referidos a una necesidad hipotética turbia, y esto a su vez, al ser investigado, es el mismo problema en forma diferente. No existe ninguna explicación adecuada sino la que ofrece el teísmo” — Bowne, *La Filosofía del Teísmo*, ps. 66-69; citado por Miley, *Teología Sistemática*, I, 87-89.

Tocante a la combinación de elementos disociados para un fin provechoso con la evidencia patente de un diseño demostrado por el resultado, Paul Janet ha escrito: “Cuando una combinación compleja de fenómenos heterogéneos aparece en armonía con la posibilidad de un acto futuro que no habrá sido incluido de antemano en ninguno de dichos fenómenos en particular, esa armonía solamente puede comprenderse por la mente humana por medio de una clase de pre-existencia, en una forma ideal, del mismo acto futuro, que lo transforma de un resultado a un fin —es decir, en una causa última.” (*Causas Finales*, p. 85, citado por Miley, *ibid.*, p. 90).

Dilucidado sobre este fenómeno de la combinación de elementos disasociados con un fin ventajoso, el Dr. Juan Miley presenta esta ilustración: “El casco de un barco, el mástil, las velas, el ancla, el

timón, el compás, la carta náutica no están necesariamente relacionados y en relación a su procedencia física son fenómenos heterogéneos. El uso futuro de un barco no está limitado solo a uno de esos objetos, pero es hecho posible por la combinación de ellos. Esa combinación en el barco completamente equipado no tiene interpretación en nuestra inteligencia racional excepto en lo tocante a su existencia previa en cuanto a su uso en el pensamiento y el propósito humano. El uso del barco, por lo tanto, no es el simple resultado de su existencia, sino la causa final de su construcción” (*ibid.*, I, 90).

El organismo humano con su relación al medio ambiente en el cual funciona es una exhibición de un diseño, y por lo tanto indica tanto la existencia como la inteligencia de su Diseñador. Sobre este aspecto del argumento Pablo Janet ha escrito lo siguiente:

“El mundo físico exterior y el laboratorio interno de los seres vivos están separados el uno del otro por velos impenetrables, y sin embargo, están unidos el uno del otro por una increíble armonía establecida de antemano. Por fuera hay un agente físico llamado luz; por dentro, hay una maquinaria óptica adaptada a la luz; por fuera, hay un agente llamado sonido; por dentro una maquinaria acústica adaptada al sonido; por fuera vegetales y animales; por dentro órganos adaptados para la asimilación de esas sustancias; por fuera, un medio ambiente, sólido, líquido o gaseoso; por dentro mil medios de locomoción adaptados al aire, la tierra y el agua. Así por un lado, hay los fenómenos últimos llamados vista, oído, nutrición, volar, caminar, nadar, etc., por otro lado, los ojos, los oídos, el estómago, las alas, las aletas y los miembros motores de todas clases. Vemos claramente en estos ejemplos las dos designaciones de la relación —por un lado, un sistema; por el otro, el fenómeno final en el cual termina. Si hubiese solamente un sistema y una combinación, como en cristales, aún así, como hemos visto, tiene que haber habido una causa especial para explicar ese sistema y esa comunicación. Pero aún hay más, hay el acuerdo entre un sistema y un fenómeno que solamente sería producido mucho después bajo nuevas condiciones —consecuentemente una correspondencia que no podría ser fortuita, y que sería necesariamente así si no admitimos que el fenómeno final y futuro es precisamente el nexo del sistema y la circunstancia que, de cualquier manera, ha predeterminado esa combinación.

Imaginemos a un obrero ciego, escondido en un sótano, y desposeído de toda inteligencia, quien, solamente obedeciendo a la necesidad de mover sus piernas y brazos, pudiese haber forjado una llave, sin saberlo, adaptada para los más complicados cerrojos que pudiesen imaginarse. Esto es lo que la naturaleza hace en la creación de seres vivos.

En ningún otro lugar es exhibida esta predeterminada armonía, a que nos hemos referido, en una manera más maravillosa que entre el ojo y la luz. “En la construcción de ese órgano”, dice Trendelenburg, “tenemos que admitir ya sea que la luz ha triunfado sobre la materia y la ha producido, o de otra manera que es la materia misma que se ha convertido en gobernadora de la luz. Esto es al menos lo que debiese resultar de la ley de las causas eficientes pero ni una ni otra de estas hipótesis en realidad tiene lugar. Ningún rayo de luz cae dentro del profundo secreto del vientre maternal, donde se forma el ojo. Aún menos podría

la materia inerte, la cual no es nada sin la energía de la luz, ser capaz de comprenderla. Pero aun así, la luz y el ojo están hechos el uno para el otro, y en el milagro del ojo reside de manera latente el conocimiento de la luz. La causa propulsora en su desarrollo necesario, es empleada aquí para un servicio más elevado. La finalidad ordena la totalidad y supervisa la ejecución de las partes; y es con la ayuda del fin que el ojo se convierte en la luz del cuerpo" —*Op. cit.*, ps. 42, 43, citado por Miley, *ibid.*, ps. 90-91.

La elaboración del argumento teleológico hecho por Guillermo Paley (1743-1805) registrado en su obra *Teología Natural, o Evidencia de la Existencia y Atributos de la Deidad Coleccionados de las Observaciones de la Naturaleza*, no tiene rival en su clase. En la siguiente breve referencia en la que él reta aquellos que suponen que el universo es el resultado de cambios, su claro pensamiento y su exquisita dicción son puestas de manifiesto:

"¿Por medio de qué arte pudiesen ellos hacer una semilla? y ¿en qué forma pudiesen ellos inspirarle el semen? y aquellos que piensan que este globo terráqueo estaba convenido por la conglomeración fortuita (o fatal) de particular materiales, ¿por qué toque de magia pudiesen ellos persuadir a tantas de esas partículas para que se juntasen formando un grano de tierra? Tenemos el hábito de buscar minuciosamente la ocurrencia de milagros; si no quisiésemos decir más vanamente que nuestra idea de milagros es aquello que es novedoso, diríamos que estamos rodeados de ellos; y el milagro más grande es, que no lo vemos. Vosotros para quienes las producciones diarias de la naturaleza (como así lo llamáis) son tan comunes, ved si podéis imitarla. Poned a prueba vuestra destreza produciendo una rosa. Recordad que necesitáis tener material pre-existente. ¿Pudiésteis probar que el Creador del universo la tuvo, o aun defender la posibilidad de la existencia de materia no creada? Y supongamos que los hombres pudiesen disponer de toda la materia necesaria, ¿Pudiesen ellos decir qué hacer con ésta, o cómo administrarla, de modo que la hiciesen producir aunque fuese una sola flor, de la cual pudiesen gloriarse por haberla producido?" (citado por Watson, *Institutos*, I, 304).

Nuevamente, una cita tomada de Cicerón con el mismo fin pero que demuestra el hecho que los argumentos teístico-naturalista estaban en uso de un siglo o más antes del nacimiento de Cristo: "¿Puede hacerse algo al azar que tenga todas las características de diseño? Cuatro dados pueden acaso caer todos de ases a la vez; pero, ¿pensaría usted que cuatrocientos dados, tirados al azar, producirían cuatrocientos ases? Si varios colores fuesen arrojados sobre un lienzo sin diseño, pudiesen tener la apariencia de un rostro humano pero pudiese usted imaginarse que dichos colores pudiesen producir un cuadro tan hermoso como el de Coan de Venus? Un cerdo, al voltear la tierra con su hocico, pudiese trazar algo parecido a la letra A; pero se imaginaría usted que un cerdo describiría, sobre la tierra el Andromaque de Ennio? Corneades se imaginó que, en las

excavaciones rocosas en la isla de Chíos hubo de encontrar en una roca hendida la imagen de la cabeza de un pequeño Pan (o deidad de los bosques). Yo creo que él pudiese haber encontrado una figura semejante; pero seguramente no una de la que se pudiese decir que fue forjada por un escultor tan excelente como Scopas. La verdad es que lo fortuito nunca imita perfectamente al diseño" (*De Divinatione*, lib. i, cap. 13, citado por Cooke, *La Deidad*, ps. 134-35).

Una interesante ilustración de la influencia del argumento teleológico hacia un escéptico es relatada por el Dr. William Cooke de la siguiente manera:

"Hace algunos años, tuve la mala fortuna de enfrentarme a los engañosos argumentos de Hume tocante a la causación. Sus aparentes deducciones conmovieron la fe de mi razón tocante a la existencia de Dios, pero él no pudo vencer la respuesta de mi corazón hacia una negación tan monstruosa, y por consiguiente dejó ese infinito e inquietante deseo por encontrar un lugar de reposo, el cual el ateísmo no tan solo no puede dar, sino que también de manera absoluta y desenfrenada desafía.

En una hermosa noche de Mayo, estaba yo leyendo, bajo la luz de la puesta del sol, mi libro favorito de Platón. Estaba sentado en la hierba, entremezcladas con flores doradas, en las márgenes del río Colorado en el estado de Texas. En el oeste distante, apenas se vislumbraban las cúspides irregulares de las Montañas Rocosas.

Yo estaba en la búsqueda de uno de los sueños más preciados de los académicos. Muy pronto cautivó mi imaginación sin estimular mi fe. Lloré al pensar que no podía ser cierto. Finalmente llegué a esa sorprendente oración, "*Dios geometriza.*" "¡Reverencia vana!" Exclamé, mientras dejaba caer el libro a mis pies. El libro cayó junto a una hermosa florecilla, que lucía fresca y radiante, como si acabase de caer del seno del arco iris. La desprendí de su tallo y comencé a examinar su estructura. Tenía cinco filamentos; el cáliz tenía cinco partes, la base constaba también de cinco partes que parecían los rayos de una estrella. Esta combinación proporcionada en cinco en el mismo retoño me pareció muy singular. Nunca había pensado cosa semejante. La última frase que había leído del libro del discípulo de Sócrates aún sonaba en mi oído —"*Dios geometriza.*" Ahí estaba el texto, escrito muchos siglos atrás, y ahí estaba la florecilla, en el remoto desierto del oeste que proporcionaba un comentario sobre el asunto. De pronto pasó por mi mente, como si fuese un rayo de luz —sentí cómo mi corazón latía en mi pecho. El enigma del universo fue abierto. Veloz como el pensamiento calculé las posibilidades contra la producción de esas tres ecuaciones de cinco en una sola flor, por cualquier principio desprovisto de razón para percibir números. Encontré que había ciento veinticinco posibilidades en contra de tal suposición. Extendí el cálculo a dos flores elevando al cuadrado la cifra mencionada. Las posibilidades se elevaron a la cantidad de quince mil seiscientos veinticinco. Volví mis ojos al bosque; los árboles estaban literalmente vivos y repletos de esos retoños dorados, donde innumerables abejas volaban y las mariposas gozaban el dulzor de la miel.

No trataré de describir mis sentimientos. Mi alma se volvió un torrente de radiantes pensamientos. Tomé de nuevo mi apreciado libro de Platón de sobre la

hierba, donde lo había dejado caer en un momento de desesperación. Una y otra vez lo apreté contra mi pecho como una madre haría a su pequeño. Besé a aquel libro al igual que aquel retoño, mojándolos alternativamente con lágrimas de gozo. En mi entusiasmo incontrolable llamé a los pajarillos que volaban alegres sobre las ramas, entonando sus cantos al día que terminaba — ‘¡Cantad, pajarillos; cantad, dulces trovadores! He aquí vosotros y yo tenemos un Dios’ ”— *Ibid.*, ps. 136-138.

III. EL ARGUMENTO ANTROPOLOGICO

El argumento antropológico sigue el mismo orden *a posteriori* que los dos argumentos anteriores, pero a diferencia del argumento cosmológico que vislumbra la totalidad del cosmos y el argumento teleológico que observa el elemento del diseño que se revela en todo el universo, el argumento antropológico está limitado al campo de la evidencia, en cuanto a la existencia de Dios y sus cualidades, que puedan ser deducidas de la constitución del hombre. Hay factores filosóficos y morales en la constitución del hombre que pueden ser proyectados con el fin de encontrar sus orígenes en Dios, y en esa base este argumento ha sido también designado con el nombre de *argumento filosófico* o *argumento moral*. Pero debido a que la amplitud de este argumento comprende la totalidad del hombre, el uso de la expresión *argumento antropológico* es más satisfactorio.

En la base del principio declarado por el salmista —“El que hizo el oído ¿no oírás? El que formó el ojo ¿no verá? El que castiga a las naciones ¿no reprenderá? ¿No sabrá el que enseña al hombre la ciencia?”— el argumento antropológico indica que los elementos que son reconocidos como las propiedades innatas del hombre tienen que ser poseídos por el Creador. Como base de prueba la constitución orgánica del hombre pertenece al argumento teleológico, pero hay factores específicos en el ser humano que suplen pruebas excepcionales de la consumación divina, y éstas son propiamente bosquejadas en el argumento antropológico. Al comienzo de su discusión sobre el argumento antropológico, el Dr. A. A. Hodge dice: “El argumento cosmológico nos condujo a una Primera Causa auto-suficiente. El argumento de orden y adaptación operantes en el proceso del universo ha revelado esta gran Primera Causa como poseyendo inteligencia y voluntad; es decir como un espíritu personal. El argumento moral o antropológico ofrece nueva información por inferencia, confirmando de inmediato las conclusiones previas en lo concerniente a la existencia de una Primera Causa inteligente y personal, y al mismo tiempo añadir los conceptos de los atributos de santidad, justicia, bondad y verdad. El argumento de diseño incluye el argumento de causa y el argumento de justicia y

benevolencia incluye los argumentos de causa y diseño y añade a ellos un nuevo elemento suyo propio" (*Bosquejos de Teología*, p. 41).

El hombre se compone de una parte material y otra inmaterial, y estas dos partes constituyentes no están relacionadas. La materia posee los atributos de extensión, forma, inercia, divisibilidad y afinidad química; mientras que la parte inmaterial del hombre posee los atributos de pensamiento, razón, sensibilidad, perceptibilidad y espontaneidad. Si fuese posible explicar el origen de la parte física del hombre por una teoría de desarrollo físico (lo cual no es posible), lo inmaterial, en cuanto a su origen, permanece como un problema insoluble aparte del reconocimiento de una causa suficiente.

Aunque en su estructura orgánica general la parte material del hombre es similar a la de los animales más elevados, es tan definida que es superior a todos los aspectos de la creación material. La mano del hombre ejecuta los altos diseños de su mente en todas clases de estructuras y artes, su voz responde a las demandas de una mente elevada en su lenguaje; su oído oye y sus ojos ven en áreas de realidad más allá de los límites de las bestias. El cuerpo humano es por ello una prueba específica de la existencia de un Creador, ya que de otra manera sería inexplicable.

La parte inmaterial del hombre, que incluye los elementos de la vida, inteligencia, sensibilidad, voluntad, conciencia y una innata creencia en Dios presenta aun más insistentemente en necesidad de una causa adecuada. La vida no puede brotar de la materia inerte, y aunque el evolucionista dice poder trazar todo lo que hoy existe a un vapor original, o protoplasma, todas esas formas de vida, de acuerdo a esa teoría, tienen que haber estado presente en forma latente en aquel algo original. Tales hipótesis no serían toleradas en ningún campo de investigación excepto en aquellos casos donde la ignorancia de la mente natural queda demostrada en su incapacidad de recibir las cosas de Dios. Otra vez decimos que la inteligencia del hombre con sus descubrimientos, invenciones, ciencia, literatura y arte demanda de manera insistente una causa adecuada. Igualmente, y bajo la misma inevitable obligación, tanto la sensibilidad como la voluntad, con sus capacidades trascendentes, demandan una causa digna. Y, finalmente, la conciencia al igual que la creencia innata en Dios pueden explicarse más acertadamente afirmando que el hombre procede de Alguien que posee todos esos atributos en un grado infinito. Una fuerza ciega, no importa que tan excepcional sea, nunca podría producir un hombre con inteligencia, sensibilidad, voluntad, conciencia y una creencia innata en el Creador. El producto de una fuerza ciega nunca se daría a sí mismo a la tarea del arte, la ciencia, y

la adoración a Dios.

De acuerdo con la teoría evolucionista del desarrollo natural, la criatura es el efecto de una causa natural y está formada y diseñada conforme a fuerzas sobre las cuales no tiene control alguno; pero en forma súbita este efecto surge y ejerce autoridad y poder sobre la misma naturaleza que supuestamente le produjo, y dirige todos sus recursos naturales para servir su propósito y su voluntad. ¿No sería acaso oportuno investigar cuando fue que el hombre se volvió señor de la creación que se supone lo hubo creado? “¿Pudiera concebirse —pregunta Janet— que el agente privilegiado del poder de coordinar la naturaleza para sus fines es en sí mismo un simple resultado de lo realizado por la naturaleza, sin designarse un fin a sí mismo? ¿No es esto algo así como un milagro el admitir dentro de la serie mecánica de fenómenos un eslabón que súbitamente tuviese el poder de invertir, de alguna manera, el orden de la serie, y que siendo solamente un resultante de un número infinito de antecedentes, debiese de ahí en adelante imponer en la serie esta nueva e impremeditada ley, que hace de la resultante la ley y la regla del antecedente?” (*Causas Finales* ps. 149-150, citado por Miley, *Teología Sistemática*, I, 103).

El Dr. Augusto H. Strong, escribiendo en relación al argumento antropológico, ha dicho lo siguiente:

“El argumento es complejo y puede ser dividido en tres partes. I. La naturaleza moral e intelectual del hombre tiene que haber tenido como su autor un Ser intelectual y moral. Los elementos de prueba son los siguientes: (a) El hombre como un ser moral e intelectual ha tenido un comienzo sobre este planeta. (b) Fuerzas materiales e inconstantes no ofrecen causa suficiente para explicar la razón, la conciencia y el libre albedrío del hombre. (c) El hombre como un efecto, solamente encuentra una causa que sea poseedora de auto-suficiencia y naturaleza moral, es decir, que tenga personalidad. . . II. La naturaleza moral del hombre prueba la existencia de un Dador de la ley y Juez que es Santo. Los elementos de prueba son: (a) La conciencia reconoce la existencia de una ley moral que tiene autoridad suprema. (b) Las violaciones deliberadas de dicha ley es seguida por sentimientos de pesadumbre y temores de juicio. (c) Esta ley moral, ya que no es por auto-imposición, y esas amenazas de juicio, ya que no son auto-ejecutadas, respectivamente favorecen la idea de una santa voluntad que ha impuesto dicha ley, y de un poder penal que ha de ejecutar los juicios de la naturaleza moral. . . III. La naturaleza moral y voluntaria del hombre prueba la existencia de un Ser que puede proporcionar de sí mismo un objeto satisfactorio para el efecto humano y una finalidad que demanda las actividades más elevadas del hombre y garantiza el progreso más elevado. Solamente un Ser Poderoso, Sabio, Santo, Bueno y en extremo mayor que cualquier ser conocido en la tierra puede llenar las necesidades del alma humana. Tal Ser tiene que existir. De otro modo la necesidad más grande del hombre permanecería sin suplirse, y el creer una mentira, sería una virtud más fructífera que creer la verdad.” *Teología Sistemática*, ps. 45-56.

Resumiendo el alcance y el valor de los argumentos *a posteriori*, podemos observar: (a) En el argumento cosmológico la existencia de un Cosmos, que se originó dentro del tiempo, constituye una prueba de una Primera Causa que es auto-suficiente y eterna y que posee inteligencia, poder y voluntad. (b) En el argumento teleológico la evidencia del diseño extiende la prueba de la inteligencia de la Primera Causa hasta detalles de grandeza telescópica y perfección microscópica más allá de la endeble habilidad del hombre para descubrirlos o comprenderlos. Y (c) en el argumento antropológico, mientras que se confirman las pruebas presentadas por los dos argumentos anteriores, se obtiene una manifestación adicional que sugiere los elementos de inteligencia, sensibilidad, y voluntad en la Primera Causa; y el aspecto moral de la conciencia en el hombre declara que su Creador es movido por Su santidad, justicia, bondad y verdad.

IV. EL ARGUMENTO ONTOLOGICO

“La Ontología es ciencia o la discusión sistemática tocante al ser verdadero; la doctrina de las categorías o las características universales y necesarias de toda existencia” (*New Standard Dictionary*, 1913). El argumento ontológico en el campo del teísmo consiste en una línea de razonamiento que parte de Dios, la Primera Causa absoluta de todas las cosas, y se dirige a las cosas que El ha causado —específicamente, la idea innata de la existencia de Dios. Dios es reconocido como el Creador de la mente humana en la cual este concepto de El se encuentra. El hecho de la existencia de Dios está relacionado a esta idea innata. Así como la afirmación del idealismo es que las cosas materiales no existen, siendo, como aseguran, solamente una percepción mental, el argumento ontológico es lo opuesto del idealismo en cuanto a que afirma que hay realidad o substancia donde la mente reconoce que dicha substancia existe. De acuerdo con este argumento la existencia de Dios está confirmada por el hecho de que la mente humana cree que El existe. Este es un argumento *a priori* y, tocante a su eficacia como prueba de la existencia de Dios, siempre ha habido diferencias de opiniones entre los metafísicos. El Dr. Shedd usa en su discusión de este argumento las dos terceras partes del espacio dado a las pruebas telistas, mientras que R. S. Foster declara que él nunca ha comprendido el significado o la fuerza de dicho argumento. Anselmo (1033?-1109) es reconocido como el primero en enunciar dicho argumento pero las revisiones posteriores nunca han favorecido dicha declaración. A continuación citamos lo que dice la Enciclopedia Británica bajo el título de *Anselmo*:

“En el *Proslogion*, como el mismo autor nos dice, el objeto es probar la existencia de Dios por medio de un solo argumento. Este argumento es la celebrada prueba ontológica. Dios es ese Ser mayor que el cual no puede concebirse ningún otro. Pero, si ese mayor que el cual ningún otro puede concebirse solamente existe en el intelecto, no sería entonces el más grande de todos, porque pudiésemos añadir a su existencia. Se deduce, entonces, que el Ser mayor que el cual no puede concebirse, es decir, Dios, necesariamente tiene existencia real” (14a. ed.). Gaulio, el monje, inmediatamente puso en tela de duda este argumento, diciendo que nosotros en todo tiempo nos formamos ideas de seres imaginarios y la realidad o existencia verdadera no puede atribuirse a dichos seres. La respuesta de Anselmo fue que la objeción era convincente respecto a seres imperfectos o finitos, ya que con ellos la verdadera existencia no es el contenido esencial de esa noción; pero que esa objeción no podría aplicarse al Ser más perfecto ya que la existencia real es el factor más esencial en dicha idea. Gaunilo declaró que la idea de una ‘isla perdida’ no significa que exista tal realidad. A esto Anselmo respondió diciendo que si Gaunilo pudiese mostrar que la idea de la ‘isla perdida’ significa existencia *necesaria*, el encontraría la isla y le garantizaría que la isla jamás se perdería otra vez” (ver Shedd, *Teología*, I. 226-27).

El Dr. Samuel Harris ha escrito:

“Es evidente por lo tanto que la mente humana no puede deshacerse de la idea de lo absoluto. Esta persiste en el conocimiento implícito, regulando el pensamiento, aún cuando teóricamente es rechazado. Es evidente que sin la premisa, explícita o implícita, de que un ser absoluto existe, la razón del hombre no puede resolver sus problemas, ni descansar satisfechos con ninguna realización intelectual, ni asirse a la realidad de su razonamiento, ni conocer la continuidad, la unidad y la realidad del universo. La conclusión necesaria es que el principio de que existe un Ser absoluto es una ley mental primordial y necesaria, un elemento integral de la razón, y un postulado necesario en todo pensamiento acerca del ser.

En esta exposición del origen de la idea del Ser absoluto y nuestra creencia en su existencia, he presentado el llamado argumento *a priori* de la existencia de Dios en su significado verdadero. Este es un argumento que parte de la idea de un Ser absoluto o perfecto y va a demostrar su existencia. Para probar lo concluyente de este argumento hay que demostrar tanto que la idea del Ser perfecto es una idea racional necesaria, como que la existencia del Ser es necesariamente incluida en la idea; es decir, su existencia tiene que ser tan necesaria a la razón como la idea misma. Esto es lo que se ha demostrado” —*La Auto-Revelación de Dios*, ps. 163-64.

Concerniente al mismo argumento Milton Valentine ha escrito: “La semilla de este asunto estaba incluida en la doctrina platónica de las ‘ideas’ pero fue formulada por primera vez por Anselmo en el siglo once. De la existencia en la mente humana de la idea de un ‘ser perfectísimo’, se concluye que los seres más perfectos existen —porque la existencia real es una parte integral y necesaria de la idea del ser más perfecto. Descartes, el obispo Butler, Leibnitz, Sousin, y

muchos otros escritores eminentes han usado este sistema de argumentación; pero, por sí solo, frecuentemente se ha demostrado ser inadecuado, pues confunde la existencia objetiva con la existencia ideal o mental” (*Teología Cristiana*, I, 189).

Así mismo el Dr. Carlos Hodge declara: “Si este argumento tiene alguna validez, esto carece de importancia. Es solamente decir que lo que tiene que ser en realidad es. Si la idea de Dios tal como existe en la mente de todo ser humano incluye la de la existencia real, entonces hasta donde la idea alcanza, aquel que posee la una también posee la otra. Pero el argumento no muestra como es que lo ideal supone lo real” (*Teología Sistemática*, I, 205).

Ricardo Watson ha escrito en relación al mismo argumento: “No hay ningún ejemplo, hasta donde yo se, de ningún ateo que se haya convertido por medio de este argumento y argumento pudiese clasificarse entre esos esfuerzos extremos a favor de la verdad. Está bien intencionado, pero no es satisfactorio y hasta ahora por un lado ha conducido a la negligencia del más convincente, y poderoso curso de argumento obtenido de las cosas que se ven; y por otra parte, ha estimado la dependencia sobre un modo de investigación para el cual la mente humana es inadecuada, lo cual en muchas cosas ha provocado gran confusión y que difícilmente es conducido de la misma manera por dos personas diferentes; probablemente también ha sido engañoso en sus resultados al incluir a un escepticismo que no surge de la naturaleza misma del caso, sino de las investigaciones imperfectas e insatisfactorias del entendimiento humano, cuando es obligado a ir más allá de los límites de su poder” (*Institutos Teológicos*, I, 330).

CONCLUSION

El argumento *a posteriori* en sus tres partes siempre ha sido válido y vital. El argumento *a priori* ha producido muy poco o casi nada de carácter substancial. Tocante a la diferencia en el uso de ambos, el Dr. Juan Dick declara: “Es por medio de este argumento (*a posteriori*) que llegamos al conocimiento de la existencia del Autor del universo y no por medio de especulaciones abstractas de necesidad. Nunca hubiésemos sabido que El existe, sino por nuestra propia existencia y la de otros seres a nuestro alrededor, y como de ese modo comprendemos que El existe y tiene que existir, parece absurdo hablar de probar su existencia *a priori*. Cualquiera que sea el uso que se le da a este argumento para probar sus perfecciones, no puede ser empleado para probar su existencia. El Dr. Clarke reconoce que el argumento *a posteriori* es el argumento más generalmente

usado, el más fácil de comprender, y hasta cierto punto más adaptable a todas las capacidades: y, por lo tanto, debe ser el argumento en el que debemos de insistir" (*Teología*, p. 83).

El cristiano espiritual quien, por sobre todo, reconoce el "así ha dicho Jehová" y está consciente del poder iluminador provisto por Dios, se beneficiará muy poco de los argumentos teístico-naturalistas; sin embargo estos argumentos existen y contribuyen a la teología aquello que la razón facilita. En esta base estos argumentos deben ser considerados por todo estudiante de teología.

CAPITULO XII

TEORIAS ANTITEISTAS

El hombre natural, quien no recibe ni conoce las cosas de Dios (1 Co. 2: 14), ha procurado a través de todos los tiempos responder a la incógnita tocante al universo visible y por medio de sus esfuerzos constantemente ha comprobado la veracidad de la estimación divina en relación a las limitaciones humanas. Es posible que resulte difícil para la mente que ha sido iluminada espiritualmente comprender la densa confusión en la que el hombre inconverso está sumergido a pesar de su sinceridad. Debe recordarse, además, que el crear un argumento en ningún modo garantiza la iluminación divina. Solamente a través del nuevo nacimiento puede el hombre “ver el reino de Dios.” El remedio para las tinieblas espirituales es “la luz del mundo.” Las especulaciones de los hombres inconversos —y a veces éstos son hombres de gran inteligencia— son variadas y complejas. Sin embargo, dichos hombres han formulado ciertas líneas generales de filosofía, y éstas, como las falsas religiones del mundo, revelan las limitaciones espirituales del hombre pecador.

El *teísmo* significa una creencia en Dios y en su forma naturalista es una filosofía racional concerniente a Dios que se limita a una Esencia divina. El teísmo bíblico cree que la Esencia, según la revelación, subsiste en tres Personas. Como filosofía racionalista, el teísmo naturalista es apoyado por los argumentos tradicionales que han sido considerados con anterioridad, y puede ser distinguido de ciertas teorías antiteístas.

La percepción que el hombre tiene de la naturaleza y su incansable investigación tanto de los fenómenos como del origen del universo está testimoniado por la historia de la filosofía. Han sido muchas las escuelas de pensamiento que han aparecido, algunas de las cuales aún están en existencia mientras que otras han pasado a la historia. Estos sistemas de pensamiento reflejan de manera innegable las especulaciones del hombre desprovisto de la revelación. Está escrito que algunos filósofos rechazaron la revelación que les fue dada (Ro. 1: 18-32). También es cierto que hay otros a quienes les fue negada la revelación que hubiesen respondido y se hubiesen regocijado en la gloriosa luz que ésta ofrece. Platón declaró: “Los filósofos son capaces de comprender lo eterno e inmutable . . . aquellos que ponen

sus afectos en aquello que en realidad existe.” La sinceridad que acepta la luz adicional se refleja en declaraciones como éstas. Los primeros filósofos se ocuparon en la cosmología y no fue sino hasta la época de Sócrates y Platón que se le dió consideración a las cuestiones intelectuales y morales. El hecho que Sócrates confundió el conocimiento con la virtud sugiere la inmadurez manifestada en su filosofía. El estudiante de teología debe familiarizarse con las principales teorías antiteístas de las épocas pasadas; ya que éstas siendo más o menos innatas en las mentes de los inconversos tienden a reaparecer en una forma u otra. Algunas de esas teorías son las siguientes:

I. ATEISMO

Una negación abierta y positiva de la existencia de Dios es conocida con el nombre de *ateísmo* (*ἄθεος* – sin Dios). Dicha expresión no designa propiamente la simple ignorancia de Dios. Es muy probable que jamás haya existido un ateo consistente. El ateo común es un individuo esporádico que en su esfuerzo por mantener una supuesta premisa de negación de la Deidad ha causado un desequilibrio tanto en su intuición como en su razón. El hombre no es capaz de ajustarse a las conclusiones lógicas del ateísmo. Si el hombre se ajustase a dichas conclusiones, no solamente repudiaría a Dios, a todo valor moral, y a toda realidad espiritual, sino que también repudiaría la constitución humana en su parte inmaterial. Para el ateo consistente no podría existir ni la mente, ni la conciencia, ni la moralidad, ni la sensibilidad, ni la voluntad. La teoría del ateo no podría apoyar sus propias afirmaciones ya que tal apoyo requiere el poder mental que el ateo tiene que negar. Para el ateo el universo material es sólo un accidente y todas sus maravillas de coordinación y desarrollo son de carácter fortuito. El no conoce causa alguna para nada, ni aun para su propia existencia. El no posee ninguna esperanza ni para el presente ni para la eternidad. Cuando el ateo niega la existencia de Dios lo hace por medio de una premisa que trasciende las limitaciones que les son permitidas por su credo de negación. Como escribió Juan Foster (1770-1843):

“La sorpresa se vuelve entonces al gran proceso, por el cual un hombre pudiese alcanzar a poseer la gran inteligencia capaz de saber que no hay Dios. ¡Cuántos siglos y cuánta luz se necesitan para llegar a obtener tal cosa! Esa inteligencia abarca los propios atributos de la Divinidad, mientras que se niega a Dios. Pues a menos que ese hombre sea omnipresente, a menos que dicho hombre esté en todas partes al mismo tiempo, él no puede saber si en algún lugar hay alguna manifestación de la Deidad, por la cual él sería derrotado. Si él no

sabe o conoce absolutamente todos los agentes del universo, aquel que es desconocido para él puede ser Dios. Si él mismo no es el agente principal del universo, y no sabe quién realiza esa función, aquel que la realiza puede ser Dios. Si él no tiene la posesión absoluta de todas las proposiciones que constituyen la verdad universal, tal vez aquella que él no posee demuestra que hay un Dios. Si él no puede con certeza explicar las causas de todo lo que ve y sabe que existe, esa causa puede ser un Dios. Si él no sabe todas las cosas que han sido hechas en las recónditas edades pasadas, algunas cosas pueden haber sido hechas por un Dios. Por lo tanto, a menos que él sepa todas las cosas, es decir, que cancele a Dios haciéndose a sí mismo un dios, él no puede saber si el Ser cuya existencia él está negando no existe. Pero él debe saber que él no existe, de otra manera merece ser tratado con el mismo desdén y compasión por la osadía con la que tan firmemente confiesa su creencia y la practica." (*Ensayos*, i, carta v, citado por Miley, *Teología Sistemática*, I, 113.

No podríamos encontrar una definición más completa del ateísmo que la que ofrece el Dr. A. A. Hodge:

"El ateísmo, conforme a su etimología, significa una negación de la existencia de Dios. Dicha expresión fue aplicada a Sócrates y a otros filósofos por los griegos de la antigüedad, para indicar el hecho que no se ajustaban a la religión popular. En ese mismo sentido fue aplicada a los cristianos primitivos. Puesto que el uso de la palabra teísmo ha sido perfectamente fijada en todas las lenguas modernas, ateísmo necesariamente significa la negación de la existencia de un Creador personal y un Gobernador Moral. A pesar de que la creencia en un Dios personal es el resultado de un reconocimiento espontáneo de Dios como habiéndose manifestado a sí mismo en la conciencia y en las obras de la naturaleza, el ateísmo es aun posible como un estado anormal de la conciencia inducido por la especulación humana o por la indulgencia en las pasiones pecaminosas, precisamente de la misma manera en que es posible el idealismo subjetivista. El ateísmo existe en las formas siguientes: 1. Práctico, 2. Especulativo. A su vez el ateísmo especulativo se divide en (1) Dogmático, como cuando se concluye o (a) que Dios no existe, o (b) que las facultades humanas son del todo incapaces de establecer o verificar su existencia (ej. Herbert Spencer, '*Primeros Principios*', pt. 1). (2) Escéptico, como en el caso de la simple duda de la existencia, y la negación de las evidencias que normalmente son presentadas. (3) Virtual, como en los casos en que (a) se mantienen principios esencialmente inconsistentes con la existencia de Dios, o con la posibilidad de nuestro conocimiento de El (ej. por materialistas, positivistas, idealistas absolutos). (b) Cuando se niegan algunos de los atributos esenciales de la naturaleza divina, como hacen los panteístas, y como lo hace J. S. Mill en su '*Ensayo Sobre Religión*.' (c) Cuando se ofrecen explicaciones sobre el universo que excluyen la intervención de un Creador y Gobernador inteligente, el gobierno moral de Dios, y la libertad moral del hombre (ej. las teorías de Darwin y Spencer, y por lo general todas las teorías necessitaristas)." *Bosquejos de Teología*, ps. 46,47.

II. AGNOSTICISMO

El teísmo también debe ser diferenciado del agnosticismo, que es

la creencia que afirma que no existe base suficiente ni para asegurar ni para negar la existencia de Dios. Por lo tanto, los que así creen, no opinan ni ofrecen respuesta a la pregunta: ¿Existe Dios? En realidad es una aversión a aceptar las impresiones de la mente tocante a ciertos asuntos como dignos de confianza, o ser convencidos por un proceso de razonamiento lícito. Los más notables agnósticos de épocas pasadas son Sir W. Hamilton, Dean Mansel, Herbert Spencer y Huxley. Este último fue quien introdujo la expresión *agnosticismo* por el año 1870. Es evidente por la etimología de la palabra que esta puede ser aplicada a cualquier grado o género de incredulidad sobre cualquier asunto. Sin embargo, dicha palabra es usada con un sentido limitado. La Enciclopedia Británica dice lo siguiente:

“Mientras que el escepticismo, como un vocablo técnico en la filosofía, denota varios niveles de duda en cuanto a si parte o todo el proceso psicológico, diseñado para proveer conocimiento, en realidad lo hace, el agnosticismo a su vez afirma que, de ciertas clases de objetos o hechos, poseemos conocimiento cierto, mientras que tocante a otras clases de supuestas existencias no sabemos ni podemos saber nada. La clase de objetos acerca de los cuales el agnóstico dice que es imposible tener conocimiento son los que tienen prioridad en el estudio de la metafísica y la teología: Dios, el alma y su inmortalidad, y —hablando más generalmente— las realidades últimas de las que los fenómenos, como los que la ciencia estudia, son solo apariencias. De esos fenómenos, tenemos un siempre creciente e indiscutible conocimiento; en cuanto a las cosas en sí, de la existencia o de la percepción, de las que las ‘cosas’ de sentido común y ciencia sólo son las sombras y apariencias que podemos conocer, nunca podemos tener conocimiento puro y sin contaminación subjetiva. Si sabemos *que* éstos existen, no podemos saber *qué* son; si podemos afirmar la existencia de éstos, ignoramos lo concerniente a su esencia” (s. v., *Agnosticismo*, 14a. ed.).

Una vez más, como sugiere la etimología de la palabra, el agnosticismo simplemente es el *no saber*. Su objetivo es desacreditar la certidumbre en el campo del conocimiento humano. El agnosticismo es un ataque contra los poderes mentales del hombre y engendra una desconfianza en los hechos y fuerzas comunes de la existencia humana. Esta es una filosofía negativa en todos sus aspectos y por lo tanto destructiva en sus efectos sobre la verdad que es obtenida a través de las funciones normales de las facultades humanas. El agnosticismo repudia las pruebas razonables, cuyos procesos, si fuesen seguidos consistentemente, eliminarían de hecho las mismas pruebas ofrecidas por sus propias teorías. El Dr. Jorge Park Fisher ha escrito lo siguiente:

“Es obvio que el agnosticismo es la destrucción de la ciencia. Todas las investigaciones y los razonamientos de la ciencia proceden de axiomas

—llámenles intuiciones, postulados racionales, o por cualquier otro nombre. Pero éstos, según los agnósticos, simplemente denotan un cierto nivel al que ha llegado el proceso de la evolución. ¿Qué impide que éstos desaparezcan, o que se conviertan en otros axiomas, con el progreso continuo de este proceso? ¿Qué sucederá con las propias doctrinas del agnosticismo? Está claro que en esta filosofía, todo conocimiento de las realidades, a diferencia de las impresiones transitorias, es como una casa edificada sobre la arena. Toda ciencia queda reducida a *Schein* —una simple apariencia. Es imposible para el agnóstico limitar su conocimiento a la experiencia, y rechazar como sin confirmar las implicaciones de la experiencia, sin antes abandonar todas sus creencias. Si se aferra a su principio, su credo será muy corto. El conocimiento está limitado al momento presente. Yo estoy consciente de recordarme de una experiencia pasada. No puedo negar ese conocimiento de la realidad presente sin provocar una contradicción. ¿Pero cómo sé yo que aquello que recuerdo —ya sea un pensamiento, un sentimiento, o una experiencia cualquiera— alguna vez tuvo realidad? ¿Cómo sé yo algo del pasado, o que hay un pasado? Pues bien, la memoria es necesaria para la comparación de las sensaciones, para razonar, y para toda nuestra actividad mental. Pero el creer en la memoria significa trascender a la experiencia. Yo tengo ciertas sensaciones que las atribuyo de manera colectiva a una causa que denomino mi “cuerpo”. Sensaciones similares me llevan a reconocer la existencia de otros cuerpos como el mío. ¿Pero cómo sé yo que esos cuerpos están conscientes? ¿Cómo sé yo que mis semejantes a quienes veo a mi alrededor tienen mentes como la mía? Los sentidos no pueden percibir la inteligencia de los amigos que me rodean. Yo deduzco que ellos son inteligentes, pero en esa deducción yo trasciendo la experiencia. La experiencia reducida a sus términos exactos, según los métodos del agnosticismo, se reduce a las sensaciones presentes —las sensaciones de un momento pasajero. Cuando el agnóstico va más allá de esto, cuando insinúa que lo que se recuerda fue una vez conocido, que sus semejantes son entes que piensan, y no autómatas sin mente, que existen seres inteligentes fuera de él, de hecho él está trascendiendo la experiencia. Si él fuese a afirmar que Dios es inteligente, él no sería culpable de una mayor suposición que cuando concede inteligencia a sus semejantes a quienes ve a su alrededor, y con quienes conversa.” (*Las Bases de la Creencia Teísta y Cristiana*, ed. rev., ps. 78-79).

El agnosticismo se expresa mejor mediante la frase, “yo *no quiero* creer”, que mediante la frase, “yo *no puedo* creer.”

III. EVOLUCION

“En general”, escribió el ya fallecido Dr. Leander Keyser, “la evolución es la teoría que afirma que el Cosmos ha surgido de una materia cruda y homogénea y ha adquirido su estado presente y heterogéneo por medio de fuerzas inherentes en él mismo” (*Un Sistema de Teísmo Natural*, p. 106). La evolución puede ser *teísta* o *ateísta*.

La evolución teísta reconoce a Dios como el Creador de las sustancias originales, pero afirma que la evolución es el método por el cual ha tenido lugar todo desarrollo acaecido partiendo de un

supuesto estado elemental hasta llegar al estado presente de madurez. La evolución atea, por otra parte, rechaza la Persona de Dios, niega Su intervención en la creación, y postula que la materia es eterna y autónoma.

Desde el principio el hombre pecador, careciendo de conocimiento de la revelación y sin la disposición para estimar la obra de Dios, se ha entregado a la especulación del problema del origen del universo como aparece ante él. Con todo su énfasis puesto en la credulidad, la teoría evolucionista es la mejor solución que el hombre natural ha podido ofrecer al problema de origen del mundo. Es evidente que éste es un sistema maligno. "Dios no está en sus pensamientos." Este sistema no da cabida a Dios, ni tampoco se hace referencia en lo absoluto a Su Palabra. No podría ser de otra manera. La doctrina bíblica de la creación encuentra la explicación para todas las cosas en el hecho de la creación divina, el cual es un principio diametralmente opuesto a aquel propuesto por la teoría de la evolución. Por otra parte, los promotores de la teoría de la evolución tratan de evadir cualquier consideración a lo sobrenatural, procurando, como lo hacen, reducir las obras de Dios a un simple proceso natural. La doctrina bíblica de la creación se orienta hacia Dios; la teoría evolucionista, a pesar de la suposición del teísmo evolucionista que Dios creó aquello de lo cual el universo hubo de haber evolucionado, se aleja de Dios.

Los evolucionistas distinguen entre las cosas viviente y las no vivientes y reconocen que cada una de estas realidades presenta su propio problema en cuanto a origen y desarrollo. En realidad, la teoría evolucionista, propiamente hablando, no se ocupa en el problema del origen. Este, más bien, tiene que ver con la manifestación o la expansión de las cosas partiendo de un supuesto principio. En cuanto al origen del universo material, muy pocos, en verdad, están preparados para defender el concepto de que es eterno y auto-generado. La materia, siendo inerte y careciendo de inteligencia, no puede ponerse a sí misma en operación ni tampoco podría actuar con un propósito determinado. Solamente una inteligencia no menos que infinita y con capacidad suficiente para hacer tal obra pudo haber realizado tal principio. La inmensidad de la tarea y la inteligencia que demanda no son empujadas por la suposición de que una vez todo existió en la forma de una nube de fuego o de un protoplasma. Es dudoso pensar que requiera un menor esfuerzo crear un huevo del cual pueda surgir un pollo que hacer un pollo completamente desarrollado. El vapor de fuego o protoplasma que sostiene este universo potencialmente dentro de sí, sería una miniatura de la totalidad. Hasta donde se extiende la teoría

evolucionista, el problema de la causa de la miniatura permanece sin solución.

En su introducción tocante a la *evolución*, la Enciclopedia Británica dice: “Desde los tiempos primitivos el hombre debe haber especulado concerniente a la naturaleza y el origen de la multitud de seres vivientes, tanto plantas como animales, que pueblan la superficie de la tierra. Algunos han asumido” —este escritor humildemente interpone lo que considera ser una mejor frase, a saber, que ellos *creen* con absoluta autoridad— “que las formas diversas con sus diferentes contornos y tamaños, propiedades y hábitos, fueron creadas cada una especialmente, con toda probabilidad para ocupar un lugar en particular y para servir un propósito especial; otros prefieren considerarlos como productos de la naturaleza gradualmente desarrollados. Según la doctrina moderna, la evolución y la diversidad de lo que vemos a nuestro alrededor se deben a las acciones pasadas de las ‘causas naturales’, que aún pueden ser observadas en el presente. Este concepto ha sido aplicado a todo el cosmos incluyendo tanto los organismos vivientes como los no vivientes.”

En relación al punto hasta donde la evolución es ahora recibida por individuos educados, la misma introducción prosigue a subrayar:

“La idea de la evolución ha penetrado muchos otros departamentos del pensamiento. La antropología y la etnología han sido permeadas por ésta, al igual que la historia y la religión comparada. La psicología moderna reconoce que la mente humana es incomprensible sin un fondo evolucionista. La idea de la evolución ha re-enfatizado nuestro parentesco con los animales; ha destronado al hombre de su posición como señor de la creación; pero en lugar de la antigua idea de la fijación nos ha dado la idea del posible avance de la raza humana, y del hombre como el custodio del futuro progreso evolucionista. Repetimos, es universalmente mantenido por biólogos competentes que todos los organismos, vivos o extintos, han surgido de remotos ancestros comunes a través de un proceso de cambio gradual o evolución, y aún más, que la materia viviente o ‘vida’ misma, en toda probabilidad surgió de la materia inorgánica en sus primeras etapas del progreso evolucionario. La única duda que aún permanece tiene que ver con los pasos exactos del proceso, y la naturaleza y la relativa importancia de los diferentes factores que han contribuido a éste.” —14a. ed., VIII, 916-17.

La declaración anterior que “la vida misma con toda probabilidad surgió de la materia inorgánica” es una simple conjetura. Esta es, sin duda, la mejor solución que la mente impía del ser humano puede ofrecer al problema del origen de la vida. Aparentemente aquí el verdadero método científico de proceder solamente en la base de hechos *probados* es lanzado al viento. La evolución es una simple generalización basada en una hipótesis. Aun si fuese el caso que todos

los hombres de ciencia se adhiriesen a dicha suposición, ésta no tiene el derecho de proclamarse a sí misma como una ciencia autoritativa, como ahora hace la evolución, hasta que sea verificada por los hechos. Al definir un *hecho*, el New Century Dictionary declara: “Una obra o acto . . . también, algo que en verdad ha ocurrido, o que es el caso real; una ocurrencia verdadera, o estado de cosas, a diferencia de algo simplemente profesado o creído; por consiguiente, una verdad conocida por medio de una verdadera observación o de un testimonio auténtico” (ed. de 1936). La hipótesis evolucionista no llena ninguno de los requisitos mencionados y por lo tanto carece de la *verdad* o *hechos* en los que una ciencia pudiese basarse. En contraste con esto, habiendo establecido la verdad que la Biblia es la Palabra de Dios a través de una demostración que armoniza completamente con todo lo necesario para substanciar un hecho, es entonces científico creer que “en el principio Dios creó los cielos y la tierra.” Esa declaración presenta un hecho probado que está basado en un “testimonio auténtico” y es, por lo tanto, científico. Sin embargo, debido a las tinieblas espirituales que cubren el entendimiento humano tocante a Dios y Sus obras, la Escritura con exacta finalidad y claridad afirma: “Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (He.11:3).

En círculos intelectuales, como en otros aspectos de la vida, los hombres escogen entre las únicas alternativas, a saber la creación directa de las cosas por Dios como lo declara Su Palabra autorizada, o la evolución de este complejo y maravilloso universo sin una causa o propósito direccional, de la nada. En el último análisis, la elección es entre Dios y la nada. ¡Y qué tiniebla se manifiesta por parte de aquellos que eligen la *nada*!

Cualquier esfuerzo por analizar las teorías de la evolución naturalista debe tener en cuenta el hecho que, a pesar de su antigüedad, ésta es una creencia moderna y no debe ser clasificada entre los conceptos olvidados del pasado. La doctrina no es nueva, habiendo sido sostenida en forma rudimentaria, por muchos filósofos antiguos. En los últimos tiempos ha aparecido con la supuesta importancia que hombres sagaces y cultos le han designado. En los días de Huxley —hace aproximadamente un siglo— él dió a esta teoría el peso de su gran influencia. Huxley declaró: “La substancia de la vida está compuesta de materia ordinaria, diferenciándose de ésta solamente en la manera en que los átomos están dispuestos.” Y añade, “Debo de guardarme cuidadosamente contra la suposición que trato de sugerir que nada parecido a la abiogénesis haya ocurrido en el pasado o que ha de ocurrir en el futuro. Con la química orgánica,

física molecular, a la fisiología aún en su infancia, y cada día dando pasos prodigiosos, creo que sería la epítome de la presuposición que cualquier hombre dijese que las condiciones bajo las cuales la materia asume las propiedades que llamamos 'vitales', no puedan algún día ser artificialmente reunidas" (citado por Hodge, *Theology*, II, 5). La declaración autoritativa hecha más recientemente tocante a los postulados de la evolución naturalista se encuentran en la última edición de la Enciclopedia Británica, donde se afirma —una porción de cuya declaración hemos citado anteriormente: "Finalmente está el valor pragmático de la teoría de la evolución. El biólogo al estudiar la materia viviente, encuentra que la idea de la evolución obra y le ayuda a interpretar sus hechos y a descubrir nuevas verdades y principios; mientras que ninguna otra teoría que hasta ahora ha aparecido le ayuda del todo. La idea de la evolución es un instrumento biológico tan importante como, por ejemplo, el microscopio . . . Personas irresponsables afirman frecuentemente que el 'Darwinismo está muerto.' Esto está muy lejos de la verdad. En lo que concierne al darwinismo como una afirmación razonada del hecho de la evolución, éste está más firmemente cimentado hoy que en los propios tiempos de Darwin, y cada día acumula más evidencias en su favor. Solamente respecto a la naturaleza de las variaciones que han de ser seleccionadas la teoría de la evolución ha sufrido por medio de la selección natural alguna modificación importante; en otros respectos ésta permanece inalterable." (VIII, 916).

Existen ciertos obvios fenómenos para los cuales la teoría de la evolución no ofrece ninguna explicación, a saber, el origen de la materia; la materia nunca ha evolucionado en vida; las especies permanecen separadas dondequiera que se observan y nunca se ha observado ninguna mutación de las especies; el movimiento; la vida; el estado consciente; Cristo; la experiencia cristiana; una vida futura. Lejos de ser cuestiones subordinadas, éstas son verdades esenciales de toda la creación. No es suficiente afirmar ahora que la evolución es un principio que no puede ocuparse en detalles. Las realidades mencionadas anteriormente son fundamentales. La ciencia para que sea digna de ese nombre debe conducirse en la base de *hechos probados*. Los hombres de ciencia que se subscriben a las teorías improbables de la evolución naturalista hacen afrenta a los requerimientos de su profesión. Como ha declarado el Dr. Miley: "La evolución es entonces una inferencia tomada de una simple hipótesis. Este no es el método de la ciencia. Una hipótesis es una base extremadamente insuficiente para cualquier ciencia. Ninguna teoría puede reclamar una posición científica sino hasta que se ha verificado a sí misma con hechos" (*Systematic Theology*, I, 135). La

explicación de esta extraña separación por parte de muchos eruditos de la reconocida base fundamental de la ciencia es que ellos no tienen otra salida. Ya que “el hombre natural no percibe las cosas que son del Espíritu de Dios” (1 Co.2:14), ellos no encuentran ninguna solución al problema del origen en la revelación que afirma que Dios creó el universo. A tal mente, evidentemente le resulta más fácil creer en una teoría que no ha sido substanciada que afirma que algo evolucionó de la nada; que la materia produjo la vida, que creer que Dios creó todas las cosas mediante Su poder suficiente y para Sus más sabios fines. La iluminación espiritual, y no la discusión, es el remedio eficaz para curar la incapacidad del hombre inconverso. ¡Qué anormal son estas cosas! ¡Qué pervertida es la experiencia intelectual de una persona que juzga como “estupidez” los sublimes actos creativos de Dios, pero no ven la estupidez de pensar que un renacuajo o un mono fuese el progenitor de los hombres! Sólo la fe y no los razonamientos científicos es capaz de descubrir las cosas de Dios. “Por la fe”, y no todos los hombres tienen fe, “entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía” (He.11:3). La doctrina de la creación divina no tan solamente es el punto de partida de la revelación, sino que el resto de la Escritura reconoce esa doctrina y se alimenta de ella.¹

IV. EL MATERIALISMO

“La doctrina que enseña que los hechos de la experiencia han de ser explicados en su totalidad en relación a la realidad, actividades, y leyes de la substancia física o material. En el campo de la psicología, esta doctrina niega la realidad del alma, como ente psíquico; en

¹Para que no se piense que la doctrina de la creación divina está limitada a los primeros versículos de la Biblia, presentamos a continuación más de setenta y cinco pasajes —cada uno de los cuales da testimonio directo por medio de la inspiración. Tan entretrejida está dicha doctrina a través de la Biblia que negar la creación divina es abandonar todo vestigio de revelación. El final, como se demuestra por todas partes, es la niebla del ateísmo o las negaciones del agnosticismo. Los pasajes son: Gn. 1:1-3 (comp. 1:1-31; 2:1-25); Ex. 20:11; 1 S. 2:8; Neh. 9:6; Job 9:8, 9; 12:8, 9; 26:7, 13; 28:24-26; 37:16, 18; 38:4, 7-10; Sal. 8:3; 19:1, 4; 24:1, 2; 33:6-9; 65:6; 74:16, 17; 78:69; 89:11, 12; 90:2; 95:4, 5; 102:25; 103:22; 104:2-6, 24, 30, 31; 119:90; 124:8; 136:5-9; 148:5; Pr. 3:19; 8:26-29; 26:10; 30:4; Ec. 3:11; 11:5; Is. 40:12, 26, 28; 42:5; 44:24; 45:7-12, 18; 48:13; 51:13; 66:2; Jer. 5:22; 10:12; 27:5; 31:35; 32:17; 33:2; 51:15, 16; Am. 4:13; 5:8; 9:6; Jon. 1:9; Zac. 12:1; Jn. 1:3, 10; Hch. 14:15; 17:24; Ro. 4:17; 11:36; 1 Co. 8:6; 2 Co. 4:6; 5:18; Ef. 3:9; Col. 1:16, 17; 1 Ti. 6:13; He.1:2,10; 2:10; 3:4; 11:3; Ap.4:11; 10:6; 14:7.

cuanto a la cosmología, niega la necesidad de asumir la existencia de Dios como Espíritu Absoluto, o de cualquier otra base espiritual o primer principio: en oposición al *espiritismo*. Las teorías materialistas han variado desde el principio, pero la mas comunmente aceptada considera todas las especies de vida perceptiva y mental como productos de organismos, y el universo mismo como explicable en términos de elementos físicos y sus movimientos” (*New Standard Dictionary*, 1913). A esto añade la Enciclopedia Británica: “Tal vez pueda decirse correctamente que el materialismo es al presente un necesario postulado metodológico de investigación científica natural. La tarea del científico es explicar todas las cosas por medio de las causas físicas que son comparativamente bien comprendidas y excluir la interferencia de causas espirituales. Fue la gran tarea de Descartes excluir religiosamente de la ciencia todas las explicaciones que no fuesen confirmadas científicamente (14a. ed. s. v.).

El mundo espera la introducción de una ciencia balanceada y sin prejuicios que dé a lo espiritual su lugar trascendente por sobre la materia. El servilismo ciego de los evolucionistas modernos quienes, por falta de luz espiritual, se ven obligados a buscar el origen de la vida en una emanación de la “complejidad físico-química” (lo que sea que eso signifique —ver la Enciclopedia Británica sobre la *evolución*) es como hundirse a sí mismo en el lado del cual es incapaz de alzar sus ojos. Así como Dios es más grande que las obras de Sus manos, así el espíritu del hombre, siendo directamente impartido por Dios (Gn. 2:7), sobrepasa en importancia la mera “casa de barro” en la cual habita. La historia de la ciencia se ha caracterizado por la admisión de innumerables mal entendimientos y errores. En el campo de lo que es solamente físico, se han realizado ciertos progresos; pero en lo que concierne a la vida y al ser espiritual, no ha habido ningún progreso, ni puede haberlo mientras los hombres de ciencia no admitan la revelación como una fuente válida de información. Si toda ciencia vacila tocante al problema de la vida, ¿cuándo se despertarán sus sacerdotes para apreciar la gran maravilla del “don de Dios que es vida eterna a través de Cristo Jesús Señor nuestro?”

V. EL POLITEISMO

La creencia y doctrina que hay más de un Dios se conoce con el nombre de *politeísmo*, y así, esta constituye una desobediencia al primer mandamiento del Decálogo. Ha sido la creencia de los infieles y de los evolucionistas modernos que, desde su desarrollo de la existencia animal elemental, el hombre ha creído en muchos dioses. Por el contrario, tanto la evidencia bíblica como la histórica

demuestra que el hombre comenzó creyendo en un solo Dios y luego se apartó de esa creencia, no queriendo “retener a Dios en su mente.” No podría escribirse una historia mejor y más correcta de ese alejamiento que la que encontramos en Romanos 1:18-32. Nuevamente nos referimos a algo escrito por el Dr. A. A. Hodge:

“El politeísmo . . . distribuye las perfecciones y las funciones del Dios infinito entre muchos dioses limitados. Este surgió de la adoración de la naturaleza representado por los antiguos Vedas de la India, que tan presta y generalmente hubo de substituir al monoteísmo primitivo. Al principio, como prevaleció por largo tiempo en Caldea y en Arabia, consistió en la adoración de los elementos especialmente las estrellas y el fuego. Posteriormente tomó formas especiales de las tradiciones, las supersticiones, y la relativa civilización de cada grupo. Entre los pueblos más salvajes descendió al fetichismo como en el oeste y el centro de Africa. Entre los griegos fué hecho el vehículo para la expresión de su refinado humanitarismo en la apoteosis de hombres heroicos en vez de la revelación de dioses encarnados. En la India, surgiendo de una filosofía panteísta, el panteísmo ha sido llevado al más extravagante de los extremos, tanto en lo referente al número como el carácter de sus dioses. Todas las veces que el politeísmo ha sido ligado a la especulación aparece como el complemento del panteísmo.” (*Outlines of Theology*, ps.47,48).

El politeísmo no presenta ninguna semejanza a la doctrina bíblica de una Trinidad de Personas representando una Esencia. La creencia Trinitaria está basada en el hecho fundamental que hay un Dios —Jehová nuestro Elohim es un Jehová (Dt. 6:4), y sostiene que ese Dios único subsiste en tres Personas. La Biblia es en sumo grado una revelación monoteísta.

VI. IDEALISMO Y REALISMO

En relación a estas dos escuelas de pensamiento, el New Standard Dictionary (ed. de 1913), señala: “el idealismo: Ese sistema de pensamiento que se propone interpretar y explicar la totalidad del universo, las cosas y las mentes con sus relaciones, como la realización de un sistema de ideas, o como la evolución progresiva de una idea. Dicho concepto adquiere varias formas dependiendo del punto de vista de lo que la idea o el ideal es, y cómo nos aseguramos de éste. El idealismo normalmente es considerado como, y en sus particularidades frecuentemente es, la antítesis del realismo; pero los extremos de ambos se favorecen mutuamente, pues, aunque en muchas ocasiones se niegan el uno al otro, también muchas veces las dos escuelas coinciden en sus afirmaciones. Por otra parte, mientras que el agnosticismo admite la posibilidad de la existencia de la realidad como independiente de lo consciente, al mismo tiempo niega la posibilidad de conocer dicha realidad. El idealismo, por lo tanto, se diferencia del agnosticismo al rehusar admitir la posibilidad de una

realidad que no sea ideal.”

Concerniente al realismo como filosofía, igualmente se declara: “La doctrina que mantiene que los objetos del conocimiento humano tienen existencia real, y no solamente existencia en la mente de aquel que los percibe o que de otro modo los reconoce. El realismo por lo tanto, es opuesto al *nominalismo*, *fenomenalismo*, y al *idealismo escéptico o subjetivo*.”

VII. EL PANTEISMO

Como la palabra sugiere, el panteísmo es la creencia que Dios es todo y que todo es Dios, confundiendo de esa manera a Dios con la naturaleza, la materia con el espíritu, y al Creador con las cosas que El ha creado. Dos rumbos diferentes se han tomado en relación a la filosofía panteísta. Uno es que la materia origina todas las cosas y es Dios, siendo la vida y el espíritu modos de la existencia del Absoluto total. El otro postula que el espíritu lo es todo y que la materia no tiene existencia substancial más allá de la impresión mental, o la ilusión, de que ésta existe. En ambos casos, Dios es todas las cosas. De modo que tanto el idealismo como el realismo están representados en las dos formas de esta filosofía. Como puede observarse en las antiguas religiones brahmana y budista, esta creencia ha conducido a la doctrina de la transmigración del alma, la cual también mantiene que el alma deriva toda su existencia de Dios y eventualmente, después de innumerables reencarnaciones, regresa a Dios y es absorbida en El. En los “vedas” se enseña que “todo el universo es el Creador, procede del Creador, y regresa a él.” Igualmente, la misma fuente dice: “¡Tú eres Brama, tu eres Vishnú, tú eres Kodra, etc.; tú eres aire, tú eres Andri, tú eres la luna, tú eres substancia, tú eres Djam; tú eres la tierra, tú eres el mundo! ¡Oh, Señor del mundo, a tí la adoración humilde! ¡Oh, Alma del mundo, tú que supervisas las acciones del mundo, que destruyes el mundo, que creas los placeres del mundo! ¡Oh, Vida del mundo, los mundos visibles e invisibles son el juego de tu poder; tú eres el soberano, Oh, Alma Universal; a tí la adoración humilde!” (citado por Cooke, *The Deity*, ed. rev. p. 170).

Aparentemente la imaginación humana no necesita más que una leve sugerencia para fabricar, por medio de la imaginación, misterio sobre misterio y fábula sobre fábula, y, al parecer, sin jamás ser recusada por el hecho de que tal actitud redunde en un engaño monstruoso. En contraste con esto, la revelación ha provisto una estabilización para la mente humana la cual, de otro modo, como el caso de los demonios de Lucas 11:24, “andan por lugares secos,

buscando descanso; y al no encontrarlo”, se apresta a deificar y adorar cualquier cosa desde un “reptil” hasta el universo mismo. Hasta qué punto puede adentrarse el panteísmo como filosofía es algo que se refleja en numerosos escritos —antiguos y modernos. Lucano dijo: “Todo lo que podéis ver es Júpiter.” Séneca preguntó, “¿Qué es Dios? ”, respondiendo, “El es todo lo que veis, y todo lo que no veis” (citado por Cooke, *ibid.*, ps. 171-72). La siguiente versificación compuesta por el Dr. Mason Good de un poema atribuido a Orfeo representa el pensamiento filosófico de su día:

Jove existe primero, cuyos truenos resuenan en el cielo;
Jove último, Jove en el medio, todo procede de Jove.
Jove es femenina, el inmortal Jove es masculino;
Jove es la amplia tierra —el cielo irradia con palidez.
Jove es el Espíritu ilimitado, Jove es el fuego
que calienta al mundo de sentimiento y deseo.
El mar es Jove, el sol y la luna;
Jove el rey supremo, la fuente soberana de todo.
Todo el poder es suyo; a él sea toda la gloria
Porque su vasta forma abarca todo lo que vive.
—citado por Cooke, *ibid.*, p. 171.

El panteísmo se ha convertido en la herencia de toda nación sobre la tierra y ha afectado las corrientes del pensamiento humano más allá de lo imaginable. Este asume la eternidad de la materia y la idea absurda que la materia tiene poder para originar la vida y el espíritu. En su forma idealista éste contradice la percepción humana y destruye el fundamento mismo en el que está basada la razón y el método fundamental de su propio procedimiento. El panteísmo destruye también las distinciones más esenciales de las cosas existentes, por las que únicamente éstas pueden ser identificadas. Según el panteísmo, el alfarero y el barro son exactamente lo mismo —si es que existen del todo. Los promotores de estos conceptos por fuerza contradicen en sus vidas diarias las propias especulaciones que mantienen. Ellos no pueden presentar un teorema, ni aun comenzar a formularlo, sin apartarse de su idea principal. Todo esfuerzo por incrementar esta teoría asume el principio mismo que la destruye. Al tratar de apoyarla, sus exponentes destruyen la supuesta base de dicha teoría. El panteísmo destruye todas las distinciones. Reduce todos los elementos de un mismo nivel. Este concepto no reconoce en lo absoluto que Dios es infinito mientras que la creación es finita; que Dios es omnipotente mientras que la creación es impotente; que Dios es inmutable mientras que la creación es mutable; que Dios es eterno mientras que la creación experimenta nacimiento y muerte. El error es algo incidental para otras mentes, pero es algo inevitable y

esencial para los maestros panteístas. Aunque el panteísmo concibe un dios tal y como la especulación humana puede producir, éste es el progenitor del ateísmo y de la más terrible idolatría. Además, al proclamar que la materia es Dios y Dios es la materia, está muy cerca de la declaración del necio al decir que no hay Dios. De igual manera, el panteísmo está a un solo paso de la adoración de cualquier objeto inanimado o animado, ya que dicha teoría mantiene que todo es parte de Dios. Un sistema tal conduce a la blasfemia y a la permisibilidad. El panteísmo destruye la base de todo concepto moral. Si toda la naturaleza fuese Dios, entonces las acciones humanas no se diferenciarían de Dios sino que serían las propias acciones de Dios. Toda la gama de los crímenes humanos se convierte en algo tan digno como la virtud misma. Las expresiones usadas para describir la virtud sólo serían ideas convencionales. La razón sería asesinada y la virtud difamada. Tal es el fruto de la filosofía del panteísmo actual prevaleciente en los centros educacionales modernos. El estudiante de teología haría bien en reflexionar sobre la siguiente declaración, producto normal de la filosofía panteísta: "La creencia en un Dios personal y viviente es la base principal y el origen de nuestro carcomido estado social; además, entre tanto que la humanidad dependa, aunque sea un pelo, de la idea del cielo, no hay felicidad qué buscar aquí en la tierra. El hombre mismo es la religión del futuro. Dios necesita del hombre, pero el hombre no tiene ninguna necesidad de Dios" (citado por Cooke, *ibid.*, p. 186). Estas repugnantes afirmaciones constituyen el propio credo del ateísmo y del comunismo, que están aferrados al cuello de los intereses sociales del mundo y que odian las cosas de Dios con odio perfecto.

El siguiente párrafo escrito por el Dr. Guillermo Cooke, publicado en 1862, resume el carácter maligno de esta filosofía:

"Ya sea que contemplemos el sistema teórica o prácticamente, ésta es la monstruosidad más horrenda que la mente humana haya podido fabricar jamás. Esta filosofía personifica en grado sumo lo absurdo y lo inmoral. Esta fue generada por medio de la vanidad, estimulada por medio del orgullo, y madurada por medio de la más consumada depravación. Vista por medio del lente de la filosofía, dicho sistema es una notoria tontería; vista a través de la moralidad es detestablemente obscena; y, vista a través de la religión, es una horrible blasfemia. Es repugnante a nuestra razón, y repulsiva a nuestro sentido moral; es una desafortunada desgracia tanto para el intelecto como para el carácter del hombre, lo cual es humillante y nauseabundo contemplar; y la desgracia es aún más profunda cuando pensamos acerca de los hombres, los países y la edad de las personas entre las que este sistema se ha popularizado. Un maníaco no podría igualar su imbecilidad, ni podría un demonio exceder su maldad. El mismo Príncipe de las Tinieblas... no podría desear una humillación más completa para el intelecto humano, una destrucción más completa del carácter y la felicidad humana, una subversión más perfecta de la autoridad y los designios del

Dios Todopoderoso. Su aceptación universal consumaría los deseos de ese espíritu maligno y apóstata, al disolver todos los lazos de la sociedad, destruyendo los fundamentos del orden y la felicidad social, y llenando la tierra de bajas pasiones, violencia y sangre. No nos maravillamos del esparcimiento del socialismo, el comunismo, el libertinismo, la anarquía, y el odio hacia la religión; no nos sorprende que los vicios se practiquen abiertamente, los crímenes se cometan con impunidad, y que los malos hombres sean tenidos en reputación. ¡Existe una causa para esto! El saber y la inteligencia han prostituido sus poderes al abogar una mentira atea, y la han propagado a través de toda la sociedad; y tal mentira al ser sancionada, y al ministrar a las más bajas pasiones humanas, ha producido los efectos que deploramos.” (*Ibid.*, págs. 187-188).

VIII. EL DEISMO

Esta expresión procede del latín *Deus* (Dios) y está estrechamente relacionada a la palabra griega *Teos*. Como filosofía el deísmo mantiene que Dios es un ser personal, infinito y santo, y que es el Creador de todas las cosas; pero que El deliberadamente abandonó Su creación después de completada con el propósito de que ésta fuese auto-suficiente en todo sentido por medio de las fuerzas residentes en ella. Dios no está presente en la creación sino que es un ser trascendente. El deísmo rechaza las Escrituras o cualquier sugerencia de que Dios está obrando providencialmente desde la creación. Según este sistema, no existe la posibilidad de allegarse a Dios por medio de la oración, o de tener comunión y compañerismo con El. El deísmo es “la religión de la naturaleza” ya que mantiene que todo lo que puede conocerse de Dios está limitado a las deducciones que puedan obtenerse de la creación. No hay ninguna influencia moral que provenga del deísmo y esto ha sido demostrado por sus seguidores. Carlyle describió de esta manera el concepto deísta de Dios: “Un Dios ausente, sentado sin hacer nada desde el primer sábado en las afueras del universo, contemplando como se mueve” (citado por Strong, *Theology*, p. 204).

IX. EL POSITIVISMO

El positivismo es la filosofía elaborada por Augusto Comte (1798-1857) y que está basada en la idea que el conocimiento del hombre está limitado a hechos visibles o fenómenos, y de éstos el hombre sólo tiene conocimiento parcial. El positivismo rechaza toda consideración de la metafísica o de la filosofía especulativa. Los argumentos teístas en cuanto a la Primera Causa y al diseño, así como las conclusiones del razonamiento humano, también son negados.

X. EL MONISMO

“La doctrina que relaciona la explicación de todas las existencias, actividades y desarrollos del universo, incluyendo los seres físicos y psíquicos o espirituales, a un último principio o substancia: éste se opone al *dualismo* filosófico y al *pluralismo*. Si se concibe ese principio o substancia en forma de vida personal, la doctrina toma las características de *monismo idealista*; si se concibe como materia y mecanismo físico, entonces se llama *monismo materialista*; y si se presenta como algo que niega la realidad tanto de la vida personal finita como de las existencias físicas finitas, pero afirma que ambos son solamente las manifestaciones fenomenológicas de una base impersonal, la doctrina se convierte en *monismo panteísta*” (*New Standard Dictionary*, ed. de 1913).

XI. EL DUALISMO

“El sistema o teoría que afirma la existencia de una dualidad radical o doble división de la naturaleza, ser u operación. En la historia del pensamiento filosófico se han desarrollado cuatro especies de *dualismo*, que hasta cierto punto son interdependientes pero no son idénticas, según el asunto que se considere. Estos son:

(1) DUALISMO TEOLOGICO, o la doctrina que afirma que hay dos opuestos principios eternos, o seres divinos, uno bueno y el otro malo. Este concepto caracterizó la doctrina del Zoroastrismo y ciertos sistemas gnósticos, pero es opuesto por religiones monistas tales como el cristianismo y el mahometismo. Una forma especial de esta doctrina surgió durante las primeras controversias de la Iglesia. Dicha doctrina fue introducida por Nestorio, quien mantenía que el Logos habitó en Jesús como una persona distinta, de modo que se le atribuía a Cristo una doble personalidad, en vez de ser una sola persona divino-humana.

(2) DUALISMO FILOSOFICO, o la teoría que considera que el ser último del universo, o “Fundamento-cósmico”, es una dualidad o que está constituido de dos elementos independientes e irreducibles, lo cual es lo contrario tanto al monismo idealista como al materialista.

(3) DUALISMO PSICOLOGICO O PSICOFISICO, es la teoría que afirma que el cuerpo humano y el alma son dos existencias diferentes.

(4) DUALISMO ETICO, o el sistema moral que demanda y justifica una clase de conducta hacia sus semejantes en el mismo grupo social y otra clase de conducta hacia el resto de los hombres” (*Ibid.*).

XII. PLURALISMO

Aparte del uso general en relación al aspecto plural de las cosas, la expresión *pluralismo* tiene un significado filosófico específico en el cual la unidad esencial del mundo es negada. Dicho concepto afirma que “debido a que la mente crea su propio mundo, para los propósitos prácticos, hay tantos mundos como la mente puede crear” (*Ibid.*).

CONCLUSION

Estos son en general los argumentos naturalistas a favor y en contra de la existencia de Dios, y las cuestiones filosóficas que éstos engendran. De esto, tan importante como lo es, la mente espiritual se vuelve con alivio a la completa, satisfactoria, y autoritativa revelación de Dios como está escrita en Su Santa Palabra.

CAPITULO XIII

LA PERSONALIDAD DE DIOS

El progreso en la búsqueda del desarrollo sistemático de la verdad teológica que hasta ahora hemos obtenido debe observarse que, bajo el tema de la Bibliología, la Biblia se ha demostrado ser la Palabra de Dios escrita y, bajo el *teísmo naturalista*, ha sido presentada la evidencia concluyente que la razón ofrece en cuanto a la existencia de Dios. Estos son aspectos vitales de la verdad teológica y sobre la base de estas realidades comprobadas puede estudiarse el teísmo bíblico. Una vez más se afirma que la Teología Sistemática obtiene su información tanto de la *razón* como de la *revelación*. También se afirma que la Biblia, siendo la Palabra de Dios escrita, sus declaraciones son aceptadas como finales, en lo que concierne a discusiones futuras en esta obra de teología. Pueden haber problemas de interpretación; pero no consideraremos ningún problema en cuanto a la fidelidad de las Escrituras. Así mismo, el hecho de la existencia de Dios, establecido por medio de la razón, no será sometido a ninguna discusión adicional. Una mente espiritual, persuadida del valor de una revelación inerrante, responderá de manera natural y correcta a la verdad presentada por la revelación, y ha de ser impresionada de manera ínfima por los resultados de la razón. Sin embargo, la evidencia obtenida por medio de la razón es poderosa dentro de sus propios límites y ofrece cierta seguridad de que, cuando la revelación y la razón son correctamente evaluadas, no tan solamente están en armonía, sino que también son suplementarias. La verdad siempre tiene que concordar con sí misma sin importar los diferentes ángulos de donde se mire ni los diferentes campos donde se encuentre. Si ocurriese que la razón ofreciera conclusiones que estén en desacuerdo con la revelación, es necesario deducir que la razón está errada ya que ésta adolecería de un guía infalible fuera de la revelación.

En ningún otro momento el alma consagrada a Dios se percató más de sus limitaciones que cuando es confrontada con la responsabilidad de la debida comprensión de la Persona de Dios. El hombre pecador es incapaz, fuera de la iluminación divina, de comprender al soberano Creador, o la limitada y subordinada criatura en la importancia correspondiente a cada una; y el regenerado recibe ese conocimiento

de Dios que hasta él llega solamente a través de la obra iluminadora del Espíritu Santo. Moisés llegó a poseer el patrimonio de la verdad que pertenecía al pueblo escogido y fue educado en toda la sabiduría de Egipto, aún así cuando estuvo de pie ante la zarza tuvo que quitarse el calzado de sus pies.

El *teísmo bíblico* no está, como el *teísmo natural*, limitado al proceso del razonamiento humano y a los simples hechos tocante a la existencia de Dios; sino que es una manifestación de los detalles de la maravillosa verdad en la relación a Dios en términos explícitos escritos por inspiración divina y preservados para siempre. El estudiante tiene que confrontar su responsabilidad personal en obtener, a través de la oración y la meditación y mediante el poder iluminador del Espíritu, la idea correcta y los conceptos dignos de Dios.

La verdad revelada concerniente al Ser divino puede ser clasificada como aquello que es *abstracto*, o que está dentro de Dios mismo —Su Persona, Sus atributos, Sus decretos y Sus nombres— y aquello que es *concreto*, o la manifestación de Sí mismo en tres Personas. Los aspectos *abstractos* de la verdad acerca de Dios están basados en el hecho de que Dios es una Unidad o esencia. Los aspectos *concretos* de la verdad acerca de Dios están basados en el hecho de que Dios existe en una trinidad de Personas, lo cual se conoce con el nombre de *trinitarianismo*. Tocante a la verdad *abstracta* acerca de Dios, puede observarse lo siguiente:

I. LA PERSONALIDAD DE DIOS

Dios ha declarado en Su Palabra inerrante que el hombre, muy contrariamente a otras cosas materiales, ha sido creado a imagen y semejanza del Creador. Está escrito: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza . . . Y creó Dios al hombre a Su imagen, a la imagen de Dios lo creó” (Gn. 1:26, 27). De esto se deduce, por lo tanto, que hay una semejanza entre Dios y el hombre. En este modo de comparar las cosas la Biblia procede a presentar la naturaleza y el carácter de Dios. El es una Persona con esas facultades y elementos constituyentes que son básicos de la personalidad. Esas facultades y elementos en Dios son *perfectos* en grado infinito; pero en su *naturaleza* éstos mantienen un parecido extraordinario a esas facultades y elementos *imperfectos* pertenecientes al hombre. Contrario al concepto bíblico de Dios, el Arzobispo King afirma: “Porque no sabemos como son Sus facultades en sí mismas, le damos nombres de esos poderes que a nuestro parecer son necesarios para producir tales efectos, y le

llamamos sabiduría, entendimiento, y presciencia; pero al mismo tiempo debemos, por lo menos, ser sensibles que éstos son de una naturaleza totalmente diferente a la nuestra, y que nosotros no tenemos una noción o concepto directo y propio de ellos” (Sermón sobre la *Predestinación* y la *Presciencia Divinas*, citado por Cooke, *The Deity*, ed. rev. p. 216).

Esta presentación tiene que ser objetada. Es cierto que solamente una pequeña porción de todo lo que Dios es puede ser conocida, pero no es verdad que Dios es tan diferente del hombre que no pueda formularse ningún concepto propio de El. En cuanto a las facultades y las propiedades existe semejanza, y en relación a los atributos intelectuales y morales hay una correspondencia en la *naturaleza* de ellos aunque no existe comparación alguna en cuanto al grado de *perfección*. Voluntad, amor, verdad, fidelidad, santidad, justicia, son realidades que pertenecen tanto a Dios como al hombre, y aunque hay una gran desigualdad en el grado que ellos representan, la *naturaleza* de estas características es la misma en cada esfera.

Nuevamente, la objeción, como muchas otras en diferentes ramos de la verdad, deja de reconocer la finalidad de la declaración divina que el hombre ha sido creado a “imagen y semejanza” de Dios. La posibilidad de una diferencia en los significados de estas dos palabras —*imagen y semejanza*— como se usa en las Escrituras, no necesita ser discutido ahora. El asunto en cuestión es que Dios de manera enfática afirma que hay reciprocidad entre Sí mismo y el hombre. En la base del principio expuesto por esta afirmación, el hombre está justificado en trazar las características divinas de ese patrón que, aunque fragmentario, su propio ser suministra.

No se afirma de ningún modo que la naturaleza corporal del hombre esté incluida en esa comparación, ya que se dice de Dios que El es Espíritu (Jn. 4:24). Se deduce, por lo tanto, que esta semejanza está circunscrita solamente a la parte inmaterial del hombre. Cuando se describen las características de Dios en lenguaje humano se usan expresiones llamadas antropomorfismos. Estos frecuentemente se usan en relación al cuerpo humano y a sus distintas propiedades. En relación a Dios se declara: “El eterno Dios es tu refugio, y acá abajo los brazos eternos” (Dt. 33:27); “Mi Padre que me las dió, es mayor que todos, y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre” (Jn. 10:29); “Jehová dijo así: el cielo es mi trono, y la tierra estrado de mis pies” (Is. 66:1); “Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él” (2 Cr. 16:9); “He aquí no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír” (Is. 59:1); “. . . porque la boca de Jehová lo ha hablado” (Is. 58:14). Del

mismo modo se hace referencia al “rostro” de Dios (Ex. 33:11, 20), y a Su “naríz” (2 S. 22:9, 16). Antropomorfismos como éstos se usan a través de la Biblia incontable número de veces, y debe notarse que donde se atribuye a Dios la posesión de órganos físicos, ello no es una afirmación directa de que Dios posee tales órganos, ni tampoco un cuerpo físico con todas sus partes; pero El es capaz de realizar precisamente las mismas funciones que dichos órganos realizan en el hombre. “El que hizo el oído, ¿no oirá? El que formó el ojo, ¿no verá?” (Sal. 94:9). El Dr. W. H. Griffith Thomas ha escrito: “Algunas veces surgen objeciones en contra del concepto bíblico de un Dios antropomórfico, pero las objeciones carecen de validez ya que tenemos que usar lenguaje humano, y las nociones de hombre y personalidad son las más elevadas para nosotros. Lógicamente, es más adecuado el uso de expresiones antropomórficas que de expresiones zoomórficas o cosmomórficas, y cuando atribuimos a Dios emociones y sensibilidades también lo libramos de todas las imperfecciones que acompañan a estos elementos al ser concebidos por los seres humanos. Al revelarse a Sí mismo, Dios tiene que condescender al nivel de nuestras capacidades, y usa un lenguaje que nos resulta comprensible” (*The Principles of Theology*, p. 15). ¿No es acaso uno de los propósitos más vitales de la encarnación que Dios sea revelado a los hombres al nivel de la personalidad humana de modo que el hombre sea capaz de comprenderlo?

Ricardo Watson ha escrito: “Cuando se dice que Dios es espíritu, no tenemos razón para concluir que el propósito de dicha afirmación es la mera formulación de una analogía distante y vaga. La naturaleza de Dios y la del hombre no son la misma, sino parecidas, ya que tienen muchos atributos en común, aunque, en lo que concierne a la naturaleza divina, dichos atributos poseen un grado de perfección infinita” (*Institutes*, cap. IV). También el Dr. Chalmers hace el siguiente comentario: “La mente del hombre es una creación, y por lo tanto indica a través de sus características el carácter de Aquel por cuyo decreto y ejecución de Su voluntad tiene su existencia” (*Natural Theology*, I, 306). Y acerca del mismo asunto, ha dicho el escritor Roberto Hall: “El cuerpo tiende a separarnos de Dios debido a lo opuesto de su naturaleza; el alma por el contrario, nos une a El de nuevo, por medio de esos principios y facultades que, aunque infinitamente inferiores, poseen una cualidad que armoniza con la del Creador. El cuerpo es creación de Dios; el alma es Su imagen” (Sermón sobre *The Spirituality of the Divine Nature*). Teodoro Mopsuesteno ofrece esta brillante ilustración: “Cuando Dios creó al hombre, Su obra final y culminante, fue como si un rey habiendo

edificado una gran ciudad, y habiéndola adornado con muchas y variadas obras, después de haberlas perfeccionado todas, ordenase que una grande y hermosa imagen de sí mismo fuese colocada en medio de la ciudad, para así manifestar a aquel que construyó dicha ciudad" (*Ap. Petav. t. iii., lib. ii., citado por Cooke, op. cit., ps. 219-20*).

Y escribiendo acerca del mismo tema, el Dr. J. J. Van Oosterzee ha declarado:

"El hombre sólo puede hablar de Dios en forma humana; y, si nuestra naturaleza está verdaderamente relacionada con la de Dios, ¿cómo podríamos concebirle sin la mezcla de una sola característica derivada de nosotros? Este es el profundo significado de las palabras de Jacobi: 'al crear al hombre, Dios teomorfizó; por lo tanto el hombre tiene que antropomorfizar.' 'Dios desciende a nosotros para que nosotros podamos elevarnos hasta El.' Antropomorfismo y antropopatismo no constituyen en ninguna manera el antípode, sino que son expresiones que imperfectamente se aproximan a la verdad; y también en la interpretación de las Sagradas Escrituras, nuestra parte es simplemente trazar, tanto como sea posible, la verdad fundamental en tales expresiones. Al hacer tal cosa, es necesario que expliquemos cuidadosamente los conceptos antropomórficos por medio de aquellos que son puramente espirituales, y no lo contrario, guardándonos así con discernimiento espiritual contra el "pensar de una manera terrena"... acerca de la majestad de Dios. Después de considerarlas y explicarlas de esa manera, aún las expresiones antropomórficas de las Escrituras se convierten en un medio para el mejor conocimiento de Dios; una adaptación sublime a las necesidades y las debilidades humanas, santificada por la fe que nos permite ver, ya que el Hijo de Dios ha aparecido sobre la tierra en forma humana. El antropomorfismo pertenece a la manera en que necesariamente Dios se revela, y aquel que le teme al follaje que tenga cuidado de no perder el grano, para retener solamente a un Dios apático"-*Christian Dogmatic*, I, 255.

Es igualmente cierto que la debilidad y el pecado humano no pueden en ningún modo ser atribuidos a Dios, y, asimismo hay características en Dios que no pueden ser expresadas en términos de la vida humana. Pero las propiedades mentales y morales del hombre sirven para demostrar el hecho significativo y trascendental que los atributos que son iguales en naturaleza, si no en su grado de perfección, residen tanto en Dios como en el hombre. Para el estudiante devoto no existe margen para la especulación racionalista en cuanto a si es posible reducir a Dios a una norma o patrón. Dios ha afirmado en términos claros que el hombre, por virtud de su creación, ha sido diseñado para exhibir ciertos elementos que son propios del Creador —una revelación tangible tocante al hecho que el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios. No es posible obtener un concepto fiel de la Persona de Dios a través de un razonamiento panteísta, el cual no reconoce ninguna distinción de

poderes o de cualidades en Dios; ni tampoco se obtiene por medio del concepto superficial que afirma que Dios no es sino la suma de Sus capacidades y por lo tanto es divisible en tantas partes como corresponda al número de sus atributos. Dios es una *Persona*, y sin restarle nada a esa verdad está el hecho que El es inmaterial e infinito. Sus capacidades resultan de lo que El es, pero Su suficiencia no es la medida o el equivalente de Sí mismo. Existe siempre el peligro que al concepto humano de Dios se le limite a ser satisfecho con el entendimiento de las obras divinas, y no prosiga a contemplar los aspectos de mayor consecuencia de Su Persona divina. Sir Isaac Newton lo ha expresado de la manera siguiente: “No es lo eterno y lo infinito, sino el Ser eterno e infinito” (ver Watson, *Institutes*, I, 268). No es suficiente discernir las obras de Dios y Sus características; el corazón debe conocer a Dios como Persona.

Voltaire declaró: “Dios hizo al hombre a su imagen, y el hombre le ha devuelto el favor” (citado por S. Harris, *God the Creator and Lord of All*, I, 176). Lo falaz de esta declaración es que el hombre es acreditado con haber creado a Dios en el mismo sentido en que Dios ha creado al hombre. Solamente por medio de un argumento *a posteriori* puede el hombre razonar partiendo de sus propias capacidades como persona a la Persona de su Creador. Este argumento en ninguna manera debe ser tomado como que el hombre trata de llegar a una conclusión respecto al origen de Dios. La mente humana refleja la inteligencia divina y, a pesar de la disparidad en grado, debe de concluirse en la base de la autoridad divina que la inteligencia en Dios es de la misma naturaleza que en el hombre; que la sensibilidad en Dios es de la misma naturaleza que en el hombre; y que la voluntad y el amor de Dios son de la misma esencia que los del hombre. Si en su investigación de las obras de Dios, el hombre descubriese que las partes esenciales y de motivación de su propio ser no son en su naturaleza correlativas con las partes esenciales y activas del Ser divino, y por lo tanto sujeto a los mismos principios y leyes que invariablemente gobiernan todas las personalidades, entonces todo el conocimiento humano queda disuelto en la densa niebla de la ilusión, por no decir de la decepción.

El concepto común es que la materia es la realidad primaria, o la fuerza de las cosas tangibles, y que las cosas del espíritu son irreales como fantasmas. El teísmo bíblico, por otra parte, contempla la *Persona* de Dios como la realidad primaria y todo lo demás —aún el hombre— como un medio de la revelación divina y como la expresión de la obra creadora de Dios. Las cuatro primeras palabras de la Biblia son decisivas y empíricas —“En el principio Dios.” Si el Creador de todas las cosas dijese tocante a un fragmento específico de Su

creación, “he hecho esto a mi imagen y semejanza”, le corresponde a la criatura aceptar dicha declaración y actuar conforme a ella. Tal aceptación no tan solamente le da a Dios la posición primaria en Su universo, sino también reconoce que Dios es una *Persona* con todo lo que esa expresión implica.

Por lo tanto debe concluirse que la personalidad de Dios tiene que ser estudiada a la luz del propio ser y conciencia del hombre. Este principio está en conformidad con un principio esencial de la ciencia, a saber, que las cosas que manifiestan las mismas cualidades de hecho son equivalentes. Nada es más claro que la unidad de la personalidad. Esta reúne todo su pasado en sí misma por medio de la facultad de la memoria, su presente por la percepción inmediata, y su futuro a través de su método de planear y por la facultad de la anticipación. Sin el reconocimiento de esta unidad de todas las partes de una personalidad no podría haber ningún análisis de la vida humana ni de la ciencia de la psicología. La vida animal, dentro de la cual el hombre puede penetrar hasta un cierto límite, debido a su incapacidad de colocar la percepción animal a la luz de la suya propia, no presenta ninguna evidencia de inteligencia racional, ni de libertad de selección, ni de propósito para dignos fines que pertenecen al ramo de la personalidad.

Los elementos que se combinan para formar la personalidad son: el intelecto, la sensibilidad, y la voluntad; pero todos estos actuando juntos requieren una libertad tanto de acción externa como de selección de fines hacia los cuales se dirige la acción. La inteligencia tiene que dirigir, la sensibilidad tiene que desear y la voluntad tiene que determinar la dirección que conduzca a fines racionales. No puede haber personalidad alguna, ya sea humana, angélica o divina, sin estos complejos pero esenciales aspectos. Sin estos no podría haber personalidad. A través del argumento cosmológico hemos visto que existe un ser Creador que posee una voluntad auto-suficiente. Por medio del argumento teleológico conocemos que hay un ser Creador que posee poderes mentales capaces de diseñar y determinar los medios para llegar a un fin. Y por medio del argumento antropológico podemos decir que existe un Creador que posee sensibilidad. Tocante a esto el testimonio de las Escrituras es abundante. El testimonio de la Biblia es que el hombre, los ángeles y Dios poseen los elementos esenciales que conjuntamente constituyen la personalidad. Se dice de Dios que el es inteligente y omnisciente: “Grande es el Señor nuestro, y de mucho poder, y su entendimiento es infinito” (Sal. 147:5); “Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde los tiempos antiguos” (Hch. 15:18); “Y no hay cosa creada que no sea manifestada en su presencia; antes bien todas las cosas

están desnudas y abiertas a los ojos de aquel a quien tenemos que dar cuenta” (He. 4:13). De igual manera se dice que Dios posee sensibilidad. El ama la justicia y odia la iniquidad. El es un Dios compasivo. Su amor infinito lo ha movido a ofrecer el sacrificio supremo por medio del cual la redención ha sido provista para beneficio del hombre pecador. “Dios es amor” (1 Jn. 4:16). Y finalmente, el atributo de la voluntad también está presente en Dios: “Nuestro Dios está en los cielos; todo lo que quiso he hecho” (Sal. 115:3); “. . . Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero” (Is. 46:10); “. . . Y él hace según su voluntad en el ejército del cielo, y en los habitantes de la tierra, y no hay quien detenga su mano y le diga: ¿Qué haces?” (Dn. 4:25).

Abundando sobre el tema de la personalidad de Dios, el Dr. Juan Miley ha dicho: “Si Dios no es un ser personal, el resultado inevitable sería el ateísmo o el panteísmo. Importa poco cual de los dos. Las implicaciones funestas y tenebrosas son bastante parecidas. Si no hay un Dios personal, entonces no hay un Dios auto-suficiente y con el poder moral y racional de la auto-determinación, no hay agente divino personal en el universo. Una fuerza ciega, por necesidad, tendría que haber sido la causa de todo. La existencia del mundo y de los cielos carecen de razón y de fin. No hay razón para la existencia del hombre, ni hay una finalidad moral o racional. Dios no tendría interés en el hombre, ni tampoco un gobierno racional y moral sobre él. El sentido universal de la obligación moral y de la responsabilidad tienen que ser pronunciados como un engaño. La adoración debería finalizar, pues falta un ser digno de que se le adore. Todo lo que queda es la sombra de un universo sin teleología ni providencia divina” (*Systematic Theology*, I, 173).

Bajo el aspecto del teísmo bíblico que estamos considerando, el concepto que reconoce la esencia única de Dios es aquí expuesto. En una consideración posterior de este tema trataremos de manera amplia el hecho de la existencia eterna de Dios en tres Personas, y que cada una de dichas Personas posee la personalidad que requiere la perfección divina. Dios siempre ha procurado revelarse al hombre, no como una influencia o fuerza ciega, sino como una Persona viviente con quien el hombre puede tener comunión. La invitación a tal comunión presupone y necesita una similitud de naturaleza entre aquellos que participan de esa relación. “. . . Y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Jn. 1:3). El Padre y el Hijo se revelan a sí mismos como Personas (Mt. 11:27), y el Padre y el Hijo envían al Espíritu cuya misión revela claramente que El es una Persona (Jn. 14:16-17, 26; 15:26; 16:7-11). La verdad fundamental de toda la Escritura es el hecho que Dios es Uno que subsiste en tres Personas.

CAPITULO XIV

LOS ATRIBUTOS DE DIOS

Aunque completamente inadecuado, el concepto que el hombre tiene de Dios se mide por medio de esas características que él atribuye a Dios. La Biblia presenta una revelación que, aunque limitada por las barreras impuestas por el lenguaje humano, es la de una Persona y esta revelación atribuye a Dios esas elevadas características que son propias de El. Esas cualidades que son atribuidas reciben propiamente el nombre de *atributos*. Declarar Su Persona y la suma total de Sus atributos, constituiría una definición completa de Dios que el hombre nunca podría esperar realizar.

La pregunta *¿Puede Dios ser definido?*, ha sido contestada en forma negativa por algunos escritores debido al reconocimiento que ninguna definición podría agotar completamente la idea en cuestión —especialmente cuando esa idea se caracteriza por la infinitud. Sin embargo, una definición de algo no requiere un conocimiento de todas sus partes. Se diría lo suficiente si se mencionase un número adecuado de los elementos que lo distinguen de otras cosas. Según este concepto de lo que es una definición, Dios puede ser definido. Una distinción de inmediato es evidente entre la definición de los filósofos racionalistas quienes, desestimando la revelación, tratan de definir a Dios dentro del campo limitado que la razón permite, y la que ofrecen aquellos hombres que reconocen el mensaje autoritativo que la Biblia presenta. Los filósofos racionalistas han definido a Dios como “un ser autosuficiente, en quien está asentada la base del fundamento del mundo.” O, también, “Dios es un ser cuya existencia está basada en sí mismo.” Algunos añaden que Dios es *independiente, infinito, necesario*, en cuanto a Su existencia, y *eterno*. Esas clases de definiciones proceden del *argumento a posteriori*, y aquellos que ofrecen tales conceptos, lo hacen casi completamente basado en la razón y aparte de la revelación. Una definición filosófica de Dios que ha recibido aprobación general es, “Dios es el ser más perfecto, y es la causa de todos los otros seres.” El propósito de esa definición es afirmar que Dios es el Ser Supremo, elevado por sobre todos, al que nadie puede compararse. Esta definición es bastante insuficiente ya que no menciona nada acerca de las cosas morales. Kant objetó a este concepto en la base de ese

defecto y añadió que Dios es *libre* en Sí mismo y es una *voluntad moral pura*.

Volviéndonos a las Escrituras se observará inmediatamente que Dios no es específicamente definido en ninguna declaración, sino que Su existencia y sus atributos son asumidos y aparecen solamente cuando el texto en varios lugares y en diferentes maneras afirma lo que El es y lo que hace. Una verdadera definición bíblica de Dios podrá obtenerse solamente de manera inductiva al estudiar todos los pasajes relacionados al tema (ver Gn. 1:1; Job 11:7-9; 36:26; 37:5, 23; Sal. 77:19; 92:5; 97:2; 145:3, 147:5; Prov. 25:2; Is. 40:28; Jer. 10:10-16; Mt. 11:27; Ro. 11:33, 34, etc.).

Es cierto, como ya se ha observado, que Dios, necesariamente, es revelado aun en la Biblia —por medio de las expresiones que pertenecen a la vida y a la experiencia humana. El es presentado en términos antropomórficos y antropopáticos. Como puede anticiparse, cuando las mentes finitas pasan a contemplar lo infinito, el conocimiento obtenido es, cuanto más, solamente parcial, y en relación a esto, hay dos líneas diferentes y casi paradójicas de verdad igualmente apoyadas por las Escrituras. (1) David, refiriéndose al entendimiento divino, dice: “Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender” (Sal. 139:6). Y el Apóstol, escribiendo acerca de la gloria de Dios, declara: “El único que tiene inmortalidad, que habita en la luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. ¡Amén!” (1 Ti. 6:16). Del mismo modo, también, él se refiere a “la imagen del Dios invisible” (Col. 1:15) y “al Rey de los siglos, inmortal, invisible” (1 Ti. 1:17). No obstante (2) El se ha revelado en Cristo. Juan declara: “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad” (Jn. 1:14) y “A Dios nadie le vio jamás; el Unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn. 1:18). Aun cuando Dios está elevado a un grado de excelencia tan incomparable, los hombres son amonestados a ser santos y perfectos como Dios es Santo y perfecto (Mt. 5:48; 1 P. 1:16).

En relación a una definición de Dios, es muy probable que nada más extenso o bíblico haya sido redactado que lo que se encuentra en la Confesión de Westminster, cuya tesis tiene la notable superioridad de ser el trabajo combinado de muchos eruditos devotos en vez de ser el producto de un solo hombre. Esta Confesión declara:

“1. Hay solo un Dios viviente y verdadero, quien es infinito en ser y en perfección, un espíritu purísimo, invisible, sin cuerpo, partes o posesiones,

inmutable, inmenso, eterno, incomparable, todo poderoso, todo sabiduría, todo santidad, absolutamente libre, soberano, que obra todas las cosas según el puro afecto de su voluntad inmutable y justa, para su propia gloria; perfecto en su amor, gracia misericordia, paciencia, abundante en bondad y verdad, perdonador de la iniquidad, transgresión y pecado; el galardonador de aquellos que diligentemente le buscan; y también sumamente justo y terrible en sus juicios, odiando todo pecado y quien en ningún modo absolverá al culpable.

II. Dios tiene toda la vida, la gloria, la bondad, la bendición, en y de sí mismo, solamente El es en y para sí mismo todo suficiente, sin tener necesidad de ninguna de sus criaturas, ni de recibir gloria alguna de éstas, sino solamente manifestando su propia gloria en, por, para y sobre ellas; solo él es la fuente de todo ser, de quien, y a través de quien, y para quien son todas las cosas; y tiene el dominio más soberano sobre ellas, para hacer por medio de ellas, para ellas, y sobre ellas, todo lo que él quisiere. Delante de él todas las cosas están abiertas y manifestadas; su conocimiento es infinito, infalible, e independiente sobre sus criaturas, de modo que para él nada es fortuito o incierto. El es infinitamente santo en todos sus propósitos, en todas sus obras, y en todos sus mandamientos. El es digno de recibir de los ángeles, los hombres, y todas las demás criaturas cualquier adoración, servicio, u obediencia que él se complazca en requerir de ellos.

III. En la unidad de la Deidad hay tres personas de una substancia, poder y eternidad; Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. El Padre es de ninguno, ni engendrado ni en origen; el Hijo es eternamente engendrado del Padre, el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo" (*La Confesión de Westminster*, cap. II).

Los atributos de Dios presentan un tema tan vasto y complejo y tan alejado del alcance de las facultades finitas que cualquier esfuerzo por clasificarlos solamente puede ser aproximado en cuanto a corrección y cabalidad. Del mismo modo, también, los atributos están tan interrelacionados e interdependientes que la posición exacta de algunos de ellos es difícil si no completamente imposible. Es evidente que ninguna otra área de la Teología Sistemática ha ocasionado mayor confusión y desacuerdo entre los teólogos que el causado por el esfuerzo de ordenar la categoría de los atributos divinos. En general los teólogos han separado esos atributos en divisiones bajo diferentes terminologías. Una clasificación de esos atributos representa, según se dice, aquellas características que solamente aparecen en Dios y no se encuentran por ninguna parte de la creación; la otra clasificación representa aquellas características en Dios que, hasta un grado limitado, se encuentran en los ángeles y en espíritus humanos, que de manera objetiva proceden de Dios hacia otros seres. Algunas de estas divisiones se expresan como: Incomunicables y comunicables; natural y moral; inmanente o intransitivo y emanente o transitivo; pasivo y activo; absoluto y relativo; negativo y positivo. Obviamente existen variedades de distribuciones sugeridas en esas mencionadas divisiones. La expresión

incomunicable tiene como propósito representar estos atributos que no admiten ninguna extensión o grado y que pertenecen solamente a Dios. Entre éstos tenemos auto-suficiencia, simplicidad, infinitud, eternidad e inmutabilidad. Los llamados atributos comunicables, los cuales, en grado limitado, se encuentran en los seres creados, son sabiduría, benevolencia, santidad, justicia, compasión y verdad, etc. Los atributos naturales pretenden indicar lo que es inherente en Dios, mientras que los atributos morales son aquellos que operan por virtud de la voluntad divina. Los atributos intrínsecos o intransitivos son aquellos que permanecen dentro del propio Ser de Dios, mientras que los emanentes o transitivos proceden de Dios y producen ciertos efectos. Los atributos absolutos son aquellos que tienen que ver con la relación de Dios consigo mismo, mientras que los atributos relativos tienen que ver con Sus relaciones con otros. Los atributos negativos, según se cree, son aquellos que están libres de las limitaciones finitas, mientras que los atributos positivos son aquellos que, en grado limitado, pertenecen a las criaturas. Ha habido muchos malentendidos cuando se ha sugerido esta última distinción. Se ha afirmado que debido a que la expresión *negativo* en este caso sugiere algo que no está en Dios; estos atributos pudieran referirse a alguna limitación divina. Por el contrario, la expresión sugiere algo que está en la criatura que no está en Dios. Puede decirse de Dios que El es incorpóreo mientras el hombre es corpóreo; Dios es inmutable, pero el hombre es mutable; Dios es independiente mientras que el hombre es dependiente, etc. Los llamados atributos negativos son clasificados algunas veces bajo cuatro títulos generales, a saber: existencia propia, inmensidad, eternidad y plenitud.

Un atributo es una propiedad que es intrínseca al que posee dicho atributo. Es aquello por lo cual algo es distinguido o identificado. La expresión tiene dos aplicaciones completamente diferentes, lo cual se evidencia por medio de las dos clasificaciones ya mencionadas. Parece ser cierto que algunas cualidades que específicamente no son atributos de Dios han sido incluidos por algunos escritores bajo este título. Un cuerpo tiene sus propiedades distintivas, la mente tiene sus propiedades, y de la misma manera, hay atributos específicos que pueden enunciarse acerca de Dios. El cuerpo es más que la suma total de todas sus propiedades, lo cual también es cierto de la mente, y Dios es más que la suma de sus atributos. Sin embargo, en cada caso esas características peculiares retienen un valor intrínseco en el sentido de que el cuerpo, la mente, o Dios mismo no pueden concebirse aparte de las cualidades atribuidas a ellos. Por medio del pensamiento abstracto, Dios puede concebirse aparte de sus atributos; no obstante es verdad que El es conocido por Sus atributos

y fuera de ellos El no aparecería como lo que en realidad es. Por otra parte, aunque cualquier concepto verdadero de Dios tiene que incluir Sus atributos, se requiere que éstos en sí sean tratados como ideas abstractas.

En su búsqueda por designaciones correctas y diferenciantes, los teólogos han agotado toda la terminología que el idioma ofrece. En cada clasificación alguna verdad vital sirve como base. La dificultad radica en que, debido al carácter inagotable e individual de cada verdad tocante a Dios, la verdad básica en la que la clasificación es hecha descansar resulta ser insuficiente en cierto grado.

Suficiente se ha dicho acerca de los diferentes atributos de Dios tal como han sido ordenados por los hombres. El plan de esta tesis es presentar los atributos hasta cierto punto en su naturaleza independiente e individual, tratando solamente de distinguir entre aquellas verdades reveladas acerca de Dios que *constituyen* Su Ser esencial y aquellas verdades acerca de El que *caracterizan* Su Ser esencial. No es posible encontrar expresiones completamente satisfactorias por medio de las cuales esta distinción y división dentro de las verdades concernientes a Dios pueden expresarse. Dios es el sujeto mientras que Sus atributos son esas verdades que pueden predicarse acerca de El; pero los predicados no son el sujeto. El océano, como el cielo es azul. El color *azul* por lo tanto es visto como un predicado del océano y del cielo; pero el color azul no es ni el océano ni el cielo. Si se tiene en mente esta distinción, importa poco si las expresiones *atributo*, *predicado*, o *determinante* son usados para representar todas las verdades respecto a Dios —aquellas que constituyen Su Ser conjuntamente con aquellas que Le caracterizan. Debe observarse también que aunque el énfasis tiene que recaer necesariamente sobre las verdades constitucionales de Su Ser, no hay ninguna desviación deliberada de los hechos o verdades intrínsecas y caracterizantes. La totalidad de la esencia divina está en cada atributo y el atributo pertenece a la totalidad de la esencia. Los atributos pertenecen eternamente a la esencia. La esencia no existió primero fuera de los atributos. La consideración de las verdades acerca de Dios será presentada ahora en el siguiente orden:

I. PERSONALIDAD

Ya hemos prestado atención a la realidad de la personalidad de Dios; pero hacemos una revisión del tema debido a que éste forma el punto de partida lógico para la investigación de ciertas verdades esenciales concerniente a Dios. Algunos escritores han incluido la *personalidad* como uno de los atributos característicos de Dios,

mientras que evidentemente éste debe ser clasificado como un atributo constitucional o inherente. Este es en sí la esencia propia del Ser de Dios y es esto lo que más que nada Le constituye en el sujeto acerca de quien puede predicarse atributos caracterizantes.

Como ya se ha dicho, la Personalidad tiene sus partes componentes, a saber: inteligencia, sensibilidad y voluntad. Cada uno de éstos, como se ha demostrado, está presente en Dios en un grado infinito, y debido a que esas cualidades pertenecen a la personalidad de Dios, no han de ser, en su uso primario, clasificados como atributos caracterizantes.

1. OMNISCENCIA. El intelecto humano tiene su correspondiente característica en Dios; pero en referencia a Dios éste se denomina propiamente *omniscencia*. Obviamente, una vasta diferencia existe entre los dos. El intelecto humano es apenas algo más que la capacidad o la disposición para adquirir conocimiento, el cual después de adquirido, cuando se compara con la omniscencia, es inferior hasta lo elemental, mientras que el entendimiento de Dios es todo inclusivo e infinito. Hay dos medidas evidentes del conocimiento divino: (1) *omniscencia*, que incluye todas las cosas acerca de Dios mismo y todas Sus obras; y (2) *prescencia*, que puede ser limitada a las cosas específicamente preordenadas. Una investigación de la relación existente entre prescencia y preordenación será reservada para ser considerada por el tema de la Soteriología, donde lógicamente pertenece.

La mente finita no puede comprender toda la verdad acerca de la omniscencia como tampoco puede comprender lo relacionado a la omnipotencia divina, la omnipresencia o el amor divino.

Cualquiera que sea el significado de la omniscencia, solamente la omniscencia puede llegar a conocer de manera absoluta. Sin embargo, alguna porción de esa maravillosa realidad divina puede ser comprendida y lo que no puede ser conocido puede ser recibido mediante la fe en la Palabra de Dios.

La omniscencia de Dios comprende todas las cosas —cosas pasadas, presentes y futuras, y tanto lo posible como lo real. Como se encuentran en la Biblia, las obras de Dios son, en cuanto a su tiempo y relación, declaradas como del pasado, del presente y del futuro. Por orden divino, los eventos siguen una secuencia y orden cronológico. Pero, para Dios, las cosas del pasado son tan reales como si fuesen presentes y las cosas del futuro son tan reales como si fuesen pasadas. El es quien “Llama las cosas que no son como si fuesen” (Ro.4:17; comp. Is.46:10). Perfectamente conocidas de El, como si se estuviesen efectuando ahora, son todas sus obras desde la fundación del mundo (Hch.15:18). Un hombre parado en medio de una calle

sólo puede ver en cierto momento la porción más pequeña de una procesión, y de igual manera el hombre observa las obras de Dios. Pero como uno que contempla desde una elevación (Sal.33:13) y ve toda la procesión de un vistazo, así Dios ve Su programa de eventos en la totalidad de Su Unidad. El conoce el fin desde el principio. La omnisciencia trae todas las cosas —pasadas, presentes y futuras— con igual realidad delante de la mente de Dios. Estrictamente hablando, la distinción de la presciencia en Dios es un concepto humano; pues el conocimiento de Dios es completo y cierto en contraste con lo incompleto e incierto. Es intuitivo y no discursivo; pero en esta perfección de conocimiento simultáneo, completo e intuitivo todos los eventos futuros, tanto posibles como reales, son conocidos por El. Como ha escrito Charnocke: “El conocimiento de una cosa no es, para Dios, antes que otro, un acto de conocimiento no engendra otro. En lo que respecta a los objetos en sí, una cosa precede a otra; un año precede a otro; una generación de hombres es antes de otra; una es la causa, la otra es el efecto; en la mente de la criatura existe tal sucesión, y Dios sabe que ha de haber esa sucesión; pero no existe ese orden en el conocimiento de Dios; pues El conoce todas esas sucesiones de una vez, sin que haya sucesión de conocimiento en él” (*El conocimiento de Dios*, citado por Shedd, *Theology*, I, 355).

Que Dios conoce todas las cosas futuras que son solamente posibles y que nunca llegan a ser realidades es algo revelado en la Palabra de Dios. Todo aviso dado por Dios es una declaración de peligro y mal que El sabe ha de seguir a una decisión errónea. La predicación de Jonás al pueblo de Nínive era referente a una destrucción segura que sólo fue evitada debido a un profundo arrepentimiento. Cristo dijo “¡Ay de tí Corazín! ¡Ay de tí, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú Capernaum, que eres levantada hasta el cielo hasta el Hades serás abatida. Porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en tí, habrían permanecido hasta el día de hoy” (Mt.11:21-23; comp. 1 S. 23:5-14; 2 R. 13:19; Jer.38:17-20).

La omnisciencia de Dios puede ser estudiada tanto en su forma prototípica como en sus aspectos presentes. La forma prototípica tiene que ver con aquello en Dios que primero planeó y diseñó el universo antes que éste fuese traído a la existencia, o fuese actualizado por el poder creador omnipotente. Los arquetipos del universo existieron desde la eternidad en la mente de Dios, y la

creación no fue sino el ejercicio de la omnipotencia por el cual se le dio realidad a lo que la omnisciencia había concebido. De esa manera únicamente se produjo el orden y el sistema que ahora existe con su perfección y belleza, su propósito realizado y su estabilidad. Tal producción por parte de Dios no fue la simple organización o la aplicación de elementos existentes, sino que fue la *creación* de materiales adecuados para el fin previsto. Este surgir de toda la creación con sus leyes, su consistencia, su adaptación y sus variedades y auto-perpetuantes formas de vida —incluyendo al hombre, hecho a la imagen divina— es una manifestación de la omnisciencia arquetípica que conmueve hasta dejar perpleja toda comprensión humana. Según los conceptos arquetípicos, el genio intuitivo del hombre construye diferentes mecanismos y es capaz de anticipar precisamente cuál será el resultado de las combinaciones complejas de las partes y las fuerzas, aun antes de que cualquier porción de éstas sea diseñada o construida. Así sucede con relación a Dios, con la característica adicional que en la creación divina aun los mismos materiales fueron creados para los fines incomparables de Dios.

Aunque fuese verdad que mediante la omnisciencia arquetípica Dios discernió la naturaleza de los elementos requeridos en la realización de dichos elementos, debe rechazarse naturalmente cualquier sugerencia al efecto que la naturaleza posee independencia de acción. Dios es la siempre presente y permeable energía, guiando y dirigiendo todas las cosas. No tan solamente se declara de Cristo que El creó todas las cosas visibles e invisibles, sino que también se afirma que por medio de El todas las cosas subsisten o tienen consistencia (Col.1:16,17). Se dice que El “Sustenta todas las cosas con la palabra de su poder” (He.1:3). Ni está este universo tan atado a las leyes y fuerzas de la naturaleza como para excluir interposiciones e intervenciones divinas especiales. Esas intervenciones no constituyen ninguna excepción a la exactitud de la presciencia o eterno conocimiento de Dios. Estos son parte de la omnisciencia arquetípica de Dios y son tanto previstas como diseñadas por El desde la eternidad. Con la misma omnisciencia o presciencia Dios conoce de antemano las acciones de todos los agentes morales. Aquí surge una discusión que ha dividido a los teólogos en campos opuestos, un grupo afirma que esa presciencia divina es incompatible con la libre acción moral o libre albedrío, y el otro afirma su compatibilidad con dicha libertad. Mediante sus premisas, un grupo se ha visto obligado a negar la completa presciencia de Dios, mientras que el otro grupo se ha visto obligado, por la fuerza de su propia lógica, a negar la libertad humana. Es evidente que ambas posiciones no pueden ser completamente verdad. Una u otra o ambas tienen que estar

equivocadas. En la mente de un gran grupo de teólogos no existe ningún conflicto entre la presciencia divina y la libertad humana. La presciencia divina en sí implica certidumbre, aunque en sí misma no implica ningún elemento de necesidad o determinación.

Un problema formidable surge tocante a la relación entre la doctrina de los decretos de Dios y la libertad humana, este problema debe ser considerado a su debido tiempo.

Los metafísicos pueden llegar a confundir el entendimiento de una persona, pero no pueden disponer de ese estado consciente innato que toda persona experimenta y que muestra su propia libertad para actuar como desee hacerlo. Indudablemente esa libertad está circunscrita por fuerzas mayores y desconocidas; pero dentro del alcance del auto-conocimiento humano, la libertad de acción opera sin obstáculo. Por un lado, la revelación presenta a Dios como conocedor de antemano de todas las cosas incluyendo las acciones de los agentes humanos, y fuera de ese conocimiento Dios sería ignorado y hasta ese grado sería imperfecto. Por otro lado, la revelación apela a las voluntades humanas considerando evidentemente que el hombre es capaz de hacer una libre elección —“Todo aquel que quiera, venga.”

La enseñanza bíblica, al igual que la creencia racional que no existe ninguna contradicción entre la presciencia divina y la libre acción o contingencia moral fue atacada primero por Aristóteles y luego por el Dr. Adán Clarke y Chevalier Romsay. El Dr. Clarke ha declarado: “Dios ha ordenado *algunas* cosas como absolutamente ciertas. El ha ordenado otras como *contingentes*. Estas El las conoce como contingentes.” El Dr. Clarke, en defensa de su creencia afirma: “Como omnipotente implica el poder de *hacer* todas las cosas, así también omnisciencia implica la *habilidad* de conocer todas las cosas; pero no la obligación de saberlo todo . . . Dios, aunque poseído de omnipotencia, evidentemente no la ejerce en grado absoluto —no hace todo lo que podría hacer— así que, aunque él podría saber todas las cosas, aún así El ha escogido ser ignorante de algunas cosas, debido a que El no considera propio saber todas las cosas que podría saber” (*Comentario sobre Hechos Dos*, citado por Cooke. *La Deidad* ps. 285,86). Chevalier Ramsay ha escrito: “Es algo que pertenece a la elección de Dios, pensar acerca de ideas finitas” (Citado por Watson, *Institutes*, I, 376).

Descontando la implicación que estas objeciones presentan, a saber, que Dios teme saber el resultado de una libre acción moral, éstas introducen un error que es inaceptable. Es verdad que la omnipotencia es de tal naturaleza que no compromete a Dios al acto de hacer todo lo que El es capaz de hacer, pues la omnipotencia

solamente es la habilidad de actuar con poder ilimitado. En contraste con esto, la omnisciencia no es la simple habilidad de adquirir conocimiento, sino que la posesión misma del conocimiento. La propuesta del Dr. Clarke equivale a hacer a Dios *capaz de conocerlo todo* sin ser *omnisciente*. Si este supuesto paralelo entre la omnipotencia y la omnisciencia fuese verdad, la omnipotencia consistiría de un acto infinito mientras que la omnisciencia consiste en la verdadera comprensión de todas las cosas. Ricardo Watson ha dicho respecto a estas teorías: “La idea que propone que Dios ha elegido conocer ciertas cosas, y no otras supone una *razón* del por qué él rehusa conocer alguna clase de cosas o eventos, cuya razón, al parecer, solamente puede surgir de su naturaleza y circunstancias, y por lo tanto, supone al menos un conocimiento parcial de ellas, de lo cual surge la razón por la cual él escoge no conocerlas. La doctrina, por lo tanto, es algo contradictoria. Pero lo desafortunado respecto a esta opinión es que no confronta la dificultad que surge de la pregunta tocante a armonía de la presciencia divina y los libres actos del hombre; ya que algunas de las acciones fortuitas, por las que el hombre es responsable, estamos seguros que han sido *conocidas de antemano* por Dios, pues por medio de Su Espíritu fueron *predichas* por los profetas; y si la libertad del hombre puede ser reconciliada en esos casos con la presciencia de Dios, no hay mayor dificultad en cualquier otro caso en que pueda ocurrir” (*Institutos Teológicos*, I, 376-77).

Si Dios fuese ignorante de las acciones futuras de los agentes libres, no podría haber ninguna seguridad de control divino sobre el destino humano como ha sido prometido en cada uno de los pactos incondicionales que Dios ha hecho y como está garantizado en cada profecía bíblica. Si Dios no sabe las acciones futuras de los agentes libres, entonces El siempre está aprendiendo cosas nuevas y tiene que estar cambiando sus planes y sus propósitos constantemente. En relación a esa situación, Jonatán Edwards escribió lo siguiente: “En tal situación, Dios debe tener muy poco que hacer excepto reparar los eslabones quebrados tan bien como pueda, y rectificar su marco desequilibrado y sus movimientos desencadenados de la mejor manera posible. El Señor Supremo sobre todas las cosas de seguro estará en grandes dificultades para gobernar el universo que El ha creado y preservado por medio de su completa incapacidad de encontrar cosas de primordial importancia que posteriormente sobrevendrían a su sistema, las cuales, si sólo El hubiese sabido, hubiese hecho una provisión conveniente a favor de ellas” (citado por Cooke, *op.cit.* p. 291).

Si se preguntase si el agente moral tiene la libertad de actuar de

modo diferente al que Dios ha previsto que él ha de actuar, se puede contestar que la voluntad humana debido a su inherente libertad de selección es capaz de elegir la dirección contraria a la prevista por Dios; pero él no hará tal cosa. Si él lo hiciese, eso sería precisamente lo que Dios ha determinado de antemano.

La presciencia divina no coacciona; ésta solamente sabe cual ha de ser la elección humana. Los socinianos afirman hasta que la elección humana no tiene lugar, no está sujeta al conocimiento y por lo tanto ni aun Dios podría saber cuál ha de ser la elección; pero esto significa confundir la ignorancia humana con la omnisciencia divina. Lo que Dios conoce de antemano es cierto, no debido a que El lo sabe de antemano, sino porque Dios lo ha decretado. Los hombres que crucificaron a Cristo hicieron precisamente lo que mil años antes había sido predicho y, por lo tanto, determinado que ellos harían, aun el decir, "se encomendó a Jehová, líbrele él; sálvele, puesto que en él se complacía" (Sal.22:8; comp. Mt.27:43). Y como estaba escrito, ellos repartieron entre sí sus vestiduras, y echaron suerte sobre Su ropa. "Esto fue para que se cumpliese la Escritura . . . y así lo hicieron (por haber estado profetizado) los soldados" (Jn.19:24). Dentro de sus propias experiencias, esos hombres dijeron e hicieron precisamente lo que ellos habían escogido hacer libremente; pero ellos dijeron e hicieron solamente lo que había sido divinamente determinado y por lo tanto, divinamente conocido de antemano (Hch.2:23).

El reto tocante a si Dios lo conoció todo de antemano y por lo tanto supo de antemano acerca del pecado y pudo haberlo evitado, debe ser ampliado para incluir el hecho que Dios sabe que el hombre continúa en pecado, y que nuevas generaciones de pecadores están naciendo. Así mismo, este reto debe considerar que la perfecta presciencia de Dios estaba percatada de que el pecado demandaría el más grande de los sacrificios que aun Dios podría hacer —la muerte de Su Hijo. A pesar de lo terrible del pecado y del sacrificio que éste requiere, Dios no fue sorprendido por una calamidad fortuita ni por un fracaso.

Sus propósitos están siendo efectuados y al final se verán en su carácter justo y bueno. Mucho de lo que entra dentro de este estupendo problema está fuera del alcance del entendimiento humano, pero dentro de la jurisdicción divina que es siempre compatible con la santidad infinita.

Existe un problema aún más profundo que el de la reconciliación de la presciencia divina con la libertad de las criaturas morales a saber, la propia libertad del mismo Dios si en verdad, Su concepto ha de ser eternamente completo dentro de Su eterna presciencia.

Evidentemente, no hay problema delante de Dios en cuanto a una elección entre dos clases de acciones, pues la omnisciencia dirige a lo que es correcto, y aquello que es correcto ha sido discernido y determinado por toda la eternidad. Lo que cualquier ser inteligente conoce está tan estrechamente relacionado con lo que él se propone y hace que es algo difícil aislar asuntos que sólo están limitados al conocimiento. El carácter Santo de Dios no puede cambiar. El no posee ninguna libertad que comprenda contradicción alguna de Su Santo carácter. Cuando es confrontado con el hombre pecador expresa Su desagrado y rectos juicios son pronunciados; pero cuando el pecador se vuelve a El y se acoge a Su gracia, Su misericordia sobreabunda y Sus juicios son abandonados. En tal caso, la santidad es inmutable. Aunque en un caso rechaza y en el otro favorece, es la misma santidad en ambos casos. No hay cambio alguno en Dios, pero sí hay ajustes en relación a los cambios que ocurren en el hombre.

La proyección práctica de la omnisciencia es muy variada. Por arreglo divino en la creación, los hombres están siempre dentro de la observación de Dios. El hombre no puede escaparse de Dios ni de sí mismo. El proverbio mahometano que dice: "Dondequiera que hay dos personas reunidas Dios hace la tercera" (citado por Cooke, *ibid.*, p. 298), podría también resumirse diciendo que donde hay una persona, Dios hace la segunda. La afirmación bíblica, "Tu, oh Dios, me ves" anuncia el hecho que nadie jamás se escapa de Su observación. Qué fatuidad se manifiesta cuando se supone que algún pecado es secreto, solamente porque permanece escondido de los hombres. El Salmista ha dicho: "Pusiste nuestras maldades delante de tí, nuestros yerros a la luz de tu rostro" (Sal. 90:8, comp. Job 42:2; Is. 29:15; Jer. 23:24; He. 4:13). Qué sabias son las palabras de Séneca, "Debemos siempre conducirnos como si viviéramos en público; debemos pensar como si alguien pudiese mirar lo que está pasando por lo más íntimo de nuestro ser; y hay Uno que nos ve de esa manera ¿De que vale entonces que alguna obra sea ocultada del hombre? Nada puede ser escondido de Dios. El está presente en nuestras propias almas, y penetra nuestros pensamientos más íntimos, y en verdad, nunca está ausente de nosotros" *Séneca* epíst. LXXXIII, citado por Cooke, *ibid.*, p. 299). "Verdaderamente, la posición del hombre delante de Dios es "Temblad y no pequéis" (Sal. 4:4).

La omnisciencia de Dios garantiza que todos los juicios futuros serán según la verdad; nada será pasado por alto o evaluado falsamente. Tocante a esto, el Sr. Cooke ha escrito: "Si el ojo del transgresor sólo pudiese ser abierto a la realidad de su posición, ¡qué horror le llenaría! Una escena más aterradora que la del Sinaí en

llamas — más sorprendente que la mano escribiendo en la pared en el palacio de Belsasar— un panorama más terrible que el drama del gran conflicto universal irrumpiría delante de él, vería a la Deidad ofendida en todos los aspectos, se vería a sí mismo envuelto dentro de la presencia y los atributos del Dios eterno, su Creador y su Juez (*Ibid.*, p. 301). “Aunque cavasen hasta el Seol, de allá los tomará mi mano; y aunque subieren hasta el cielo los haré descender. Si se escondieren en la cumbre del Carmelo, allí los buscaré y los tomaré, y aunque se escondieren de delante de mis ojos en lo profundo del mar, allí mandaré la serpiente y los morderá. Y si fueren en cautiverio delante de sus enemigos, allí mandaré la espada, y los matará; y pondré sobre ellos mis ojos para mal, y no para bien” (Am. 9: 2-4).

La omnisciencia de Dios está acompañada de gran aliento y esperanza para aquellos que están en relación correcta con El. Todo esfuerzo sincero, aunque infructífero, todo sufrimiento a través de la incomprensión, toda prueba puede ser sufrida a la luz de la verdad que Dios ve y conoce perfectamente todas las cosas. Las palabras que cierran el Antiguo Testamento tienen gran significado: “Entonces los que temían a Jehová hablaron cada uno a su compañero; y Jehová escuchó y oyó, y fue escrito libro de memoria delante de él para los que temen a Jehová y para los que piensan en su nombre. Y serán para mi especial tesoro, ha dicho Jehová de los ejércitos en el día en que yo actúe y los perdonaré, como el padre que perdona al hijo que le sirve” (Mal. 3: 16, 17).

En estrecha afinidad con la omnisciencia divina, aunque superior a esta, está la *sabiduría* divina. Esta, como atributo de Dios, implica un juicio correcto y el uso perfecto del conocimiento. En verdad, el conocimiento es el material del cual la sabiduría edifica su estructura. Dios no es menos perfecto en sabiduría que en cualquier otro de sus atributos. Lo cierto es que Su sabiduría trasciende de tal manera la de todos los otros seres que las Escrituras declaran que El es “el único sabio Dios” (Jud. 1:25; comp. Tim. 1:17). Su sabiduría está manifestada en el vasto, complejo pero perfectamente organizado universo, en el hecho que todo propósito de Dios es el mejor que la infinitad puede diseñar en la perfección de Sus acciones por las cuales todas las cosas son realizadas por El. Ningún aspecto de las obras de Dios deja de manifestar la perfección de Su sabiduría. Sin embargo en ninguna otra forma se ha manifestado más la sabiduría de Dios que en el plan de la redención. Aquí se revela como Dios ha resuelto el mayor de todos Sus problemas, a saber, como puede El ser justo y el justificador de los pecadores. En 1 Corintios 1:22-25 se hace referencia a la solución de este problema: “Porque los judíos

piden señales y los griegos buscan sabiduría; pero nosotros predicamos a Cristo crucificado para los judíos ciertamente tropezadero y para los gentiles locura mas para los llamados así judíos como griegos, Cristo poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque lo insensato de Dios es más sabio que los hombres y lo débil de Dios es más fuerte que los hombres.”

La Biblia contiene un abundante testimonio tanto acerca del conocimiento como de la sabiduría de Dios:

“Porque los ojos de Jehová contemplan toda la tierra, para mostrar su poder a favor de los que tienen corazón perfecto para con él. Locamente has hecho con esto; porque de aquí en adelante habrá más guerra contra ti”-(2 Cor. 16:9); “Mas El conoce mi camino; me probará y saldré como oro” (Job 23:10); “Cuan innumerables son tus obras, oh Jehová! Hiciste todas ellas con sabiduría; la tierra está llena de tus beneficios” (Sal. 104:24); “Al que hizo los cielos con entendimiento porque para siempre es su misericordia” (Sal. 136:5); “Oh Jehová, tu me has examinado y conocido. Tú has conocido mi sentarme y levantarme; has entendido desde lejos mis pensamientos. Has escudriñado mi andar y mi reposo, y todos mis caminos te son conocidos. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y he aquí, oh Jehová, tú la sabes toda. Detrás y delante me rodeaste, y sobre mí pusiste tu mano. Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí: alto es, no lo puedo comprender. ¿A dónde me ire de tu Espíritu? ¿y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de tí y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz” (Sal. 139:12); “Porque Jehová tiene contentamiento en su pueblo: hermoseará a los humildes con la salvación. Regocijense los santos por su gloria, y canten aun sobre sus camas” (Sal. 149:4-5); “Jehová con sabiduría fundó la tierra, afirmó los cielos con inteligencia” (Prov. 3:19); “He aquí se cumplieron las cosas primeras y yo anuncio cosas nuevas antes que salgan a la luz, yo os las haré notorias” (Isa. 42:9); “Por amor de mi siervo Jacob y de Israel mi escogido, te llamé por tu nombre; te puse sobrenombre aunque no me conociste” (Isa. 45:4); “Porque yo conozco sus obras y sus pensamientos; tiempo vendrá para juntar a todas las naciones y lenguas; y vendrán y verán mi gloria” (Isa. 66:18); “El es el que hizo la tierra con su poder, el que afirmó el mundo con su sabiduría y extendió los cielos con su inteligencia” (Jer. 51:15); “Y vino sobre mí el Espíritu de Jehová, y me dijo: Así ha dicho Jehová: Así habéis hablado; oh, casa de Israel! y las cosas que suben a nuestro espíritu, yo las he entendido” (Ez. 11:5); “Para que sea tu limosna en secreto y tu Padre que ve en lo secreto te recompensará en público. No hagáis, pues, semejantes a ellos; porque vuestro Padre sabe de que cosas tenéis necesidad antes que vosotros le pidáis. Porque los gentiles buscan todas estas cosas pero vuestro Padre celestial sabe que tenéis necesidad de todas estas cosas” (Mt. 6:4, 8, 32); “que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia” (Ef. 1:8), “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Ef. 3:10): “¡Oh, profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33).

2. SENSIBILIDAD. Esta expresión introduce el segundo elemento de la personalidad. Tanto el uso filosófico como el teológico de la palabra *sensibilidad* incluye las formas más elevadas de sentimiento y representa los deseos racionales y morales al igual que los apetitos degradados. Aunque existe una diferencia de grado y de pureza esencial entre la sensibilidad humana y la divina, la realidad de la sensibilidad divina no puede dudarse. Descartar la gran cantidad de pasajes bíblicos acerca de este tema alegando que la sensibilidad divina tal como aparece en la Biblia no es más que un antropomorfismo, no satisface la exigencia de este asunto; por el contrario, y mucho más de acuerdo con la verdad, la sensibilidad humana es sólo un tenue reflejo de aquello que existe en Dios en un grado infinito de perfección. El hecho de que en Dios las emociones de amor y paciencia y los atributos de santidad, justicia, bondad, misericordia y fidelidad existen en una demostración eficiente de la verdadera cualidad de Dios en contraste con los errores del deísmo y el panteísmo. Con frecuencia en verdad, ciertos teólogos han tratado de eliminar del pensamiento de los hombres esa naturaleza viva y sensible, que por medio de diferentes expresiones, la Biblia afirma y confirma. Definir a Dios por medio de negativas es justificable solamente cuando los elementos de debilidad e imperfección, que residen en el hombre, han de ser eliminados. Este procedimiento es llevado a un extremo cuando Dios es presentado como una inteligencia pura y una fuerza pero sin esas emociones que sostienen la actitud divina y motivan la acción de Dios. La sensibilidad de Dios está tan bien definida como los otros esenciales de la personalidad —la inteligencia y la voluntad. Sin la débil experiencia del amor humano, los hombres no podrían comprender nada de la revelación que encontramos en las palabras de Cristo al Padre: “Porque tu me amaste desde antes de la fundación del mundo”, y las palabras de Cristo a los hombres: “Porque de tal manera amó Dios al mundo.” No constituye una limitación para Dios que el requiera un objeto a quien amar, o que Su amor varíe en relación a diferentes objetos. Hay una fuerza peculiar en las palabras dirigidas a Israel: “Con amor eterno te he amado” (Jer. 31:3), y en las palabras: “a Jacob amé, mas a Esaú aborrecí” (Ro. 9:13, comp. Mal. 1:2-4).

La sensibilidad de Dios incluye Su Ser racional. El ha expresado Su deseo final en el universo y de dicho universo, en su forma original. El pudo decir que “Era bueno en gran manera.” Quien haya contemplado la hermosura de la creación no podrá negar la naturaleza estética en Dios. El escritor Hugo Miller ha escrito lo siguiente en relación al hecho de que el hombre deriva su estética de Dios: “yo mantengo que recibamos la verdadera explicación del

carácter humano de la obra del Creador antes que el hombre fuese en el estupendo texto donde se nos dice que "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza." No hay aquí limitación alguna a la cualidad moral: la imagen moral que el hombre tuvo, y que perdió en gran medida; pero la imagen intelectual él aún retiene. Como un geómetra, un matemático, un químico, un astrónomo —es decir, en todos los departamentos de las llamadas ciencias estrictas— el hombre difiere de su Creador, no en clase, sino en grado; no como materia difiere de la mente, o las tinieblas de la luz, sino simplemente como una simple porción de espacio o de tiempo difiere de *todo* el espacio o *todo* el tiempo. Ya me he referido a la invención mecánica como algo exactamente igual en las producciones divinas y humanas; ni puedo dudar que, no solamente en el penetrante sentido de lo hermoso en forma y color que es nuestro privilegio como hombres experimentar y poseer en cierto grado sino también en la percepción de la armonía que constituye el sentido *musical*, y en ese sentimiento poético que la Biblia nos proporciona con sus ejemplos más tempranos y mejores, y que pudiésemos designar el sentido *poético*, tenemos el sello y la impresión de la imagen divina" (*El Testimonio de las Rocas*, pp. 259-60, citado por Miley, *Teología* I, 197), Igualmente Bowne ha escrito:

"Sostenemos, por lo tanto, que Dios no solamente es pensamiento puro, sino que también es absoluta intuición y sensibilidad.

El no tan solamente comprende la realidad en su forma más absoluta, sino que la ve en su situación absoluta, y la goza en su absoluta sensibilidad. No podemos, sin incurrir en una contradicción, pensar que haya algo en el mundo de lo imaginable que sea excluido de la fuente de todo pensamiento y conocimiento. Nuestro concepto de Dios solamente como pensamiento puro excluirían las armonías de luz, sonido y forma de su conocimiento, y lo limitaría a un conocimiento del esqueleto del Universo en vez de Su hermosura viviente. El concepto de Dios como sensible aparece en forma antropomórfica solamente debido a la confusión mental. Para quienes no piensan, la sensibilidad implica un cuerpo; pero en realidad ésta es tan puramente una afección espiritual como el más abstracto pensamiento. Todo lo que el cuerpo realiza a nuestro favor es manifestar la sensibilidad, pero éste en ningún modo la produce y es completamente concebible que ésta exista en un ser puramente espiritual completamente desprovisto de cuerpo.

No pudiese haber una manera más irracional de concebir el conocimiento divino que la que asume que ésta comprende la realidad solamente como existe para el pensamiento puro, y pierde por completo la apariencia y la vida de las cosas. Por el contrario, tal y como consideramos nuestra razón como un débil tipo de la razón infinita, así también consideramos nuestras instrucciones como una débil representación de la intuición absoluta y así mismo consideramos las armonías de la sensibilidad y sentimientos como los ecos ajenos de la absoluta sensibilidad, notas descarriadas que circulan de la fuente de los sentimientos, la vida y la belleza" (*Metafísicas*, ps. 201-2, citado por Miley, *ibid.*, ps. 198-99).

Existen ciertos modos que deben ser observados tocante a la sensibilidad divina y moral, todos ellos, a su vez, son los bien definidos atributos de Dios.

a. **SANTIDAD.** La santidad de Dios es *activa*. Como motivo primordial, ésta estimula todo lo que El hace; por lo tanto El es justo en Sus caminos. Aunque El es infinitamente santo, Dios no obstante mantiene una relación con las criaturas que cayeron en pecado; El no permanece indiferente separado de Sus criaturas sino que está vitalmente cerca de ellas. Su santidad no es aquella que es engendrada por un esfuerzo contraste o preservado a través de la segregación de otros seres. La santidad de Dios es intrínseca, no creada, y sin mancha, ésta puede observarse en toda actitud divina y en cada acción de Dios. No tan solamente comprende la devoción de Dios hacia lo bueno, sino que también es la base misma y la fuerza de Su odio hacia aquello que es malo. Por lo tanto en la santidad divina existe la capacidad para reaccionar hacia otros que es tanto positiva como negativa.

Los siguientes pasajes, seleccionados del gran volumen del testimonio bíblico sobre este tema, servirán para declarar la santidad de Dios:

“Y dijo: No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás pisando, tierra santa es” (Ex. 3:5); “Habla a toda la congregación de los hijos de Israel y díles: Santos seréis porque santo soy yo Jehová nuestro Dios” (Lev. 19:2); “No hay santo como Jehová; porque no hay ninguno fuera de tí y no hay refugio como el Dios nuestro” (1 Sam. 2:2); “He aquí en sus santos no confía y ni aun los cielos son limpios delante de sus ojos” (Job 15:15); “Porque tú eres santo tú que habitas entre las alabanzas de Israel” (Sal. 22:3); “Reino de Dios sobre las naciones, se sentó Dios sobre su santo trono”. (Sal. 47:8); “Redención ha enviado a su pueblo; para siempre ha ordenado su pacto; Santo y temible es su nombre” (Sal. 11:9); “Y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo Jehová de los ejércitos toda la tierra está llena de su gloria” (Isa. 6:3); “Porque así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad y cuyo nombre es el Santo: Yo habito en la altura y la Santidad y con el quebrantado y humilde de espíritu para hacer venir el espíritu de los humildes, y para vivificar el corazón de los quebrantados” (Isa. 57:15); “Este es el mensaje que hemos oído de él, y os anunciamos: Dios es luz, y no hay ningunas tinieblas en él” (1 Jn. 1:5); “y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso el que era, el que es y el que ha de venir” (Ap. 4:8); “Y clamaban a gran voz, diciendo: ¿Hasta cuando, Señor, santo y verdadero, no juzgas y vengas nuestra sangre en los que moran en la tierra?” (Ap. 6:10); “¿Quién no te temerá ¡oh, Señor! y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (Ap. 15:4).

b. **JUSTICIA.** Esta es una expresión legal y se refiere al carácter

esencial del gobierno divino en esa elevada y armoniosa excelencia hacia la cual dicho gobierno avanza. Debemos reconocer aquí que Dios tiene el derecho absoluto y la autoridad sobre Sus criaturas. En su rebelión contra Dios, la criatura ha rehusado orgullosamente reconocer la verdad acerca de la autoridad y el derecho del Creador. Dios pudo según Su placer, haber creado o no, El pudo haber creado otra clase de seres y pudo no haber creado aquellos seres que creó. El tiene el perfecto derecho de disponer de todas Sus obras como le plazca. Si se piensa en esto con detenimiento se haría evidente que el lugar correcto del hombre es el de una criatura sometida y que el destino más elevado del hombre será alcanzado, no resistiendo al Creador sino por medio de una conformidad absoluta a Su voluntad. Debido a que la autoridad del Creador es absoluta, es una causa superlativa de gratitud que Dios es perfecto en justicia. ¡Qué miseria tan grande sería para la criatura si fuese de otro modo!

La justicia divina es exhibida en el hecho de que leyes justas son dadas a los hombres, que esas leyes son sostenidas por sanciones adecuadas, y en que esas leyes son ejecutadas imparcialmente.

Ningún favoritismo es jamás practicado, aunque se extiende el favor infinito hacia aquellos que se acogen a las justas provisiones que para la salvación han sido hechas posibles a través del sacrificio de Cristo por el pecado. Acerca de esto puede señalarse, que en ningún otro aspecto es la justicia divina más manifestada que en el plan de la redención. Lo que es hecho en el lado divino a favor de los hombres perdidos a través del sacrificio de Cristo, es ejecutado en perfecta justicia —tal justicia en verdad, está en completa armonía con la santidad infinita. La Justicia demanda que el castigo, habiendo caído sobre Otro y ese beneficio habiendo sido recibido como la base de la esperanza por el culpable, no ha de recaer nuevamente sobre el culpable. La Santidad dicta que no ha de haber tolerancia hacia el mal por parte de Dios. Es verdad que El considera nuestra condición y se acuerda que somos polvo; pero Dios nunca ^{lo hace} condena el pecado. No se dice que Dios sea misericordioso o bondadoso cuando El justifica al que cree en Cristo; se dice que El es *justo* (Ro. 3:26). Con el mismo fin cuando El perdona y *limpia* al cristiano que confiesa sus pecados, se dice que Dios es *fiel* y *justo* (1 Jn. 1:9, comp. 1 Cor. 11:31, 32). En Su trato administrativo y teocrático con las naciones —especialmente con Israel— hay extensiones tanto de Sus bendiciones como de Sus juicios aun en generaciones sucesivas. Ninguna de esas extensiones de juicios o castigos llegó a ser una finalidad del trato divino con el individuo en la justicia retributiva de Dios, la cual da a cada individuo conforme a su relación personal con Dios. Una, y solamente una, provisión ha sido hecha y a un costo

infinito — por la cual el malo puede escapar el castigo de tal justicia. Rechazar esa puerta abierta de la salvación la cual es Cristo y en la cual Dios sin poner en peligro Su santidad puede ejercer gracia completa y perfecta hacia el pecador, se convierte de inmediato en la completa y final condenación del pecado.

Finalmente la justicia de Dios será vista en la disposición divina hacia todas las criaturas en el final — gloria eterna para aquellos que a través de la redención han pasado a esas relaciones con El que le da libertad de hacer por ellos en perfecta justicia todo lo que Su amor infinito dispone y condenación eterna para aquellos que persistentemente repudian a Dios. La justicia requiere que los santos sean remunerados por su fidelidad — algunos mas y otros menos. Con la misma consistencia, la justicia demanda que han de haber grados de experiencia en el estado de los perdidos. Está escrito “Porque todos los que sin ley (la ley de Moisés) han pecado, sin ley (la ley de Moisés) también perecerán; y todos los que bajo la ley han pecado, por la ley serán juzgados... en el día en que Dios juzgará por Jesucristo los secretos de los hombres, conforme a mi evangelio” (Rom. 2:12-16). Es verdad que el crimen aumenta delante de Dios en proporción a la luz dada al pecador. No es la intención del pasaje anterior el sugerir que aquellos que estaban sin la ley de Moisés (1 Cor. 9:21) escaparán al juicio (estos han pecado contra una ley según los versículos 14 y 15), pero el juicio a quien se le dió más luz será sujeto a mayor condenación. La experiencia normal es que todos “perecerán” (comp. versículo 12 y Jn. 3:16; 10:28). La experiencia anormal es que el judío, a quien fué dada la ley mosaica, sufrirá mayor condenación. M. R. Vincent ha escrito: “*Ambas clases de hombres serán condenados; en ambos el resultado será que perecerán pero el juicio por la ley está limitado a aquellos que tienen la ley*” (*Word Studies* sobre Rom. 2:12). Y Godet añade: “Solamente los judíos serán, estrictamente hablando, sujetos a un *examen cuidadoso* tal y como surge al aplicar los artículos de un código en particular” (Citado por Vincent, *loc. cit.*). Ellos todos y cada uno, se perderán eternamente (comp. Ap. 20:12-15).

Las Escrituras dan testimonio de la justicia de Dios: “Sea, pues, con vosotros el temor de Jehová; mirad lo que hacéis, porque con Jehová nuestro Dios no hay injusticia, ni acepción de personas, ni admisión de cohecho” (2 Cro. 19:7); “¿Será el hombre más justo que Dios? ¿Será el varón más justo que el que lo hizo?” (Job 4:17); “El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos” (Sal. 19:9); “Justicia y juicio son el cimiento de tu trono; misericordia y verdad van delante de tu rostro” (Sal. 89:14); “Proclamad y hacedlos acercarse y entren

todos en consulta; ¿quién hizo oír esto desde el principio, y lo tiene dicho desde entonces, sino yó Jehová? Y no hay más Dios que yo, Dios justo y salvador; ningún otro fuera de mí” (Isa. 45:21); “Por cuanto ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquél varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos” (Hch. 17:31); “Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios y el cántico del cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios Todopoderoso; justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos” (Ap. 15:3).

c. AMOR. Ciertas expresiones —tres en total— son usadas en la Biblia para describir a Dios de manera amplia, a saber, *Espíritu* —“Dios es Espíritu” (Jn. 4:24); *Luz* —“Dios es luz” (1 Jn. 1:5); y *Amor* “Dios es amor” (1 Jn. 4:8). Por medio de la palabra *amplia* se afirma que las expresiones *Espíritu*, *Luz* y *Amor* se refieren no solamente a virtudes particulares entre las muchas que hay en Dios, sino que Dios es precisamente en Sí mismo todo lo que esas expresiones significan. Mas específicamente concerniente al *Amor*: Dios no ha adquirido el amor, ni tampoco mantiene el amor por medio del esfuerzo; este es la estructura de Su propio ser. El es la fuente inagotable de todo amor. Este es, debido a ese hecho, preeminentemente la cosa que El requiere. “El amor es el cumplimiento de la ley.” Sin el atributo del amor, Dios no sería lo que es. Como ningún otro atributo, el amor es el motivo primordial de Dios, y para satisfacer Su amor toda la creación ha sido formada. Es debido al hecho que Dios no necesita nada para lo cual tenga que depender de otro ser, que El siempre está derramando e impartiendo Su amor. Es esencial, también, que El ha de tener aquellos sobre los cuales Su benevolencia pueda ser conferida; de ahí que hay innumerables criaturas que son por sobre todas las cosas objetos de Su amor. La expresión *amados* se usa en relación a los cristianos para indicar que ellos son *amados* de Dios.

Es innegable que ha existido siempre un amor infinito entre las personas de la Deidad; también es evidente que Dios en el sentido más digno se ama a Sí mismo de manera suprema. El amor divino, por lo tanto, no comenzó a ser ejercitado solamente cuando las criaturas —objetos de Su amor— fueron creadas. Su amor hacia las criaturas existió en forma anticipada. Dentro de Dios mismo es verdad que desde la eternidad “la misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron” (Sal. 85:10). Es la entrada del pecado en la creación de Dios lo que produjo un conflicto dentro de los atributos de Dios. La Santidad de Dios condena el pecado mientras que Su amor procura salvar al pecador. Solamente el amor pudo haber hecho el sacrificio requerido para que

el pecador pudiese ser salvo. Esta tarea no debe interpretarse como si un Dios (Cristo) estuviese salvando al pecador de otro Dios (el Padre). Ha sido dentro de la propia naturaleza de Dios que se han hecho los ajustes necesarios de los atributos. "Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo" (2 Co.5:19). El amor Divino, aunque es sin medida, siempre está en armonía con la razón y la justicia divina. La reconciliación entre la santidad y el amor, en lo que concierne al afecto del pecado sobre esos atributos aunque efectuada a su debido tiempo en la cruz, fue anticipada desde la eternidad. Se dice de Cristo que El es el "cordero que fué inmolado desde la fundación del mundo" (Ap.13:8). El amor de Dios tuvo su manifestación perfectamente en la muerte de Cristo (Jn. 3:16; Ro. 5:8; 1 Jn. 3:16). Este no es un simple afecto, sino que es una libre elección de Dios que puede ser reconocida en todo lo que El hace. "Dios es amor."

d. BONDAD. Este atributo, si se contempla como aquello que está dentro de Dios, está estrechamente ligado a Su santidad; si es contemplado como algo que procede de Dios, está estrechamente relacionado al amor. La infinita bondad de Dios es una perfección de Su ser que caracteriza Su naturaleza y es en sí la fuente de todo aquello en el universo que es bueno. Las expresiones específicas empleadas para describir la bondad de Dios son (a) la *benevolencia* que es la bondad en su sentido genérico pues comprende todas las criaturas y asegura el bienestar de ellas; (b) *complacencia*, que es aquello en Dios que aprueba todas Sus perfecciones así como todo aquello que está en conformidad con El; (c) *misericordia*, que es la bondad de Dios ejercida en favor de la necesidad de Sus criaturas; y (d) *gracia*, que es el acto gratuito de Dios por aquellos que carecen de méritos, cuya libertad de acción ha sido asegurada a través de la muerte de Cristo.

Las expresiones *misericordia*, *amor* y *gracia* son frecuentemente confundidas. Estas aparecen en un contexto limitado en Efesios 2:4, 5 y son usadas allí con verdadera discriminación: "Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aún estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos) . . ."

Hay un triple, presente e inmediato ejercicio de la misericordia divina. Primero, se dice que Dios es misericordioso hacia aquellos que ponen su confianza en El. Para ellos El es "el Padre de Misericordia" (2 Co. 1:3), y ellos son invitados a acercarse al trono de la gracia donde, se les asegura que han de "obtener misericordia" (He. 4:16). Segundo, la misericordia divina aun será manifestada en favor de Israel cuando ellos sean reunidos en su tierra (Is. 54:7). Tercero, Dios

ejercita Su misericordia cuando el pecador es llamado de su estado pecaminoso y es salvado por la gracia divina (Ro. 9:15, 18; 1 Ti. 1:13). Sin embargo, la misericordia de Dios tiene su manifestación suprema en la entrega de Su Hijo por los perdidos de este mundo. Los pecadores que creen no son considerados ahora como salvados a través del ejercicio inmediato y personal de la misericordia divina; sino más bien, ya que la misericordia de Dios ha provisto un Salvador quien es el Sustituto perfecto para ellos, tanto como el que ha cargado los pecados, para que ellos puedan ser perdonados de todas sus transgresiones, y como el fundamento de justicia para una completa justificación, Dios se dice ser “justo” cuando El justifica a aquel que solamente “cree en Jesús” (Ro. 3:26). Por lo tanto, desde cualquier ángulo que se mire, Dios es “rico” en misericordia.

e. VERDAD. El carácter de Dios entra en consideración cuando se le llama el Dios de verdad. El no tan sólo manifiesta y confirma aquello que es verdad, sino que también permanece fielmente en Su promesa, y ejecuta toda advertencia y todo augurio que ha hecho.

Fuera del elemento de *verdad* en Dios no podrá haber certeza de clase alguna en esta vida, y los seres humanos andarían en gran perplejidad sin saber su procedencia ni su destino. Sin la *verdad* en Dios, una revelación es solamente una farsa. Por el contrario, como la Biblia afirma, “Sea Dios veraz mas todo hombre mentiroso” (Ro. 3:4). Aunque los hombres engañen, la veracidad de Dios jamás puede ser puesta en tela de duda ni en el grado más ínfimo. La verdad en Dios es la certeza de que lo que El ha revelado es en conformidad con la naturaleza de las cosas y que sus revelaciones pueden ser confiadas con absoluta seguridad. Esta certeza caracteriza de igual manera toda revelación dada por Dios por cualquier medio. Dios ha dado al hombre los sentidos los cuales, en condiciones normales, proporcionan una información fiel y verdadera tocante a los objetos que Dios quiere que el hombre reconozca. Los mismos filósofos que insisten que la materia no existe, sino que sólo es una impresión en la mente, se contradicen a sí mismos al evadir los peligros y las fuerzas de la naturaleza. Nuevamente la razón, aunque insuficiente en sí misma, es cuando sus conclusiones basadas en la realidad, otra demostración de la verdad divina. La demostración final de la verdad de Dios está en la Biblia. Esta, siendo la Palabra de Dios, es verdad en todas sus partes. Hay un gran despliegue de verdaderos temas, y asuntos acerca de los cuales el hombre por sí solo no podría saber nada. La Biblia suple esa información correcta. “Las palabras de Jehová son palabras limpias, como plata refinada en barro de tierra, purificada siete veces” (Sal. 12:6). Se afirma en las Escrituras que Dios es guardador de Su pacto. Algunos de Sus pactos sólo contienen

promesas y otros contienen promesas y avisos. El es fiel a toda Su palabra. "Dios no es hombre, para que mienta ni hijo de hombre para que se arrepienta. El dijo ¿y no hará? Habló ¿y no lo ejecutará? (Num. 23:19). "Fiel es el que prometió" (He. 10:23). Cuando el hombre deja de cumplir su parte en un pacto condicional, Dios queda libre de dicho pacto si El entonces hace lo contrario a lo establecido en ese pacto, El no es infiel. Habiendo prometido a Abraham sin ninguna condición que la simiente de Abraham sería librada de Egipto (Gn. 15:13, 14), está escrito "y pasados los cuatrocientos treinta años, en el mismo día todas las huestes de Jehová salieron de la tierra de Egipto" (Ex. 12:41).

Es siempre verdad, porque Dios es verdadero, que "No faltó palabra de todas las buenas promesas que Jehová había hecho."

Dios es igualmente veraz en la ejecución de sus promesas de juicio, pero hay indicios de piedad para aquellos que se vuelven a El. Dios dice: "En un instante hablaré contra pueblos y contra reinos, para arrancar, y derribar, y destruir. Pero si esos pueblos se convierten de su maldad contra la cual hablé yo me arrepentiré del mal que había pensado hacerles" (Jer. 18:7, 8). Así mismo se declara también que Dios estima al inconverso como estando ya bajo condenación y que, "El que no cree en el Hijo no verá la vida; sino que la ira de Dios está sobre él." Pero, por otra parte, se promete que "El que cree en el Hijo tiene vida eterna" (Jn. 3:36). No existe mayor certeza de perdición que la que se encuentra en el hecho que Dios, quien no puede mentir, ha dicho que será así.

La fidelidad de Dios es la fuente inagotable de consuelo y seguridad para aquellos que viven en relación correcta con El, y son participantes de los pactos de Su promesa. Es de gran significación cuando Cristo dijo: "Yo soy . . . la verdad" (Jn. 14:6).

3. VOLUNTAD. El tercer elemento esencial en la personalidad es la *voluntad* y puede observarse mucho acerca de la voluntad de Dios. La voluntad es aquello en Dios que pone en acción todo lo que El ha diseñado. Como evidencia que la voluntad pertenece a Dios está el hecho que ésta pertenece a la personalidad, la perfección, la independencia, la obra de la creación, y es directamente afirmada respecto a Dios por las Escrituras (Jn. 1:13; Ro. 8:27; 12:2; 1 Co. 1:1; Ef. 1:5). La voluntad de Dios puede ser considerada como *libre y omnipotente*.

a. LIBERTAD. La voluntad de Dios es *libre*. Su actuar es conforme a la sabiduría, es ejercitada en poder infinito y mantiene solamente los justos propósitos de Dios; pero así todo es libre en sentido de que es independiente de todas Sus criaturas así como de sus acciones. Al reflexionar de esa manera acerca de la voluntad de

Dios, los teólogos frecuentemente distinguen entre la voluntad *establecida* de Dios y Su voluntad *didáctica*. La voluntad establecida o decretada de Dios será considerada más ampliamente más adelante en este tratado. Este aspecto de la voluntad divina es Su propósito eficaz tocante a todo lo que es, o será, en la creación que El ha realizado.

En contraste con esto, la voluntad didáctica de Dios es aquella que solamente manda pero no obliga a Sus criaturas. Estos dos aspectos de la voluntad no están en conflicto. La voluntad didáctica puede ser resistida, como frecuentemente lo es. Toda desobediencia a Sus mandamientos, aunque predeterminados, no tiene la aprobación de El. La voluntad didáctica ofrece un precepto que los hombres pueden recibir o rechazar. La voluntad de Dios no determina lo que es correcto o incorrecto. Algunas veces se ha sugerido la idea, que Dios por decreto soberano puede hacer que lo malo sea bueno y lo bueno malo. Lo que es la voluntad de Dios es bueno porque ello expresa Su carácter santo. Sin embargo, concerniente a cosas, algunas buenas y otras malas, que Cristo oró: “Si Padre: porque así te agradó” (Mt. 11:26).

Otra distinción en la libre voluntad de Dios es que algunos de sus propósitos son secretos, llamados *voluntas beneplaciti*, y otros son revelados, llamados *signi*. Dios mandó a Abraham a que ofreciese su hijo, pero estaba en la voluntad secreta de Dios el librar a Abraham de aquella situación, la diferencia entre *beneplacite* y *signi* la encontramos en Deuteronomios 29:29: “Las cosas secretas pertenecen a Jehová Dios; mas las reveladas son para nosotros y para nuestros hijos para siempre, para que cumplamos todas las palabras de esta ley (comp. Sal. 36:6; Rom. 11:33-34).

b. OMNIPOTENTE. El poder infinito de Dios, designado como *omnipotencia*, es empleado en la ejecución de todo lo que es la voluntad de Dios. Mucho de lo que Dios hace es por voluntad directa sin usar intermediarios o agentes de clase alguna. Dios dijo: “Sea la luz: y fué la luz.” Esto es la omnipotencia operando a través de la voluntad. La voluntad del hombre está limitada a pensamientos, propósitos, actos volitivos, y ciertos movimientos físicos. El hombre no puede producir nada por la fuerza de su voluntad. La habilidad divina en producir la existencia del universo de la nada por el acto de Su voluntad en la gran manifestación de poder.

Tal poder sólo pertenece a Dios. Es el capaz de hacer todo lo que quiere, pero El puede no desear hacer todo lo que Su omnipotencia le permite. Su voluntad está dirigida hacia fines santos y dignos. El no puede contradecirse a sí mismo. Juan Hawe ha dicho: “Pertenece a un ser autosuficiente estar siempre lleno y libre, y al que recibe, al

ser que depende de otro, estar siempre vacío y hambriento" (citado por Watson, *Institutes*, I, 363).

Don Ricardo Watson ha escrito abundantemente concerniente a la omnipotencia divina. Lo siguiente es de vital importancia:

"En la revelación que ha sido diseñada para maravillar y contratar lo malo, y producir fortaleza mental y consolación al bueno bajo toda circunstancia, la omnipotencia de Dios es por lo tanto en una gran variedad de puntos de vistas impresionantes, y relacionadas con las ilustraciones más sorprendentes. Esta está representada por el hecho de la *creación*, la creación de los seres vivientes *de la nada*, lo cual en sí, aunque ha sido limitado a un solo objeto, aunque pequeño, sobrepasa la mente finita y confunde las facultades. Esto no requiere ningún esfuerzo para con Dios — "El dijo y fué hecho, El mandó y existió." La *extensión* y la *variedad* de sus obras engrandecen el concepto. "Los cielos cuentan la gloria de Dios y el firmamento anuncia la obra de sus manos." "El solo extendió los cielos y anda sobre las olas del mar; El hizo la Osa, el Orion y las Pléyades, y los lugares secretos del sur; El hace cosas grandes e incomprensibles, y maravillosas sin número. El extiende el norte sobre vacío cuelga la tierra sobre la nada. Ata las aguas en sus nubes y las nubes no se rompen debajo de ellas. El encubre la faz de Su trono, y sobre él extiende su nube. Puso límite a la superficie de las aguas, hasta el fin de la luz y las tinieblas." La *facilidad* con que El sostiene, ordena, y controla el más poderoso y difícil de los elementos, presenta su omnipotencia bajo un aspecto inefable de dignidad y majestad, "todas las cosas en el subsisten." El detuvo la mar "cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento." Porque El mira hasta los fines de la tierra, y ve cuanto hay bajo los cielos. Al dar peso al viento, y poner las aguas por medida; cuando El dió la ley a la lluvia y camino al relámpago de los truenos." "¿Quién midió las aguas con el hueco de su mano y los cielos con su palmo, con tres dedos juntó el polvo de la tierra, y pesó los montes con balanza y con pesas los collados?" Las descripciones del poder Divino frecuentemente son *aterradoras* "Los pilares del cielo tiemblan y se espantan a su reprensión." "El traspasa los montes y ellos no lo saben; el los trastorna en su ira, el sacude la tierra fuera de su lugar, y las columnas de ella tiemblan; el manda el sol y no se levanta y sella las estrellas." La misma absoluta sujeción de las criaturas bajo su dominio es vista entre los habitantes inteligentes del universo material, y los ángeles, los hombres más elevados, y los espíritus malignos, son llevados con la misma facilidad que los elementos más débiles. "El hace a sus ángeles espíritus y a sus ministros llamas de fuego." Ellos cubren sus rostros delante de su trono, y se postran a Su servicio. "El está sentado sobre el círculo de la tierra, cuyos moradores son como langostas; el extiende los cielos como una cortina, las despliega como una tienda para morar." "El reduce a los príncipes a la nada." "El establece a uno y quita al otro", "porque el reino es del Señor y el es el gobernador entre las naciones."

"Los ángeles que pecaron los arrojó al infierno y los entregó a prisiones de oscuridad, para ser reservados a juicio." Las escenas finales de este mundo completan este concepto trascendental de la majestad y el poder de Dios. Los muertos de todas las edades se levantarán de la tumba al mandato de su voz y el mar dará los muertos que están en él. Delante de El huirá el cielo y la tierra, las estrellas del cielo caerán y el poder del cielo será conmovido. Los muertos grandes y pequeños, estarán de pie ante Dios, y son separados como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Los malos serán enviados a la condenación eterna y los justos a la vida eterna.

De estas vistas maravillosas de la omnipotencia de Dios, esparcidas casi por cada una de las páginas de la Biblia, el poder radica en su *verdad*. Estas no son exageraciones orientales, confundidas con lo sublime. Todas las cosas en la naturaleza responde a ellas, y renuevan de edad en edad la energía de la impresión que ni puede menos sino ser dejada en la mente que piensa. El orden de las órbitas astrales indica la constante presencia de un poder invisible e incomprensible: Esos mares lanzan el peso de sus olas contra las orillas pero por todas partes confrontan "los límites fijados por decreto perpetuo." La marea alcanza su altura. Si sólo fluyese por unas pocas horas, la tierra cambiaría su lugar con el fondo del mar, pero bajo un control invisible ésta vuelve a su sitio." El toca las montañas y de ellas brota humo", esto no es simple imaginación. Cada volcán es un testimonio de esa verdad a la naturaleza que encontramos en las Escrituras y los terremotos enseñan, que delante de El, "las columnas del universo tiemblan." Los hombres forman grandes ejércitos, y las grandes naciones, nos dan la idea de gran poder humano: pero permítase colocar a un ejército en medio de las tormentas de arena y el viento abrasador del desierto como ocurre frecuentemente en el oriente, o delante de "su frigidez" como ocurre en nuestros días en Rusia, donde uno de los ejércitos más poderosos ha sido visto en retirada o pereciendo ante la furia de la nieve y el frío, ó permítase ver la condición de una gran nación que es visitada por el hombre, o por una plaga incontrolable, y no es figura del lenguaje decir, que "todas las naciones son delante de él *menos que la nada y vanidad*."

Ni tampoco al pasar revista a esta doctrina de las Escrituras debe pasarse por alto los cuidadosos usos prácticos que los escritores sagrados hacen tocante a la omnipotencia de Dios. En ellos no se menciona para nada la sabiduría personal como frecuentemente es el caso entre los escritores paganos; no hay especulación carente de la servidumbre *moral*, y eso deliberadamente *diseñado*. El procurar mantener viva en el hombre el temor y la aclaración a Dios, y traerle a una feliz confianza en ese gran poder que llena y controla todas las cosas, hemos observado, que son las razones para esos grandiosos despliegues de la omnipotencia de Dios, que aparecen a través del texto sagrado con una sublimidad que solamente la inspiración puede suplir. "Cantad su gloria entre las gentes, y entre todos los pueblos sus maravillas. Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza, y de ser temido sobre todos los dioses. Alabanza y magnificencia delante de él; poder y alegría en su morada. Tribudad a Jehová, ¡oh familias de los pueblos! Dad a Jehová gloria y poder. Dad a Jehová la honra debida a su nombre. Jehová es mi luz y mi salvación; ¿de quién temere? Jehová es la fortaleza de mi vida; ¿de quién he de atemorizarme? Si Dios es por nosotros, ¿quién contra nosotros? Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra. En el día que temo, yo en tí confío." Por lo tanto como puede observarse, "nuestros temores naturales, que son muchos, nos hacen acudir a Dios, y nos recuerdan, ya que sabemos lo que Dios es, acogernos a su omnipotencia."

Aunque las vistas que las Escrituras nos ofrecen acerca de la omnipotencia de Dios son abundantes no debemos por ello considerarnos limitados a estos. Así como cuando las Escrituras nos declaran la eternidad de Dios, lo hacen con el propósito de presentarnos algo de esa peculiaridad temerosa de la naturaleza Divina, que El mismo es la fuente de vida, y que El es Eterno, porque El es el "Yo soy"; así que se nos enseña a no medir su omnipotencia por medio del despliegue que de la misma se hace. Estas son las manifestaciones del principio, pero no la *medida* de la capacidad, y si apelásemos a los descubrimientos de la filosofía moderna, la cual con la ayuda de instrumentos, ha engrandecido de tal

manera los límites visibles del universo visible, y añadiendo las estrellas, visibles a simple vista, nuevas manifestaciones del poder Divino en esos cuerpos nebulosos de los cielos que aparecen en la forma de innumerables luminarias celestes, cuyas inmensas distancias combinan su luz antes de que llegue a nuestros ojos; por ello nosotros casi que extendemos infinitamente el círculo de la creación y entramos en un campo antes desconocido y maravilloso de la operación Divina; pero aún se nos recuerda, que su poder es en verdad *eterno e ilimitado*. "He aquí todo esto es parte de sus caminos, pero que poco es conocido de El y el rugir de su poder ¿quién lo puede comprender? Es un pensamiento estupendo el poder concebir un poder del cual se deriven todos los demás poderes y al cual todo lo demás está sujeto, a lo que nada puede oponerse; que puede destruir completamente todos los demás poderes un poder que actúa de la manera más perfecta; de pronto, en un instante con la mayor facilidad: pero la Biblia nos guía a la contemplación de mayores profundidades las cuales son insondables. La omnipotencia de Dios es inconcebible y sin límites, procede de la perfección infinita de Dios, y el hecho que su poder es ilimitado; y en cada instante imaginable de la eternidad, ese poder inagotable de Dios puede, si es de Su agrado, añadir más criaturas a las ya existentes o mayor perfección a ellas." *Ibid.*, I, 360-63.

II. ATRIBUTOS INHERENTES

En la investigación anterior, los atributos de Dios relacionados con la personalidad han sido contemplados aparte de su clasificación ya sea *inherente* o *caracterizante*. Es necesario confesar que existen grandes dificultades cuando se trata de clasificar los atributos de Dios de manera arbitraria. La presente clasificación de los atributos incluye aquellos que son claramente *inherentes* y estos completan la lista de los predicados que caracterizan a Dios. Estos describen la esencia de Su Ser. Estos no son comunicados a otros seres. El hecho que estos son característicos de Dios y ausentes de todos los demás seres de inmediato produce una dificultad que no se encuentra en el estudio de atributos que son, hasta cierto grado, reflejados en las criaturas. Teniendo alguna relación vital con el bien en contraste con el mal, el hombre puede por analogía razonar partiendo de sus ideales de aquello que es bueno hacia la perfecta justicia de Dios; pero tal base de razonamiento o tal fuente de opinión no existe cuando se investiga acerca de los atributos inherentes. El tema completo es abstracto, teórico y trascendental, en lo que concierne a la experiencia humana. La expresión, *atributos inherentes* es empleada solamente por falta de otra mejor. Existe un interrogante válido en cuanto si la simplicidad, la infinidad, la omnipresencia, la inmutabilidad, la eternidad y la soberanía son atributos en sí. Estas proclamaciones surgen fuera de la perfección de Sus atributos personales y son igualmente una realidad de cada uno de ellos. La santidad, el amor, y la justicia de Dios son todas infinitas en su

alcance y aquello que caracteriza otros atributos puede a duras penas ser en sí un atributo. Estos atributos inherentes son los siguientes:

1. **SIMPLICIDAD.** Por medio de esta expresión se afirma que el Ser divino es simple, sin mezcla, puro e indivisible. El hombre es un complejo de espíritu y materia. Los ángeles si no tienen cuerpo adaptado al medio ambiente en el cual existen, estarían más cerca del ideal de la simplicidad divina que los hombres, pero aún carecen de la perfección de la simplicidad que solamente Dios posee. La complejidad no es el ideal más elevado en cualquier ser. Así como en las obras de arte, entre más simple una cosa es, más satisfacen y permanecen sus propiedades. Así es con Dios. Siendo El el Perfecto, debe ser adorado como la finalidad y la infinitud de la simplicidad. Acerca de la simplicidad de Dios, el Dr. A. A. Hodge ha escrito:

“La palabra *simplicidad* es usada, *primero*, en oposición a la composición material, ya sea mecánica, orgánica o química, *segundo*, en sentido metafísico como negación a la relación entre substancia y propiedad, esencia y modo. En el primer sentido de la palabra las almas humanas son simples, porque no están compuestas de elementos, partes y órganos. En el segundo sentido de la palabra nuestras almas son complejas, ya que hay en ellas una diferencia entre su esencia y sus propiedades, y sus modos sucesivos o estados de existencia. Debido a que Dios es infinito, eterno, auto-suficiente desde la eternidad necesariamente el mismo sin sucesión, los teólogos han mantenido que en él la esencia, y la propiedad y el modo son uno. El siempre es lo que es; y sus diferentes estados de conocimiento, emoción y voluntad no son sucesivos y transitorios sino coexistentes y permanentes, y él es lo que es en esencia, y por la misma necesidad que él existe. Todo lo que está en Dios, ya sea pensamiento emoción, voluntad o acción, es DIOS.

Algunos hombres conciben a Dios como pasando a través de varios modos y estados transitorios de igual manera que los hombres, y por lo tanto ellos suponen que las propiedades de la naturaleza divina están relacionadas a la esencia divina como las propiedades de las cosas creadas están relacionadas a las esencias que las poseen. Otros enfatizan la idea de la simplicidad en tal grado que niegan cualquier distinción en los atributos divinos en sí, y suponen que la única diferencia entre ellos se encuentra en el modo de la manifestación externa, y en los efectos producidos. Ellos ilustran sus ideas por medio de los diferentes efectos producidos en diferentes objetos por el mismo reflejo del sol. Para evitar ambos extremos los teólogos han estado acostumbrados a decir que los atributos divinos se diferencian de la esencia divina así como el uno del otro, primero, no en su *realidad* o como una cosa difiere de otra, ni en forma tal que sugiere alguna composición en Dios. Ni segundo, solo *nominalmente*, como si no hubiese nada en Dios que verdaderamente corresponda a nuestros conceptos de sus perfecciones. Sino tercero, se dice que estos difieren *virtualmente*, de manera que hay en él un fundamento o razón adecuada para todas las representaciones que aparecen en las Escrituras concerniente a las perfecciones divinas, y por los conceptos que consecuentemente tenemos de ellos.”- *Bosquejos de Teología*, ps. 136-37.

Cuando se trata de definir la simplicidad tal como se manifiesta en

Dios, algunas veces surge alguna confusión. (1) La simplicidad del Ser en Dios no es una contradicción de la Trinidad de Personas en cuyo modo El existe. El hecho de la Trinidad no demanda la existencia de tres Esencias; ésta, por el contrario, demanda una Esencia y dicha Esencia es lo suficientemente *simple* en sí misma. La totalidad de la Esencia está en cada Persona. (2) Las atributos de Dios no son porciones desasociadas de Su Ser que cuando se juntan forman a Dios. Su Esencia está en cada seno de Sus atributos y cada atributo manifiesta alguna verdad relacionada con Su pura Esencia. Como ha dicho J. F. Bruch: "Los atributos Divinos pertenecen a Dios, no como si ellos constituyesen su naturaleza, como si todo Su Ser consistiese solamente de una combinación del mismo, pero debido a que estos son las *formas y expresiones externas*, en las que Su Ser es revelado y se hace manifiesto" (citado por Van Oosterzee, *Dogmatics*, I, 253). Y (3) Dios, siendo simplicidad infinita, no está difundido como una emanación de partículas pudiesen brotar de una fuente para formar nuevas entidades de existencia. Como Creador, El es el Autor de todas las cosas. El sopló en el hombre el soplo de la vida y el hombre fué hecho de tal manera que él manifiesta la "imagen" y "semejanza" de Dios; pero la vida humana no forma parte de Dios como un elemento contribuyente en el Ser de Dios. Todo lo que Dios es retiene su carácter simple como Dios, indivisible e invariable. Nada puede mezclarse sin la posibilidad de ser separado. A esto hay que añadir el hecho que una cosa que ha sido mezclada es el producto de algún otro ser y Dios es la Primera Causa de todas las cosas y El no ha sido ni el producto de una mezcla ni la creación de nadie. La simplicidad de Dios es esencial al mismo modo de Su Ser.

2. UNIDAD. Muy estrechamente relacionado al atributo de la simplicidad se encuentra el de la unidad, estando la diferencia en que aún si fuese posible mezclar a Dios a pesar de Su simplicidad, El todavía sería una *unidad*, o uno en Sí mismo. El todavía sería una unidad o entidad única si El, al igual que el hombre, estuviese compuesto de materia y espíritu. Si sólo hubiese un hombre en el mundo, a él le sería aplicable la palabra *unidad*, si sólo pudiese haber un hombre en el universo también a él habría que aplicar la designación de *unidad esencial*. De igual manera la palabra *unidad* debe de distinguirse del hecho que Dios es Espíritu ya que El podría ser más que Espíritu puro y aún así retener Su unidad.

La relevancia teológica de la palabra *unidad* en cuanto a Dios se refiere es que Dios es una esencia. El trinitarianismo no es triteísmo. Los unitarios no son más defensores de la doctrina de la unidad divina que los trinitarios. "Jehová nuestro Dios, Jehová uno es" (Dt. 6:4). Toda la Biblia enfatiza el hecho de la unidad de Dios y en

ninguna parte mas que en el Decálogo. De igual manera está escrito: "Ved ahora que yo, soy yo, y no hay dioses conmigo" (Dt. 32:39). "Así dice Jehová, Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios" (Is. 44:6); "Y que no hay más que un Dios" (1 Co. 8:4). Este tema sublime no podría expresarse de manera más convincente y adecuada que como aparece en el credo de Atanasio. Allí se declara "que adoramos a un Dios trino, una trinidad en unidad; sin confundir las personas ni dividir la substancia; pues hay una persona del Padre, otra la del Hijo, y otra la del Espíritu Santo; pero la Deidad del Padre, la del Hijo, y la del Espíritu Santo es toda una, la gloria es igual, la majestad es coeterna. Así que el Padre es Dios, el Hijo es Dios, y el Espíritu Santo es Dios, y aún así no hay tres dioses, sino un Dios" (citado por Watson, *Institutes*, I, 474).

La unidad de Dios es una afirmación. Esta no determina lo que Dios es en Sí mismo. La unidad solamente tiene que ver con Su modo de existencia. La unidad, por lo tanto, no recibe ninguna atención por parte de algunos teólogos al estudiar los atributos de Dios. El lugar lógico donde se da consideración completa a este asunto es en el estudio de la Trinidad (allí referimos al lector).

3. LA INFINIDAD. Este es un atributo de Dios que expresa una idea negativa solamente en el sentido de que Dios es infinito y, por lo tanto, *no* es finito. El hecho de la infinidad de Dios se relaciona a todos los atributos en que ellos son lo que son en grado infinito, o sin terminación. Dios trasciende todas las limitaciones impuestas por el tiempo y el espacio. El no puede ser aprisionado ni por el tiempo ni por el espacio. De la misma manera El conoce todas las cosas perfectamente. El puede hacer que las cosas sucedan, aún referente al crear como El quiere aparte de los medios o el material, y siempre en perfección sin medida. En toda cualidad moral El está completo hasta la infinidad.

Dios ha sido llamado "El Absoluto" que es un esfuerzo por expresar el hecho que El existe eternamente sin ninguna causa fuera de Sí mismo y que solamente El es la causa suficiente de todo lo que es. Esto es infinidad demostrada hasta lo sumo.

4. ETERNIDAD. Por medio de la palabra *eternidad* se expresa la relación que Dios sostiene con la duración. Dios, siendo el Autor del tiempo, no está condicionado a éste en manera alguna. El es libre de actuar en relación al tiempo, es igualmente libre de actuar fuera de las limitaciones de éste. Actuando dentro del tiempo El dijo a Abraham: "¿Hay para Dios alguna cosa difícil? Al tiempo señalado volveré a tí, y según el tiempo de la vida, Sara tendrá un hijo" (Gn. 18:14). Y nuevamente: "Pero cuando vino el cumplimiento del

tiempo, Dios envió a Su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley” (Gá. 4:4).

La palabra *eternidad* se usa de dos maneras: (1) para describir aquello que es ya de la eternidad pasada, o que pertenece a la eternidad futura. La creación no tiene parte en la eternidad pasada, ya que tuvo un principio. Por otra parte, tanto los hombres como los ángeles tienen cierta relación con la eternidad futura, ya que ellos nunca dejarán de existir. (2) La eternidad es la manera más adecuada de describir el concepto de lo que es eterno. Es en este aspecto de la eternidad que se designa a Dios como el “Dios eterno.” El es desde la eternidad y hasta la eternidad. El problema en cuanto a como se dispone del tiempo en la eternidad está más allá del entendimiento de la mente finita. Así mismo, es de poca consecuencia el especular tocante a como y de que manera el tiempo comenzó y que, si en verdad es así, causará su fin. La pura idea de la eternidad es demasiado amplia para el pensamiento humano. En relación a esa obvia verdad, el Dr. Samuel Harris ha escrito lo siguiente:

“El Ser eterno existe sin principio ni fin. La existencia limitada por el tiempo tiene que tener un principio y puede tener un fin. Un ser limitado no tiene ninguna garantía por sí que ha de existir para siempre. Su existencia puede ser terminada por el poder del cual depende. Esas limitaciones no existen en Dios. En relación a éstas no se presentan ningunas dificultades.

Otra limitación del ser en tiempo es que su existencia es transicional a través de una sucesión de eventos. Esto por lo general causa más dificultad. La siguiente afirmación, hasta donde llega, parece darnos un verdadero significado. Dios como Espíritu absoluto existe independientemente del tiempo. El tiempo, con el universo condicionado por este, depende de El. Al actuar en el tiempo Dios permanece a través de todas sus sucesiones y cambios inmutable y siempre el mismo. El no está en la cadena de causas y efectos. El no existe en transición a través de formas sucesivas del ser. En su ser y en sus atributos esenciales como Espíritu personal, el es inmutablemente el mismo, el Eterno de quien todas las sucesiones de eventos proceden y por comparación con quien como el criterio invariable de sucesión es posible. El es el YO SOY. Aún en nuestro propio ser encontramos una analogía tocante a esto. Todo ser personal persiste en tener identidad, mientras está sujeto a actos sucesivos y cambios. Un hombre, a la imagen de Dios en su personalidad racional y libre, también es un YO SOY; el permanece siendo la misma persona, invariable en su personalidad y en sus atributos esenciales, a través de todas las transiciones y cambios de su vida. La materia está en un estado de cambio constante y fluidez. Pero aún así esto nos da una analogía débil. Estamos obligados a pensar acerca de átomos invariables que no son afectados por todos los choques y movimientos de esta acción energética desde que el mundo fué creado. Dios es invariable y eterno no solamente en su ser y en sus atributos esenciales, sino también en la plenitud de su conocimiento, sin aumento ni disminución, y por lo tanto sin sucesión. Pero así como la ausencia en Dios de las limitaciones en tiempo no prohíbe ni su presencia ni su actuar en este, de la misma manera tampoco prohíbe su conocimiento de las distinciones del tiempo ni de los eventos como presente,

pasado o futuro. El universo en toda su existencia es un arquetipo de la razón de Dios; él ve en este el mapa o plano de todo lo que se está realizando progresivamente en el tiempo. Pero él ve la diferencia entre un ser que existe en el tiempo y otro visto sólo idealmente que existirá en el futuro distante o que ha existido en el pasado y ya no existe más. Si el no supiese esto estaría limitado en el tiempo. No tan sólo sería El incapaz de actuar en éste, sino también de ver a través de éste. Pero su Razón es un ojo abierto, viendo todo lo que es, ha sido, o será, y viéndolo en su relación al tiempo tal y como es medido por los eventos... El propósito de Dios al realizar este plan maestro en el universo finito en las formas de tiempo y espacio es un plan invariable y eterno. Aunque imanente y siempre activo en el universo, él está conduciéndolo progresivamente a través de Su acción dentro del tiempo. Y Su amor, que constituye su carácter, es un eterno e invariable amor que El está expresando continua y progresivamente en todas Sus acciones de creación, preservación, providencia y redención.

El resultado a que hemos llegado es, no una eternidad como tiempo sin medida, sino el Dios inmutable y eterno que existe en todo tiempo y que se está revelando progresivamente en el universo tal y como existe en el tiempo. Dios es el YO SOY. El universo es aquello que viene a ser. Dios es eterno. El universo es la revelación progresiva y nunca completada de Dios en el tiempo y el espacio.

La eternidad de Dios está relacionada con su auto-suficiencia. El no tiene causa. Por lo tanto, él no puede tener principio. El trasciende toda la cadena de causas y efectos. Por lo tanto, El nunca puede dejar de existir." *Dios el Creador y el Señor de Todo*, I, 123-124.

5. INMUTABILIDAD. Como aparece en el *New Standard Dictionary* (ed. de 1913), la inmutabilidad es el estado o cualidad de ser aquello que "no es capaz de experimentar cambio, ya sea por aumento o disminución, desarrollo o evolución propia; inalterable; invariable; permanente; como, Dios es *immutable*."

Dios no está sujeto a cambio alguno no importa cual sea la esfera de relaciones. El no podría ser menos de lo que es, y, debido a que El llena todas las cosas, El no podría ser más de lo que es. El no puede ser removido de ningún lugar, ni está Su conocimiento ni su santidad sujetos a variación. La Escritura declara: "Dije: Dios mio, no me cortes en la mitad de mis días; por generación de generaciones son tus años. Desde el principio tu fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos. Ellos perecerán, mas tu permanecerás; y todos ellos como una vestidura se envejecerán. Como un vestido los mudarás, y serán mudados; pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán" (Sal. 1-2:24-27); "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:9, 10); "Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habeis sido consumidos" (Mal. 3:6); "toda buena dádiva y todo don perfecto desciende de lo alto, del Padre de las

luces, en el cual no hay mudanza ni sombra de variación" (Stg. 1:17).

No solamente hay ausencia de cambio en Dios mismo, sino que también los principios morales que él ha establecido son de carácter permanente. Concerniente a esto, el Dr. Miley ha escrito: "La historia sagrada revela un obligatorio cambio de estructura en las antiguas dispensaciones de la religión revelada, y un gran cambio al comparar las complicadas ceremonias del judaísmo con las simples formas del cristianismo, pero los mismos principios morales permanecen a través de todas esas economías. Un cambio que ocurre dentro de las esferas de la utilidad es completamente consistente con la invariabilidad de Dios, mientras que los principios morales invariables son una profunda realidad de su inmutabilidad. Que él considera la misma persona ahora con reprensible desagrado, y luego con aprobación de amor, no tan sólo es consistente con su inmutabilidad, sino también un requisito de esta o la luz del cambio moral en el objeto de su cambiada atención" *Teología Sistemática*, 1, 221).

Como ha sido sugerido por el Dr. Miley, algunos pasajes parecen indicar que Dios está sujeto a cambios. La declaración escrita en Génesis 6:6, diciendo: "Y se arrepintió Dios de haber hecho hombre en la tierra", tiene que ser considerada a la luz de Números 23:19: "Dios no es hombre para que mienta, ni hijo de hombre para que se arrepienta." En un capítulo (1 S. 15), está escrito que Dios dijo: "Me pesa haber puesto por rey a Saul" (vs. 11, 35); pero también dijo por medio de Samuel: "Además el que es la Gloria de Israel no mentará, ni se arrepentirá, porque no es hombre para que se arrepienta" (v. 29). Dios, aunque es inmutable, no es inmóvil. Si El prosigue consistentemente un curso recto, Su actitud tiene que adaptarse a todo cambio moral que ocurra en el hombre. "La invariable santidad de Dios requiere que El trate al malo diferente del justo. Cuando el justo se convierte en malo, su trato hacia el tiene que cambiar. El sol no es inestable o parcial porque derrite la cera pero endurece el barro —el cambio no está en el sol sino en el objeto sobre el cual éste brilla. El cambio en el trato de Dios hacia los hombres es descrito antropomórficamente, como si fuese un cambio ocurrido en el mismo Dios —otros pasajes con estrecha relación con el primero que ha sido dado sirven para corregir cualquier mal entendimiento. Avisos de juicio no cumplido, tales como el de Jonás 3:4, 10, han de ser explicados por medio de su naturaleza condicional. De ahí que la inmutabilidad de Dios asegura que su amor se adaptará a sí mismo a todos los diferentes modos y condiciones de Sus hijos, para guiar sus pasos, simpatizar con sus penas, contestar sus oraciones. Dios nos responde más prestamente que el rostro de la madre frente a las

variaciones de su bebé” (Strong, *Teología Sistemática*, p. 124).

6. OMNIPRESENCIA O INMENSIDAD. La relación que Dios sostiene con el espacio recibe la designación de *omnipresencia* e *inmensidad*. El concepto de Dios presentado en las Escrituras es que El está presente en todo lugar. Tal noción es difícil de comprender por la mente finita. También la Biblia declara que Dios —cada una de las tres Personas— reside en un lugar en un momento dado. Acerca del Padre, se declara: “Padre nuestro que estás en los cielos” (Mt. 6:9); acerca del Hijo se declara que El, después de su ascensión, “se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (He. 1:3); y concerniente al Espíritu en Su relación a la Iglesia, se dice: “en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu” (Ef. 2:22; comp. Sal. 113:5; 123:1; Ro. 10:6, 7; 1 Co. 3:16; 6:19). Por otra parte, el Padre es visto en el Hijo y el Hijo en el Padre (Jn. 17:21); el Padre es “sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef. 4:6); el Hijo está presente donde dos o tres están reunidos en Su nombre (Mt. 18:20; comp. 28:20; Col. 1:27). El Espíritu, al igual que el Padre y el Hijo, habita en todo creyente (Ro. 8:9).

La dificultad para la mente finita surge cuando tanto la revelación como la razón abstracta afirman la omnipresencia de Dios. Todos los altos seres conocidos por el hombre, incluyendo los ángeles, están limitados a un solo lugar en un momento dado. Cuando ellos están aquí no están allá. Las cosas materiales ocupan alguna parte o lugar en el espacio, pero nunca lo ocupan todo. El espacio ha sido definido como “la extensión vacía de materia o cuerpo, y capaz de recibir o contener materia o cuerpo” (citado por Dick, *Teología*, 90). Es así que el espacio excede todo lo que contiene. Dios es la causa del espacio y por lo tanto no está sujeto a este (comp. 1 R. 8:27). En relación con Su creación, incluyendo el espacio, Dios es tanto imanente como trascendente. Si el espacio está limitado por barreras, El lo sobrepasa de manera infinita. Es probable que las palabras *omnipresencia* e *inmensidad* representan ideas algo diferentes. La omnipresencia naturalmente relaciona a Dios con el universo donde otros seres están y como estando presente con ellos, mientras que la inmensidad sobrepasa toda la creación y se extiende sin fin.

Hay por lo menos tres argumentos que a favor de la inmensidad y la omnipresencia divina son presentados por la razón abstracta. (1) La perfección de Dios demanda que El esté presente en todas partes. Si hubiese algún lugar donde El no estuviese, la mente humana podría concebir un ser mayor que llenase todos los lugares y por lo tanto Dios sería imperfecto hasta el punto en que El no respondería a la idea de la inmensidad. Acerca de esta importante consideración

el Dr. Dick ha escrito: "El resultado es, que en nuestra opinión es mejor para un ser estar en muchos lugares que estar en pocos, estar en todos los lugares que estar en muchos. Suponer, por lo tanto, que Dios existe solamente en una parte del universo, estar en el cielo pero no en la tierra, circunscribir su esencia dentro de cualquier límites no importa su extensión, sería concebirle semejante a sus criaturas. Sería fácil imaginar un ser aún más perfecto, pues ciertamente sería más perfecto aquél ser que estuviese presente al mismo tiempo en el cielo y en la tierra. Por lo tanto, parece que armonizar con la razón es atribuir inmensidad a Dios" (*Ibid.*; p. 99). (2) La propia naturaleza de Dios requiere que El esté presente en todas partes. El ejercicio de Sus atributos no está limitado a una localidad sino que es igual dondequiera de ahí que, como El está donde están Sus atributos, El es omnipresente. (3) Así mismo, la razón también afirma que, debido a que Dios no usó ningún mecanismo ni ningún agente en la creación y ya que todo vino a existir al mismo tiempo, El estaba presente en ese tiempo donde la creación tuvo lugar.

El error del panteísmo que afirma que Dios es la suma total de toda la vida que existe —el alma del universo— ya ha sido señalado; pero hay el peligro que la mente, al tratar de hacer real la omnipresencia de Dios, lo haga concibiendo a Dios como difundido por dondequiera en el sentido de que solamente una pequeña parte de El está presente en un lugar determinado, como lo está la vida humana, pero parcialmente presente; en cualquier parte del cuerpo que éste ocupa. Dios, sin embargo, está totalmente presente en todo lugar. Si la naturaleza divina está residente en muchos lugares, eso no se realiza por medio de una difusión con el fin de que cada uno pueda compartir una pequeña parte de esa naturaleza. El está totalmente presente tan completamente como si no estuviese en ningún otro lugar —Padre, Hijo y Espíritu Santo— en cada templo humano en el cual El habita, y en toda parte de Su dominio. El Dr. Samuel Clarke lo ha expresado bien al decir: "Aquello que con más seguridad podemos afirmar, y que ningún ateo puede decir que es absurdo, y que sin embargo, es suficiente para todos los propósitos sabios y buenos, es esto; que mientras todos los seres creados y finitos pueden sólo estar presentes en un solo lugar a la vez, y los seres corporales aún en ese lugar de manera muy imperfecta y diferente, para cualquier propósito de poder y actividad, solamente por medio de las mociones sucesivas de los diferentes miembros y órganos; la Causa Suprema, por el contrario, siendo una esencia infinita y simplísima, y comprendiendo todas las cosas perfectamente en sí mismo, *está en todo tiempo igualmente* presente, tanto en su esencia simple como por medio del inmediato y perfecto ejercicio de

todos Sus atributos, en *cada lugar* de la gran inmensidad sin límite, como si en realidad fuese todo un solo lugar" (*Discurso sobre el Ser y los Atributos*, p. 46, citado por Dick, *Ibid.*, p. 100).

No es en ningún modo razonable para la mente finita el suponer que ésta puede entender el aspecto divino de la omnipresencia. Las palabras del salmista expresan los pensamientos del más sabio de los hombres: "Tal conocimiento es demasiado maravilloso para mí; alto es, no lo puedo comprender" (Sal. 139:6). Las Escrituras abundan en declaraciones concernientes a la omnipresencia divina, y ningún pasaje es más directo y concluyente que el Salmo 139:7-12: "¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú, y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aún allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: ciertamente las tinieblas me cubrirán; aún la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de tí, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz." A esto bien puede añadirse Amos 9:2: "Aunque cavasen hasta el Seol, de allá las tomará mi mano; y aunque subieren hasta el cielo, de allá las haré descender."

Para los hombres sensibles, la omnipresencia de Dios se convierte en un poder que controla los impulsos a las malas acciones. "Tú eres Dios que ve" (Gn. 16:13). Con igual efectividad, la omnipresencia de Dios es una consolación indispensable para el justo. El relación a este tema, el Dr. Dick ha escrito lo siguiente en su singular elocuencia:

"Por último, para el justo esta doctrina es una fuente de abundante consolación. En todo lugar éste encuentra un amigo, un protector, y un padre. ¿No anuncian su presencia la voz del trueno, el rugir del océano y la furia de la tempestad? Los justos no tienen nada que temer, pues el amor hacia ellos preside sobre las conmociones de los elementos. ¿Ven ellos a Dios en las más tranquilas escenas de la naturaleza, en el progreso silencioso de la vegetación, en las sonrisas de los cielos, y en los beneficios constantes que suplen sus necesidades, e imparte tanta felicidad entre todas las clases de seres vivientes? ¡Oh! ¡Cuán delicioso es el pensamiento que El, en quien ellos han puesto su confianza, está tan cerca que ellos siempre pueden tener la seguridad de ayuda presta y efectiva! Este pensamiento está preparado para avivar toda escena, y para endulzar cualquier condición. Ha de hacer que los manantiales de gozo irrumpan en el desierto seco y sediento, y vista el sequedal con gozo y verdor. Ha de dar sabor a la comida insípida, y agua fresca. Ha de aliviar la presión de la pobreza y aliviar los dolores de la aflicción. Ha de disipar los honores de la prisión, y consolar al exilado de su país y sus amigos. ¡Qué pensamiento tan sublime, que no podemos ir donde Dios no esté! Un buen hombre puede ser privado de su reputación, su libertad, todos sus bienes terrenales; pero el odio mortal de sus enemigos nunca podría hacer brotar de sus labios la queja: "Me habéis quitado a mí Dios, y ¿qué más me queda?" Cualquiera que sean las aflicciones que le aflijan y prueben su fe, y cualquiera que sea el cambio de

circunstancias que la providencia sabia le depare, aunque no haya ningún corazón humano que simpatice con él, y ninguna mano bondadosa que active en amistad, el puede expresar su fe y su gozo con las palabras del salmista: "Con todo, yo siempre estuve contigo; me tomaste de la mano derecha. Me has guiado según tu consejo, y después me recibirás en gloria" (Sal. 73:23, 24). —Dick, *Teología*, p. 102).

7. SOBERANIA. Muchos escritores omiten la *soberanía* de los atributos de Dios. Esta es más propiamente una *prerogativa* de Dios que un atributo y debe toda su realidad a las perfecciones divinas que han sido nombradas. La soberanía es el fundamento mismo de la doctrina de los decretos divinos, los cuales trataremos más adelante. Sin embargo, cuando contemplamos la trascendencia perfecta de la Persona divina, se requiere que su soberanía sea incluida.

La soberanía de Dios es discernida en la manera absoluta en que todas las cosas han recibido su lugar correspondiente en la creación, en el haber designado al hombre sus días y sus generaciones así como los límites de su habitación, y en el ejercicio de la gracia salvadora. Hay paz perfecta y el más elevado destino para aquellos que, conociendo la voluntad de Dios, se someten a ella. Hay penas y angustias esperando por aquellos que, sabiendo la voluntad de Dios, la ignoran. Debido a la soberanía divina, el evangelio de la salvación en Cristo es presentado en muchos pasajes como algo que debe ser *obedecido*. Nuevamente, la autoridad de Dios es revelada en el hecho que cosas que eran solamente posible no fueron permitidas por El hacerse realidad. En relación a las cosas existentes, Dios está en absoluta autoridad, en la base de una o más consideraciones. (1) El es el Creador y su dominio es perfecto y final. El es libre de disponer de Su creación como El quiere, pero Su voluntad, como se ha visto, está completamente guiada por las características verdaderas y benevolentes de Su persona. Toda la majestad y la gloria pertenecen a Dios. Todas las cosas materiales son Suyas mediante la más absoluta posesión. Los hombres mantienen propiedades mediante derechos que solamente son temporales y permitidos por Dios. "Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados" (Sal. 50:10). (2) La autoridad de Dios está establecida sobre los redimidos mediante la obra de la redención. Y (3) El está en autoridad sobre aquellos entre los redimidos que decididamente riñen sus vidas a El. Las Escrituras expresan la estimación de la soberanía de Dios como no lo podría expresar las palabras del hombre: "Jehová mata, y él da vida; él hace descender al Seol y hace subir. Jehová empobrece y él enriquece; abate, y enaltece. Y El levanta del polvo al pobre, y del muladar exalta al menesteroso, para hacerle sentarse con príncipes y heredar un sitio de honor. Porque de

Jehová son las columnas de la tierra, y él afirmó sobre ellas el mundo" (1 S. 2:6-8); "Tuya es ¡oh Jehová! la magnificencia y el poder, la gloria, la victoria y el honor; porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas. Tuyo ¡oh Jehová! es el reino, y tú eres excelso sobre todos. Y las riquezas y la gloria proceden de tí, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos" (1 Cr. 29:11, 12); "Y no nos metas en tentación, mas líbranos del mal porque tuyo es el reino, y el poder, y la gloria, por todos los siglos. Amén." (Mt. 6:13).

CONCLUSION

Los atributos de Dios forman un conjunto de verdades y fuerzas que están entrelazadas y son interdependientes y que armonizan con la Persona de Dios. El omitir u oscurecer cualquiera de estos, o cualquier énfasis desproporcionado sobre cualquiera de ellos solo puede conducir a un error fundamental de magnitud inconcebible. Una gran tarea pesa sobre el estudiante de teología para descubrir esos atributos y exponerlos según la verdad. El Dr. Morris Roach ha escrito lo siguiente tocante a esa comunión de los atributos de Dios: "El error que hemos notado en relación al énfasis anormal dado a los atributos de Dios puede ser corregido por medio de la comunión de los atributos. El panteísmo, el politeísmo, el deísmo, el materialismo, el idealismo, y la evolución revelan anomalías en el carácter de Dios a los cuales suscriben sus creencias. Los errores de todos los conceptos falsos de Dios pueden corregirse por medio de una aplicación de Su verdadero carácter como es total y sistemáticamente armonizado por medio de la comunión de esos elementos en Su naturaleza. La teología cristiana es el único campo que estudia de manera proporcionada y correcta el carácter de Dios como producto de Sus atributos. No es posible atribuir poder a Dios en sentido de un "simple poderío." El carácter no puede ser producto del poder. Solamente el amor no es un atributo completo en sí, y no es, por sí solo, una base suficiente de su carácter. El carácter completo y perfecto no puede ser atribuido donde sólo existe una porción de los atributos de Dios. El carácter en Dios es el producto de todos Sus atributos en relación objetiva uno con el otro" (*La Personalidad de Dios*, tesis sin publicar -1933-, Seminario Teológico de Dallas, ps. 174-175). El amplísimo tema del conflicto causado por el pecado entre la santidad y el amor de Dios será considerado bajo el tema de la Soteriología.

En lo que hemos dicho, nos hemos esforzado en presentar algunas

características acerca de las perfecciones de Dios. Se ha dicho comparativamente poco cuando se considera el incomprensible carácter y el Ser de Dios. Sólo Dios puede declarar Su gloria. El es Aquel de quien el hombre no debe pensar sin que su corazón se inunde de la más profunda reverencia. Dios es un enemigo terrible de aquellos que le repudian; pero para aquellos —aún los más pecadores— que creen en Su Hijo, El es Su Dios, y todas sus ilimitadas perfecciones obran a su favor, y esto garantiza que todo ha de obrar para bien.

“Por lo tanto, al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.”

CAPITULO XV

LOS DECRETOS DIVINOS

En Sus Implicaciones Teológicas el término *decreto* representa el plan con que Dios ha procedido en todos Sus actos de creación y de continuación. El hecho de que El tenga un plan semejante no es sólo la deducción justificada de la razón —siendo El perfecto en sabiduría— pero es el fiel testimonio de la Biblia. Los numerosos pasajes que aseveran *el decreto, el propósito, la presciencia, la predeterminación y la predestinación*, por las cuales se dice que Dios actúa, convienen para establecer la verdad de que, ya directa o indirectamente y como se estableció en la Confesión de Westminster, El origina y ejecuta “todo lo que sucede.” Ninguna deducción con respecto a Dios podría deshonrarlo o confundir más que suponer que El no es soberano sobre Sus obras, o que El no está obrando de acuerdo a un plan que articule los dictados de la infinita inteligencia. La imaginación humana podría pintar una situación antes que cualquier acto creativo de Dios fuese ejecutado, cuando Dios, como lo fue, tenía ante Sí una variedad infinita de planes o diseños para escoger —todos y cada uno representando un posible programa de acción divina para alcanzar y elaborar el que ahora está en ejecución— sería razonable y da honor a Dios el llegar a la conclusión de que el presente plan como ha sido ordenado y como se está llevando a efecto es, y al fin se probará que lo es, el mejor plan y propósito que podría haber sido proyectado por la sabiduría infinita, consumado por el poder infinito y que será la satisfacción suprema para el infinito amor. Un ejercicio tal de la imaginación tendría un defecto notable, a saber, como el de suponer que el plan y propósito divinos que ahora están en proceso no han sido preparados desde la eternidad. Este hecho no sirve sino para enfatizar el punto que tenemos a la vista, esto es, que el plan es tan perfecto como su Autor. Es más esencial aclarar el pensamiento de las mentes devotas que toda sugerencia que tienda a denotar que Dios no está siguiendo un plan que sea digno de El, o que El está parcialmente en autoridad, o que El ha fallado y que está tratando de salvar algo del naufragio, o que El se está conformando con las cosas existentes sobre las que El no tiene control; será descartado, a pesar de los problemas inmediatos que crean la presencia del pecado y los sufrimientos, se le acreditarán a Dios que, al fin, El habrá efectuado

lo que está sólo en consonancia con Su sabiduría y bondad infinitas. Una evaluación tal del presente orden se demanda a la luz de la revelación, ya considerada, como el carácter esencial de Dios, siendo la única conclusión que la razón sin prejuicios puede aprobar.

Al pesar los hechos de la soberanía de Dios en la ejecución de sus eternos propósitos, surgen problemas —problemas más difíciles de los que encontramos al pesar las verdades concernientes a la Persona y atributos de Dios. En última instancia, las realidades cognoscibles se proyectan en el infinito pero sin el elemento de contradicción aparente. En primera instancia, o al contemplar la soberanía divina como se ve sobre el control del universo por un Dios santo, en que ha entrado el pecado y en el que se dice que hay libertad de acción de parte de seres distintos del Dios soberano, surgen conflictos de relaciones. Algunos de estos problemas no pueden ser resueltos en este mundo; ni nunca los han sido resueltos aquí, ni lo serán jamás. En la discusión previa el problema que engendra la presencia del pecado en el mundo lo abordamos a la luz de la *presciencia* divina. Ahora ha de ser abordado a la luz de el *propósito y permisión* divinos. Cuando este problema es reducido a sus mínimas dimensiones, no quedan más que dos proposiciones: o (1) que Dios es soberano que todo lo que siempre ha existido o que ha de existir está dentro de Su plan, o (2) que El no es soberano y que más o menos lo que existe en el universo está desafiando Su carácter santo y sobre lo cual El no tiene autoridad. La última proposición, en la forma extrema en que aquí es presentada, es descartada por todos los individuos devotos y reflexivos, aunque muy a menudo se adopta alguna modificación de esa proposición como un alivio de la carga que impone el problema del pecado en el universo de Dios. No se puede conceder ninguna modificación de la soberanía divina sin retar el mérito de Dios. Ni un vestigio de una concepción laudable de Dios queda en la mente del que tal cosa supone, hasta el grado más ínfimo, Dios ha fracasado, ha sido vencido, o no le está dando importancia al pecado. Dificultades insuperables surgen, en apariencia, de estas dos proposiciones; pero las que engendra la primera son mucho menos que las que engendra la segunda. Por tanto, es mejor atacar las dificultades desde la posición donde se sostiene la absoluta soberanía divina y dignidad de todas las obras de Dios. Sin duda sería digno de consideración la manera justa y autoritativa en que El ejecuta Sus fines. Habiendo establecido mediante la investigación de los atributos de Dios, Su carácter santo, Su infinita justicia, Su omnisciencia y omnipotencia, es de la incumbencia para la mente racional encarar las dificultades que surgen cuando se intenta una verificación de todo lo que la soberanía

de Dios demanda, desde el punto de vista de todo lo que se ha probado que es Dios. A lo mejor, el entendimiento del hombre es falible, y esta limitación siempre ha sido demostrada por el modo somero y ligero con que el hombre trata con estas dificultades. El suponer que la sabiduría de los hombres no es un asunto serio; no solamente, todos ellos deben haber sido hallados mentirosos sin traspasar los linderos de la revelación concerniente a la corrupción moral del corazón humano. No obstante, es cosa más seria el sospechar de la sabiduría, santidad o autoridad de Dios. Moisés ha registrado en Deuteronomio 29:29 que hay cosas secretas que pertenecen a Dios, y que hay cosas reveladas que pertenecen a los hombres. Es una tontería suponer que las cosas reveladas incluye todo lo que debe conocerse. El teólogo no debe ser desvirtuado antes bien, alabado aquel que, al confrontarse con las cosas secretas de Dios, está listo para decir, *yo no se*.

Respecto a las cosas reveladas puede decirse otra vez que muchísimo de lo que pertenece a esa categoría no tiene lugar en el divino mensaje para los no regenerados, para quienes las cosas de Dios son, a lo más, sólo "locura" (1 Co. 2:14). Igualmente, mucho de lo que está revelado no pertenece a todas las personas regeneradas quienes, por su inmadurez o carnalidad, sólo pueden recibir "la leche de la palabra." Muchas porciones de la revelación divina siendo clasificadas divinamente como "manjar sólido", no son para los bebés. El extenso daño que se ha hecho en ciertos períodos de la historia de la Iglesia por la predicación indiscriminada a toda clase de hombres de las doctrinas de la *soberanía, predestinación y elección*, va más allá de toda estimación. Los hombres no regenerados no tienen que ser gravados con la necesidad de acertar si son o no elegidos. Dios habla a los que son absolutamente fieles con el fin de que puedan ejercitar su fe en Su Hijo como su Salvador y por ende, ser salvos. Los evangelistas al proclamar su mensaje a los perdidos propiamente ignoran todos los problemas que surgen respecto a aspectos pertenecientes a las condiciones obtendidas antes de la caída del hombre. Es suficiente saber para el inconverso que ellos están justamente condenados, y que se aseguran para ellos una perfecta salvación mediante la gracia salvadora de Dios en Cristo Jesús. Distinto de esto, incumbe al estudiante de teología, a quien se dirige la más profunda revelación de Dios, el penetrar en lo que puede ser conocido acerca de cómo el hombre llegó a perderse y lo que podría ocurrir en medio de un universo en el que un Dios santo reina en forma suprema. Hablando de la gracia salvadora de Dios para los inconversos, el Obispo Moule declara: "Gracia es el complemento inmerecido de la necesidad", pero puede agregársele, el evangelio de

la gracia no incluye la discusión de temas oscuros y difíciles tales como alrededor de la doctrina de la *elección* o de la *permisión* del pecado en el mundo. Ni tales temas son adaptados para hacer retroceder a los santos tal como describe el Apóstol cuando dice: "Porque debiendo ya ser maestros después de tanto tiempo tenéis necesidad de que se os vuelva a enseñar cuáles son los primeros rudimentos de las palabras de Dios; y habéis llegado a ser tales que tenéis necesidad de leche, y no de alimento sólido" (He. 5:12).

I. EL DECRETO DE DIOS

La doctrina del decreto divino es solamente otro método de asignar a Dios la posición de ser la primera causa de todo lo que existe. Hay un plan comprensivo en que todas las cosas tienen su lugar y del cual proceden. El Catecismo Abreviado de Westminster afirma que "es su propósito eterno, según el consejo de su voluntad, por medio del cual, para su gloria, él ha predeterminado todo lo que ha de suceder" (Pregunta 7). No obstante Dios no ha decretado nada concerniente a sí mismo —tal como Su existencia, Sus atributos, la manera de Su subsistencia en tres Personas, o alguna relación inherente o asunción de responsabilidades entre la Deidad. Ni ha decretado Dios con respecto a Su propia existencia y actos transitorios como que El se mandara a Sí mismo a crear, a sustentar y a gobernar el universo. El decreto de Dios se relaciona a Sus actos que no le son immanentes e intrínsecos y que están fuera de Su propio Ser.

El término *decreto de Dios* aparece primero en singular, siendo que Dios no tiene más que un plan. El ve todas las cosas de una vez. Por conveniencia, los aspectos separados de este plan pueden llamarse los *decretos de Dios*; pero no debiera haber implicación en esto de que el infinito entendimiento de Dios avanza a pasos o en una sucesión. Y no hay posibilidad de que el plan sea alterado por omisiones o adiciones. Ni es cierto que Dios sostenga un diferente propósito desconectado concerniente a cada aspecto de Su única intención. Con Dios hay un decreto inmutable abarcando en el mismo cada detalle, aun la caída de un pajarillo. Es el conocimiento divino desde la eternidad. "Dice el Señor, que hace conocer todo esto desde los tiempos antiguos" (Hch. 15:18).

Hay que observar que Dios formó Su decreto en la eternidad, aunque su ejecución es en el tiempo. Siendo el decreto eterno, lo son todas sus partes. En la mente de Dios es uno, aunque en su realización hay sucesión. La misión de Cristo sobre la tierra fue vista en una concepción, pero hubo un intervalo de treinta y tres años

entre Su nacimiento y Su muerte. El fue “destinado desde antes de la fundación del mundo, pero manifestado en los postreros tiempos” (1 P. 1:20). Agustín afirma: “Dios no quiere una cosa ahora y otra luego; sino una, y de una vez, y siempre, él quiere las cosas que quiere; no una vez y otra, no ahora esto, ahora aquello; ni quiere después lo que antes no quería, ni tampoco no quiere lo que antes quería; porque Su voluntad es inmutable; y ninguna cosa mutable es eterna” (*Confess.*, XII, XV, citado por Shedd, *Theology*, I, 395). El poder para concebir una cosa como un todo antes que sea ejecutada en el orden en que su intención requiere, no está enteramente fuera de la línea de la mente finita. Hay toda razón para creer que Salomón previó y diseñó cada detalle del templo antes que principiara ninguna obra. Esa visión según él fue tan comprehensiva respecto a aquellos aspectos que habrían de ser ejecutados al final del proceso como en cuanto a los que estaban al principio en orden al procedimiento. La piedra del ángulo no es menos evidente en la mente del arquitecto que la piedra del fundamento. Es cierto que la previsión humana está sujeta a desarrollo y cambio, mutabilidad que nunca ocurre en la visión del prototipo divino.

Habiendo así enfatizado el carácter *eterno* del decreto divino, se puede agregar que el decreto de Dios es *sabio*, siendo el producto de la sabiduría infinita. Hay una razón digna para todo lo que Dios ha hecho o ha de hacer. Aun Su permisión del mal, como la ira del hombre, será hecha para alabarle (Sal. 76:10). “¡Oh, profundidad de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios é inescrutables sus caminos!” (Ro. 11:33).

Así mismo, el decreto de Dios es *libre*. “¿Quién enseñó al Espíritu de Jehová, o le aconsejó enseñándole? ¿A quien pidió consejo para ser avisado? ¿Quién le enseñó el camino del juicio, o le enseñó ciencia, o le mostró la senda de la prudencia?” (Is. 40:13 - 14). Estando solo cuando hizo Su decreto, Sus determinaciones no fueron influenciadas por persona alguna. Aparte del hecho de que El debe actuar de acuerdo a Su santidad y sabiduría, El era libre para hacer o no hacer. Dentro de la esfera de Sus perfecciones, el podía hacer lo que quisiera. Está cerca de la impiedad asegurar que Dios no *podía* haber hecho otra cosa que lo que ha hecho, aunque es probable de que El no *hubiera* hecho de otro modo, siendo guiado por lo que es digno de Sí mismo. Finalmente, el decreto divino es absolutamente *incondicional*. Su ejecución en ninguna manera es suspendida por condiciones que pueden o no surgir. La noción arminiana de que la voluntad del hombre es soberana en su poder para resistir al Todopoderoso ha de ser rehusada, siendo que dondequiera es refutada en la historia de los tratos de Dios con los hombres. Dios

puede, por buenas razones, permitir que prevalezca la voluntad del hombre; pero El no tiene que hacerlo así. El tiene el poder sobre cada voluntad para hacer que se cumpla Su buena voluntad. "Que anuncio el porvenir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho, que digo: mi consejo prevalecerá, y haré todo lo que quiero" (Is. 46:10). "Que hace todas las cosas según el designio de su voluntad" (Ef. 1:11). Tal declaración no podría hacerse con plena confianza si la ejecución de Su propósito dependiera de la cooperación de otros que tuvieran el poder de impedirla. Esta fase del tema todavía se tratará más detenidamente.

Se puede hacer referencia otra vez a la distinción entre conocimiento que Dios tiene concerniente a eventos futuros, por el que El reconoce ciertas cosas como meramente *posibles* pero nunca llegan a la *realidad* y por tanto no han de ser incluidas en Su decreto eterno, y cosas que son divinamente *determinadas*. De todo lo que Su conocimiento y omnipotente poder pueden alcanzar, El se propuso hacer sólo algunas cosas, y ese propósito hizo esas cosas seguras para siempre. Hay los que en este punto introducirían otra distinción dentro del conocimiento de Dios. Ellos alegan el reconocer ciertas cosas —notablemente, los libres actos de los hombres— no del todo provienen de Dios, sino más bien de la criatura. Para estos actos libres se afirma que Dios podría no tener otra relación que tener presciencia de lo que hará la criatura. Esta noción es promovida por los que sostienen que los decretos de Dios son condicionales, terminando en que unos son escogidos para la vida eterna sobre la base de la presciencia divina cuanto a su fe y obediencia. Esta teoría, si fuera cierta, sostendría la idea antibíblica de que, al fin de cuentas los hombres son salvos a base de sus propios méritos y dignidad. Esta pretensión no sólo se opone a la doctrina de la salvación por gracia sola, sino que deja la cuestión de cómo si Dios es el autor del pecado sin respuesta y coloca a Dios en la indigna posición de depender de Sus criaturas. Las Escrituras, mientras reconocen una libertad de acción en el hombre, no obstante, afirman que el hombre no está exento del control de su Creador. Se puede decir que Dios conoce cuales serán los actos de los hombres cuando se ponen bajo ciertas circunstancias. Es igualmente cierto que El es el autor de las circunstancias. Dios sabía que Adán puesto bajo las circunstancias que obtuvo, caería. Dios podía haber arreglado el asunto de otro modo, pero no lo hizo. La cuestión en cuanto a la relación entre la responsabilidad divina y la humana en un desarrollo tal, es compleja sobremanera. Dios no faltó en advertir a Adán, ni cuando pronunció la sentencia sobre él después de su pecado, Dios no asumió responsabilidad alguna. Se pudiera haber observado más aún que si

Adán hubiera obedecido a Dios como El le había ordenado, no hubiera habido necesidad de un Redentor; todavía el Redentor tanto como la necesidad de El estaban evidentemente en el decreto de Dios por toda la eternidad (Ap. 13:8). Este problema, todavía por considerarse más completamente, está lejos de alcanzarse, pero no es resuelto por ninguna teoría que busca escapar de las dificultades a través de la salida de una supuesta irresponsable presciencia divina.

Si no se hubiera acordado para los hombres un cierto conocimiento de Dios, ellos podrían ser perdonados por la suposición de que Dios no sabe lo que está haciendo, que no tiene poder para rescatarse a Sí mismo del dilema a que la ignorancia lo hubiera lanzado o que El no mantiene una norma de santidad. Tales conclusiones pueden haber sido tomadas entre gente pagana a los que no les ha sido dada revelación alguna. Pero Dios se ha revelado a los hombres y éstos son sin excusa si sostienen conceptos de El que desprecian Sus perfecciones. Los problemas existen, pero cada uno debe ser afrontado y resuelto —hasta donde puedan resolverse— sin la menor desviación de la infinita dignidad de Dios. Cierta sistema de teología principia con el hombre se centra en el hombre y termina con el hombre; y Dios es introducido únicamente cuando El se conforma a esta noción antro-po-céntrica. Por otra parte, ciertos sistemas de teología principian con Dios, se centran en Dios y terminan con Dios; y el hombre es introducido sólo cuando el se conforma a esta idea teo-céntrica. Es obvio a cuál de estos dos sistemas generales presta la Biblia su apoyo y cuál, al fin, da descanso y satisfacción al corazón del hombre El más grande problema emerge cuando el hombre dirige sus pensamientos a la soberanía de Dios y todo lo que ella implica. Estos problemas jamás se resuelven minimizando a Dios, la santidad, el pecado, o la responsabilidad humana. Los sistemas de teología publicados que ya omitan el decreto divino, o se opongan a la doctrina, son justamente reprensibles. Ellos quitan el timón del barco y lo dejan flotar sujeto al viento y la marea. Es una deshonra aún para un hombre asegurar que él no actúa con propósitos, fines racionales a la vista, o que él no emplea medios dignos para realizar esos fines. La doctrina del decreto divino en sí misma no introduce nada misterioso o profundo. Declara que Dios diseña y decide antes de actuar, y que todos sus actos están en armonía con su carácter perfecto y con sus atributos. Los problemas aparecen cuando el hombre, con su propio libre albedrío, y el hecho del pecado entran en escena.

El término *decreto divino* es un intento de reunir en una sola designación lo que las Escrituras refieren por medio de varias designaciones —el *propósito* divino (Ef. 1:11), *determinado consejo*

(Hch. 2:23), *elección* (1 Tes. 1:4), *presciencia* (1 P. 1:2; comp. 1:20), *predestinación* (Ro. 8:30), *la voluntad* divina (Ef. 1:11), y *Su beneplácito* (Ef. 1:9). Cuando se hace referencia a consejos divinos no sugiere una conferencia de parte de Dios con otros seres, sino que Sus consejos son consumadamente sabios. Del mismo modo, la referencia a Su divina voluntad no sugiere actos caprichosos o irrazonables. La sabiduría infinita dirige la determinación divina. Es en este sentido que se dice que Su decreto es el “consejo de Su voluntad.” Estos términos ciertamente significan que Dios actúa únicamente de acuerdo a un propósito eterno, el que reúne todas las cosas.

Cuando se procura llegar a un correcto entendimiento de la doctrina del decreto divino, es esencial distinguir entre decreto y predestinación, y entre predestinación y elección y retribución. El decreto divino abarca todo lo que fue y lo que está en el futuro. Cuanto habrá de acontecer en el tiempo fue decretado desde la eternidad, sea bueno o malo, sea grande o pequeño, ya sea efectuado directamente por Dios o indirectamente por medio de sus agencias. El decreto mismo provisto para las acciones libres de las criaturas é incluye lo que a los hombres les ha placido llamar *accidentes*. Con respecto a aquello de qué es lo bueno a distinción de lo qué es malo, usualmente se hace una discriminación la una es por ordenación divina y la otra por *permiso* divino. El decreto divino abarca el acontecimiento entero del universo incluyendo las cosas materiales y las inmateriales. El término *predestinación* es restringido para criaturas de Dios ya sean angélicas o humanas y prescindiendo del hecho de que en las Escrituras ordinariamente se aplica a los buenos, es, en su significado lato, aplicado apropiadamente a todos los seres creados —algunos de los cuales son los elegidos y algunos los reprobados. Una vez más, *elección* es más estrecha en su significado que predestinación, ya que se refiere sólo a los que están en buenas relaciones con Dios y destinados para eternas bendiciones; y opuesta a esto está la *retribución*, designación que incluye a todos los que no son elegidos.

De no haber entrado el pecado en el universo y de haber quedado todas las criaturas en su primer estado, es probable que no se habría levantado objeción contra la doctrina del *decreto divino*, con su reconocimiento de la soberanía. En esta conexión es digno de notarse que hay vastos dominios del universo y esferas de la autoridad divina en donde la soberanía divina no ha sido controvertida. Dentro de lo que es, comparativamente, una excesivamente limitada porción del universo, la santidad y el pecado ahora están en disputa y la duración de este conflicto está restringida

a esa inconcebible fracción de la eternidad que representa el tiempo. Quien en la eternidad pasada reinó supremo, reinará en la eternidad venidera con todos los enemigos distribuidos. Es una improbabilidad de magnitud inmensa —aun cuando se sujete sólo a la razón— que El que reina en toda la eternidad sobre el vasto dominio del universo, que haya encontrado su derrota y llegue a ser impotente antes que omnipotente frente a aspectos morales que en Su eterno consejo El ha permitido que existan por un tiempo limitado. Las Escrituras afirman la indefectible soberanía de Dios y nunca más enfáticamente que cuando predice el rápido acercamiento de la hora cuando el pecado no será más. Realmente, ¿quién está determinando la hora cuando cesará el pecado? ¿Ha de cesar por mero capricho? o ¿es que Dios no tiene más relación vital cuanto a su cesación que preveer que cesará? ¿Quién hace que cesen las guerras? ¿Por cuál poder o autoridad Satanás será atado y confinado al abismo y finalmente echado en el lago de fuego? ¿Es un mero accidente, acerca del cual Dios sólo prevé, que este universo todavía será limpiado de toda maldad? o ¿es una fábula de que el Creador pronunciará todavía sentencia contra todo enemigo? ¡A solo Dios sea la majestad, el dominio y el poder por siglos y para siempre! Amén.

Habiendo dirigido una débil nota de alabanza a Dios, ahora es necesario —como es de la incumbencia de todo estudiante del teísmo bíblico— prestar atención a los problemas que engendra el tema de la soberanía divina. En una meditación tal hay aspectos implicados que son muy vastos para que la mente finita pueda sondear, y ninguna persona inteligente y reverente, se sorprenderá al descubrir los límites de su mente finita. Cuando se está en los límites entre lo finito y lo infinito, entre el tiempo y la eternidad, entre la perfecta é irresistible voluntad de Dios y la impotente y pervertida voluntad humana, entre la gracia soberana y el pecado merecedor del infierno, ¿quién entre los hombres es demasiado orgulloso para no exclamar: *Hay algunas cosas que yo no entiendo.*

Los aspectos difíciles no son la carga de ningún sistema particular de teología. Pertenecen propiamente a todos, y ninguno que suponga que no tiene que ver con tales problemas es recomendable.

Es probable que estas cuestiones son difíciles en gran parte a causa de los limitados conocimientos de la mente humana cuanto al carácter esencial del pecado, del esencial, aunque ampliamente diferente, alcance de la voluntad humana al compararse con la voluntad divina, y del verdadero y final propósito de Dios. Con estos hechos preparativos en mente los problemas no son, como en su amplitud general, sino realmente dos, a saber: (a) *el problema moral*, o el hecho que el mal está presente en un universo sobre el que Dios

reina supremo, y (2) *el problema de la voluntad*, o la aparente irreconciliabilidad del libre albedrío del hombre y la soberanía de Dios. Estos son los que pasamos a examinar.

1. DOS PROBLEMAS BASICOS. (a) EL PROBLEMA MORAL. La presencia permitida del pecado en el universo sobre el que el infinitamente santo Dios rige introduce un choque de ideas que en todas sus implicaciones ninguna mente humana puede armonizar. Considerando las dos realidades disonantes, es decir, Dios y el pecado, es cierto que la solución de la dificultad no se descubrirá en dirección de ninguna presunción de que Dios fue incapaz de prevenir que el pecado acaeciera en el universo, o que El no puede hacer que cese en cualquier momento de tiempo. Al mismo propósito, es cierto que el dilema no será arreglado o exonerado por ninguna suposición de que el pecado no es excesivamente pecaminoso a la vista de Dios —eso es lo que aborrece con perfecto aborrecimiento. El asunto puede quedar sin modificación de que Dios, quien es activa e infinitamente santo y quien es absolutamente libre en todas sus empresas, siendo libre para crear o no crear y para excluir el mal de lo que El había creado, no obstante, ha permitido que aparezca el mal y que siga su curso en esferas humanas y angélicas. Esta confusión también se intensifica a un grado inconmensurable por el hecho de que Dios sabía cómo permitió que se manifestara el pecado, que a El le costaría el sacrificio más grande que para Dios es posible hacer —aun la muerte de Su Hijo. Las Escrituras afirman con abundante certeza que (a) Dios es Todopoderoso y que, por tanto, no se podía imponer el pecado contra Su voluntad permisiva; (b) que Dios es perfectamente santo y que aborrece el pecado ilimitadamente; y (c) que el pecado está presente en el universo con todo el daño para los seres creados y que este daño a causa de que algunos dejan de entrar en la gracia redentora, seguirá sobre ellos por toda la eternidad venidera.

Si las Escrituras afirman que una cosa es verdad, como tal ha de ser recibida por causa cristiana. Pareciera que allí hay un conflicto de ideas, como se ha notado anteriormente, mas permanece el hecho de que el relato bíblico de cada asunto en consideración es *cierto*, hay que atribuir la dificultad al insuficiente entendimiento de la mente humana. La Biblia no se propone a dar ninguna explicación de esos dilemas que el hombre observa. Los aparentes conflictos de ideas evidentemente no tienen realidad ni existencia en la mente de Dios. Mediante un atento estudio de ciertos problemas, pueden removerse algunas dificultades.

(1) *La Naturaleza Esencial del Pecado*. Aunque el campo entero de la hamartiología está indicado para este punto en la presente

discusión, su estudio completo ha de reservarse para su lugar correcto como una subdivisión de la Antropología. El problema del pecado en el universo de Dios es minimizado al grado ínfimo cuando se estudia la precisa naturaleza del pecado. Muy a menudo se ha supuesto que el mal es una creación divina y por lo tanto no llegó a realizarse sino hasta que Dios le dio su lugar entre las cosas existentes; considerando que el mal, como una realidad abstracta, no es cosa creada más de lo que es la virtud. Así, tanto como ha existido Dios, ha existido la virtud; y tanto como ha existido la virtud, ha habido un concebible oponente de ella, aunque no había la más leve posibilidad que lo opuesto de la virtud pudiera encontrar expresión hasta que fuesen creados los seres que tuvieran la habilidad de pecar. Una deducción tal no ha de ser juzgada aun como una moderada forma de dualismo, o la presciencia de Dios que previó el presente conflicto entre el bien y el mal y, en efecto, el mismo presente conflicto, su dualismo. En el propósito de Dios ¿cómo podría haber sido muerto el Cordero, como una ofrenda por el pecado desde la eternidad, si el hecho potencial del mal no estuviese bajo la consideración divina? Por otra parte, el problema de cómo el mal podría entrar en el universo y hallar su manifestación sólo por el permiso divino, es más difícil de comprender. Hasta donde tiene que ver el primer pecado del hombre, había un siniestro tentador presente a quien se le asigna mucha responsabilidad; pero en el caso del primer pecado de los ángeles la cosa es verdaderamente desconcertante, porque no había ni una tentación exterior ni una depravación interior presentes. Ciertamente un permiso pasivo divino no genera una impelente disposición para el mal. Este aspecto de toda la averiguación por permitir el pecado es sin duda su intrínseca esencia o naturaleza, y está enteramente fuera de la línea de la comprensión finita.

Como a cuál propósito puede servir la presencia del pecado en el universo, se han propuesto varias sugerencias, ninguna de las cuales, ni todas combinadas, ha probado una respuesta completa a la pregunta. (a) El propósito final de Dios que es llevar a los hombres a ser semejantes a El, ellos, para alcanzar este fin, tienen que llegar en cierto grado a conocer lo que El conoce. Ellos deben reconocer el carácter malo del pecado. Esto lo sabe Dios intuitivamente, pero tal conocimiento deben adquirirlo las criaturas sólo por observación y experiencia. Obviamente, si el propósito divino ha de llegar a realizarse, se le debe permitir que el mal se manifieste. No está revelado lo que la demostración del pecado y de su experiencia puede significar para los ángeles. (b) Hay aquello en Dios que ninguna criatura jamás ha visto —aunque ellas han mirado Su gloria, Su sabiduría y Su poder— especialmente Su *gracia* hacia los caídos y

pecadores. Pero no es posible ninguna demostración de la gracia, a menos que haya objetos de la gracia, y no podría haber objetos de la gracia aparte de la presencia y la experiencia del pecado. (c) Así mismo, el principio del pecado —una cosa opuesta a la virtud— tiene que ser traído a juicio final y completo. El universo tiene que ser purgado de las realidades del pecado y sus posibilidades. Una cosa abstracta no puede ser juzgada rectamente hasta que haya llegado a ser concreta. Así puede ser juzgada en su carácter real, como lo fue juzgada en la cruz. Pero el mismo hecho de llevar el mal a una forma concreta incluía su presente manifestación en el universo.

De estas sugerencias, proferidas por la razón, se puede concluir que el propósito divino primario fue ni evitar la presencia del pecado en el universo, porque Dios pudo haberlo prevenido, ni disponer de él antes de su tiempo señalado, porque su total realidad podría haber terminado y sido descartado en cualquier momento por una palabra de Su mandato. Que pueden haber muchos hijos en la gloria capaces de cantar el cántico de redención (Ap. 5:9) y que el universo entero puede ser limpiado de toda maldad son conocimientos sobresalientes de los propósitos divinos; pero estos fines deseados dependen enteramente de su complacencia por la presencia del pecado en el mundo. Una meditación semejante nunca menguaría la estimación humana del aborrecimiento divino del pecado, ni habría ningún estímulo para que una criatura peque. Que el pecado es infinitamente malo está demostrado por la ruina que ha traído entre los ángeles, la presente depravación de la humanidad con todas sus calamidades, y el hecho de que ningún remedio para el pecado se pudo hallar a un costo inferior que la misma sangre del Hijo de Dios. Está cerca de ser imperdonable la presunción de un ser finito que se atreva a evaluar y se siente a juzgar el curso que Dios persigue. El es digno de confianza y se puede confiar en El enteramente. “El hace bien todas las cosas”, y es la esperanza valiosa de cada creyente de que estará satisfecho cuando despertare a Su semejanza (Sal. 17:15).

(2) *El Hecho de Permitir el Pecado.* Los teólogos calvinistas generalmente han hecho la distinción en toda vez que aparece en medio de todo lo que abarca el campo del decreto divino, dividiendo este vasto tema en dos colecciones —los decretos que ellos llaman *eficaces* y los que llaman *permisivos*. Los decretos eficaces son los que determinan las cosas que ocurren por causas físicas (Job 28:26), y por fuerzas espirituales (Fil. 2:13; Ef. 2:8, 10; 4:24). Los decretos permisivos abarcan solo aspectos morales que son malos. El término *permisivo* indica que Dios no promueve activamente la ejecución de los decretos que están de esta manera indicados. En contraste con los eficaces, que activa el propósito divino que opera hacia el fin de que

los hombres *quieran y hagan* Su buena voluntad, en vía de permiso “en las edades pasadas él ha dejado a todas las gentes andar en sus propios caminos” (Heh. 14:16); “les cumplió pues, sus deseos” (Sal. 78:29; comp. 106:19). Con respecto a su voluntad permisiva se alega, Dios determina no estorbar el curso de acción que Sus criaturas persiguen; pero El determina regular y controlar las fronteras y los resultados de tales acciones. John Howe ha dicho sobre este punto: “La voluntad permisiva de Dios es su voluntad de permitir cuanto El piensa o dispone permitir, o, no impedir; mientras que lo que así quiere o determina permitir, El también se propone regular, y no contemplar como un ocioso y frío espectador, sino disponer todos aquellos *permisos* hacia fines grandes y sabios que le son propios” (*Decress*, Lecture 1, citado por Shedd, *Theology*, I, ps. 406-7).

Se le dará la debida consideración al hecho que, al permitir el pecado, Dios decreta lo que más aborrece, y lo que, como se ha notado, a El le costaría el más grande de todos los sacrificios. Tal decreto está relacionado con Su “buena voluntad”, sólo hasta el punto en que, por razones que sólo El conoce, permite la entrada del pecado y su presente proceder. Se confiesa que el problema es una dificultad admitida por todos, pero no queda sola. El permiso para el mal *continúa* con cada hora sucesiva de la historia humana. Lo que en Sus propios consejos El no *impidió* en el principio, El no lo *impide* en todo su desarrollo subsecuente. La manifestación del mal tiene que seguir su curso determinado y llegar a su meta propuesta. El enfoque arminiano hacia la solución de este problema no asigna a Dios relación alguna con la entrada del pecado en el universo más que El preveía lo que sucedería. Este punto de vista es totalmente inadecuado, siendo que la presciencia de parte de Dios conlleva, necesariamente, toda la fuerza de un soberano propósito. Una cosa que no es segura no puede ser prevista, y nada puede ser seguro hasta que el soberano decreto de Dios lo hace tal. Se levantan objeciones contra la doctrina del decreto divino por algunos en el terreno de hacer *necesarias* las acciones humanas. Pero la acción humana no es menos necesaria cuando se considera desde el punto de vista de la presciencia que desde el del decreto divino. La menor de todas las cosas que Dios prevé pueden ser no menos ciertos que el universo mismo. Dios creó a los ángeles y a los hombres con el pleno conocimiento que pecarían. La razón mantiene que la responsabilidad por los problemas de Su creación, al fin de todo, caen sobre el Creador. En ningún punto se permite a las criaturas el determinar la responsabilidad desde ellos hasta Dios. Cuando Dios pronunció juicio contra Adán. El no dijo, *Parcialmente yo soy culpable puesto que yo te crié*. La culpa cayó sobre Adán solamente. La raza cayó con Adán

y llegó a ser lo que es, "hijos de ira" (Ef.2:3), y el pecado original con todo su fruto nunca está eslabonado con Dios en manera alguna. Este principio prevalece así como en la esfera de los galardones que todavía han de ser dados a los fieles. Todo mundo debe saber que todas y cada una de las virtudes o servicio digno es efectuado por el poder habilitador del Espíritu de Dios; todavía, al conferir sus galardones, no se espera que Dios diga *Yo reclamo la más grande participación en todo lo que vosotros hicisteis por mí*. El honor y crédito por el servicio descansará sólo sobre el fiel indivisible como si ellos la hubieran efectuado en su propia fuerza.

El mal permitido divinamente en la esfera humana se extiende a través desde el primer pecado de Adán. Está escrito que Dios endureció el corazón de Faraón a fin de que se pudiera hacer una demostración completa del poder divino. A través de esa demostración todos los egipcios llegaron a conocer algo de Jehová (14:4). Otra vez, y como una revelación concerniente a la actitud de Dios hacia el pecado, es obvio el hecho que Dios mandó a Adán no pecar, y todavía, a menos que Adán pecara, no había necesidad de Redentor, Redentor del cual se había decretado en las edades pasadas eternas antes de Adán, que El vendría (Ap. 13:8). De modo similar, Dios dijo al Rey Saúl que si hubiera guardado los mandatos que le había dado, su casa hubiera sido establecida para siempre (1 S. 13:13); sin embargo se había determinado por decreto y se había predicho proféticamente que el trono eterno y reino de Israel habría de venir a través de la tribu de Judá y no de la de Benjamín, a la que pertenecía Saúl (Gn. 49:10). Al mismo objeto se puede percibir que, en la controversia entre Jehová y Satán según se describe en los primeros dos capítulos de Job, Satán admite que no puede testificar nada contra Job a menos que Dios se lo permita; y está escrito que Jehová le dio el permiso a Satán. De nuevo, la experiencia de un individuo que peca es sugestiva. Después que se ha cometido el pecado, el que peca podría decir: *Dios tiene la culpa. El me pudiera haber evitado pecar*. No obstante, eso no lo dice el pecador, puesto que en su interior hay conciencia de que solo él es el responsable. Los mártires hubieran podido haber prevenido el pecado de homicidio por parte de sus ejecutores si se hubieran retractado de su posición relativa a la verdad en cuestión. Aún Cristo mismo podría haber prevenido a un incontable número de personas del inmensurable pecado de la crucifixión del Hijo de Dios, si hubiera descendido de la Cruz. Todo esto sugiere el hecho obvio que meramente evitar el pecado no siempre es el asunto primario.

Con todas estas situaciones a la vista, la mente sincera rehusa el achacar el pecado a Dios, ya sea directa o indirectamente.

Entonces, se puede concluir que, el pecado está en el mundo porque Dios lo permite, lo que El aborrece perfectamente y que, siendo soberano, tenía poder para impedir su manifestación si El hubiera escogido hacerlo así. El que El no haya impedido la manifestación del pecado demuestra que El, siendo quien es, debió haber tenido un propósito a la vista distinto de evitar el pecado. Aquí, como en ninguna otra parte en el universo, el fin justifica los medios.

b. EL PROBLEMA DE LA VOLUNTAD. Esta dificultad se presta a varias presentaciones. En general se puede afirmar así: Si Dios es soberano y sólo pueden ocurrir las cosas que están determinadas en Su decreto, ¿hay alguna esfera exceptuada en que la criatura humana pueda ejercitar su libre albedrío? O, de otro modo, ¿podría la voluntad humana actuar siempre fuera de la voluntad de Dios? Y si no, ¿es su acto libre?

Para los problemas planteados en estas preguntas, se han formulado respuestas más o menos claras. Pero antes de considerar estas respuestas, es bueno dar alguna atención a la naturaleza precisa de los problemas incluidos.

Como primeras criaturas, así ángeles como hombres fueron alegre y perfectamente sujetos a la voluntad de Dios. Tal, verdaderamente, es el presente estado de los ángeles santos y no hay necesidad de inquirir en cuanto a ellos y cómo ejercitan su voluntad. Están determinados a hacer sólo lo que agrada a Dios. Libertad para actuar de otra manera se acordó para ellos tan plenamente como para aquellos ángeles “que no guardaron su dignidad” (Jud. 6). Ellos continuaron en su voluntad é indudablemente continuarán haciendo así por toda la eternidad. El primer pecado cometido en el cielo y en el universo mismo, lo fue cometido por el más grande de todos los ángeles y antes —quizá edades antes— de la creación del hombre. El ángel que pecó primero en el cielo es descrito tanto en su persona como en su puesto señalado por Dios, en Ezequiel 28:11-15 y bajo el título de “el príncipe de Tiro.” La naturaleza de ese pecado está registrada en Isaías 14:12-14 en donde el ángel es presentado bajo el título de Lucero, hijo de la mañana”, y en donde el preciso carácter de su quintuple pecado se revela. Se verá que el pecado consiste en el ejercicio de la voluntad del ángel en oposición a la voluntad de Dios. Ninguna imaginación podría pintar, ni lenguaje alguno podría expresar lo terrible del momento cuando por primera vez, una criatura se opuso a la voluntad soberana de Su creador. Fue el mismo ser que como una consumación de su propio pecado ha dicho: “Seré semejante al Altísimo” (Is. 14:14), que más tarde apareció en el jardín del Edén y, siguiendo a la creación del hombre, allí aconsejó al

primer hombre y la primera mujer el *ser como Dios* (Elohim, comp. Dn. 5:11). La traducción de la versión de 1909 dice “seréis como dioses” queda abierta a cuestiones, siendo que el nombre de la Deidad que usa aquí el Espíritu es *Elohim*. Es un nombre plural, ciertamente, pero es el original de donde se deriva el título Dios que es casi universalmente traducido a través del Antiguo Testamento. El que había pecado y caído diciendo: “Seré semejante al Altísimo”, ahora propone al hombre que por desobediencia *sea como Dios*. Sólo en ese respecto —independencia— podría tanto el ángel como el hombre ser como Dios.

Contra todo esto, se ha revelado que la perfecta humanidad de Cristo fue enteramente sujeta a la voluntad de Su Padre. Está escrito acerca de El que “entrando en el mundo dice: . . . He aquí que vengo . . . oh Dios, para hacer tu voluntad” (He. 10:5-7; comp. Sal. 40:6-8). Podría no ser perfecta humanidad o criatura la que no está completamente sujeta a la voluntad de Dios; y el primer paso en la salvación por parte de aquellos para quienes se ha provisto la redención es que ellos *obedezcan* el evangelio (Hch. 5:32; 2 Ts. 1:8; He. 5:9; 1 P. 4:17). Con esta provisión a la vista no hay necesidad de que nadie se pierda de los que quieran ser salvos.

La elección humana de lo que es bueno, como escoger lo que es malo se origina en el *interior*, como la volición del individuo y es *libre* en el sentido de que el individuo no es consciente de que alguna necesidad sea impuesta sobre él. Toda acción humana está incluida en este concepto. Siendo que la acción humana es restringida no por otra cosa que por la persuasión moral o por emociones, la pregunta es hasta qué punto es libre la voluntad humana. En contra del sentido de libertad de acción que experimenta el individuo, la Escritura enseña que hay restricciones múltiples sobre la voluntad. En cuanto a los inconversos se asegura que ellos siendo hijos de desobediencia Satanás les da la energía (*ἐνεργέω* —*energéo*) (Ef. 2:2), hecho que denota casi un dominio ilimitado sobre los que así son energizados. En cuanto a los regenerados la revelación es que “Dios es el que en vosotros produce” (*ἐνεργέω*) (Fil. 2:13), hecho que denota un dominio de Dios casi ilimitado sobre los salvos. Así la familia humana entera —tanto los inconversos como los salvos— está incluida, y nadie de éstos será libre por una influencia superior. Esta influencia, tan pronto como lo es, puede ser totalmente desconocida dentro de la línea de la experiencia humana. La Biblia afirma plenamente que Dios influencia a los no regenerados, hasta cierto punto, así como Satanás y el poder de la naturaleza caída *influyen al regenerado*. La influencia de Dios sobre los inconversos debe ser ejercitada si alguna

vez ellas han de volverse a El con fe salvadora. Cristo declaró: "Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere" (Jn. 6:44); y el Apóstol ha escrito por el Espíritu: "Por gracia sois salvos por medio de la fe; y esto no de vosotros, pues es don de Dios" (Ef. 2:8; comp. Fil. 1:29). Se produce mucha confusión por las afirmaciones de que Dios en ocasiones impide la visión espiritual y endurece corazones. El ordenó con respecto a Israel: "Engrosa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, para que no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para el sanidad" (Is. 6:10). Este es un juicio sobre la nación por sus malos caminos y sirve también como la ceguera del pueblo, como se predijo, a través de la era presente en la que los judíos y gentiles igualmente son puestos frente a la gracia salvadora de Dios y Su propósito en cuanto al llamamiento de la Iglesia (Ro. 11:25). Siete veces afirma que Dios endureció el corazón de Faraón (Ex. 4:21; 7:3; 9:12; 10:20, 27; 11:10; Ro. 9:17, 18), y tres veces se dice que Faraón endureció su propio corazón (Ex. 8:15, 32; 9:34; comp. Dt. 2:30. Nota, también Ex. 7:13, 22; 8:19). Así también se registra en 2 Tesalonicenses 2:11 que Dios dará a la gente de la edad de la tribulación venidera "un poder engañoso" (o mejor "operación de error") para que crean la mentira. Este engaño es con el fin de que todos ellos puedan ser juzgados, los que no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. No es un mero acto *permisivo* aquí o en el caso de Faraón. Definidamente se dice que Dios es la *causa* de estos estados del corazón, así como es la *causa* de la ceguera de Israel. En estos ejemplos, como en otros a menudo, aparentemente Dios no pide ser exonerado de la responsabilidad directa de las causas que se le atribuyen a El. Es cierto que en los ejemplos arriba citados, Dios no crea el corazón malo, sino más bien saca a una acción manifiesta lo que está latente dentro del corazón con el fin de que pueda ser juzgado. "De manera que de quien quiere, tiene misericordia, a quien quiere endurecer, endurece" (Ro. 9:18).

La voluntad de la criatura es una creación de Dios y en relación a ella Dios no sustenta ni timidez ni incertidumbre. El hizo la voluntad de la criatura como un instrumento por el que El puede cumplir su propósito soberano y es inconcebible que alguna vez se frustre Su propósito. En cuanto a la paciencia de la soberanía de Dios sobre todas sus criaturas, el estudiante debería leer con reverente atención Isaías 40:10-31 y Job 38:1-41:34.

Al ejercitar Su voluntad el hombre sólo está consciente de su libertad de acción. El determina su proceder por las circunstancias, pero Dios es el Creador de las circunstancias. El hombre es impelido por emociones, pero Dios es capaz de originar y de controlar cada

una de las humanas emociones. El hombre se enorgullece de que él se gobierna por juicio experimental, pero Dios es capaz de fomentar cada uno y todo pensamiento o determinación de la mente humana. Dios moldeará y dirigirá en todas las causas secundarias hasta que Su propio eterno propósito sea una realidad. ¿De qué otra manera podría El cumplir sus pactos que El ha encomendado al control de las acciones y destinos de los hombres para el fin del tiempo y para la eternidad? Su elección es *segura*; porque a los que predestinó a ellos —no más, no menos— llama; y a los que llama, a ellos —no más o menos— El justifica; y a los que justifica, a ellos —no más o menos— El glorifica. Cuando predestina, El asume la responsabilidad de crear, llamar, salvar y de completar de acuerdo a Su propósito. Al llamar El los mueve para creer para la salvación de sus almas, a los que El ha escogido. Al justificar El provee un sustituto y eficaz Salvador quien por Su muerte y resurrección El es legalmente capaz de colocar al primero de los pecadores en una relación tan perfecta con El como la de Su propio Hijo. Y al glorificar, El perfecciona todo ese amor infinito que ha proyectado. El número preciso que ha de ser glorificado es precisamene el número y los mismos individuos —no más ni menos— que El predestinó. Cada uno ha creído, ha sido salvo, ha sido perfeccionado y presentado, como Cristo lo es, en gloria. Los hombres entran conscientemente en esta gran empresa sólo por fe, o sea respondiendo al llamamiento eficaz. Naturalmente, a ellos les parece que ellos, actuando libremente dentro de la restricta esfera de su conciencia, determinan cada cosa. Su acción es vital porque ni un eslabón en la cadena de Dios puede faltar. El punto en donde surge la equivocación es con referencia al hecho que, hasta donde su conocimiento les sirve, ellos están seguros que actúan libremente; con todo, cada persona verdaderamente regenerada testificará que él no hubiera vuelto al Señor aparte de esa toda importante atracción divina de su corazón. La elección divina es absoluta. Si esto le parece a alguien que es quitar las cosas de las manos de los hombres y encomendarlas a las manos de Dios, al menos debe concederse que, cuando así se encomienda a Dios, las cosas están en buenas manos y éste, después de todo, es el mismo universo de Dios en donde El tiene derecho soberano para hacer según los dictados de Su propia voluntad. También debe concederse que la esfera de la acción humana, hasta donde puede significar alguna cosa en la esfera de la conciencia humana, es dejada en perfecta libertad de acción. No debiera considerarse un crimen de parte de Dios el que El revele a Sus elegidos que Su poder soberano y propósito están operando a través y sobre todas las fuerzas humanas y causas secundarias.

Escribiendo de la solución propuesta del problema que engendra

las dos voluntades, el Dr. John Dick afirma:

“Aquí venimos a una cuestión que ha comprometido la atención y ejercitado la inventiva, y confundido la sabiduría de los hombres en todos los siglos. Si Dios ha preordenado todo cuanto ha de suceder, es necesaria toda la serie de eventos, y la libertad humana es quitada. Los hombres son instrumentos pasivos en las manos de su Hacedor; ellos no pueden hacer nada sino lo que secreta e irresistiblemente son influenciados a hacer; por tanto, ellos no son responsables de sus acciones; y Dios es el Autor del pecado. A esta objeción se replica, que el decreto divino es extrínseco a la mente humana; que no ejerce fuerza o influencia sobre nuestras facultades; y que, mientras asegura el futuro de los eventos, los deja para que sean ejecutados en el ejercicio de nuestra libertad. Mientras determina que algunas cosas habrían de suceder necesariamente, determina que otras cosas han de suceder libremente. Dios ha decretado, no sólo que los hombres actúen, pero que ellos lo hagan libremente, y en consonancia con su racional naturaleza. El determina el acto, pero los hombres siendo agentes libres, era posible, con respecto a su libertad abstractamente considerada, que ellos pueden actuar de modo diferente. No obstante, cuando Ud. ha reflexionado sobre esta respuesta, y la ha despojado de su forma técnica, Ud. hallará que no vale nada. Únicamente dice, que, a despecho del decreto de Dios, el hombre retiene su libertad de acción, y por consiguiente, nos evade con una aseveración bajo el pretexto de darnos una explicación. Creyendo que todas las cosas están inmutablemente fijadas en los consejos divinos, queremos saber cómo la predestinación es consistente con la libertad. ¿Con qué propósito se nos dice que Dios ha decretado que algunas cosas sucederán necesariamente, y que otras, libremente? ¿Qué información nos da esta respuesta? ¿Cuál duda resuelve? La pregunta queda en pie, ¿Cómo pueden ser libres tales acciones que fueron fijadas de modo que no se puedan evadir?

Es un método más inteligible explicar el asunto por la doctrina, que hace consistir la libertad en el poder de acción de acuerdo con la inclinación predominante, o los motivos que aparecen más fuertes a la mente. Las acciones que son el efecto de la volición son libres. De cualquier manera que se produjera el estado de mente que hizo que la volición surgiera, la libertad del agente no es mayor ni menor. Es su voluntad sola la que ha de ser considerada; y no los medios por los que ha sido determinada. Si Dios preordenó ciertas acciones, y colocó a los hombres en tales circunstancias que las acciones se efectuarán de acuerdo con las leyes de la mente, no obstante los hombres son agentes morales, porque ellos actúan voluntariamente, y son responsables de los actos que ellos mismos han consentido hacer. La libertad no consiste en la libertad de acción, sino en la opción de actuar. La opción es determinada por algo en la mente misma, o por algo que desde afuera influencia a la mente; pero cualquiera que sea la causa, la opción hace la acción libre, y al agente responsable. Si se admite esta definición de libertad, Ud. verá que es posible reconciliar la libertad de la voluntad con los decretos absolutos; pero no tenemos que librarnos de cada dificultad. Esta teoría hace aparecer las acciones humanas tan necesarias como las mociones de la materia de acuerdo a las leyes de la gravitación y de la atracción; y el hombre aparece como una máquina, consciente de sus movimientos, y consintiéndolos, pero impelido por algo diferente de sí mismo.

Sobre un tema de tal naturaleza nadie debiera avergonzarse de reconocer su ignorancia. No se nos pide que reconciliemos los decretos divinos y la libertad humana. Es suficiente saber que Dios ha decretado todo lo que ha de suceder, y

que los hombres son responsables por sus acciones. De estas dos verdades se nos afirma en las Escrituras, y la última es confirmada por el testimonio de la conciencia. Sentimos que somos libres, aunque no independientes de Dios; de modo que podemos excusarnos a nosotros mismos cuando hemos hecho nuestro deber, y acusarnos cuando lo hemos descuidado. No debiera existir en nuestras mentes sentimientos de aprobación y de reprobación referente a nuestra propia conducta o la de otros hombres, si creemos que los hombres son necesariamente agentes. Pero el lazo que conecta los decretos divinos y la libertad humana es invisible. "Tal conocimiento es demasiado maravilloso para nosotros; es sublime, no lo podemos alcanzar." Si todas las cosas en la religión fueran niveladas a la comprensión de la razón, no habría lugar para la fe. Es mejor creer humildemente, que razonar con presunción. Y todos estos razonamientos pueden llamarse presuntuosos, cuando conducen a negar la inmutabilidad de los consejos divinos, o de la libertad de la voluntad humana; que al hombre lo hace una máquina, y a Dios, el autor del pecado." —*Lectures on Theology*, p.186.

2. PREDESTINACION. El término *predestinación* significa predeterminar el destino. El conjunto de verdades que representa este vocablo es propiamente una subdivisión del decreto divino. No tiene relación con el destino de las cosas materiales, pero en su significado más amplio concierne al destino de todas las criaturas inteligentes, incluyendo a los ángeles y los hombres. Por voluntad de revelación específica, poco se sabe del destino de los ángeles. Se asume que los santos ángeles permanecerán en ese estado y que se verán en la ciudad eterna (He.12:22-24). Los ángeles que no guardaron su dignidad son destinados al lago de fuego (Mt.25:41; comp. Ap.20:10), y no hay insinuación alguna que se haya ofrecido redención para ellos. Una revelación mucho más determinante se halla en la Biblia con relación al destino de los hombres. Y tan seguro como que Dios ha preordenado cualquier cosa que ha de suceder, el futuro de cada ser humano está señalado en el plan eterno de Dios. Igual que la doctrina más grande del decreto divino, este aspecto particular de la predestinación está atestado de perplejidades, todas las cuales, puede creerse, se deben a las restricciones que rodean a la mente humana. Siendo que la predestinación divina se enseña en la Biblia sin disminución, hay que aceptarla y creerla. Los racionalistas procuran modificar esta revelación; como era de esperarse, ha resultado en grandes complicaciones.

Aparte del destino predeterminado que pertenece a Israel y a las naciones que heredarán la tierra", la doctrina de la predestinación cae en dos divisiones, a saber, (1) elección y (2) retribución. En su significado primario y básico el término *retribución* tenía que hacer tanto con las recompensas que se acreditan a los salvos como con los castigos que se acumulan para los perdidos. Elección y retribución, son contraparte la una de la otra. No puede haber elección de alguno

que no implique el rechazamiento del otro.

a. ELECCION. La elección que se promulga en las Escrituras, aparte de la elegida nación de Israel —que no estamos considerando ahora— es aquel favor de Dios, notablemente una plena y libre salvación, que es acordada para algunos, pero no para todos. Se dice de algunos que son “escogido en el Señor” (Ro.16:13); “escogidos... para salvación” (2 Tes.2:13); “escogidos... en él antes de la fundación del mundo” (Ef.1:4); “predestinados para ser adoptados hijos” (Ef.1:5); “los predestinó para que fuesen hechos conforme a la imagen de Su Hijo” (Ro.8:29); “elegidos según la presciencia de Dios” (1 P. 1:2); y “vasos de misericordia que El preparó de antemano para gloria” (Ro.9:23). El término *elección* no debiera construirse para significar solamente un propósito divino general para proveer salvación para todos los hombres. Se refiere a un expreso propósito divino para conferir salvación para algunos, más no para todos. Ni debiera implicar el término que Dios bendecirá a los que crean. Más bien especifica a aquellos que creerán. Algunos, pero no todos, están escritos en el libro de la vida del Cordero. La evasión de las claras palabras de las Escrituras no asegura nada en la comprensión de este más solemne tema. Cualquiera que pueda ser el caso de los no elegidos, en cuanto a los salvos se dice que El “nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús antes de los tiempos de los siglos” (2 Ti.1:9); “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él” (Ef.1:4).

No es una mera arbitrariedad en la elección divina, porque Dios en esto, como en todo lo que El hace, se gobierna por infinita sabiduría, santidad y amor. Como base de Su elección, El no previó diferencia de carácter de uno superior a otro. Su elección no está basada en dignidad anticipada. La elección es un acto de la gracia aparte de las obras. Ni la fe ni las buenas obras son causa de la elección divina. Ellas son más bien el fruto de la elección. Los hombres no son primero santos y entonces escogidos; sino que son escogidos, y entonces, santos. Fue para que pudieran ser santos que fueron escogidos. El destino de los hijos de Isaac fue determinado antes que ellos hubiesen hecho algo bueno o malo, para que el hecho de la soberana elección de Dios permaneciera sin complicaciones (Ro.9:11-13). El hecho de que una supuesta elección *condicional* es la creencia de la mayoría, se debe, indudablemente, a la renuencia por parte del hombre de admitir que ningún mérito reside en su ser natural.

Con el mismo propósito, la elección de Dios es *immutable*. Algunos

han contendido que está en el poder del elegido el frustrar los cálculos del Todopoderoso. Se han escrito opiniones tales como éstas: "Es falso decir que la elección está confirmada desde la eternidad." "El hombre puede invalidar su elección." Ellos "por sí mismos pueden cambiar de creyentes a incrédulos," de elegidos a no elegidos. Para estos maestros no hay palabra u obra de Dios que sea segura. A pesar de que Dios ha dicho: "Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero" (Is.46:9,10).

Los supralapsarios sostienen que el propósito final de Dios en la creación es la manifestación de Su perfección y que Su misericordia se revelará en la elección de algunos y Su justicia se revelará en la reprobación de todos los otros. Así se declara una solemne verdad; pero entonces ellos avanzan hacia una inconsistencia. Para alcanzar su deseado fin, ellos alegan que Dios primero decretó crear al hombre y entonces colocarlo en circunstancias en donde caería, y enviar a Su Hijo para morir por los que escogió para salvación. En este arreglo, se ve a Dios tratando la caída del hombre sólo como un medio para lograr un fin. Los hombres fueron elegidos o reprobados antes del decreto concerniente a la caída y sin referencias a la caída. Así ellos no fueron vistos como pecadores, sino como criaturas, y como tales ellos fueron escogidos o reprobados sin una base para su reprobación o sin una ocasión para el ejercicio de la gracia. El efecto de éste bosquejo doctrinal es robar a Dios toda su piedad y amor y presentarlo como uno que desatiende el sufrimiento de sus criaturas. Una respuesta tal puede contestar la fría y errada razón humana, pero desprecia totalmente el abundante testimonio de la Palabra de Dios en donde la compasión divina es enfatizada.

Los sublapsarianos afirman que, en el orden de Su decreto electivo Dios primero permitió la caída y entonces determinó el destino de los hombres desde ese punto de partida como una posición sin méritos delante de El. Esta posición a lo menos provee un terreno para el ejercicio de la gracia y una base para la condenación de los perdidos.

Estrechamente relacionada a la controversia lapsariana está la pregunta de si algunos que son predestinados en vida fueron así escogidos en vista del hecho que Cristo moriría por ellos, es decir, por Su amor, o que El murió por ellos porque ellos eran los elegidos de Dios. La última parecería ser verdad, siendo que Dios primero amó al mundo y, a causa de ese amor, Dios dio a Su Hijo unigénito.

La doctrina de la elección es una enseñanza cardinal de la

Escritura. Indudablemente está acompañada de dificultades que son una carga para todos los sistemas de teología por igual. Con todo, ninguna palabra de Dios puede ser alterada o descuidada. No se gana la menor ayuda cuando se recuerda que la revelación y no la razón, es la que conduce a la fe. Cuando la primera ha hablado, a la última se le asigna el papel de escuchar y asentir.

b. RETRIBUCION. En el propósito de Dios hay algo que es llamado *retribución*. Como un acto divino, el término significa que algunos son rechazados cuando no son elegidos. La palabra *preterición* se ha preferido por los que son menos severos. Seguramente, ningún creyente precavido escogería términos en relación a la condenación de los perdidos que sean innecesariamente fuertes. El tema es de sobresaliente solemnidad y no hay evidencia de compasión cuando los hombres se expresan a propósito respecto al futuro estado de los no regenerados en términos ásperos y crueles. Es un tema que siempre le saca lágrimas a uno. Al escoger la palabra *preterición* se intenta implicar que Dios no asume actitud activa alguna hacia los no elegidos más que pasarlos por alto, dejándolos bajo la justa condenación que merece su estado de perdición. Así se supone que, en algún grado, Dios es relevado de responsabilidad si se afirma en cuanto a El que El *pasa por alto* más bien que reprueba a los no elegidos. Tales distinciones son más un engaño de palabras que una discriminación de los hechos. Aparte de este terrible tema y bajo ninguna circunstancia más análoga, tal selección de palabras elaboradas difícilmente se podrían aguantar. Es imposible escoger activamente a alguno de entre un grupo y no, al mismo tiempo y por el mismo proceso, rechazar activamente a los restantes. Sin embargo, existe una real distinción en la manera divina de tratar con una clase al compararla con la otra.

Nuevas y completas bendiciones inmerecidas se ofrecen a los electos, mientras que los no elegidos cosechan solamente la justa recompensa de su estado de perdición. Dios hace por una clase lo que no hace por la otra, pero ambos agregados pasan ante su mente y se convierten en objetos de Su determinación. En la Biblia se usan expresiones en extremo dolorosas para describir la decisión divina respecto a los no elegidos. Ellos "no están escritos" en el libro de la vida (Ap.13:8); son "vasos de ira preparados para destrucción" (Ro.9:22); ellos fueron "desde antes... destinados para esta condenación" (Jud.4); ellos "tropiezan en la palabra, siendo desobedientes; a lo cual fueron también ordenados" (1 P.2:8). Se dice que Dios ama a unos menos que a los otros (Mal.1:2,3). Algunos son llamados "la elección", y otros son llamados "el resto" (Ro.11:7). Una lectura desapasionada de Romanos, capítulos nueve

y once, llevará a la seguridad, sea que los hombres creen o no respecto al asunto, la Palabra de Dios es valiente en declarar que unos están destinados para bendición y otros lo están para experimentar condenación. Las limitaciones humanas y el perverso razonamiento difícilmente pueden juzgar rectamente sobre estos sujetos. Es claro que la condenación de los no elegidos no es aparte de una debida consideración de su indignidad. Se presenta a Dios como un objeto de adoración y amor, por lo cual El no podría ser revelado como Uno que únicamente ejerce autoridad separada de la bondad y la justicia. El verdadero problema podría plantearse así: ¿Estaba Dios sólo decretando la reprobación de los transgresores de Su santa voluntad? En otras palabras, ¿Es el mal digno de eterna separación de Dios? Sobre este tema la mente humana no puede arrojar luz. Lo que es la verdadera naturaleza del pecado, según la evalúa Dios quien es infinitamente santo, el pecado asume la calidad de infinito. Naturalmente surge la pregunta: ¿No podría Dios haber elegido para salvar a todos? Con el mismo fin se levanta otra pregunta: ¿Al reprobarlos a todos no podría El haber sido justificado? Para todas esas preguntas, aunque sinceras, no hay respuesta posible. Está probado que Dios es digno de confianza indisputable, y se asegura que El está haciendo lo que es mejor. Esa conclusión será comprendida por todos cuando el deber sea cumplido. En una compañía, El está demostrando Su gracia; en la otra se puede ver Su justicia. Los no elegidos son juzgados por sus deméritos, mientras que los elegidos, que en todo respecto son como indignos, son hechos el objeto de Su gracia.

Un peligro que puede resultar de prestar atención a estos temas debido a la incomprensión humana, es que puede el corazón, con el tiempo, perder de vista la revelación que Dios es de infinita compasión, no queriendo que ninguno perezca, y a causa de esa verdad ninguna persona, no importa cuán pecadora sea, que desee ser salva, no le es necesario caer de esa gracia eterna. La invitación es para todos. Nada es más agradable para Dios que el ejercicio de Su gracia.

La razón está en sintonía con la revelación cuando asegura que cada parte de la creación de Dios servirá para un propósito, y la revelación agrega que redundará en Su gloria; aun la ira del hombre le alabará (Sal.76:10). De este modo se insinúa que ninguna maldad traspasará los límites de lo que al final será para Su gloria. El que los malos pueden contribuir para la gloria final de Dios ha sido bien afirmado en la Confesión de Westminster: "El resto de la humanidad, le plugo a Dios, según el inescrutable consejo de Su voluntad, por el cual El extiende o rehusa la gracia, según le plazca, para la gloria de Su soberano poder sobre sus criaturas, pasar por alto, y ordenarlas

para deshonra e ira por su pecado, para alabanza de Su gloriosa justicia" (cap. III, sec. VII).

3. OBJECIONES A LA DOCTRINA DEL DECRETO DIVINO.

Discusiones casi interminables han surgido sobre la doctrina del decreto divino y su subdivisión, la predestinación. El mayor desacuerdo entre los sistemas calvinista y arminiano se centra en este punto. Ninguna fase del sujeto se ha descuidado y es impráctico, si fuera posible, el acometer en esta obra una revisión o análisis de estos extensos argumentos. Las bibliotecas teológicas corrientes están repletas de este material.

Con respecto a las objeciones en general se puede decir: Aun la razón en su estado antes de la caída no hubiera calificado para sentarse como juez de la revelación sobrenatural. ¡Cuánto menos puede hacer esto la razón caída! El Espíritu Santo ha hablado, y la soberana determinación de Dios es tan claramente mantenida en las páginas de la Biblia como son cualesquiera de las prerrogativas de los hombres. Después de todo ¿qué conoce el hombre acerca de Dios o los temas comprendidos para lograr esos fines que la infinita sabiduría ha predeterminado? No le conviene al más sabio de los hombres especular aun sobre lo que Dios debe o no debe hacer. Mucho de lo que se ha escrito sobre este tema se distingue por su chocante irreverencia. Las objeciones a la doctrina del decreto divino comunmente son de dos clases, a saber: (1) Los que comprenden el carácter moral de Dios, y (2) Los que comprenden la agencia moral del hombre. Sobre el último, no agregaremos una palabra más allá de lo que se ha dicho antes.

a. LA JUSTICIA DE DIOS. Se ha objetado que la Predestinación representa a Dios como uno que hace acepción de personas. El podría ser uno que tiene respeto de personas si entre todos los que merecen El salvara a unos y pasara por alto a los otros; pero ninguno de los de la raza humana caída tiene en sí mismo base para hacer tal reclamo ante Dios. Los que El salva son salvados sin el más leve respeto a mérito humano. Dios obra en la gracia salvadora como un *soberano* y no como un *juez*. La Palabra de Dios, que con tanta insistencia afirma la absoluta autoridad y libertad de Dios, también declara por boca del apóstol Pedro: "En verdad comprendo que Dios no hace acepción de personas" (Hch.10:34; comp. Lev.19:15). Con temas inmediatos a la vista, los hombres inquieren el que Dios haya traído a la existencia a criatura alguna sabiendo previamente que se perdería para siempre; pero esta pregunta implica que Dios era libre para crear o no crear, también asume que la felicidad de cada ser viviente es el objetivo divino primario. Aunque tal suposición es la conclusión natural de un ser humano ego-céntrico, tiene poco o

ningún apoyo de las Escrituras. La pregunta en su totalidad penetra más allá de las fronteras del entendimiento humano y puede sólo propender a pensamientos equívocos concerniente a Dios.

b. **EL AMOR DE DIOS.** Se ha disputado que siendo que Dios se ha revelado como amando a todos los hombres es consistente que no repruebe a ninguno. En un intento para satisfacer esta afirmación algunos Redencionistas Limitados se han fincado en que Dios sólo ama a los elegidos; pero tal conclusión evidentemente fue alcanzada muy lejos de las enseñanzas de la Biblia. No sólo es contraria a la enseñanza bíblica, sino que deshonra a Dios y estorba toda libertad en la predicación del evangelio. Hay una verdadera dificultad involucrada en este reto; no obstante es fácilmente posible que, mientras tiene un genuino y universal afecto por todas Sus criaturas y desea para ellas lo bueno —lo que es el testimonio de las Escrituras— todavía por grandes razones no reveladas a los hombres, El no satisface todos sus deseos. Los hombres inteligentes reprimen sus deseos y afectos en interés de más grandes fines. Tal acción es tan posible en la línea de la razón divina como lo es en la línea de la razón humana.

c. **LA PREDESTINACION PREDETERMINADA QUE LOS HOMBRES PECARIAN.** Tal inferencia pudiera parecer repugnante superficialmente para algunas mentes que tengan algún fundamento. Ya se se ha indicado que ni la Biblia ni la conciencia de los hombres jamás acusan a Dios de promover el pecado; ni las Escrituras retroceden en la aseveración de que Dios ha preordenado todo lo que debe suceder. Esas aparentes contradicciones son armonizadas en Dios, si no en la mente humana. Ninguna ilustración esclarecedora de esta contradicción aparente se puede hallar que la que está implicada en la muerte de Cristo y el eterno propósito de Dios en esa muerte. Dios había determinado que Su Cordero fuera muerto y predijo que Su muerte sería a manos de hombres malos. Su predicción aun había anticipado las mismas palabras que estos hombres proferirían al tiempo de la muerte de Cristo (Sal.22:8). La manera de la muerte de Cristo y las palabras precisas de sus ejecutores no fueron meramente preconocidas por una previsión que nada determina. Estos hombres malvados hicieron su deber y pronunciaron sus palabras bajo esa necesidad que impone la predeterminación; pero dentro de la esfera de la conciencia de estos hombres, ellos hicieron precisamente lo que querían hacer sin pensamiento de necesidad. Ellos se hubieran ofendido con vehemencia si hubieran tenido alguna sugerencia de que ellos estaban cumpliendo a la letra el más importante decreto de Dios. La extraña armonía entre predestinación y pecado humano es aseverada en Hechos 2:23: “Este, entregado por determinado consejo

y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de los inicuos, crucificándole.”

d. LA PREDESTINACION Y LOS MEDIOS PARA SUS FINES. Esta objeción pregunta, ¿los elegidos se salvarán ya sea que ellos tengan interés en su salvación y se conformen o no a la verdad? En respuesta está establecido que la predestinación incluye todos los medios requeridos y anticipa todos los pasos para alcanzar sus fines. Si los elegidos han de ser llamados y justificados a fin de estar preparados para la gloria, Dios afirma que El cuidará de su llamamiento y de su justificación. El llamamiento incluirá la respuesta salvadora, que en su ejercicio experimental será para cada individuo como la acción sin ayuda de su propio libre albedrío. Habiendo de este modo decretado el libre albedrío como el paso necesario en el cumplimiento de Su eterno propósito, se vuelve tan esencial a la vista de Dios como cualquier otro eslabón en la cadena.

e. LA PREDESTINACION Y LA PREDICACION DEL EVANGELIO. Las preguntas de la objeción son: (a) la necesidad de la predicación del evangelio a los que son elegidos, (b) la inutilidad de ésta a los que no lo son, y (c) la sinceridad en la predicación del evangelio a los que no son elegidos. El primer problema ha sido resuelto en el párrafo precedente. Respecto al segundo problema, se puede afirmar que ningún hombre sabe quiénes son y quiénes no son elegidos, por tanto, la instrucción divina a los predicadores es de ir por todo el mundo y predicar el evangelio a *toda* criatura. Respecto a la sinceridad divina en ofrecer el evangelio a los que no son elegidos, se puede observar que uno de los pecados de los perdidos por el que un justo castigo descansa sobre ellos es el pecado de rechazar a Cristo, o sea, el de la incredulidad. Es evidente que ningún rechazamiento puede afirmarse de aquellos a quienes no se les ha predicado el evangelio, y propiamente, no lo han rechazado (Ro.2:12).

f. LA PREDESTINACION Y EL FATALISMO. El término *fatalismo* puede significar que todas las cosas están tan predeterminadas por Dios que no es posible ninguna escogencia humana o “que todos los eventos, incluso la escogencia humana, están absolutamente determinados en una forma mecánica por sus causas físicas antecedentes; determinismo físico” (*New Standard Dictionary*, s. v.). Se logra este concepto siempre que la soberanía de Dios es forzada para excluir la libre actuación del hombre, o cuando Dios no es tomado en cuenta y los hombres imaginan que son guiados por fuerzas ciegas sobre las que ellos no tienen control. La elección más importante que el hombre puede hacer es aceptar a Cristo como su Salvador, y sólo se apela a la voluntad del hombre

para esta decisión. Si el hombre es libre en el dominio de las cosas más vitales y eternas, se supone que él es igualmente libre en asuntos de menor importancia.

g. **EL DECRETO DIVINO Y EL SUFRIMIENTO HUMANO.** Este, la última de las objeciones a la soberanía divina por examinarse, apela a la sabiduría y bondad de Dios en las preguntas en vista del sufrimiento y de la muerte que están sobre el mundo. Se indica una teodicea, esto es, una defensa de la dignidad de Dios frente a todo el dolor y la agonía que hay en el mundo. Mucho de lo que ha pasado ya en esta discusión ha sido hacia el fin de que Dios pueda ser vindicado contra las conclusiones de la incomprensión humana. Las proporciones de cualquier teodicea naturalmente serán determinadas por el número de problemas presentados para su consideración. Unicamente el problema del sufrimiento humano queda en este inventario. Este tema ha estado ante la raza desde los días de Job. Los hombres han estado confundidos, no sólo por la presencia del sufrimiento humano en el mundo donde Dios, quien es infinita bondad reina, pero por el hecho de que a menudo los malos prosperan mientras que los piadosos languidecen en sufrimiento y pérdida. Como está escrito en el Salmo 73, el escritor testifica que él era "azotado y castigado" todas las mañanas mientras él miraba la prosperidad de los malos. No fue sino hasta que él entró al santuario cuando comprendió sus propósitos. Dios se ha revelado a sí mismo a los Suyos que están en el mundo. Ellos son capaces de elevar su presente angustia a causa de la seguridad superior con la que el conocimiento de Dios los enriquece.

El sufrimiento puede ser como una disciplina para los santos, o como un castigo para los pecadores (1 P.3:17). En cualquier caso no hay sino una Mano que la otorga —El que nunca yerra o falla— en quien se puede y se debe confiar implícitamente; El que de en medio de estas tinieblas de maldad todavía manifestará su propia justicia como el medio día. El sufrimiento es un medio que Dios usa para la manifestación de Su más perfecta voluntad. El nunca se equivoca; nunca falla. "Amados, no os sorprendáis del fuego de la prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de Su gloria os gocéis con gran alegría. Si sois vituperados en el nombre de Cristo, sois bienaventurados, porque el glorioso espíritu de Dios reposa sobre vosotros. Ciertamente, de parte de ellos, él es blasfemado, pero por vosotros él es glorificado. Así que, ninguno de vosotros padezca como homicida o ladrón, o malhechor, o por entremeterse en lo ajeno; pero si alguno padece como cristiano, no se avergüence, sino

glorifique a Dios por ello" (1 P.4:12-16). Aun Cristo con todas sus perfecciones no escatimó el sufrimiento. Está escrito: "Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado" (1 P.4:1).

Escribiendo sobre el tema general de las objeciones a la doctrina del decreto divino y con una palabra de oportuna advertencia, el Dr. John Dick afirma:

"Puede ser que no sirvan para un gran propósito el acumular objeciones contra la infalibilidad de los decretos divinos, o de la responsabilidad del hombre; ponerles atención cuando otros las proponen; revolverlas en nuestras mentes; confundirnos al intentar contestarlas, y permitirnos el ser inquietados y dudar porque nuestros esfuerzos no tienen éxito. Aunque probáramos a nuestra absoluta satisfacción, como muchos lo han hecho, que los decretos de Dios son absolutos, o que el hombre no es libre, todo lo que hemos ganado es, confirmar nuestras mentes en la creencia de una falsedad; porque ambas doctrinas deben ser verdaderas, siendo que están expresamente declaradas en las Escrituras. Inclinémonos ante su autoridad, y regulemos nuestros pensamientos y nuestra conducta por sus decisiones. Si todavía oponemos nuestros argumentos a sus dictados, debemos tomar nuestro curso; pero guardémoslos, no sea que lychemos por nosotros mismos dentre de la infidelidad o el ateísmo, y busquemos un refugio para nuestras dudas al rechazar la revelación, porque inculcan verdades que nos parecen contradictorias, o en la triste conclusión, que nosotros vivimos huérfanos en el mundo, en donde el acaso es el que domina, que el hombre es el espectro de una hora, el pasatiempo de un accidente y de la pasión, y que, como él no sabe de dónde vino, así no puede decir a dónde va. En oposición a esta desconsoladora e impía conclusión asgámonos pronto del credo que está en consonancia con la razón así como con la revelación, que el Ser supremo maneja los asuntos del universo que El creó; que todas las criaturas dependen de El y que todos los eventos están sujetos a Su control: que mientras los hombres buenos le obedecen por opción, la ira y las pasiones de los malos están subordinadas a sus planes; que mientras su poder infinito los encamina a sus propósitos, él es un Gobernador moral y Juez, cuya justicia será aplicada en castigo a los transgresores, aun por aquellas acciones que fueron los medios de ejecución de sus propios decretos." — *Lectures on Theology*, p. 195.

4. MAYORES MANIFESTACIONES DE SU DECRETO DIVINO.

Hay que notar varias manifestaciones del decreto divino específicamente: a. LA CREACION. El relato bíblico de la creación declara que de Su propia libre voluntad y no por necesidad, y por un acto más bien que por un proceso, Dios creó de la nada todo cuanto existe. Se indica una distinción entre la revelación de que una causa suficiente, en la persona del Dios Eterno, creó todas las cosas de la nada, y la noción atea de que la materia es eterna así como auto-evolucionada. La frase *creatio prima seu immediata* denota esa forma de creación que trajo a existencia todos los elementos necesarios. La frase *creatio secunda seu mediata* denota un acto

subsecuente de Dios por el cual El puso en orden y formó del caos lo que siguió a la creación original. Este es el orden de los eventos como se hallan en los versículos iniciales de la Biblia. Hay tres actitudes generales hacia el relato bíblico de la creación, a saber: (a) que es sólo alegórico, (b) que es la base para un proceso de espiritualizar la enseñanza, y (c) que es histórico. La última actitud mencionada es la única que se conforma a la narrativa de Génesis y para más de cincuenta afirmaciones en todo el Texto Sagrado (comp. Sal.33:6; 148:5). A través de la Biblia Dios es honrado como el Creador soberano, y toda la creación depende absolutamente de El (comp. Neh.9:6; Hch. 17:28; Ro.11:36; 1 Co.8:6; Col.1:16; Ap.4:11). También la Biblia afirma que Dios existe antes de las cosas que El creó (comp. Sal.90:2; Jn.17:5,24). La Biblia claramente asigna la obra de la creación a cada una de las tres Personas de la Deidad separadamente – al Padre (1 Co.8:6); al Hijo (Jn.1:3; Col.1:16,17; He.1:10-12); al Espíritu Santo (Gn.1:2; Job 26:13; 33:4; Sal. 33:6; 104:29,30; Is.40:13); y a Dios, *Elohim*, el nombre plural (Gn.1:1,26).

Queda por observar que siendo Dios el único que existía antes de la creación del universo, El debe haber creado todas las cosas para Su complacencia y así que El, que es digno, debe ser glorificado.

b. EL PROGRAMA DE LAS EDADES. El propósito soberano, ilimitado de Dios se ve en la ordenación de la secuencia de las edades. Que Dios tiene un programa de las edades se descubre en muchos pasajes (comp. Dt.30:1-10; Dn.2:31-45; 7:1-28; 9:24-27; Os.3:4,5; Mt.23:37-25:46; Hch.15:13-18; Ro.11:13-29; 2 Tes.2:1-12; Ap.2:1-22:31). De modo semejante, hay períodos de tiempo bien definidos relacionados con el propósito divino. El apóstol Pablo escribe acerca del período entre Adán y Moisés (Ro.5:14); Juan habla de la ley como dada por Moisés, pero de la gracia y la verdad como viniendo por Cristo (Jn. 1:17). Cristo también habla de los “tiempos de los gentiles” (Lc.21:24), los que evidentemente se distinguen de “los tiempos y sazones” de los judíos (Hch.1:7; 1 Ts. 5:1). Así mismo, El habló de un período no anunciado hasta ahora entre sus dos advenimientos é indicó sus aspectos distintivos (Mt. 13:1-51), y predijo un tiempo todavía futuro de “gran tribulación” y definió su carácter (Mt.24:9-31). Hay los “últimos días” para Israel (Is.2:1-5) así como los “últimos días” para la Iglesia (2 Ti.3:1-5). El apóstol Juan anuncia un período de mil años y lo relaciona con el reino de Cristo, tiempo en que la Iglesia, Su esposa, reinará con El (Ap.20:1-6). Se declara por el ángel Gabriel que Cristo se sentará en el trono de David por siempre y reinará sobre la casa de Jacob (Lc.1:31-33), y que habrá un nuevo cielo para habitar para

siempre y una nueva tierra está tan claramente revelado (Is.65:17; 66:22; 2 P.3:13; Ap.21:1). En Hebreos 1:1,2 se describe un marcado contraste entre “el tiempo pasado” cuando Dios habló a los padres por los profetas y “estos últimos días” cuando El nos está hablando por Su Hijo. De modo semejante se descubre que hay *edades pasadas* (Ef.3:5; Col.1:26), la *edad presente* (Ro.12:2; Gá.1:4) y la *edad o edades, por venir* (Ef.2:7; He.6:5; note Ef.1:10, en donde la edad futura es designada la *dispensación* —*οικονομία*— del cumplimiento —*πλήρωμα*— de los tiempos —*καιρός*).

El uso de *αἰῶνας* en Hebreos 1:2 y 11:3 con su referencia casi universal a tiempo, ya sea limitado o ilimitado, es de particular significado como guiando al arreglo divino de los períodos de los tiempos. El primero con *ἐποίησεν τοὺς αἰῶνας* y el último con *κατηρτίσθαι τοὺς αἰῶνας* han sido muy discutidos. Dean Alford afirma: “Las principales clases de interpretación son dos: (1) Los que ven en la palabra su significado ordinario de una “edad de tiempo”; (2) los que no reconocen tal significado, pero suponen que se fundió con el de “el mundo”, o “los mundos.” Al (1) pertenecen los Padres griegos, y algunos otros. Por otra parte, (2) es el punto de vista de la mayoría de los comentaristas” (*N. T. for English Readers*, Vol. II, Parte II, p. 599). En algunos pasajes, incluso los dos en cuestión, Vincent declara que *αἰῶνας* tiene referencia al universo, la suma de las edades o períodos, y su contenido que está incluido en la duración del mundo.” La palabra, afirma él, “significa un periodo de tiempo. De otra manera hubiera sido imposible explicar el plural, o expresiones calificativas tales como *esta edad*, o la *edad venidera*” (*Word Studies*, IV, 59).

Considerando el significado aceptado de *αἰῶνας*, la interpretación natural del pasaje en cuestión es que Dios por Cristo arregló los períodos sucesivos, mucho más allá de *καιρός* dentro de *Χρόνος*, extendiéndolo verdaderamente a las cosas eternas o de la eternidad hasta la eternidad. Esta interpretación, sostenida, según Alford, por los Padres griegos, aunque no libre de dificultades, es de valor más transitorio para los que no discernen el hecho, la fuerza y fruición de los períodos-tiempo de Dios.

c. PRESERVACION. Esta forma de actividad divina no es sino la obra continua de Dios por la cual El mantiene y consuma los objetivos de Su creación. La doctrina de la *preservación* contesta el reclamo de la filosofía Deísta, y afirma que el soberano decreto divino será perfeccionado para siempre (comp. Neh.9:6; Sal.36:6; Col.1:17; He.1:2,3).

d. PROVIDENCIA. Otra vez aquí Dios se revela en la providencia como el Soberano que, Sus eternos propósitos pueden ser revelados,

moldeados todos los eventos tanto morales como físicos. Mientras que la preservación continúa la existencia de las cosas, la providencia dirige su progreso. Se extiende a todas las obras de Dios. El Dr. A. A. Hodge explica la providencia como sigue:

"Habiendo Dios decretado absolutamente desde la eternidad todo lo que había de suceder y habiendo creado desde el principio todas las cosas de la nada por la palabra de Su potencia y en lo sucesivo continuando presente constantemente a cada átomo de su creación, sustentando todas las cosas en existencia y en la posesión y ejercicio de todas sus propiedades, El *también* continuamente controla y dirige las acciones de todas sus criaturas así preservadas, así que mientras El nunca viola la ley de su varia naturaleza, El todavía infaliblemente causa todas las acciones y eventos singulares y universales para que sucedan de acuerdo al eterno e inmutable plan contenido en su decreto.

Hay un designio en la providencia. Dios ha escogido Su gran fin, la manifestación de Su propia gloria, pero en orden a ese fin El ha escogido innumerables fines subordinados; éstos son fijos; y El ha señalado todas las acciones y eventos en sus diferentes relaciones como medios para tales fines; y El así continuamente dirige las acciones de todas las criaturas a fin de que todos estos fines generales y especiales se lleven a efecto precisamente al tiempo, por los medios, y en el modo y bajo las mismas condiciones, que El propuso desde la eternidad." — *Outlines of Theology*, p. 262.

La doctrina de la providencia puede extenderse para abarcar casi todas esas penetraciones dentro de ambos teísmos, el naturalista y el bíblico. Naturalmente cae dentro de una división cuádruple: (a) *preventiva* (comp. Gn.20:6; Sal.19:13); Dios usa a los padres, los gobernantes, las leyes, las costumbres, la opinión pública, Su Palabra, Su Espíritu, y la conciencia, como medios para un impedimento providencial del mal. El Espíritu, la Palabra y la oración benefician más al cristiano; (b) *permisiva*, que abarca lo que Dios no restringe (comp. Dt.8:2; 2 Cr.32:31; Os.4:17; Ro.1:24,28); (c) *directiva*, por cuya acción Dios guía los caminos de los hombres y a menudo fuera del conocimiento de tal guianza (comp. Gn. 50:20; Sal.76:10; Is.10:5; Jn.13:27; Hch.4:28); (d) *determinativa*, acción por la cual Dios decide y ejecuta todas las cosas según el consejo de Su propia voluntad.

La providencia de Dios así combina con la libertad humana que, aunque los caminos de Dios son seguros, en ningún sentido son *fatalismo*. Igualmente, la providencia de Dios es lo opuesto al azar. El cuidado divino alcanza al último detalle de la vida tanto como sus más grandes aspectos. Ciertos atributos de Dios demandan el ejercicio de Su providencia. Su justicia le impulsa a El a asegurar todo bien moral; Su benevolencia le impele a cuidar a los suyos; Su inmutabilidad asegura que lo que El ha empezado lo perfeccionará; y Su poder es suficiente para ejecutar todo lo que quiere.

e. ORACION. Aunque Dios condiciona ciertas acciones de los suyos sobre la oración, no se sigue que esas cosas condicionadas de esa manera son inciertas. Este, de nuevo, es el problema de las voluntades divina y humana combinadas en tal manera como para realizar el preciso propósito divino a través de la libre selección de los hombres. La oración eficaz es para la gloria del Padre (Jn.14:13), en el nombre del Hijo (Jn.14:14), y en el poder capacitador del Espíritu Santo (Ro.8:26,27). La sumisión a estas condiciones asegura que la voluntad humana está en acuerdo con la voluntad divina y Sus propósitos. Entonces, ¿por qué ha de ofrecerse la oración? Sólo por el hecho del propósito divino, que la contestación a la oración representa, se incluye el aspecto de la oración. Tanto como está decretado que se hará en respuesta a la oración, cuanto se ha decretado que se hará absolutamente. “Debemos agregar a esto que la verdadera oración no es *meramente* humana, pero es sostenida y dirigida por el Espíritu Divino, como el Espíritu de oración, y que tiene hasta tal punto un carácter profético, en el que la providencia divina es una con el presentimiento del hombre. De aquí el sello de la oración con el amén . . . La oración sale de la eterna libertad del hijo y regresa a la eterna libertad del Padre” (Lange, citado por Van Oosterzee, *Dogmatics*, I, 350).

f. MILAGROS. Lo que en el mundo físico sobrepasa todo conocimiento humano o poderes morales y por tanto se ascribe a agencias sobrenaturales, se le llama milagro. Es un poder suficiente actuando fuera de la línea natural de causas y efectos. Pero los milagros no indican que Dios haya introducido algo imprevisto en Su eterno propósito, porque el milagro, como todo lo demás, está incluido en Su plan eterno. Los milagros son tales sólo a la vista del hombre; para Dios son sólo eventos extraordinarios en la providencia divina. Aunque los milagros son maravillas (Hch.2:19) a los ojos de los hombres y exhiben el poder de Dios, su verdadero propósito es el de una ‘señal’ (Mt.12:38; Jn.2:18). Ellos certifican y autentican a un maestro o su doctrina. Por esta razón la falsa doctrina siempre ha recurrido a supuestas ocurrencias sobrenaturales para establecer sus pretensiones. A Satanás se le acredita poder milagroso (2 Tes.2:9; Ap.13:13-15). Siendo que la Palabra de Dios se ha escrito en su perfección, y se ha preservado, no hay más necesidad de señales. La necesidad actual es la guianza del Espíritu a toda verdad, ministerio que es provisto para todo aquel que se rinde a El.

g. GRACIA. Aunque se han revelado muchos objetivos, el propósito supremo de Dios en la creación parece ser la demostración de la *gracia*. La manifestación de Su divina gracia como es en Cristo (Tito 2:7), no sólo está dentro del decreto divino, sino que es el

mayor aspecto de ese decreto.

CONCLUSION

Como se indicó al principio de esta discusión sobre la doctrina del decreto divino, los secretos designios de Dios no pueden ser resueltos por ninguna mente finita. Hasta donde es posible hemos intentado examinar especialmente algunos malentendidos innecesarios; y si los problemas han sido aliviados en algún grado, el trabajo no ha sido en vano.

Al concluir la traducción de alrededor de sesenta y cinco páginas sobre el decreto de Dios y la predestinación por Hermann Venema en su *Institutes of Theology*, el traductor — Rev. Alex W. Brown — escribe un comentario que bien puede servir como una observación final a lo que aquí se ha escrito sobre esta tan difícil división de la teología:

“Después de la extensa e ingeniosa discusión por el autor sobre el tema de la predestinación, confesamos que nos sentimos justamente donde estábamos. Intentando reconciliar la doctrina de la elección con la oferta de la universalidad del evangelio y con la expresa voluntad de Dios que no quiere que nadie perezca; él solo ha cambiado la dificultad, no la ha quitado. El hecho es, ellos están sin esperanza de reconciliación en nuestro presente estado, y los que han intentado mejor lo hubieran dejado como estaba. Es una verdad revelada en la Escritura que todos los que son o serán salvos lo son o lo serán como consecuencia del propósito eterno de Dios, en otras palabras, que todos los creyentes son personas elegidas, escogidas en Cristo antes del principio del mundo, y que nadie creará en Cristo y ser hecho participante de Su salvación excepto aquellos que son objeto de este propósito o decreto divino. También la Escritura revela que hay un propósito divino con respecto a los no elegidos o escogidos. Pensamos que es imposible admitir lo uno sin admitir lo otro. La elección es un acto de mente de parte de Dios con respecto a algunos —reprobación o preterición, o cualquier otro nombre que pueda ser empleado es también un acto de mente de parte de Dios respecto a otros— El rehusó escogerlos. Si por ejemplo, leemos que los nombres de algunos fueron escritos en el libro de la vida, leemos también que los nombres de otros no lo fueron. ¿Hallamos algo que habla como de vasos de misericordia preparados de antemano para gloria? Encontramos que habla de otros como de vasos de ira preparados para destrucción. ¿Se dice que algunos fueron escogidos en Cristo antes del principio del mundo? También se dice que otros desde antes fueron ordenados para condenación, que tropiezan en la Palabra, siendo desobedientes, para lo cual fueron también ordenados. Ahora debemos tomar la Palabra de Dios tal como la encontramos y recibir sus afirmaciones como verdades con cualesquiera que sean las dificultades que puedan acompañar su recepción. Puede ser que no seamos capaces de ver cómo la existencia de estos decretos pueden ser consistentes con la libertad y la responsabilidad humanas, o con la justicia y bondad de Dios. Pero el hecho es, nosotros nada tenemos que hacer con la reconciliación de estas cosas aparentemente contrarias. Eso compete a Dios, no a nosotros. Si las hallamos a ambas claramente reveladas, estamos obligados a recibirlas. Nuestra razón debe permanecer en silencio ante este o cualquier otro misterio contenido en Su

Palabra. Debe ser tratado como fue tratado Zacarías por el ángel. Cuando el sacerdote a quien él anunció la nueva del nacimiento de un hijo, le preguntó, “¿En qué conoceré esto?”, el ángel cerró su boca, y le dijo: “Ahora quedarás mudo.” Así como Agar, mientras estuvo obediente a Sara, fue ocupada como sierva; pero cuando usurpó y contradijo y no permaneció sumisa, fue expulsada de la familia de Abraham; así la razón, mientras esté sujeta a la revelación ha de ser bondadosamente ocupada como una útil sirvienta, pero al momento que empiece a oponerse a la fe ha de ser abandonada y echada afuera como a uno que está legislando sobre uno que está investido con una autoridad y a quien tiene que someterse humildemente y con voluntad.

El deber que incumbe a los que predicán y oyen el evangelio con relación a esta dificultad es claro. Las doctrinas de la elección y la de la reprobación hay que creerlas porque Dios las ha revelado. Pero al dar el mensaje de misericordia el predicador no tiene nada que hacer con ellas —él tiene que proclamar el mensaje como si tales cosas no existieran, y no dejarlas más interferir en su presentación a todos la oferta de una libre y perfecta salvación en Cristo, como lo harían los médicos al desempeñar los deberes de su profesión. Hay predestinación tanto en el último caso como en el primero —una predestinación que comprende tanto los fines como los medios. Algunos están destinados a morir, otros a recobrase; pero él trata con todos, como que si su pericia en cada caso habría de tener éxito. Lo mismo encierra una verdad con respecto a los que han de oír el evangelio. El hecho de que Dios ha elegido a algunos para vida eterna y pasar por alto al resto no debiera permitírsele que interfiera con el deber de transmitirles la oportunidad de ser salvos, no más que el hecho de los decretos de Dios se extienden a todas las ocupaciones ordinarias de la vida debieran interferir en ningún grado con la atención que ellas les darían a éstas. Su regla del deber en ambos casos es no qué es lo que Dios se ha propuesto hacer, sino qué es lo que ha dicho Dios. Todos los eventos han sido preordenados —los que se relacionan con su condición temporal tanto como los que tienen que ver con su condición espiritual. Pero así como, sin tomar en consideración el hecho de que el día y la hora de su muerte han sido fijadas antes que ellos salgan del mundo, y más allá donde todos sus esfuerzos no les pueden llevar, ellos, no obstante, trabajarían activamente como si la preservación de sus vidas dependiera únicamente de su propio esfuerzo; de la misma manera, sin pretender espiar dentro de los misterios del gobierno de Dios en los asuntos espirituales, ellos debieran rendirle sumisión a la declaración de que “el que creyere será salvo”, y trabajar diligentemente en el uso de los medios que la salvación de este modo puede ser de ellos como si el éxito dependiera enteramente de ellos mismos. Permítaseles mostrar toda diligencia en probar su llamamiento terminando con la oferta de misericordia que les es ofrecida y por el esfuerzo de hacer la voluntad de su Padre celestial, y entonces ellos pueden descansar seguros de su elección.” — ps.334,35.

CAPITULO XVI

NOMBRES DE LA DEIDAD

Así como no se presenta ningún argumento en el Antiguo Testamento para probar la existencia de Dios, de la misma manera no se anticipa ningún argumento para demostrar que Dios puede ser conocido. Los hombres de aquellos tiempos conocieron a Dios porque El se les presentó. Esa verdad no implica Su apariencia corporal. En efecto, hay poco que linda con una concepción física ni, por otra parte, hay mucha doctrina que establezca el hecho de Su divina esencia. La delineación de Dios en el Antiguo Testamento es así totalmente ética. Con referencia al modo en que Dios se revela, el Dr. A.B. Davidson en su *Theology of the Old Testament*, afirma:

“La peculiaridad del concepto del Antiguo Testamento más bien aparece cuando surge la pregunta, *cómo* es conocido Dios. Aquí tocamos una idea fundamental del Antiguo Testamento —la idea de la *Revelación*. Si los hombres conocen a Dios, es porque El mismo se ha hecho conocer a ellos. Este conocimiento se debe a lo que El hace, no a lo que los hombres mismos logran. Como Dios es la fuente de toda vida, y como el conocerle es la vida más sublime, su conocimiento no puede ser alcanzado por ningún mero esfuerzo humano. Si el hombre tiene algo de Dios, lo ha recibido de Dios, que se lo comunica en amor y gracia. La idea de que el hombre puede alcanzar el conocimiento y compañerismo con Dios por medio de su propio esfuerzo es enteramente extraño al Antiguo Testamento. Dios habla, El aparece; el hombre escucha y contempla. Dios se acerca a los hombres; les da mandamientos. Ellos lo reciben cuando El se acerca; aceptan Su voluntad y obedecen sus preceptos. Moisés y los profetas ahora son presentados como mentes meditabundas que reflejaron al Invisible, y formularon conclusiones respecto a El, o ascendieron ellos a elevadas concepciones de la Deidad. El Invisible se manifestó ante ellos, y ellos lo conocieron . . . Pero, como quiera que mucho del Antiguo Testamento reposa sobre el terreno que todo conocimiento de Dios procede de la revelación de Sí mismo, y que hay tal verdadera y real revelación, está lejos de denotar que esta revelación de Dios es una completa exhibición de El como El lo es realmente. No se puede hacer una exhaustiva comunicación de Dios, porque la criatura no la puede comprender. Quizá, tampoco Dios puede revelarse tal cual El es. De donde Moisés solamente vio una forma, vio solamente Su espalda. Su rostro no puede ser contemplado. Por eso a los patriarcas El les aparecía en forma humana. Así en el tabernáculo se manifestó en el humo que descendió sobre el arca. Así también, en el Edén se supo que El estaba presente por la presencia del querubín, que era la carroza divina que El manejó. Todas estas cosas significaban Su presencia, mientras al mismo tiempo indicaban que El mismo no podía ser visto.” —pgs. 34,35.

Los nombres de personas en la Biblia tienen un significado, el que usualmente conlleva alguna impresión tal como del carácter intrínseco del que lleva el nombre. Esta verdad se acentúa por el hecho que, cuando una persona adquiere una nueva significancia, el nombre le fue cambiado según el caso — Abram a Abraham, Jacob a Israel, Salomón a Jedidíah. Dios mismo llamó a Moisés y a Ciro por sus nombres. El descubrimiento del carácter a través del nombre es cierto en cuanto a la Deidad en grado absoluto. Dios no sólo ha inspirado las páginas en donde aparecen Sus nombres, sino que El ha anunciado o revelado Sus nombres específicamente a los hombres y con una referencia especial al significado de dichos nombres. En el principio Adán le dio nombre a todas las cosas que Dios había creado, pero los nombres de Dios son auto-revelados. Así el estudiante no entra en este punto en un campo de inútil especulación. Están comprendidas revelaciones profundas y verdades tocante a Dios que no son descubiertas de otra manera ni por otros medios. Por tanto, se le dará un amplio espacio a esta fuente de verdad. Toda investigación teísta tiene a la vista el propósito de que la realidad de lo que Dios es pueda ser conocida por el hombre, y será de mayor ventaja toda la atención que podamos prestarle a los nombres divinos y sus significados. El Dr. Lindsay Alexander escribe: “Procediendo a considerar las revelaciones de la Biblia concerniente a Dios, la primera cosa que demanda nuestra atención es los *nombres* por los que Dios se designa a Sí mismo. Como la Biblia declara hacer conocer, no a Dios como es en Sí mismo, sino Su *Nombre* o la manifestación externa de Sí mismo a sus criaturas inteligentes, así adhiere una importancia especial a las palabras con que se nos indican estas manifestaciones. Todos los nombres por los que la Biblia designa a Dios son significativos; y de esta suerte cada uno permanece como el símbolo de alguna verdad tocante a Sí que El quería que recibiésemos. Esto nos indica la importancia que nosotros nos apropiemos correctamente de la importancia de los Nombres Divinos en la Escritura” (*System of Biblical Theology*, I, 25)

Es digno de notarse, verdaderamente, que los nombres de la Deidad ocurren en grupos de tres, siendo algunas de estas ocurrencias (1) los tres nombres primarios de la Deidad en el Antiguo Testamento — *Jehová*, *Elohim* y *Adonai*; (2) los tres mayores compuestos con Jehová — *Jehová Elohim*, *Adonai Jehová*, *Jehová Sabaot*; (3) tres compuestos con El. — *El Shaddai*, *El Elyon* y *El Olam*; (4) tres clases generales de nombres divinos — el propio y peculiar nombre *Jehová*, apelativos tales como *Elohim* y *Adonai*, y tipos atributivos e hipotéticos, tales como *El Todopoderoso*, y *Dios de los Espíritus*; (5) el título completo de la Deidad en el Nuevo Testamento — *Padre*, *Hijo* y *Espíritu Santo*; El título completo de la Segunda Persona — *Señor Jesu-Cristo*; y (7) la

distinción trinitaria – *La Primera Persona, La Segunda Persona y La Tercera Persona*.

I. LOS NOMBRES PRIMARIOS DE LA DEIDAD EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

Los títulos primarios del Antiguo Testamento no presentan una revelación individualizada de tres Personas, sino más bien tres realidades características dentro de la Deidad. En adición a otros varios significados, el nombre *Jehová* exhibe las íntimas profundidades del Ser Divino, el nombre *Elohim*, siendo plural en su forma, insinúa el hecho de tres Personas, y el nombre *Adonai* proclama autoridad divina. Como se indica arriba, el nombre *Jehová*, es reservado divinamente para su inefable servicio como el inmaculado e incompañable nombre de la Deidad. *Elohim* y *Adonai* son menos distintivos siendo que estos títulos algunas veces son aplicados a criaturas. En la Versión Autorizada, *Elohim* está traducido ‘Dios’ y *Adonai* está traducido ‘Señor’, sólo con la letra inicial en mayúscula. En esta tesis no se podrá efectuar un estudio filológico completo de los varios nombres de Dios, ejercicio que pertenece propiamente al campo de las lenguas originales.

1. JEHOVA. A pesar de toda la investigación que los eruditos han hecho del nombre *Jehová*, muy poco se sabe más allá de lo que está preservado en el Sagrado Texto. Se ha perdido su pronunciación original, y eso se debe a la renuencia de los judíos a pronunciar el nombre durante muchos siglos. Sea que su actitud fuere tenida como superstición o reverencia, no hace ninguna diferencia con la misma pérdida. El nombre *Jehová* está más plenamente definido en las Sagradas Escrituras que todos los otros títulos juntos de la Deidad. Algunas veces en los Salmos el nombre original se contrae a *Jah*, que es la sílaba final de *aleluya* (comp. Sal. 68:4). Ha surgido alguna confusión por el hecho de que este nombre aparece muchas veces en las Escrituras (notablemente, Gn. 15:2) antes que haya sido declarado en Exodo 6:3: “Y aparecí a Abraham, a Isaac y a Jacob como Dios Omnipotente, más en mi nombre *Jehová* no me dí a conocer a ellos.” Esto parece ser una contradicción; pero hay dos explicaciones corrientes: (a) que el nombre fue usado libremente desde Adán hasta Moisés, como lo registra la Escritura, pero su significado en ningún tiempo había sido descubierto; (b) que aparece en el texto como un anacronismo o previamente, término por el que se indica que, como Moisés escribió la narración del Génesis él usó el término para designar a la Deidad, pero que la gente de todas aquellas generaciones anteriores no usaron el nombre. Esta última explicación falla bajo todo punto de vista, porque está registrado que los hombres hablaban a, o de la Deidad, como

Jehová (comp. Gn. 15:2), mientras que la primera solución, aunque no libre de problemas, parece ser la más razonable. De cualquier modo que se use el título, es obvio que la Escritura no derrama luz, más que por inferencia, sobre el significado del nombre hasta que es revelado específicamente a Moisés. Aun Moisés mismo parece que tenía necesidad de ser instruido con respecto a este título cuando le fue explicado (comp. Ex.3:14). La nueva revelación de Jehová es como El que existe por Sí mismo — “YO SOY EL QUE SOY” — y la palabra *hayah* (comp. *Yawe*), de que evidentemente se forma la palabra *Jehová*, conlleva también la idea de un continuo llegar a ser, esto es, por una revelación siempre creciente. Así por este sobrenombre se revela que Jehová es “El que existe en Sí que se revela a Sí mismo.” Con relación a esta frase de este tema, el Dr. Gustavo Federico Oehler escribe: “El nombre significa, *El que es*, de acuerdo con Exodo III:14; más particularmente, *El que es lo que El es*. Pero como no es la idea de una *continua existencia* que tiene el verbo *havah* o *hayah*, sino la de *existencia en acción*, de llegando a ser y sucediendo . . . , así también la forma del nombre al derivarse del imperfecto nos lleva a entender en él la existencia de Dios, no como una existencia en reposo, sino una que está siempre en acción, siempre haciéndose conocer en un proceso de transformación. De aquí que es un error encontrar en el nombre la noción abstracta de *ὁντως ὄν*. Dios es más bien *Jahwe* hasta donde El ha entrado en una relación *histórica* con la humanidad, y en particular con el pueblo escogido de Israel, y se muestra a Sí mismo continuamente en esta relación histórica como El que es, y que es lo que El es. Mientras el paganismo descansa casi exclusivamente en las revelaciones *pasadas* de sus divinidades, este nombre testifica, por otra parte, que la relación de Dios con el mundo es en un estado de continua actividad viviente; testifica, especialmente con referencia al pueblo que se dirige a su Dios por este nombre, que ellos tienen un futuro en su Dios” (*Old Testament Theology*, p. 95).

La designación *Jehová* aparece en el Texto Sagrado después de la creación del hombre y se usa generalmente donde está implicada una relación entre Dios y el hombre, y de modo especial en la redención del hombre. Es en la redención de Israel de Egipto en donde se esclarece el verdadero significado del nombre. Son aplicados todos los atributos que participan en la redención —santidad, justicia y amor por los pecadores. Es con su Redentor que tiene que hacer Israel, y por tanto, Sus pactos con ellos son mayormente bajo el nombre *Jehová* (comp. Ex.20:2; Jer.31:31-34). Fue Jehová mismo quien impartió a Moisés el significado de este título: “Y Jehová descendió en una nube, y estuvo allí con él, proclamando el nombre de Jehová. Y pasando Jehová por delante de él, proclamó: ¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y

piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ninguna manera tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación” (Ex.34:5-7); “Y le respondió: Yo haré pasar todo mi bien delante de tu rostro y proclamaré el nombre de Jehová delante de tí; y tendré misericordia del que tendrá misericordia, y seré clemente para con el que será clemente” (Ex. 33:19); “Dios es conocido en Judá; en Israel es grande Su nombre” (Sal.76:1). Ante todo, el nombre, como se le reveló a Moisés es, la desvelización de la verdad de la *eternidad* de Dios. Un descubrimiento tal era de esperarse y de ser atendido. Jehová *vive* como ningún otro ser existe. El es inmutable, infinito y eterno. La Escritura constantemente dirige el pensamiento de los hombres a este elevado concepto. El no cambia (Mal.3:6); El, como Rey, ha de reinar por siempre (Sal.10:16; 99:1; 146:10); El es Creador y Autor de todas las cosas y el Gobierno universal (Am.5:8; Sal.68:4; Jer.32:27). Ningún judío instruido que estaba presente dejó de entender el hecho de que Jesús aseguró de Sí mismo que El es “Yo soy”, el *Jehová*, del Antiguo Testamento. El relato declara: “Abraham vuestro padre se gozó de que habría de ver mi día, y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, Yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue.” (Jn.8:56-59).

Como se ha notado anteriormente, la confusión en cuanto al nombre *Jehová* ocurre por el hecho de que por muchos siglos —los mismos siglos en que una gran parte del Antiguo Testamento fue escrito— los judíos sin gozo alguno, rehusaron aun pronunciar este nombre, y cuando fue escrito le añadieron puntuaciones pertenecientes a otros títulos de la Deidad al nombre *Jehová*, nombre al que los lectores se dirigieron en sustitución de otra designación. De este modo la escritura del nombre *Jehová* es complejo en el texto. El evitar la pronunciación misma de este nombre puede juzgarse como una mera superstición; pero fue claramete en un intento de reverencia, con todo, mucha desorientación, e indudablemente esta práctica, con todos los resultados de confusión que ha traído, sirvió para producir una honda impresión en todos, en cuanto al inefable carácter de Dios.

2. ELOHIM. Este, el apelativo más frecuente en el Antiguo Testamento, aparece algunas veces como *El* o *Eloa*. La designación *El* se traza a través de los escritos babilonios, fenicios, arameos, árabes, tanto como por los escritos hebreos. En cierto grado pertenece al mundo semítico. *Elohim* es el plural de *Eloah*. El último aparece usualmente en

poesía sagrada. La derivación de este nombre es naturalmente algo problemática. Algunos la hacen derivar de una raíz que significa *El Fuerte*, y otros de una raíz que denota *temor*, y de aquí se proclama la idea esencial que es la fuente de la reverencia (Gn. 31:42, 53). J. B. Jackson, en su *Dictionary of Scripture's Proper Names* (p. VIII), declara que algunos nombres es capaz que se deriven, con igual exactitud, de dos y aun de tres raíces diferentes, como por ejemplo, cuando la raíz es una que tiene un radical débil, o duplica la segunda radical, la inflexión de tales verbos son similares en cierto grado." No hay duda que todo lo que las ideas de estas dos raíces originan es verdad en cuanto al significado de Elohím. El es El Fuerte, quien es fiel a todos sus pactos y que es digno de ser reverenciado y temido por lo que El es. En el Salmo 85:15 se da un tributo de alabanza y de revelación del significado del nombre, no diferente de la de Jehová en Exodo 34:5-7, en donde se lee así: "Mas tú Señor, Dios misericordioso y clemente, lento para la ira y grande en misericordia y verdad."

Hasta tiempos más recientes, los teólogos creían que la forma plural de *Elohím* con sus combinaciones variantes, con sus pronombres ya en singular o plural, adjetivos, y verbos, indicaban la trinidad del Ser en una esencia. Oehler acredita a Dietrich (1846) que fue el primero en negar la idea que la forma plural sugiera la trinidad de Personas, aunque Richard Watson se refiere a Buxtorf (el joven, 1599-1664) como "opuesto" a la creencia general de la iglesia y Buxtorf denota que él sigue a ciertos judíos en esta oposición. Sin embargo, él admite que tan es difícil leer poderes *ad extra* dentro de esta forma plural como lo es leer pluralidad de personas *ad intra* (vea Watson's, *Institutes*, I, 468). El pensamiento de Dietrich, como el de Buxtorf, es que la forma plural no es numérica sino cuantitativa, e indica grandeza ilimitada. Oehler la llama un plural de "infinita plenitud," Delitzsch, un "intensivo plural" (citado por Oehler, *op. cit.*, p. 88). Otros afirman que es un "plural de majestad." Dietrich tiene el apoyo de todos los que al presente comprende la moderna escuela de teología, mientras algunos teólogos y la mayoría de expositores se adhieren a la creencia original. Los argumentos esgrimidos para esta violenta salida de la creencia que por tanto tiempo ha permanecido han sido examinados y prueban nada más que son una opinión humana. Contra todo esto, hay que notar algunas importantes consideraciones: (a) La Biblia se inicia con la aserción que Elohím es el Creador y la forma plural se reconoce por los pronombres plurales como: "Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza" (Gn.1:26); otra vez, "y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó" (1:27). El pronombre plural en un caso y el singular en el otro es legítimo en que *Elohím* puede servir para indicar la pluralidad de

Personas, o la unidad en una Esencia. En otras porciones, la Palabra de Dios distintamente asigna la obra de creación a cada una de las tres Personas separadamente (Gn.1:1,2; Col.1:16). Por tanto, es tanto razonable como consistente que el plural de las Personas divinas se indicara en el relato de la creación en Génesis. El Salmo 100:3 es de gran significado sobre este punto, siendo que le asigna a Elohim la creación: "Reconoced que Jehová es Dios; El nos hizo, y no nosotros a nosotros mismos; pueblo suyo somos, y ovejas de Su prado." (b) Otra vez, el hecho de la trinidad en la Deidad es una de las enseñanzas cardinales de la Biblia y toca el mismo centro del Ser divino, y el hecho de que es el propósito de los nombres divinos el descubrir este Ser indica la más fuerte suposición que la doctrina de la Trinidad está incluida en la revelación que los nombres pronostican. Indudablemente nada nuevo o desordenado se introduce si en uno de los nombres divinos se halla que descubre la forma plural en el Ser de la Deidad. De otro modo sería difícil. (c) Aunque la doctrina de la Trinidad no es tan conspicua en el Antiguo Testamento como en el Nuevo, allí está y, si allí del todo, naturalmente está inherente en los nombres por los cuales Dios específicamente se revela a Sí mismo a los hombres. En una división ulterior de la Teología Propia se le dará una más amplia consideración a la doctrina de la Trinidad tal como se halla en el Antiguo Testamento. Siendo que se han presentado suficientes argumentos en su contra, esta tesis procede sobre la base de la antigua y digna creencia de que la trinidad de Personas está implicada en el plural del nombre *Elohim*.

Deuteronomio 6:4 es un pasaje de gran importancia en la presente discusión: "Oye Israel: Jehová nuestro Dios (*Elohim*), Jehová uno es." Quizá la palabra clave para el significado de este pasaje es *'ehadh*, aquí se traduce 'uno.' La palabra que a menudo se encuentra en el Antiguo Testamento, no obstante, es algo específica en su significado. Mientras se usa muchas veces con énfasis particular sobre la distinta solidaridad de la cosa presentada, es la palabra usada universalmente cuando está a la vista una cosa que se compone de partes unificadas, como 'la tarde y la mañana, *un* día'; 'los dos serán *una* carne'. No es posible probar que *'ehadh*, como se usa en el pasaje en cuestión, representa unificación de partes que, en este caso, indicaría que la pluralidad en la Deidad es *una* Esencia. Si no es así, el pasaje afirma que *Jehová* nuestro *Elohim* es Uno en el sentido de que no hay otro. Esta es una importante enseñanza del Antiguo Testamento. Si la palabra *uno* se usa aquí en el sentido unificar, el pasaje indica que *Jehová* —siempre en número singular— nuestro *Elohim* —en número plural— no obstante, es Uno —pluralidad en Uno— *Jehová* —singular en número. Con una interpretación tal este pasaje aparece de tremenda importancia en el campo general de la

enseñanza trinitaria del Antiguo Testamento. En todo caso la voz *Uno* en este texto no es *yahadh*, la que denota absoluta unidad indivisible.

Así mismo, mucha importancia inherente hay en la correcta interpretación de Génesis 3:5, en donde se registran las palabras de Satanás a Adán y Eva: "Mas sabe Dios que el día que comiereis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como dioses sabiendo el bien y el mal." La frase, "seréis como dioses", por falta de consistencia de parte de los traductores, no deja de conducir a erróneas conclusiones. El uso de la palabra dioses en plural y sin mayúscula le sugiere a algunas mentes una referencia a los ángeles que en ciertas ocasiones, creen ellos, son designados como *hijos de Dios*. (comp. Gn. 6:4; Job 1:6; 2:1). Pero el pensamiento no está restringido a los ángeles (comp. Is. 43:6). Otra vez, la palabra *dioses* debe pensarse que se refiere a los dioses paganos; y siendo que no habían paganos en el tiempo en que Satanás apareció a Adán, ni se le había ocurrido a mente alguna la idea de "muchos dioses" una interpretación tal es imposible. La palabra original traducida dioses no es otra que *Elohim*. Se justificaría el plural si ese fuera el modo que los traductores hicieran en todas partes, pero no es así. No tiene excusa la omisión de la mayúscula. Satanás, que había dicho, "Y seré semejante al Altísimo" (Is. 14:14), dijo a Adán y Eva, "Seréis como Elohim." La palabra Elohim ocurre dos veces en Génesis 3:5 y no hay razón alguna para traducirla *dioses* en un caso más que en el otro.

Al mismo propósito el Salmo 138:1 al llevar la forma plural de *Elohim*, el texto dice así: "Delante de los dioses te cantaré salmos." La Septuaginta implica que aquí son ángeles los que están a la vista. La palabra es *Elohim* y su plural no tiene que confundir a nadie en este punto. La omisión de la mayúscula inicial también es para confusión. Se ha sugerido que *Elohim* en este pasaje debe tomarse en el sentido de trasladarse a, o para incluirse en el lugar santísimo, y ante el lugar donde Elohim habita el Salmista ofrece su alabanza (comp. Sal. 5:7).

Habiendo indicado que *Elohim* con artículo es indicativo del Dios verdadero, el Dr. Lindsay Alexander escribe acerca del título sin el artículo, como sigue:

"Elohim, no obstante, sin el artículo, tiene la misma fuerza y así se usa en una multitud de pasajes. Cuando se usa en relación a Dios va acompañado con verbos y adjetivos en el singular. Se han hecho varias sugerencias en vía de explicación de esta construcción particular de un sustantivo plural con adiciones en singular. Todas concuerdan que es una *constructio ad sensum*; pero en cuál sea el sentido así indicado los críticos no están de acuerdo. Los antiguos teólogos sostienen que el hecho de la Trinidad está indicado de este modo, siendo el sustantivo plural el que expresa el distintivo de la Deidad, las adiciones en singular indican, no obstante, que Dios es uno. Esto ahora es rechazado casi universalmente; pero yo no estoy seguro si merece hacerse así. Indudablemente es una ley de sintaxis hebrea que un sujeto en que la pluralidad está combinada en una unidad se construye en plural con

los verbos y adjetivos en singular . . . Siendo éste un uso establecido en el lenguaje hebreo a mi no me parece del todo improbable, porque era que los antiguos hebreos sabían de algún modo a lo menos de la distinción de la Deidad que ellos no construían no sólo Elohím, sino otras designaciones de la Deidad en el plural con los verbos y adjetivos en singular" — *System of Biblical Theology*, 34,35.

De modo semejante Richard Watson observa, después de haber discutido varios pasajes en que está implicada la pluralidad de la Deidad: "Estos ejemplos no es necesario multiplicarlos. Ellos son el lenguaje común en las Sagradas Escrituras, que ninguna crítica ha sido capaz de resolver como meros modismos, y que solo la doctrina de una pluralidad de personas en la unidad de la Deidad puede explicar satisfactoriamente. Si fueran meros modismos, no podrían ser malinterpretados por aquellos a quienes el hebreo era su lengua nativa, para implicar pluralidad . . . Al argumento para la trinidad se deriva de los nombres plurales dados a Dios en las Escrituras Hebreas, se le opuso Buxter el joven (1599-1664); quien aun admite que este argumento no debiera rechazarse por los cristianos enteramente, por el mismo principio sobre el que no pocos de los judíos se refieren a esta aplicación enfática del número plural a una pluralidad de poderes o de influencias, o de operaciones, es decir, *ad extra*; ¿por qué nosotros no podemos referirla, *ad intra*, a una pluralidad de personas y a obras personales? *Ciertamente, quién conoce* con seguridad lo que era cuando los antiguos judíos entendieron por esta pluralidad de poderes y facultades?" (*Theological Institutes*, I, 468).

Esta línea de discusión debiera continuarse indefinidamente; pero desde que anticipa la verdad que ha de contemplarse bajo el tema *trinitarianismo*, se reservará mayores evidencias para esa tesis.

3. ADON, ADONAI. Este nombre de la Deidad aparece con gran frecuencia en el Antiguo Testamento, y expresa dominio y posesión soberanos. El Dr. C. I. Scofield escribe sobre este nombre:

"(1) El significado primario de *Adón*, *Adonai* es Señor, y se aplica en las Escrituras del Antiguo Testamento tanto a la Deidad como al hombre. Los últimos casos se distinguen por la omisión de la mayúscula. Al aplicarse al hombre la palabra se usa en dos relaciones: *señor* y *esposo* (Gn. 24:9, 10, 12, 'señor puede ilustrar el primero; Gn. 18:12, 'señor', ilustra el último). Estas dos relaciones existen entre Cristo y el creyente (Jn. 13:13, 'señor'; 2 Co. 11:2, 3, 'esposo').

(2) Dos principios inherentes en la relación de señor y siervo: (a) el derecho del señor a obediencia implícita (Jn. 13:13; Mt. 13:10; Lc. 6:46); (b) el derecho del siervo para dirección en el servicio (Is. 6:8-11). En Exodo 4:10-12 se ilustra la clara distinción en el uso de los nombres divinos. Moisés siente su debilidad e incompetencia, y 'Entonces dijo Moisés a Jehová; ¡Ay, Señor! (Adonai) nunca he sido hombre de fácil palabra', etc. Siendo que el *servicio* está en juego, Moisés (apropiadamente) se dirige a Jehová como Señor. Pero ahora está en juego el *poder* y no es el Señor (Adonai) sino *Jehová* quien contesta (refiriéndose

al poder de la creación) — ‘Y Jehová le respondió, ¿quién dió la boca al hombre? . . . Ahora pues, ve, y yo estaré con tu boca.’ La misma distinción aparece en Josué 7:8-11.” (*La Biblia Anotada de Scofield*, p.22).

II. COMPUESTOS

El nombre supremo, *Jehová*, se compone con *Elohim*, como *Jehová Elohim*, traducido como Jehová Dios (comp. Gn. 2:4); con *Adonai*, como *Adonai Jehová*, traducido como “Señor Dios”; y con *Sabaot* como *Jehová Sabaot*, traducido como “Señor de los Ejércitos.”

El nombre primario *Elohim* se compone con *Shaddai*, como *El Shaddai*, traducido como el “Dios Todopoderoso” (comp. Gn. 17:1); con *Elyon*, como El Elyon, traducido como el “Dios Altísimo”; y con *Olam*, como El Olam, traducido como “Dios eterno” (Gn. 21:33).

Todavía, Jehová se combina con siete apelativos. (a) *Jehová-Jire*, “Jehová provera” (Gn. 22:14); (b) *Jehová-Rapha*, “Jehová tu sanador” (Ex. 15:26); (c) *Jehová-nissi*, “Jehová nuestra bandera” (Ex. 17:8-15); (d) *Jehová-Shalom*, “el Señor es paz” (Jue. 6:23, 24); (e) *Jehová-ra-ah*, “Jehová mi pastor” (Sal. 23:1); (f) *Jehová-tsidkenu*, “Jehová justicia nuestra” (Jer. 23:6); y (g) *Jehová-shamma*, “Jehová está allí” (Ez. 48:31).

III. EPITETOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO

Dios es mencionado metafóricamente en el Antiguo Testamento como Rey, Legislador, Juez, Roca, Fortaleza, Castillo, Libertador, Pastor, Esposo, Labrador y Padre.

IV. NOMBRES DE LA DEIDAD EN EL NUEVO TESTAMENTO

Como estos términos y sus relaciones han de ser considerados en breve bajo la discusión trinitaria, aquí sólo daremos un breve bosquejo.

El nombre completo y final de la Deidad es *Padre, Hijo y Espíritu Santo*. Esto puede hacerse más explícito como, Dios el Padre, Dios el Hijo y Dios el Espíritu Santo. Los títulos de la Primera Persona son mayormente limitados a combinaciones asociadas con la palabra *Padre*. El es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo; el Padre de Misericordias; se dirige a El como Abba, Padre; Padre Celestial; Padre de los Espíritus; Padre Santo; Padre Justo; Padre de las Luces; y Padre de Gloria.

En todo hay como trescientos títulos o designaciones en la Biblia que se refieren a la Segunda Persona. Sin embargo, Su nombre completo y final es Señor JesuCristo, siendo *Señor* el título de Deidad, *Jesús* es el título de humanidad, *Cristo* es el título de Su oficio como Profeta, Sacerdote y Rey, o sea, el Mesías del Antiguo Testamento. Es evidente que la selección de los nombres y su orden de colocación en cualquier texto dado es con propósito divino y manifiesta sabiduría divina en cada caso.

No hay nombres revelados del Espíritu Santo. El es conocido por medio de títulos descriptivos tales como *El Espíritu de Dios*, *El Espíritu de Cristo*. Hay mas de veinte de estas designaciones.

CONCLUSION

Al final de este examen entre lo vital del teísmo y antes de entrar a estudiar la comprometedora investigación del modo trino de existencia, una breve mirada retrospectiva puede que no deje de ser provechosa. Habiendo demostrado el hecho que la autoritativa y confiable naturaleza de las Escrituras, y habiendo establecido la base de la creencia en la existencia de Dios para satisfacción de la razón, y se ha hecho el esfuerzo de exponer, basado en la revelación, el carácter e infinidad de Dios como se representan en Sus atributos, Su soberanía según se manifiestan en Su decreto, y Su gloria, como se descubre en Sus nombres. Como necesariamente quedan sin solución algunas preguntas, la abrumadora realidad de la Persona de Dios, carácter y medios se han exhibido y defendido. Así El permanece ante la mente atenta y devota como El que es Supremo sobre toda Su creación, y es el solo objeto de adoración y gloria. Esfuerzos como éstos pueden adolecer de sus defectos. La mente finita no puede retratar enteramente lo infinito ya sea por imaginación o por palabra. Ahora debe estar claro que Dios es el Todo en todo. Sin una creencia tal en la realidad que El es, todo lo cierto llega a ser incierto e incomprensible. La idea de la existencia de Dios no es una mera hipótesis; es la única base sobre la cual la razón y el humano entendimiento pueden construir su frágil estructura. ¡Cuán irremediabilmente todos esos edificios son demolidos cuando la verdad esencial respecto a Dios es controvertida! A la luz de la completa exhibición que proporciona el teísmo, se demanda una fe personal de seres racionales, que ha de ser establecida por estudios teístas. Una fe de tal naturaleza es un tesoro que necesita guardarse y defenderse de ataques hostiles, y se debe hacer todo esfuerzo para crecer en Su conocimiento.

TRINITARIANISMO

CAPITULO XVII

INTRODUCCION AL TRINITARIANISMO

Habiendo investigado la verdad fundamental de la existencia de Dios, y habiendo exhibido algunas evidencias de Sus perfecciones como se ven en Sus atributos, Su soberanía y la revelación de Sí mismo a través de Sus nombres — todo lo cual está contendio en el *teísmo*, que es una revelación general de la *Teología Propia*— ahora falta inquirir si Dios es, según Su modo de existencia, una *absoluta* unidad, o subsiste como una pluralidad de Personas. Si El subsiste como una pluralidad de Personas, ¿qué clase de Personas son éstas y cuál es su número?

Reconociendo que la palabra *trinidad* no se encuentra en el Texto Sagrado y que la doctrina que representa tampoco es enseñada directamente, el Dr. W. Lindsay Alexander afirma:

“Pero aunque una verdad no esté formalmente anunciada en la Escritura, puede estar implicada en las afirmaciones de la misma que llegan a ser la expresión propia y necesaria de estas afirmaciones. En este caso la doctrina es una conclusión sacada inductivamente de lo que anuncia la Escritura, y así es tan ciertamente una doctrina de la Escritura como lo es una ley natural — como la de la gravitación — es una enseñanza de la naturaleza. Entonces, mientras admitimos que la doctrina de la Trinidad no se apoya exactamente en la misma base como las doctrinas formalmente enunciadas en la Escritura; reclamamos para ella una autoridad igual sobre la base de que está implicada en los aciertos de la Escritura, y es la propia evolución y expresión de ésta. Como una doctrina es una inducción humana de las enseñanzas de la Escritura; pero siendo hecha imparcialmente la inducción, es tanto una enseñanza de Dios en Su Palabra como lo es cualesquiera otra de las doctrinas que El ha anunciado formalmente allí. Los fenómenos (para usar la fraseología baconiana) con los que aquí tenemos que tratar son, por una parte, el hecho claramente revelado que hay un solo Dios; y, por otra parte, la no menos claramente revelada verdad de que hay tres a quienes se les asignan los atributos y las cualidades de Deidad en el más alto grado, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Estas afirmaciones han de ser recibidas por todos los que conocen las Escrituras como la regla de fe: la cuestión es: ¿Cómo han de ser construidas como tales, sin hacer injusticia a ninguna, para obtenerse una justa y armoniosa expresión de la verdad completa contenida en ellas?” (*System of Biblical Theology*, I, 94,95).

En esta división de la Teología Propia, se confronta el más grande misterio de la verdad revelada. Una mera dificultad en concebir lo que es peculiar y conveniente al Infinito, no ofrecería objeción a una doctrina basada en la revelación. La naturaleza de Dios debe presentar misterios a la mente finita, y el trino modo de existencia es quizá el supremo misterio. M. Coquerel afirma: "Dios es el único Ser Inteligente, para quien no existe misterio alguno. El ser sorprendido, el estar indignado al encontrar misterios, es ser sorprendido, es estar indignado de no ser Dios." (*Christianism Experimental*, citado por *Crusaders of the Twentieth Century*, W. A. Rice, p. 228). De modo inevitable, se han discutido anticipadamente algunos problemas al considerar el plural de Elohim. Si ha de formarse un concepto correcto de Dios es esencial un conocimiento del aspecto del modo de existencia divina. Un descubrimiento tan importante, se podría esperar, que reclamaría un campo extenso en la revelación, y en algún sentido debería ser confirmado por la razón. Es obvio que, con referencia a la revelación y en pasajes muy numerosos que han de aducirse, se hace una clara referencia a las distinciones en la Deidad. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son constantemente mencionados como Personas separadas con operaciones específicas que se dice ser efectuadas por cada una. Todo esto aparece en las narraciones, en la doctrina y en la adoración que es rendida por la criatura en su relación con el Creador. Todos los atributos divinos así como las propiedades de la personalidad son atribuidas a cada Persona de la Deidad con tanta certeza y frecuencia, que el hecho de un modo trino de existencia no puede ponerse en duda por una mente prejuiciada. Por otra parte, se han hecho descubrimientos igualmente claros y numerosos que presentan a Dios como Uno en esencia. Estas dos aseveraciones de la Biblia son igualmente autoritativas y, por tanto, demandan su reconocimiento en el mismo grado. Como ninguna mente humana jamás ha comprendido cómo tres Personas puede formar una sola Esencia, esa precisa verdad es el testimonio en todas partes de la Biblia. No es posible definir estas distinciones e implicarlas a todas. Sin duda, hay un conocimiento distinto que identifica a cada Persona, y todavía hay una unidad de posesión de atributos y de naturaleza. Este descubrimiento presenta una complejidad que sobrepasa el entendimiento, pero está libre del elemento de contradicción; porque existe contradicción cuando dos cosas contrarias son predicadas de la misma cosa y en el mismo respecto. Tales contradicciones no aparecen en la revelación y los intentos de alegar tal cosa han fracasado. La doctrina de la Trinidad se deriva completamente de la revelación, siendo que la creación es incapaz de servir como un medio de expresión por los aspectos que

comprende. La doctrina como se presenta en las Escrituras es por tanto, digna de ser creída aunque no es explicable. El *cómo* de ninguna realidad sobrehumana no es, y probablemente, no podría ser captado por la mente finita. Es suficiente saber de una fuente confiable que la realidad *sí* existe. Comprender una proposición es una cosa; comprender la verdad o el hecho asegurado en esa proposición es cosa enteramente diferente. Estos dos aspectos del entendimiento son constantemente distinguidos en la experiencia humana. Ningún científico ni filósofo tienen una explicación que ofrecer de cómo la mente actúa sobre la materia, ni pueden descubrir los misterios relacionados con la vida misma —nutrición, asimilación y crecimiento— ni pueden entender el trabajo interior de un vasto orden de hechos probados y fuerzas que presenta la naturaleza. La incapacidad para penetrar en las profundidades de tales fenómenos no es razón para rechazar los mismos hechos obvios. El modo trino de existencia de las tres Personas que forman una Esencia pertenece a una categoría de hechos esenciales y el asunto inexplicable no hay que confundirlo con la evidencia de la misma verdad abstracta. Ningún otro argumento se ha propuesto contra la concepción trinitaria más que el de que no se ajusta a las limitaciones de la mente humana. En una defensa del Unitarianismo el Dr. Channing escribe acerca de esta doctrina como de “un ultraje a nuestra naturaleza racional”, y “que contradice y degrada nuestra razón.” Si el Dr. Channing da a entender por “naturaleza racional” que él acepta sólo lo que la mente humana entiende y por lo tanto lo aprueba la razón humana, puede asegurarse que ni el Dr. Channing ni cualquier otro hombre jamás han confinado sus acciones a tales restringidas limitaciones. Cada ser humano emplea una interminable sucesión de realidades y fuerzas concernientes de las que no se puede ofrecer ninguna explicación. ¿No han de ser estas, del mismo modo clasificadas, como “un ultraje a nuestra naturaleza racional” tanto como la inexplicable doctrina de la Trinidad?

La revelación concerniente a una trinidad de Personas relacionadas en una esencia no contradice la verdad absoluta. Es evidente que como un todo individuos enteramente identificados por separado, uno no es tres, ni tres son uno. Tal cosa es una contradicción. La doctrina de la Trinidad no afirma tal inconsistencia. Afirma no más que un ser puede ser singular en un sentido y plural en otro. Varias ilustraciones de tal realidad en la naturaleza se pueden introducir. En la constitución de un ser humano hay conjunción de unidad en pluralidad. Los elementos materiales y los inmateriales se combinan para formar un individuo. Cada uno de estos elementos es esencial para la existencia humana, ¿por qué se le niega la unidad y la

pluralidad en el caso de la divina existencia? ¿Se supondría que Dios podría incluir en Su criatura lo que El no puede manifestar en Sí mismo? Por esta analogía no se intenta demostrar que una persona humana combinando en sí misma lo material y lo inmaterial es comparable a los elementos ú órdenes con tres personas que subsisten en una divina esencia. La analogía no va más allá de establecer un *principio*. En el caso del ser humano hay una conciencia con una subsistencia doble; en el caso de la Deidad hay tres conciencias y sólo una naturaleza. Así se prueba que el principio de pluralidad no es incompatible con unidad. En un caso, siendo común a la experiencia humana no se tiene duda alguna de ello; en el otro caso, estando fuera de la línea de la experiencia humana, se levantan objeciones irrazonables. Es probable, si ambas de estas dos posiciones estuvieran fuera del campo de la experiencia humana, habría tanta confusión engendrada por la presentación de la una como de la otra. Después de todo, ¿cuál es más anormal: un ser puramente espiritual que subsiste como tres personas con una naturaleza o una persona que subsiste con dos naturalezas que son tan inmensamente diferentes la una de la otra como es lo material y lo inmaterial? En su forma abstracta, la una proposición no es más compleja que la otra, y siendo que la conjunción de pluralidad y unidad es el hecho más obvio de la vida humana no debiera llamarse un insulto a la razón humana que Dios mismo afirma, y sobre la autoridad de la revelación, que Dios representa la conjunción de la pluralidad, y la unidad —una esencia subsistiendo en tres Personas.

La restricción que generalmente se le impone a la Teología Propia, a saber, que abarca únicamente las personas de la Deidad separadas de sus obras, es lo que vamos a observar en este tratado. La doctrina de la Trinidad se divide en cuatro partes mayores: (1) El hecho de la Trinidad; (2) Dios el Padre, la Primera Persona; (3) Dios el Hijo, la Segunda Persona; y (4) Dios el Espíritu Santo, la Tercera Persona. Se anticipa que la tercera de estas divisiones o sea la que concierne al Espíritu Santo, se estudiará más completamente bajo la Soteriología y la Pneumatología.

I. CONSIDERACION PRELIMINAR

Prosiguiendo más allá en el intento de captar lo que puede conocerse con relación al trino modo de existencia, hay que evitar dos errores: (a) que puede suponerse que la Deidad esté compuesta por tres distintas Personas —como decir Pedro, Santiago y Juan— que están relacionadas entre sí solo en el sentido vago en que los hombres

pueden asociarse entre sí con relación a ciertos ideales o principios, suposición que, en el caso de Dios, sería *triteísmo*; o (b) que Deidad es una sola Persona y que el aspecto trino de Su Ser es no más que tres campos de intereses, actividades y manifestaciones, que es la suposición del Sabelianismo. Cae un peso sobre el estudiante de teología el reconocer que, prescindiendo del misterio involucrado, él está señalado para descubrir y defender la verdad de que la Biblia es monoteísta hasta el último grado, conteniendo, como lo hace, que hay un Dios y sólo uno; como igualmente afirma que este Dios existe en tres Personas definidas e identificadas.

El término *personalidad* aplicado a Dios no ha de entenderse o tomarse en su estricto sentido filosófico, en cuyo caso se indican los seres distintos enteramente. Dios es un Ser, pero El es más de un Ser en tres relaciones. A cada una de las Tres Personas se le atribuyen actos bien definidos que son de carácter personal. Estos actos establecen personalidad indefectiblemente. El lenguaje en este punto es incapaz de expresarlo. Las Personas no son separadas, sino distintas. La Trinidad se compone de tres Personas unidas sin existencia separada —tan completamente unidas como para formar Un Dios. La naturaleza divina existe en tres distinciones Padre, Hijo y Espíritu Santo. La personalidad se expresa en tres términos como, *yo, tú, él* —y es así como las Personas de la Deidad se dirigen la una a la otra— y en actos personales; pero no se requiere que el un Dios sea restringido a una Persona, aunque esa restricción se presenta a través de toda la creación. Por tanto, no existe razón para negar esta complejidad a la Deidad. El término *persona* no es empleado generalmente en la Biblia, aunque todo lo que constituye personalidad es repetidamente afirmado de cada miembro de la Trinidad. Esto difícilmente será disputado. En Hebreos 1:3 se afirma que el Hijo “es la imagen misma” de la *Persona* del Padre. Mientras que la palabra usada aquí puede significar cualquier identidad específica tal como una esencia o persona, sirve para afirmar la distinción que existe entre dos Personas de la Deidad y la igualdad de Ellas. Varias palabras griegas fueron reducidas a su significado más exacto cuando se levantó la controversia contra Arrio quien negaba que Cristo fuera de la misma substancia con el Padre, y contra Sibelio, quien concedía la Deidad al Hijo y al Espíritu pero les negaba personalidad propia. Así los términos bíblicos han resistido las pruebas de las mayores investigaciones y la prueba de la doctrina de la Trinidad está ampliamente escrita en la historia de la Iglesia. La conclusión de la Iglesia cuanto a la enseñanza de la Biblia concerniente a la relación dentro de la Deidad está bien establecida por Hermann Venema en su *Institutes of Theology*:

“1. Decimos que hay tres *ὑποστάσεις* o subsistencias, verdadera y propiamente así llamadas, que son mutuamente distintas —poseyendo cada una inteligencia, auto-subsistencia, y separadas y comunicables a las otras— y a las que llamamos personas, según la definición que hemos dado de dicho término. Por esto no queremos decir que hay tres modos de subsistencia, o tres modos de manifestación, sino, como hemos dicho, tres subsistencias inteligentes realmente distintas entre sí. Porque una persona sugiere la idea de uno poseído de inteligencia y poder, que subsiste por sí, y tal es lo que queremos decir cuando afirmamos que hay tres personas en la Deidad.

2. Decimos que las tres personas o subsistencias tienen cada una realmente una naturaleza divina —una naturaleza que incluye todos los atributos de los cuales ya hemos hablado como pertenecientes a un Ser perfecto, tales como independencia, eternidad, inmutabilidad, omnipotencia, etc.

3. Decimos que estas subsistencias tienen una no separada, sino una y la misma divina naturaleza. Hay un solo Dios, como hemos dicho, y por tanto debe de haber sólo una divina naturaleza existente en cada uno —la misma *en número* y no meramente la misma *específica* esencia común a las tres.

4. Decimos además, que las tres personas participantes de una y la misma esencia permanecen en estrecha relación del uno al otro, procediendo la Segunda Persona de la Primera y la Tercera, de la Primera y la Segunda. Esta relación está implicada en los nombres Padre, Hijo y Espíritu Santo —siendo el Padre la fuente de la esencia de la que participan los otros dos. Esta participación de esencia, con referencia al Hijo, se le llama *generación* —y, con referencia al Espíritu, *procesión* o aliento.

Esta es una simple y, hasta donde nos es posible lograr, una clara explicación del misterio de la Trinidad —de donde podemos saber a lo menos en modo general lo que entendemos por esta doctrina.” (p.201).

Probablemente ninguna doctrina de la Palabra de Dios es más trascendente en sus implicaciones que la de la Trinidad. Los que fallan en ver esto y los que minimizan su importancia ordinariamente abrazan una herejía respecto a las dos Personas —la Segunda y la Tercera. El Dr. Joseph Priestley dijo: “Todo lo que se puede decir por ello es, que la doctrina, por mucho que fuera improbable en sí misma, es necesaria para explicar algunos textos particulares de la Escritura; y que, si no hubiera sido por esos textos particulares no hubiéramos tenido necesidad de ella, porque no hay ningún hecho en la naturaleza, ni propósito moral alguno que son el objeto y el fin de toda religión, que la requiera” (*History of Early Opinions*, citado por Watson, *Institutes*, I, 452).

Esta afirmación muy característica de los que se oponen a la doctrina de la Trinidad “hacen los hechos de la naturaleza” y “propósitos de la moral” el “objeto y el fin de toda religión”, e ignoran la idea entera de una auto-revelación divina, la obra de la redención y el destino eterno. Obviamente, es en estos campos descuidados en esta forma que la verdad relativa a la Trinidad tiene sus más completas manifestaciones. La negación de la doctrina de la

Trinidad es deshonra de Cristo, del Espíritu Santo y al testimonio de la Biblia. Esta triple deshonra bien puede ser observada específicamente.

II. TRES DESHONRAS

1. CRISTO. En la consideración de la doctrina de la Trinidad la cuestión crucial tanto la absoluta Deidad de Cristo como la Segunda Persona y el Espíritu como la Tercera Persona están comprendidas. Los que se oponen a la doctrina de la Trinidad automáticamente rechazan la Deidad del Hijo y del Espíritu. Hay que observar una importante distinción entre el alegato de que Dios como una Esencia es solamente una Persona, y el reclamo de que Dios aunque una Esencia es igualmente tres Personas divinas. Ambos reclamos podrían no ser verdad y aquellos, cualesquiera que puedan ser, que están errados en este asunto están juntamente equivocados y apenas separados de las alucinaciones de los paganos. Se ha considerado por mucho tiempo por muchos que es un asunto opcional de si la existencia trina de Dios sea o no reconocida, la infundada suposición es que si es rechazada la concepción trinitaria, la idea de “un Dios” todavía permanece para bendecir a la humanidad, considerando que la única fuente segura de conocimiento de Dios está en la Biblia y la Biblia nada sabe de “un Dios” que no subsista en una triple Personalidad. Waterland expresa: “Si Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, las obligaciones que le pertenecen a Dios serían obligaciones propias de esa trina distinción la que debe cumplir en efecto (según el caso); y cualquiera que deja alguna de ellas fuera de la idea de Dios, falta en honrar a Dios perfectamente, y en servirle en proporción a las manifestaciones que él ha hecho de si mismo” (citado por Watson, *Institutes*, I, 453). Contra estas aserciones los que niegan la trina existencia de la Deidad no adoran al Dios de la Biblia, es la alternativa que los Trinitarios son culpables de idolatría cuando rinden completo honor divino al Hijo y al Espíritu, si se probara que la existencia trina como una revelación es apoyada por ninguna evidencia de valor.

El Dr. Priestley, de acuerdo con otros de días más recientes, no encuentra lugar para la pretensión Trinitaria tanto en la naturaleza como en lo moral; pero la Biblia declara que la naturaleza es creación del Hijo, es sustentada por El, y existe en un sentido peculiar, por El (Col. 1:16, 17). Similarmente, mientras pueda concebirse que las ideas morales pudieran derivarse de la noción Unitaria de Dios, no podría haber redención para los que fracasan, fuera de la que es efectuada por el Hijo en Su sacrificio sustitutorio. Un esquema moral

que no provee cura para los que fracasan es la condenación de todos, siendo que todos fracasan. El sentimiento de que Dios puede perdonar el pecado como un acto de pura generosidad es un insulto a la santidad y al gobierno divino. La imperativa necesidad de la redención para el mundo en su presente estado es evidenciada por el hecho de que Dios, quien conoce todo lo que está involucrado, la ha provisto a ese inmensurable costo. Fue Jehová el que fué traspasado (Zac. 12:10); Dios el que compró la Iglesia con Su propia sangre (Hch. 20:28); fue ὁ Δεσπότης — el Alto Señor que rescató a los pecadores (2 P. 2:1); y el Señor de gloria fue crucificado (1 Co. 2:8)— comp. Watson, *Institutes*, I, 459.

No sólo el completo plan de salvación tropieza en la Deidad del Hijo, pero la medida del amor de Dios es reducida a cero si Dios dio sólo a una criatura al hombre como Su don de amor para ellos (Jn. 3:16; Ro. 5:8; 2 Co. 9:15; 1 Jn. 3:16). Una expresión tal del amor divino sería débil en verdad. De la misma manera, si Cristo es sólo una criatura, como alegan los oponentes del trinitarianismo, Su amor por los hombres es poco más que caso incidental. Para citar de nuevo a Waterland: “Si Cristo era en forma de Dios, igual a Dios, y verdadero Dios, entonces fue un acto de infinito amor y de condescendencia de Su parte al hacerse hombre; pero si él no era más que una criatura, no hubo condescendencia sorprendente al embarcarlo en una obra tan gloriosa; tal como ser el Salvador de la humanidad, y tal como prometerle ser el Señor y Juez, el ser admirado, reverenciado y adorado así por los hombres como por los ángeles” (*Importance of the Doctrine of the Trinity*, citado por Watson, *Institutes*, I, 458). Fue el amor de Cristo mismo que le hizo venir a este mundo como Salvador. Ninguna criatura podía, por ninguna razón, decir al Padre: “Y ahora, pues, Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Jn. 17:5).

Es este amor de Cristo el que motiva todo amor cristiano. Este es un gran tema, pero de poca fuerza si Cristo no es Dios. Ricardo Watson lo ha expresado muy bien:

“El amor de Cristo para nosotros también como un motivo de generoso servicio, sufrimientos y muerte, en beneficio de otros, pierde toda su fuerza y aplicación. “El amor de Cristo nos constriñe; pensando esto, que si uno murió por todos, luego todos son muertos.” Ese amor de Cristo que constriñió al Apóstol fue un amor que lo llevó a morir *por* los hombres. San Juan hace el deber morir por nuestros hermanos obligatorio sobre todos los cristianos, si son llamados a hacerlo y hay razón para el mismo hecho: “El puso Su vida por nosotros, nosotros debemos poner nuestra vida por los hermanos.” Sin duda, su significado es con el fin de salvarlos; y aunque los hombres son salvos mediante la muerte de Cristo por ellos en un sentido muy diferente de aquel en que ellos

pueden ser salvos por nuestra muerte en razón de instruirles, y así instrumentalmente salvando a otros; aún el argumento se funda sobre la necesaria conexión que hay entre la muerte de Cristo y la salvación de los hombres. Pero, en el esquema Sociniano Cristo, en ningún sentido murió, ni en la manera general de interpretar tales pasajes, “*en beneficio de los hombres*”: ¿por cuál beneficio, independiente de la *propiciación*, que niegan los Socinianos, derivan los hombres de la voluntaria muerte de Cristo, considerado como un mero instructor humano? Si se dijese que Su muerte fue un *ejemplo*, no lo fue especial y peculiarmente así; porque tanto profetas y apóstoles han muerto con resignación y fortaleza. Si se alegara que fue para confirmar Su doctrina, la respuesta es que, en este punto de vista, era nugatorio, porque había sido confirmada por milagros indubitables. Si habría él de confirmar su misión por su resurrección ésta tenía que haber seguido después de una muerte violenta; y además el beneficio que los hombres derivan de él es por esta noción, puesta en su *resurrección*, y no en su *muerte*, que siempre es presentada en el Nuevo Testamento con marcado y sorprendente énfasis. El motivo para un generoso sacrificio de comodidad y de vida, en favor de los hombres, que emana de la muerte de Cristo, por tanto, no existe donde quiera que se niega su Deidad” —*Ibid.*, I, 460-61.

Así, cuanto a la todo-suficiencia de Cristo, el Dr. Richard Graves ha declarado: “Si el Redentor no fuera omnipresente y omnisciente ¿podríamos nosotros estar seguros que El siempre oye nuestras oraciones y que conoce la fuente y el remedio de todas nuestras miserias? Si El no fuera todo-misericordioso, ¿podríamos estar seguros que El siempre está dispuesto a perdonarnos y aliviarnos de nuestras cargas? Si El no fuera omnipotente, ¿podríamos estar seguros que El es siempre capaz para sostenernos y fortalecernos, para iluminarnos y dirigirnos? De cualquier ser menos que Dios debemos sospechar que sus propósitos pueden vacilar; sus promesas, fallar; su misma existencia, quizá, terminar; porque de todo ser creado la existencia tiene que ser dependiente y terminable” (*Scriptural Proofs of the Trinity*, citado por Watson, *ibid.*, I, 461).

2. EL ESPIRITU SANTO. Igualmente está involucrado en este problema la Deidad del Espíritu Santo, quien, de acuerdo con las Escrituras ejerce todo poder y función de Dios. William Sherlock, en su *Vindication* ha escrito de modo convincente:

“Nuestra salvación por Cristo no consiste sólo en la expiación de nuestros pecados, etc., pero en la comunicación de la Divina gracia y poder, para renovarnos y santificarnos: y esto es lo que se le atribuye al *Espíritu Santo* en todas partes de la Escritura, como su oficio peculiar en la economía de la salvación del hombre. Por tanto, debe hacer un *cambio fundamental* en la doctrina de la gracia y asistencia Divinas el negar la Divinidad del Espíritu Santo. Porque ¿puede una criatura ser el origen y la fuente universal de la gracia y vida Divinas? ¿Puede una criatura *finita* ser una clase de alma para toda la Iglesia cristiana, y para cada miembro sincero de ella? ¿Puede una criatura hacer tan estrecha aplicación a nuestras mentes, conocer nuestros pensamientos, poner

límites a nuestras pasiones, inspirarnos con nuevos afectos y deseos y ser más íntimo con nosotros que lo que somos con nosotros mismos? Si una criatura fuera el único instrumento y principio de gracia, pronto seremos tentados bien a negar la gracia de Dios, o bien a hacerla solo una cosa externa, y a abrigar pobres conceptos de ella. Todos esos dones milagrosos que fueron otorgados a los apóstoles y cristianos primitivos para la edificación de la Iglesia; todas las gracias de la vida cristiana, son fruto del Espíritu. El Espíritu Divino es el principio de inmortalidad en nosotros, que vivificó nuestras almas primero, y en el último día, levantará del polvo nuestros cuerpos; obras que proclaman suficientemente su Deidad; y que no podemos creer sinceramente, en la noción del Evangelio, si El no lo es" (citado por Watson, *ibid.*, I, 461-62).

3. LAS ESCRITURAS. Afirmar que las Escrituras enseñan la Unidad divina subsistente en tres Personas no es cometer petición de principio. Es más bien estar en desacuerdo con los que fallan en considerar el testimonio bíblico, y en estar de acuerdo con los más sabios y mas grandes hombres que tienen parte en la Iglesia de Cristo. Con respecto al testimonio que las Escrituras aportan al punto de vista Trinitario, bien podemos citar de nuevo a Richard Watson:

"Pero la importancia de la doctrina de la santísima trinidad puede ser defendida finalmente de la manera en que la negación de ella afectaría el *crédito de las Sagradas Escrituras* mismas; porque si esta doctrina no estuviera contenida en ellas, es obvia su tendencia a extraviar. Su constante lenguaje es así adaptado para engañar, y aun para compeler a creer en una falsedad, aun en puntos fundamentales, y a conducir a las prácticas idolátricas mismas, que ellas perderían todo derecho a ser mirada como una revelación divina de la verdad, y debe más bien ser esquivada antes que estudiada. Una gran parte de las Escrituras es dirigida contra la idolatría, de la que se declara ser 'esa cosa detestable que el Señor abomina' y en prosecución de este designio, la doctrina de que hay sólo un Dios es formulada en los términos más explícitos, y confirmada constantemente por apelación a sus obras. El mismo primer mandamiento en el decálogo es, 'No tendrás dioses ajenos delante de mí' y la suma de la ley, como nuestro deber para con Dios, es que le amemos 'de todo nuestro corazón, con todo nuestro entendimiento, con toda nuestra alma con toda nuestra fuerza.' Si la doctrina de una trinidad de Personas Divinas en la unidad de la Deidad es consistente con todo esto, entonces el estilo y maneras de las Escrituras están en perfecta concordancia con los fines morales que ellos proponen, y las verdades en que ellas instruirían a la humanidad; pero si el Hijo y el Espíritu Santo son criaturas, entonces el lenguaje de los libros sagrados es de lo más falaz y peligroso. Porque ¿cómo se podría explicar, en ese caso, que Dios en el Antiguo Testamento estuviese hablando en términos plurales, y que esta pluralidad estuviese restringida a tres? ¿Cómo es que el mismo nombre *Jehová* fuere dado a cada uno de ellos, y eso repetidamente y en las ocasiones más solemnes? ¿Cómo es que el encarnado Mesías prometido fuera investido, en las profecías de su advenimiento, con los más excelsos atributos de Dios, y que obras infinitamente sobrehumanas y divinos honores se hayan pronosticado de él? ¿y que actos y características inequívocas de Divinidad, de acuerdo a la común estimación de la que es la humanidad, se le atribuyeran al Espíritu también? ¿Cómo es que en el Nuevo Testamento, el nombre de *Dios* le fueran dado a ambos, y sin ninguna

insinuación de que han de tomarse en un sentido inferior? ¿Que la *creación* y *conservación* de todas las cosas se le atribuyan a Cristo; que él fuera *adorado* por ángeles y por hombres; que se le representara sentado sobre el trono del universo para recibir la adoración de todas las criaturas; y que en la misma forma del bautismo al iniciarse dentro de su Iglesia, en una pública y solemne profesión de fe, al efectuarse este bautismo está unido al *nombre* del Padre, Hijo y Espíritu Santo? ¡Un Dios y dos *criaturas*! Como si la misma puerta de entrada a la Iglesia cristiana se hubiera hecho a propósito la puerta del peor y más corruptor de los errores jamás introducidos en la humanidad —*confiar en y adorar a criaturas como a Dios*; el error que ha esparcido tinieblas y moral desolación sobre la totalidad del mundo pagano” — *Ibid.*, I, 462-63.

Al concluir este argumento a favor de un reconocimiento justo y bíblico del modo trino de la existencia divina, se puede observar que toda la economía de la redención del hombre sirve para traer al hombre la revelación de Dios en Su triple subsistencia y la ofuscación, ciertamente, es la visión espiritual que no recibe instrucción de esta revelación ilimitada que Dios ha ofrecido al hombre.

III. UNA DEFINICION GENERAL

En sus enseñanzas, la Biblia no es *politeísta* —muchos dioses— ni *triteísta* —tres dioses— ni *unitaria* —un dios que ejercita sus intereses y poderes en varias maneras. La doctrina monoteísta de un Dios que subsiste en una pluralidad de Personas —tres no menos, no más— es la que está acorde a toda la Escritura y, aunque caracterizada por el misterio cuando se llega a ella con una mente finita, es, sin embargo, sin contradicción y es perfecta en todas sus adaptaciones y en todas sus partes. Es tan perfecta como Dios a quien manifiesta. De los primeros padres y escritores más recientes se pueden aducir testimonios casi interminables relativos al concepto Trinitario de Dios. Los que siguen serán suficientes:

Agustín, “Todos los expositores católicos de las divinas Escrituras que yo he podido leer, que han escrito antes de mí concerniente a la Trinidad, quien es Dios, se han propuesto enseñar, de acuerdo a las Escrituras, esta doctrina que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo insinúan una unidad divina de una y la misma substancia en una igualdad indivisible; y por tanto que no hay tres Dioses, sino un Dios.” *Tertuliano*, “El es Dios y el Hijo de Dios, y ambos son uno, y así Espíritu de Espíritu y Dios de Dios resulta en otro modo de ser, no en número; en orden, no en estado o posición (v. y g., como divino); y ha salido de, pero no ha salido fuera de (o separado de) la fuente (divina) original . . . Ellos son tres, no en substancia, sino en poder . . . Abrazad pronto siempre la regla que admito, en concordancia con lo que yo testifico que el Padre, Hijo y Espíritu no están separados. Cuando digo que son distintos, sólo la ignorancia o la perversidad tomarán esto con el significado de una diversidad que resulta en separación . . . Porque el Hijo es distinto que el Padre, no por diversidad sino por

distribución; no por división, sino por distinción. El Padre y el Hijo no son el mismo, pero difieren el uno del otro en su manera de existencia (*módulo*).” *El credo de Anatasio*, ‘Adoramos un Dios en trinidad, y trinidad en unidad; ni confundiendo las personas ni dividiendo la substancia.’ Gieseler, ‘La unidad e igualdad de las personas, que necesariamente resultaron de tener igualdad en esencia no fue enteramente reconocido de inmediato, aun por los de Nicea, pero continuó para ser más claramente percibido, hasta que al fin fue expresado por Agustín por primera vez con decidida consecuencia lógica’ (*Church History*, traducción revisada por H. B. Smith, Vol. I, p. 313). *El Catecismo Mayor de Westminster* afirma del Padre, el Hijo y Espíritu Santo que ellos ‘son un verdadero, eterno Dios, lo mismo en substancia, igual en poder y gloria (p. 9).’ Sobre el aspecto numérico de la doctrina el Dr. Samuel Harris dice: ‘Vemos, por tanto, que la prevalente doctrina de la iglesia y sus teólogos ha sido que Dios el Padre, Hijo y Espíritu Santo, es numérica é indivisiblemente uno en su substancia y esencial existencia. Así que, el Padre, Hijo y Espíritu Santo no son tres Dioses, uno en una meramente unidad genérica, como los hombres son uno en la unidad del género; ni en una unidad moral solamente, como las personas del mismo carácter moral y con un mismo propósito son uno. Ellos se distinguen como tres únicamente dentro la numérica e indivisible unidad y singularidad de Dios.’ — *God the Creator and Lord of All*, I, 324-25, comp. p. 323.

Cualquier concepto verdadero de esta doctrina debe incluir tres aspectos principales, a saber, “*La unicidad y la singularidad de Dios*; las tres distinciones eternas o modos de existencia del Dios único — el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo; y la propia Deidad de cada uno de los tres — Dios, Espíritu Indivisible Absoluto en cada uno de este peculiar y eterno modo de ser” (comp. Harris, *ibid.* p.322). Como un ejercicio de su discernimiento el estudiante hará bien en escudriñar más críticamente las siguientes definiciones de la idea Trinitaria como lo afirman varios teólogos y maestros reconocidos:

El Dr. John Dick: “Mientras que hay sólo una divina naturaleza, hay tres subsistencias, o personas, llamadas el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que poseen, no una similar, sino la misma esencia numérica, y la distinción entre ellos no es meramente nominal, sino real” (citado por Wardlaw, *Theology*, II, 6).

A. H. Strong: “En la naturaleza del Dios uno hay tres distinciones eternas... y estas tres son iguales”; (palabras de E. A. Park citadas aquí) “la doctrina de la Trinidad, por una parte, no afirma que tres personas están unidas en una persona, o tres seres en un ser, o tres dioses en un Dios (triteísmo); ni, por otra parte, que Dios meramente se manifiesta a sí mismo en tres diferentes modos (trinidad modal, o trinidad de manifestaciones); sino más bien que hay tres distinciones eternas en la substancia de Dios” *Theology*, p. 144).

Joseph Cook: “(1) El Padre, Hijo y el Espíritu Santo son un Dios; (2) cada uno tiene una peculiaridad incommunicable a los otros; (3) ninguno es Dios sin los otros; (4) cada uno, sin los otros, es Dios” (citado por Strong, *loc. cit.*).

Agustín: “El Padre no es la Trinidad; ni el Hijo, la Trinidad; ni el Espíritu Santo la Trinidad; pero dondequiera que se hable de uno solo, entonces no están hablando como de tres, en número plural, sino de uno, la Trinidad misma” (citado por Scotfield, *Correspondence Course*, 558-59).

Scofield: "Dios es uno. . . El existe en una personalidad que es triple, indicada por la *relación* como Padre e Hijo; por su manera de ser como Espíritu; y por las *diferentes funciones* que Dios tiene tanto en su manifestación como en la obra de la redención" — *Biblia Anotada*, p. 1004.

Carlos Hodge: "Los hechos escriturales son, (a) El Padre dice Yo; el Hijo dice Yo; el Espíritu dice Yo. (b) El Padre dice Tú al Hijo, y el Hijo dice Tú al Padre; y de modo semejante el Padre y el Hijo usan el pronombre El o de El con referencia al Espíritu. (c) El Padre ama al Hijo; el Hijo ama al Padre; el Espíritu testifica del Hijo. El Padre, Hijo y Espíritu son distintamente sujeto y objeto. Ellos actúan o son objeto de acción. Nada se agrega a estos hechos cuando se dice que el Padre, Hijo y Espíritu son distintas personas; porque una persona es un ser inteligente que puede decir yo, a quien puede dirigirse como a Tú, y que puede actuar y ser el objeto de acción. La suma de los hechos anteriores se expresa en la proposición: El Único Ser divino subsiste en tres personas Padre, Hijo y Espíritu. Esta proposición no agrega nada a los hechos mismos, porque los hechos son: (1) Que hay un Ser divino. (2) El Padre, Hijo y Espíritu Santo son divinos. (3) El Padre, Hijo y Espíritu son, en el sentido ya establecido, personas distintas. (4) Se les atribuyen atributos inseparables de la substancia por las Escrituras, al decir que el Padre, Hijo y Espíritu poseen los mismos atributos, se dice que ellos son lo mismo en substancia, son iguales en poder y gloria" (*Theology*, I, 144).

Calvino: "Dios afirma que El es único (unicum), con todo así como El distintamente propone el ser considerado en tres personas; que a menos que lo aceptemos, sólo vibran en nuestro cerebro el desnudo y vacío nombre de Dios, sin el Dios verdadero. Aún más, no sea que alguien soñara con un Dios triple, o piense que la simple esencia de Dios es partida en tres personas, debemos buscar una corta y fácil definición, que pueda librarnos del error" (*Institutes*, Libro I, c 13, par. 2, citado por W. L. Alexander, *Theology*, I, 99-100).

Dean Swift: "Dios nos manda a creer que hay una unión y que hay una distinción; pero en cuanto a qué es esa unión o cual esa distinción toda la humanidad es igualmente ignorante; y debe continuar así, a lo menos hasta el día del juicio, sin alguna nueva revelación. Por lo tanto, yo repetiré otra vez la doctrina de la Trinidad como está afirmada positivamente en la Escritura: Que Dios está allí expresado en tres diferentes nombres como Padre, como Hijo y como Espíritu Santo; que cada uno de éstos es Dios, y que no hay más que un Dios. Pero esta unión y distinción son un misterio absolutamente para la humanidad" (*Works*, Vol. III, p. 434, citado por Alexander, *ibid.*, p. 101).

Dr. Pye Smith: "En la absoluta perfecta unidad de la Divinada Esencia hay tres objetos de nuestra concepción, o sujetos conocidos por diferentes propiedades, que en las Escrituras son designados por las atribuciones de tales nombres o títulos, pronombres, cualidades y actos que son propios a Personas racionales, inteligentes y distintas. En lugar de Personas el término Subsistencia es preferido por muchos. Estas tres Subsistencias Divinas no son Esencias separadas (esta noción sería Triteísmo). Ni meros nombres, o propiedades, o modos de acción (Modalismo o Sabelianismo); pero esta unidad de Subsistencias es una necesaria, esencial e inmutable propiedad de la Divina Esencia. Hay caracteres Hipotéticos o Propiedades Personales que son distintivos de cada Persona, y que expresan las *relaciones* de cada una hacia las otras" (*Theology*, p. 277, citado por Alexander, *ibid.*, p. 102).

El Credo Niceno: "Creemos en un Dios, Padre Todopoderoso, Hacedor de todas las cosas visibles e invisibles; y en nuestro Señor Jesu-Cristo, el Hijo de

Dios, engendrado por el Padre, que procede de la esencia del Padre, Dios de Dios; luz de luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado no hecho, de una esencia con el Padre; por quien fueron hechas todas las cosas, así las que están en los cielos como las que están en la tierra, etc., y en el Espíritu Santo. Los que dicen que hubo un tiempo en que El no era, y que El no era antes que fuera engendrado, y que El fue hecho de lo que no era; o que dicen que El es de una diferente hipóstasis o esencia que la del Padre, o que el Hijo de Dios es creado, alentado y capaz de cambio, la Iglesia Católica lo anatematiza" (Alexander, *ibid.*, p.98).

El Credo de Atanasio: "La fe católica es que adoramos a un Dios en Trinidad, y Trinidad en unidad, no confundiendo las Personas ni separando la substancia. La Persona del Padre es una, la del Hijo es otra, la del Espíritu Santo, otra. Pero la Divinidad del Padre, Hijo y Espíritu es una, su gloria igual, coeterna su majestad . . . El Padre no hecho, ni creado, ni engendrado; el Hijo procede del Padre solo, no hecho, ni creado, sino engendrado; El Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, no hecho ni creado, ni engendrado, sino procedente. Por tanto hay un Padre no tres Padres; un Hijo, no tres Hijos; un Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos. Y en esta Trinidad no hay nada prior o posterior, nada mayor o menor; pero todas las tres Personas son coeternas y coiguales, para que en todas las cosas ambos, una Trinidad en unidad y una unidad en Trinidad, ha de ser adorada" (citado por Alexander, *ibid.*, 98, 99).

Un resumen satisfactorio de esta gran aseveración de la Biblia es hecho por el Dr. W. L. Alexander, como sigue:

"En lo tocante a la distinción en la Deidad es real y eterna, y está marcada por ciertas propiedades peculiares a cada Persona y que no es comunicable. Estas propiedades son tanto *internas* como *externas*; la última con relación a los modos de Subsistencia en la divina esencia; la primera al modo de revelarse al mundo. Las *notae internae* son *actos* personales y *nociones*; siendo la primera (1) Que el Padre engendra al Hijo, y exhala al Espíritu; (2) Que el Hijo es engendrado por el Padre y con el Padre exhalan el Espíritu; (3) Que el Espíritu procede del Padre y del Hijo. Las *nociones* personales son: (1) Al Padre le son peculiares el no ser engendrado y la paternidad; (2) Exhalación que pertenecen al Padre y al Hijo; (3) Filiación como peculiar al Hijo; (4) Procesión (*spiratio passiva*) como peculiar al Espíritu. Las *notae externas* son: (1) Las *obras* en la economía de la redención peculiares a cada uno: el Padre manda al Hijo a redimir y al Espíritu para santificar; el Hijo redime a la humanidad y envía al Espíritu; el Espíritu es enviado a la mente de los hombres y los hace participantes de la salvación de Cristo. (2) Las *obras* atributivas o apropiativas, v. y g., las que, aunque comunes a las tres Personas, en las Escrituras siempre se atribuyen a una de ellas, como la creación universal, conservación y gobierno del Padre a través del Hijo; la creación del mundo, levantamiento de los muertos y la conducción del juicio, al Hijo; la inspiración de los profetas y apóstoles, al Espíritu."—*System of Biblical Theology*, I, 104.

Serían de gran beneficio práctico si el estudiante, habiendo considerado el testimonio registrado anteriormente, procurara formular una definición de la idea Trinitaria, evitando los errores que han sido señalados.

IV. EL VERDADERO ENFASIS

Siendo que la Segunda Persona de la Deidad es revelada como la declaración concreta o manifestación de Dios a los hombres (Jn. 1:18; 2 Co. 4:6; 5:19), la investigación dentro de la doctrina de la Trinidad por los teólogos muy a menudo se ha concentrado sobre la Segunda Persona como descuidar la doctrina misma. Una actitud semejante por parte de los hombres es natural, porque la totalidad de la fe cristiana está —quizá más que cualquiera otra— condensada en las palabras, “Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, no imputándole sus pecados . . .” (2 Co. 5:19). Neander dice con referencia a este texto: “Reconocemos en esto el contenido de la cristiandad sumariada en breve” (citado por Harris, *God the Creator and Lord of All*, p. 294). Es en la obra de la redención en donde las distinciones entre las Personas de la Deidad aparecen más claramente. Esto se enfatiza en el libro *The Christian View of God and the World*, por el Dr. James Orr: “La doctrina de la Trinidad no es el resultado de la mera especulación, no es una teoría o hipótesis hilvanada por los teólogos de sus propias fantasías, mucho menos, como algunos escritores eminentes sostendrían, la importación de la metafísica griega en la teología cristiana. Es, en primera instancia, el resultado de un sencillo proceso de inducción de los hechos de la revelación cristiana . . . La concepción trina de Dios queda justificada, cuando se muestra el concepto que sustenta la revelación trina que Dios ha hecho de Sí mismo, y la actividad trina en la obra de la redención” (ps. 303-4, citado por Harris, *ibid.*, p. 322).

Es sumamente difícil para judíos, mahometanos y unitarios el comprender que los cristianos están mucho más seguros de la doctrina de *un Dios* de lo que están ellos, y más así, puesto que es para los cristianos no sólo una revelación de las Escrituras, sino que es un tema fundamental que les ha sido encomendado exhibir y defender. El conocimiento del modo trino de existencia, no perjudica, degrada o complica la doctrina del *Dios único*, ni mengua la obligación de sustentarla. El Corán refleja este malentendido: “No digáis, *Hay tres dioses*; evitad *esto*; será mejor para vosotros. Dios es un solo Dios . . . Ciertamente son infieles los que dicen, Dios es el tercio de tres; porque no hay dios además de Dios . . . y cuando Dios le diga a *Jesús el último día*, ¡Oh, Jesús, hijo de María, ¿has dicho a los hombres, Tenedme a mí y a mi madre por dos dioses además de Dios? El responderá, Sea a tí la alabanza! no me pertenece a mí decir lo que no debo” (citado por Rice, *Crusaders of the Twentieth Century*, ps. 212-13). Los judíos resisten a esta doctrina puesto que reconocer la Trinidad en la Deidad, por su parte, es reconocer la

Deidad de El que se identificó como *Jesús de Nazaret*. El Unitario resiste esta doctrina, siendo que de otro modo él tiene que reconocer la necesidad y la manera de la redención a través de Cristo. El mahometismo se opone a esta doctrina, puesto que conocerla es ignorar la advertencia del Corán y, en su mente, es apartarse del fundamento de su fe, es decir, que *sólo hay un Dios*. Los misioneros cristianos al Islam encaran esta resistencia como lo hacen los misioneros entre los judíos y el misterio inexplicable que presenta el modo trino de existencia es un problema adicional en su obra. W. A. Rice, Licenciado en Artes, escribe en *The Crusaders of the Twentieth Century*: "Nada sería más fácil que hacer prosélitos entre los indúes y los mahometanos si sólo se prescindiera de esta doctrina de la Trinidad" (p. 230). Ninguna de estas gentes distintas son abiertamente receptivas a las Escrituras. Los judíos rechazan el Nuevo Testamento; los unitarios rechazan la confiabilidad de todas las Escrituras; y los mahometanos rechazan la Biblia misma. Evidentemente los mahometanos lograron de la Iglesia Católico-Romana cuanta impresión tuvieron del cristianismo, y es evidente que su conocimiento de la Biblia fue muy pobre.

Al acercarse al tema de la Trinidad, el estudiante debe estar bien preparado para enfrentarse a un profundo misterio que, necesariamente, no es explicado a las mentes finitas. El hecho de que la doctrina esté envuelta en misterio tiende a restringir su estudio por los que por iluminación espiritual están dispuestos a creer el testimonio de Dios en cuanto a cosas desconocidas. Para otros la doctrina de la Trinidad no presenta problemas, siendo que la rechazan por completo la falta de respetar el silencio de Dios aquí, como siempre, conduce a confusión. Ciertamente, tal ha sido el carácter de mucho de la controversia teológica sobre la contención trinitaria. Con cierta agudeza natural el Dr. Robert South (1634-1716) ha dicho de esta doctrina: "Como el que la niega puede perder su alma; así el que se esfuerza mucho por entenderla puede perder el juicio" (*Works*, Vol. II, p. 184, citado por Harris, *op. cit.*, p. 295). De la misma manera, John C. Doederlein (1780) ha dicho: "Hemos alcanzado un campo largo tiempo soñado, amplio para cosechar, hasta ahora sembradas y confundidas con la zarza las semillas que han sido plantadas ampliamente por la fructífera ingenuidad de los teólogos y alentada por el calor de los concilios y los sínodos, mezclada con las tempestades de los anatemas; cosechas que muchos buenos hombres parece que piensan que debe ser cortada, o, si la sagrada maleza tiene que ser perdonada, que se abandone a los teólogos para su cultivo" (*Institutio Theologiae Christianae*, Vol. II, ps. 332, 333, citado por Harris, *loc. cit.*).

CAPITULO XVIII

PRUEBA DE LA DOCTRINA TRINITARIA

Las pruebas de la esencial doctrina de la Trinidad pueden derivarse tanto de la razón como de la revelación, aunque la utilidad y validez de la primera a menudo ha sido disputada. El hecho de que hombres igualmente sinceros no estén de acuerdo en relación a la posibilidad de que la razón sirva en el campo de esta doctrina es evidencia que la mente humana sin ayuda fracasa en su intento de investigar las cosas profundas de Dios. Pero más objetable que los intentos de la razón, es el esfuerzo de ilustrar lo que no tiene contraparte en la vida humana ni en la naturaleza. La existencia trina y una de Dios es vastamente mayor que el ejercicio de las tres funciones primarias tales como poder, intelecto, y voluntad; o la correspondencia de las tres divisiones en el ser humano, cuerpo, alma y espíritu; o alguna sugerencia creada por el movimiento, la luz y el calor en su relación con el sol; o tres tonos combinados dentro de un efecto de armonía; o (como lo sugiere Sir D. Brewster) que un solo rayo de luz puede ser descompuesto en tres colores primarios —rojo, amarillo y azul— con su variante intensidad de poderes químicos. Porque a causa de su inconexión, tales ilustraciones, puede decirse, “oscurecen el consejo” con palabras vacías de importancia. Richard Baxter (1615-1691) afirma: “Pero por mi parte, aunque yo sinceramente considero la doctrina de la Trinidad el verdadero meollo de la religión cristiana (como lo expresamos en nuestro bautismo), y como Anastasio lo expresó en su credo, la mejor explicación que yo jamás he leído; pienso que es muy inconveniente ir más allá de la luz que tenemos de parte de Dios para guiarnos en este tremendo misterio” (*Christian Religion*, citado por Watson, *Institutes*, I, 449). No tanto como una fracción de importancia pueden establecerse entre tales ocurrencias incidentales dentro del dominio finito y lo infinito de la realidad que el modo tri-uno de existencia que presenta el Dios único. Una ilustración que falla en ilustrarlo es algo peor que ninguna.

I. LA RAZON

Este acceso a la doctrina del modo triuno de la existencia de Dios es propiamente una continuación de lo que ya se ha presentado bajo

los argumentos racionalistas por la realidad de lo que Dios, y tales requisitos como se expusieron e impusieron respecto al alcance y valor de la razón en la consecución de cosas divinas aplicadas como buenas en este punto. Como se ha afirmado antes, la razón no puede dar un asentimiento inteligente a todo lo que la revelación descubre, lo que se debe a las limitaciones de la razón. Sin embargo, no puede haber una final contradicción levantada entre la razón y la revelación, siendo que la revelación es, sobre cualquier cosa, la revelación de la razón infinita. Dios es la última perfección y razón y cualquier cosa que El revela no es otra cosa que la manifestación de la razón infinita. Owen Feltham (1668) ha testificado: "Yo creo que no hay nada en la religión contrario a la razón, si la conocemos correctamente" (citado por Cooke, *The Deity*, p. 470). Es igualmente cierto que, si realmente hemos de entender, no hay palabra en la revelación a la que la razón no diera una respuesta afirmativa. La creencia en la doctrina de la Trinidad —un Dios que subsiste en tres modos de existencia— no debería fundarse en la razón. Es una revelación. No obstante, es legítimo observar, si se hace con alguna atención, que la razón, hasta donde le es posible llegar, consiente en lo que la revelación descubre. La Biblia, siendo infinitamente cierta, no busca apoyo de la finita razón. Sobre esto sostiene Hermann Venema: "Aunque la razón no nos proporciona asistencia por hacer alguna afirmación expresa sobre el tema, ni la niega ni se le opone. Enseña la unidad de la divina esencia; pero, aunque no puede probar que esa esencia existe en varias personas, no adelanta nada refutando tal doctrina. La deja en su propio y legítimo lugar" (*System of Theology*, p. 197).

Un restablecimiento es de orden, a fin de que no se entienda que la razón es llamada sobre el asentimiento de la imposible noción de que uno es tres y tres son uno. La doctrina de la existencia tri-una de Dios no sostiene ninguna semejanza con tales contradicciones abstractas, siendo la aseveración de que en la Deidad hay distinciones en conciencia personal que están combinadas en identidad de naturaleza y de atributos. Anteriormente se ha probado que no hay absurdo implicado cuando se sostiene que pluralidad coexiste en la unidad. El elemento de misterio que está presente es normal. El problema no es el *cómo* del misterio, sino el *hecho*. Ninguna explicación lógica distinguirá entre estas tan extensamente separadas proposiciones.

Adelantando en estas líneas de contemplaciones racionalistas de esta gran doctrina, no hay demanda de originalidad. Los argumentos expuestos son los que han empleado varios escritores —demasiados, ciertamente, para alguna identificación de paternidad literaria. La

línea de razonamiento será en una serie de proposiciones independientes, como sigue:

1. **LOS ATRIBUTOS DIVINOS SON ETERNOS.** Siendo que Dios existe eternamente, Sus atributos que existen necesariamente, existen eternamente. Ningún atributo de Dios es derivado, pues esto lo haría a El dependiente a ese grado. Igualmente, ningún atributo de Dios es adquirido, pues eso implicaría que Dios ha existido en algún tiempo como un Ser imperfecto. Sus atributos coexisten con Su existencia. Desde que toda suficiencia, inmutabilidad, omnipresencia, omnisciencia, omnipotencia, bondad, amor, santidad, y una disposición para comunión son atributos de Dios, han sido Sus atributos precisamente en la misma manera por toda la eternidad.

2. **ACTIVIDAD ETERNA DE LOS ATRIBUTOS.** Los atributos de Dios son eternamente activos. Esta verdad indujo a algunos antiguos a concluir que Dios, para satisfacer Sus atributos estuvo creando cosas materiales eternamente. Aristóteles alega: "Dios, quien es naturaleza inamovible (inmutable) cuya esencia es energía, no se puede suponérsele haber descansado o dormido por la eternidad, haciendo del todo nada, y entonces, después de edades infinitas, haber empezado a mover la materia, o a hacer el mundo" (*Met.*, Lib. XIV, c. 6, citado por Cooke, *The Deity*, p. 476). Esta línea de razonamiento falla en que se basa en la falacia de que la actividad de Dios está circunscrita a la creación de cosas materiales. Aunque los atributos de Dios han sido eternamente activos, la creación tuvo su principio. Afirmar de Dios que Su omnisciencia no ha estado activa eternamente es afirmar que hubo un tiempo cuando El no supo nada. No hay tiempo que, en el ejercicio de Su omnipotencia El no hizo nada. Así, y con significado específico en esta oportunidad, no hubo jamás un tiempo cuando Su disposición por comunión no estuvo activa. No se puede abrigar el pensamiento que implique el que alguna vez hubo ocasión cuando Su divina santidad, justicia y bondad no fueran activas. Es igualmente evidente que como Dios vive en la realización de Sus atributos, éstos deben haber sido activos desde toda la eternidad, y así El estará relacionado a Sus atributos por toda la eternidad venidera. Hay que observar, no obstante, que Dios no es, como un autómatas, gobernado por Sus atributos, pero siempre está actuando en inteligencia y razón que pueden incluir alguna variedad en el énfasis dado a algunos atributos sobre otros bajo circunstancias atenuantes.

3. **LOS ATRIBUTOS REQUIEREN AGENTE Y OBJETO.** El ejercicio de los atributos divinos implica que se requiere tanto un agente como un objeto. Poder, amor y disposición para la comunión, como todos los otros atributos, necesitaban ambos, agente y objeto.

De modo semejante, generalmente hablando, el agente no puede ser numérica, idéntica e individualmente el mismo. Requiriendo relaciones recíprocas, no pueden brotar y ser ejercitados dentro de una unidad absoluta. Si existe alguna excepción es en el dominio de la omnisciencia en donde se reconoce el auto-conocimiento. La ilustración familiar es aquel de un espíritu enteramente aislado de otros seres sin saber que exista ningún otro. ¿Podría ese espíritu bajo tales circunstancias ejercer poder ejecutivo, amor o disposición a la comunión? Así sería con Dios. El es un perfecto Agente en el ejercicio de perfecciones y atributos infinitos; se podría preguntar ¿pero quién es el objeto? La creación presenta un vasto orden de objetos y éstos todos son beneficiados por Su agencia; pero la pregunta es más exigente en que inquiriere quién sirvió de objeto en el ejercicio de los atributos eternos en esa situación que existía antes que fuera creada. Los atributos de Dios fueron activos antes de la creación y, si es así, debe haber habido así agente como objeto igual que ahora. El restringir el objeto divino a la creación es privar a Dios del ejercicio de Sus cualidades y características durante ese período que precedió a la creación. También se sigue que, siendo que la creación era un asunto de opción divina y así eventual, es restringir el ejercicio de los atributos divinos a aquello que es eventual o contingente. En semejante caso los atributos divinos deben no haberse ejercitado del todo. Todo esto sugiere el absurdo de que si los atributos divinos no hayan sido ejercitados en la eternidad pasada, que ellos, bajo ciertas circunstancias, podrían no ser ejercitados ahora, y que pueden no ser ejercitados nunca. Tal razonamiento puede ser rechazado. Cicerón representa a Valerio como proponiendo a sus opositores la extraña pregunta: “¿Qué fue lo que indujo a Dios a adornar los cielos con estrellas y brillantes luminarias? como si él previamente estuviese como uno que vivía en una obscura é incómoda habitación y deseara una mejor residencia? Si es así, ¿Por qué estuvo tan largo período sin la gratificación de su deseo?” (*De Nature Deorum*, Lib. I, c. 9, citado por Cooke, *ibid.*, p. 493). Mientras esta referencia es más o menos inaplicable al caso, es cierto que el ejercicio de los atributos divinos no empezaron con la creación. Dios estaba tan tranquilo y quieto antes de la creación como después. Es igualmente imperativo reconocer que nunca había existido un universo finito, y pudo nunca haber sido, la completa satisfacción objetivamente del Ser infinito. Un hombre puede gozarse con su perro fiel, pero todas las actividades y capacidades de un hombre no se satisfacen con un perro como objeto. Se puede notar aquí que aun el hombre que es hecho a imagen de Dios no es finalmente satisfecho con la creación como su objeto. El no

encuentra descanso o completa satisfacción hasta que se la procura largamente en el que es Infinito. El Salmista expresa esta verdad cuando dice: "Como el siervo brama por las corrientes de las aguas, así clama por tí, oh Dios" (Sal.42:1). El destino del hombre es de eterna duración. El observará la creación del nuevo cielo y la nueva tierra, si es redimido, los gozará para siempre. Habiendo recibido el don de la vida eterna, es escasamente animado a poner sus afectos en las cosas temporales y en los sentidos. Más bien se goza en fincar sus afecciones en las cosas de arriba, en donde está Cristo sentado a la diestra de Dios (Col. 3:1-3).

Dios no está dependiente de la creación como un objeto para el ejercicio de Sus cualidades. El no depende de nada más allá que de sí mismo, por tanto.

4. DIOS ES SUFICIENTE EN SÍ MISMO. La razón así afirma que en Dios hay lo que corresponde así al agente como al objeto. Todo esfuerzo por descubrir un objeto fuera de Dios divinamente adecuado tiene que fracasar. Algo ha de ser descubierto, pues ciertamente existe, que es anterior e infinitamente superior a todo lo que la creación puede aportar. En este punto puede notarse que la anticipación de la creación no podría servir como un objeto adecuado; porque si cuando se realizó la creación, es insuficiente para servir como un objeto infinito no podría así servir cuando existió como una idea prototípica. Está en armonía con la independencia e infinita excelencia de la Deidad el afirmar que sus recursos están en El mismo, y es igualmente cierto que El también es la respuesta a cada deseo de Su propio Ser. En Su relación con la creación, El da sin recibir nada. El es la fuente de toda bendición y halla en El mismo su propia felicidad. El es la esfera en la cual El puede ejercitar Su propia naturaleza infinita. El ejercicio de Sus atributos es tan esencial como la existencia de los mismos. Así, si no hay otra esfera que corresponde a Su infinitud, estos atributos tuvieron que ser ejercitados dentro de El mismo y dentro de Sí mismo. El ha hallado satisfacción por la eternidad. Por tanto es necesario concluir que el propio modo del Ser divino responde a todas estas demandas. El agente y el objeto están comprendidos dentro de Sí mismo. Así se afirma una pluralidad de la naturaleza divina.

5. EL AGENTE Y EL OBJETO SON PERSONAS. Siendo que la naturaleza divina incluye pluralidad, tiene que ser una pluralidad de Personas. Una pluralidad tal no puede afirmarse de la divina Esencia, porque las Escrituras distintamente testifican cuanto a la verdad de que hay *un solo Dios*. Semejantemente, esta pluralidad no puede ser la de menos oficios o modos de manifestaciones, porque éstas no podrían servir en su relación de uno a otro como agente y objeto.

Sólo Personas pueden servir en esta reciprocidad. En el caso del ejercicio de los atributos morales, tanto el agente como el objeto deben exhibir inteligencia, consciencia y agencia moral. En esta experiencia de comunión, la necesidad es tanto más en el objeto como lo es en el agente, que habrá similitud en pensamiento, disposición, voluntad, propósito y afecto. Si el agente fuere una Persona, el objeto tiene que ser una Persona también; todo lo que pertenece a la Deidad es necesariamente eterno. Como se ha visto, nada en Dios puede ser de contingencia o adventicio. Cada atributo y cualidad divina es eterna y, de la misma manera, la Persona, o Personas a quienes estos atributos pertenecen, son eternas. Ninguna de estas Personas dentro de la Deidad podría carecer de los aspectos esenciales y atributos de Deidad y mantener algún lugar en la comunión que comprende la Deidad. Por la necesidad más empírica estas Personas tienen que ser co-iguales. Ninguna graduación pertenece a la infinitud. No hay esfera de existencia intermedia entre la Deidad infinita y la criatura finita. Todo cuanto está dentro de la Esencia de la Deidad nada le falta que pertenezca a la infinita entereza. Todos deben ser iguales en poder, gloria, sabiduría, benevolencia, dignidad y disposición a la comunión. Estos atributos siempre han existido y siempre serán ejercitados por cada Persona dentro de la Deidad. En toda la plenitud de la infinitud estos atributos han estado eternamente en cada Persona. Por consiguiente, como cada Persona siempre han ejercitado estos atributos hasta el infinito y eternamente, viene a ser evidente que cada uno siempre ha sido y será infinitamente activo como agente y como objeto. Es imposible para una mente finita comprender el íntimo y constante afecto que el amor infinito ha generado dentro de la Deidad. Cada uno amando y siendo amado reciprocamente. Cada uno con perfecto entendimiento apreciando las perfecciones de los otros. La santa voluntad de Uno en perfecta concordancia con la santa voluntad de los Otros. No hay que sorprenderse que el Padre dijera del Hijo: "Este es mi Hijo amado en quien tengo complacencia."

6. LA PLURALIDAD EN DIOS ES UNA TRINIDAD. Hasta aquí en este argumento se ha afirmado una pluralidad dentro de la Deidad, pero hay que emitir algunas pruebas como evidencia de que esa pluralidad es una unidad —no más, y no menos. Este es el claro testimonio de la revelación, pero el propósito de este argumento es primero demostrar todo lo que se pueda a través de la razón antes de volver a la revelación. Se ha visto que debe de haber una pluralidad de Personas a fin de que los atributos divinos puedan ser ejercitados dentro de la Deidad y aparte de la creación, y que cada Persona debe servir tanto como agente y como objeto en la comunión y

reciprocidad que corresponde a esa relación; pero si todas las formas de las Personas han de ser experimentadas debe de haber acción asociada tanto como lo que es individual. El unido compañerismo y concordancia que tiene especial significado entre los hombres en la tierra (Mt. 18:19) indudablemente tienen su contraparte en el compañerismo entre la Deidad. En una extensión no pequeña tal acción conjunta está implícita en la comunión y armonía entre las Personas de la Deidad, armonía que ha sido reconocida. De donde se sigue que como el elemento de acción conjunta como agente es experimentada por dos, debe de haber una tercera Persona que sirva como objeto. No hay necesidad para más de tres Personas en la Deidad y no podrían ser menos. *Tres* es el número de la perfección divina, no sólo en el testimonio de la Biblia, el que es suficiente y final, pero sobre el terreno del hecho que dentro de una tríada de Personas cada demanda que la reciprocidad puede presentar es satisfecha. Dos Personas finitas armonizando como agentes por la función asociada de Seres tienen que tener como objeto una tercera Persona igualmente calificada como ellas mismas. Así Padre e Hijo siendo agentes asociados, dicen, en el ejercicio de amor infinito, tener al Espíritu Santo como su objeto; el Hijo y el Espíritu siendo agentes asociados, tienen al Padre como su objeto; y el Padre y el Espíritu siendo agentes asociados tienen al Hijo como objeto de Su amor. De este modo se ve que tres es una medida grande de concordancia entre la revelación y la razón concerniente a la Deidad Trina.

El impugnador individual al dogma Trinitario haría bien en prestar atención a las enseñanzas de la Biblia sobre este tema; pero si él, por incredulidad no es dócil a la Palabra de Dios, debiera atender sobre lo que dice lo menos exacto, a pesar de que todavía empírica, a los dictados de la razón. El punto de partida de los testigos cristianos, sea que traten con judíos, unitarios, mahometanos o agnósticos, es una defensa de la unidad de Dios. El cristiano no le ceda el primer lugar a nadie en su insistencia de que hay *un* solo Dios. El cristiano está en posesión de todo aquello que el judío y el mahometano proclaman, e infinitamente más.

7. LA BIBLIA APOYA LA RAZON. Otra vez y siguiendo bajo el tema general de la *razón*, se verá que la Biblia sostiene y justifica cada conclusión racional cuanto al modo trino de existencia de Dios. La verdad existió antes que se hiciera revelación alguna en forma escrita. Por tanto, ella no depende de la revelación para probar su veracidad. Al mismo fin, se puede decir que algunas verdades, aunque registradas y en ninguna manera contrarias a la razón no son demostrables por la razón. Si, como se ha probado, la revelación es infinitamente cierta, se sigue que, la razón le adelantaría una

contradicción a la revelación, de donde la razón está equivocada. La doctrina de la Trinidad es una de las más inequívocas enseñanzas de la Biblia. Aunque la razón no tiene ocasión para ayudar a la revelación con respecto a esta doctrina, la revelación puede asistir a la razón. Ahora hay que prestar atención a este campo de la investigación. Las Escrituras disponibles serán sólo como para aseverar la eterna existencia de la Deidad. Algunas cosas, afirma la Escritura, han existido *desde* la fundación del mundo, o entre los límites del tiempo, mientras que otras Escrituras afirman que algunas cosas existieron *antes* de la fundación del mundo, o desde toda la eternidad. De Cristo se dice que fue muerto *desde antes* de la fundación del mundo (1 P. 1:20).

a. EL ETERNO EJERCICIO DEL AMOR. En su gran oración Sacerdotal Cristo dijo al Padre: "Porque me has amado desde antes de la fundación del mundo" (Jn. 17:24). El amor es un atributo divino que, como todos los otros atributos, como se ha demostrado, no sólo es eterno y por lo tanto ejercitado desde antes de la creación del universo y aparte de éste, pero requiere que él, como agente tendrá un objeto en todo sentido co-igual y recíproco. Esta declaración de parte de Cristo se refiere a ese eterno ejercicio del amor. Por medio de estas palabras de Cristo el lector es llevado hacia atrás a esa pavorosa eternidad que precedió a la creación, donde no había más agente ni objeto fuera de las Personas de la Deidad. Dios, como una Persona individual, no se amó meramente a Sí mismo, sino que amó a otras Personas diferentes de El, que comprenden la Esencia que es Dios.

b. EL EJERCICIO DE MUTUA GLORIA. En la misma oración y hablando directamente con Su Padre de cosas perfectamente del conocimiento de ambos, Cristo dijo: "Y ahora pues, Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese" (Jn. 17:5). La frase *παρὰ σεαυτῷ* ("contigo mismo") es definida, indicando una gloria con la Persona del Padre aparte de eternas dignidades u honores. Lo mismo se expresa de nuevo por las palabras, *παρὰ σοί* ("contigo"). Desde la eternidad el Hijo ha participado de la gloria que pertenece a la Deidad. La gloria es de dignidad, perfección e infinita beatitud. Siendo Dios inmutable, su gloria nunca puede cambiar. La fecha de esta gloria no podría quedar inadvertida. Es desde antes de la creación de los mundos e indudablemente anterior a la existencia de los seres angélicos que estuvieron presentes para mirar esa gloria. Alguna insinuación de esa gloria podemos ver en Apocalipsis 21:23, en donde se dice que esa misma gloria incambiable ha de ser manifestada en las edades venideras.

c. EL EJERCICIO DEL CONOCIMIENTO. Una pluralidad de Personas en la Deidad provee una mutua comunión de conocimiento entre agente y objeto. Tal es el caso ahora y lo ha sido siempre. Las palabras de Cristo sobre este aspecto de eterna reciprocidad son de gran importancia: "Así como el Padre me conoce, y yo conozco al Padre" (Jn. 10:15); "... y nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo" (Mt. 11:27). De modo semejante se descubre que el Espíritu conoce. Está escrito: "Mas el que escudriña los corazones sabe cuál es la intención del Espíritu; porque conforme a la voluntad de Dios intercede por nosotros" (Ro. 8:27); "Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios" (1 Co. 2:10). Así no sólo la reciprocidad de agente y objeto en la esfera del conocimiento es asegurada, sino que la eternidad de ambos se declara, del Hijo y del Espíritu.

d. EL EJERCICIO DE LA DISPOSICION DIVINA PARA LA COMUNION. Si la tri-una existencia hubiera sido de Seres enteramente distintos sin una mutua relación que los uniera, bajo tales circunstancias, hubiera sido fácil para estos Seres haberse separado el uno del otro y perturbados por intereses rivales; pero siendo de una Esencia, no podría haber separación instigada por intereses propios. La preposición significativa *con* se emplea para denotar esta eterna comunión. Como se ha notado arriba, Cristo habla al Padre de la gloria que El tuvo *con* el Padre en las edades pasadas, y Juan introduce su evangelio con la sublime declaración: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios" (Jn. 1:1). La misma relación es presentada en 1 Juan 1:2. Del Cristo se dice que El era "aquella vida eterna, la cual estaba con el Padre." La frase "*en el principio*", como la usa aquí Juan, difícilmente podría ser una referencia de haber sido otra cosa que a la eternidad pasada que fue previa al evento mencionado en el versículo siguiente, esto es, "Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho." En tal tiempo y bajo tales circunstancias, se afirma que el Hijo, o Logos, estaba *con* Dios, también que entonces, como ahora, y como será El siempre, el Hijo Logos, era y es Dios. Nunca hubo ni nunca pudo haber habido otra cosa que mutua comunión, todo-satisfactoria para ambos, agente y objeto, entre estas personas de la Deidad. Esta comunión, aparte de todo lo creado, fue completa y perfecta antes como después de la creación. Es dentro de la esfera de la Deidad trina que hay una insondable profundidad de significado a la palabra: "El unigénito Hijo que está en el seno del Padre", y "como tú, Padre, estás en mí, y yo en tí", y "yo soy en el Padre y el Padre en mí", y una vez más

todavía, "Todas las cosas que tiene el Padre son mías."

Así se ve que las deducciones que la razón finita afirma están sustentadas por la Palabra de Dios, la que es infinitamente verdadera. Hay una pluralidad en la Deidad desde la eternidad y esto en la reciprocidad que agente y objeto han mantenido amor mutuo, gloria, conocimiento y comunión desde la eternidad —una relación tan suficiente que las demandas infinitas han sido satisfechas. A esto, la creación que ocurrió después, no podía agregar nada.

II. LA REVELACION

Como las Escrituras asumen la existencia de Dios basada en el hecho El nunca empezó a ser, de la misma manera y por la misma razón, las Escrituras asumen el modo de existencia tri-uno de la Deidad. Las tres Personas concurren en la revelación como Autores y son, en esa relación, no para ser ensalzados solo como los sujetos de la revelación. La existencia del autor de cualquier libro se asume, y, según estas realidades, la doctrina de la existencia tri-una no se basa sobre aserciones bíblicas directas, o ningún uso de la palabra *trinidad*, palabra que no se encuentra en el Sagrado Texto. La palabra *trinidad* empezó a usarse en el segundo siglo. Es de gran valor que los nombres de Dios son auto-revelados, y eso en el Antiguo Testamento, el nombre *Elohim* es plural y que en el Nuevo Testamento, el nombre *Θεός*, aunque singular, está representado en pluralidad tri-una como Padre, Hijo y Espíritu Santo. Se nota también que el mensaje primario del Antiguo Testamento respecto a la Deidad es de Su unidad, pero hay muchas indicaciones de que hay una pluralidad de Personas. Así, y con el mismo propósito, hay que notar en conexión con el Nuevo Testamento, siendo que tiene que ver con varios aspectos de la redención, qué parte asume cada Persona distinta de la Deidad, que su mensaje primario relativo a Dios es de las tres Personas son definidas indicaciones, de nuevo esta representación, que hay un solo Dios.

1. LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD SEGUN SE EXPONE EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. Anteriormente se ha llamado la atención en este tratado a la importancia de la verdad de que la palabra *Elohim*, es plural, y, por tanto que es usada apropiadamente con la forma plural del lenguaje; pero ésta, como muchas doctrinas antiguotestamentarias, es enteramente aparte del desarrollo doctrinal completado en el Nuevo Testamento en donde aparecen las distinciones entre Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¿Por qué se habría de resistir a la declaración del Antiguo Testamento de que el nombre *Elohim* es una referencia velada a la trinidad de Personas en la

Deidad, cuando el Nuevo Testamento establece que la trinidad de Personas existe y siempre ha existido? Si no hubiese un desarrollo ulterior de la doctrina Trinitaria que la insinuación adelantada por la forma plural *Elohim*, el caso sería diferente, porque el plural de *Elohim* no es prueba suficiente y final del modo tri-uno de existencia; pero no la forma singular de *θεός* cuando por Escrituras autoritativas se ve que representa a tres Personas distintas y guía de modo inequívoco a la correcta solución del problema que origina el plural de *Elohim*. El caso es aún más fuerte cuando se descubre que los oponentes no ofrecen argumento contra esta interpretación, sino que meramente la sustituyen con otra noción.

En el Salmo segundo se hace una definida distinción entre Jehová y Su Mesías (v. 2). En este Salmo Jehová afirma, “Pero yo he puesto mi rey sobre Sion, mi santo monte” (v. 6), y el Hijo, quien es el Rey, declara, “Jehová me ha dicho, mi hijo eres tú; yo te engendré hoy.” De modo similar, se establece una distinción en muchos pasajes entre Jehová y el Siervo de Jehová, o el Angel de Jehová. Enteramente apoyando la verdad de que Dios es una Esencia en la que subsisten tres Personas, está el hecho que el Angel de Jehová a veces es otro distinto de Jehová, y otras veces El es Jehová mismo. Otra vez en el Salmo veintidós, que recoge la oración de Cristo dirigida al Padre cuando Cristo estaba en la cruz, se registra que El dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” (v. 1); así también en el versículo 15, “y me has puesto en el polvo de la muerte.” Así, igualmente, el nombre *Emmanuel* por inspiración es interpretado “con nosotros Dios”, que indica no *menos* que el hecho de que Dios ha entrado en la esfera humana en la encarnación del Hijo, quien se hizo carne y habitó entre nosotros. Ni es de menor importancia de que los tres nombres primarios de la Deidad en el Antiguo Testamento son directamente asignados a cada una de las tres Personas. Que la Primera Persona es *Jehová*, *Elohim* y *Adonai* no es necesario señalarlas. Aun es igualmente verdad que estos nombres son aplicados a la Segunda Persona. Se le llama *El* (Is. 9:6), *Jehová* (Sal. 68:18; Is. 6:1-3; 45:21). Así también, el Espíritu es llamado *Jehová* (Is. 11:2, literalmente *Espíritu de Jehová*; comp. Jue. 15:14), y el *Espíritu de Elohim* (Ex. 31:3, literalmente *Espíritu de Elohim*). Le dedicaremos también un pensamiento a la alocución que el sumo sacerdote usaba al invocar una bendición sobre el pueblo de Israel, y por autoridad divina: “Jehová te bendiga, y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre tí, y tenga de tí misericordia; Jehová alce sobre tí su rostro y ponga en tí paz” (Nm. 6:24-27). Las tres partes de esta bendición concuerdan con los ministerios de las tres Personas de la Deidad. El pensamiento que sigue en cuanto a *La*

Persona de Cristo por J. Pye Smith, presenta este aspecto de la verdad muy bien: "El primer nombre de la fórmula expresa el amor benévolo de Dios; el Padre de misericordias y fuente de todo bien; la segunda bien concuerda con la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que redime y reconcilia; y la última es apropiada a la pureza, consolación y gozo, que se reciben por la comunión del Espíritu Santo" (citado por Watson, *Insitutes*, I, 470). Aquí hay una sorprendente correspondencia con las bendiciones registradas en el Nuevo Testamento, que tan claramente mencionan a las Personas de la Deidad, y les asigna sus respectivos ministerios (comp. 2 Co. 13:14).

Por su gran significado dirigimos la atención a la triple atribución de Isaías 6:3. Sobre este pasaje Richard Watson ha escrito:

"La esencia de la visión es el lugar santo del templo y por tanto se ubica en la misma habitación y residencia de *Los Santos*, celebrada aquí por los serafines que ante ellos cubrieron sus rostros y el uno al otro daban voces diciendo: 'Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos.' Este pasaje, si estuviere solo, podría ser eludido diciendo que este acto de adoración *Divina* mencionado aquí, es únicamente *enfático*, en la forma hebrea de expresión, un *superlativo*; aunque eso se ha asumido, pero de ninguna manera se ha probado. Sin embargo es digno de seria observación, que este acto distinto de adoración trina, del que a menudo se ha supuesto que señala una pluralidad de personas como el objeto de ella, es contestado por una voz procedente de la excelsa gloria que anonadó la mente del profeta cuando fue favorecido por la visión, respondiendo en el mismo lenguaje de pluralidad en que la doxología de los serafines se expresó. 'Después oí la voz del Señor que decía: ¿a quién enviaré, y quién irá por nosotros?' Pero ésta no es la única evidencia que en este pasaje *Los Santos* a quienes se habían dirigido por su apropiada e igual designación de *santo* eran las *tres* divinas substancias de la Deidad. El ser a quien se dirigieron era el 'Señor de los Ejércitos.' Todo esto admite que incluye al *Padre*; pero el evangelista Juan en XII, 41, en manifiesta referencia a este caso, observa, 'Estas cosas dijo Isaías cuando vio su gloria (de Cristo) y habló de él.' Por tanto, en esta visión tenemos también al *Hijo* cuya gloria en esta ocasión se dice que vio el profeta. Hechos XXVIII, 25, determina que también estaba la presencia del Espíritu Santo. 'Bien habló el Espíritu Santo por medio del Profeta Isaías a nuestros padres, diciendo: 'Ve a este pueblo y díles: De oído oiréis y no entenderéis; y viendo veréis y no percibiréis.' Estas palabras citadas de Isaías, el Apóstol Pablo declara que fueron dichas en esta misma ocasión por el 'Señor de los Ejércitos,' 'Y dijo: Anda, y dí a este pueblo: oíd bien y no entendáis; ved por cierto mas no comprendáis.'

Ahora, pongamos todas juntas estas circunstancias —el lugar, el lugar santísimo; la repetición del homenaje. Tres veces Santo, santo, santo —el Jehová de los ejércitos, a quien se dirigió— el pronombre plural usado por este Un Jehová, nosotros; la declaración de un evangelista, de que en esta ocasión Isaías vio la gloria de Cristo; la declaración de San Pablo de que el Señor de los ejércitos era el Espíritu Santo; y la conclusión no va a aparecer sin la mayor autoridad así circunstancial como declaratoria, de que la adoración, Santo, santo, santo, se refiere al Divino trío, en la una esencia del Señor de los ejércitos. En efecto, en el libro de Apocalipsis, en donde 'el cordero' se representa tan

constantemente como sentado en el trono Divino, y en donde por nombre está asociado con el Padre, como objeto de igual homenaje y de alabanza de santos y ángeles; esta escena de Isaías es transferida al capítulo cuatro, y los ‘seres vivientes’ los serafines de Isaías, se oyen en el mismo esfuerzo y con el mismo ritmo repitiendo: “Santo, santo, santo es el Señor todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.” — *Ibid.*, I, 470-71.

Asimismo, la triple bendición que Jacob imploró sobre los hijos de José es bien descrita por Herman Venema:

“ ‘El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres... el Dios que me mantiene desde que yo soy hasta este día, el Angel que me libera de todo mal, bendiga a estos jóvenes’ (Gn.48:15-16). Si la doctrina de la Trinidad no está revelada en este pasaje será difícil dar razón para tan largo prefacio. Pero examinémoslo un poco más detenidamente. En las palabras de Jacob hemos hecho mención de tres distintas personas — ‘El Dios en cuya presencia anduvieron mis padres’, y ‘el Angel que me libera de todo mal’ — aquí tenemos a lo menos dos personas; pero es mucho más decir: ‘El Dios que me mantiene.’ El último de éstos es incuestionablemente distinto del Angel, y también el Dios en cuya presencia anduvieron sus padres. Así hay tres personas distintas, bajo tres nombres personales y ejecutando distintos oficios. ‘El Dios que me mantiene’ y ‘el Angel que me libera’ ambos son representados como en posesión de lo que es peculiar a una persona divina, y como permaneciendo en el mismo fundamento con el verdadero Dios. A ambos se le atribuyen obras divinas. Son mencionados como objeto de adoración divina y como el manantial de bendiciones, Jacob invoca una bendición de los tres. Pero el verdadero Dios es el objeto de adoración — el único ser a quien se puede dirigir la oración. En todas partes del Antiguo Testamento leemos de santos orando a, o invocando bendiciones de nadie más que de Dios. Como si Jacob hubiera dicho: El que es la fuente de las bendiciones bendiga a estos mozos. Ninguna criatura puede bendecirles efectivamente. Los otros dos, por tanto, que mencionó Jacob, son divinos realmente. Esto está confirmado por las Escrituras que describen a Dios el Padre como guiador, el maestro, o en cuya presencia anduvieron nuestros padres — el Hijo de Dios como el Goel, el Angel que redime — y Dios quien es el autor de toda iluminación, santificación y consuelo, como el Espíritu Santo que nos nutre con alimento espiritual.” — *System of Theology*, ps.210-11.

Tres personas están indicadas en 2 Samuel 23:2,3; Isaías 48:16; 63:7-10. De la misma manera, en vista de que el hecho de la creación es adjudicada a cada una de las Personas de la Deidad separadamente tanto como a Elohim por las palabras “Entonces dijo Dios (Elohim), hagamos al hombre a nuestra imagen” (Gn.1:26), es una fuerte confirmación de la misma verdad de que Eclesiastés 12:1 tiene el plural, como a la letra dice: “Acuérdate de tu Creador (Creadores)...”

Como un sumario de la doctrina de la Trinidad como se halla en el Antiguo Testamento, el Dr. W.H. Griffith Thomas afirma en sus *Principios de Teología* (ps. 25,26), y bajo el encabezamiento, *La Doctrina Anticipada*:

“A esta escena, y sólo aquí, podemos buscar otro apoyo para la doctrina. A la luz de los hechos del Nuevo Testamento no podemos abstenernos de preguntar si no pudo haber habido alguna indicación de ella en el Antiguo Testamento. Como la doctrina surge directamente de los hechos del Nuevo Testamento, no nos interesamos en hallar una demostración más completa de ella en el Antiguo. No debemos esperar demasiado porque, como la función de Israel fue la de enfatizar la singularidad de Dios (Dt.6:4), cualquier revelación prematura pudiera haber sido desastrosa. Pero si la doctrina fuere cierta debemos esperar que los judíos cristianos, a cualquier costo, buscarían alguna anticipación de ella en el Viejo Testamento. Nosotros creemos encontrarla allí. (a) El uso del plural ‘Elohim’, con el verbo singular “bara”, a lo menos es notable, y parece llamar a algún reconocimiento, especialmente cómo el mismo solecismo gramatical es usado por el Apóstol Pablo (1 Ts.3:2, griego). Entonces también de los plurales ‘nuestro’ (Gn.1:26), ‘descendamos’, ‘confundamos’ (Gn.11:7), parece indicar alguna conversación en Dios. No es satisfactorio decir que con esto se refería a los ángeles, ya que ellos no están asociados con Dios en la creación. Cualquiera que sea el significado de este uso, parece, de cualquier modo, implicar qué el monoteísmo hebreo fue una intensiva realidad viviente. (b) Las referencias al ‘Angel de Jehová’ prepara el camino para la doctrina cristiana de una distinción en la Deidad (Gn.18:2,17; 18:22 con 19:1; Jos.5:13-15 con 6:2; Jue. 13:8-21; Zac.13:7). (c) Las alusiones al ‘Espíritu de Jehová’ forman otra línea de enseñanza del Antiguo Testamento. En Génesis 1:2 el Espíritu es sólo una energía, pero en libros subsecuentes, un agente (Is.40:13; 48:16; 59:19; 63:10). (d) La personificación de la Sabiduría divina en Proverbios 8 también es digna de observarse, porque la conexión entre la personificación de la Sabiduría de Proverbios 8, el Logos de Juan 1:1-18, y la ‘sabiduría’ de 1 Co. I, 24 difícilmente podría ser accidental. (e) También hay otras indicaciones, tales como la Triplicidad de los Nombres Divinos (Nm. VI, 24-27; Sal. XXIX, 3-5; Is. VI, 1-3), que, mientras por una parte no pueden ser recalcados tampoco se les puede pasar por alto. Todas estas son indicaciones que podrían contarse hasta que viniera el cumplimiento de los tiempos. El trabajo especial de Israel fue el de guardar la trascendencia y omnipresencia de Dios; y fue para el cristianismo el desarrollar la doctrina de la Deidad a la plenitud, profundidad y riqueza que encontramos en la revelación del Hijo Encarnado de Dios.”

2. LA DOCTRINA DE LA TRINIDAD ESTABLECIDA EN EL NUEVO TESTAMENTO. En el Nuevo Testamento el campo de testimonio e investigación relativo a la doctrina de la Trinidad es extensamente grande. Hay quienes declaran, y no son poco, que no hay pruebas concretas en el Antiguo Testamento que establezcan el modo triuno de existencia, esto es, aparte de la influencia retroactiva de la revelación del Nuevo Testamento. Es evidente que ciertos judíos piadosos sentían el aspecto plural de la existencia divina. Tales hombres como los que tradujeron la Septuaginta investigaron las Escrituras, pero poco se ha registrado con seguridad que ellos hayan llegado a entender claramente el modo tri-uno de existencia de Dios uno a quien adoraban. A ellos se les dio vigorosamente instrucción de defender la concepción monoteísta de la Deidad. Como es cierto de todos los santos de todas las edades, su creencia ocultaba en sí misma

vastas realidades a las que ellos nunca lograron. Aun cuando el aspecto plural de la Deidad fuera divinamente captado por algunos, más que por otros, la plenitud de la declaración esperaba el cumplimiento de los tiempos.

La revelación del Nuevo Testamento es ilimitada. La mención de un nombre de la Deidad o de su pronombre correspondiente es simultáneamente la declaración de una distinción trinitaria. Como el elemento de la virtud moral en la prescripción de la conducta cristiana, el modo trino de existencia de la Deidad está presente en todas partes y se da por sentado a través de todo el Nuevo Testamento. Es así completamente la esfera de todas las relaciones que requieren análisis. A lo menos, algunos de los aspectos más gloriosos de esta verdad pueden ser considerados separadamente con provecho. A continuación vienen cuatro líneas de investigación a saber: (a) los nombres de Dios, (b) los atributos de Dios, (c) las obras de Dios, y (d) la adoración de Dios.

a. LA TRINIDAD Y LOS NOMBRES DE DIOS. A cada una de las tres personas se les aplican directamente los nombres de Dios. No surge ninguna cuestión relativa a que los títulos divinos pertenezcan propiamente al Padre. Sin embargo el Hijo y el Espíritu Santo llevan las mismas designaciones. El Hijo es llamado Dios (Jn. 1:1), *el verdadero Dios* (1 Jn.5:20), *Dios . . . bendito por los siglos* (Ro.9:5), *Gran Dios* (Tito 2:13. Así también el Espíritu es llamado *Dios* (Hch.5:3-9) y *Señor* (2 Co.3:17).

Mientras los diferentes nombres de las Personas de la Deidad son plenamente empleados en todas partes en el Nuevo Testamento la designación completa de Dios como se revela en el Nuevo Pacto en, y como una parte de, la gran comisión, a saber: "Por tanto, id., y haced discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo" (Mt. 28:19). Como el bautismo subsiste como el acto inicial de un creyente en acto público de testimonio por Cristo, así, en ese umbral, es proclamado el título completo del Dios en cuya comunión entra el candidato. En esta conexión, es muy significativo que la primera aparición en público de Cristo fuera la de Su bautismo, y que, aunque no se registra ninguna fórmula que Juan hubiese pronunciado sobre Cristo en esa ocasión, las tres Personas de la Deidad estaban presentes y fueron identificadas. El Padre reconoció al Hijo —"Este es mi Hijo amado"—; el Hijo estaba presente y visible; y el Espíritu se vio descender sobre Cristo en forma de paloma. En la gran comisión se instruye en cuanto al bautismo para que fuera administrado en el *nombre*, no en *los nombres* —el nombre único del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. La frase *el nombre*, es una fuerte declaración de la unidad

divina que subsiste como Padre, Hijo y Espíritu. La ordenanza a la vista ha de ser ejecutada por la autoridad de ese incomparable nombre, pero ese nombre triple.

b. LA TRINIDAD Y LOS ATRIBUTOS DE DIOS. Es un hecho desafiante que los atributos de la Deidad se atribuyen a cada uno de los Tres Benditos. (a) Del Padre se dice, “Desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios” (Sal.90:2); del Hijo se dice que El es el “Alfa y Omega”, el principio y fin, el primero y el postrero”, de que “El era en el principio con Dios”, y que “Sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Ap.1:8,17; Jn.1:2; Miq. 5:2); del Espíritu está escrito, “Cristo, mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios” (He.9:14). (b) Poder infinito es ejercido por cada Persona. Se dice del Padre, “Sois guardados por el poder de Dios” (1 P.1:5); del Hijo —“de buena gana me gloriaré en mis debilidades, para que repose sobre mi el poder de Cristo” (2 Co.12:9); del Espíritu —“con potencia de señales y prodigios, en el poder del Espíritu de Dios” (Ro. 15:19). (c) A cada una de las Personas de la Trinidad se les atribuye omnisciencia: El Padre escudriña el corazón” (Jer.19:10); el Hijo —“las iglesias sabrán que yo soy el que escudriña la mente y el corazón”(Ap.2:23); El Espíritu —“Así tampoco, nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios” (1 Co.2:11). (d) Así, la omnipresencia pertenece a cada Persona: Dios ha dicho, “¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra?” (Jer.23:24); Cristo dijo, “Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre allí estoy yo en medio de ellos” (Mt.18:20); el Salmista escribió en cuanto al Espíritu: “A dónde huiré de tu presencia?” (Sal.139:7). (e) Santidad es el carácter de cada Persona de la Trinidad: De la Primera Persona se inquires, “¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre?, pues tú sólo eres santo” (Ap.15:4); Cristo es El Santo —“Más vosotros negasteis al Santo” (Hch.3:14); y del Espíritu en todas partes se dice que es el Espíritu Santo. No es de maravillarse que los ángeles exclamaran, “Santo, santo, santo, Jehová de los Ejércitos” (Is.6:3). (f) Se atribuye verdad a cada una de las tres Personas. Del Padre, Cristo dijo, “El que me envió es verdadero” (Jn.7:28); está escrito cuanto a Cristo: “Esto dice el Santo, el verdadero” (Ap.3:7); y del Espíritu, “Y el Espíritu es el que da testimonio; porque el Espíritu es la verdad” (1 Jn.5:6). (g) En verdad, las tres Personas son igualmente benevolentes: Del Padre se declara, “Su benignidad te guía a arrepentimiento” (Ro.2:4); Cristo amó a la iglesia (Ef.5:25); “Les enviaste tu buen Espíritu” (Neh.9:20). (h) La disposición para la comunión es compartida por cada Persona: Se dice que el Padre y el

verdaderamente es con el Padre y con el Hijo (1 Jn.1:3); y se da testimonio de la *comunión* del Espíritu Santo, (2 Co.13:14).

La misma cualidad puede establecerse concerniente a cada aspecto del carácter de Dios. Lo que es cierto de una Persona lo es de las otras dos, y esto es evidencia conclusiva de que la Deidad es una Trinidad de Personas infinitas, no obstante, *un Dios*.

No hay insinuación de que una Persona de la Deidad asuma estos atributos por las otras dos Personas, o que los atributos son tenidos en sociedad. Todos son adjudicados a uno como si no existiesen los otros. Así la relación particular de Uno en Tres y de Tres en Uno, es sostenida aparte de aquellas participaciones interdependientes usuales que caracterizan todas las combinaciones humanas y mutuas manifestaciones. El hecho de que cada Persona posee todas las características divinas y tan completamente que pareciera que ninguna otra necesita poseerlas, habla de las distinciones entre las Personas como tales. Por otro lado, el hecho que todas ellas manifiestan estas características idénticamente en las mismas formas y en la misma medida, habla de la unidad de donde emana su modo de existencia.

c. LA TRINIDAD Y LAS OBRAS DE DIOS. Cada obra distintiva de Dios no sólo se dice que fue efectuada por una Persona de la Deidad, sino que las obras mayores de Dios son adjudicadas a cada una de las Tres Personas. No hay ningún ejemplo en que se diga que estas Personas se combinaron en lo que hicieron; más bien es que la misma cosa en una Escritura se atribuye a una Persona que en otra Escritura se atribuye a otra, y así hasta que a cada una de las Tres Personas le es acreditada la misma obra y, en cada caso, es como si ninguna de las otras Personas estuviesen jamás relacionadas a ella. No se reconoce ningún compañerismo aparente. El hecho de anunciarse de cada Una como ejecutando enteramente una empresa dada, completamente aparte de las Otras, es indicación de la verdad que las Personas mantienen una distinción la una de la otra. Por otra parte, el hecho de que cada Una hace completa y perfectamente la tarea encomendada y en una forma que implicaría que ninguna otra necesita ejecutarla, indica una misteriosa unidad mucho más concentrada que no se conoce en ninguna experiencia humana. Algunas de estas principales obras de Dios de las que se declara haber sido totalmente ejecutadas por cada Persona e independientemente de las otras se estudiarán específicamente.

(1) *La Creación del Universo*. La empresa estupenda de producir la existencia de un universo inconmensurable se afirma que fue efectuada por cada Persona enteramente aparte de participación, compañerismo o cooperación. Se afirma de Dios, la Primera Persona.

“Desde el principio tú fundaste la tierra: y los cielos son obra de tus manos” (Sal.102:25); De Cristo se dice: “Porque por El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos, y las que hay en la tierra, visibles e invisibles” (Col.1:16); y del Espíritu Santo está escrito: “Y el Espíritu de Dios se movía sobre la faz de las aguas” (Gn.1:2), y “Su Espíritu adornó los cielos” (Job 26:25). Todo esto está combinado en la sublime declaración de “En el principio creó Dios (Elohim) los cielos y la tierra” (Gn.1:1). El acto de la creación, separado, aunque completo, por parte de cada Persona es reunido en la aserción de que Elohim —nombre que presagia el misterio de pluralidad en unidad y unidad en pluralidad— efectuó la empresa.

(2) *La Creación del Hombre.* La creación del hombre es el acto creativo de Dios, siendo que de ningún otro se ha dicho que la cosa creada es hecha a su imagen y semejanza. Este acto creativo de Dios es también la obra de las Personas separadas de la Trinidad: Se dice que *Jehová Elohim* “formó al hombre del polvo de la tierra y sopló en su nariz sopro de vida; y fue el hombre un ser viviente” (Gn.2:7); de Cristo está escrito, “Por El fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles” (Col.1:16); así con el mismo propósito se declara, “El Espíritu de Dios me hizo, y el sopro del Omnipotente me dio vida” (Job 33:4). En vista de esto el sabio amonesta, “Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud” (Ec.12:1); y se le ha dicho a Israel, “Porque tu marido es tu Hacedor (Is.54:5; ambas citas en plural).

(3) *La Encarnación.* Tres Personas están presentes en la encarnación: el Espíritu engendra al Hijo, pero en tal manera que el Hijo se dirige a la Primera Persona como Su *Padre*. Tal es la naturaleza de la regeneración en el caso de las almas. Siendo que la regeneración es por el Espíritu, el salvado así una vez para siempre, desde entonces en adelante, se dirige a la Primera Persona como *Padre*.

(4) *La Vida y el Ministerio de Cristo.* El Hijo siempre hizo la voluntad del Padre, y con este fin, el Espíritu le fue dado al Hijo sin medida.

(5) *La Muerte de Cristo.* Cuando pendía de la cruz, y desde allí se dirigió al Padre, está escrito que El dijo, “Y me has puesto en el polvo de la tierra” (Sal.22:15). Similarmente del Padre se dice, “El que no escatimó ni a Su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros” (Ro.8:32). Así mismo, “Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a Su Hijo Unigénito” (Jn.3:16); el Hijo habló por sí, diciendo, “Nadie me la quita (mi vida) sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo poder para ponerla y tengo poder para volverla a tomar” (Jn.10:18). Otra vez, Pablo testifica en cuanto al

sacrificio de Cristo que “El cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gá.2:20). De la parte del Espíritu en la muerte de Cristo, se dice, “Cristo . . . por el Espíritu eterno se ofreció sin mancha a Dios” (He.9:14).

(6) *La Resurrección de Cristo.* Entre muchas declaraciones que aseguran que el Padre levantó al Hijo de la muerte, una declara: “. . . al cual Dios levantó” (Hch.2:24); y el Hijo dijo de su vida y resurrección, “tengo poder para volverla a tomar” (Jn.10:18), y “Destruíd este templo y en tres días lo levantaré” (Jn.2:19). En esta misma conexión se dice del Espíritu, “Cristo (fue) muerto en la carne, pero vivificado en el espíritu” (1 P.3:18).

(7) *La Resurrección de Toda la Humanidad.* Se dice de ambos, del Padre y del Hijo: “Porque como el Padre levanta a los muertos y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (Jn.5:21), y de la Tercera Persona se ha dicho: “Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales, por Su Espíritu que vive en vosotros” (Ro.8:11).

(8) *La Inspiración de las Escrituras.* Aquí las tres Personas aparecen en varios pasajes: “Toda escritura es inspirada por Dios” (2 Ti.3:16); “Los profetas . . . inquirieron . . . escudriñando qué persona y que tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 P.1:10,11); y del Espíritu, “Los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo” (2 P.1:21).

(9) *La Autoridad del Ministro.* Está escrito en cuanto al Padre: “. . . nuestra competencia viene de Dios, el cual así mismo nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto” (2 Co.3:5,6); y del Hijo, el Apóstol testifica: “Me tuvo por fiel, poniéndome en el ministerio” (1 Ti.1:12); y el mismo Apóstol instruye a los ancianos de la iglesia de Efeso: “Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él ganó por su propia sangre” (Hch.20:28).

(10) *La Presencia Residente.* Hay “un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos” (Ef.4:6). Se declara que la nueva vida del creyente es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Col.1:27). Y, ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios y que no sois vuestros?” (1 Co.6:19).

(11) *La Obra de la Santificación.* Judas escribe a los creyentes como a los que son “santificados en Dios Padre” (Jud.1); otra vez, de Cristo se dice: “Porque el que santifica y los que son santificados, de

uno son todos; por lo cual no se avergüenza de llamarnos hermanos" (He.2:11). Asimismo el Apostol escribe del Espíritu Santo en relación a los creyentes: "Mas ya habéis sido lavados, ya habéis sido santificados, ya habéis sido justificados en el nombre del Señor Jesús, y por el Espíritu de nuestro Dios" (1 Co.6:11).

(12) *La Seguridad del Creyente.* Deben presentarse varios aspectos de esta verdad. Cristo declaró en cuanto al Padre que, "nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre" (Jn.10:29), y no sólo, lo mismo es prometido por el Hijo mismo (Jn.10:28), sino que el Hijo ha obrado en cuantas maneras efectivas con el mismo fin. Está escrito: "¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó; el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros" (Ro.8:34). Nada podría dar más seguridad que el creyente está sellado (por el Espíritu) para el día de la redención" (Ef.1:14).

¡Maravillosas, ciertamente, son las obras de Dios y de significado sobresaliente es el hecho que estas obras son, en cada caso, totalmente efectuadas por cada una de las Personas de la Trinidad, no en compañía o mutua cooperación y en cada caso suficientemente para hacerla aparecer como innecesario que la obra sea ejecutada por Otro! Así se demuestra la unidad y pluralidad existente en la Deidad en un plano de relación por encima y más allá de la experiencia humana.

d. LA TRINIDAD Y LA ADORACION A DIOS. Todas las criaturas inteligentes están destinadas a rendir adoración a Dios, y su adoración, como ha de ser, comprende al Dios Trino.

(1) *Por los Angeles.* Como se ha observado, los ángeles rinden honor a las tres Personas cuando dicen: "Santo, santo, santo, Jehová de los Ejércitos" (Is. 6:3), y "los seres vivientes" dicen: "Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir" (Ap. 4:8).

(2) *Por los Santos.* Toda oración y adoración ahora se dirige, por instrucción divina, al Padre, en el nombre del Hijo, y en el poder capacitador del Espíritu Santo (Jn. 16:23, 24; Ef. 6:18).

(3) *Las Bendiciones.* En Números 6:24-26 está registrada la bendición que el sumo sacerdote habría de implorar sobre el pueblo, como: "Jehová te bendiga y te guarde; Jehová haga resplandecer su rostro sobre tí, y tenga de tí misericordia; Jehová alce sobre tí su rostro, y ponga en tí paz." En 2 Corintios 13:14, la bendición más usada por la Iglesia, se registra así: "La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios, y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros. Amén."

Como un sumario de su extensa discusión sostenida sobre la

doctrina de la Trinidad, el Dr. Horace Bushnell escribe:

“Para entender este profundo misterio en el círculo de su profunda repercusión, recibimos nuestra más fuerte impresión de Dios, como si fuera solamente una cosa perceptible, no provechosa; una verdad muerta, no viviente; un artículo teológico, completamente fuera de la vida práctica; una verdad tan escolástica y refinada como que en efecto no tuviera relación con la experiencia cristiana; estamos seguros que nada puede ser más inadecuado que esto; o causar una pérdida a la religión, que es más deplorable, a menos que haya una categórica negación del misterio mismo. Desde este punto de vista no podemos sino esperar que lo que hemos podido decir puede tener cierto valor . . . preparando a algunos para encontrar cuán glorioso y cuán bendecido es experimentar un don, cuán vasto un abrimiento de Dios al hombre; cuán poderoso, transformador, transportante puede ser este gran misterio de Dios. Podemos desear para el lector nada más beatífico en esta vida que haber encontrado y haber traído plenamente al sentimiento el significado práctico de este acto o hecho eterno de Dios, que nosotros llamamos la Trinidad Cristiana. En ninguna otra parte las cadenas de la limitación se rompen como aquí. En ninguna parte el alma navega en la inmensidad como aquí; en ninguna parte llena su ardiente incensario con el fuego eterno de Dios, que cuando canta:

Una inexplicable Trinidad,
Una en la más simple unidad.

. . . ni hará que suframos alguna impaciencia ni precipitarnos en un acto de presunción, porque la Trinidad de Dios nos cuesta algunas luchas de pensamiento, y por no poder encontrar como asirla sin algún sentimiento de perplejidad y perturbación. Simplemente porque Dios es muy grande para nuestra improvisada y pueril comprensión. El debe manifestarse en formas que nos costara y nos pusiera en un tenso empeño. Así es con todos los grandes temas . . . No permitamos que bajas presunciones nos desvíen, entonces, de este glorioso misterio hasta que le hayamos dado suficiente tiempo y le hayamos abierto ventanas suficientes por nuestras alabanzas y nuestras oraciones, para permitirle la revelación de su gloria. Que también haya una bienvenida recomendación a nuestra reverencia, que tantos amigos de Dios y hombres justos de las edades pasadas, tales como los que libraron luchas más grandes que nosotros y lograron mayor madurez en su andar santo, ellos mismos se inclinaron en adoración ante este santo misterio, y cantaron con aleluyas en la adoración en sus templos y en sus ayunos en los desiertos y en el fervor de su testimonio. Y como en su *Gloria Patri*, la más sublime de sus doxologías, es una forma de himno por las edades, compuesta para ser cantada continuamente por la gran procesión de los tiempos hasta que éstos sean absorbidos por la eternidad, lo mejor que nosotros podemos hacer para permitir que las olas nos levanten como los levantaron a ellos, y pedir que nos envuelva en ella: Gloria demos al Padre, al Hijo y al Santo Espíritu; como eran al principio, son hoy y habrán de ser, eternamente. Amen.” —*New Englander*, Vol. 12, Nov., 1854, citado por Harris, *God the Creator and Lord of All*, I, 406-7.

CAPITULO XIX

DIOS EL PADRE

Procediendo a una más amplia investigación dentro de lo que la revelación descubre respecto a las características individuales y relaciones de cada uno de los Tres Benditos, que es peculiar a la Primera Persona, conocida como el *Padre*, está en primer lugar. Primero, es esencial observar la diferencia entre aquella noción en cuanto a Dios que es promovida por los monoteístas de la clase de los unitarios y la presentación bíblica del *Padre*. Muy a menudo se ha supuesto que todo sistema que reconoce a Dios en todo, concuerda con el sistema cristiano hasta el punto en que la Primera Persona es compartida por todos, es decir, la creencia cristiana está satisfecha si otras dos Personas le son agregadas al Dios Uno a quien se supone que conozcan igualmente. El error de esta suposición se hace evidente cuando se ve que el concepto cristiano, basado en las enseñanzas de las Escrituras, no es que el *Dios uno* de los unitarios es la Primera Persona más dos que defienden dudosos títulos a la dignidad de Deidad; sino que el *Dios uno* es aquella completa Esencia que subsiste como Padre, Hijo y Espíritu Santo, y que si alguna de estas tres Personas ha de ser designada como un representante de la idea unitaria de Dios, a la que los cristianos añadirían dos más, cualquiera de estos Tres, siendo ellos absolutamente iguales en cada particular, pueda ser delineado con propiedad imparcial por tal imaginaria discriminación. La noción monoteísta, como la proclaman los judíos, mahometanos y unitarios, es de un Dios que es una Persona; mientras que la idea cristiana de un Dios que responde a cada demanda del monoteísmo bíblico, no obstante, subsiste en tres Personas iguales. El Padre no es el Dios de la Biblia más de lo que es el Hijo o el Espíritu. Los Tres son *un Dios*. Se reconoce que, para los propósitos de manifestación y redención, el Hijo ha elegido voluntariamente el hacer la voluntad del Padre y hacer esa voluntad en dependencia del Espíritu. Con el mismo propósito, el Espíritu Santo ha escogido voluntariamente hablar no de El mismo como el Autor de lo que dice, sino hablar todo lo que oyere. Es antibíblico y deshonor al Hijo y al Espíritu el asumir que estas sujeciones voluntarias ser deben a una inherente inferioridad. Tal pretensión les roba a estas dos Personas una de sus más grandes

glorias — esa sujeción voluntaria con el fin de que puedan realizarse objetivos dignos. El Unitarianismo, hasta donde les interesa a ellos las Escrituras, se cogen de esos pasajes en donde se afirma de estas sujeciones voluntarias y por estos pasajes procuran probar que las Escrituras declaran una inferioridad inherente del Hijo y del Espíritu, al enseñar estas conclusiones, ellos deben o desacreditar o rechazar totalmente la más grande porción de Escrituras (que más adelante estudiaremos) que declaran la absoluta Deidad del Hijo y del Espíritu. Debe concluirse, entonces que, afuera de estas relaciones más o menos temporarias que las sujeciones voluntarias engendran, el Padre no es en ningún respecto inherente superior ya sea al Hijo o al Espíritu. La Paternidad de Dios tiene varias manifestaciones. En Efesios 3:15 la frase, “toda la familia” sobre la cual se dice que Dios es el Padre, sería mejor traducida *toda paternidad*, que descubre la verdad que esta Paternidad incluye varias filiaciones, y ella misma es esa que norma por la cual todas las paternidades son normadas y por la cual son nombradas. Las Paternidades distintivas de Dios son:

I. PATERNIDAD SOBRE LA CREACION

La Paternidad de Dios sobre la creación es una de extensión inmensurable. En el pasaje de Efesios, citado arriba, hay alusión a familias en los cielos y en la tierra. En Hebreos 12:9 Dios es mencionado como “el Padre de los espíritus”, y en Santiago 1:17, El es llamado “el Padre de las luces.” De modo semejante, en Job 38:7, los ángeles son llamados hijos de Dios (comp. Job 1:6; 2:1; Gn. 6:4). Como para la más estrecha relación de la divina Paternidad sobre la humanidad, se dice de Adán —después de haber trazado la genealogía de Cristo retrospectivamente hasta Adán —que es un “hijo de Dios.” Así también, en Malaquías 2:10 se afirma: “¿No tenemos todos un mismo padre? ¿No nos ha creado un mismo Dios?” Todavía aun, en Hechos 17:29, se registra que el Apóstol dijo a los Atenienses en su sermón en el Areópago: “Siendo, pues, linaje de Dios.” Estos pasajes con 1 Corintios 8:6 donde se declara: “Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios el Padre, del cual proceden todas las cosas”, enseñan que es dentro de la latitud del uso bíblico de la palabra *Padre*, aplicada a Dios, para encerrar a todos los seres creados como pertenecientes a esa Paternidad. Así se ha revelado que hay una forma de Paternidad universal que, dentro de sus propios límites, sería reconocida; pero esto, tan importante como pueda serlo, en ninguna manera ha de confundirse con la Paternidad y fraternidad que es asegurada por la obra regeneradora del Espíritu. Habría de agregarse como un hecho calificativo que esta forma general de

parentesco entre Dios y la creación no es generalmente afirmada del Padre pero se declara que es entre Dios y Su creación. Su amor por toda la humanidad se expresa en las palabras: "Porque de tal manera amó Dios al mundo que ha dado a su Hijo unigénito."

II. PATERNIDAD POR RELACION INTIMA

La relación íntima entre Jehová e Israel que debía toda su realidad a la graciosa obra de Dios, está expresada divinamente por la figura de padre e hijo. En Exodo 4:22 se dice que Jehová instruyó a Moisés para decir a Faraón: "Israel es mi hijo, mi primogénito." No hay ninguna indicación de que ellos fueran hijos por la regeneración. Ni eran por ese tiempo un pueblo redimido, como lo fueron después de salir de Egipto. Anticipando la preciosa amistad de Dios para con Salomón por amor de David, Dios dijo a David: "Yo le seré a él padre, y él me será a mí hijo" (2 S. 7:14). De modo semejante, en un esfuerzo para traer a Dios a los corazones de Su pueblo, el Salmista dice: "Como el padre se compadece de sus hijos, se compadece Jehová de los que le temen" (Sal. 103:13).

III. EL PADRE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

La frase "el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo" es el título completo de la Primera Persona de la bendita Trinidad, y se incorpora también el título completo de la Segunda Persona. Verdad, Dios el Padre de todo el que crec, pero por toda la eternidad venidera El ha de ser reconocido por esa sobresaliente distinción que, en parte, ha sido Suya a través de toda la eternidad pasada, a saber, el *Dios y Padre* de nuestro Señor Jesucristo. La relación de la Segunda Persona a la Primera Persona ha sido por la eternidad la de un Hijo, y, como cualquier cosa relacionada con la Deidad, no es sólo eterna pero es inmutable. El no llegó a ser un Hijo del Padre, como dicen algunos que lo fue, por Su encarnación; o por Su resurrección, ni es El un Hijo por un mero título, ni El está asumiendo tal relación temporalmente para que pudiera ejecutar Su parte en el Pacto de Redención. De todas estas pretensiones, la de la filialidad por la encarnación ha tenido muchos exponentes y ninguno más efectivamente que Ralph Wardlaw, quien hizo ciertas distinciones que otros de la escuela de interpretación fallaron en notar, señaladamente, de que el título *Hijo de Dios* no es, según esta creencia específica, para significar que El es un Hijo sólo por conducto de Su humanidad —idea que linda con la opinión unitaria—

ni es verdad que el título pertenece sólo a Su Deidad. El Dr. Wardlaw afirma que le pertenece a la Persona de Cristo incluyendo Su Deidad y Su humanidad, siendo que las dos residieron en El, siguiendo la encarnación. Esta teoría de la filialidad por la encarnación no objeta, la preexistencia de la Segunda Persona como el Logos de Dios, pero afirma, que el título específico *Hijo de Dios* no se aplica al Logos sino hasta la unión hipostática de las naturalezas divina y humana en la encarnación. Viene entonces, la pregunta de cuándo el título empezó a tener el propio uso. Los teólogos generalmente han hecho énfasis en su insistencia de que la filialidad divina es desde la eternidad. Su creencia sobre este asunto está basado en claras evidencias escriturales. El fue el *Unigénito* del Padre desde toda la eternidad, no teniendo otra relación con el tiempo y la creación más que El es su Creador. Es evidente que la relación del Padre y del Hijo solamente exhibe los aspectos de *emanación y manifestación* y no incluye los conceptos usuales de derivación, inferioridad, o distinción como del tiempo del comienzo. El Hijo, siendo verdadero Dios, es eternamente en una absoluta igualdad con el Padre. Por otra parte, la Primera Persona llegó a ser el Dios de la Segunda Persona por la encarnación. Sólo por Su humanidad podría Cristo dirigirse al Padre como “Mi Dios.” Esto lo hizo El en el momento de la suprema manifestación de Su humanidad cuando dijo en la cruz: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” Y otra vez, después de Su resurrección, dijo El: “Subo a mi Padre y a vuestro Padre; a mi Dios y a vuestro Dios” (Jn. 20:17). Sobre este punto de su eterna Filialidad, el Dr. Van Oosterzee dice:

“Esta relacion entre el Padre y el Hijo no tuvo principio, sino que existió por toda la eternidad. Esto nos es asegurado por el Señor mismo suficientemente claro (Jn. 8:58; 17:5, 24), y por Sus primeros testigos (Jn. 1:1; Ap. 22:13; Col. 1:17, y en muchos otros lugares). Porque aquí hay muy poca base para aceptar una pre-existencia puramente ideal, como para hablar de un período de tiempo antes de la creación, en que el Hijo —previamente no existente— fue llamado a la existencia por el Padre. El Arrianismo, que afirma esto último propiamente se considera exegeticamente insostenible en absoluto. Una sana exposición de Colosenses 1:15, 16 muestra, no que el Hijo es aquí colocado a nivel con la criatura como en oposición al Padre, sino en un nivel con el Dios invisible como opuesto a la criatura . . . Como una legítima consecuencia de todo lo que se ha dicho se puede deducir que el Padre hace la más perfecta *revelación de Sí mismo* en y a través del Hijo. Si el Padre vive en luz inaccesible, en el Hijo el Invisible se hace visible (Jn. 1:18). En el Padre adoramos en alguna manera Al que está oculto, en el Hijo al Dios que se revela a Sí mismo (He. 1:3). ‘como las formas humanas se reflejan en el espejo, y todo lo que está en el sello también se encuentra en su impresión, así en El, como el resplandor de Su ser invisible, el Invisible se ha hecho visible. Dios se encuentra otra vez y se refleja en el Logos, como en Su otro yo’ (Tholuck).. Así el Hijo es uno con el Padre, en la comunión del Espíritu Santo.” — *Christian Dogmatics*, I, 278-79.

El Dr. Van Oosterzee, en el curso de su argumento, confunde el tema por tomar pasajes que enseñan la eternidad del Logos o Segunda Persona, pero que no involucran ninguna referencia a la eternidad del Hijo. Se hallará que pocos pasajes le dan apoyo directo a la eternidad de la relación filial; pero suficientes de éstos son evidentes, se cree, para sostener la doctrina. Nignuno de éstos es más conclusivo que Colosenses 1:15, 16, que el Dr. Oosterzee emplea en la anotación anterior. Se dice que Dios dio a Su Hijo para ser Salvador. Esto no significa que Dios dio al Logos Eterno o Segunda Persona quien, a su vez, llegó a ser un Hijo por haber sido dado. El Dr. Wardlaw, con otros muchos, parece estar errado, al querer probar la teoría de la filialidad por la encarnación tomando Hebreos 1:2-4. En esta conexión se dice que el Hijo ha sido "hecho heredero de todas las cosas." Como el nombramiento antecede a la encarnación, así el nombramiento le fue dado al Hijo antes de la encarnación. El Dr. Wardlaw hace un importante comentario sobre la extensión del significado que ha de asignársele a los dos títulos —*Hijo de Dios* e *Hijo del Hombre*:

"Por tanto, si se alegare que la misma cosa que hemos estado diciendo del título Hijo de Dios puede ser afirmado igualmente del Hijo del Hombre, lo concedemos al punto. El uno y el otro son títulos iguales de Su persona. Ni el uno Lo representa como solo Dios, ni el otro como sólo hombre; pero ambos Lo distinguen como Emmanuel, 'Dios manifestado en carne.' 'El nombre 'Hijo de Dios' denota que El es realmente Dios; y el de 'Hijo del Hombre', que El es realmente hombre. Pero como 'Hijo del Hombre' no significa que El sea solo hombre, tampoco 'Hijo de Dios' implica que El sea sólo Dios. Bajo el nombre Hijo del Hombre, El habla de Sí como haber descendido del cielo y estando en el cielo mientras está en la tierra (Jn. III, 13), como el que tiene poder para perdonar pecados (Mt. IX), para levantar a los muertos y para juzgar al mundo (Mt. XXV, 31, 32; Jn. V, 27). Por lo que este nombre debe incluir más que Su naturaleza humana. Hablando de Sí mismo bajo el nombre de Hijo de Dios, declara que El puede hacer nada de Sí mismo (Jn. V, 19), y que el Padre es mayor que El (Jn. XIV, 28), por tanto el nombre Hijo de Dios debe incluir más que su divina naturaleza. La verdad es que estos nombres se usan indistintamente para denotar la persona de Emmanuel, y no para darnos un punto de vista separado o abstracto de Sus naturalezas o de sus actos peculiares, siendo éstos fácilmente reconocidos por la naturaleza misma de dichos actos. En Su persona encontramos a Dios ejecutando acciones de hombre, y a un hombre ejecutando las acciones, y ejercitando y exhibiendo las perfecciones de Dios; porque aunque poseía dos distintas naturalezas, no obstante es tal su unión en El que hacen una sola; de modo que si las abstraemos o las separamos, perdemos la persona del Hijo; ya no es El mismo" (Mc Lean's Works, vol. III, ps. 308, 309). —*Systematic Theology*, II, 52, 53.

Varios pasajes denotan la generación del Hijo —"El unigénito del Padre"; "el Hijo unigénito"; "el unigénito Hijo de Dios." En base de

estos y otros términos la distinción teológica manifiesta al efecto que el Hijo es eternamente engendrado. Como “el primogénito de toda criatura” Cristo está enteramente desligado de todo ser creado, siendo, como lo es, engendrado *antes* de todos los seres creados. Esta distinción entre Cristo y la creación es profunda, un misterio, siendo que sus realidades están fuera de la línea del conocimiento humano. Cristo es por generación y no por creación. El es el creador de todas las cosas. No se afirma que el Padre o el Espíritu sean engendrados. Este aspecto es peculiar al Hijo. No es el resultado de ningún acto divino, sino que ha sido por toda la eternidad. Las palabras del Credo Niceno son: “El unigénito Hijo de Dios, engendrado por el Padre antes de todos los mundos, Dios de Dios, Luz de Luz, verdadero Dios de verdadero Dios, engendrado no creado, siendo de una substancia con el Padre”; el de Atanasio: “El Hijo procede sólo del Padre; no es hecho, ni creado, sino engendrado . . . generado desde la eternidad de la substancia del Padre” (citado por A. A. Hodge, *Outlines of Theology*, ps. 116, 118).

Es probable que los términos *Padre* e *Hijo* como se aplican a la Primera y Segunda Personas de la Deidad, son algo de carácter antropomórficos. Esa sublime y eterna relación que existía entre estas dos personas se expresa mejor al entendimiento humano en los términos de *Padre* e *Hijo*, pero enteramente sin la implicación de que las dos Personas, por el lado divino, no sean iguales en cada particular. Sobre la doctrina de la subordinación del Hijo, el Dr. John Miley bien ha dicho: “En las economías divinas de la religión, particularmente en la obra de la redención, hay una subordinación del Hijo al Padre. Hay, ciertamente, esta misma idea de subordinación en las obras creativas y providenciales del Hijo. Sin embargo, la plenitud de esta idea es en la obra de la redención El Padre da el Hijo, manda al Hijo, entrega al Hijo, prepara un cuerpo para su encarnación, y en filial obediencia el Hijo cumple el placer del Padre, aun hasta la muerte de cruz (Jn. III, 16, 17; Ro. VIII, 32; Sal. XL, 6-8; He. X, 5-7; Fil. II, 8). El terreno de esta subordinación es puramente en su filiación, no en distinción alguna de esencial divinidad” (*Systematic Theology*, I, 239).

IV. PATERNIDAD SOBRE TODO CREYENTE

Bajo este cuarto aspecto de la Paternidad divina, está a la vista una *relación más íntima y la realidad de su residencia*. *Generación y regeneración* son parientes cercanos. La primera es el principio de la vida que es el punto de partida de la existencia física, mientras que la última es el principio de la vida que es el punto de partida de la

espiritual existencia. Con la autoridad de Dios las Escrituras testifican que los hombres en su estado natural de generación están espiritualmente muertos hasta que nazcan de nuevo, de lo alto. Este nacimiento, con su impartimiento de la naturaleza divina, es un misterio. El, como el soplo del viento, se aprecia por sus efectos, pero no se descubre al hombre cómo es que se opera. Como en sus relaciones con Dios los hombres están o ya completamente perdidos, no estando regenerados, o bien perfectamente salvos, siendo regenerados. Esta transformación discriminatoria es operada enteramente por Dios —El sólo es capaz— y, como todas las empresas divinas, de ningún modo puede ser ayudada por alguna operación o virtud humana.

La relación única que el hombre puede sostener en esta obra de Dios es la *fe*, creencia o confianza en Dios que haga lo que sólo El es capaz de hacer. Habiendo prometido estas bendiciones en respuesta a la fe, El nunca falta en hacer así como lo ha prometido. La actitud de fe misma es necesariamente una obra de Dios, siendo que los no regenerados no tienen tal capacidad de sí mismos. Aquellos que creen y son salvos, son los elegidos de Dios. Entre los muchos aspectos de la empresa divina de la salvación, la regeneración es una. Este nuevo nacimiento es operado por Dios el Espíritu Santo y resulta en legítima Paternidad por parte de Dios, y en legítima filialidad, por parte del hombre que cree. La regeneración es el propio plan de Dios por el que los perdidos pueden entrar en relación con El, quien está real e infinitamente cerca, y no hay mayor encomio del plan de que es enteramente satisfactorio a Su infinito amor. No es necesario introducir aquí los extensos aspectos soteriológicos de la regeneración. En este punto es suficiente decir si se hace claro que cada individuo que es nacido de Dios así ha llegado a ser un hijo de Dios en el más vital e inmutable significado de filialidad y ha sido recibido en la casa y familia de Dios. El regenerado puede decir, y así lo dice, *Abba, Padre* —término de relación filial. Esta filialidad, aunque introduce al creyente a una posición de heredero de Dios y coheredero con Cristo, no es en el mismo plano con la Filialidad de Cristo, quien lo es por la eternidad. Cristo nunca usó la frase *Padre nuestro*. El llamado “Padre Nuestro” no es una excepción a esto, siendo que es una oración con la que El enseñó a Sus discípulos a orar; pero El no oró ni podría hacerla Suya. El habló de “mi Padre, y vuestro Padre; mi Dios y vuestro Dios.” No obstante, las relaciones de Paternidad y filialidad entre Dios y los creyentes son maravillosas y gloriosas más allá de lo que puede expresarse.

CAPITULO XX

DIOS EL HIJO: SU PREEXISTENCIA

La unidad de Dios, tal como se ha indicado, es un elemento esencialmente fundamental de la revelación. Se presenta en las Escrituras con gran solemnidad y allí se mantiene con el más absoluto cuidado. Los preceptos directos, las promesas, las amenazas y los ejemplos de castigo por causa de la idolatría tienen el propósito de hacer sobresalir esta verdad básica. Sin embargo, conjuntamente con esta verdad tan vital, sin que se descalifique o disminuya la unidad, se nos ofrece una revelación adicional, es decir, que Dios existe en tres Personas. Aun el Antiguo Testamento proclama en forma tan clara esta pluralidad que el judío devoto no podía dejar de observarla, ni tenía ninguna razón para rechazarla hasta que se levantaron sus prejuicios contra las afirmaciones de Aquel que se presentó con las credenciales completas que lo acreditaban como el Mesías que el pueblo judío había esperado tanto tiempo. En el ejercicio de ese detrimento, el judío se apartó de cualquier verdad que hubiera sostenido con respecto a la deidad de su Mesías y del Espíritu Santo. Se volvió entonces defensor de cierta forma de monoteísmo que no era el que sostenían sus apreciadas Escrituras. Como ya se dijo, no es cuestión de agregar otras dos personas a Aquella que el judío se complace en reconocer como su Dios, ni de designar a esa Persona como una de las Tres; sino un reconocimiento de la revelación adicional de que el Dios único que todos reconocemos igualmente existe en una pluralidad triple. Con la ventaja de esta revelación, la mente iluminada llega a enterarse de la grandiosa verdad de que las tres Personas son iguales en todo aspecto y de que a cada una de Ellas se le debe el mismo honor y la misma adoración. Para esa mente espiritual, que es la que se deja guiar por las Escrituras, cada Persona de la Trinidad, por el hecho de que ejerce funciones específicas e individuales, ocupa un puesto distinto. Ya se ha hecho referencia a los rasgos característicos que le son peculiares al Hijo. De este modo introducimos el más grande de todos los temas de la teología sistemática. Por el hecho de que este tema es de importancia suma y determinante, los conflictos doctrinales de la era cristiana —que han sido muchos— se han librado en torno a él. En algunos casos, la lucha ha sido entre los que creyeron y los que no

creyeron; pero más a menudo, esta lucha se ha librado entre hombres de igual sinceridad que buscaban determinar la verdad con respecto al Dios Hombre, nuestro Señor Jesucristo. Está establecida su completa humanidad; sin embargo, de El se nos revela claramente que es igual con el Padre y con el Espíritu Santo. A El se le dan los títulos de Jehová, Redentor y Salvador y está investido de todos los atributos que le corresponden a la Deidad. El es el tema más grande de toda la profecía. Hay cosas que están escritas con respecto a El que no pueden decirse con certidumbre de ningún ángel ni de ningún hombre. Por causa de su afirmación de que El era lo que realmente es, murió acusado de blasfemia. El llevó sobre Sí los pecados del mundo en su muerte expiatoria, y, por causa de esa muerte, El perdonó pecados, y sólo en su nombre se perdonan y serán perdonados los pecados hasta el fin del mundo. El se levantó de entre los muertos con lo cual selló todas las afirmaciones sobre Su Deidad. Ahora El está sentado en el trono de Dios, y se le ha dado todo el poder tanto en el cielo como en la tierra. De El se ha declarado que es el Creador de todas las cosas, visibles e invisibles, la Fuente de la vida eterna, el Objeto de la adoración tanto de los ángeles como de los hombres. El ha de resucitar a los muertos, y como Juez, El determinará el estado futuro de todos los seres creados. Desde el punto de vista divino, El es la Manifestación de Dios para los hombres, el Dispensador de todos los elementos que en la vida humana son aceptables ante Dios. Los contrastes que se han establecido entre su humanidad y su divinidad no pueden hacer menos que producir el fuego de una furiosa y prolongada controversia —que muy a menudo se realiza por el interés de meras consideraciones metafísicas y ontológicas, sin guardar el debido respeto a la sencillez de la realidad que con respecto a El establece la Palabra de Dios. De estas disensiones, la Iglesia ha aprendido mucho, y no hay verdad que sea más empírica que aquella de que “las cosas de Cristo” sólo se revelan a las mentes espirituales y sólo por medio de la revelación.

Como verdadero punto de partida para cualquier pensamiento digno con respecto a Cristo, bien haría el teólogo en fijar en su mente el hecho esencial de que la segunda Persona es intrínsecamente igual en todo aspecto a las otras dos Personas de la Trinidad, y que El sigue siendo lo que siempre ha sido, a pesar de los falsos conceptos que han surgido por el hecho de su generación eterna, o por su condición de Hijo, o por causa de cualesquiera deducciones naturales que surjan por el hecho de Su encarnación y de su humillación. No es posible ningún enfoque de la cristología bíblica que no se base en la verdad absolutamente determinante de que la segunda Persona, encarnada,

aunque haya sido “varón de dolores, experimentado en quebranto,” es el eterno Hijo de Dios. De esa verdad tiene que proceder la Cristología. Es indispensable rechazar la distinción sociniana según la cual las palabras *Deidad* y *Divinidad* son distintas, y que Cristo no fue Deidad, sino Divinidad, en el sentido de que sólo participó de los elementos divinos. El es divino en el sentido de que es absoluta Deidad. De otro modo, el lenguaje de la Biblia resulta completamente confuso. La mente sencilla tiene que reconocer la serie de evidencias que hay con respecto a la Deidad de Cristo. De otro modo, tendría que demostrar por medio de razones válidas por qué no las reconoce. El fútil intento de los unitarios de deshacerse del gran cuerpo de verdad que afirma la Deidad de Cristo es indigno de consideración.

Nunca se ha hecho una pregunta tan vital como la siguiente: “¿Qué pensáis del Cristo?” (Mt. 22:42). Y similarmente, “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?” Superficialmente, los hombres religiosos han respondido a esta pregunta: “Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.” Otros que han estado más cerca de El han contestado: “Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Mt. 16:13-16). No queda base para el argumento del judío, ni del mahometano, ni del ateo que rechaza completamente la doctrina del Ser sobrenatural de Cristo. Los arrianos profesaban una gran adoración a Cristo, hasta reconocían su preexistencia; pero, por cuanto creían que El era una Creación de Dios, rechazaban la verdad de su eterna preexistencia. En tiempos más recientes, la controversia ha sido con los socinianos y con los sucesores de ellos, los unitarios, todos los cuales, con una clara inconsecuencia, han buscado mantener para ellos el digno nombre de *cristianos*, mientras deshonran a Aquel cuyo nombre han adoptado. Este insulto inmensurable al Señor Jesucristo sería suficiente si se confinara a aquellos que llevan el nombre de unitarios; pero estas enseñanzas heréticas están penetrando otra vez, como han penetrado en otros tiempos, en todos los que profesan ser verdaderos cristianos, bajo el oropel de la erudición que, por el hecho de estar motivada por la incredulidad y de ser tan oscura como el corazón del hombre natural, tiende a promover su acariciado modernismo. El llamado *modernismo* no puede explicarse sobre la base de una supuesta debilidad en el testimonio bíblico. Los más grandes eruditos de la era cristiana se han inclinado con completa sumisión a la autoridad de las Escrituras, y han aclamado su mensaje como perfecto y final. El unitarismo y su otro yo —el modernismo— reflejan la caída de esa fe, que es lo que caracteriza al que no es regenerado espiritualmente. Permanece la misma verdad que han sustentado los santos y que llenó de gloria a los mártires en su muerte. Rara vez ha sido mártir el unitario.

El Dr. Joseph Priestley se indignó grandemente cuando el judío David Levi le dijo que, al mirar el Nuevo Testamento, él (Levi) descubrió que allí se presenta a Jesús de Nazaret como Dios, y por esa razón no consideraba que el Dr. Priestley era cristiano, a pesar de todo cuanto éste pudiese decir en contrario. Las mismas pruebas que le demuestran al unitario (de cualquier nombre) que Dios el Padre es Deidad, se presentan para demostrar con igual intensidad y fuerza que el señor Jesucristo es también Deidad. Basando todo completamente en la Palabra de Dios, que es la única que puede darnos testimonio confiable, atenderemos de inmediato algunos aspectos del amplio campo de la Cristología.

La importancia de este tema se puede descubrir en el hecho de que, ya sea directa o indirectamente, casi todo lo que entra en la teología sistemática pudiera incorporarse en la Cristología. Puesto que en esta obra se dedica un volumen entero a la Cristología, sólo tomaremos aquellos aspectos relacionados con la doctrina de la Trinidad, en la medida en que sea necesario en preparación para los estudios de antropología, soteriología, doctrina de la Iglesia y escatología. Del mismo modo, puesto que le compete a la teología propiamente dicha el restringir el estudio de el Cristo a Su Persona, aparte de sus obras, este estudio se conformará a ese principio. La disquisición más amplia sobre Cristología (Vol. V) está sujeta a estas siete divisiones principales: (a) su preexistencia; (b) su encarnación; (c) su muerte; (d) su resurrección; (e) su ascensión y oficio actual; (f) su regreso y su reino; y (g) su autoridad eterna y sus relaciones. Esta discusión, que es más restringida, la dividiremos así: (a) su preexistencia; (b) sus nombres; (c) su Deidad; (d) su encarnación; (e) su humanidad; (f) la *kenosis*; y (g) la unión hipostática.

¡Que el Espíritu Santo, cuya obra consiste en tomar de lo de Cristo y hacérselo saber a sus hijos, ilumine la mente del que escribe y de todos los que, con paciencia, prosiguen en el estudio de estas páginas!

El primer paso para probar que el Señor Jesucristo tiene un puesto igual y legítimo en la Trinidad, se da cuando se confirma la verdad de que El existió antes de venir a este mundo en forma humana. Por necesidad, los testimonios que comprueban el estupendo tema de la preexistencia de Cristo sólo pueden obtenerse en la Biblia. No existe ninguna otra fuente de información. La demostración de que Cristo preexistió no es, sin embargo, una prueba completa de que El es el mismo Dios. Esa prueba refuta el argumento sociniano según el cual Jesucristo es sólo hombre, pues ningún hombre ha existido antes de su nacimiento; pero no refuta la hipótesis arriana de que Cristo es un Ser creado que existió como tal antes de entrar en la esfera humana.

La evidencia decisiva sobre la Deidad de Cristo aparece en otra parte de este tema general. No podemos emplear el espacio que nos corresponde aquí para la investigación de pasajes secundarios que sólo implican la preexistencia de Cristo. Hay varias expresiones en que reside esta implicación. El dijo de Sí mismo que fue enviado al mundo (Jn.17:18); del mismo modo, está escrito que El vino en carne (Jn.1:14); El participó de la carne y de la sangre (He.2:14); El se halló en la condición de hombre (Fil.2:8); El dijo: "Yo soy de arriba" (Jn.8:23); y "... yo no soy del mundo" (Jn.17:14); También habló de haber descendido del cielo (Jn.3:13). En todas estas declaraciones se nos indica que El preexistió, pues ninguna de ellas pudiera aplicarse a la existencia de los seres humanos. Pero más bien enfocaremos nuestra atención: (a) en los pasajes principales de importancia indiscutible, y (b) en la Persona del Angel de Jehová.

I. PASAJES PRINCIPALES QUE TRATAN SOBRE LA PREEXISTENCIA DE CRISTO

Juan 1:15,30. Dos veces en estos pasajes, Juan el Bautista afirma que Cristo "... era primero que yo." Allí nos indica una relación de tiempo, y aunque Juan era mayor en edad que Cristo, aquél declaró que Cristo era primero que él. La idea unitaria de que en este caso Juan estaba declarando que, por escogencia divina, Cristo era de un rango y de una dignidad más elevados que Juan, es imposible, y no la puede probar la exégesis desprejuiciada. Si Juan hubiera estado refiriéndose sólo a algo relacionado con la escogencia divina y con la dignidad, él hubiera dicho solamente: "El *era* primero que yo." El texto, pues, declara que, en punto a tiempo, Cristo le precedió a Juan.

Juan 6:33,38,41,51,58,62. En estos pasajes Cristo, repite siete veces la declaración de que El vino "del cielo." A esto se le puede agregar las palabras que Cristo le dijo a Nicodemos: "Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo" (Jn.3:13). Similarmente, El enfatizó esta verdad al pronunciarla de nuevo en Juan 3:31: "El que de arriba viene, es sobre todos; el que es de la tierra, es terrenal, y cosas terrenas habla; el que viene del cielo, es sobre todos." Los socinianos tratan de deshacerse de este cuerpo de verdad y, mediante pura invención que no tiene ni siquiera un vestigio de apoyo bíblico ni tradicional, ofrecen la hipótesis de que un tiempo después del nacimiento de Cristo, El fue llevado al cielo, para recibir la Palabra de Verdad, la cual se le encomendó a El, y, por tanto, El bajó del cielo. Los

sustentadores de esta forma de doctrina posteriores a Socinio y a sus seguidores inmediatos, creen que estos pasajes afirman que Cristo ha sido "admitido para que tenga íntimo conocimiento de las cosas celestiales." Si éste fuera el caso, Cristo no sería superior a Moisés o a cualquiera de los profetas. En *Juan 3:13* se señala que ningún hombre ha subido al cielo, y que Cristo es el Único que ha estado en el cielo. Hay una traducción de este pasaje que dice: "Ningún hombre, con excepción de Mí mismo, ha estado jamás en el cielo." Con la misma finalidad, la declaración del señor en *Juan 6:62*, no sólo prevé la ascensión literal de Cristo que se nos narra posteriormente en *Hechos 1:10*, sino que declara además, que cuando El ascendió, volvió a "subir a donde estaba primero." Sobre esta controversia pudiéramos citar con provecho a un antiguo escritor, el Dr. Eduardo Nares:

"No tenemos sino las contradicciones positivas del partido unitario, con las cuales nos quieren probar que Cristo no vino del cielo, pese a que El dijo de Sí mismo que El había venido del cielo; que, aunque Cristo declaró que El había visto al Padre, El no lo vio; que aunque El afirmó que El vino de Dios de la manera más peculiar y singular, El no vino de Dios de una manera distinta de aquella en que vinieron los profetas de antaño, de la manera en que vino su propio precursor" (*Remarks on the Imp. -Unitarian- Version*, obras citada por Watson en *Institutes* Vol. I, pg. 481).

Juan 8:58. La declaración por parte del Salvador, sobre su propia preexistencia es en verdad sumamente enfática. El dijo: "Antes que Abraham fuese, yo soy." Ya quedó demostrado, cuando estudiamos el tema general de *teísmo bíblico*, que la expresión *Yo soy* establece el significado del inefable nombre *Jehová*, y que afirma nada menos que su eterna preexistencia. Es evidente, además, que los judíos reconocieron que, mediante esta declaración, Cristo se presentó como *Jehová*. Esto se nota en su amargo resentimiento. ¿Cómo podía El, que todavía no tenía cincuenta años de edad, haber existido antes que Abraham? Para contestarles esta pregunta, Cristo les dijo que El no sólo había existido *antes* que Abraham, sino que El había existido siempre antes del tiempo en que estaba hablando. Tal es la afirmación que se halla implicada en la aplicación del eterno *Yo soy* a El mismo. Los judíos creyeron que esa era una blasfemia en grado sumo, y se sintieron obligados por la ley a lapidarlo. Procedieron de inmediato a cumplir este hecho, pero Cristo hizo una demostración de su propio poder sobrenatural que había dicho poseer, al desaparecer de en medio de ellos. No son dignas de consideración las teorías unitarias según las cuales lo que Cristo estaba afirmando en ese momento era que su existencia en ese tiempo era anterior al momento cuando Abraham llegaría a ser padre

de muchas naciones, por medio de la predicación del Evangelio a los gentiles, o que Cristo sólo preexistió en la presciencia de Dios. Fausto Socinio interpretó este pasaje de la siguiente manera: "Antes que Abraham llegara a ser Abraham, es decir, el padre de muchas naciones, Yo soy, o he llegado a ser el Mesías" (citado por Alexander en *Theology*, Vol. I, pg. 369). Esta declaración se incluyó posteriormente en la confesión de fe sociniana. John Whitaker describe mejor este importante evento, a su manera:

" 'Abraham vuestro padre — les dijo nuestro Salvador a los judíos— se gozó de que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. ' De este modo nuestro Salvador se les estaba presentando a sus compatriotas como el Mesías; ese gran Objeto de esperanza y deseo de sus padres, y particularmente de este primer padre de los fieles, Abraham. Pero sus compatriotas, puesto que no reconocieron que él podía proclamarse con carácter de Mesías, y por tanto, no admitieron que El tenía prioridad sobrenatural de existencia con respecto a Abraham, prefirieron considerar que las palabras de El tenían una significación meramente humana. ' Entonces le dijeron los judíos: Aun no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? ' Pero ¿qué contestó nuestro Salvador ante este comentario tan bajo y grosero con respecto a lo que El había dicho? ¿ Se retractó El, acomodando su lenguaje a la horrible perversidad de ellos, y abandonando así sus pretensiones que había declarado de que poseía esa dignidad? ¡No! Si hubiera actuado así, hubiera sido degradante para su dignidad, e injurioso para los intereses de ellos. El realmente repitió la misma afirmación. El realmente proclamó con mayor fuerza su prioridad de existencia. El aun sublima tanto su carácter divino como su preexistencia. Se remonta mucho más allá que Abraham. Asciende hasta más allá del orden de la creación. Y se coloca con Dios en la cabeza del universo. De este modo, El se arroga el más alto tono de dignidad, que era el que los judíos esperaban que asumiera su Mesías. Y El hizo también esto de la manera más enérgica que la sencillez de su lenguaje, tan natural para la grandeza inherente, pudo permitir. Además, El introdujo lo que dijo con mucha solemnidad formal, la cual creció con la repetición: ' De cierto, de cierto os digo — exclama El— ANTES QUE ABRAHAM FUESE, YO SOY. ' El no dice de Sí mismo lo que dice de Abraham: *Antes que Abraham fuese, yo era*. Esta declaración en realidad hubiera sido suficiente para afirmar su existencia antes de Abraham. Pero no hubiera sido suficiente para declarar lo que El quería afirmar: su pleno derecho a la majestad del Mesías. Por tanto, El abandonó todas las formas de lenguaje que pudieran acomodarse sólo a las criaturas de Dios. Sólo retiene una, que era la apropiada para la misma Divinidad: ' Antes que Abraham fuese —o en forma aún más propia: *Antes que Abraham fuese hecho— YO SOY*. ' De esta manera, El mismo se otorga existencia *increada y continua*, en contraposición directa con la existencia *contingente y creada*... El coloca sobre Sí mismo el sello de la eternidad, que es el mismo que Dios apropia para su Deidad en el Antiguo Testamento; y del cual un apóstol dice posteriormente: ' Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos. ' Los judíos ni siquiera pretendieron entender mal lo que El decía. No lo podían entender mal. Ellos oyeron que El reclamaba para Sí directa y decisivamente los más nobles derechos que le correspondían al Mesías, y los más altos honores que sólo le correspondían al Dios de ellos. Ellos consideraron que El era simplemente un pretendiente a esos honores. Por tanto, lo miraron como a un blasfemo arrogante. ' Tomaron entonces piedras para

arrojárselas'; por cuanto para ellos El era un blasfemo; y lo hubiera sido en verdad, si hubiera pretendido ser Dios, sin ser a la vez el Dios y el Mesías de ellos. Pero inmediatamente el probó ante los sentidos de ellos que sí era tanto su Dios como su Mesías, al ejercer los poderes enérgicos de su Divinidad ante ellos. Pues '... Jesús se escondió y salió del templo; y *atravesando por en medio de ellos*, se fue' " (citado por Watson, *Ob. cit.*, Vol. I, pgs. 482,483).

Juan 1:1-4,14. Esta porción bíblica tan conocida dice: "En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres... Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad)." No hay ninguna parte de la Biblia que sea más conclusiva con respecto a la preexistencia de Cristo que ésta. En la misma forma como en el pasaje que antes vimos (Jn. 8:58), allí se hace el intento de expresar el pensamiento de la existencia eterna mediante el uso del pretérito imperfecto del verbo, en el cual está implicada la idea de un eterno presente. El es. El no sólo era en el tiempo del comienzo, antes que El mismo hubiera creado todas las cosas con la Palabra de su poder (comp. v. 3). El no sólo *estaba* con Dios, sino que *era* Dios. El que ha sido siempre, nunca comenzó a ser. Con la más completa certidumbre, el Texto Sagrado continúa el relato diciendo que el Eterno "fue hecho carne, y habitó entre nosotros." Con respecto al orden de estos eventos, a la verdad que ellos nos revelan y a la majestad que este pasaje describe, el Dr. B.B. Warfield hace un comentario luminoso:

"Aquí Juan le da a la Persona que llegó a encarnarse un nombre que le es peculiar en el Nuevo Testamento: el *Logos*, el Verbo. Según los calificativos que Juan le aplica al Verbo, tal palabra no puede referirse a otra cosa que no sea el mismo Dios 'considerado en su carácter creador, operativo, revelador de Sí mismo y comunicativo', es decir, la suma total de lo que es divino" (C. F. Schmid). Mediante tres declaraciones bien definidas, él expresa desde el principio la eterna existencia de Cristo, su eterna comunicación con Dios y su eterna identidad con El: 'En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y El Verbo era Dios' (Jn. 1:1). 'En el principio,' es decir, en ese punto del tiempo en que comenzaron las cosas (Gn.1:1), 'era el Verbo.' El es antes del comienzo de todas las cosas Y El no sólo es antes que ellas, sino que Juan agrega de inmediato que El mismo es el Creador de todas las cosas: 'Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que es hecho, fue hecho' (1:3). Así que a El se le separa de la categoría de todas las criaturas. Según esta verdad, no se nos dice que El fue el primero de los seres existentes que llegó a ser —que *en el principio El ya había llegado a ser*; sino que, 'en el principio' —cuando las cosas comenzaron a ser— El ya *era*. Esto expresa la eternidad del ser del cual se habla: '... en esta relación, el tiempo imperfecto del original sugiere, hasta donde el

lenguaje humano puede sugerirlo, la noción de una existencia absoluta, supra-temporal" (Westcott). Esta eterna existencia no estaba, sin embargo en aislamiento: "Y el Verbo era con Dios." Aquí la expresión está plena de significado.

Aquí no se afirma solamente que El era coexistente con Dios, como dos Seres que están el uno junto al otro por relación de lugar, ni siquiera que los Dos tenían concepciones comunes. Lo que se nos sugiere es una relación activa entre los Dos. Por tanto, la distinta Personalidad del Verbo no se intima oscuramente. Desde la eternidad, el Verbo ha sido con Dios en igualdad de condiciones: El que en el principio ya 'era', 'era' también una perfecta comunión con Dios. Así que, aunque El era en cierto sentido como una segunda Persona al lado de Dios, sin embargo El no estaba en ningún sentido separado de Dios: 'Y el Verbo era Dios.' Permanece todavía el eterno 'era'. Aunque en cierto sentido era distinto de Dios; en otro sentido igualmente cierto, El era igual a Dios. No hay sino un Dios eterno; este Dios eterno es el Verbo. En cualquier sentido podemos distinguirlo del Dios con Quien El es; sin embargo El no es otro que el mismo Dios, pues El mismo es este Dios. El predicado nominal "Dios" ocupa una posición preponderante en esta declaración, y está colocado en la oración copulativa de tal modo que establezca un agudo contraste con el complemento de la declaración anterior: 'con Dios'; como para evitar inferencias inadecuadas en cuanto a la naturaleza del Verbo que se está describiendo, aunque tales inferencias fueran momentáneas por causa de dicha expresión. Juan quería que nosotros comprendiéramos que el Verbo que era en la eternidad, no sólo era coeterno con Dios en igualdad de condiciones, sino el mismo Ser de Dios" (*International Standard Bible Encyclopedia*, Vol. IV, págs. 2342, 2343).

Juan 17:5. En esta oración que el Salvador elevó a su Padre, El dice: "Ahora pues, Padre, glorifícame tú para contigo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese." Esta inalicable declaración según la cual El había participado personal y legítimamente de la gloria que sólo le correspondía a la Deidad, antes que el mundo fuese, es otra de las proclamaciones de la verdad de que Cristo existió antes de su encarnación, y, puesto que es parte de su oración al Padre, no está sujeta a las restricciones que son necesarias cuando uno se dirige a los hombres. Allí El le está hablando a su Padre con respecto a cosas que corresponden a su eterna relación con la Trinidad. Las brillantes explicaciones unitarias según las cuales Cristo participó de la gloria con el Padre sólo en el sentido de que El estaba previsto en los eternos consejos de Dios, son falsas. Si fueran ciertas, para que fueran consecuentes con la petición de El de que le fuera restaurada su gloria, esta oración sólo significaría que El le estaba rogando al Padre que lo devolviera a su condición prevista de no existencia, sin ninguna esperanza verdadera de lograr una gloria real.

Filipenses 2:6. "... el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse." Este pasaje decisivo, que todavía nos queda por estudiar cuando veamos las implicaciones de la

kenosis o anonadación de Cristo, lo citamos aquí en razón de que contiene una clara afirmación de que Cristo, antes de la encarnación, existió en forma de Dios. El asunto de su anonadamiento tiene que ver sólo con su forma humana, pues difícilmente se puede considerar que su forma pre-encarnada y divina entra en esta cuestión. Esto sólo lo hacen aquellos que tienen que subvertir o invalidar todas las Escrituras que se oponen a sus ideas preconcebidas que proceden de la incredulidad. Acerca del importante fundamento sobre el cual se basa este pasaje, es decir la Deidad esencial de Cristo, el Dr. B. B. Warfield escribe ampliamente. Citamos parte de ello:

“La declaración está hecha en forma histórica: relata el desenvolvimiento de la vida de Cristo sobre la tierra. Pero presenta su vida sobre la tierra como una vida con todos sus elementos ajenos de su naturaleza intrínseca, la cual El tomó con el solo propósito de cumplir un propósito no egoísta. El vivió sobre la tierra como Hombre y se sometió a la suerte común de todos los hombres. Pero El no fue un hombre por naturaleza, ni estaba sujeto en su naturaleza a los destinos de la vida humana. El era por naturaleza Dios; y naturalmente hubiera vivido como Dios, ‘igual a Dios.’ El llegó a ser hombre mediante un acto voluntario, ‘no tomándose en cuenta a Sí mismo’, y habiendo llegado a ser hombre, voluntariamente vivió la vida humana sometido a aquellas condiciones que le imponía el cumplimiento de su propósito abnegado. Los términos en que se hacen estas grandiosas afirmaciones merecen la más cuidadosa consideración. El lenguaje en que se expresa la intrínseca Deidad de nuestro Señor, por ejemplo, es probablemente tan vigoroso como pueda serlo cualquier lenguaje que se haya inventado. Pablo no dice simplemente: *El era Dios*. Prefiere decir: ‘... el cual, siendo en forma de Dios’, con lo cual está empleando un giro que hace hincapié en el hecho de que nuestro Señor poseía la cualidad específica de Dios. ‘Forma’ es un término que expresa la suma de todas las cualidades características que hacen que una cosa sea precisamente lo que es. Así que, la ‘forma’ de una espada (en este caso principalmente lo relativo a su configuración material y externa) es todo aquello que hace que determinada pieza de metal sea específicamente una espada, en vez de ser, por ejemplo, una pala. Y la ‘forma de Dios’ es la suma de todas las características que hacen que el Ser que llamamos *Dios* sea específicamente Dios, en vez de ser, por ejemplo, un ángel o un hombre. Por tanto, cuando se dice que nuestro Señor estaba ‘en forma de Dios’, se está declarando en la forma más expresiva posible, que El es todo lo que es Dios, que posee la plenitud de los atributos que hacen que Dios sea Dios. Pablo prefiere esta manera de expresarse en este caso instintivamente, por el hecho de que está presentando a nuestro Señor como ejemplo de abnegación. Su mente no está concentrada en el solo hecho de que El es Dios, sino en la riqueza y plenitud de su Ser de Dios. El era Dios, y sin embargo, no contempló sus propias cosas, sino las de los demás. También debe observarse cuidadosamente que al hacer esta gran afirmación con respecto a nuestro Señor, Pablo no fija su pensamiento distintivamente en lo pasado, como si estuviera describiendo un antiguo modo de ser nuestro Señor, pero que ya no es su modo, por el hecho de su acción mediante la cual El llegó a ser ejemplo de abnegación. Nuestro Señor, dice él, ‘siendo —es decir *habiendo existido, habiendo subsistido*— en forma de Dios.’ El pasaje se ha traducido en ocasiones en cualquiera de esas maneras... Pablo, pues, no está hablándonos aquí de lo que

nuestro Señor fue una vez, sino de lo que El ya era, o mejor, de lo que es en su naturaleza intrínseca. No está hablando de un modo pasado de existencia de nuestro Señor, antes de suceder la acción que él está presentando como ejemplo —aunque en realidad el modo de existencia que él describe era el de nuestro Señor antes de dicha acción— con el solo propósito de pintar un fondo sobre el cual se pudiera colocar la acción de que nos habla en forma prominente. Lo que él nos está diciendo es Quién es el que hizo estas cosas, y qué fue lo que hizo por nosotros, para que podamos apreciar cuán grandes cosas ha hecho El a nuestro favor” (*Ibid.*, págs. 2338,2339).

II. EL ANGEL DE JEHOVA

Es sumamente significativa la unanimidad de credo por parte de todos los eruditos devotos con respecto a que el Angel de Jehová es la pre-encarnada segunda Persona de la Trinidad. No podemos ofrecer aquí la discusión de este tema en todas sus partes. Pero seguiremos dos líneas de evidencia: (a) la que demuestra que este Angel es una Persona divina, y no sólo un ser creado correspondiente a las huestes celestiales; y (b) la que nos prueba que este Angel no es otro Ser que el Cristo de Dios, la segunda Persona de la bendita Trinidad.

1. EL ANGEL DE JEHOVA COMO PERSONA DIVINA. Ninguna persona que acepte el testimonio bíblico pone en tela de juicio el hecho de las apariciones de una Persona divina. La Biblia afirma que Cristo se presentó (se apareció) una vez en la consumación de los siglos, para quitar de en medio el pecado, por el sacrificio de Sí mismo (He. 9:26); que actualmente El se presenta (aparece) ante Dios por nosotros (He. 9:24); y que “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (He. 9:28). Pero como Angel de Jehová, El apareció muchas veces en el cumplimiento de los propósitos de Jehová y en el trato de Dios con los santos del Antiguo Testamento. A este Ser poderoso algunas veces se le da el nombre de *el Angel de Jehová*; y otras veces se dice que su aspecto es “como el aspecto de un ángel de Dios”, con lo cual se nos da a entender que El estuvo siempre en la presencia de Dios. Este Ser es en verdad muy distinto de los ángeles que fueron creados. El es un ángel sólo por oficio. Esto significa que El es Uno de la Divinidad que sirve como Mensajero o Revelador. El es siempre la Manifestación de Dios (Juan 1:18). La primera prueba que presentamos es la de que este Angel es Deidad, a pesar de sus apariciones o del servicio que cumplió.

La evidencia primaria de que este Angel es de la Divinidad está en el hecho de que, entre los varios nombres que se le dan, a ese Angel se le dan títulos que sólo corresponden a la Deidad: *Jehová* y *Elohim*. Como tal, El moró en medio de Israel, como Objeto supremo y final de la adoración de ellos. Al pueblo de Israel se le

dijo: “No tendrás dioses ajenos delante de mí.” Así que, Aquel a quien ellos adoraban cuando gozaban del favor divino era, por necesidad, Deidad. Nuestra preocupación en este punto sólo se relaciona con el nombre *Jehová*. Este título, por encima de todos los otros, es el que mejor corresponde a la Deidad, puesto que en ningún momento se le aplica a ninguna otra persona. Al hacer énfasis en esta verdad, la Biblia declara: “Buscad al que hace las Pléyades y el Orión, y vuelve las tinieblas en mañana, y hace oscurecer el día como noche; el que llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la faz de la tierra; Jehová es su nombre: “Am. 5:8). “Y conozcan que tu nombre es Jehová; tú solo Altísimo sobre toda la tierra” (Sal. 83:18). “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas” (Is. 42:8). Cuando se le da este nombre inefable a la segunda Persona de la Trinidad, el Señor Jesucristo, se completa la evidencia de que nuestro Salvador no sólo es Deidad, sino que El existió desde la eternidad como tal. Cuando éste, que es el más sublime de todos los títulos en el cielo y en la tierra, se le da a Aquel que también lleva el nombre de *Angel*, como en el cognomento *Angel de Jehová*, no significa que ese nombre se ha empleado en contra de los principios de las Escrituras, sino que ese nombre indica a una Persona de la Deidad, el cual, por causa de su servicio y de sus relaciones peculiares, aunque es increado, recibe el nombre de *Angel*. Ciertos pasajes (comp Ex. 17:15; Nm. 10:35, 36; Ez. 48:35) en los cuales el nombre de Jehová se relaciona con objetos materiales, no constituyen excepción alguna, ni debe surgir confusión por el hecho de que a este Angel se lo llame *Jehová* algunas veces, y otras veces, el *Mensajero de Jehová*. Está escrito que Jehová dijo: “. . . yo envió mi Angel” (o Mensajero); pero de ese Angel se dice claramente que es el mismo Jehová. Es evidente que se habla de la misma Persona cuando Jehová dice: “. . . yo envió mi Angel”, y cuando dice: “Yo iré.” Si surge un misterio absoluto en este punto, no es otro que el que penetra en toda la doctrina de la Trinidad y en su Esencia. Todos los pasajes bíblicos que hablan del Angel de Jehová constituyen la evidencia y deben estudiarse (Gn. 16:7; 18:1; 22:11, 12; 31:11-13; 32:24-32; 48:15, 16; Ex. 3:2, 14; Jos. 5:13, 14; Jue. 3:19-22; 2 R. 19:35; 1 Cr. 21:15, 16; Sal. 34:7; Zac. 14:1-4). Según estas Escrituras, la demostración es conclusiva en el sentido de que el Angel de Jehová es parte de la eterna Divinidad.

2. PARTE DE LA TRINIDAD. De igual manera, las Escrituras son muy claras al presentar la verdad de que el Angel de Jehová del Antiguo Testamento es el Cristo del Nuevo. Hasta cierto punto considerable, la comprensión de todo lo que se dice a este respecto depende del reconocimiento del hecho de que las palabras *mensajero*

y *siervo*, cuando se usan con respecto a Jehová, son equivalentes al nombre *Angel de Jehová*. Las apariciones de la Deidad que se registran en el Antiguo Testamento, rara vez son de la primera Persona como tal. Son más bien del Manifestador, del Mensajero, de Jehová-su Angel o del Angel de Jehová. El es el que aparece y cumple la misión. Ese Angel no es otro que Aquel por el cual todas las cosas fueron creadas, el cual se designa en el Nuevo Testamento con el nombre de *el Cristo de Dios* (Col. 1:16; He. 1:2). El apareció como Mensajero del Pacto a Abraham, Isaac, Jacob, Moisés y Agar. El fue el que sacó al pueblo de Israel de Egipto. El fue el que dio la ley en el monte Sinaí, y El será el Ejecutor y también el Sustentador del Pacto que todavía queda por cumplirle a Israel (Jer. 31:31-33). No cabe duda de que el tabernáculo, y posteriormente el Templo, debían ser los lugares en que Jehová se complacía en morar y encontrarse con su pueblo. Malaquías declara que el Mensajero del Pacto vendrá súbitamente a su Templo. El hecho de que se refiera a *su Templo* implica que el Mensajero es Jehová, quien moraba en el Templo y para el cual existía. Ese pasaje, que evidentemente se refiere a la segunda venida de Cristo, dice: “He aquí, yo envío mi mensajero, el cual preparará el camino delante de mí; y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto, a quien deseáis vosotros. He aquí viene, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Mal. 3:1). Sin embargo, El ya había venido en esa forma súbita al tabernáculo que Moisés levantó en el desierto, y de la misma manera súbita al Templo que Salomón construyó y dedicó a Jehová. Así volverá, tal como lo predice Malaquías, al Templo que estará en Jerusalén, y entonces comenzarán los juicios que por tanto tiempo se han esperado contra Israel. Pero cuando Cristo estuvo aquí en la tierra y en Jerusalén, siempre estaba en el Templo. El Templo era para El su casa de habitación. El evento decisivo que tuvo mayor significación en lo que concierne a su relación con el Templo en su primera venida, fue su entrada formal en este lugar, como *consumación de la llamada Entrada Triunfal en Jerusalén*. Todos los evangelistas informan cuidadosamente sobre este evento. Se verá que este suceso es un advenimiento conspicuo de Jehová a su Templo. Cuando Cristo se acercaba a Jerusalén, procedente de Galilea, se detuvo en el pie del monte de los Olivos, y envió a dos discípulos a una aldea para que le procuraran un pollino en el cual El pudiera montar para entrar así en la ciudad. La distancia que le quedaba por caminar era de menos de dos kilómetros. La búsqueda de este medio de transporte no tenía por objetivo el de la distinción personal de alguna clase egoísta, ni tampoco lo buscó por causa del cansancio. Estaba predicho que El entraría en la ciudad en los días de su

humillación. Ese acto estaba tan específicamente incluido en el programa del Mesías como su nacimiento virginal en Belén. Todo judío culto estaba enterado de esa profecía. He aquí la profecía: "Alégrate mucho, hijo de Sion; da voces de júbilo, hija de Jerusalén; he aquí tu rey vendrá a tí, justo y salvador, humilde, y cabalgando sobre el asno, sobre un pollino hijo de asna" (Zac. 9:9; comp. Mt. 21:1-10; Mr. 11:1-10; Lc. 19:29-40; Jn. 12:12-15). Así cumplió Cristo la expectación con respecto al Mesías, y no era otro que el Mensajero de Jehová del Antiguo Testamento. La reacción del pueblo no se puede explicar de otro modo, sino entendiendo que actuó inconscientemente. Pero, de cualquier modo, cooperó en el cumplimiento de esta predicción tan importante. Ellos decían: "¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosanna en las alturas! (Mt. 21:9). Era la Pascua, y la ciudad estaba llena de judíos de muchos países extranjeros. Hasta ese momento Cristo había evitado las demostraciones para que los judíos no se precipitaran en darle muerte a El antes que cumpliera cabalmente su ministerio. Su ministerio estaba llegando a su fin, y, mediante este acto, El afirmó su derecho de Mesías. Si las hosannas de la multitud hubieran sido acalladas, las piedras hubieran clamado. Tan grande era en realidad la demanda imperativa de que se cumplieran las profecías. Hablando con la Autoridad de Jehová, El dijo al entrar en el Templo: "Mi casa, casa de oración será llamada; mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones."

Con respecto al ministerio de Juan el Bautista, se dijo que él cumplió la profecía de Isaías: "Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová; enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios" (Is. 40:3). Así que Cristo, a Quien Juan anunció, *era y es* Jehová, y si El es Jehová, El existió desde la eternidad. De igual modo, el Angel que le apareció a Abraham, a Jacob, a Moisés en la zarza, y como una Voz que hizo temblar la tierra, claramente se identifica con Cristo en el Nuevo Testamento. El es el Angel de Jehová. Sobre esta conclusión, que es la que afirman las Escrituras, la que sostuvieron los primeros Padres de la Iglesia y la que apoyan todos los intérpretes que desean glorificar a Cristo, Richard Watson escribe:

"Hemos establecido, pues, que el Angel de Jehová y Jesucristo nuestro Señor son la misma Persona, y este es el primer gran argumento para establecer su Divinidad . . . Hemos investigado sobre las manifestaciones de la misma Persona desde Adán hasta Abraham; desde Abraham hasta Moisés; desde Moisés hasta los profetas; desde los profetas hasta Jesús. En cada una de estas manifestaciones, El apareció en forma de Dios, y nunca pensó que era un acto de latrocino el ser igual a Dios. 'Se vistió con los mantos propios del estado de Dios; usó la corona

de Dios; y empuño el cetro de Dios'; siempre ha recibido el homenaje y el honor que se le debe a la Divinidad. No hay nombre que se le de al Angel de Jehová que no se le de a Jehová Jesús; no hay ninguna característica que se le atribuya al Uno que no se le atribuya al Otro; la adoración que le rindieron al Uno los patriarcas y profetas, se la rindieron al Otro los evangelistas y apóstoles; y las Escrituras declaran que el Angel de Jehová y Jesús son la misma augusta Persona, la Imagen del Invisible, a Quien nadie puede ver y quedar vivo; *el Angel Redentor, el Redentor del género humano, y el Dios Redentor*" (*Theological Institutes*, Vol I, pg. 504).

En vista del testimonio tan amplio que se encuentra en las Escrituras del Antiguo Testamento, nadie puede dudar razonablemente con respecto a que Jehová ha de venir a establecer un reino de justicia en toda la tierra. Así está escrito en el *Salmo 96:1-13*, y repetido esencialmente en el *Salmo 98:7-9*, cuyo énfasis debe notarse: "Brame el mar y su plenitud, el mundo y los que en él habitan; los ríos batan las manos, los montes todos hagan regocijo delante de Jehová, porque vino a juzgar la tierra. Juzgará al mundo con justicia, y a los pueblos con rectitud." Esta es una descripción de la segunda venida del Mesías, y la respuesta del corazón iluminado se encuentra en las últimas palabras de la Biblia: "Amén; sí, ven, Señor Jesús."

CAPITULO XXI

DIOS EL HIJO: SUS NOMBRES

El carácter mesiánico del *Salmo 45* es indiscutible. Su último versículo es, a la vez, una promesa y una profecía: "Haré perpetua la memoria de tu nombre en todas las generaciones, por lo cual te alabarán los pueblos eternamente y para siempre." Según todo lo que se nos revela en el nombre del Mesías, El ha de ser alabado en todas las generaciones. Amplia es, en verdad, la suma total de todos sus nombres, sus títulos y otras designaciones descriptivas que se le aplican. Por el hecho de su encarnación, su obra de Redención y sus múltiples relaciones, el número de los nombres que se le dan supera el número de los que se le atribuyen al Padre y al Espíritu y a todos los ángeles, hasta donde dichos nombres se nos revelan. Como es cierto en el caso de cada Persona de la Divinidad, los nombres de la segunda Persona constituyen una revelación distinta. Es probable que casi todas las verdades esenciales que residen en la segunda Persona se expresen por medio de algún nombre específico. Por ejemplo, *Emanuel* es el nombre que expresa las relaciones de su encarnación; *Jesús* expresa las relaciones de su salvación; *el Hijo del Hombre*, las de su humanidad; *el Hijo de Dios*, las de su Deidad; *Señor*, las de su autoridad; *el Hijo de David*, las de su derecho al trono; *Fiel y Verdadero*, las de sus manifestaciones; *Jesucristo el Justo*, las de la equidad con la cual El hace frente a la condenación que merece el pecado de los que son cristianos. Hemos de considerar algunos de los principales títulos en forma específica.

I. JEHOVA, SEÑOR

En la discusión anterior establecimos algunas verdades relativas al carácter de Jehová que tiene la segunda Persona de la Trinidad. Sin quitarle vigor a lo dicho, se pueden presentar más evidencias sobre este particular, para que la gloria sea de Aquel a Quien le corresponde. A El se le llama apropiadamente *Jehová*. Esto se debe al hecho de que El es *Jehová*; debe recordarse, sin embargo, que este nombre sólo es aplicable a la Deidad. Es el nombre inefable que representa la exaltación eterna que no puede comunicarse a ninguna otra criatura. Está escrito en el *Salmo 83:18*: "Y conozcan que tu

nombre es Jehová; tú solo Altísimo sobre toda la tierra.” Similarmente, leemos en *Isaías 42:8*: “Yo Jehová; este es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas.” No se puede presentar una prueba más grande de la Deidad de Cristo que el hecho de que a El se lo llama legítimamente *Jehová*. Sólo necesitamos concentrar un poco nuestra atención para descubrir que a Cristo se le da constantemente el nombre de *Jehová*. En *Zacarías 12:10*, Jehová predice con respecto a Sí mismo: “Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito.” Esto no se podía decir de ningún otro de la Divinidad, sino de Cristo, pues no se pudiera decir del Padre ni del Espíritu Santo que lo “traspasaron”, ni que “llorarán” por El. No obstante, el que está hablando es Jehová. ¿Qué otra aplicación se le pudiera dar a *Apocalipsis 1:7*, donde leemos: “He aquí que viene con las nubes, y todo ojo lo verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él?” Con el mismo propósito, la profecía que se nos presenta en *Jeremías 23:5, 6*, declara que el Renuevo Justo, hijo de David, que es un Rey, será llamado “*Jehová, justicia nuestra*.” Sólo Cristo, y nadie más, es el que ha sido hecho por nosotros justificación (*justicia*) (1 Co. 1:30). Y sólo en Cristo fuimos “hechos justicia de Dios” (2 Co. 5:21; Ro. 3:22). Del mismo modo, el Jehová que subió a lo alto, y llevó cautiva la cautividad, según el *Salmo 68:18*, no es otro que el mismo Cristo, según *Efesios 4:8-10*. Y en el *Salmo 102*, donde aparece muchas veces el nombre *Jehová*, en el versículo 12 con significación especial, hay otra prueba en el mismo sentido, pues en *Hebreos 1:10* y siguientes se nos declara que en ese salmo se habla del Señor Jesucristo.

El siguiente es el testimonio de Isaías: “Entonces dije: ¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos.” San Juan, en el Nuevo Testamento, interpreta que este pasaje de *Isaías* se refiere a Cristo. El dice: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Cristo — Jn. 12:41). Podemos agregar que así como el Jehová del Antiguo Testamento declara que El es el Primero y el Ultimo (Is. 41:4; 44:6; 48:12), asimismo en el Nuevo Testamento se declara que Cristo es el Primero y el Ultimo (Ap. 1:8, 18; 22:13, 16). Las huestes del cielo no se preocupan para retirarle a Cristo el honor que le deben a Jehová. Está escrito con respecto al cántico de ellas: “Y cantan el cántico de Moisés siervo de Dios, y el cántico del Cordero, diciendo: Grandes y maravillosas son tus obras, Señor Dios

Todopoderoso justos y verdaderos son tus caminos, Rey de los santos. ¿Quién no te temerá, oh Señor, y glorificará tu nombre? pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (Ap. 15:3, 4). Como ya lo observamos, Cristo es el Jehová del Templo (comp. Mt. 12:6; Mal. 3:1; Mt. 21:22, 23), y El es el Jehová del día de reposo (Mt. 12:8).

Otra prueba amplia y clara sobre el hecho de que Cristo es Jehová se puede ver en el título *Señor* que el Nuevo Testamento atribuye a Cristo más de mil veces. *Jehová* es un término hebreo que no se emplea en el Nuevo Testamento. Pero es equivalente del término *κύριος* (*Señor*), que también se les aplica al Padre y al Espíritu Santo. De modo que se justifica el procedimiento de tratar el significado del nombre *Señor* en el Nuevo Testamento, como una continuación del significado específico del nombre Jehová, del Antiguo Testamento. Ese sería el significado natural de muchas declaraciones sublimes según las cuales Cristo es: “Señor de todos” (Hch. 10:36; Ro. 10:12); “Señor de gloria” (1 Co. 2:8); “Rey de reyes y Señor de señores” (Ap. 17:14; 19:16).

II. ELOHIM, DIOS

Son muchas las Escrituras en las cuales se le asigna este título a la segunda Persona de la Trinidad. Hay dos pasajes notables en *Isaías* en los cuales se predice la segunda venida de Cristo; en ellos se le da el título de *Elohim*. Cuando el profeta *Isaías* predice el ministerio del precursor de Cristo, y su mensaje, escribe: “Voz que clama en el desierto: Preparad camino a Jehová (el Señor); enderezad calzada en la soledad a nuestro Dios” (Is. 40:3). En el cumplimiento de esta predicción, Lucas declara que se refiere a Cristo: “. . . como está escrito en el libro de las palabras del profeta *Isaías*, que dice: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas” (3:4). Es evidente que el adjetivo posesivo “nuestro” que se emplea en el pasaje profético de *Isaías* incluye a los santos de todos los tiempos, y afirma la verdad de que el que lleva este nombre es Creador, Benefactor y Juez; y que a El se le debe eterna adoración. No hay hombre que pudiera llenar los requisitos que corresponden a este nombre tan exaltado. Del mismo modo, en otro pasaje de *Isaías* que nadie puede interpretar mal, en medio de otros nombres igualmente significativos, el profeta declara que Cristo es *el poderoso El*. He aquí el pasaje: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombre; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo

dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto" (Is. 9:6, 7). Los demás títulos que se encuentran en este pasaje son tan supremos como el título *Dios fuerte*. El es Admirable, Consejero, Padre eterno, y un Rey que establecerá un reino de perfecta paz. Este poderoso Dios nació como cualquier niño. El Anciano de días llegó a ser un infante en los brazos de una madre humana; el Padre eterno llegó a ser un Hijo para el mundo. Cada uno de estos nombres respira el carácter de la Deidad, y todos en conjunto, sin discusión, corresponden a la segunda Persona de la Trinidad.

El Nuevo Testamento da un testimonio aún mayor. Se predijo con respecto a Juan el Bautista que él volvería el corazón de muchos "al Señor Dios de ellos." El Apóstol Juan certifica que "el Verbo era Dios." Mateo nos dice que Emanuel es "Dios con nosotros"; no como mera presencia espiritual, sino en completa identificación eterna con la familia humana. El apóstol Pablo exhorta a los ancianos de Efeso: "Por tanto, mirad por vosotros, y por todo el rebaño en que el Espíritu Santo os ha puesto por obispos, para apacentar la iglesia del Señor, la cual él —Dios— ganó por su propia sangre" (Hch. 20:28). El escritor de la *Espístola a los Hebreos* dice con respecto a Cristo: "Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo." Tomás, a pesar de su incredulidad, exclama: "¡Señor mío, y Dios mío!" Y el apóstol Pablo, en otra epístola, predice el regreso de Cristo como "manifestación gloriosa de nuestro gran Dios, y Salvador Jesucristo" (Tit.2:13). Se puede aceptar como cierto que en la combinación de títulos tales como *Dios Padre, Cristo y Dios, Dios y nuestro Salvador, nuestro gran Dios y Salvador*, sólo se alude a una Persona: a Cristo. A Cristo se lo llama específicamente *Dios* (comp. Ro. 15:6; Ef. 1:3; 5:5, 20; 2 P. 1:1). En 1 Juan 5:20, 21, a Cristo se lo llama: "el verdadero Dios, y la vida eterna." Así que El "es Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos. Amén" (Ro. 9:5).

III. HIJO DE DIOS, HIJO DEL HOMBRE

Se nos presenta un estudio interesante y fructífero relacionado con estos títulos. Cristo mismo no se dio a menudo el nombre de Hijo de Dios; pero aceptó esa designación cuando cualquier persona se la daba. El hecho de que El afirmó ser el *Hijo de Dios* fue lo que causó que lo acusaran de blasfemia y lo sometieran a juicio (Lc. 22:67-71). En este sentido, a El se le hicieron dos preguntas directas: "¿Eres tú el Cristo?" y "¿Luego eres tú el Hijo de Dios?" Pudo ser

posible que en la estimación de los judíos, el hecho de que El afirmara que era el Mesías no era una maldad tan grande como el hecho de que dijera que El era Hijo de Dios. A El se lo condenó por blasfemia, por causa de su incalificable afirmación de que El era Hijo de Dios. Juan agrega: "Por esto los judíos aun más procuraban matarle, porque no sólo quebrantaba el día de reposo, sino que también decía que Dios era su propio Padre, haciéndose igual a Dios" (Jn. 5:18). Y también dice: "Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios" (Jn. 10:33). Es también evidente que Cristo dijo repetidamente que Dios era su Padre, y aunque El les recordó a sus seguidores que Dios es Padre de ellos, su propia condición de Hijo es una realidad que no se puede confundir con la de los demás. Esto es cierto con respecto a toda clase de condición de hijo que reconozca la Biblia, y especialmente en el caso de la condición de hijos que tienen los creyentes cristianos con Dios por medio de la regeneración. Jesús enseñó a sus discípulos a orar: "Padre nuestro que estás en los cielos"; pero El mismo no hizo esa oración, ni podía hacerla, con ellos (comp. Mt. 11:27). El *Evangelio según San Juan* es el que hace más hincapié en el nombre *el Hijo de Dios*, y con mucha propiedad, pues es el Evangelio que trata sobre su Divinidad. En ese Evangelio, *el Hijo*, que evidentemente es una forma abreviada de la expresión *el Hijo de Dios*, ejerce juicio (5:22); tiene vida en Sí mismo y a los que quiere da vida (5:26, 21). El da vida eterna (10:10); es la voluntad del Padre que todos los hombres honren al Hijo, como honran al Padre (5:19); y sólo lo que El oye del Padre es lo que habla (14:10). El Hijo confiesa que, por el lado divino, El tiene un Padre, y por el lado humano, El tiene un Dios (20:17). Una porción bíblica conclusiva e impresionante en relación con esto es la de *Mateo 28:18-20*, donde leemos: "Y Jesús se acercó y les habló diciendo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo. Amén." Aquí se ve que la autoridad no sólo se le da al Hijo, sino que El se nombra en la Trinidad en igualdad de condiciones con las otras Personas de la Divinidad. El apóstol Pablo comenzó su ministerio con un mensaje que no tenía nada de incertidumbre con respecto al Hijo de Dios. Así dice la Biblia: "En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios." Y él continúa este énfasis con respecto a la Deidad del Hijo en la *Epístola a los Romanos*: "Pablo, siervo de Jesucristo, llamado a ser apóstol,

apartado para el evangelio de Dios, que él había prometido antes por sus profetas en las Santas Escrituras, acerca de su Hijo nuestro Señor Jesucristo, que era del linaje de David según la carne, que fue declarado Hijo de Dios con poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos" (1:1-4).

Con respecto al título *Hijo del Hombre*, se debe reconocer con toda su significación el hecho de que el mismo Cristo se refirió a Sí mismo casi universalmente con este título. Ese nombre se lo aplica El mismo treinta veces en *Mateo*, quince veces en *Marcos*, veinticinco veces en *Lucas* y doce veces en *Juan*. En *Hechos* también se le aplica este nombre a Cristo una vez (7:56); y en *Apocalipsis* se le aplica dos veces (1:13; 14:14). Este mismo cognomento aparece en ciertas partes del Antiguo Testamento, especialmente en *Salmos*, *Ezequiel* y *Daniel*. Durante los últimos años se ha discutido mucho el problema sobre por qué Cristo prefirió este título en vez del nombre más sublime, *Hijo de Dios*. La impresión que generalmente se tenía antes era que la expresión *Hijo de Dios* destacaba la Deidad del Salvador, mientras que el término *Hijo del Hombre* destacaba su humanidad. Es muy probable que en la mayoría de los casos se logre esta diferencia. Sin embargo, esa no es una regla. El título *Hijo del Hombre* se refiere a una amplia realidad. En *Marcos* 2:28 se declara que "... el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo"; mientras que en *Mateo* 8:20 aparece Cristo con el mismo nombre, pero en condición humilde: "Las zorras tienen guaridas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del Hombre no tiene donde recostar su cabeza." Algunos han querido explicar el continuo uso que Cristo hizo de este nombre según el significado que tiene en el Antiguo Testamento. Difícilmente pudiera establecerse esa relación, aunque hay una clara predicción con respecto al Mesías, en la cual se emplea ese nombre (Dn. 7:13, 14). El hecho de que Cristo prefirió este título no parece restringirse a los aspectos mesiánicos de su ministerio. La gente preguntaba: "¿Quién es este Hijo del Hombre?" (Jn. 12:34). Y Cristo preguntó también: "¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del Hombre?" (Mt. 16:13). Las varias respuestas en este último caso, como la pregunta que hacía el pueblo, difícilmente podrían indicar que este título específico se relacionaba generalmente con la esperanza mesiánica. Se diría más bien que, desde el punto de vista de Cristo, teniendo el trasfondo de su Deidad desde la eternidad en mente, éste era el rasgo natural de su Persona mientras estuvo en la tierra, por ser el rasgo nuevo: su humanidad. Mediante este nombre, El se acercó a aquellos a los cuales habló y para los cuales cumplió su ministerio. Sin duda alguna El estableció alguna clase de contacto por causa de la relación que su título de

humanidad sugería, el cual no hubiera conseguido con el solo título divino. El uso del título *Hijo del Hombre* por parte de nuestro Salvador no le impedía presentarse en su forma exaltada cuando la ocasión lo demandara. En *Marcos 10:45* se nos hace una importante revelación con respecto al Hijo del Hombre: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.”

IV. SEÑOR JESUCRISTO

La verdad esencial con respecto a la Persona del Redentor se nos revela en éste que es su título completo y oficial. El nombre *Señor* no es otro que el de Jehová, y se refiere a su Deidad. El nombre *Jesús* corresponde a su humanidad y se relaciona con el camino de salvación por medio de su sacrificio salvador. “Me preparaste cuerpo.” El título *Cristo*, aunque se emplea como identificación general de la segunda Persona, en su implicación técnica significa todo lo que estaba predicho en el Antiguo Testamento: Profeta, Sacerdote y Rey. Puesto que los oficios a los cuales se refieren estos títulos ocupan tan amplio espacio en la cristología, y puesto que han de ser considerados ampliamente en otras divisiones de esta Teología Sistemática, no es necesario que prosigamos este estudio aquí.

La primera declaración del primer escrito que se ha conservado del apóstol Pablo contiene una designación de Deidad, que parece ser la más común de todas las que él usó: “. . . de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo” (1 Ts. 1:1; comp. 2 Ts. 1:1; Gá. 1:1; 1 Co. 1:3; 2 Co. 1:2; Ro. 1:7; Ef. 1:2; 6:23; Col. 1:2; Flm. 1:3; Fil. 1:2; 1 Ti. 1:2; Tit. 1:2; 2 Ti. 1:2). Por medio de esta expresión se puede ver que él exaltó el carácter de este nombre y de Aquel que lo lleva. La designación *Señor Jesucristo* es tan sublime como el término *Dios*, con el cual está en pareja insoluble.

CAPITULO XXII

DIOS EL HIJO: SU DEIDAD

Puesto que no hay problema entre los cristianos profesantes con respecto a la Deidad del Padre y del Espíritu Santo, sería razonable suponer que tampoco lo hubiera con respecto a la Deidad del Hijo, si El no se hubiera encarnado en forma humana. La Deidad del Hijo se afirma en la Biblia en forma tan cabal y tan clara, en todos sus aspectos, como se afirma la del Padre y la del Espíritu Santo. Por otra parte, la humanidad del Salvador está igualmente establecida en forma dogmática. Para aquellos que mantienen en su pensamiento las dos naturalezas de Cristo separadas, tanto con respecto a su sustancia como con respecto a su manifestación, hay menos perplejidad en lo que concierne a la Deidad de Cristo. La dificultad surge para aquellos que, creyendo que tienen que combinar las dos naturalezas, intentan sacar un punto medio en el cual la Deidad se inclina y la humanidad se exalta hasta llegar a ser equivalentes. Para tales personas, el error resultante es biforme: sumergen la Deidad del Señor en el mar de las dudas y privan a la humanidad del Señor de todo aquello que es natural. En esas condiciones, las Escrituras, que presentan tan claramente cada una de estas dos naturalezas tiene que ser discutidas o calificadas más de lo que efectivamente significan. La unión hipostática de las dos naturalezas de Cristo hemos de considerarla en otra parte de este tema general. Debe observarse, sin embargo, que el verdadero método científico sería el de establecer primero el hecho de las dos naturalezas de Cristo, antes de entrar en el misterio que ese hecho implica. La verdad de las dos naturalezas de Cristo está perfectamente demostrada; el misterio reside en su coexistencia en una persona. El Dr. A. B. Winchester escribe lo siguiente sobre el método científico:

“La zarza que ardía y no se consumía era un misterio. Moisés hubiera podido darle la espalda y dedicarse a considerar algo ‘práctico’, como dicen los hombres de negocios. Pero, si él hubiera hecho eso, ¿qué visión, qué experiencia, qué ocupación para la vida entera, qué carácter y qué gloria hubiera perdido! Todo progreso en el conocimiento de cualquier clase sólo se hace posible mediante el reconocimiento tanto de los hechos como del misterio, y cada misterio tiene su hecho. El procedimiento científico consiste en que lo conocido se haga piedra pasadera hacia lo desconocido; en avanzar de lo simple a lo complejo; del hecho al misterio. Invertir el orden, ignorar el hecho y comenzar

con el misterio es algo anticientífico y una barrera efectiva para cualquier avance posible en el conocimiento. Hay que recordar que esta es la ley inexorable en el progreso del conocimiento de cualquier clase, secular o religioso. '... grande es el misterio de la piedad: *Dios fue manifestado en carne*' ... (1 Ti. 3:16). Al estudiar este *gran misterio*, tenemos que seguir el mismo orden; es decir, primero el hecho y luego el misterio. Esto es precisamente lo que no han hecho los teólogos racionalistas y escépticos. Moisés fue un individuo científico. Su atención fue sorprendida por el hecho de la zarza y por el hecho de la llama. Decidió investigar reverente y cuidadosamente los hechos, y esperar con paciencia hasta que se le revelara el misterio. Estimadísimos lectores, no perdáis esta lección importante. Esa pequeña zarza que ardía y no se consumía es un símbolo que irradiaba con la gloria del Angel del Pacto, nuestro precioso y glorioso Salvador Jesucristo. Esa zarza lo representa en la constitución misteriosa de su Persona compleja, y en la gran obra redentora, que necesitó para su cumplimiento la unión —no la mezcla— de las naturalezas divina y humana en una Persona gloriosa y misteriosa. La llama que no se consumía en la zarza es un símbolo de la presencia de Jehová Jesús, que predice, tal como lo anuncian otros símbolos, la futura aparición del gran Dios y Salvador Jesucristo en 'carne' " (*God Hath Spoken*, págs. 179, 180).

La segunda Persona de la Trinidad ha sido siempre la Manifestación de la Deidad, y nunca fue tan evidente tal Manifestación como en la encarnación. Es tan vital esta verdad que El pudo decir: "El que me ha visto a mí, ha visto al Padre" (Jn. 14:9). También dijo: "Todas las cosas me fueron entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre, ni al Padre conoce alguno, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo lo quiera revelar" (Mt. 11:27). La manifestación de la Divinidad no depende sólo de la humanidad del Hijo, la cual logró por medio de la encarnación, pues El fue el perfecto Revelador de Dios desde la eternidad. Por esta causa, El sólo sirvió como Angel de Jehová. Hay abundantes razones que nos llevan a creer que la humanidad finita por sí misma nunca hubiera podido servir como medio a través del cual hubiera podido expresarse lo infinito. De las palabras de Cristo que se encuentran en Juan 5:23 y 1 Juan 2:22, 23 se deduce que el que no ve a Dios en Cristo, no ve a Dios de ninguna manera. También se deduce que el primer paso que debemos dar al acercarnos a la comprensión de la Persona de Cristo es el de un reconocimiento desprejuiciado de su Deidad. Hay ciertas líneas de evidencias que establecen esta realidad:

I. A CRISTO LE CORRESPONDEN LOS ATRIBUTOS DIVINOS

No hay ningún atributo de la Deidad que no se le aplique a Cristo en la misma forma plena de infinidad. De estos atributos podemos notar los siguientes:

1. ETERNIDAD. Este atributo sólo puede aplicársele a Dios. Es posible que los ángeles hayan vivido tanto tiempo como para observar incontables edades que han llegado y han pasado, pero la multiplicación de edades no constituye la eternidad. La de afirmar para algún ser el atributo de eternidad es una aserción específica y peculiar. En *Isaías 9:6* se le da a Cristo el nombre de “Padre eterno”, o sea *Padre de la eternidad*. Miqueas declara que este mismo Jesús que, por el lado humano, había de nacer en Belén; por el lado divino “sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Mi. 5:2). Así también Juan anuncia que este *Logos* de Dios *era* en el principio, y que no era otro que el mismo Dios eterno (Jn. 1:1, 2). Jesús dice de Sí mismo: “Antes que Abraham fuese, yo soy” (Jn. 8:58). Mediante esta declaración, Cristo proclamó su Deidad, y sus enemigos así lo entendieron, pues tomaron piedras para lapidarlo por causa de la blasfemia. El es *Vida eterna* y es el Administrador de ella. Cualquier criatura puede, por el principio de generación, engendrar según su especie; pero sólo un Ser eterno puede engendrar vida eterna. El nuevo nacimiento “de arriba viene.”

2. INMUTABILIDAD. De ninguna cosa creada puede decirse que es inmutable. Jehová puede decir de Sí mismo: “Porque yo Jehová no cambio” (Mal. 3:6). En el *Salmo 102:25-27* hay un mensaje con respecto a Jehová que se cita en *Hebreos 1:10-12*, donde se aplica a Cristo de la siguiente manera:

“Tu, oh Señor, en el principio fundaste la tierra,
Y los cielos son obra de tus manos.
Ellos perecerán, mas tú permaneces;
Y todos ellos se envejecerán como una vestidura,
Y como un vestido los envolverás, y serán mudados;
Pero tú eres el mismo,
Y tus años no acabarán.”

El Señor Jesucristo es el mismo “ayer, y hoy, y por los siglos” (He. 13:8).

3. OMNIPOTENCIA. Ya se indicó antes que el título *Dios fuerte* se emplea para referirse a Cristo (Ap. 1:8). Está escrito que El reinará hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies (1 Co. 15:25), y que “puede también sujetar a sí mismo todas las cosas” (Fil. 3:21).

4. OMNISCENCIA. Se sostiene definidamente en las Escrituras que Cristo sabía todas las cosas eternamente. Juan declara que El sabía desde el principio quiénes eran los que no habrían de creer, y quién lo traicionaría (Jn. 6:64); y que “él sabía lo que había en el hombre” (Jn. 2:25). Pedro le dijo: “Señor, tú lo sabes todo” (Jn. 21:17). El Señor dijo de Sí mismo: “... el Padre me conoce, y yo conozco al

Padre" (Jn. 10:15). Sobre *Marcos 13:32*, donde se nos dice que Cristo declaró que El no sabía el día ni la hora de su regreso, se puede observar que ese pasaje no es distinto de *1 Corintios 2:2*, donde el apóstol escribe: "Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado." El pensamiento es el de *no hacer conocer o no causar que otro conozca*. Entonces el significado de esas palabras de Cristo es que, en cuanto a tiempo, la verdad que El menciona no se les ha encomendado ni al Hijo ni a los ángeles para que la publiquen.

5. OMNIPRESENCIA. No hay ningún atributo que sea más distintivo en los reinos que le son peculiares a la Deidad que el de la omnipresencia, y no hay ninguno que sea más extraño a cualquier criatura que éste. No obstante, de Cristo se dice que El es "la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo" (Ef. 1:23). Cristo prometió que El, que tiene por residencia el cielo, vendría a hacer su morada en los creyentes cristianos (Jn. 14:23), con el Padre, así como Jehová anduvo con Israel (Lv. 26:12). También prometió que, donde dos o tres estuvieren congregados en su nombre, allí estaría El en medio de ellos (Mt. 18:20). Asimismo, El les ha prometido a sus mensajeros en todas las tierras y en todas las edades: "... he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mt. 28:20).

6. OTROS ATRIBUTOS PRINCIPALES. A los atributos divinos que hemos dicho que le corresponden a nuestro Salvador podemos agregar otros, especialmente los atributos de la *vida* (Jn. 1:4; 5:26; 10:10; 14:6; He. 7:16); la *verdad* (Jn. 14:6; Ap. 3:7); la *santidad* (Lc. 1:35; Jn. 6:69; He. 7:26); y el *amor* (Jn. 13:1, 34; 1 Jn. 3:16).

Se razona, pues, efectivamente, que si los atributos representan los elementos del ser, y los atributos divinos son los rasgos que distinguen a la Deidad, y todos los atributos divinos se le atribuyen a Cristo, El es Deidad en el sentido más absoluto de la palabra.

II. LAS PRERROGATIVAS DE LA DEIDAD SE LE ATRIBUYEN A CRISTO

Del Salvador se dice que El es el Creador y Preservador de todas las cosas, y que El tiene autoridad sobre la creación. El perdona pecados, levanta muertos, y ha de juzgar al mundo. A El se le rinde verdadera adoración, y El la acepta. Los escritores inspirados lo honran como Deidad, y aquellos que lo conocen mejor lo aman más y le sirven de la mejor manera. Algunas de estas patentes verdades podemos considerarlas en forma amplia:

1. EL ES EL CREADOR DE TODAS LAS COSAS. Sólo introduciremos aquí tres de los principales pasajes bíblicos sobre este particular, y en apoyo de esta declaración. En lo que parece ser una consideración sobre el relato mosaico de la creación, Juan declara, *positivamente*, que “Todas las cosas por él fueron hechas” (por el *Logos*); y, *negativamente*, “. . . sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho”; y *universalmente*, “. . . el mundo por el fue hecho” (Jn.1:3,10). No se pudiera estructurar una afirmación más concluyente y dogmática. El mismo mundo material en el cual El vivió y se movió fue obra de sus manos. Con la misma significación positiva y universal, el apóstol Pablo, por medio del Espíritu, declara: “Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él” (Col.1:16). Y agregando la verdad de que todos los elementos de su universo se sostienen en coherencia por medio de El, el escritor de *Hebreos* dice: “Y: Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra, y los cielos son obra de tus manos” (1:10). Por tanto, si crear todas las cosas como Originador de ellas, y ser el Objeto de ellas como Propietario, es señal de Deidad, el Señor Jesucristo es Dios en el sentido absoluto de la palabra.

2. EL ES EL PRESERVADOR DE TODAS LAS COSAS. El Señor de la gloria, el Salvador del mundo, sostiene todas las cosas con la palabra de su poder (He.1:3), y como lo notamos, El es Aquel por el cual todas las cosas subsisten (Col.1:17). Tan vasto como es el universo, es un todo orgánico que se mantiene en coherencia mediante el poder de una Persona omnipotente: el Cristo de Dios.

3. EL PERDONA PECADOS. El derecho y la autoridad de perdonar pecados, puesto que el pecado es perverso por el hecho de que constituye ofensa contra Dios, sólo puede ejercerlo el mismo Dios. Así que, cuando Cristo actuó directamente en el perdón de pecados, lo cual sucedió en varios casos, mediante ese hecho estaba afirmando que El es Dios. En una ocasión El realizó un notable milagro con el propósito de convencer a los escribas de que “. . . el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados” (Lc.5:24). Del mismo modo se nos revela que Cristo perdona los pecados de los que creen en El. El apóstol Pablo escribe: “De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros” (Col.3:13).

4. CRISTO RESUCITARA A LOS MUERTOS. El hizo eso cuando estuvo aquí en la tierra. Al identificar aquello que le es peculiar a la Deidad, el apóstol Pablo escribe: “. . . para que no confiásemos en nosotros mismos, sino en Dios que resucita a los muertos” (2

Co.1:9). Con el mismo objetivo, Cristo dijo: “Porque como el Padre levanta a los muertos, y les da vida, así también el Hijo a los que quiere da vida” (Jn.5:21). En Juan 5:28,29 se nos presenta una clara predicción: “No os maravilléis de esto; porque vendrá hora cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz; y los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de condenación.” Tan cierto en realidad es el hecho de que Cristo tiene el poder de levantar los muertos, que El dijo de Sí mismo: “Yo soy la resurrección y la vida” (Jn.11:25).

5. CRISTO REPARTIRA LAS RECOMPENSAS A LOS SANTOS. Aunque los santos están libres de toda clase de juicio que pudiera corresponderles por causa del pecado, por cuanto Cristo llevó sobre Sí los pecados de ellos, los redimidos de esta edad, sin embargo, tendrán que aparecer todos ante el Tribunal de Cristo, y allí recibirán la aprobación o la desaprobación de El con respecto al servicio que le prestaron en el mundo (2 Co.5:10).

6. EL JUICIO CONTRA ESTE MUNDO SE LE HA ENCOMENDADO A CRISTO. El mismo Señor dijo: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo” (Jn.5:22). Teniendo esta verdad en mente, debemos notar que los muertos, pequeños y grandes, tendrán que aparecer ante el trono de Dios para ser juzgados por El (Ap.20:12). Esto quiere decir que a Cristo se le identifica con Dios y se le declara Dios.

7. LA ADORACION QUE SOLO LE CORRESPONDE A DIOS SE LE RINDA CON ENTERA LIBERTAD A CRISTO. A Dios se le adora primariamente por el hecho de que El es el Creador. El salmista dice: “Venid, adoremos y postrémonos; arrodillémonos delante de Jehová nuestro hacedor” (Sal. 95:6). Igualmente, Cristo declaró: “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mt.6:10). Ningún hombre, ni siquiera un apóstol, sería capaz de soportar que lo adoraran (comp. Hch.10:25,26; 14:8-15); ni ningún ángel santo acepta la adoración que sólo a Dios corresponde (Ap.22:8,9). Sin embargo, Cristo dijo: “. . . para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Jn.5:23). El sentido en el cual debe ser honrado puede determinarse según la manera en que los escritores sagrados lo honran. Cuando El ascendió al cielo, ellos lo adoraron (Lc.24:52). A los primitivos cristianos se les conocía como los que invocaban el nombre de Cristo (Hch.9:14; comp. 22:16; Ro.10:13; 1 Co.1:2). Para aquellos que están completamente familiarizados con el texto del Nuevo Testamento, no es necesario señalar que, así como Cristo fue adorado antes de la encarnación (Is.6:3), así mismo, y aún con más insistencia, se le presenta como objeto de adoración después de

su encarnación. Como consecuencia de esta verdad, no es un rasgo despreciable el hecho de que ahora toda oración se hace en el nombre de Cristo (Jn.14:13,14). Tampoco debe parecernos extraño el hecho de que aquellos que lo conocieron mejor fueron los que más impelidos se sintieron a adorarlo. El mismo ha probado ser el Objeto más satisfactorio de adoración para todos los santos de todas las edades, tanto las pasadas como la presente.

¡Cuán completa es, entonces, la evidencia que establece la real Divinidad de Cristo! Hemos demostrado que El existió desde la eternidad en forma de Dios; que a El se le dan los títulos que le corresponden a la Deidad; que los atributos de la Deidad se le aplican a El; y que El funciona en todas las prerrogativas de la Deidad: El es Creador y Preservador del universo, Perdonador de pecados, el que levanta a los muertos, el que administra vida eterna y eternas recompensas, el que juzga al mundo y el que recibe la adoración de ángeles y hombres. Nada se declara del Padre o del Espíritu, que no se declare del Hijo. Discutir este cuerpo de evidencias es rechazar toda la prueba, y ese sendero es el que lleva lógicamente al rechazamiento de Dios y al ateísmo. O el Señor Jesucristo es Dios en el más absoluto sentido de la palabra, o no lo es de ninguna manera.

No se conoce una síntesis más sucinta sobre la evidencia de que Cristo es Dios que la de Samuel Greene:

“En las Sagradas Escrituras aprendemos con respecto a Cristo, que su *nombre* es Jehová; el Señor de los ejércitos; el Señor Dios; el Señor de la gloria; el Señor de todos; El es el verdadero Dios; el gran Dios; y Dios sobre todas las cosas; el Primero y el Ultimo; el YO SOY, o Ser de propia existencia. Vemos que todos los *atributos* y perfecciones incommunicables de Jehová le corresponden a Cristo. ¡El es Eterno, Inmutable, Omnipotente, Omnipresente, Omnisciente! Vemos que las *obras* que sólo pueden ser hechas por Jehová, las hace Cristo. El creó todos los mundos; sostiene todas las cosas con la palabra de su poder; gobierna todo el universo, y provee lo necesario para toda la creación; la fuerza de su voz llamará a millones de personas de entre los muertos en el día de la resurrección; El las juzgará a todas en el gran día. Aunque la compañía que habrá de estar ante su augustó tribunal será innumerable como la arena que está en la orilla de la mar, sin embargo, El recordará perfectamente todas las acciones de ellos, sus palabras y sus pensamientos, desde el nacimiento de la creación hasta el fin de los tiempos: ¡eso es demasiado para el hombre, pero es muy fácil para Cristo!

El ha elegido su pueblo antes que el mundo fuera; la Iglesia es su propiedad; El redime al mundo perdido; El es la Fuente de toda gracia y de la eterna salvación para su pueblo; y El es el que envía al Espíritu Santo a preparar la Iglesia para su gloria. El presentará a esa Iglesia ante Sí mismo al fin, y le dará el reino. Y nosotros *hemos de actuar hacia Cristo* exactamente en la misma forma como tenemos que actuar con respecto a Dios el Padre: tenemos que creer en El, ser bautizados en su nombre, orar a El, y servirle y adorarlo en la misma forma en que servimos y adoramos al Padre. Estos son los hechos y las verdades que prueban irresistiblemente la Deidad de Emanuel. ¿Cuáles son las pruebas más

vigorosas que éstas que tenemos sobre la existencia de Jehová? ” (*Present Day Tracts, Christology* “La Divinidad de Cristo,” Pg. 30).

OBJECIONES

No está dentro del objetivo de esta obra el detenerse ampliamente sobre el aspecto negativo de cualquier verdad; pero así como la doctrina fundamental de la inspiración de las Escrituras ha sido asaltada, igualmente ha sufrido el asalto la doctrina fundamental de la Persona de Cristo. Las objeciones generales revelan la incapacidad de los objetantes para reconocer y recibir la verdad que está establecida en la Palabra de Dios. Esto es cierto especialmente con respecto a las dos doctrinas mencionadas. En cada una de ellas hay unión de lo divino con lo humano. Para la mente no regenerada, la autoridad doble de la Biblia es un misterio insoluble; lo mismo sucede en el caso de la unión de las dos naturalezas de Cristo. Con respecto a las objeciones que se hacen contra la verdad de la Deidad de Cristo, el Dr. B.B. Warfield presenta una ilustración apropiada extraída de los escritos de Schmiedel:

“Prosiguiendo de este modo, Schmiedel se fija primariamente en cinco pasajes que a él le parece que llenan las condiciones establecidas; es decir, que hacen declaraciones que están en conflicto con la reverencia hacia Jesús de que están penetrados los Evangelios y, por tanto, no podían haber sido inventadas por los autores de los Evangelios, sino que tuvieron que llegarles procedentes de la tradición primitiva fija. Y estas declaraciones se conservan en su cruda contradicción con el punto de vista de los evangelistas, de conformidad solamente con uno o dos de ellos; mientras que el otro, o los otros, en caso de que refieran lo mismo, modifican las declaraciones para que estén en armonía con su punto de vista relativo a la reverencia. Estos cinco pasajes son los siguientes: *Marcos 10:17* y siguientes (‘¿Por qué me llamas bueno? Ninguno hay bueno, sino sólo uno, Dios’); *Marcos 3:21* (Sus familiares creían que El estaba loco); *Marcos 13:32* (‘Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre’); *Mateo 12:31* y siguientes (Puede ser perdonada la blasfemia contra el Hijo del Hombre); *Marcos 15:34*; *Mateo 27:46* (‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?’). A éstos él agrega otros cuatro que se refieren al poder de Jesús para realizar milagros, a saber: *Marcos 8:12* (Jesús no acepta hacer un milagro); *Marcos 6:5* y siguientes (Jesús no pudo hacer milagros en Nazaret); *Marcos 8:14-21* (‘La levadura de los fariseos, y la levadura de Herodes’ no se refiere al pan sino a la enseñanza); *Mateo 11:5*; *Lucas 7:22* (Las señales del Mesías son sólo figuradamente milagrosas). A estos nueve pasajes, él los llama ‘los pilares fundamentales para una vida verdaderamente científica de Jesús.’ Desde este punto de vista, tales pasajes prueban, por una parte, que ‘El (Jesús) existió realmente, y que los Evangelios contienen por lo menos ciertos hechos confiables con respecto a El, caso éste que, según parece sugerirlo él, estaría sujeto a la duda legítima, si no fuera por la existencia de esos pasajes; y, por otra parte, que, ‘en la Persona de Jesús sólo tenemos a un ser completamente humano, y que lo divino debe buscarse en El sólo en la forma en que es posible hallar ese atributo

en el hombre.' Teniendo esos pasajes como base, él se propone investigar, no admitiendo nada como creíble si no está de acuerdo con el Jesús puramente humano, no milagroso, que es el que estos pasajes implican" (*Christology and Criticism* — pgs. 189,190).

No es necesario hacer otro comentario que no sea el de que la declaración de la verdad que sostiene que si el Cristo de Dios ha de presentarse a la vez como Dios y como Hombre, es de esperarse que su humanidad se presente conjuntamente con su Deidad.

Richard Watson escribe una valiosa declaración sobre la Deidad esencial de Cristo. Todos debieran conservarla y leerla:

"Con respecto a Cristo, debe observarse que los títulos Jehová, Señor, Dios, Rey, Rey de Israel, Redentor, Salvador y otros nombres de Dios, se le atribuyen a El; que El está investido con los atributos de eternidad, omnipotencia, omnipresencia, infinita sabiduría, santidad, bondad, etc.; que El fue el Dirigente, el Rey visible y el Objeto de adoración de los judíos; que El constituye el gran Tema de las profecías, y que de El se habla en las predicciones de los profetas en un lenguaje que, si se les aplicara a los hombres o a los ángeles, los judíos no lo hubieran considerado sagrado, sino idólatra. Tal lenguaje, por tanto, a menos que concordara con su antigua fe, hubiera destruido completamente el crédito de esos escritos. También debe observarse que a El se le conoce eminentemente en el Antiguo y en el Nuevo Testamentos como el Hijo de Dios, título que es suficiente para probar que el que lo asume considera que en El hay Divinidad, por la circunstancia de que, por haber afirmado nuestro Señor esa verdad, fue condenado a morir como un blasfemo por el Sanedrín judío; que El se encarnó en nuestra naturaleza, hizo milagros mediante su propio poder, y no como los hicieron sus siervos, en el nombre de otro; que El tiene autoridad de perdonar pecados, pues por obra de su sacrificio, y sólo por él, se le perdonan los pecados al mundo entero; que El se levantó de entre los muertos, para sellar todas estas pretensiones de Divinidad; que El está sentado sobre el trono del universo, y se le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra; que sus inspirados apóstoles lo presentaron a El como Creador de todas las cosas, visibles e invisibles, como el verdadero Dios y la Vida eterna, como Rey eterno, inmortal, invisible, el único sabio Dios y nuestro Salvador; que ellos le rindieron a El la más sublime adoración; que ellos confiaron en El y ordenaron que todos los demás confiaran en El con respecto a la vida eterna; que El es la Cabeza de todas las cosas; que los ángeles lo adoran y le sirven; que El levantará los muertos en el día postrero; que El juzga los secretos de los corazones de los hombres, y que El determinará finalmente el estado de los justos y de los salvados" (*Theological Institutes* —Vol. I, pg. 473).

CAPITULO XXIII

DIOS EL HIJO: SU ENCARNACION

La encarnación se considera con toda propiedad como uno de los siete eventos principales en la historia del universo, desde el principio de la historia hasta el fin. El siguiente es el orden cronológico de dichos eventos: (1) la creación de las huestes angelicales (Col.1:16); (2) la creación del universo material y del hombre (Gn.1:1-31); (3) la encarnación (Jn.1:14); (4) la muerte de Cristo (Jn.19:30); (5) la resurrección de Cristo (Mt.28:5,6); (6) la segunda venida de Cristo (Ap.19:1-16); y (7) la creación de los nuevos cielos y la nueva tierra (Ap. 21:1; Is.65:17).

Estos eventos estupendos no sólo constituyen los más grandes planes divinos, sino que cada uno de ellos en su turno indica el comienzo de un evance nuevo e inmensurable en el programa maravilloso de realizaciones divinas. La encarnación no es de ningún modo el menor de los eventos de esta serie, pues no es menos que el gran evento de profunda significación mediante el cual la segunda Persona de la eterna Divinidad entró en la esfera humana, se hizo participante de los elementos humanos —cuerpo, alma, espíritu— con el determinado propósito de seguir siendo participante de todo lo que es humano por toda la eternidad. Es cierto que en El, lo que era mortal se vistió de inmortalidad (1 Ti.6:16), y que El ha sido glorificado y es glorificado con la infinita y suprema gloria (Ef.1:20,21; Fil.2:9-11; He.1:3).

Ciertamente, desde el punto de vista divino, el descenso de la segunda Persona de la Trinidad, desde las inefables alturas de los cielos donde moraba en la eternidad a la esfera habitada meramente por las criaturas de su mano, para poder elevar a estas criaturas a la gloria eterna, constituye un evento de infinita importancia. Esta experiencia decisiva y que no ha de repetirse en la existencia eterna de la segunda Persona, que por sí sola está más allá del alcance de la comprensión humana, en tanto que su efecto sobre aquella compañía de redimidos tomados de entre sus criaturas, los cuales, por medio del derecho inherente establecido mediante su venida a la esfera humana, han de ser presentados finalmente conforme a su imagen, constituye una realización de extraordinaria importancia, ya sea que esta realización la evalúen los moradores de la tierra o los principales ángeles del cielo.

La importancia trascendental de esta doctrina se puede ver en la verdad de lo que es el único Dios Hombre y lo que hace, todo lo cual se basa en la realidad de su encarnación: su Deidad esencial, su humanidad, su Personalidad y su nacimiento virginal son factores constituyentes de la Persona del Dios Hombre. Aunque ya estudiamos su Deidad, es propio para la correcta comprensión de este tema contestarnos las siguientes preguntas: (a) ¿Quién se encarnó? (b) ¿Cómo se encarnó? y (c) ¿Cuál fue el propósito de su encarnación?

I. ¿QUIEN SE ENCARNO?

Para poder llegar siquiera a algo que parezca respuesta para esta importantísima pregunta, hay que llenar el requisito de tener una verdadera comprensión de la segunda Persona de la Trinidad, Cristo, hasta el punto de tener valiosas convicciones. La doctrina de *la Persona de Cristo* no es de interés especulativo. Esta doctrina es la urdimbre de la estructura del cristianismo mismo, y de todo lo que entra en la esperanza mesiánica para Israel y para el mundo. Los fundadores de las religiones antiguas sólo dieron origen a ideas y sistemas que cualquier hombre hubiera podido fomentar. Los hombres que comenzaron estos sistemas no permanecieron como fuente de sustentamiento de todo lo que ellos propusieron, ni como ejecutores vivientes de los asuntos del universo en que residen los hombres y los ángeles. Aun dentro del judaísmo y el cristianismo, los hombres como Moisés y Pablo hubieran podido ser reemplazados por otros igualmente buenos. Pero cuando hablamos de Cristo, las cosas son completamente diferentes. Charles Gore escribe sobre este tema:

“Reconocer esta verdad es asombrarse por el contraste que en este respecto hay entre el cristianismo y otras religiones. Por ejemplo, el lugar que ocupa Mahoma en el mahometismo no es como el que ocupa Cristo en el cristianismo, sino como el que ocupa Moisés dentro del judaísmo. El profeta árabe no reclamó para sí ninguna clase de reconocimiento distinta de la que reclamaban los profetas hebreos; es decir, lo mismo que reclaman todos los profetas, sean verdaderos o falsos, o parcialmente verdaderos y parcialmente falsos: que ellos hablan la Palabra del Señor. La sustancia del mahometismo, considerado sólo como religión, descansa sencillamente en el mensaje que contiene el Corán. El mahometismo, como ninguna otra religión, se basa en un libro. La persona de su profeta Mahoma no tiene ninguna otra significación que no sea la de suponer que él certificó la realidad de las revelaciones que registra el libro.

Buda es el fundador del Budismo, y supongo que es uno de los seres más nobles de la humanidad; pero sólo es un descubridor o redescubridor de un método, de un camino, el camino de la salvación, lo cual significa un medio para lograr la emancipación de las abrumadoras cadenas de la existencia, y para lograr el Nirvana o *Paranirvana*, es decir, la bendita extinción final. Habiendo descubierto este camino, después de muchos años de fatigosa búsqueda, él puede

enseñarlo a otros, pero él sólo es permanentemente un ejemplo preeminente de éxito en la práctica de su propio método, uno de la serie de budas o iluminados, que derramaron sobre otros hombres la luz de su conocimiento superior . . .

Claramente, sería el método de Buda, y no la persona, el que iba a salvar a sus hermanos. En cuanto a la persona, Buda murió, tal como el escritor de los escritos budistas lo declara repetidamente, "con una muerte de tal naturaleza que no dejó atrás absolutamente nada." Posteriormente sólo vive metafóricamente en el método y en la enseñanza que él les legó a sus seguidores. No estamos tocando ningún punto discutible cuando afirmamos que, según los escritos budistas, la vida personal y consciente del fundador de esa religión se extinguió en la muerte. Pero este hecho singular señala el contraste entre el budismo y el cristianismo. Las enseñanzas de Jesús difieren efectivamente de las de Buda: hay diferencia en los ideales que ellos propusieron; pero no difieren más en el ideal que en el lugar que ocupa la persona que propuso ese ideal. Porque Jesucristo no enseñó un método mediante el cual los hombres pueden lograr la extinción de su ser; ya fuere que El personalmente existiera o que hubiera sido aniquilado; sino que se les ofreció a los hombres de la tierra como la Satisfacción para su ser —su Maestro, su Ejemplo, su Redentor— así que cuando El abandonó la tierra, les prometió sostenerlos desde el mundo invisible, mediante su continua presencia personal, y comunicarles su propia vida. Y les prometió que, al fin, ellos se encontrarán con El cara a cara, y entonces El será Juez de ellos. La relación personal con El es la esencia de la religión que él fundó desde el principio hasta el fin" (*The Incarnation of the Son of God* —pgs. 7-10).

El *Señor Jesucristo* no solamente hizo el universo, como su Creador; ni sólo formula aquellos principios e ideales que constituyen la gloria intrínseca de la Biblia, sino que El continúa impartiendo a Sí mismo para los hombres finitos y para ejecutar y consumir el programa que la Infinitud ha establecido. Teniendo estas verdades en mente, no debe extrañarnos que la Persona de Cristo sea, como en realidad lo es, el Punto central de toda controversia moral y religiosa. El estudiante de teología puede seguir la historia de esta controversia en otras partes de esta disciplina. Sin la realidad del Dios Hombre, no hay base suficiente para las verdades de la salvación, la santificación ni para la comprobación de que el mundo está perdido. Este Dios Hombre es la Esperanza de todos los hombres en todas las edades, y del mismo universo.

Teniendo en mente estas consideraciones, debemos recurrir a la discusión anterior de esta tesis, en la cual estudiamos con atención específica todo lo que se relaciona con la Persona del Cristo pre-encarnado. Allí demostramos, por medio de muchas Escrituras, y vimos que es el testimonio de todas las Escrituras, que Aquel que vino al mundo no es otro que la segunda Persona de la Divinidad, que es igual en todo aspecto al Padre y al Espíritu Santo. La unión hipostática de las dos naturalezas de Cristo, la cual se cumplió en la encarnación, es un tema que se tratará en una división específica de este tratado, donde se estudiará cada una de estas naturalezas

separadamente. Así que, por ahora, no necesitamos detenernos largamente a considerar estos aspectos de la verdad relacionada con el Cristo encarnado. Es suficiente señalar que Cristo es Dios en su naturaleza divina, y Hombre en su naturaleza humana; pero en su Personalidad como Dios-Hombre, El no es ni lo uno ni lo otro separadamente de la unidad que es su Persona. No es posible separar cualquiera de estas naturalezas de la otra, aunque cada una de ellas puede estudiarse por separado. La naturaleza divina es eterna, pero la naturaleza humana se origina en el tiempo, aunque está destinada a continuar eternamente. Esta unión es una profunda realización, y es una realidad única del Dios Hombre. La verdad que esta unión encarna está bien declarada en el Credo de Atanasio, como sigue:

“Perfecto Dios y perfecto Hombre, con alma racional y carne humana que subsisten de tal modo que, aunque El es Dios y Hombre, sin embargo El no es dos Personas; sino un Cristo: Uno, no por conversión de la Divinidad en carne, sino por haber tomado Dios la humanidad; Uno solo, no por confusión de sustancia, sino por unidad de persona; porque así como el alma racional y la carne son un hombre, así Dios y el Hombre son un Cristo.”

La misma verdad se presenta también en el segundo artículo del Credo de la Iglesia de Inglaterra:

“El Hijo, que es el Verbo del Dios eterno, de una misma sustancia con el Padre, tomó la naturaleza humana en el vientre de la bendita virgen, de la sustancia de ella, de tal modo que las dos naturalezas completas y perfectas, la Divinidad y la humanidad, se unieron en una Persona, para no volverse a dividir jamás; por tanto, esa Naturaleza es un Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre (tanto el Credo de Atanasio como el de Inglaterra los cita Watson en *Institutes* – Vol.I, pg. 617).

La Biblia utiliza el lenguaje más brillante al declarar que fue Uno de la Divinidad Trina Quien llegó a ser Dios Hombre mediante la encarnación.

Isaías 7:14: “Por tanto, el Señor mismo os dará señal: He aquí que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel.” Esta doble predicción es explícita, pues afirma que Uno ha de nacer de una mujer, el cual, por ninguna circunstancia pudiera implicar, por derivación, ninguna otra cosa que no fuera un ser humano. Sin embargo, Este que ha de nacer es Emanuel, que significa “Dios con nosotros.” Pero, *con nosotros*, en el sentido más profundo de la palabra. Es decir, El llegó a ser *uno de nosotros*.

Isaías 9:6,7. “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de

su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto.” Aquí se delinea otra vez esta compleja Personalidad doble. “. . . un niño nos es nacido, hijo nos es dado.” Estas declaraciones se refieren a las naturalezas humana y divina respectivamente. El Hijo que nos es nacido, se sentará en el trono de David; pero el Hijo que nos es dado lleva los títulos de Deidad, y tiene las responsabilidades del gobierno y de la autoridad del universo sobre sus hombros.

Miqueas 5:2. “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de tí me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad.” Aquí se ve, de igual manera que Uno ha de venir a una localidad geográfica en la tierra —Belén— lo cual constituye su identificación humana; sin embargo, sus salidas son desde los días de la eternidad.

Lucas 1:30-35. “Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios.” No se podía dar ninguna seguridad más explícita sobre la doble realidad dentro de los límites del lenguaje humano que la que se nos presenta en estos versículos. Lo que muy claramente humano se predica de Aquel que es el Hijo del Altísimo, el cual fue, como no podía serlo ninguna otra persona humana, ese “Santo Ser.”

Juan 1:1,2,14. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios . . . Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad.” En una exposición que ya hicimos sobre este pasaje, hicimos notar que, en él, en forma más positiva que en ninguna otra parte, se declara que el eterno Dios, el *Logos*, se hizo carne, para poder vivir entre los hombres. De acuerdo con lo que revela el contexto en que se encuentra este pasaje, El fue el que creó todas las cosas, y de El procede toda la vida, especialmente la vida eterna que poseen *los que creen en El y lo reciben (12)*.

Filipenses 2:6-8. “. . . el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí

mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.” Esta gran porción cristológica de la Palabra de Dios coloca a Cristo en tres posiciones, cada una de las cuales es final en relación con toda la revelación referente a la encarnación: (a) El era en forma de Dios, (b) El era igual a Dios, y (c) El apareció en la tierra en la semejanza de los hombres. Basta por ahora con estas pocas palabras, pues el estudio amplio de este pasaje tendremos que reservarlo para la consideración posterior que haremos de la *kenosis*. La palabra determinante en este pasaje es *μορφῇ*, la cual indica que el Cristo pre-encarnado era en la *forma* de Dios en el sentido de que El existió en la naturaleza de Dios y *con* ella. El *era* Dios y, por tanto, ocupó el lugar que le corresponde a Dios y poseía todas las perfecciones divinas. El obispo Lightfoot, al escribir sobre este pasaje de las Escrituras, y especialmente sobre la palabra *μορφῇ*, declara: “Aunque la palabra *μορφῇ* no es sinónimo de *φύσις* ni de *οὐσία*, sin embargo, la posesión de la *μορφῇ* envuelve la participación en la *οὐσία* también; pues *μορφῇ* no implica los accidentes externos, sino los atributos esenciales.” Su preexistencia en forma de Dios es evidencia completa de que El es Dios; pero Este mismo es el que tomó para sí la *μορφῇ* de un siervo y *ὁμοίωμα* de hombres. Hay completa realidad, tanto en la naturaleza divina como en la humana.

Colosenses 1:13-17. “El cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasladado al reino de su amado Hijo, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados. El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten.” El orden de anotación está inverso en este sublime pasaje, pero la declaración directa no pierde su vigor. Aquel que, siendo humano y habiendo provisto la Redención por medio de su sangre, es, sin embargo, el eterno Hijo de Dios, es también el Creador de todas las cosas, visible e invisibles.”

1 Timoteo 3:16. “E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:

“Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,
Creído en el mundo,
Recibido en gloria.”

En este punto, el lector se halla frente a frente con una afirmación directa: "Dios fue manifestado en carne"; y todo lo demás que de El se predica sólo sirve para fortalecer esta verdad bien establecida.

El libro de *Hebreos*. Esta Epístola es abundante en revelaciones cristológicas. La más conclusiva, en verdad, es la enseñanza de que el eterno Hijo de Dios y Creador, que se describe en el capítulo 1, es Aquel que, según el capítulo 2, es participante, juntamente con "los hijos" de "carne y sangre."

Estos pasajes llevan la mente que se inclina ante la Palabra de Dios a una gran conclusión: que el eterno Hijo de Dios ha entrado en la esfera humana. El *método* y el *propósito* de este estupendo movimiento por parte de Dios se considerarán posteriormente.

II. ¿COMO SE ENCARNO EL HIJO DE DIOS?

Las Escrituras contestan esta pregunta en la misma forma explícita como dan testimonio de la encarnación. El nació en una familia humana, y así llegó a poseer su propio cuerpo humano identificable, su alma y su espíritu. En esto se puede ver la diferencia entre lo que se llama *morada* divina, que no implica más sino que los seres humanos pueden participar de la naturaleza divina, y la *encarnación*, que no es menos que el acto por el cual la Deidad toma la humanidad sobre Sí, de un modo en que nadie más pudiera poseerla. También se afirma que el Cristo de Dios nació de una virgen. Esto se afirma expresamente, sin que se note la más leve sugestión en contrario. La generación de esa Vida en el vientre de la virgen es un misterio, pero no es nada imposible para el Dios que creó todas las cosas. El hecho de que Cristo nació de una virgen confirma que El no recibió la naturaleza caída de su Padre, y, para que nadie pensara que sería posible que la naturaleza caída se apoderara de El por medio de la naturaleza de la madre humana, el ángel que anunció su nacimiento le declaró a María que "el Santo Ser" que le nacería sería llamado, por causa de esa santidad, "el Hijo de Dios." El reconocimiento de la insistencia bíblica sobre el hecho de que Cristo no sólo fue libre de pecado, sino también de la naturaleza pecaminosa, es sumamente esencial. Y repetimos, no se intima absolutamente nada en contrario.

La doctrina del *nacimiento virginal* no es tan extensa como la doctrina de la *encarnación*. La primera sólo se reconoce como un paso en toda la empresa de la *encarnación*; mientras que en ésta, el estudio se extiende a toda la vida del Hijo de Dios, desde el nacimiento virginal hasta la eternidad. Toda la revelación sobre la encarnación tiene alguna indicación sobre el carácter permanente de dicha doctrina. Está en conformidad con el Dios Hombre glorificado

que los hombres de la era presente se acerquen a El y con El tengan comunión eternamente. Los cuerpos de estos hombres que se acerquen a El han de ser trasladados o resucitados, para que sean semejantes "al cuerpo de la gloria suya" (Fil.3:21).

De Cristo se nos declara que El es "... el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible" (1 Ti.6:16). La resurrección es del cuerpo, y así fue en el caso de Cristo. Su cuerpo humano se levantó, fue visto por muchos testigos, y ascendió al cielo donde se presentó como Primicias de todos los santos, los cuales también aparecerán como Cristo en gloria. El cuerpo humano glorificado de Cristo ha llegado a convertirse en una revelación para las huestes angélicas con respecto a la realidad que los santos demostrarán en el cielo, cuando ellos también reciban sus cuerpos glorificados. Con respecto a Cristo, y en relación con su segunda venida, está escrito: "Y se afirmarán sus pies en aquel día sobre el monte de los olivos" (Zac.14:4). El será reconocido entonces por las cicatrices de las heridas que tiene en sus manos (Zac.13:6), y como Hijo de David, se sentará en el trono davídico (Lc.1:32). Es muy poco, en verdad, lo que se nos dice con respecto al alma y al espíritu de Cristo. Lo mismo sucede con respecto a los santos en su gloria futura. Sin duda alguna, esto se debe al hecho de que la Biblia emplea el término *cuerpo* para referirse a todo lo que es humano (comp. Ro.12:1; He.10:5; 1 Ti.3:16; He.2:14).

Es razonable que al identificarse Cristo como un miembro individual de la raza humana, El entrara en ese estado por medio del nacimiento, y siguiera el proceso normal de crecimiento y desarrollo a través de la infancia hasta llegar a su condición de Hombre. Y ese hecho es también natural. Cuando estudiemos la unión hipostática, consideraremos los problemas más intrincados relacionados con la unión de las dos naturalezas en una sola Persona.

III. ¿CON QUE PROPOSITO SE ENCARNO EL HIJO DE DIOS?

La doctrina de la encarnación es una revelación de carácter muy puro, y en ningún otro aspecto tiene que depender el estudiante tanto de la Palabra de Dios, como cuando estudia esta cuestión. Por lo menos se nos revelan siete razones principales de *la encarnación*: (1) para que El pudiera manifestar lo de Dios al hombre; (b) para que El pudiera manifestar lo del hombre a Dios; (c) para que El pudiera ser misericordioso y fiel Sumo Sacerdote; (d) para que El pudiera destruir las obras del diablo; (e) para que El pudiera ser Cabeza de toda la creación; (f) para que El pudiera sentarse sobre el trono de

David; y (g) para que El pudiera ser el Redentor del género humano. Consideraremos cada uno de estos aspectos con la debida amplitud.

1. PARA QUE EL PUDIERA MANIFESTAR LO DE DIOS AL HOMBRE. El Cristo encarnado es la Respuesta divina a la pregunta: ¿Cómo es Dios? El Dios Hombre expresa de lo Infinito tanto cuanto pueda traducirse en las ideas y realidades humanas. Cristo es Dios. Por tanto, no se puso en práctica ninguna ficción cuando aquello que es completamente distinto del hombre se redujo a la comprensión de aquellos que tan grandemente necesitaban esa información, y cuyas mentes se encuentran sobrenaturalmente entenebrecidas. Es cierto que cuando el Señor estuvo aquí en la tierra demostró el poder de Dios. Nicodemo dio este testimonio: “Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él” (Jn.3:2). Pero Cristo no vino en primer lugar a demostrar el poder de Dios. El demuestra, de igual manera, la sabiduría de Dios. La gente decía de El: “¡Jamás hombre alguno ha hablado como este hombre!” (Jn.7:46). Sin embargo, su propósito primario no fue el de demostrar la sabiduría de Dios. El también manifestó la gloria de Dios. Eso lo hizo en el monte de la Transfiguración, y de acuerdo con 2 Corintios 4:6 “... iluminación del conocimiento de la gloria de Dios —que hay— en la faz de Jesucristo.” Pero El no vino esencialmente a exhibir la gloria de Dios. Sin embargo, El vino a revelarnos el amor de Dios. El, que siempre está en el regazo del Padre, es una manifestación de ese regazo. Está escrito: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer” (Jn.1:18). Dios, en estos últimos días, nos ha hablado por el Hijo (He.1:2). El Hijo no nos ha hablado del poder, ni de la sabiduría, ni de la gloria, sino del amor. Debe anotarse también que Cristo manifestó el amor de Dios en su ministerio terrenal; pero la suprema revelación de ese amor la hizo en su muerte de cruz. A este respecto dicen las Escrituras “porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Jn.3:16). “Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro. 5:8). “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Jn.3:16). “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn.4:10). La muerte de Cristo por los pecadores y por sus enemigos es la más grande expresión del amor divino. La muerte de Cristo por la raza perdida es la más notable y decisiva experiencia por parte de Dios. Si pudiéramos ver la actitud divina como la vemos ahora, nos revelaría el mismo amor y la

misma buena voluntad, si fuera necesario, de hacer el mismo sacrificio en favor de aquellos que lo necesitan, sacrificio que fue hecho ya en el Calvario. El amor de Dios no conoce las experiencias espasmódicas. Ese amor es ahora y siempre lo que fue en el momento en que fue manifestado. Esta revelación de Dios a los hombre se hizo posible y tangible mediante la encarnación.

La encarnación está relacionada con el oficio profético de Cristo, puesto que el profeta de Dios es el mensajero divino para los hombres. Al predecir el oficio profético de Cristo, Moisés escribió: "Profeta de en medio de tí, de tus hermanos, como yo, te levantará Jehová tu Dios; a él oiréis; . . . Profeta les levantaré de en medio de sus hermanos, como tú; y pondré mis palabras en su boca, y él les hablará todo lo que yo le mandare. Mas a cualquiera que no oyere mis palabras que él hablare en mi nombre, yo le pediré cuenta" (Dt.18:15,18,19). La suprema importancia de esta predicción se ve en el hecho de que el Nuevo Testamento se refiere a ella cuatro veces (comp. Jn.7:16; 8:28; 12:49,50; 14:10, 24; 17:8). Estaba declarado que este profeta predicho debía de ser "de tus hermanos," que sería Jehová el que lo *levantaría*, "de en medio de tí." Esta es una clara predicción del Cristo encarnado.

2. PARA QUE EL PUDIERA MANIFESTAR LO DEL HOMBRE A DIOS. Cualquiera que sea la estimación en el sentido de que la raza caída está inclinada a tomar para sí las cualidades y la dignidad del primer Adán, lo cierto es que, en su humanidad, el último Adán es el ideal que satisface cabalmente al Creador, Aquel en Quien el Padre halla perfecta complacencia. El mismo Padre celestial dijo con respecto a El: "Este es mi Hijo amado, en quien tengo complacencia; a él oíd." Esta voz del cielo se oyó en el bautismo —su entrada al oficio de Sacerdote (Mt.3:17)—; en la transfiguración —tiempo en que fue reconocido su ministerio profético (Mat.17:5)—; y volverá a oírse otra vez, según el *Salmo* 2:7, cuando El asuma el trono davídico para cumplir su oficio de Rey. No se nos revela lo que pudiese haber estado reservado para Adán y para su raza, en caso de no haber ocurrido la caída; sin embargo, el ideal divino para el último Adán y para sus redimidos —el cual se extiende hasta la gloria eterna— cumplió la expectación divina hasta un grado de perfección infinita. El único requisito que el hombre como criatura de Dios debe cumplir es el de hacer la voluntad del Creador. El último Adán, el Hombre perfecto, siempre hizo las cosas que su Padre quería. En esto, El es el Ejemplo de todos aquellos que están en El. Hay una base razonable, sobre la cual descansa el llamado a que todos los redimidos sean como Cristo: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (Fil.2:5). "Pues para esto fuisteis

llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 P.2:21). Así que, aquella ética que es resultado moral de la sana doctrina, no sólo hace hincapié en la Palabra escrita, sino que también está encarnada y establecida en la Palabra Viviente.

3. PARA QUE EL PUDIERA SER MISERICORDIOSO Y FIEL SUMO SACERDOTE. Tal como concluimos en el punto anterior, vemos a Cristo ante Dios, como la verdadera Representación de todo lo que es perfecto en la esfera humana. Así, como Sacerdote, lo podemos ver, como Representante del hombre ante Dios en el sacrificio y a favor de la imperfección en la esfera humana. Ninguna ley dentro del reino de Dios es más arbitraria en su inexorable necesidad que aquella según la cual es necesario un sacrificio de sangre para la remisión del pecado humano. Cualquiera que sea la interpretación que se acepte en el reino de las cosas simbólicas, la sangre eficaz del cumplimiento sólo podía ser la de Uno de la Divinidad, que no tuviere la menor complicidad con el pecado humano, ya que el propósito de ella era el de servir de remedio para dicho pecado. Sólo Dios podía cumplir un sacrificio que pudiera satisfacer las demandas de la infinita santidad. Hay una profunda significación en las palabras que el Hijo eterno le dirigió al Padre en el momento de entrar en este mundo: “... me preparaste cuerpo” (He.10:5). Eso se dice en contraste con “la sangre de los toros y de los machos cabríos”, y en cuanto a la capacidad de esos elementos para “quitar los pecados.” Estas Escrituras implican que el sacrificio convenido en los consejos divinos y eternos habría de ser cumplido por el Hijo, la segunda Persona de la Divinidad, y que el cuerpo necesario que habría de derramar la sangre había sido preparado por el Padre. Por tanto, no es la sangre de una víctima humana, sino la sangre de Cristo, que es Dios (comp. Hch.20:28). Es función del sacerdote la de presentar ofrendas por el pecado. Cristo, como Sacerdote, se ofreció *a Sí mismo* sin mancha a Dios (He.9:14; comp. 1 P.1:19). El sirvió tanto de Sacrificio como de Sacerdote oferente. Esa “sangre preciosa” que Cristo derramó llegó a ser la base sobre la cual actúa Dios para poder perdonar los pecados humanos. Esa sangre vale para aquellos que están perdidos, si quieren refugiarse en su poder salvador. Es la sangre que limpia continuamente a los que son salvos, de todo pecado (1 Jn. 1:7). Como Sacerdote misericordioso y fiel, el Señor de la gloria vive “siempre para interceder” por los que se acercan a Dios por medio de El (He.7:25). Debajo de todo esto está la necesidad de que la segunda Persona de la Divinidad, Quien se hizo cargo de la estupenda tarea de presentar a los hombres ante Dios, tuviera algo que ofrecer en sacrificio —un sacrificio aceptable

de sangre más pura que la de cualquier hombre o cualquier bestia. Para cumplir esta finalidad, la encarnación llegó a ser una divina necesidad.

4. PARA QUE EL PUDIERA DESTRUIR LAS OBRAS DEL DIABLO. Como lo veremos, cuando estudiemos la doctrina relativa a Satanás, la relación que existió entre Cristo y el maligno alcanza a las esferas que están más allá de la comprensión humana. Se nos revelan algunas cosas. La mente atenta puede investigar mucho comparando el fracaso del primer Adán por causa de la tentación satánica, con la victoria del último Adán en iguales circunstancias. Pero toda tentación o prueba está dentro de la esfera humana (Stg.1:13), y por tanto, en el caso de Cristo, presupone la encarnación. Recordemos que se dice de la muerte de Cristo que es el juicio contra el "príncipe de este mundo" y el despojo de los principados y las potestades (Jn.12:31; 16:11; Col.2:15); pero la muerte es una realidad únicamente humana, y si el Cristo de Dios había de morir para someter a juicio las obras de Satanás, de ello se deduce que El tenía que encarnarse.

5. PARA QUE EL PUDIERA SER LA CABEZA DE LA NUEVA CREACION. La Nueva Creación es una compañía de seres humanos que se unen a Cristo, los cuales son salvos individualmente por medio de la gracia redentora, y están destinados a aparecer en gloria en conformidad con su Cabeza que es el Cristo resucitado (Ro.8:29; 1 Jn.3:2). Ellos están *en El* mediante una relación que, en el Nuevo Testamento se compara con la que tienen los miembros del cuerpo humano con la cabeza, con la cual están unidos y de la cual dependen. Ellos tendrán cuerpos resucitados semejantes al cuerpo glorificado de Cristo después de la resurrección (Fil.3:20,21); pero la humanidad de Cristo exigió su encarnación.

Las dos divisiones de este tema que nos quedan por considerar: la que se relaciona con el *trono davídico* y la relativa al hecho de que Cristo llegó a ser el *Pariente Redentor*, representan el doble propósito de Dios, en el cual se incluye su propia revelación en Cristo. El trono davídico es la consumación y realización del propósito terrenal de Dios (comp. Sal.2:6), en tanto que el Pariente Redentor es el Medio para que se cumpla la sublime finalidad de que muchos hijos pueden ser recibidos en la gloria (He.2:10). El debido reconocimiento de estos dos planes divinos, ampliamente diferentes y, sin embargo inmutables, es fundamental para la correcta comprensión de la Biblia. Esta distinción se encuentra en toda porción del texto de las Escrituras, y caracteriza a todos los eventos tanto históricos como escatológicos. Esta presentación doble de la verdad debe observarse especialmente en la manifestación externa de la encarnación. Puesto

que estos temas ocupan un espacio tan amplio dentro de la verdad que estamos considerando, nos concretaremos a darles un tratamiento lo más breve posible. Posteriormente se considerarán ampliamente.

6. PARA QUE EL PUDIERA SENTARSE EN EL TRONO DE DAVID. En realidad es muy digno de notarse el hecho de que los dos principales pasajes bíblicos que se refieren al nacimiento virginal de Cristo, sólo le asignan un propósito a ese nacimiento: para que El pudiera sentarse en el trono de David. He aquí los pasajes: “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Is.9:6,7). “Entonces el ángel le dijo: María, no temas, porque has hallado gracia delante de Dios. Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin” (Lc.1:30-33). Este mismo propósito terrenal se tiene en mente en la resurrección de Cristo. Pedro, el día de Pentecostés, dijo con respecto al mensaje del *Salmo 16:8-11*, que Cristo fue levantado para que se sentara sobre el trono de David: “Pero siendo profeta, y sabiendo que con juramento Dios le había jurado que de su descendencia, en cuanto a la carne, levantaría al Cristo para que se sentase en su trono, viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción” (Hch.2:30,31). Igualmente, ese gran propósito terrenal se tiene en mente con respecto a la segunda venida de Cristo: “Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria” (Mt.25:31; comp. 19:28; Hch.15:16).

La gran ruta de la profecía con respecto al trono davídico comienza propiamente con el Pacto de Dios con David, tal como se registra en *2 Samuel 7:16*. Después que Jehová le dijo a David que no se le permitiría construir el Templo de Dios, sino que Salomón lo levantaría, y que el reino de David sería establecido para siempre, a pesar de las maldades que sus hijos pudieran cometer, le dijo: “Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente.” La comprensión que tuvo David de este pacto se nos revela en los versículos siguientes (18-29), y su interpretación de dicho pacto se encuentra en el *Salmo 89:20-37*.

David acepta este pacto soberano y reconoce que es de duración eterna. Según las Escrituras que tratan sobre el pacto divino relacionado con el trono de David, no puede hallarse ni siquiera una pequeña base para la prevaleciente idea teológica de que Jehová estaba previendo en este pacto un reino espiritual, que tendría el trono davídico establecido en el cielo. Puesto que Jehová ha decretado directamente que el trono davídico habrá de pasar a Salomón y a sus sucesores, surge un serio problema para los espiritualizadores de dicho pacto, pues tienen que establecer el tiempo y las circunstancias en los cuales el trono pasa al cielo, y cuando la autoridad que representa ese trono pasa de lo que es terrenal a lo que es celestial.

Jeremías anuncia la misma continuidad de sucesión que se le reveló a David: “He aquí vienen días, dice Jehová, en que yo confirmaré la buena palabra que he hablado a la casa de Israel y a la casa de Judá. En aquellos días y en aquel tiempo haré brotar a David un Renuevo de justicia, y hará juicio y justicia en la tierra. En aquellos días Judá será salvo, y Jerusalén habitará segura, y se le llamará: Jehová, justicia nuestra. Porque así ha dicho Jehová: No faltará a David varón que se sienta sobre el trono de la casa de Israel. Ni a los sacerdotes y levitas faltará varón que delante de mí ofrezca holocausto y encienda ofrenda, y que haga sacrificio todos los días. Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: Así ha dicho Jehová: Si pudiereis invalidar mi pacto con el día y mi pacto con la noche, de tal manera que no haya día ni noche a su tiempo, podrá también invalidarse mi pacto con mi siervo David, para que deje de tener hijo que reine sobre su trono, y mi pacto con los levitas y sacerdotes, mis ministros. Como no puede ser contado el ejército del cielo, ni la arena del mar se puede medir, así multiplicaré la descendencia de David mi siervo, y los levitas que me sirven. Vino palabra de Jehová a Jeremías, diciendo: ¿No has echado de ver lo que habla este pueblo, diciendo: Dos familias que Jehová escogiera ha desechado? Y han tenido en poco a mi pueblo, hasta no tenerlo más por nación. Así ha dicho Jehová: Si no permanece mi pacto con el día y la noche, si yo no he puesto las leyes del cielo y la tierra, también desearé la descendencia de Jacob, y de David mi siervo, para no tomar de su descendencia quien sea señor sobre la posteridad de Abraham, de Isaac y de Jacob. Porque haré volver sus cautivos, y tendré de ellos misericordia” (Jer. 33: 14-26).

Se puede, pues, concluir que la segunda Persona de la Divinidad se encarnó para que se cumpliera la promesa que le fuera hecha a David. Con esa finalidad, se nos dice que el trono y el reino del Encarnado son eternos, y que serán ocupados por el Mesías eterno de Israel. Ese

es el testimonio de la Palabra de Dios, directo y sin complicaciones. Así que, la encarnación era necesaria para que el Rey pudiera sentarse sobre el trono de David para siempre.

7. PARA QUE EL PUDIERA SER EL PARIENTE REDENTOR. Cuando estudiemos una de las divisiones principales de la teología sistemática, la soteriología, demostraremos que hay por lo menos catorce razones en la Biblia que nos explican la muerte de Cristo; y, puesto que El nació para morir, se infiere que El nació, o se encarnó, por cada una de estas catorce razones. Sin embargo, la mayor parte de estas razones no son sino aspectos variados del tema general que trata sobre la cura para el pecado, la cual, en lo que respecta a la encarnación, se puede atender dentro de un aspecto de la verdad soteriológica: el *Pariente Redentor*. Como en muchos otros casos, nos encontramos frente a una doctrina que trasciende el entendimiento humano; pues nadie pudiera jamás saber completamente en esta vida la *ocasión* de la Redención, que la constituye el pecado, el *precio* de la Redención, el cual está pagado y que es la preciosa sangre de Cristo, o la *finalidad* de la Redención, que es el estado de los salvos. Las verdades que involucra este tema están previstas en el Antiguo Testamento, en los que propiamente se pueden denominar *los símbolos del Pariente Redentor*. En los símbolos del Antiguo Testamento se hallan dos líneas generales de enseñanza al respecto: (a) la ley que gobierna al que habría de redimir (Lv. 25:25-55), y (b) el ejemplo del redentor (libro de Rut). El símbolo de la redención es más sencillo; pero el cumplimiento que fue realizado por Cristo en la cruz es, en realidad complejo, aunque sigue implícitamente los mismos delineamientos que se hallan en el símbolo. Las condiciones de los símbolos son: (a) el redentor tiene que ser un pariente (Lv. 25:48, 49; Rut 3:12, 13); (b) el redentor tiene que ser capaz de redimir (Rut 4:4-6; comp. Jer. 50:34); y (c) la redención la cumple el redentor, o *goel*, mediante el pago de las justas demandas (Lv. 25:27). La redención era de personas, no de estados, y en la redención simbólica se hacían provisiones según las cuales el individuo podría redimirse él mismo. Aquello que no tuviera un valor mayor que el de una posesión o herencia, no podía retenerse a su anterior propietario legítimo, si él era capaz de redimirlo. Detrás de todo esto está el otorgamiento de la tierra a las tribus y familias que, tal como se estableció el arreglo, debía mantenerse como herencia permanente a través de las sucesivas generaciones. El tipo de redención que podía hacer la misma persona no tiene lugar en la Redención del cumplimiento del símbolo; pues allí no se presenta la ocasión en que Cristo tenga que redimirse a Sí mismo, ni hay tampoco base sobre la cual pueda afirmarse el pecador para redimirse

a sí mismo del pecado. El gran acto redentor del Antiguo Testamento es el que realizó Jehová cuando libertó a Israel de la esclavitud de Egipto. En ese acto, que es fiel al plan de la verdad redentora, y en el cual hay muchos símbolos de la Redención que hemos de estudiar, la redención la ejecuta completamente Jehová (Ex. 3:7, 8); El la realizó por medio de una persona: Moisés; la realizó por medio de sangre (Ex. 12:13, 23, 27); y mediante su propio poder — Israel fue sacado de Egipto mediante un poder sobrenatural. La Redención del Nuevo Testamento sigue los mismos pasos. La realizó Dios, por medio de Cristo, mediante la sangre del Hijo de Dios, y logró la liberación de la esclavitud del pecado por el poder del Espíritu Santo. La redención de Israel fue la de una nación, para esa generación y para todas las sucesivas. Delante de Jehová, ellos son una nación redimida para siempre. Su redención se verificó y se estableció, en el plano simbólico, en la muerte de Cristo.

Volviendo a los principales rasgos del símbolo que representa el pariente redentor del Antiguo Testamento, se puede decir (a) que el redentor tenía que ser un *pariente*. Esta es en realidad la razón, dentro del propósito celestial, de la encarnación del eterno Hijo de Dios en la familia humana. Para que pudieran ser redimidos los esclavos del pecado, los cuales delante de Dios están perdidos, era necesario que Aquel que los iba a redimir fuera Pariente de ellos. Sin embargo, lo que parece ser esencial en el símbolo no crea la necesidad en el cumplimiento de él. La necesidad que se ve el cumplimiento sí es la que crea la necesidad en el símbolo. El símbolo no puede hacer más que reflejar lo que es cierto en su cumplimiento. (b) El hecho de que el redentor tenía que ser capaz de redimir es una verdad que, cuando se estudia en el cumplimiento del símbolo, envuelve hechos y fuerzas de Dios que el hombre no alcanza a comprender. El hecho es que, al actuar según la dirección de la infinita sabiduría y en posesión de los recursos infinitos, la sangre de Dios (Hch. 20:28)¹ se derramó en la Redención, lo cual indica en grado sumo que no valía ninguna otra clase de redención. La muerte de Cristo es la única respuesta para el estado perdido del hombre. El

¹Esta expresión es alarmante y muchos le hacen objeciones. La aceptación de ella depende de la amplitud con que se reciba la unión que las dos naturalezas en la Persona de Cristo. Es evidente que Dios no puede morir, y que, aparte de esta unión, El no tiene sangre que pueda derramar. Igualmente es cierto que la perfecta humanidad que Cristo logró mediante la encarnación lo capacitaba para derramar sangre hasta la muerte. Si la sangre de Cristo, que fue derramada hasta la muerte, era sólo humana, entonces hubiera podido utilizarse cualquier sacrificio humano adecuado. La unión de las dos naturalezas de Cristo es tan completa que su sangre llega a ser la sangre de Dios. Esta investigación sólo es eficaz cuando se toma en cuenta ese hecho.

Pariente Redentor, o *Goel*, podía pagar el precio. Por ser El el Dios Hombre, podía derramar su “sangre preciosa” que, por el hecho de la unidad de su Ser con el Padre, era en un sentido muy real la sangre de Dios. (c) El mismo *tenía la voluntad* de redimir. La suposición racionalista según la cual la provisión de sacrificio por parte del Padre en la Persona de su Hijo fue una imposición atroz e inmoral —un acto que ni siquiera lo haría un padre humano— se viene a tierra cuando se reconoce que el Hijo se manifestó agrado y dispuesto a cooperar con el sacrificio de Sí mismo. En realidad, la unidad dentro de la Divinidad crea una identidad de acción que se expresa bien en estas palabras: “... Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Co. 5:19).

El tema total de la sujeción del Hijo al Padre es tan extenso como la vida terrenal del Hijo. Hablando del Padre, el Hijo dijo: “Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Jn. 8:29). Sin embargo, la sujeción del Hijo al Padre está completamente dentro de la relación de la humanidad de la Persona encarnada con su Padre. No es primariamente una sujeción de la Deidad de la segunda Persona a la Deidad de la primera Persona. Entre las dos divinas Personas hay una cooperación eterna, no alguna clase de sujeción. Se verá posteriormente que la sujeción al Creador por parte del hombre es algo inherente en el mismo orden de las cosas creadas, y que el Dios Hombre no pudiera ser *perfecto* hombre, de acuerdo con el propósito del plan de la encarnación, si no hubiera estado, como hombre, completamente sujeto al Padre. Así que *Goel*, el Pariente Redentor, Cristo, cumple el simbolismo al querer redimir.

Así como *Juan 18:37*, con su declaración según la cual Cristo es Rey, trata sobre el propósito terrenal de Dios, así *Juan 12:27*, con su referencia a la muerte de Cristo, trata sobre el propósito celestial de Dios. En ambos pasajes hay una expresión de finalidad: “Para esto he venido”; “Para esto he llegado.”

CONCLUSION

Queda, pues, demostrado que la *encarnación* es de suprema importancia. Cualquiera que sea la importancia que le corresponda a la doctrina de la *Deidad* de Cristo, o a la doctrina de su *humanidad*, la doctrina de la *encarnación* las incluye a las dos. Los posteriores estudios que haremos sobre la unión hipostática y la *kenosis* servirán para elucidar el completo significado de la *encarnación*.

CAPITULO XXIV

DIOS EL HIJO: SU HUMANIDAD

En cualquier tesis cristológica es indispensable un estudio específico sobre la humanidad del Señor Jesucristo. Inevitablemente, este aspecto de la verdad concerniente a Cristo ha sido tratado hasta cierto grado en las secciones anteriores de esta discusión, y el mismo tema ha de reaparecer en lo que sigue. En la Persona de Cristo se constituye una nueva realidad al agregarse su humanidad a aquello que, desde la eternidad, ha sido su no menguada Deidad. Aparte de esta unión de las dos naturalezas no hay Dios Hombre, ni Mediador, ni Redentor, ni Salvador. No se ha logrado dominar toda la verdad relativa a Cristo cuando, por ventura, se ha demostrado su Deidad esencial; tampoco se ha logrado dominar dicha verdad cuando sólo se ha logrado una demostración similar de su humanidad esencial. El Cristo de Dios es la combinación incomparable – y en grado no pequeño, incognoscible – de estas dos naturalezas. Pesar lo que es divino, o lo que es humano, en el Dios Hombre – fuera de ciertas limitaciones naturales en el estudiante – comparativamente es un asunto sin complicaciones. La complejidad ilimitada surge cuando estas dos naturalezas se combinan en una misma Persona, tal como se combinan en Cristo. Esta complejidad la consideraremos en la siguiente división de esta tesis. El objetivo de la presente investigación es el de descubrir y reconocer la humanidad de Cristo.

La era cristiana ha visto una regresión del énfasis en la cristología. Los primeros siglos se caracterizaron por las discusiones calculadas para establecer la *humanidad* de Cristo, mientras que el requerimiento actual parece ser el de establecer el reconocimiento de la Deidad de El, y el de hacer hincapié en este aspecto. El apóstol Juan, en su Evangelio nos presentó la Deidad de Cristo, y en sus Epístolas estableció fielmente la humanidad del Señor. Las siguientes palabras suyas son indicativas del tiempo en que escribió: “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Jn. 4:2, 3).

En este punto surge una poderosa motivación que nos lleva a investigar los aspectos históricos de esta fase de la cristología.

Richard Watson compiló una admirable condensación de la antigua controversia sobre la humanidad de Cristo. Nos basta hacer la siguiente cita:

“La fuente del error antiguo parece haber sido de carácter filosófico. Tanto en las escuelas orientales como en las griegas, se tenía como idea favorita de cualquier cosa que se uniera a la *materia* estaba necesariamente contenida en ella, y que la más alta perfección de esta vida era una abstracción de las cosas materiales, y, en la otra una total y final separación del cuerpo. Esta opinión fue también la causa probable que condujo a algunas personas, en el tiempo de San Pablo, a negar la realidad de la *resurrección*, y a explicar en forma figurada. Pero, a pesar de lo que eso haya podido significar, fue una de las bases principales que sirvió para rechazar la propia humanidad de Cristo por parte de las diferentes ramas de gnósticos que, en realidad, erraron con respecto a las dos naturalezas. Ellos no negaron las cosas que las Escrituras atribuyen a la naturaleza humana de nuestro Señor; pero afirmaron que esas cosas sucedieron sólo en forma aparente, y por tanto, las llamaron *doctae* y *phantasiastae*. En un período posterior, Eutiques cayó en un error similar, al enseñar que la naturaleza humana de Cristo fue absorbida por la Divina, y que su cuerpo no tuvo existencia real. Estos errores han desaparecido, y no hay peligro por ninguno de los dos lados; y esto, en realidad, no porque los hombres hayan llegado a ser menos propensos o menos dispuestos a errar, sino porque la filosofía —de cuyas vanas pretensiones, o por la confianza en la cual, han surgido los mayores errores religiosos— tomó un carácter diferente en las edades posteriores. En tanto que estos errores negaban la existencia real del cuerpo de Cristo, la herejía apolinaria rechazaba la existencia de un *alma* humana en nuestro Señor, y enseñaba que la Divinidad ocupaba su lugar. Así que estos dos puntos de vista le negaban a Cristo la propia humanidad, y en conformidad con ello, los dos fueron condenados por la iglesia en general. Entre los que sostuvieron la unión de las dos naturalezas en Cristo, la divina y la humana, lo cual se llama en lenguaje teológico la unión hipostática o personal, hubo también varias distinciones que los llevaron a diversidad de opiniones. Los nestorianos reconocían dos personas en nuestro Señor, mística y más estrechamente unidas que lo que cualquier analogía humana puede explicarnos. Los monofisistas sostenían que en Cristo sólo hubo una persona y una naturaleza; y que la suposición de que en El hubo dos naturalezas o dos personas, en alguna forma misteriosa, confundía. Los monotelitas veían dos naturalezas en Cristo, pero sólo la voluntad divina. Otras variaciones se propagaron en diversas épocas; pero el verdadero sentido de las Escrituras parece haber sido muy exactamente expresado por el Concilio de Calcedonia, que se celebró en el primer siglo: que en Cristo hay *una Persona*; en la unidad de la Persona, *dos naturalezas*: la divina y la humana; y que no hay cambio, ni mezcla, ni confusión de estas dos naturalezas, sino que cada uno retiene sus propiedades que la distinguen. Con esto está de acuerdo el Credo de Atanasio, cualquiera que haya sido el tiempo de su aparición” (*Theological Institutes*, Vol. I, págs. 616, 617).

Las Escrituras declaran que Cristo poseyó cuerpo humano, alma y espíritu, y que experimentó las emociones que corresponden a la existencia humana. Surgen muchas dificultades cuando se sostiene el pensamiento de que en una sola Persona hubo dos voluntades: la

divina y la humana. Aunque este problema es difícil, en el Nuevo Testamento se enseña claramente que Cristo, por el lado humano, poseyó una voluntad que estuvo completamente rendida a la voluntad del Padre. El rendimiento de la voluntad, aunque evita cualquier posible conflicto entre la voluntad del Padre y la voluntad del Hijo, de ninguna manera sirve para quitar la voluntad humana de esta Persona única. La voluntad humana estuvo siempre presente en El, a pesar del uso que El haya preferido darle.

La verdad concerniente a la humanidad de Cristo puede probarse, mediante las Escrituras infalibles, de un modo completamente científico. La realidad de su naturaleza humana se determina por la presencia de hechos que son distintamente humanos. Este principio es el que requiere la ciencia en la prosecución de cualquier investigación. Los hechos relativos a la humanidad de Cristo pueden resumirse en parte de la manera siguiente:

I. LA HUMANIDAD DE CRISTO FUE PREVISTA ANTES DE LA FUNDACION DEL MUNDO

Esto se nos declara en *Apocalipsis 13:8*, donde se declara con respecto a Cristo que El es el “Cordero que fue inmolado desde el principio del mundo.” Todos los pasajes que se refieren a Cristo como *Cordero* tratan sobre su humanidad. Se relacionan con su cuerpo humano, con el perfecto sacrificio por el pecado. La humanidad de Cristo, así como todo el plan de la Redención, la tenía Dios en sus planes desde antes de la fundación del mundo. La cruz, con su sacrificio humano, es un hecho eterno tanto en propósito como en efecto.

II. EN EL ANTIGUO TESTAMENTO EXISTIA LA EXPECTACION DE UN MESIAS HUMANO

Esta expectación era de dos clases: (a) la representada en los símbolos y (b) la predicha en las profecías:

1. LOS SIMBOLOS. De más de cincuenta símbolos de Cristo que se hallan en el Antiguo Testamento, la mayoría representa, ya sea directa o indirectamente, entre otros rasgos, la humanidad de El. Es obvio que dondequiera que se derrama sangre, o se sacrifica un cuerpo, o aparece una persona simbólica, se indica el elemento humano.

2. LAS PROFECIAS. Es suficiente citar aquí unas pocas selecciones del cuerpo de Escrituras proféticas: “Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te

herirá en la cabeza y tú le herirás en el calcañar” (Gn. 3:15). “Por tanto, el Señor mismo os dará señal; He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel” (Is. 7:14). Lo que la virgen iba a concebir y a dar a luz era un hijo humano; sin embargo, ese Hijo debía ser Emanuel, que traducido es: “Dios con nosotros.” “Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz. Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite, sobre el trono de David y sobre su reino, disponiéndolo y confirmándolo en juicio y en justicia desde ahora y para siempre. El celo de Jehová de los ejércitos hará esto” (Is. 9:6, 7). El patriarca Job estaba consciente de que había una distancia insuperable entre él y Dios. El deseaba que hubiera un “árbitro” que pudiera poner su mano sobre Dios y sobre el hombre: “Porque no es hombre como yo, para que yo le responda, y vengamos juntamente a juicio. No hay entre nosotros árbitro que ponga su mano sobre nosotros dos” (Job 9:32).

III. UNA PROFECIA ESPECIFICA DEL NUEVO TESTAMENTO

Además de la expectación del Antiguo Testamento con respecto a la humanidad de Cristo, encontramos en el Nuevo el mensaje del ángel a María: “Y ahora, concebirás en tu vientre, y darás a luz un hijo, y llamarás su nombre JESUS. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. Entonces María dijo al ángel: ¿Cómo será esto? pues no conozco varón. Respondiendo el ángel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios” (Lc. 1:31-35).

IV. LA VIDA DE CRISTO SOBRE LA TIERRA

Está escrito: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos” (He. 2:17). Se nos declara que El es humano de varias maneras:

1. **POR SUS NOMBRES.** *Jesús* es su nombre humano. Está relacionado con su vida humana, su cuerpo, su muerte, y con la gloria que se le otorgó por causa de su gracia redentora (Fil. 2:5-9). Algunas veces se le llama “El Hombre Cristo Jesús”, y alrededor de ochenta veces, “El Hijo del Hombre.” Este último nombre fue el que El

prefirió, como si, desde el punto de vista divino fuera más necesaria la revelación del aspecto humano.

2. **POR SU PARENTESCO HUMANO.** Se emplean varias expresiones inequívocas con respecto a su parentesco humano: “descendencia, en cuanto a la carne”, “su hijo primogénito”, “de la descendencia de éste”; “su padre David”, “la descendencia de Abraham”, “hecho de mujer”, “vino de la tribu de Judá.” Cada una de estas expresiones declaran la humanidad de Cristo.

3. **POR EL HECHO DE QUE EL POSEYO CUERPO HUMANO, ALMA Y ESPIRITU.** Notemos estas Escrituras: “En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios; y este es el espíritu del anticristo, el cual vosotros habéis oído que viene, y que ahora ya está en el mundo” (1 Jn. 4:2, 3). “Entonces Jesús les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte” (Mt. 26:38). “Habiendo dicho Jesús esto, se conmovió en espíritu” (Jn. 13:21).

4. **POR SUS LIMITACIONES HUMANAS.** En este punto nos hallamos frente al contraste más grande entre la Deidad y la humanidad de Cristo. El se cansó; invitó, sin embargo, a los cansados a acudir a El en busca de descanso. El tuvo hambre; aunque El era “el pan de vida.” El sintió sed; y fue, no obstante, “el agua de la vida.” El estuvo en agonía; sin embargo, El sanó toda clase de enfermedad y quitó todo dolor. El “crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia”; con todo, El era desde la eternidad. El fue tentado; no obstante, El, como Dios, no puede ser tentado. El limitó sus propios conocimientos; aun cuando, El era la Sabiduría de Dios. El dijo: “Mi Padre es mayor que Yo” (con referencia a su humillación, ya que el Hijo tuvo que llegar a ser un poco menor que los ángeles); pero El también dijo: “El que me ha visto, ha visto al Padre.” “Yo y el Padre uno somos.” El oró, lo cual les corresponde a los humanos; sin embargo, El contesta la oración. El dijo: “. . . mas ésta es vuestra hora, y la potestad de las tinieblas”; a pesar de eso, a El le es dada toda potestad en el cielo y en la tierra. El durmió sobre una almohada en la barca; sin embargo, se levantó y reprendió la tempestad. El fue bautizado, acto que sólo les toca a los humanos; empero, permanentemente Dios declaró que El era su Hijo. El caminó dos jornadas largas hasta Betania; aun cuando el sabía en qué momento había muerto Lázaro. El lloró en la tumba de este hombre; sin embargo, lo sacó de la muerte a la vida. El confesó que a El le darían muerte; no obstante, sólo unos minutos antes había recibido la declaración inspirada de Pedro, en la cual el apóstol afirmó que Jesús era el Cristo, el Hijo del Dios viviente. El preguntó: “¿Quién

dicen los hombres que es el Hijo del Hombre? ”; pero, Juan nos dice que “... no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre.” El tuvo hambre; y sin embargo era capaz de volver las piedras en pan. Mas El no hizo esto; pues si lo hubiera hecho, no hubiera sufrido como sufren los hombres. El dijo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? ”; pero el mismo Dios a Quien El clamaba era el que “estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo.” El murió; sin embargo, El es Vida eterna. El funcionó libremente en su ministerio terrenal dentro de lo que es perfectamente humano; y libremente funcionó también en su vida terrenal dentro de lo que es perfectamente divino. Su vida terrenal, por tanto, da tanto testimonio de su humanidad como de su Deidad. Y estas dos revelaciones son igualmente ciertas.

Todos los oficios que caracterizan a Cristo —Profeta, Sacerdote y Rey— tal como se ven tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, en cada caso dependen en grado sumo de la humanidad que El poseyó.

V. LA MUERTE Y LA RESURRECCION DE CRISTO

Aparte de su humanidad, no hubiera podido derramarse la sangre; la sangre de Cristo, sin embargo, se califica como sumamente “preciosa” por el hecho de que era la sangre de la Divinidad Trina. Dios no sólo *utilizó* al Jesús humano como sacrificio; Dios estaba *en* Cristo como Agente reconciliador. “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste... no te agradaron. Entonces dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad... En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre” (He. 10:4-10).

VI. LA HUMANIDAD DE CRISTO SE DESCUBRE EN SU ASCENSION Y EN SU OFICIO ACTUAL

Mientras los apóstoles estaban mirando fijamente al cielo, lo vieron subir allí con el cuerpo resucitado. El se sentó “a la diestra del poder de Dios.” De El se dice que es “el Hijo del Hombre que está en el cielo.” Esteban, cuando lo vió, después que El ascendió, dijo: “He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios.” Por medio de su humanidad, Cristo ha llegado a ser

“misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere.” El está ahora en el cielo como nuestro Sumo Sacerdote. Su ascensión y su actual ministerio en el cielo declaran su humanidad.

VII. LA HUMANIDAD DE CRISTO ES EVIDENTE EN SU SEGUNDA VENIDA Y EN SU REINO

Los mensajeros angelicales dijeron: “Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo.” El dijo de Sí mismo: “... y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Será entonces cuando “se sentará sobre el trono de su gloria”; se sentará sobre “el trono de David su padre.” La humanidad de Cristo se ve, pues, tanto en su segunda venida como en su reino.

CONCLUSION

Son tan aparentes y están tan presentes en todas partes los hechos que se refieren a la humanidad de Cristo, que insistir en más comprobaciones es igual a hacer un esfuerzo para comprobar la existencia de Dios. Hay un peligro, y siempre lo ha habido: que a la luz de estas patentes realidades, la mente puede inclinarse a liberar su propia comprensión de la Deidad de Cristo. Tampoco es imposible, por otra parte, llegar a magnificar demasiado su Deidad hasta el punto de excluir una concepción correcta de su humanidad. Las controversias de la Iglesia que han cristalizado en credos han hecho mucho para estabilizar el pensamiento con respecto al Dios Hombre. Sin embargo, aunque por medio de estos credos se ha pavimentado una avenida sobre la cual podemos recorrer, cada mente puede instruirse personalmente y, mediante sus propias consideraciones, llegar a conclusiones correctas.

Como una importante diferenciación sobre el tema general de la humanidad de Cristo, el Dr. John Dick escribe:

“Se ha hecho una distinción entre la *condescendencia* y la *humillación* de Cristo; la primera consiste en la asunción de nuestra naturaleza, y la última, en la subsiguiente degradación y los sufrimientos. La razón por la cual la asunción de nuestra naturaleza no se cuenta como parte de su humillación es que El retiene dicha naturaleza en su estado de exaltación. Esta distinción parece ser favorecida por Pablo, quien lo presenta primero como ‘hecho semejante a los hombres’, y luego, ‘estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz’ (Fil. 2:7, 8). Tal vez éste es el punto de vista más exacto sobre este asunto; pero los escritores teológicos no siempre le han dado la debida atención, por lo cual algunos de ellos han considerado la encarnación como parte de su humillación” (*Lectures on Theology*, pág. 323).

Según la *Epístola a los Hebreos*, el que fue el Resplandor de la gloria divina y la imagen expresa de su Ser *condescendió*, o sea que bajó a un nivel en el cual tomó parte de la carne y la sangre con los hombres. Y además, este mismo Ser exaltado entró en la esfera de la *humillación*, al someterse a la muerte de cruz. La humillación estaba en mente cuando El vino al mundo, pues El nació para morir. El dijo: "Mas para esto he llegado a esta hora" (Jn. 12:27). Sobre este propósito principal de Cristo al asumir la forma humana, escribe el Dr. B. B. Warfield:

"Está declarado que el fin inmediato por el cual nuestro Señor asumió la humanidad fue para poder morir. El 'fue hecho un poco menor que los ángeles, ... para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos' (He. 2:9). El participó de carne y sangre, ... 'para destruir por medio de la muerte ...' (He. 2:14). El Hijo de Dios como tal no podía morir; a El le corresponde la 'vida indestructible' (He. 7:16). Por tanto, si El iba a morir, tenía que tomar para Sí otra naturaleza en la cual no le fuera imposible la experiencia de la muerte (He. 2:17). Por supuesto, esto no significa que El deseaba la muerte para su propio bien. El propósito de este pasaje (de *Hebreos*) es el de salvar a los lectores judíos de la ofensa de la muerte de Cristo. Lo que se les dice es que observen, por tanto, a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles por causa del sufrimiento de muerte, y que ahora está 'coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios gustase la muerte por todos' (He. 2:9). E inmediatamente se le da fuerza al argumento en el sentido de que tal acción era eminentemente conveniente para que el Dios Todopoderoso perfeccionara al Capitán de la salvación de ellos (como Salvador) por medio del sufrimiento, para llevar a muchos a la gloria. El significado de este pasaje bíblico es, pues, que sólo mediante el sufrimiento de Cristo, estos hombres, siendo pecadores, podían llegar a la gloria. Por tanto, en la afirmación más clara del versículo 14, leemos que nuestro Señor participó de carne y sangre, 'para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre' (incluido el versículo 15). Y en la afirmación todavía más clara del versículo 17 se nos dice que el objeto final por el cual Cristo asimiló la naturaleza humana fue 'para expiar los pecados del pueblo.' Así que nuestro Señor vino al mundo para la salvación de los pecadores; pero, como la salvación sólo podía realizarse mediante el sufrimiento y la muerte, el fin inmediato por el cual El asumió la naturaleza humana fue el de tener una naturaleza que pudiera morir. Cualquiera otra cosa que se quiera decir gira en torno a esta verdad" (*Biblical Doctrines*, págs. 186,187).

CAPITULO XXV

DIOS EL HIJO: LA *KENOSIS*

En esta división de nuestra breve consideración cristológica, hemos de considerar un pasaje de la Escritura que, por el hecho de que los incrédulos lo han interpretado mal y lo han magnificado hasta sacarlo de sus proporciones, ha sido tratado exegéticamente en forma más completa por los eruditos de las generaciones pasadas que casi cualquiera otra porción de la Palabra de Dios. Nos referimos a *Filipenses 2:5-8*, que dice: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz."

El problema se centra en el verbo *ἐκένωσεν* que, con respecto a Cristo, significa que El se *despojó de Sí mismo, quedó vacío de Sí mismo*. El contexto inmediato en que se encuentra este pasaje es claro en cuanto a qué fue aquello de lo cual se despojó. Tendremos que tratar esta verdad específica en forma completa. Procedente de este verbo ha entrado en la teología la palabra *kenosis*, con toda la terminología que corresponde a dicho nombre. La *teoría de la kenosis* es generalmente un punto de vista sobre el auto-anonadamiento de Cristo, el cual sucedió en la encarnación, cuando El cambió lo que pudiera llamarse su modo de existencia eterna, por el modo de existencia relacionado con el tiempo, la forma de Dios por la forma de siervo o esclavo. En este cambio van involucradas ciertas consecuencias y pérdidas de derechos, que los incrédulos han llevado mucho más allá de lo que garantizan las Escrituras. La discusión teológica que se ha engendrado por este motivo está muy lejos de la sencillez de la iglesia primitiva, que es la que refleja este pasaje; y también está muy lejos de la intención del apóstol Pablo, que fue el que escribió estas palabras. Naturalmente, la expresión *se despojó de Sí mismo* puede sugerir para aquellas mentes que así lo quieran la idea de que El se deshizo de sus atributos divinos. Los eruditos devotos no pueden aceptar esa concepción, y evidentemente no sólo cuentan con el apoyo del contexto en que se encuentra el pasaje, sino con el de toda la Escritura. Uno de los

grupos ha puesto demasiado énfasis en las limitaciones de Cristo, mientras que el otro, aunque tiene en cuenta dichas limitaciones, ve el hincapié que la Palabra de Dios hace en las manifestaciones de su Deidad. La controversia es, pues, entre los que, por causa de sus propias limitaciones naturales, ven muy pocas realidades en el Dios Hombre, y los que se oponen a ellos, que son los que, mediante la iluminación del Espíritu Santo, reconocen que en Cristo hubo, sin complicaciones y sin mengua, la presencia de las dos naturalezas. Cada estudiante de teología debe leer una buena parte del gran volumen de literatura que ha producido esta controversia.

Tanto la *condescendencia* de Cristo —su descenso de las esferas celestiales a la condición de hombre— como su *humillación* —de su condición de hombre a la muerte de cruz— se indican en este pasaje. El asunto de la *kenosis* no se relaciona tanto con su humillación como en su *condescendencia*. La pregunta es ésta: ¿De cuánto se despojó El? La respuesta ha de hallarse naturalmente en el descubrimiento de lo que entra en ese hecho que se llama Dios Hombre. Si en su encarnación, el Hijo de Dios hubiera abrogado su estado de Deidad, el rendimiento sería fuera de todo cálculo. Si por otra parte, El retuvo su Deidad, y sólo tuvo que sufrir el hecho de que ciertas manifestaciones de su Deidad tuvieron que estar veladas durante cierto tiempo, entonces se puede comprender más fácilmente dicho rendimiento. La verdad fundamental de que el eterno Dios no puede dejar de ser lo que es ya la demostramos en esta obra, y cualquier teoría que proponga que Dios el Hijo pudiera dejar de ser lo que siempre ha sido y lo que siempre será, es un error de primera magnitud. Pero, surge otra pregunta: ¿Las manifiestas limitaciones de Cristo (comp. Mt. 8:10; Mr. 13:32; Lc. 2:52; He. 4:15; 5:8) no implican la ausencia de las perfecciones divinas? ¿No es esta doble realidad del funcionamiento de dos naturalezas en una Persona lo que constituye su unicidad? El es el Dios Hombre, misterioso en realidad para las mentes finitas, pero no menos real, según el testimonio de las Escrituras. Si El ha de servir como Mediador entre Dios y el hombre, debe esperarse que haya complejidad en El, más allá de toda comprensión humana.

Cuando uno se acerca a este notable pasaje, debe tener en mente el propósito del apóstol Pablo, el cual se declara en el versículo 4: “No mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros.” Hacer esto es tener la mente de Cristo, puesto que eso es precisamente lo que El hizo, sin aferrarse egoístamente al estado que le correspondía por derecho propio, se liberó de él a favor de otros, o en otras palabras similares que expresan la misma verdad con respecto a Cristo: “Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor

Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos" (2 Co. 8:9). Evidentemente, según la Epístola, no hay necesidad de convencer a los cristianos filipenses de que Aquel que apareció en la forma de un siervo ya había existido en la forma de Dios, y que El, antes de llegar a ser semejante al hombre, no tuvo el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse. Ellos aceptan todo esto como verdad. El mensaje del Apóstol es de carácter práctico y no teológico: "Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús" (v. 5). Esta manera incidental y más o menos familiar de referirse a la preexistencia de Cristo es un fuerte argumento que prueba que los creyentes filipenses habían aceptado esta doctrina.

Este pasaje, según lo afirman los que se dedican al estudio de la *kenosis* se puede dividir en tres partes, a saber: (a) la "forma de Dios", (b) la condescendencia, y (c) la "forma de siervo . . . semejante a los hombres."

I. LA "FORMA DE DIOS"

La primera revelación con respecto al gran movimiento por parte de Cristo desde la eterna gloria, que sólo a Dios pertenece, a la muerte de un villano sobre una cruz, es el hecho de que El existió ("siendo": *habiendo sido* o *habiendo existido*) en la forma de Dios. Este verbo no tiene la idea de un estado que fue y que ya no es.

"No contiene, sin embargo, ninguna indicación sobre la cesación de estas circunstancias o esta disposición, o modo de existencia; y mucho menos en un caso como el presente, que se expresa en esa forma verbal (se emplea el gerundio simple o compuesto, que indica inmediatamente anterioridad o coexistencia), que no indica de ninguna manera que el modo de existencia a que se refiere llegó a su fin en la acción que se describe con el verbo de la oración principal a la cual está subordinada la proposición con gerundio (comp. los pasajes paralelos en cuanto a uso de gerundio: Lc. 16:23; Hch. 2:30; 2 Co. 8:17; 12:16; Gá. 1:14). Así que, Pablo no está diciéndonos aquí que nuestro Señor fue una vez, sino más bien que El ya era, o mejor, que es en su naturaleza intrínseca. No está el describiendo un modo pasado de existencia de nuestro Señor, antes de suceder la acción que está presentando como ejemplo —aunque el modo de existencia que él describe era el modo de existencia de nuestro Señor antes de dicha acción— con el solo propósito de pintar un fondo sobre el cual se pudiera colocar la acción de que nos habla en forma prominente. Lo que él nos está diciendo es Quién es el que hizo estas cosas, y qué fue lo que hizo por nosotros, para que podamos apreciar cuán grandes cosas ha hecho El a nuestro favor" (B. B. Warfield, *Biblical Doctrines*, pág. 178).

La expresión "en forma —*μορφῇ*— de Dios", no tiene el significado de una mera apariencia externa. Esa expresión afirma que Cristo fue

esencial y naturalmente *Dios*. El no miró esa condición como algo a lo cual aferrarse. Si *μορφῇ* significa en este caso sólo la apariencia externa, entonces fue muy poco lo que Cristo dejó al bajar a la esfera humana. Del mismo modo, la palabra *μορφῇ* se emplea en este pasaje en forma de contraste para describir la condición de siervo, y en este caso no es tampoco una mera apariencia externa, de otro modo su condescendencia se reduciría a la nada. La medida de la “gracia de nuestro Señor Jesucristo” se ha exhibido por sus dos extremos. Empequeñecer cualquiera de los dos, o ambos, equivale a falsificar aquello que Dios ha declarado solemnemente como cierto. Afortunadamente, este pasaje no está solo. Todas las Escrituras que se refieren a la verdad de la existencia pre-encarnada de Cristo como Deidad, sellan la fuerza de esta declaración según la cual El existió en igualdad con Dios, y era Dios. Así también todos los pasajes que afirman su Deidad después de la encarnación —y son muchos— establecen el hecho de que la Deidad no fue abandonada por parte de Cristo, ni ninguno de los atributos que le corresponden, cuando El se hizo carne. Se implica un cambio de posición o relación, pero no se implica el abandono del Ser esencial, ni tampoco es posible tal clase de abandono (comp. Ro. 1:3, 4; 8:3; 2 Co. 5:21; Gá. 4:4). Toda la plenitud reside en El (Col. 1:19), y aun en forma más enfática se expresa esta verdad: “Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (Col. 2:9). No fue otro que el mismo Dios el que “fue manifestado en carne” (1 Ti. 3:16). El mismo Dios se manifiesta mediante la aparición de el Salvador Jesucristo (2 Ti. 1:10); y Aquel que ha de venir, el Dios Hombre glorificado, se nos declara que es “nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo” (Tit. 2:13). Aun si *Filipenses* 2:6 fuera un pasaje oscuro, de ninguna manera podría estar sujeto a “interpretación privada”, sino que exigiría conformidad con el abundantísimo testimonio de las Escrituras en el sentido de que la Deidad del Hijo de Dios no cesó de ningún modo por el hecho de la encarnación.

Muy a menudo se piensa que la venida de Cristo al mundo fue una visita sin preparación y en forma abrupta. Esta manera de pensar ha hecho que, para muchos, la comprensión de toda la revelación divina se haga más difícil. Mirando retrospectivamente por medio de la Palabra de Dios se puede ver que ha habido progreso continuo en la revelación de Dios a los hombres, y que la primera venida de Cristo, aunque relacionada con el problema del pecado, ahora nos la está revelando el Espíritu Santo como un paso preparatorio para la revelación final, cuando se verán la presencia y el poder de Dios en su segunda venida. La amplitud del estado de Cristo antes de venir a este mundo lo describe muy bien el Dr. Samuel Harris:

“Así que en el conocimiento de Cristo nos levantamos sobre el ‘provincialismo de este planeta’, y establecemos comunión con los ángeles y arcángeles y con los espíritus finitos de todos los órdenes y de todos los mundos. Dios, en ese modo eterno de su Ser que se llama *Logos*, el Verbo, el Hijo, existió y estaba cumpliendo los grandes propósitos de su eterna sabiduría y su eterno amor, antes de su venida, en Cristo, a la tierra. En el misterio de su Ser eterno, El se estaba revelando, manifestándose en la acción como el eterno Espíritu personal, el eterno Arquetipo y Original de todos los seres racionales. De algunos modos, que son desconocidos para nosotros, El puede haberse revelado a los habitantes racionales de otros mundos, según la semejanza de ellos, como Espíritu personal. Innumerables miríadas de personas finitas pueden haber confiado en El y haberlo adorado, en otros mundos, antes que El se revelara a la tierra mediante el Hijo de María. El mismo dice en su oración al Padre Celestial: ‘aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.’ Y El se describe a Sí mismo como el Hijo del Hombre, que descendió del cielo, y que, aun cuando estaba sobre la tierra, estaba en el cielo” (*God the Creator and Lord of All*, Vol. I, pág. 413).

Otro ha insinuado que esta tierra pudiera ser “la Belén del universo.” Este pensamiento es razonable a la luz de la verdad revelada con respecto a todo lo existente. Hay algunos, como el Dr. I. A. Dorner en particular, que sostienen con mucha razón y apoyados por algunas porciones bíblicas, que la primera venida de Cristo no fue sólo una misión relacionada con el pecado, con su cura, sino que era necesaria para el progreso de la propia revelación divina. Dorner sostiene que ver a Dios revelado en Cristo es una experiencia esencial para muchos, y para todos los que han de llegar a los reinos de la gloria, sea que hayan pecado o no. ¿Cuál es el profundo y oculto significado de aquellas palabras que afirman que Cristo, cuando estuvo aquí en la tierra fue “visto de los ángeles”? De cualquier modo, la historia de la encarnación es la reducción de ese modo eterno de existencia y el encubrimiento de el resplandor de su gloria, para que Dios pudiera manifestarse a los hombres y para que se lograra la Redención a favor de los perdidos.

II. LA CONDESCENDENCIA

La magnitud de la transición de la altísima gloria de los cielos a la esfera de los hombres no puede estimarse. “Por lo cual, entrando en el mundo dice: . . . He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad, como en el rollo del libro está escrito de mí” (He. 10:5-7). Este pasaje registra unas palabras que pronunció Cristo antes de llegar a la edad de su madurez, tal vez antes de su nacimiento de la virgen María; pues está escrito en el *Salmo 22:10* que, mientras estaba en la cruz, El le dijo al Padre: “Sobre ti fui echado desde antes de nacer; desde el vientre de mi madre, tú eres mi Dios.” Desde las remotas

edades pasadas, Dios lo escogió a El para que fuera inmolado como Cordero (Ap. 13:8). Además de todo esto, el Espíritu de Dios hizo que se escribieran muchas predicciones que anunciaban la venida de Cristo. Incluso una de ellas se hizo en el mismo jardín de Edén. De ese modo fue prevista y registrada la condescendencia del Hijo de Dios. Era un plan divino, preparado y realizado por Dios. Cristo fue el Don del Padre para el mundo; El, sin embargo, prefirió venir y someterse a la voluntad de Otro. A El le *agradó* hacer la voluntad de su Padre, tanto por el gozo de la obediencia como por su infinita comprensión y vital participación en todo aquello que fue propuesto en los consejos eternos de Dios. ¿Qué otro significado puede tener la declaración: “cuando vino el cumplimiento del tiempo”? ¿No es que había llegado el momento en que “Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley”? (Gá. 4:4). No hay ninguna maravilla del universo que sea más grande que ésta: Que Aquel que era en el principio con Dios, y es Dios, se hizo carne. Juan da testimonio de que Cristo fue visto y tocado por los hombres (Jn. 1:1; 1 Jn. 1:1). El fuego que ardía en la zarza —que simbolizaba su Deidad— no consumía la zarza —que simbolizaba su humanidad. Aunque sea bajo su origen, Aquello que representa la zarza permanece sin consumirse para siempre.

III. LA “FORMA DE SIERVO, HECHO SEMEJANTE A LOS HOMBRES”

“A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre —que mora siempre allí—, él le ha dado a conocer” (Jn.1:18). El es el Mensajero de todos los mensajeros, el Siervo más efectivo de todos los siervos. Con este propósito, El tuvo que llegar a ser tal como se le exigió, para que pudiera servir como Revelación de Dios y como Redentor del hombre. El dijo: “Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.” Y El tuvo una experiencia real de servicio humilde cuando les lavó los pies a los discípulos. La expresión “forma de siervo” es idéntica en lo que concierne a la realidad con la expresión “forma de Dios.” Pero esta última significa originalmente que El era todo aquello que hace que Dios sea Dios. La primera significa que El es todo lo que hace que un siervo sea siervo. Se nos revela su título de siervo: “Fiel y Verdadero” (Ap.19:11). Ese título nos revela mucho, pues implica perfecta obediencia y perfecta realización. Esto lo hizo El hasta la muerte, y muerte de cruz. Con visión profética, El dijo antes de morir: “. . . he acabado la obra que me diste que hiciese” (Jn.17:4). Y cuando le llegó el momento de la

muerte, dijo: "Consumado es" (Jn.19:30). ¡Cuán grande es la Revelación! ¡Cuán perfecta la Redención!

El, que existió inmutablemente como la Forma precisa, o como la Realidad que es Dios, asumió lo que es humano, no para que tomara el lugar de lo divino, sino en conjunción con ello. El se agregó a Sí mismo la forma de siervo, al hacerse semejante a los hombres. El fue *Hombre*, pero ese término no fue suficiente para definirlo. Por el hecho de ser la Persona del Dios Hombre, su humanidad, aunque completamente presente, se describe con la expresión: "hecho semejante a los hombres."

Puesto que está escrito que El "se despojó a sí mismo," la investigación de la *kenosis* es ésta: ¿De qué se despojó El? Por causa de la inmutabilidad de la Deidad, era completamente imposible que ella menguara, o que El abandonara alguno de los atributos divinos. Tales ideas ni siquiera se sostienen en ninguna parte de la Escritura. Debemos volver a observar que toda la revelación doctrinal que nos presenta el pasaje que se refiere a la *kenosis* se está empleando como una ilustración para la virtud humana que allí se está aconsejando, de no mirar cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros. La subordinación de uno mismo en favor de otros no requiere que uno se descarte a sí mismo. Cristo se despojó del interés propio, no asiéndose de su estado de exaltación, aunque ése era su estado legítimamente como algo muy valioso de que tenía que despojarse en favor de otros. Al hacer esto, El condescendió hasta una posición baja: su gloria quedó velada, y El fue despreciado y rechazado por los hombres. Ellos no vieron ningún atractivo en El para desearlo. El fue como raíz de tierra seca, sin parecer ni hermosura (Is.53:2). El dijo en la cruz, con respecto a Sí mismo: "Mas yo soy gusano y no hombre; oprobio de los hombres, y despreciado del pueblo. Todos los que me ven escarnecen; estiran la boca, menean la cabeza" (Sal.22:6,7). La misma gloria esencial de su condescendencia no consiste en que la Deidad se apartó de El, sino en que Dios obró de esa manera. Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo (2 Co.5:19).

Con referencia al pasaje de la *kenosis*, y a las formas generales de interpretarlo, no se ha hallado mejor declaración que la del Dr. Charles Lee Feinberg en la *Bibliotheca Sacra*, Vol. XCII, pgs. 415-418, la cual anotamos a continuación:

"Cualquier explicación bíblica sobre la doctrina de la Persona de Cristo tiene que incluir este pasaje como prominente, si no como fundamental. Pero al exponerlo, las mentes de los hombres han tenido que preguntarse: ¿De qué se despojó Cristo? ¿En qué consistió la *kenosis*? Estas preguntas se hicieron prominentes en las primeras décadas del siglo pasado cuando las ramas reformada

y luterana de la Iglesia Protestante de Alemania intentaron llevar a cabo una base factible de unión. Pasajes como *Juan 14:28* y *Marcos 13:32*, donde está escrito: '... porque el Padre mayor es que yo,' y, 'Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre', fueron los pasajes que constituyeron el punto de partida, aparte de *Filipenses 2:5-11*, para gran parte de los pensamientos y de la discusión sobre el asunto. Cuando uno se encuentra directamente frente a él, es inevitable considerar lo siguiente: Si Cristo era Dios en su estado preexistente, y luego llegó a ser hombre, ¿qué fue lo que El perdió en esta transacción? Ha habido cuatro teorías generales sobre la *kenosis*, y todas ellas persiguen la misma finalidad. Según Bruce, 'La idea dominante de la *kenosis* en la cristología es que, al encarnarse el eterno *Logos* preexistente, para poder hacer posible la encarnación en su forma histórica real, se redujo a Sí mismo al rango de las medidas de la humanidad' (*The Humiliation of Christ* pg. 136). Las cuatro clases de especulación en lo relativo a la *kenosis* son éstas: (a) la dualista absoluta, (b) la metamórfica absoluta, (c) la semi-metamórfica absoluta, y (d) la real, pero relativa.

La primera clase, establecida por Thomasius y otros, sostiene que los atributos de Dios pueden dividirse en dos grupos nítidamente diferentes: los atributos éticos o immanentes y los atributos relativos o físicos. Los primeros son realmente los esenciales a la Divinidad. Los atributos de la Trinidad immanente son aquellos de los cuales no puede desprenderse; los de la Trinidad administrativa son aquellos de los cuales sí puede desprenderse. Los atributos divinos de omnipresencia, omnisciencia y omnipotencia son sólo expresivos de la libre relación de Dios con el mundo, y no es necesario considerarlos como indispensables. Se supone que los atributos esenciales de la Deidad sean: poder absoluto, amor absoluto, verdad absoluta y cantidad absoluta. Esta teoría no puede permanecer, por el hecho de que establece una distinción muy aguda entre los atributos de Dios y de ello deduce conclusiones que son insostenibles. ¿Puede ser Cristo verdadero Dios, aunque El mantuvo absoluta cantidad, si perdió la omnisciencia o la omnipresencia? Esta teoría rebaja al *Logos* hasta un grado en el cual no se puede garantizar su condición de tal. Además, la negación de la omnipresencia en el *Logos* encarnado parece muy débil ante una declaración como la que se halla en *Juan 3:13*: 'Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo.' Esas son palabras directas de Jesucristo.

La segunda clase de especulación, que ha sido sostenida por hombres como Gess, Godet y Newton Clarke, se aferra realmente a un metamorfismo absoluto mediante 'el suicidio divino.' Según esta posición, el *Logos* pre-encarnado se humilló tanto a Sí mismo y se despojó de todos los atributos divinos, que llegó a ser puramente un alma humana. Para poder escapar del estigma del *apolinarismo*, aclaran que ellos no afirman que el *Logos* tomó el lugar del alma humana en Cristo, sino que El llegó a ser una alma humana. Su eterna consciencia cesó, y la volvió a obtener gradualmente a medida que logró una vez más la plenitud de la vida divina. Esta teoría es tan contraria a la enseñanza bíblica con respecto a la unión hipostática histórica, la cual debe ser siempre la vara de medir para cualquiera y para todos los puntos de vista con respecto a la Persona de Cristo, que no necesita ninguna detallada refutación.

La tercera teoría, que es la que representa Ebrard, sostiene que el eterno Hijo, al hacerse Hombre, no se sometió a una pérdida, sino a un disimulo de su Deidad, en el sentido de que 'las propiedades divinas, aunque todavía las tenía, sólo las poseía el Dios Hombre en la forma temporal apropiada para el modo

humano de existencia. El *Logos*, al hacerse carne, cambió la forma de Dios, es decir el modo eterno de ser, por la forma de hombre, esto es, el modo temporal de ser' (*The Humiliation of Christ* —A. B. Bruce, pg. 153). Este cambio es a la vez perpetuo y absoluto. Este punto de vista, cuando se juzga a la luz de la Palabra de Dios, no va más lejos que los dos anteriores. Si esta teoría fuera cierta, entonces Cristo no fuera completamente Dios y Hombre al mismo tiempo, tal como nos lo presentan las Escrituras.

Nos queda fijarnos en la cuarta teoría sobre la *kenosis* en la Cristología, la cual declara que el *Logos* encarnado posee todavía su Divinidad en el sentido real y verdadero, pero la posee dentro de los confines restringidos de la consciencia humana. La verdadera Deidad no está en existencia fuera de la verdadera humanidad. Las propiedades de la naturaleza divina no están presentes en su infinitud, sino que se cambian en propiedades de la naturaleza humana. La objeción que se le hace a esta teoría es que los atributos de Dios no son tan elásticos, como los proponentes de esta teoría quieren hacernos creer, que puedan extenderse o contraerse a voluntad. La omnisciencia significa siempre omnisciencia; la omnipresencia es siempre omnipresencia; la omnipotencia es siempre omnipotencia. No hay ninguna omnipresencia limitada, pues el *Logos* estaba en el cuerpo de Cristo, también estaba en el cielo (Jn.3:13).

¿Entonces, cuál es la teoría cierta sobre la *kenosis*, o anonadamiento de Cristo? Ante todo, tiene que establecerse el principio de que 'el *Logos* . . . no dejó de ser lo que era en la esencia de su eterna naturaleza, ni por un momento —a pesar de su humillación voluntaria' (*Christian Dogmatics* —J. J. Van Oosterzee, Vol. II, pg. 515). Cuando el *Logos* preexistente y eterno tomó para Sí la humanidad, El se despojó de la visibilidad de su gloria. Los hombres no podían ver en El su Deidad, pues estaba velada para ellos. La *kenosis* implica, además, que Cristo se despojó del 'ejercicio independiente de sus atributos divinos,' como lo señala correctamente Strong (*Systematic Theology* —pg. 382). Cristo estaba poseído de todos los atributos esenciales y de todas las propiedades divinas; pero El no los utilizó sino para complacer al Padre. Creemos que esto es precisamente lo que significa la siguiente declaración de Cristo: 'No puede el Hijo hacer nada por Sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre' (Jn.5:19). Para la propia discusión cristológica es indispensable, entonces, una explicación apropiada y una comprensión de *Filipenses 2:5-11*, como también de todas las porciones bíblicas relacionadas con la *kenosis*."

CONCLUSION

Una sencilla ilustración —la de la negación de Cristo a Sí mismo— que empleó el apostol Pablo para hacer énfasis en la gracia que se le ha dado al cristiano de negarse a sí mismo— se ha desarrollado hasta llegar a ser una de las principales controversias entre los teólogos. Esto ha sucedido por causa de la inmensurable verdad que significa la obra que Cristo realizó, y en parte por causa de la mala comprensión de la terminología empleada por el Apóstol. Queda claro, sin embargo, que se refiere a la verdad de la encarnación y a todo lo que ella incluye.

CAPITULO XXVI

DIOS EL HIJO: LA UNION HIPOSTATICA

El adjetivo *hipostático* se deriva del sustantivo *hipóstasis*, palabra procedente del griego que significa en castellano: "El ser o la sustancia de la cual los fenómenos son una manifestación." De esto se deduce que la unión de carácter hipostático es una unión de naturalezas que, en sí mismas son independientes y distintas. La expresión *unión hipostática* le corresponde a la teología, y sólo es aplicable a Cristo en Quien, como en ningún otro, se unen dos naturalezas distintas y disímiles. En la historia no se encuentra ningún ejemplo de otro ser como Cristo en este respecto, ni aparecerá ningún otro. El es el Dios Hombre incomparable, el Mediador, el Arbitro (comp. Job 9:32,33). No puede haber otro, pues toda demanda, ya sea de satisfacción divina o de necesidad humana, queda completamente satisfecha en Cristo. Esta única Persona que tiene dos naturalezas, que es a la vez la Revelación de Dios para los hombres y la Manifestación de la humanidad ideal y perfecta, es la que ocupa el lugar central en todo pensamiento humano reverente, y su Persona compleja y gloriosa es la que ha promovido las disputas de los pasados siglos. El no es sólo de inmenso interés para los hombres, sino que en El solamente hay esperanza para la humanidad tanto en el tiempo como en la eternidad. El es el Don de Dios, la única Solución de Dios para la raza caída. Dentro del hombre no hay recursos que le valgan para proveer un árbitro cuyo derecho y autoridad sean perfectamente divinos y perfectamente humanos. Nada de lo que el hombre puede producir podría redimir un alma del pecado, ni pudiera proveer la sangre expiatoria esencial que por sí sola pudiera satisfacer la santidad ofendida. Da lástima que la tendencia de la discusión teológica con respecto a la única Persona de Cristo ha sido metafísica, teórica y abstracta, y que se le haya dado tan poca atención a la verdad de que su maravillosa persona es mediadora, salvadora y satisfactoria para siempre. El estudio de las controversias de los siglos pasados sobre la Persona de Cristo constituye por sí mismo una disciplina; por tanto, no se incluye en el plan de esta obra de teología sistemática, sino lo que pueda deducirse de la verdad histórica en relación con ciertas advertencias sobre algunos puntos en los cuales se ha hecho un énfasis

desproporcionado. El tema específico de la unión hipostática lo dividiremos en dos partes principales, a saber: (a) la estructura de la doctrina y (b) las relaciones del Dios Hombre.

I. LA ESTRUCTURA DE LA DOCTRINA

Cuatro factores vitales constituyen la estructura de esta doctrina específica: (a) su Deidad, (b) su humanidad, (c) la preservación completa de cada una de estas dos naturalezas sin confusión ni alteración, y (d) la unidad del Hombre Dios.

1. LA DEIDAD. Las pruebas que ya dedujimos en la sección anterior de esta tesis dependen en este punto de la declaración de la Deidad de Cristo. Esa evidencia nos demostró la verdad de que Cristo no es sólo un Miembro de la Divinidad coigual con el Padre y el Espíritu antes de su encarnación, sino que El retuvo esa realidad “en los días de su carne.” Todavía queda por ver, sin embargo, que esta experiencia de la encarnación, mediante la cual dos naturalezas se unieron en una Persona, sólo le corresponde al Hijo. Vemos que el Padre y el Espíritu están asociados y activos en todo lo que concierne al Hijo; pero sólo el Hijo tomó para Sí la forma humana, y El es, por tanto, glorificado como Pariente de la familia humana. Aunque la unidad trinitaria original es compleja y difícil para la comprensión humana, permanece tan perfectamente después de la encarnación como antes (comp. Jn.10:30; 14:9,11).

2. SU HUMANIDAD. Del mismo modo, una sección anterior de esta tesis demostró que la encarnación fue el medio por el cual Cristo asumió una humanidad completa y perfecta. El no poseía antes esta humanidad, y al agregarla a su eterna Deidad dio como resultado el Dios Hombre que es Cristo. Aunque su Divinidad es eterna, su humanidad la obtuvo en el tiempo. Por tanto, el Dios Hombre —destinado a ser así para siempre— comenzó con la encarnación. También se nos revela que, aunque la asunción de la humanidad fue primero una condescendencia y luego una humillación; por medio de su muerte, su resurrección y su ascensión, El obtuvo una gloria excelentísima. El gozo “fue puesto delante de él” (He.12:2), y por la obediencia que manifestó en la cruz, “Dios también lo exaltó hasta lo sumo” (Fil.2:9). Así se hace referencia a una gloria y a un gozo excelentes, que exceden a toda gloria y a todo gozo que haya habido antes. Su condescendencia y su humillación no le fueron relevadas mediante la acción de desechar su humanidad, sino mediante la glorificación de ella. En el cielo está un Hombre glorificado que no renunció a su humanidad. Como tal, El ministra a favor de los suyos que están en el mundo, y como tal, El está sentado sobre el trono del

Padre, hasta que, por la autoridad y el poder que el Padre le ha dado a El, todos sus enemigos sean puestos por estrado de sus pies (He.10:12,13), y los reinos del mundo llegan a “ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Ap.11:15).

Por tanto, debe reconocerse que el Dios Hombre es el *mismo Dios* y el *mismo Hombre*, y que su humanidad, perfecta y completa, es tan perdurable como su Deidad.

3. LA PRESERVACION COMPLETA DE CADA UNA DE SUS DOS NATURALEZAS SIN CONFUSION NI ALTERACION EN SU UNIDAD. Este no es un esfuerzo para defender la Deidad ni la humanidad de Cristo, consideradas separadamente. Ya ese esfuerzo lo cumplimos en páginas anteriores. Es más bien un esfuerzo para defender la verdad, tan evidentemente enseñada en el Nuevo Testamento, de que la no disminuida Deidad de la segunda Persona de la Trinidad incorporó en su Ser aquella perfecta humanidad que adquirió y que retendrá para siempre. Sobre estas dos naturalezas se puede afirmar, según las evidencia que ofrecen las Escrituras, que están unidas en una sola Persona, y no en dos; que en esta unión, lo divino no se degrada de ninguna manera por causa de su amalgamación con lo humano; y de la misma manera y con la misma plenitud, lo humano no se exalta de ninguna manera ni se eleva por encima de lo que es la humanidad no caída.

La realidad según la cual la no disminuida Deidad y la humanidad no caída se unieron en la Persona del Dios Hombre no tiene paralelo en el universo. No es necesario que uno se sorprenda si por causa de la contemplación de ese Ser surgen problemas que la capacidad humana no puede resolver; ni tampoco debe admirarnos que ese importante desafío que constituye Cristo para el pensamiento y la investigación humana haya sido el motivo principal de la controversia teológica desde el principio de la época presente, puesto que la Biblia no nos presenta ninguna cristología sistematizada, sino que se limita a ofrecernos la sencilla narración con sus aspectos pertinentes. Sobre las verdades sobrenaturales han escrito los más grandes teólogos, las han ponderado las mentes más devotas, las han proclamado los más dignos profetas de Dios. El ordenamiento y sistematización de la verdad relativa a la Persona del Dios Hombre no sólo no puede evadirse, sino que llegó a convertirse en una de las cargas más grandes que reposa sobre los hombros de los que ejercen la dirección de la Iglesia de Cristo. El credo de cualquier iglesia se lee fácilmente y se profesa, pero es bueno recordar que a través del fuego blanco de la controversia es como se ha forjado el credo que tenemos como herencia. La Palabra de Dios aconseja que los hombres tengan cuidado de la doctrina (1 Ti.4:13,16), y en este caso, con respecto a

Cristo, hay un campo ilimitado en el cual hay tesoros inapreciables escondidos y verdades no descubiertas que, no sólo determinan el destino de los hombres, sino que despiertan la capacidad humana para la meditación, la adoración y la alabanza. El más grande de todos los objetivos divinos y la provisión de las mayores necesidades humanas dependen, para su realización, del carácter del Dios Hombre, del Cristo de Dios. Si la unión hipostática de dos distintas naturalezas en Cristo se somete a un comentario superficial, resulta ineffectivo desde todo punto de vista, se frustra el propósito de Dios, los hombres siguen en sus delitos y en la condenación, el cristianismo llega a ser sólo un paganismo refinado y el mundo queda sin esperanza. Repetimos: este asunto no es el de un punto de vista correcto con respecto a la Deidad, ni con respecto a la humanidad de Cristo, consideradas separadamente. Es el asunto relativo al Dios Hombre, lo que El es, por haberse encarnado y por haber llegado a ser a la vez Dios y Hombre. Decimos con toda reverencia que la Deidad de Cristo no pudiera, sin la compañía de su humanidad, salvar al perdido; ni tampoco su humanidad podría, actuando separadamente, redimir. Los aspectos que envuelve este asunto son tan grandiosos como el eterno propósito de Dios y tan imperativos como las necesidades combinadas de todas las almas perdidas. Tan delicado es el ajuste de estas dos naturalezas en Cristo que hacer hincapié en una sola de ellas a expensas de la otra es sacrificar la eficacia de todo. Es tan natural estimar que la naturaleza divina de Cristo trasciende la naturaleza humana en dignidad, Ser eterno e intrínseca gloria, que casi desaparece por completo la importancia de la naturaleza humana en El. Cualquiera que pueda ser la diferencia entre la Deidad y la humanidad cuando se separan severamente, y se coloca cada una en representación de su propia esfera, es indispensable observar que la manifestación de Dios, la redención de los perdidos y mucha de la gloria futura reside en gran parte en la humanidad de Cristo.

Igualmente, es natural suponer que la naturaleza divina podría recibir daño hasta cierto punto si se combina con lo humano; y que la naturaleza humana sería exaltada fuera de sus limitaciones precisas si se combina con lo divino. La enseñanza de las Escrituras sirva para salvar al lector de esas conclusiones naturales. La Deidad de Cristo queda incólume al unirse en una Persona con lo que es la naturaleza humana no caída, y esta humanidad no caída retiene sus normales limitaciones. La confusión y la incertidumbre que vendrían si estas dos naturalezas estuvieran sujetas a alteraciones problemáticas estarían fuera de la comprensión humana.

También es natural llegar a la conclusión de que la presencia de

dos naturalezas tiene que dar por resultado dos personalidades. Esto no pudiera ser cierto de ninguna manera, pues Cristo se representa siempre como una Persona, aunque sea una coalición de dos cualidades tan ampliamente diferentes. Sobre esta fase profundamente importante del tema, el Dr. B. B. Warfield escribe con su acostumbrada claridad:

“Allí está, pues, el fundamento de la invariable concepción de toda la literatura del Nuevo Testamento sobre la constitución de la Persona de nuestro Señor. Desde *Mateo*, donde se presenta a Cristo como una de las Personas de la Santísima Trinidad —28:19—, o si preferimos el orden cronológico de los libros, desde la *Epístola universal de Santiago*, donde se nos presenta como la Gloria de Dios, o *Shekinah* (2:1), hasta el *Apocalipsis*, donde se nos presenta declarando El mismo que es Alfa y Omega, el Primero y el Último, el Principio y el Fin (1:8,17; 22:13), se piensa consecuentemente que su Ser fundamental es el ser de Dios. Al mismo tiempo, desde los Evangelios Sinópticos, en los cuales se nos presenta dramáticamente como un hombre que anda entre los hombres, su condescendencia humana que se registra cuidadosamente, y su sentido de dependencia de Dios se hacen resaltar tanto que la oración llega a ser casi su más característica acción, hasta las Epístolas de Juan, en las cuales se hace notar que el cristiano verdadero es el que confiesa que Jesucristo ha venido en carne (1 Jn.4:2) y el *Apocalipsis*, en el cual se hacen notar su nacimiento de la tribu de Judá y de la casa de David (5:5; 22:16), su vida ejemplar de conflicto y victoria (3:21) y su muerte en la cruz (11:8), se piensa igualmente que El es verdadero Hombre. Sin embargo, desde el principio hasta el fin de toda la serie de libros, aunque primero se haga prominente la primera de esas dos naturalezas y luego la otra, nunca hay conflicto entre las dos, ni ninguna confusión en sus relaciones, nunca se presenta un cisma en su acción unitaria personal; pero obviamente, a El se le presenta como una Personalidad, compuesta en realidad, pero indivisible. En este estado del caso, no sólo se pueden obtener evidencias en forma apropiada sobre la constitución de la Persona de nuestro Señor, de cualquier parte del Nuevo Testamento y de cualquier pasaje bíblico que se cite legítimamente para explicar o sostener algún pasaje que no se refiera a la porción del Nuevo Testamento en que se encuentre dicha evidencia. Pero no tendríamos justificación alguna si no empleáramos esta común presuposición de que todo el cuerpo de esta literatura ilustra y explica las diversas representaciones con las cuales nos encontramos de paso en sus páginas, representaciones que pudieran fácilmente hacerse aparecer como contradictorias, si no se colocan en armonía mediante su relación como partes componentes de esta única concepción unitaria, que es la que sirve de base y les da consistencia a todas ellas. Difícilmente pudiera imaginarse una prueba mejor sobre la veracidad de alguna doctrina que su capacidad para armonizar completamente con una multitud de declaraciones que, sin esa doctrina, se presentarían a nuestras mentes como una masa de confusas inconsecuencias. Una llave que penetra perfectamente en el agujero de una cerradura bien complicada, difícilmente podría decirse que no es la llave verdadera” (*Biblical Doctrines* —pgs. 206,207).

La verdad concerniente a la compleja Persona de Cristo, se establece en el Nuevo Testamento. La obra del teólogo es la de descubrir su orden apropiado y la de discernir su preciso significado.

Este resultado no se logrará si se permite que la opinión humana se entremeta. Llegar a una correcta estimación de la Persona de Cristo ha sido el objetivo de los más grandes eruditos, cuyas conclusiones han sido cristalizadas en forma de credos. El credo calcedonio ha sido la norma del pensamiento cristiano ortodoxo, desde el momento en que fue diseñado en el siglo V. de J. C. Ese credo dice lo siguiente:

“Nosotros, entonces, siguiendo a los santos Padres, todos con el mismo consentimiento, enseñamos a los hombres a confesar a Uno y al mismo Hijo, nuestro Señor Jesucristo, el mismo perfecto en Divinidad y también perfecto en Humanidad; verdadero Dios y verdadero Hombre, de un alma capaz de razonar —racional— y un cuerpo; consustancial —co-esencial— con el Padre conforme a la Divinidad, y consustancial con nosotros conforme a la Humanidad; en todas las cosas como nosotros, pero sin pecado; engendrado por el Padre antes de todas las edades en lo que toca a su Divinidad, y en estos últimos días, a favor nuestro y de nuestra salvación, nacido de la virgen María, la madre de Dios, en lo tocante a lo humano; Uno y el mismo Cristo, Hijo, Señor, Unigénito, que debe ser reconocido en sus dos naturalezas: *inconfundible, inmutable, indivisible e inseparablemente*; la distinción de las naturalezas no es quitada de ningún modo por la unión, sino que más bien la propiedad de cada naturaleza se preserva, y concurren en una Persona y una Sustancia, no separadas ni divididas en dos personas, sino unidas en Uno y el mismo Hijo, el Unigénito, Dios el *Logos*, el Señor Jesucristo; como lo han declarado los profetas desde el principio con respecto a El, y el mismo Señor Jesucristo nos lo enseñó, y el credo de los santos Padres nos lo ha entregado” *Creeds of Christendom*, Schaff, Vol. II, págs. 62, 63, citado por Miley en *Theology*, Vol. II. pág. 7).

La Declaración de Fe que se hizo en Westminster es fiel al credo de Calcedonia, aunque se expresa en lenguaje diferente. Allí está escrito:

“El Hijo de Dios, la segunda Persona de la Trinidad, que es el mismo Dios eterno, de una misma sustancia e igual con el Padre, tomó sobre Sí la naturaleza del hombre cuando vino el cumplimiento del tiempo, con todas sus propiedades esenciales y comunes enfermedades; sin embargo, El fue sin pecado; fue concebido por el poder del Espíritu Santo, en el vientre de la virgen María, de la sustancia de ella. Así que, dos naturalezas completas, perfectas y distintas —la Divinidad y la humanidad— se unieron inseparablemente en una Persona, sin conversión, ni composición, ni confusión. Esa Persona es verdadero Dios y verdadero Hombre, y sin embargo es un Cristo, el único Mediador entre Dios y el hombre” (capítulo VIII, sección 2, citado por Cunningham, *Historical Theology*, tercera ed., Vol. I, pág. 311).

Es poca la duda que les queda a los hombres devotos sobre el hecho de que la Deidad de Cristo se halla siempre presente y que siempre permanece. Su humanidad, que se originó en el tiempo, está sujeta a muchas suposiciones, y, por tanto, hemos de seguir sólo los dictados de la infalible Palabra de Dios. He aquí una breve cita del Dr. W. Cunningham, que está llena de significado:

“Los elementos distintivos constituyentes del hombre, de un ser humano, de uno que esté poseído de la perfecta naturaleza humana, son un cuerpo y un alma unidos. Cristo tomó para Sí un cuerpo verdadero y un alma racional, y los retuvo, y todavía los retiene en toda su integridad y con todas sus cualidades esenciales. El fue concebido mediante el poder del Espíritu Santo, en el vientre de la virgen María, ‘de la sustancia de ella’, como se declara en la Confesión de Fe del Catecismo Ampliado de Westminster. Las palabras ‘de la sustancia de ella’ sirven como negación para una antigua herejía, revivida por algunos anabaptistas después de la Reforma, según la cual El fue concebido en el vientre de María, pero no *de* la sustancia de ella, y pasó a través del cuerpo de ella sin derivar nada de sus sustancia. El propósito de esa expresión es el de afirmar, en oposición a dicha herejía, que ella contribuyó a la formación de la naturaleza humana de Cristo, en la misma forma como las madres contribuyen ordinariamente a la formación de sus hijos. Habiendo tomado así un cuerpo verdadero, formado de la sustancia de la virgen María, El lo retuvo continuamente, tal como se manifestó en toda la historia de su vida, de su muerte y en el período que siguió a la resurrección y todavía lo tiene allí donde está sentado a la diestra de Dios. El tomó también para Sí un alma racional, dotada de todas las facultades ordinarias y de las capacidades de las almas de los hombres, incluyendo la facultad volitiva, lo cual se afirma en oposición al error de los monotelitas. Esto lo vemos claramente manifestado en toda la historia de su vida, tanto antes como después de su muerte y de su resurrección; y las pruebas de este hecho pueden deducirse fácilmente con todo detalle, mediante la investigación de todo el testimonio que Dios nos ha dado con respecto a su Hijo” (William Cunningham, D. D., *Historical Theology*, Vol. I, pág. 313).

El Dr. John Miley nos ha hecho un verdadero servicio al trazar el desarrollo del pensamiento cristológico a través de los primeros siglos. Aunque sus declaraciones al respecto son extensas, reproducimos a continuación parte de ellas:

“En el cristianismo, aun desde su comienzo, Cristo fue el gran tema del Evangelio, de la experiencia y de la esperanza en la vida cristiana. Por tanto, El no podía dejar de ser el tema de gran parte del pensamiento. Ni ese pensamiento podía limitarse sólo a meditaciones devotas, sino que inevitablemente tenía que entrar al estudio de la verdadera naturaleza y personalidad de Cristo. Para la más profunda consciencia cristiana, Cristo era el Salvador por amor del cual todo pecado tenía perdón, y en cuya comunión se recibían todas las ricas bendiciones de la nueva vida espiritual. Según esa consciencia, El no podía ser meramente un hombre. Es verdad que en la historia de su vida El se presentaba en forma de hombre y con la posesión de las características humanas; pero aún con ello, para la consciencia cristiana El tenía que haber sido más que hombre. ¿Pero cuánto más? ¿Y más en qué? Tales preguntas no podían dejar de formularse; y en el mismo preguntar había un deseo de alcanzar en pensamiento cristiano sobre la doctrina de la Persona de Cristo. En este movimiento del pensamiento, las muchas declaraciones de la Escritura que le asignan a Cristo una naturaleza superior y superiores perfecciones que las meramente humanas tendrían que ser pronto investigadas. Fue entonces cuando comenzó a tomar forma una doctrina sobre la Persona de Cristo. El es humano y, sin embargo, es más que humano; El es el Hijo de Dios encarnado en la naturaleza del hombre; es humano y divino.

Las reflexiones no podían detenerse en este punto. Si Cristo es tanto divino como humano en su naturaleza, ¿cómo están relacionadas estas naturalezas la una con la otra? ¿Cuál es la influencia de la una sobre la otra y viceversa, para explicar su conjunción o unión en El? ¿Es Cristo dos personas según las dos naturalezas que posee, o una sola Persona mediante la unión de las dos? Esas preguntas eran inevitables. Y tampoco podían quedar sin respuesta. Las respuestas se dieron mediante diversas teorías sobre la Persona de Cristo, que aparecieron en los primeros siglos del cristianismo. No debe parecernos extraño que tales teorías diferían. El tema es uno de los más profundos. Se basa en el misterio de la encarnación divina. El Hijo divino se invistió a Sí mismo con la naturaleza humana. Esa era la declaración de la encarnación, hecha en forma fácil; pero tal declaración nos deja en la superficie de una profunda realidad. Con una unión meramente táctil o de simpatía entre las dos naturalezas que, en consecuencia, indicaría dos distintas personas en Cristo, desaparecería la realidad de la encarnación divina. Con dos distintas naturalezas, y las correspondientes dos clases de hechos, divinos y humanos, ¿cómo podía El ser una Persona? ¿Está en El humanizada la naturaleza divina o deificada la naturaleza humana? ¿O la unión de las dos naturalezas dio como resultado una tercera naturaleza diferente de ambas, con lo cual se produjo la unicidad de personalidad? Las Escrituras no dan ninguna respuesta directa para estas preguntas. Nos ofrecen muchos hechos cristológicos, pero en forma elemental, y dejan la estructuración de la doctrina de la Persona de Cristo a los recursos del pensamiento cristiano. Pronto se establecieron varias doctrinas. En cada caso, la doctrina se estructuró de acuerdo con lo que se tenía como el hecho más vital o determinante de la cristología, en relación con la Persona de Cristo. El resultado fue una producción de puntos de vista contrapuestos y errores en la doctrina. La contención era más o menos inevitable. El interés en el tema era tan profundo que las teorías no podían conservarse como meras opiniones privadas, ni permanecer indiferentes ante los puntos de vista contrarios. La lucha llegó a ser un serio detrimento para la vida cristiana. Por tanto, había necesidad de una cuidadosa estructuración de la doctrina sobre la Persona de Cristo; había la necesidad de que tal construcción fuera obra del verdadero pensamiento cristiano, y de que se hiciera de la manera más segura y con la más alta sanción moral de la Iglesia de Cristo.

El estado de los hechos que hemos señalado exigía alguna acción de la Iglesia, que pudiera indicar lo correcto o, por lo menos, que pudiera mitigar los males existentes. Ciertamente había necesidad de que se corrigieran los errores en la cristología y de que se reconciliaran los partidos contendientes. Pareció bien que un concilio que pudiera integrar el pensamiento doctrinal más verdadero de la Iglesia sería lo mejor para lograr esta finalidad. Así se constituyó el Concilio de Calcedonia en el año 451 d. de J. C. El Concilio de Nicea se preocupó especialmente por la doctrina de la Trinidad. La doctrina que se estructuró clara y vigorosamente afirmaba la Divinidad verdadera y esencial de Cristo, pero no expresaba nada en forma definida con respecto a su personalidad. Durante más de un siglo, esta gran cuestión permaneció todavía sin que alguna asamblea que tuviera la propia representación de la Iglesia le diera alguna formulación doctrinal. La estructuración de tal doctrina fue la obra especial del Concilio de Calcedonia. El asunto no era nuevo. Ya se había hecho mucha obra preparatoria. Muchas mentes estaban en posesión de la verdadera doctrina, la cual ya se había convertido en la fe prevaleciente en la Iglesia. Pero hubo esa clase de preparación para la obra del Concilio. En realidad, la carta notable de Leo, papa de Roma, a Flavio, patriarca de Constantinopla, bosquejaba en forma tan exacta y completa

la doctrina de la Persona de Cristo, que al Concilio fue poco lo que le quedó por hacer que no fuera el trabajo de vaciar ese material en el molde de su propio pensamiento y promulgarlo con la sanción moral de la Iglesia." (*Systematic Theology*, Vol. II, pags. 5-7).

II. LAS RELACIONES

Un enfoque práctico para la correcta comprensión de la Persona del Dios Hombre puede hacerse al estudiar las principales relaciones que El, en su condición de tal, sostuvo mientras estuvo aquí en la tierra. Estas relaciones son las siguientes:

1. SU RELACION CON EL PADRE. Por el lado divino de su Ser, el Cristo de Dios siempre ocupó el puesto exaltado de comunión con el Padre sobre la base de la igualdad. Notablemente su oración de Sumo Sacerdote, que se encuentra en *Juan 17: 1-26*; y cualquier otra referencia que se haga a su Deidad implican esta igualdad y unicidad. Por el lado humano de su Ser, aquello que es inherentemente la relación de la criatura con el Creador se expresa a perfección, es decir, la perfecta sumisión a la voluntad del Padre. La completa obediencia de Cristo al Padre ha sido motivo para que se dude en cuanto a su igualdad con el Padre. Por tanto, es necesario insistir vigorosamente en este punto, el cual le da fuerza a la verdad de que su actitud de siervo es una función que corresponde completamente a su humanidad. Hubo eso en su propia naturaleza divina, que fue el primer *deseo* de ser el Obediente. El dejó la gloria *voluntariamente*, y ese ejercicio de su voluntad precedió a la encarnación (He. 10:4-7). De igual manera, El ha de ejercer autoridad en todas las edades futuras por disposición del Padre. El ha de reinar para siempre jamás, pero de acuerdo con la verdad de que toda autoridad le ha sido dada por el Padre (Mt. 28:18; Jn. 5:27; 1 Co. 15:24-28).

2. SU RELACION CON EL ESPÍRITU. Otro aspecto difícil concerniente a la revelación sobre las relaciones del Dios Hombre es el que se relaciona con la verdad de que El hizo sus obras maravillosas mediante el poder del Espíritu Santo. Está escrito que fue el Espíritu el que engendró la humanidad del Dios Hombre (Lc. 1:35); que El descendió sobre Cristo (Mt. 3:16); que el Espíritu le fue dado a Cristo sin medida (Jn. 3:34; comp. Lc. 4:1); Cristo afirmó que sus obras las realizaba por el poder del Espíritu (Mt. 12:28); y Cristo se ofreció a Sí mismo a Dios por el Espíritu eterno (He. 9:14). Este hecho de la dependencia de Cristo del Espíritu Santo es el tema que tendremos que tratar plenamente cuando estudiemos la doctrina del Espíritu Santo. Por ahora es suficiente observar que otra vez se está teniendo en cuenta la humanidad de Cristo. Siendo igual con el Espíritu, quedaba completamente dentro de su propio poder el

intervenir en cualquier obra milagrosa, pero esto complicaría evidentemente las relaciones internas de su propio Ser, y le quitaría la posición en la cual El aparece como ejemplo para sus seguidores. Los cristianos tienen el privilegio de servir con el poder del Espíritu; y así también sirvió el Cristo de Dios, pero sólo dentro de la esfera de su humanidad. Se puede observar igualmente que la cooperación de las personas de la Divinidad puede formar base para estas relaciones. Contra la verdad de que Cristo obró mediante el poder del Espíritu Santo está la verdad correspondiente de que el Espíritu estaba sujeto a Cristo, pues es Cristo Quien envía el Espíritu al mundo (Jn. 16:7), la cual es una prerrogativa divina; y que el Espíritu no le da origen a su propio mensaje, sino que sólo habla lo que oye, es decir el mensaje de Cristo (Jn. 16:13).

3. SU RELACION CONSIGO MISMO. La incesante discusión ha continuado, y muchas y variadas opiniones se han expresado en cuanto a la propia consciencia que Cristo pudo haber tenido. ¿Cómo pudo El conocer y sentir el poder y la sabiduría de lo infinito, y todavía preservar aquello que es debilidad humana y limitación? ¿Cómo pudo El conocer y a la vez dejar de conocer? ¿Cómo pudo El ser la fuente de todo poder, y sin embargo, estar inclinado y expuesto a la fragilidad humana? Si se predicaran dos personalidades de El, sería concebible que una, siendo divina, pudiera estar consciente de las cosas que corresponden a ese reino, mientras que la otra, siendo humana, pudiera estar consciente de las cosas restringidas. La Palabra de Dios no le da sanción a la idea de una doble personalidad en Cristo. Cualesquiera que sean sus diversas habilidades y cualidades, El sigue siendo una Persona individual.

Naturalmente es necesario dirigir la consideración hacia el problema que se relaciona con la averiguación sobre cuando en el desarrollo de su vida desde la infancia a la condición de hombre completo, El llegó a estar consciente de su Deidad y, por tanto, a estar seguro de que era Dueño de recursos ilimitados. Esta cuestión se ha presentado a la consideración de todas las generaciones, y parece llamarles la atención aun a aquellos que manifiestan muy poco interés en los aspectos vitales del estudio cristológico. Recientemente, un escritor sugirió, y no es una idea nueva, que en el tiempo de la encarnación, la Deidad de Cristo pasó al estado de coma, del cual hubo una recuperación gradual a medida que avanzaron los años. Sin embargo, por más sincero que parezca dicho escritor, tal sugestión no es menos que un insulto a la Deidad de Cristo. Ninguna verdad puede estar mejor establecida que aquella que declara que la Deidad, por cuanto es inmutable en cualquier aspecto que entre en la existencia divina, nunca puede estar sujeta a la más

leve experiencia de inconsciencia. No hay mayor problema en la manera como la Deidad consciente puede combinarse con la infancia humana que el que haya en la manera como la Deidad se combina con la humanidad como tal. Por el lado divino de su Ser —aun cuando El era feto en el vientre de la virgen— El hubiera podido ordenar que todas las cosas materiales se volvieran a la nada, y de allí hubiera podido llamarlas de nuevo a la existencia. El campo del contraste entre las dos naturalezas se amplía, según les parece a las mentes finitas, cuando se considera al Creador de todas las cosas como un niño indefenso en los brazos de una madre humana. Este misterio es el mismo de la encarnación, y constituye un problema de fe y no de comprensión.

Cristo estuvo muy lejos de ser un niño normal. Es indispensable creer que El nunca pecó en su niñez, así como tampoco pecó en su condición de hombre completo. Difícilmente pudiera considerarse normal, desde el punto de vista humano, un niño que se desarrolla y llega a la edad madura sin haber pecado en el sentido absoluto en que la Deidad no puede pecar. María tenía muchas cosas en las cuales *meditar*, y una de ellas era la pureza de su Hijo. El enfoque que se hace sobre esta complejidad es a menudo incorrecto. Se piensa que Cristo fue primeramente un infante humano, que en alguna ocasión de su experiencia tomó la consciencia de Deidad. La verdad es que El fue Dios desde la eternidad, y que tenía la consciencia divina que no podía nunca ser empañada, y, en la inmutable experiencia de la Deidad, El entró en los reinos correspondientes al cuerpo humano, al alma y al espíritu. Evidentemente, en las mentes de algunos, Cristo fue más el *Hombre Dios* que el *Dios Hombre*. Tanto en su infancia como en el período de gestación, El esperó la hora para la manifestación más completa; pero El fue siempre el *Logos* consciente de Dios que siempre estaba presente. Cualquiera que pueda ser la solución para el problema de las dos voluntades —la divina y la humana— en una sola Persona, el problema de la consciencia divina y la consciencia humana es aún más desconcertante. Es sencillamente uno de los muchos enigmas. ¿Cómo pudo El ser tentado, cuando Dios no puede ser tentado? ¿Cómo pudo El morir, cuando Dios no puede morir? Estos son problemas que la mente finita no puede resolver. Ciertamente no hay otro que puede compararse con El. El es “Dios . . . manifestado en carne”, el único Dios Hombre que tendrá jamás el universo. ¿Por qué, en realidad, deben sorprenderse los hombres si no pueden comprender a Dios? Sorprenderse de esta manera es maravillarse de que la revelación de Dios sea más grande que los hombres.

4. SU RELACION CON LOS ANGELES NO CAIDOS Y CON

LOS CAIDOS. En la Biblia se indica una amplia relación entre los ángeles no caídos y el Señor de la gloria. Evidentemente, ellos lo atendieron a El y lo observaron desde su nacimiento hasta su ascensión. La encarnación de su Creador y los eventos que sucedieron para la perfecta Redención constituyeron el gran momento para los santos ángeles.

Con respecto a los ángeles caídos, surge una relación que es más o menos paradójica. Una de las clases de testimonio con respecto a El está en que El les dio ordenes a los espíritus malos, con lo cual se completa su autoridad divina. Ellos nunca resistieron la soberana voluntad de El. Incluso ellos previeron los juicios que han de venir sobre ellos, cuando dijeron: “¿Qué tienes con nosotros, Jesús, Hijo de Dios? ¿Has venido acá para atormentarnos antes de tiempo?” (Mt. 8:29). Sin embargo, por otra parte, El mismo fue tentado por Satanás. Esta tentación estuvo limitada completamente a la esfera de su humanidad, y se relacionó con asuntos que tenían que ver con la voluntad del Padre para El. En el primer ejemplo, su Deidad está actuando en un modo divino. En el segundo, su humanidad se sujeta a una forma peculiar de tentación. Las respuestas a las tentaciones del diablo se basan todas en la gran verdad de que El es la Persona del Dios Hombre.

5. SU RELACION CON LA HUMANIDAD. Ya destacamos lo suficiente la verdad de la humanidad de Cristo en una sección anterior de este tema. El es *Emanuel*: Dios hecho Hombre, un miembro de la raza humana. El no es Uno que *era* Dios, o que dejó de ser Dios cuando se hizo carne; El es Dios manifestado en carne. Si El hubiera dejado de ser Dios, o si El no se hubiera hecho hombre, no hubiera podido ser el Pariente Redentor. No se le ha concedido a esta raza un honor mayor que el que se nos revela en la palabra *Emanuel*.

6. SU RELACION CON EL PECADO Y CON LA NATURALEZA PECAMINOSA. En esta relación todo es negativo en tanto se relacione con la Persona de Cristo. Un gran tema, que corresponde a la soteriología, parecería extraño aquí: es el que trata sobre la declaración según la cual *El se hizo pecado por nosotros* (2 Co. 5:21). Con respecto a esta Persona, es cierto que su humanidad fue tan impecable como su Deidad. Tal como el hombre no caído, El es libre de la naturaleza de pecado, pero es igualmente cierto que El nunca pecó. Con respecto a la naturaleza pecaminosa, el ángel anunció, aun antes de su nacimiento que El sería un “Santo Ser” (Lc. 1:35), y en todo sentido, El fue tentado como hombre, menos en el hecho de que las tentaciones no surgieron de una naturaleza pecaminosa (He. 4:15). Con respecto al fruto de la naturaleza caída, sin temor alguno, desafió a sus enemigos, diciéndoles: “¿Quién de

vosotros me redarguye de pecado? ” (Jn. 8:46). Y no ha habido nadie en las generaciones subsiguientes que haya tenido éxito en acusar a Cristo de pecado. Aunque El vivió entre los hombres, como uno de ellos, durante 33 años, El retuvo la santidad de la Deidad en todos sus aspectos.

a. LA IMPECABILIDAD DE CRISTO. Una seria cuestión, bastante hipotética, y sin embargo, vital, surge en cuanto a si Cristo, siendo humano, tuvo la capacidad de pecar. ¿Podía El pecar, o era impecable? Aquí entra el hecho de la *unidad* de su Persona, y llega a ser en gran medida la llave para la solución del problema. Algunos desean acentuar la realidad de la humanidad de Cristo, y por tanto, enseñan que El no podía pecar, aparentemente sin tomar en cuenta todo lo que esta afirmación significa. Otros se han afirmado en que, por causa de su sabiduría infinita y su poder, El *no hubiera pecado*. En el curso del argumento que engendra este problema, es esencial reconocer que, como lo demostró el caso del primer Adán, un ser humano no caído puede pecar; y de allí se puede razonar, si no hubiera otros factores que considerar, que la humanidad no caída de Cristo pudo haber pecado. En este punto es donde interviene el error. Si aislamos la humanidad de Cristo, y la dejamos aparte, se afirma que, no teniendo ningún apoyo, pudo haberse revelado contra Dios como lo hizo Adán. La falacia que descamina está en la hipótesis de que la humanidad de Cristo hubiera podido estar sola alguna vez, sin el apoyo de su Deidad. En Adán no había sino una naturaleza, la cual no podía estar de otro modo que no fuera sin el apoyo, y sola. La humanidad de Cristo no estuvo nunca divorciada de su Deidad, ni podía estarlo, ni podía tampoco estar en alguna posición de responsabilidad indirecta en el pecado. El Dr. W. G.T. Shedd usa con buenos resultados la ilustración de un alambre que puede ser doblado por las manos humanas, pero si se suelda con una fuerte barra de acero inflexible, el alambre no podrá doblarse. Si se arguye que la humanidad de Cristo parecía que actuaba separadamente en asuntos de conocimiento, debilidad humana y limitaciones, eso se puede aceptar; pero no debe aceptarse sin antes recordar que, aunque su humanidad pudo parecer que actuaba independientemente en ciertos modos que no se relacionaban con aspectos morales, por el hecho de la unidad de su Persona, su humanidad no hubiera podido pecar, sin que Dios también pecara. Y de una conclusión de esta naturaleza, todas las personas devotas tienen que retroceder con temor santo. En Dios no hay ninguna clase de tinieblas (1 Jn. 1:5), ni siquiera hay en Dios alguna sombra de variación (Stg. 1:17). Este exasperante problema se reduce, pues, a la simple cuestión de si Dios hubiera podido pecar; porque Jesucristo es Dios. Si se admite que Dios no

puede —no sólo no hubiera pecado— pecar, hay que conceder que Cristo no podía —no sólo no hubiera pecado— pecar. Sólo nos queda observar que, puesto que El es “el mismo ayer, y hoy, por los siglos” (He. 13:8), si El hubiera sido capaz de pecar en la tierra, todavía sería capaz de pecar. En tal caso, la posición del creyente cristiano, *en Cristo*, estaría siempre corriendo un riesgo. El asunto es, pues, si el Dios Hombre tuvo la capacidad de pecar. Cuando así se ve esta cuestión, no queda ninguna base para posterior discusión por parte de los que honran al Hijo como honran al Padre (Jn. 5:23).

El Dr. Charles Lee Feinberg establece muy bien la impecable persona de Cristo, de la siguiente manera:

“Ante todo, la unión hipostática le dio al mundo una Persona impecable. Con esto se predica de Cristo no sólo la *anamartesia* —ausencia de pecado— sino la impecabilidad. Este no es precisamente un asunto de *posse non peccare* —*poder no pecar*— sino de *non posse peccare* —*no poder pecar*. No es suficiente decir que Cristo no pecó; hay que declarar inequívocamente que El no podía pecar. El sostener siquiera por un momento la idea de que Cristo pudo pecar, envolvería asuntos que exigirían una revolución radical en nuestro concepto de la Divinidad. Decir que Cristo no podía pecar no equivale a sostener que El no podía ser tentado. Por cuanto El era hombre, podía ser tentado; pero, por cuanto era Dios, no podía pecar, pues no había ningún principio en Cristo que hubiera correspondido a la solicitud del pecado. Cuando Satanás tentó al último Adán en el desierto, Este fue tentado en todos los puntos (1 Jn. 2:16), como fue tentado el primer Adán, y como es tentada la raza humana desde entonces; sin embargo, en el caso de Cristo no hubo pecado. El pecado, como algo inherente en la naturaleza, o como acto externo, fue extraño a la persona de Cristo. Lucas registra que el ángel le dijo a María que de ella nacería un ‘Santo Ser’ que sería llamado ‘Hijo de Dios’ (Lc. 1:35). La naturaleza de pecado hereditaria que María tenía, que había recibido de Adán por intermedio de sus progenitores, no se la transmitió a Cristo, por el hecho de su concepción milagrosa, la cual se realizó por operación del Santo Espíritu de Dios. Cristo pudo desafiar posteriormente, no a sus amigos, sino a sus enemigos, a que lo acusaran de pecado (Jn. 8:46). El sabía que cuando el príncipe de este mundo viniera, no tendría nada en El (Jn. 14:30). Pablo dice con respecto a Cristo que Dios ‘lo hizo pecado’ por nosotros, aunque El no conoció pecado (2 Co. 5:21). Aunque El fue tentado en todas las formas en que somos nosotros tentados, sin embargo, El fue sin pecado (He. 4:15). Realmente se nos dice que El fue santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores (He. 7:26). En resumen, el testimonio combinado de las Escrituras revela que en El no hubo pecado (1 Jn.3:5).” (*Biblioteca Sacra*, Vol. XCII, págs. 422, 423).”

7. SU RELACION CON LOS QUE SON SALVOS. Todo lo que Cristo significa para el cristiano puede clasificarse ya sea como beneficio que fluye de su Deidad, o como beneficio que procede de su humanidad. En la esfera de la Redención y en todo lo que concierne a los que son salvos por la sangre de Cristo, la humanidad y la Deidad de El están tan estrechamente relacionadas que no pueden

separarse fácilmente. En cuanto al hecho de que El es dechado, ideal y ejemplo para el cristiano, ese hecho se origina en su humanidad. A ningún ser humano se le pide que imite a Dios; pero sí se le pide que sea como Cristo, lo cual se refiere a las adorables perfecciones humanas de Cristo. En este respecto, el creyente cristiano debe ser santo porque Dios es santo. Todo esto se hace posible en el cristiano por medio del poder del Espíritu Santo que lo capacita.

CONCLUSION

Es obra del Espíritu Santo la de tomar de lo de Cristo y manifestárselo a los hombres. Aparte de esta revelación, Cristo sería siempre un Misterio confuso. Un escritor modernista dice: "El fue al mismo tiempo humilde y orgulloso, ágil de pensamiento y débil de pensamiento, de visión clara y ciega, de mente sobria y de mente fanática, con profundo conocimiento de los hombres y sin conocimiento de Sí mismo, claro en sus enfoques sobre lo presente y lleno de sueños fantásticos con respecto a lo futuro. Su vida fue, como lo ha dicho notablemente Lepsius, *una tragedia de fanatismo*." El honor que los apóstoles inspirados, que vivieron con El, le atribuyeron, está muy lejos de esta declaración. Tal declaración no está de acuerdo con la adoración de los mártires, los cuales murieron por pura devoción a su Salvador; ni tampoco es la voz de los santos dignos, ni de los eruditos devotos a través de la historia de la Iglesia sobre la tierra. Desde los días de los apóstoles, la Persona del Dios Hombre ha sido reconocida y adorada en su compleja naturaleza doble. El Dr. B. B. Warfield resume todo este tema en su manera característica:

"Las doctrinas de las dos naturalezas de Cristo proveen, en pocas palabras, la única posible solución para los enigmas de la manifestación en la vida humana del Jesús histórico. Esas doctrinas se nos presentan, no como creadoras de las dificultades, sino como el medio para resolverlas, con lo cual nos prestan el mismo servicio, para nuestro pensamiento, que nos prestan todas las demás doctrinas cristianas. Si miramos la doctrina de las dos naturalezas simplemente como si fuera una hipótesis, nos exige la atención, por causa de la multiplicidad de fenómenos que en ella se reducen al orden y se unifican; y en este plano que es inferior, se nos presenta también como aceptable. Pero tal doctrina no nos llega como una simple hipótesis. Es una afirmación con respecto al Señor, de todos los testigos primitivos de la fe cristiana. Es, en realidad, el propio testimonio del mismo Señor, mediante el cual nos revela el misterio de su Ser. Es, para decirlo brevemente, la simple declaración del *hecho que se llama Jesús*, tal como ese hecho se nos revela en todas sus manifestaciones. Nosotros podemos rechazar ese hecho, si lo queremos, pero si lo rechazamos, estamos rechazando al único Jesús real, para aceptar a otro Jesús, que no es otro, sino una creación de la pura fantasía. Las alternativas que están frente a nosotros son:

o el Cristo histórico de las dos naturalezas, o una gran falsificación (*Christology and Criticism*, pág. 309, 310)."

Agregaremos unas palabras del Dr. Feinberg, que son de valor especial:

"Para recapitular, entonces, digamos que en esta discusión sobre la unión hipostática, hemos seguido varias líneas de averiguación creíbles, teniendo en mente el curso del pensamiento cristológico, para demostrar su utilidad como base para el posterior pensamiento teológico; desde el punto de vista profético, esta unión ha demostrado ser un tema definido de la profecía; históricamente, la representación bíblica de dicha unión establece que ella es un asunto indiscutible de la historia; críticamente, o sea analíticamente, llama la atención a las implicaciones de la doctrina; y finalmente, en lo relativo a la funcional, tal unión pone en claro cuáles son las consecuencias o los beneficios que fluyen de ella. En conclusión, nos quedamos estupefactos ante la presencia de esta gran obra que ha cumplido Dios: la unión hipostática con todo su insondable misterio, y sin embargo, con todos sus beneficios sobreabundantes. También nos quedamos maravillados cuando recordamos que este Dios Hombre es el Centro del doble propósito de Dios según el cual El tomó la determinación 'de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra' (Ef. 1:10). Nosotros proclamamos con Pablo: '¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! . . . Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amen'" (Ro. 11:33, 36) (Ob. cit., Vol. XCII, págs. 425, 426).

A todo esto, podemos agregar las palabras del inspirado Apóstol:
"E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad:

Dios fue manifestado en carne,
Justificado en el Espíritu,
Visto de los ángeles,
Predicado a los gentiles,
Creído en el mundo,
Recibido en gloria" (1 Ti. 3:16).

"Pablo, apóstol de Jesucristo por mandato de Dios nuestro Salvador, y del Señor Jesucristo nuestra esperanza" (1 Ti. 1:1).

CAPITULO XXVII

DIOS EL ESPIRITU SANTO

Al dedicarnos a este gran aspecto de la doctrina bíblica, de inmediato tenemos en mente tres consideraciones determinantes, a saber: (a) aunque el designio de esta obra se adhiere estrechamente a la costumbre prevaleciente de tratar en la teología propiamente dicha sólo lo relativo a las *Personas* de la Divinidad, y no la obra de Ellas, la revelación con respecto al Espíritu Santo —por cuanto El es el Administrador de las empresas divinas— está casi totalmente contenida en Escrituras que revelan alguna forma de su actividad, y por tanto, es inevitable hacer mención de dicha actividad. (b) Puesto que dedicaremos un volumen entero a la Doctrina del Espíritu Santo, sólo introduciremos aquí aquello que estimemos conveniente o esencial en preparación para lo que entra en esta discusión. (c) En esta obra de teología sistemática no tenemos el propósito de seguir cierta costumbre establecida de menospreciar, y hasta cierto punto deshonrar, al Espíritu Santo. No obstante, en conexión con esto, es bueno que recuerde el lector que, en el campo de las evidencias relativas a la Deidad del Espíritu, en gran parte, los mismo argumentos, basados en las mismas Escrituras que ya empleamos al estudiar la Deidad del Hijo, son pertinentes y apropiados. La discusión de esta doctrina, tal como se admite en esta tesis, para este capítulo, tiene siete partes: (a) la personalidad del Espíritu Santo; (b) la Deidad del Espíritu Santo; (c) el testimonio del Antiguo Testamento; (d) el testimonio del Nuevo Testamento; (e) sus relaciones; y (g) su carácter adorable.

I. LA PERSONALIDAD DEL ESPIRITU SANTO

Así como la preocupación en el transcurso del razonamiento concerniente a Dios el Hijo se centró en la Persona del Dios Hombre, de igual manera, la preocupación en el transcurso del razonamiento relacionado con el Espíritu Santo se centra en lo que pueda saberse con respecto a su Persona, pero no en todo con la misma complejidad que surge cuando se estudia la unión de las dos naturalezas en Cristo. El asunto en este caso es el de saber si el Espíritu es realmente una Persona. Naturalmente, los que se oponen a la verdad de que Dios

existe en tres Personas iguales han buscado siempre degradar al Espíritu hasta convertirlo en una mera Influencia, como también han buscado degradar al Hijo, hasta convertirlo en un simple Hombre. Tales opositores, y muchas personas carentes de instrucción que descuidadamente se han unido a ellos, han establecido la mayor parte de la enseñanza de que el término *espíritu* significa aquello que es más etéreo, lo cual se simboliza por medio del viento y del aliento. Se verá fácilmente que cualquiera que sea el argumento se basa en el solo hecho de la incorporeidad del Espíritu Santo, tal como les es propiamente aplicada a los ángeles y al Padre. Ya hemos aducido abundantes evidencias para demostrar que un ser no es menos persona por el hecho de que tenga un modo incorpóreo de existencia: intelecto, sensibilidad y voluntad. Los siguientes pasajes bíblicos sugieren el carácter etéreo del Espíritu: “El espíritu de Dios me hizo, y el soplo del Omnipotente me dio vida” (Job 33: 4). “Y habiendo dicho esto, sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo” (Jn. 20:22). Obviamente, estos pasajes afirman que tanto la antigua creación de las cosas materiales como la nueva creación de realidades espirituales son resultados de la obra del Espíritu como Aliento de Dios. Indudablemente, los actos creadores que aquí se mencionan son las obras supremas de Dios, y difícilmente podríamos creer que el viento o el Aliento de Dios como tal pudiera realizarlas, ni tampoco pudiera hacerlas ninguna influencia impersonal procedente de Dios. Ninguno de los atributos divinos funcionó nunca como Creador, ni los atributos divinos tienen alguna esencia de personalidad. Basta citar el pasaje que se encuentra en *Juan 16:13* para contradecir la idea de que el Espíritu no es más que uno de los atributos divinos: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir” (comp. Jn. 14:16, 17, 26; 15:26; 16:7-15; Mt. 28:19). La *sabiduría* es uno de los títulos de Cristo, tal como se usa en el libro de *Proverbios*; pero esa no es base sobre la cual puede uno afirmarse para decir que Cristo es sólo ese atributo de Dios que es la *sabiduría*. Del mismo modo está claro, por el hecho de que el Espíritu ejerce *poder e influencia*, que no se puede decir que El no es más que los atributos divinos a que se refieren estas palabras. Hay dos pasajes similares (Ro. 7:6 y 2 Cor. 3:6) que son los que algunos piensan que implican que el Espíritu es sólo un atributo de Dios. He aquí el contenido de dichos pasajes: “Pero ahora estamos libres de la ley, por haber muerto para aquella en que estábamos sujetos, de modo que sirvamos bajo el régimen nuevo del Espíritu y no bajo el régimen viejo de la letra” (Ro. 7:6). “. . . el cual asimismo nos hizo ministros

competentes de un nuevo pacto, no de la letra, sino del espíritu; porque la letra mata, mas el espíritu vivifica” (2 Co. 3:6). Aquí se tienen en mente dos de las eras bíblicas: la antigua estaba dominada por la ley, la cual administraba la muerte; la presente está dominada por el Espíritu, el cual administra vida.

La ciencia llega a sus conclusiones sobre la base de hechos concurrentes. Si se sigue este procedimiento en lo relativo a las evidencias existentes sobre la personalidad del Espíritu, se verá que El, por cuanto es el Administrador divino que siempre ha estado en acción, en lo cual ha manifestado todos los elementos de la personalidad, tiene más derecho a ser reconocido como Persona que cualquier otro. Sería superfluo citar las Escrituras en este punto, puesto que, de los centenares de pasajes bíblicos que se refieren al Espíritu, uno de ellos pudiera servir como cualquiera de los otros. El hecho de que todos estos pasajes incluyen al Espíritu en forma distinta, separadamente y con iguales atribuciones de Deidad —Padre, Hijo y Espíritu Santo— y el hecho de que Cristo se refirió a El como a otro Consolador (*Paracleto*), capaz de funcionar en todo aspecto como el mismo Cristo lo hizo, sirve para acabar con las dudas con respecto a la personalidad del Espíritu Santo.

II. LA DEIDAD DEL ESPIRITU SANTO

Debemos considerar algunos argumentos específicos y adicionales sobre la Deidad del Espíritu Santo —además de los que ya presentamos con respecto a la Deidad del Hijo, en los cuales también participa el Espíritu Santo. Podemos reunir estos argumentos en cuatro grupos generales:

1. **AL ESPIRITU SANTO SE LE DA EL NOMBRE DE DIOS.** En el Antiguo Testamento se habla del Espíritu como de Jehová (Is. 61:1). En el Nuevo Testamento, Pedro acusa a Ananías de haber mentido al Espíritu Santo, y declara que eso es mentir contra Dios: “Y dijo Pedro: Ananías, ¿por qué llenó Satanás tu corazón para que mintieses al Espíritu Santo, y sustrajeses del precio de la heredad? Reteniéndola, ¿no estaba en tu poder? ¿Por qué pusiste esto en tu corazón? No has mentido a los hombres, sino a Dios” (Hch. 5:3, 4). Del mismo modo, en 2 Corintios 3:17 se dice del Espíritu que es el *Señor*, nombre que es claramente el título de Jehová.

2. **AL ESPIRITU SANTO SE LE ASOCIA CON DIOS.** Como ya lo observamos, es verdad, y no de poca importancia, que al Espíritu se le asocia con el Padre y con el Hijo, en igualdad de Ser, posición y responsabilidad. Por razones muy desconectadas de la posición o capacidad de las Personas de la Divinidad, al Hijo se le da el segundo

lugar, y al Espíritu Santo el tercero, para que así el título completo de Dios pueda aparecer en el Nuevo Testamento. Todas las características de la Deidad les corresponden por igual al Espíritu, al Padre y al Hijo.

Sobre las relaciones que existen entre las Personas de la Divinidad, Richard Watson, incorporando una amplia cita del obispo John Pearson, escribe:

“En cuanto a la *manera* de su Ser, la doctrina ortodoxa afirma que, así como Cristo es Dios por FILIACION eterna, así el Espíritu es Dios por *procedencia* del Padre y del Hijo. ‘Y creo en el Espíritu Santo, el Señor y Dador de la vida, que *procede* del Padre y del Hijo, que, juntamente con el Padre y el Hijo, es adorado y glorificado’ (*Credo niceno*). ‘El Espíritu Santo es del Padre y del Hijo, no fue hecho, ni creado, ni engendrado, sino que *procede*’ (*Credo de Atanasio*). ‘El Espíritu Santo, *procedente* del Padre y del Hijo, es de una misma sustancia, majestad y gloria con el Padre y con el Hijo, el mismo y eterno Dios’ (*Articles of the English Church – Artículos de fe de la Iglesia Inglesa*). La iglesia latina introdujo el término *spiration*, del verbo *spiro*, respirar, para denotar la manera de su *procedencia*. Sobre esto comenta el Dr. Owen: ‘... así como el aliento vital del hombre tiene una emanación continua de él, y sin embargo, no se separa absolutamente de la persona, ni la abandona, así el Espíritu del Padre y del Hijo procede de Ellos, mediante una continua Emanación divina, pero a la vez permanece Uno con Ellos.’ Sobre este refinado punto de vista, poco puede decirse que tenga evidente autoridad bíblica. Sin embargo, el mismo término con el cual se designa a la tercera Persona de la Trinidad, VIENTO o ALIENTO, puede aplicársele a la tercera Persona como el término Hijo a la Segunda, para expresar, aunque imperfectamente, *alguna indicación de esa manera de ser mediante la cual se distinguen los Dos el Uno del Otro y del Padre*. Fue una notable acción de nuestro Señor, que ciertamente no le quita continuidad a la idea, aquella en que impartió el Espíritu Santo a sus discípulos: ‘... sopló, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo’ (Jn. 20:22).

Pero cualquier cosa que pensemos con respecto a la doctrina de la *spiration* (la manera de su *procedencia*), la PROCEDENCIA del Espíritu Santo reposa sobre la autoridad directa de la Biblia, y de esa manera la afirma el obispo Pearson:

‘Ahora bien, esta procedencia del Espíritu, con referencia al Padre, se nos comunica expresamente, en relación con el Hijo, y virtualmente se halla contenida en las Escrituras. Primero, se nos dice expresamente que el Espíritu Santo procede del Padre, como nuestro mismo Salvador lo afirma: *Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí* (Jn. 15:26). Y esto es también evidente según lo que hemos afirmado: pues siendo Padre y Espíritu, son el mismo Dios, y siendo así el mismo en la unidad de la naturaleza de Dios, son, sin embargo, distintos en personalidad; Uno de Ellos tiene que tener la misma naturaleza del Otro; y por cuanto ya hemos señalado que el Padre tiene su naturaleza de Sí mismo, y no de ningún otro, se deduce que el Espíritu la tiene del Padre.

‘En segundo lugar, aunque no se diga expresamente en la Biblia que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, sin embargo, la sustancia de la misma verdad se expresa virtualmente en ella; pues aquellas mismas expresiones

que se refieren al Espíritu Santo en relación con el Padre, para explicar que procede del Padre, se dicen también del Espíritu Santo en relación con el Hijo; por tanto, tiene que presuponerse la misma razón con referencia al Hijo, en la misma forma en que se expresa con referencia al Padre. Por cuanto el Espíritu procede del Padre, se dice que es el Espíritu de Dios y el Espíritu del Padre. *Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros* (Mt. 10:20). Según el lenguaje del apóstol Pablo, el Espíritu de Dios es el Espíritu que proviene de Dios: *... nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el Espíritu que proviene de Dios* (1 Co. 2:11, 12). Ahora bien, al mismo Espíritu se le da el nombre de Espíritu del Hijo: *Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo ...* (Gá. 4:6). La Biblia habla también del Espíritu de Cristo: *Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él* (Ro. 8:9). Pedro habla de *... el Espíritu de Cristo* que estaba en ellos —los profetas— (1 P. 1:11). Y Pablo habla del Espíritu de Jesucristo: *Porque sé que por vuestra oración y la ministración del Espíritu de Jesucristo, esto resultará en mi liberación* (Fil. 1:19). Entonces, si al Espíritu Santo se lo llama el Espíritu del Padre, por el hecho de que procede del Padre, se deduce que, por cuanto se lo llama Espíritu del Hijo, El también procede del Hijo.

‘Repetimos: como el Espíritu Santo procede del Padre, El es enviado del Padre; de Aquel que tiene, mediante manifestación original, el derecho de encomendar una misión: *... el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, ...* (Jn. 14:26). Pero el mismo Espíritu que es enviado por el Padre, es también enviado por el Hijo: *... cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré ...* (Jn. 15:26). Por tanto, el Hijo tiene el mismo derecho del Padre, de encomendar una misión, y en consecuencia hay que reconocer que El manifestó la misma esencia. El Padre no es enviado nunca por el Hijo, por cuanto El no recibió la Divinidad de su Hijo; pero el Padre envía al Hijo, por cuanto El le comunicó la Divinidad a Este. Del mismo modo, ni el Padre ni el Hijo son enviados por el Espíritu Santo, pues ninguno de Ellos recibió la naturaleza divina del Espíritu; pero tanto el Padre como el Hijo envían al Espíritu Santo, por cuanto la naturaleza divina, común al Padre y al Hijo, le fue comunicada por los dos al Espíritu Santo. Por esa razón, las Escrituras declaran expresamente que el Espíritu procede del Padre; por eso también ellas enseñan virtualmente que *procede del Hijo*’” —*Theological Institutes*, Vol. I, págs. 628-630).

3. LOS ATRIBUTOS DE DIOS SE PREDICAN TAMBIEN DEL ESPIRITU SANTO El Espíritu es *eterno* (He.9:14). El es *omnipresente*, puesto que se dice que El mora en todo creyente (1 Co.6:19). El es *omnisciente*. El es el que escudriña todas las cosas, aun las cosas más profundas de Dios (1 Co.2:10). El tiene *suprema majestad*, pues entristecerlo, despreciarlo o blasfemarle es pecado en su forma más seria. El da vida (Jn.6:63). El inspira las Escrituras (2 Ti.3:16). El enseña (Jn.16:13). El regenera (Jn.3:6). El es el Espíritu de *verdad* y de *gracia*, y El es *santo*; se le rinde honor especialmente con este adjetivo calificativo.

4. EL ESPIRITU SANTO PUEDE SER BLASFEMADO. Ninguna persona que no sea la Deidad puede ser objeto de blasfemia, y en el

caso del Espíritu, y en ciertas circunstancias que se dieron cuando Cristo estuvo aquí en la tierra, el Espíritu podía ser blasfemado al atribuirle a Satanás las obras que eran realizadas por el Espíritu Santo (Mt. 12:31).

Se puede concluir, entonces, que el Espíritu es Uno que comparte igualmente la Deidad, y que, aunque el Hijo y el el Espíritu tienen relaciones específicas con respecto a la *manera* de su posición, no se deduce de ellos que el Hijo y el Espíritu sean menos Deidad que el Padre. Esta conclusión está en armonía con toda la Palabra de Dios, la cual le atribuye el Espíritu igual honor que al Padre y al Hijo.

III. EL TESTIMONIO DEL ANTIGUO TESTAMENTO

En este punto, se exhibe de nuevo aquel progreso de doctrina que se hace evidente en la Biblia. Se descubre mucho de lo concerniente al Espíritu de Dios en el Antiguo Testamento; pero, como en el caso del Hijo, y más exactamente en el caso de la Trinidad, la revelación completa y directa sobre el trino modo de existencia se reserva para el Nuevo Testamento. Con las revelaciones primitivas y más limitadas, y con la muy importante preocupación de los santos del Antiguo Testamento, que era la de mantener la verdad monoteísta en su pureza esencial, aparentemente hubo suficiente razón para retener la completa revelación del modo trino de existencia divina, para revelarlo en el tiempo cuando la segunda Persona y la Tercera estuvieran en el cumplimiento pleno de sus respectivos ministerios. Sin embargo, la doctrina del Espíritu Santo sufre menos cambio al pasar del Antiguo Testamento al Nuevo que la doctrina del Hijo. Tiene que haber lugar en el caso del Hijo para la encarnación, la vida terrenal y todo lo que estos hechos significan, mientras que el Espíritu, aparte del hecho de que El cumple diversas actividades y en las diferentes edades, y de que realmente es residente en el mundo a través de toda esta era, siempre es el mismo en su modo esencial de ser en todas las edades. Aunque el Nuevo Testamento ha de agregar mucho a la verdad concerniente al Espíritu Santo, el Antiguo Testamento no deja ninguno de sus aspectos vitales sin anunciarlo.

El título mediante el cual se conoce más comunmente a la tercera Persona de la Trinidad, lo encontramos en los primeros versículos de la Biblia, sin necesidad de ninguna introducción ni preparación. Se dan por ciertos su Persona y su poder. Pero, aunque esto es cierto, se verá que varios libros del Antiguo Testamento no hacen ninguna referencia al Espíritu. En cambio, El aparece en todos los libros del Nuevo Testamento, menos en *Filemón*, en la *Segunda Epístola de Juan* y en la *Tercera de Juan*. Realmente se menciona más

frecuentemente en los escritos del apóstol Pablo que en todos los libros del Antiguo Testamento juntos. Sobre la identidad del Espíritu, tal como El se presenta en el Nuevo Testamento, en armonía con los documentos del Antiguo Testamento, el Dr. James Denney escribe:

“Todos los apóstoles fueron judíos, hombres que, como se ha dicho, tenían el monoteísmo como una pasión en su sangre. Ellos no dejaron de ser monoteístas cuando se hicieron predicadores de Cristo, sino que entendieron a Dios de un modo que no se lo había enseñado la antigua revelación... Las distinciones fueron reconocidas en Aquello que una vez había sido una simplicidad de la naturaleza divina. La más obvia fue la distinción entre el Padre y el Hijo, y fue enriquecida por medio de las propias enseñanzas de Cristo, y de la experiencia real de la Iglesia, con la posterior distinción del Espíritu Santo” (citado por Warfield, *Biblical Doctrines*, pg. 103).

Estos ministerios, aunque está fuera del plan generalmente aceptado para la teología propiamente dicha, pueden mencionarse en apoyo de que el Espíritu es el Espíritu de la Divinidad y que ha probado ser el Administrador de las cosas de Dios. Estas divisiones se anotan a continuación:

1. EL ESPIRITU SANTO EN LAS EMPRESAS COSMICAS. Desde el primer versículo del Antiguo Testamento hasta el último se da testimonio con respecto al Espíritu como poder activo de Dios, que creó todas las cosas, y mediante el cual se sostienen. La impresión que nos da el texto es que hay Uno en la Divinidad que es trascendente, que habla la palabra o da el mandamiento, que puede ser designado con el término *la Palabra de Dios*; y Uno que ejecuta aquello que se determina. Dios dijo: *Sean las cosas* (o, lleguen a ser). Y Aquel que cubre todas las cosas hizo que tal mandamiento se cumpliera. En las subsiguientes Escrituras se halla mucha luz que cae sobre los estupendos eventos que se mencionan brevemente en los primeros versículos del Génesis. En el principio del *Evangelio según San Juan*, se nos declara que el Verbo es Dios, y que todas las cosas fueron hechas por El. Este informe confirma la verdad ya expresada, es decir, que por mandato del Verbo, todas las cosas fueron hechas, y que fueron hechas por Aquel que administra y ejecuta la voluntad y el propósito divinos. Así se nos da alguna luz básica para la comprensión de la verdad, que de otro modo sería compleja, según la cual de cada uno de los componentes de la Divinidad se dice que funcionó separadamente como Creador. Así se dice que las Personas de la Divinidad obraron en la encarnación, en la muerte y en la resurrección de la segunda Persona. De igual manera se ven obrando conjuntamente en la nueva creación, cuando el alma del hombre nace del Espíritu, para una relación en la cual Dios es su Padre, y la base

de esta salvación es la obra redentora del Hijo. Todo mandamiento divino que tenga autoridad y propósito creadores es ejecutado por Aquel que administra la voluntad divina. Es de gran importancia la posterior confirmación de la Escritura del Antiguo Testamento relativas a la obra del Espíritu en la creación, además de lo que se encuentra en *Génesis 1:1, 2*. Está escrito: "Su espíritu adornó los cielos" (Job 26:13); "Envías tu Espíritu, son creados, y renuevas la faz de la tierra" (Sal.104:30). "El espíritu de Dios me hizo, y el sople del Omnipotente me dio vida" (Job 33:4). En estos pasajes encontramos también abundantes evidencias con respecto a la personalidad del Espíritu, las cuales se oponen a las afirmaciones del panteísmo. En estos pasajes se presenta también a Dios tanto immanente como trascendente en su relación con el mundo que hizo. La obra del Espíritu en la esfera del gobierno divino es un aspecto todavía más pronunciado en la doctrina del Antiguo Testamento.

2. LA OBRA DEL ESPIRITU SANTO EN ASUNTOS GUBERNAMENTALES. Este asunto, que es vitalmente importante, no tiene que restringirse al sólo gobierno de los hombres en el cual toma parte importante el Espíritu; sino que se extiende también al gobierno divino sobre todas las cosas, y contempla la autoridad de Dios que se manifiesta no sólo en la dirección, sino también en la creación de realidades espirituales. En este punto se hace obvio el contraste entre las edades de antes de la cruz y la era presente. En el tiempo antiguo, el Espíritu descendía sobre individuos, aparentemente sin tomar en cuenta las cualidades personales. En la era presente, El establece su morada en todos los que creen en Cristo. Cuando Oehler escribe sobre la autoridad y las realizaciones del Espíritu, afirma:

"El domina dentro del sistema de teocracia (Is.43:11; Hag.2:5; Neh.9:20); pero no todos los ciudadanos de la teocracia del Antiguo Testamento como tales participaron del Espíritu en la misma forma, lo cual era el deseo de Moisés (Nm.11:29), sino que esa manera de obrar se reservó para la futura comunión de salvos (Jn.3:5). En el Antiguo Testamento, la obra del Espíritu en el reino divino consistía más bien en *investir los órganos de la teocracia con los dones requeridos para su función*. Y esos dones de oficio en el Antiguo Testamento son similares a los dones de la gracia en el Nuevo Testamento" (1 Co. 12 y siguientes) (*Old Testament Theology* - pág.141).

La expresión que se repetía tan a menudo: "El Espíritu de Jehová vino sobre", les correspondió característicamente a muchos que cumplieron órdenes y actuaron directamente en nombre de Dios. Esto es especialmente notable en los hombres escogidos que actuaron en la construcción del tabernáculo y del Templo. La notable manifestación del Espíritu que vino sobre los hombres del período del Antiguo Testamento es aquella que recibe como nombre *el*

Espíritu de la profecía. Dios levantó sus profetas en todas las generaciones, pero a muy pocos les indicó que escribieran, y de los que escribían, no fueron muchos los escogidos para que escribieran la Escritura. La autoridad suprema de los profetas era reconocida por reyes y gobernantes. Otros hombres también podían hacer que se cumpliera la ley, pero el profeta proclamaba la ley de Dios, que debía cumplirse. El hecho de que los profetas del Antiguo Testamento eran especialmente investidos con el Espíritu de Dios se afirma en el Nuevo Testamento: “Porque nunca la profecía fue traída por voluntad humana, sino que los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo (2 P.1:21). Dos pasajes extraordinarios y vitales tienden a revelarnos la gran expectación de la gente y las provisiones que se les hacían divinamente: “Según el pacto que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto, así mi Espíritu estará en medio de vosotros, no temáis” (Hag.2:5). “No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos” (Zac.4:6). Fue dentro de una nación consagrada a Dios, Israel, que el poder divino obró, protegiendo, instruyendo, dirigiendo todo con el objeto de que la voluntad de Dios para ese pueblo se cumpliera.

En la misma forma como en las empresas cósmicas, que están tan evidentemente fuera de la obra específica, y para confusión de todas las naciones panteístas de igual modo en los asuntos de gobierno, se ve al Espíritu como un Soberano que utiliza materialmente por designio propio, completamente aparte de la volición del instrumento. Esas obras las realiza sin tener en cuenta los dones naturales que el instrumento pueda poseer, y completamente aparte de ellos. Este acercamiento a los hombres desde afuera se destaca por el hecho de que el Espíritu se les da específicamente de parte de Dios (Is.42:1). Dios llama a los hombres con su Espíritu (Nm.11:25; Ex.28:3; 31:3). Esto es, en el caso de la plenitud del Espíritu Santo que se nos ordena en el Nuevo Testamento, la vendida de El *sobre* los hombres (Jue.14:6,19; 1 S.11:6). Así, también, el Espíritu “viene sobre” (cae sobre) el profeta (Ez.11:5), e inviste al hombre de El mismo (Jue.6:34). Muchas de estas realizaciones del Espíritu en el Nuevo Testamento, donde cada creyente cristiano es templo del Espíritu y se le ordena: “sed llenos del Espíritu”; esta bendición no depende de la soberana acción divina, sino del ajuste humano a la voluntad de Dios. Similarmente, el contraste se ve además, en la presencia del Espíritu en el creyente del Nuevo Testamento, la cual no es durante el momento correspondiente al cumplimiento de una obra específica divina, sino una realidad permanente hasta el fin del sendero del peregrino. Es verdad que el Espíritu obró

inmediatamente en el instrumento que utilizó en cada ocasión o necesidad, y por medio de él. En relación con este aspecto de la verdad, el Dr. A. B. Davidson escribe: “La idea que prevaleció entre el pueblo —y parece que fue la opinión de los escritores mismos del Antiguo Testamento— parece haber sido ésta: el profeta no hablaba por inspiración general de Jehová, con la cual se le investía una vez y para siempre, como, por ejemplo, en el momento de su llamamiento; sino que cada palabra, particular que hablaba, fuera predicción o consejo práctico, se debía a inspiración especial que era ejercida sobre él para esa ocasión determinada” (*The Expositor*, Julio de 1895, pg. 1, citado por Warfield, *Biblical Doctrines*, pág.117).

Ninguna consideración sobre el aspecto gubernamental de la doctrina del Espíritu en relación con Israel puede considerarse completa, si no tiene en cuenta un gran pasaje mesiánico en el cual, como en ninguna otra parte de la Palabra de Dios, se enseña que aun el gobierno del reino ha de ser ejercido mediante el poder del Espíritu: “Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia; espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. No juzgará según la vista de sus ojos, ni argüirá por lo que oigan sus oídos; sino que juzgará con justicia a los pobres, y argüirá con equidad por los mansos de la tierra; y herirá la tierra con la vara de su boca, y con el espíritu de sus labios matará al impío” (Is.11:1-4). En este pasaje se nos presenta al Espíritu en las siete manifestaciones de su plenitud, lo cual no implica que hay siete distintos espíritus, sino que más bien se refiere a una medida completa o plena de un Espíritu.

De igual importancia es notar la expectación que había en el Antiguo Testamento con respecto a la relación del Espíritu con Cristo durante el tiempo de su primera venida. Hay un pasaje en que se registra esta esperanza: “He aquí mi siervo, yo le sostendré; mi escogido, en quien mi alma tiene contentamiento; he puesto sobre él mi Espíritu; él traerá justicia a las naciones. No gritará, ni alzará su voz, ni la hará oír en las calles. No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humeare; por medio de la verdad traerá justicia. No se cansará ni desmayará, hasta que establezca en la tierra justicia; y las costas esperarán su ley” (Is.42:1-4). En este pasaje el profeta Isaías prevé otra vez, tanto la primera como la segunda venida de Cristo, y dice del Espíritu de Jehová que ha de estar sobre El en ambos advenimientos. La parte de esta predicción que corresponde específicamente a la primera venida, es identificada e indicada por el mismo Cristo, según Lucas 4:16-21. La predicción completa con respecto a las dos venidas es la siguiente: “El Espíritu de Jehová el

Señor está sobre mí, porque me ungió Jehová; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad de Jehová, y el día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les de gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya” (Is.61:1-3). Hay otro pasaje del Antiguo Testamento que describe la obra del Espíritu en relación con la segunda venida de Cristo y con el establecimiento del gobierno mesiánico: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas; vuestros ancianos soñarán sueños, y vuestros jóvenes verán visiones. Y también sobre los siervos y sobre las siervas derramaré mi Espíritu en aquellos días” (Jl.2:28,29).

3. EL ESPÍRITU SANTO EN RELACION CON LOS INDIVIDUOS. Ya le hemos concedido atención a la obra del Espíritu Santo en el cosmos y en el gobierno de Dios sobre Israel, tanto pasado como futuro. La tercera parte de la verdad relativa al Espíritu Santo, tal como se nos revela en el Antiguo Testamento, es la que trata sobre su relación con los individuos, en la esfera de la propia vida y experiencia de ellos. Una doctrina que abarca la enseñanza del Antiguo Testamento con respecto al Espíritu Santo no puede formarse de un modo tan completo como el que abarca la misma verdad en el Nuevo Testamento. La doctrina de la regeneración mediante el Espíritu le cayó a Nicodemo como una sorpresa y como un desconcierto. En el Antiguo Testamento no se dice que el Espíritu venía a morar en los santos que eran contados como el pueblo del Pacto de Dios. Ni hay tampoco ninguna palabra en el Antiguo Testamento relacionada con el *bautismo* del Espíritu, a la cual tengan que acudir los creyentes del Nuevo Testamento como si fuera una orden para el Cuerpo de Cristo. El israelita nacía en una relación de Pacto con Jehová, y de ahí en adelante podía continuar la correcta relación con El, por medio de los sacrificios que eran, en el caso del pecado, la base del perdón y de la restauración. Que muchos de los santos del Antiguo Testamento llegaron experimentalmente a una profunda comunión con Dios lo demostró un gran número de individuos, muchos de los cuales se nombran en *Hebreos 11:1-40*. Un caso sorprendente es el del rey Saúl. Cuando él fue elegido para ser rey, Samuel declaró: “Entonces el Espíritu de Jehová vendrá sobre tí con poder, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre... Aconteció luego, que al volver él la espalda para

apartarse de Samuel, le mudó Dios su corazón; y todas estas señales acontecieron en aquel día" (1 S.10:6,9). Debe recordarse que, a pesar de toda esta investidura de capacidad divina, Saúl fracasó, y Jehová mismo declaró cuando le habló a David sobre el reino de Salomón: "... pero mi misericordia no se apartará de él como la aparté de Saúl, al cual quité de delante de tí" (2 S.7:15). Se indica continuamente en el Antiguo Testamento que el Espíritu que se daba alguna vez a un individuo podía retirársele (comp. Sal.51:11; Is.63:10,11).

Puesto que la era mesiánica es la gran expectación de los profetas del Antiguo Testamento, aquellos pasajes que tratan sobre la relación del Espíritu con los hombres en esa era tenemos que introducirlos aquí. Los juicios que vendrían contra Israel serían "... hasta que sobre nosotros sea derramado el Espíritu de lo alto, y el desierto se convierta en campo fértil, y el campo fértil sea estimado por bosque" (Is.32:15). La siguiente es la promesa del reino: "Porque yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos" ... "Y este será mi pacto con ellos, dijo Jehová: El Espíritu mío que está sobre tí, y mis palabras que puse en tu boca, no faltarán de tu boca, ni de la boca de tus hijos, ni de la boca de los hijos de tus hijos, dijo Jehová, desde ahora y para siempre" (Is.44:3; 59:21; comp. Ex.11:19; 18:31; 36:26; 37:14; 39:29). Del mismo modo, Zacarías profetiza sobre el mismo pueblo y sobre las condiciones del mismo reino futuro: "Y derramaré sobre la casa de David, y sobre los moradores de Jerusalén, espíritu de gracia y de oración; y mirarán a mí, a quien traspasaron, y llorarán como se llora por hijo unigénito, afligiéndose por él como quien se aflige por el primogénito" (Zac.12:10; comp. Jl. 2:28,29).

Al concluir este examen del testimonio que nos da el Antiguo Testamento sobre el Espíritu Santo, todavía nos preguntamos si el texto de dicho Testamento es suficientemente explícito para justificar la fe de los santos del Antiguo Testamento, puesto que no tenían otras escrituras que no fueran la propias; si ellos reconocieron a las Personas distintas y separadas en la Divinidad. ¿Está dentro de la comprensión del Antiguo Testamento, de sus enseñanzas, que así introducen a la Persona y obra del Espíritu Santo, que El debe distinguirse con esa individualidad que les corresponde a las Personas de la Trinidad? No se halla mejor conclusión al respecto que la del Dr. B. B. Warfield, que es la que anotamos a continuación:

"Tal identificación no necesita incluir, sin embargo, la afirmación de que el Espíritu de Dios se entendía en el Antiguo Testamento como se entiende el Espíritu Santo en el Nuevo Testamento, como una hipóstasis distinta en la

naturaleza divina. Sea que esto sea así, o que lo sea hasta cierto punto, hasta dónde pueda ser cierto es un asunto que corresponde a una investigación separada. El Espíritu de Dios ciertamente actúa como una Persona y se nos presenta como una Persona a través del Antiguo Testamento. En ningún pasaje se le concibe de otra manera que no sea personalmente —como un Ser libre, dotado de voluntad e inteligente. Esto en sí mismo, sin embargo, es el penetrante testimonio de las Escrituras respecto de la personalidad de Dios. Porque es igualmente cierto que dondequiera en el Antiguo Testamento se identifica al Espíritu Santo con Dios. Este no es sino el penetrante testimonio de la unidad divina. El asunto que tenemos que examinar es hasta dónde se entendía que un Dios personal abarcaba en su unidad distinciones hipostáticas. Este asunto es muy complicado y necesita un detenido estudio. Hay, en realidad, tres preguntas que van incluidas en una general que, para favorecer la claridad, tendremos que mantenerlas aparte. Podemos preguntarnos: ¿Puede el cristiano realmente comprender que el Espíritu de Dios del Antiguo Testamento es el mismo Espíritu Santo personal del Nuevo? De inmediato podemos contestar esta pregunta afirmativamente. Luego podemos preguntarnos: ¿Hay algunas indicaciones en el Antiguo Testamento que predigan y traten de revelar algo sobre el Espíritu hipostático del Nuevo? Parece que esta pregunta la podemos contestar también en forma positiva. Entonces podemos preguntarnos: ¿Tienen estas indicaciones tal claridad que puedan revelarnos esta doctrina, aparte de la revelación del Nuevo Testamento? Esta pregunta tendríamos que contestarla negativamente. Hay varias indicaciones, y varios puntos de enlace con la enseñanza más clara del Nuevo Testamento. Pero sólo son indicaciones, y, aparte de la enseñanza del Nuevo Testamento, podríamos explicármolas fácilmente como personificaciones o manifestaciones ideales del poder de Dios. Indudablemente, junto con el énfasis sobre la unidad de Dios y la identidad del Espíritu con Dios, Quien lo da, hay una distinción que se reconoce entre Dios y su Espíritu —en el sentido por lo menos de una discriminación entre lo que significa *Dios sobre todo* y *Dios en todo*, entre el Dador y lo Dado, entre la Fuente de la ley moral y su Ejecutor. Esta distinción emerge desde *Génesis 1:2*; y no es menos observable a medida que avanzamos a través del Antiguo Testamento. Se hace prominente en las notables expresiones en las cuales, por una parte, se dice que *Dios envía, pone, coloca, derrama, vacía su Espíritu sobre el hombre*; y por otra, se dice del Espíritu que *viene, que reposa, que cae, que se precipita sobre el hombre*. Hay como cierto modo de tratar de hacer que el Espíritu sea Algo objetivo en relación con Dios en ambos casos; en el primero, por cuanto El es enviado de parte de Dios, como si se separara de El; en el último, por cuanto aparece casi como una Persona distinta, actuando *sua sponte* —por voluntad propia” (*Ibid.*, págs. 124-126).

IV. EL TESTIMONIO DEL NUEVO TESTAMENTO

Cualquiera que pueda haber sido la fuerza de la revelación del Antiguo Testamento con respecto al Espíritu Santo, y por causa de las limitaciones que exigía el progreso de la doctrina divinamente impuesto, es evidente que la plena manifestación de su personalidad y de su Deidad, la completa indicación de su posición de igualdad en la Divinidad, y la comprensión específica y objetiva de su obra, se

nos declaran en el Nuevo Testamento. La verdad concerniente al Espíritu Santo forma uno de los temas principales prácticamente en todos los libros del Nuevo Testamento. Ese debe ser un hecho muy impresionante para todos los que se interesan en él. No cabe dentro del plan de esta discusión el intento de hacer una presentación general de tan vasto tema. En este punto, basta decir que el mismo Espíritu Santo que se nos revela en el Nuevo Testamento es el que aparece en forma tan completa en el Antiguo Testamento, aunque el mensaje del Nuevo le agrega mucha verdad. Está en evidencia el progreso de esta doctrina, sin que se manifieste ningún cambio en la Persona que estamos considerando. Sin necesidad de una amplia explicación preliminar sobre el Espíritu, como Dios mismo, en el Nuevo Testamento se ve en la majestad de su divina Persona. A El se le presenta como Uno que viene al mundo por promesa tanto del Padre como del Hijo (Jn. 14:26; 16:7), y en esa calidad vino el día de Pentecostés. En vista de la revelación del Antiguo Testamento, la cual afirma que El ya estaba en el mundo, surge un problema con respecto al significado de estas promesas según las cuales El vendría al mundo. La respuesta está escondida en la distinción que hay entre una *omnipresencia*, que fue el modo de la presencia del Espíritu antes del día de Pentecostés, y una *residencia*, que es el modo de su presencia en el mundo después de Pentecostés. Ha de ocurrir que este Espíritu cuya residencia es la Iglesia de Cristo, el Templo de piedras vivas (Ef. 2:18-22), definitivamente abandonará este mundo cuando su Templo sea quitado; y sin embargo, luego que su residencia sea quitada de este mundo, todavía estará en el mundo en su carácter de Omnipresente. Hay que reconocer que éste no es un procedimiento nuevo, puesto que lo misma ha sido cierto con respecto a la segunda Persona, la cual estuvo primero en el mundo en su condición de Omnipresente, y luego vino a ser residente en este mundo durante 33 años; luego abandonó este mundo, pero todavía permanece aquí su presencia omnipresente, puesto que El mora en cada creyente cristiano (Col. 1:27), y está asistente dondequiera que dos o tres se congreguen en su nombre (Mt. 18:20).

V. SUS TITULOS

Es extraño en verdad que no se nos haya revelado ningún nombre específico que le podamos aplicar al Espíritu Santo. A El hay que reconocerlo más bien mediante títulos descriptivos. A continuación se dan por lo menos algunas de estas designaciones: “Espíritu de vuestro Padre” (Mt. 10:20); “Espíritu de Dios” (Mt. 12:28); “Espíritu del Señor” (Lc. 4:18); “Espíritu Santo” (Lc. 11:13);

“Espíritu de verdad” (Jn. 14:17); “Espíritu de vida” (Ro. 8:2; Ap. 11:11); “Espíritu de adopción” (Ro. 8:15); “el Señor es el Espíritu” (2 Co. 3:17); “Espíritu de su Hijo” (Gá. 4:6); “Espíritu de Jesucristo” (Fil. 1:19); “el Espíritu que nos ha dado” (1 Jn. 3:24); “Espíritu eterno” (He. 9:14); “Espíritu Santo de la promesa” (Ef. 1:13); “el Espíritu” (Jn. 7:39); “el Consolador” (Jn. 15:26); “el glorioso Espíritu de Dios” (1 P. 4:14); “los siete espíritus” (Ap. 1:4).

VI. SUS RELACIONES

De nuevo nos lleva el desarrollo de este tema a la obra del Espíritu y, por tanto, tenemos que restringirnos en este punto a la mera indicación, antes de la consideración más amplia que vendrá después. Hay ciertas relaciones del Espíritu Santo, que si se consideran por separado, pueden servir para ampliar lo que se ha de considerar después con respecto a El:

1. RELACION DEL ESPIRITU CON EL PADRE. Se nos declara que el Espíritu Santo procede del Padre. El ejecuta los planes del Padre. Los amplios títulos “el Espíritu de Dios” y “el Espíritu de vuestro Padre” se pueden aceptar como referencias a Aquel que de ese modo se relaciona con el Padre. Dios mismo, que es Espíritu (Jn. 4:24), le da el Espíritu a su Hijo (Jn. 3:34), y también lo da a todos los que creen en Cristo (Jn. 7:39).

2. RELACION DEL ESPIRITU CON EL HIJO. La relación entre la segunda y la tercera Personas de la Divinidad es un tema ilimitado que abarca todas las obras del Hijo, que fueron realizadas por el poder del Espíritu. Algunos creen que Cristo realizó todas sus obras milagrosas por el poder del Espíritu, y en esto fue un Ejemplo para todos los creyentes cristianos a los cuales se les ha indicado que deben vivir y servir al Señor por el Espíritu. La tercera Persona de la Divinidad recibe algunas veces el título de Espíritu de Cristo (comp. Ro. 8:9), el cual evidentemente lo relaciona con la segunda Persona, como la Persona que es enviada por la Segunda (Jn. 16:7), y que ejecuta los planes y aplica los valores que surgen de la segunda Persona.

3. RELACION DEL ESPIRITU SANTO CON EL MUNDO. Existen dos pasajes bíblicos luminosos que indican la relación del Espíritu con el mundo. El primero es *2 Tesalonicenses 2:6, 7*, el cual presenta al Espíritu, aunque la identidad no se afirma directamente, como un Poder que impide el misterio de iniquidad. “Y ahora vosotros sabéis lo que lo detiene, a fin de que a su debido tiempo se manifieste. Porque ya está en acción el misterio de la iniquidad; sólo que hay quien al presente lo detiene, hasta que él a su vez sea quitado

de en medio.” El segundo pasaje es el que se encuentra en *Juan 16: 7-11*, en el cual se presenta al Espíritu como Uno que convence al mundo, o lo ilumina con respecto al pecado, a la justicia y al juicio. Esta es la obra del Espíritu Santo en la persona no regenerada, la cual es una preparación esencial para que la persona puede aceptar a Cristo como Salvador en forma inteligente. He aquí el pasaje: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me fuere, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré. Y cuando el venga, convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio. De pecado, por cuanto no creen en mí; de justicia, por cuanto voy al Padre, y no me veréis más; y de juicio, por cuanto el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado.” Del mismo modo como el mundo es uno de los tres principales enemigos del creyente cristiano, el Espíritu es aquel Poder capaz de librar de las incitaciones del mundo.

4. RELACION DEL ESPIRITU CON LA CARNE. La carne tiene su naturaleza inherente, que es la procedente de Adán y, por tanto, se dice que es *contraria* al Espíritu, y que la carne *codicia contra el Espíritu*, así como también el *deseo del Espíritu es contra la carne*. Así se nos señalan dos maneras de andar completamente diferentes: la de la carne y la del Espíritu. Es cierto que el andar en la carne es anular el poder del Espíritu (Ro. 8:6, 13); y que andar en el Espíritu es echar a perder las obras de la carne (Ro. 6:6; 8:4; Gá.5:16).

5. RELACION DEL ESPIRITU CON EL DIABLO. Otra vez nos encontramos en la esfera del conflicto del cristiano. Y, tal como sucede en el encuentro contra la carne, la victoria contra el diablo sólo se logra mediante el poder del Espíritu. El pasaje bíblico principal que trata sobre este asunto es *Efesios 6:10-17*, el cual señala que la victoria sólo se puede lograr cumpliendo este mandamiento: “... fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza.” Por tanto, hay que tomar “toda la armadura de Dios.” La provisión completa se nos señala en *1 Juan 4:4*: “Hijitos, vosotros sois de Dios, y los habéis vencido; porque mayor es el que está en vosotros, que el que está en el mundo.”

6. RELACION DEL ESPIRITU CON LOS CRISTIANOS. Muy profundas y características son las relaciones del Espíritu con el creyente en Cristo. El Espíritu lo regenera, mora en él, lo unge, lo bautiza, lo sella y lo llena, con lo cual no sólo crea los factores esenciales que en conjunto hacen del cristiano lo que él es, sino que le dan poder para andar como es digno del supremo llamamiento.

7. RELACION DEL ESPIRITU CON LOS PROPOSITOS DIVINOS. Aunque esto sea algo así como recapitulación, diremos que la última relación del Espíritu, que hemos de mencionar, es la

que comprende las inmensurables empresas y propósitos divinos de los cuales el Espíritu es el Administrador y Ejecutor, desde su comienzo hasta su consumación final en la gloria.

VII. SU CARACTER ADORABLE

Por razones específicas no reveladas, la tercera Persona de la Deidad lleva el título distintivo *Espíritu Santo*. No pudiéramos llegar a la conclusión, basados en alguna evidencia bíblica, de que El es más que el Padre o que el Hijo; más bien decimos que se hace hincapié en su carácter adorable. Hay una probabilidad muy grande de que, como El mora en seres pecadores sobre la tierra, se le aplica este título como para establecer el contraste. Se nos asegura que, cuando la segunda Persona se encarnó —relacionándose así con la humanidad— el ángel se refirió a El diciendo que nacería un “Santo Ser” (Lc. 1:35). Así también, la tercera Persona de la Deidad, aunque reside en los corazones humanos, todavía es, y siempre será, el Espíritu Santo de Dios.

CONCLUSION

Aunque se ha menospreciado, se ha descuidado y no se le ha dado el debido reconocimiento a esta doctrina, el Espíritu es aquel Miembro adorable, majestuoso, siempre glorioso de la Trinidad, en igualdad de condiciones con el Padre y el Hijo. El hecho de que se le menosprecie no se debe a ninguna falla por parte de la Biblia en declarar que El es una Persona, o en establecer su carácter trascendental y la importancia infinita de su obra. Naturalmente, el pensamiento humano comienza con la primera Persona y se extiende hasta la Segunda, y es probable que, habiendo considerado a estas Dos, haya llegado tan cerca del punto de saturación que sea muy poca la capacidad que le queda para responder a las legítimas afirmaciones de la tercera Persona de la Divinidad. Llega a ser un solemne deber de todo estudiante de la Palabra de Dios, el de corregir hasta donde le sea posible toda tendencia a pasar por alto la verdad con respecto al Espíritu y, por medio de la oración y la meditación, llegar a una comprensión más profunda de su Persona y de su presencia. En realidad es digno de censura aquel cristiano que no sabe algunos de los hechos concernientes a Aquel del cual es templo. Es cierto que el ministerio del Espíritu es el de glorificar a Cristo, pero no hay ningún apoyo en la Palabra de Dios para esa indignidad que el común descuido por parte de algunos cristianos le impone al Espíritu.